Ellen G. White Estate

EL HOGAR CRISTIANO

ELENA G. DE WHITE

El hogar cristiano

Ellen G. White

2007

Copyright © 2012
Ellen G. White Estate, Inc.

Información sobre este libro

Vista General

Este libro electronic es proporcionado por Ellen G. White Estate. Se incluye en el más amplio de libertadLibros online Colección en el sitio de Elena G. De White Estate Web.

Sobre el Autor

Ellen G. White (1827-1915) es considerada como el autor más traducido de América, sus obras han sido publicadas en más de 160 idiomas. Ella escribió más de 100.000 páginas en una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiados por el Espíritu Santo, que exaltó a Jesús y se refirió a las Escrituras como la base de la fe.

Otros enlaces

Una breve biografía de Elena G. de White
Sobre la Elena G. White Estate

Licencia de Usuario Final

La visualización, impresión o la descarga de este libro le concede solamente una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para el uso exclusivamente para su uso personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de trabajos derivados, o cualquier otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro termina la licencia otorgada por la presente.

Para más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores, o cómo usted puede apoyar este servicio, póngase en contacto con el Elena

G. de White en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y les deseo la bendición de Dios a medida que lee.

Prefacio

El hogar cristiano es un lugar donde la familia respeta y práctica las normas y principios enseñados en la Biblia. Los padres y las madres han recibido de nuestro Señor Jesucristo el mandato de instruir a sus hijos en el temor de Dios, a fin de convertirlos en hombres y mujeres útiles, honrados y leales, y de prepararlos para la vida eterna.

La Sra. Elena G. de White escribió muchos consejos valiosos para los padres. Tocó todos los aspectos del hogar, y sus escritos ofrecen instrucción especial con respecto a muchos de los problemas que ocasionan tanta preocupación a los padres que hoy tienen con frecuencia motivo de sentir ansiedad. Algunos años antes que falleciera, la autora nombrada indicó su deseo de publicar "un libro para los padres cristianos," que definiera "el deber de la madre y su influencia sobre sus hijos." En esta obra se ha hecho un esfuerzo para cumplir este deseo.

Este libro, *El Hogar Cristiano,* es a la vez que una especie de manual para los padres atareados, un modelo o ideal de lo que el hogar puede y debe llegar a ser. En él los padres encontrarán, dadas en palabras impregnadas de la sabiduría del Padre celestial, las respuestas a muchas de las preguntas que ellos se hacen.

Al compilar esta obra, se han obtenido extractos de los escritos de la Sra. E. G. de White producidos a través de siete décadas, pero una buena parte ha sido espigada de los miles de artículos que ella preparó para las revistas de la denominación. Las obras
[6] publicadas, los testimonios especiales que vieron la luz en forma de folletos y los archivos de manuscritos han contribuido también a enriquecer el volumen. En relación con cada capítulo se dan las referencias apropiadas. Los extractos provenientes de diferentes fuentes se presentan en sucesión lógica aunque fueron escritos en ocasiones también diferentes. Esto impone de vez en cuando una interrupción en el desarrollo del pensamiento o en el estilo, porque los recopiladores limitaron su trabajo a seleccionar y ordenar el

material, y lo único propio que hayan insertado está constituído por los subtítulos.

Este documento se preparó en la oficina de las Publicaciones de Elena G. de White, y el trabajo se hizo de acuerdo con las instrucciones que la Sra. de White dejó a sus fideicomisarios al hacer provisión "para la impresión de compilaciones" de sus manuscritos, porque, según dijo ella, contienen "instrucciones que el Señor me dió para su pueblo."

Nunca en la historia del mundo se ha necesitado un libro tan urgentemente como se necesita éste ahora. Nunca han anhelado tanto los padres y los hijos la respuesta correcta a los problemas que los preocupan. Nunca han estado los hogares en tanto peligro como ahora.

Cada uno de nosotros sabe que las condiciones reinantes en la sociedad no son sino un reflejo de las condiciones que imperan en los hogares de la nación. Sabemos igualmente que cualquier cambio que se realice en el hogar se reflejará en una sociedad cambiada. Para lograr este fin, se ha preparado este tomo, *El Hogar cristiano,* y, como parte de la Biblioteca del Hogar Cristiano, lo entregan para que cumpla su misión importante los editores y

Los Fideicomisarios de la
Corporación Editorial E. G. de White

Wáshington, D.C.,

8 de mayo de 1952.

Índice general

Información sobre este libro I
Prefacio IV
Sección 1—El bello hogar 9
Capítulo 1—La atmósfera del hogar 10
Capítulo 2—Los fundamentos del hogar 15
Capítulo 3—El modelo edénico del hogar 19
Sección 2—Una luz en la comunidad 23
Capítulo 4—Influencia abarcante del hogar 24
Capítulo 5—Un testimonio cristiano poderoso 27
Sección 3—La elección de cónyuge 31
Capítulo 6—La gran decisión 32
Capítulo 7—¿Amor verdadero o infatuación? 38
Capítulo 8—Costumbres comunes en los noviazgos 42
Capítulo 9—Los casamientos prohibidos 47
Capítulo 10—Cuando se necesitan consejos 54
Sección 4—Factores de éxito o fracaso 59
Capítulo 11—Los casamientos apresurados 60
Capítulo 12—La compatibilidad 63
Capítulo 13—La preparación doméstica 66
Capítulo 14—La verdadera conversión es necesaria 72
Sección 5—Acerca del altar matrimonial 75
Capítulo 15—Promesas solemnes 76
Capítulo 16—Una asociación feliz 81
Capítulo 17—Obligaciones mutuas 88
Capítulo 18—Deberes y privilegios conyugales 94
Sección 6—El nuevo hogar 101
Capítulo 19—Donde se establecerá el nuevo hogar 102
Capítulo 20—La familia y la ciudad 106
Capítulo 21—Ventajas del campo 111
Capítulo 22—La casa, su construcción y sus muebles 117
Sección 7—La heredad del señor 125
Capítulo 23—Los hijos son una bendición 126
Capítulo 24—El tamaño de la familia 129
Capítulo 25—El cuidado de los niños menesterosos 133

Capítulo 26—El legado de los padres a los hijos 137
Sección 8—El éxito en la familia 141
Capítulo 27—Un círculo sagrado 142
Capítulo 28—La primera escuela del niño 145
Capítulo 29—Una obra intransferible 150
Capítulo 30—El compañerismo en la familia 153
Capítulo 31—La seguridad mediante el amor 157
Capítulo 32—Ocúpese el jardín del corazón 161
Capítulo 33—Promesas de dirección divina 164
Sección 9—El padre, vínculo del hogar 169
Capítulo 34—Posición y responsabilidades del padre 170
Capítulo 35—Deben compartirse las cargas 174
Capítulo 36—Sea compañero de sus hijos 177
Capítulo 37—Lo que no debe ser el esposo 180
Sección 10—La reina de la familia 185
Capítulo 38—Posición y responsabilidades de la madre . . . 186
Capítulo 39—Influencia de la madre 193
Capítulo 40—Falsos conceptos acerca de la obra materna . . 196
Capítulo 41—Modelos imperfectos de maternidad 200
Capítulo 42—La salud de la madre y su apariencia personal 203
Capítulo 43—Influencias prenatales 207
Capítulo 44—El cuidado de los pequeñuelos 211
Capítulo 45—El primer deber de la madre 214
Capítulo 46—La segunda madre 219
Capítulo 47—Cómo alentó Cristo a las madres 222
Sección 11—Socios menores de la firma 225
Capítulo 48—Cómo estima el cielo a los niños 226
Capítulo 49—Auxiliadores de la madre 229
Capítulo 50—El honor debido a los padres 237
Capítulo 51—Consejos para los niños 241
Sección 12—Normas de la vida familiar 247
Capítulo 52—El gobierno del hogar 248
Capítulo 53—Un frente unido 254
Capítulo 54—La religión en la familia 258
Capítulo 55—Normas morales 265
Capítulo 56—El divorcio 276
Capítulo 57—La actitud hacia un cónyuge incrédulo 282
Capítulo 58—La familia del pastor 286

Capítulo 59—Los padres ancianos 292
Sección 13—El uso del dinero 297
Capítulo 60—Mayordomos de Dios 298
Capítulo 61—Principios financieros para la familia 302
Capítulo 62—Debe practicarse la economía 309
Capítulo 63—Instrucciones a los niños en cuanto al dinero . 313
Capítulo 64—La integridad comercial 317
Capítulo 65—Economía y previsión 321
Sección 14—Vías de acceso al alma 325
Capítulo 66—Los portales del alma 326
Capítulo 67—Escenas y sonidos seductores 330
Capítulo 68—La lectura y su influencia 334
Sección 15—Las gracias familiares 341
Capítulo 69—La cortesía y la bondad 342
Capítulo 70—Alegría y buen ánimo 350
Capítulo 71—El don del habla 353
Capítulo 72—La hospitalidad 362
Sección 16—Las relaciones sociales 369
Capítulo 73—Nuestras necesidades sociales 370
Capítulo 74—Seguridad o peligro de las amistades 373
Capítulo 75—Dirección paternal en asuntos sociales 379
Capítulo 76—Fiestas y aniversarios 384
Capítulo 77—La navidad 389
Capítulo 78—La familia como centro misionero 395
Sección 17—Recreación y solaz 401
Capítulo 79—La recreación es esencial 402
Capítulo 80—Cómo hemos de jugar 406
Capítulo 81—Recreación satisfactoria 412
Capítulo 82—Cómo elige el cristiano sus recreaciones 417
Capítulo 83—El señuelo del placer 424
Capítulo 84—Encaucemos a los jóvenes 428
Sección 18—Serán recompensados 433
Capítulo 85—Galardón actual y futuro 434
Capítulo 86—La vida en el hogar edénico 439
Capítulo 87—Cuadros de la tierra nueva 445

Sección 1—El bello hogar

Capítulo 1—La atmósfera del hogar

El hogar es el centro de toda actividad—La sociedad se compone de familias, y será lo que la hagan las cabezas de familia. Del corazón "mana la vida;" y el hogar es el corazón de la sociedad, de la iglesia y de la nación.[1*]

La elevación o la decadencia futura de la sociedad será determinada por los modales y la moralidad de la juventud que se va criando en derredor nuestro. Según se hayan educado los jóvenes y en la medida en que su carácter fué amoldado en la infancia por hábitos virtuosos, de dominio propio y temperancia, será su influencia sobre la sociedad. Si se los deja sin instrucción ni control, y como resultado llegan a ser tercos, intemperantes en sus apetitos y pasiones, así será su influencia futura en lo que se refiere a amoldar la sociedad. Las compañías que frecuenten los jóvenes ahora, los hábitos que adquieran y los principios que adopten indican cuál será el estado de la sociedad durante los años venideros.[2]

El más dulce de los cielos—El hogar debe ser hecho todo lo que la palabra implica. Debe ser un pequeño cielo en la tierra, un lugar donde los afectos son cultivados en vez de ser estudiosamente reprimidos. Nuestra felicidad depende de que se cultive así el amor,
[12] la simpatía y la verdadera cortesía mutua.[3]

El símbolo más dulce del cielo es un hogar presidido por el espíritu del Señor. Si se cumple la voluntad de Dios, los esposos se respetarán mutuamente y cultivarán el amor y la confianza.[4]

Importancia del ambiente hogareño—La atmósfera que rodea las almas de padres y madres llena toda la casa, y se siente en todo departamento del hogar.[5]

---

[*] Unos cuantos de los libros de la Sra. E. G. de White que se citan en esta obra han sido traducidos al castellano a través de los años. En todos los casos en que resultó posible, las citas se transcribieron de las ediciones publicadas en la Biblioteca del Hogar Cristiano, a la cual se incorporó también la edición revisada y corregida de "El Ministerio de Curación."—El traductor.

Los padres crean en extenso grado la atmósfera que reina en el círculo del hogar, y donde hay desacuerdo entre el padre y la madre, los niños participan del mismo espíritu. Impregnad la atmósfera de vuestro hogar con la fragancia de un espíritu tierno y servicial. Si os habéis convertido en extraños y no habéis sido cristianos de acuerdo con la Biblia, convertíos; porque el carácter que adquiráis durante el tiempo de gracia será el carácter que tendréis cuando venga Cristo. Si queréis ser santos en el cielo, debéis ser santos primero en la tierra. Los rasgos de carácter que cultivéis en la vida no serán cambiados por la muerte ni por la resurrección. Saldréis de la tumba con la misma disposición que manifestasteis en vuestro hogar y en la sociedad. Jesús no cambia nuestro carácter al venir. La obra de transformación debe hacerse ahora. Nuestra vida diaria determina nuestro destino.[6]

La creación de una atmósfera pura—Todo hogar cristiano debe tener reglas; y los padres deben, por sus palabras y su conducta el uno hacia el otro, dar a los hijos un ejemplo vivo y precioso de lo que desean verlos llegar a ser. Debe manifestarse pureza en la conversación y debe practicarse constantemente la verdadera cortesía cristiana. Enseñemos a los niños y jóvenes a respetarse a sí mismos, a ser fieles a Dios y a los buenos principios; enseñémosles a respetar y obedecer la ley de Dios. Estos principios regirán entonces su vida y los pondrán en práctica en sus relaciones con los demás. Crearán una atmósfera pura, que ejerza una influencia tendiente a alentar a las almas débiles en la senda hacia arriba que conduce a la santidad [13]
y al cielo. Sea cada lección de un carácter elevador y ennoblecedor, y las anotaciones hechas en los libros de los cielos serán tales que no nos avergonzaremos de ellas en el juicio.

Los niños que reciban esta clase de instrucción ... estarán preparados para ocupar puestos de responsabilidad y, mediante el precepto y el ejemplo, estarán constantemente ayudando a otros a hacer lo recto. Aquellos cuyas sensibilidades morales no hayan sido embotadas apreciarán los buenos principios; estimarán correctamente sus dotes naturales y darán el mejor uso posible a sus facultades físicas, mentales y morales. Esas almas se ven grandemente fortalecidas contra la tentación; están rodeadas de una muralla que no se derribará fácilmente.[7]

Dios quisiera que nuestras familias fuesen símbolos de la familia del cielo. Recuerden esto cada día los padres y los hijos, y relaciónense unos con otros como miembros de la familia de Dios. Entonces su vida será de tal carácter que dará al mundo una lección objetiva de lo que pueden ser las familias que aman a Dios y guardan sus mandamientos. Cristo será glorificado; su paz, su gracia y su amor compenetrarán el círculo familiar como un perfume precioso.[8]

Mucho depende del padre y de la madre. Ellos deben ser firmes y bondadosos en su disciplina, y deben obrar con el mayor fervor para tener una familia ordenada y correcta, a fin de que los ángeles celestiales sean atraídos hacia ella y le impartan una fragante influencia y paz.[9]

Sea el hogar alegre y feliz—No olvidéis jamás que por el aprecio de los atributos del Salvador debéis hacer que el hogar sea un sitio alegre y feliz para vosotros mismos y para vuestros hijos. Si invitáis a Cristo a vuestro hogar, podréis discernir entre el bien y el mal. Podréis ayudar a vuestros hijos para que sean árboles de justicia, que lleven los frutos del Espíritu.[10]

Podrán sobrevenir dificultades, pero éstas constituyen la suerte
[14] que le toca a toda la humanidad. Resplandezcan la paciencia, la gratitud y el amor en el corazón, por nublado que esté el día.[11]

El hogar puede ser sencillo, pero puede ser siempre un lugar donde se pronuncien palabras alentadoras y se realicen acciones bondadosas, donde la cortesía y el amor sean huéspedes permanentes.[12]

Administrad las reglas del hogar con sabiduría y amor, no con vara de hierro. Los niños responderán con obediencia voluntaria a la ley del amor. Elogiad a vuestros hijos siempre que podáis. Haced que sus vidas sean tan felices como fuere posible. ... Mantened blando el terreno del corazón por la manifestación del amor y del afecto, preparándolo así para la semilla de la verdad. Recordad que el Señor da a la tierra no solamente nubes y lluvia, sino el hermoso y sonriente sol, que hace germinar la semilla y hace aparecer las flores. Recordad que los niños necesitan no solamente reproches y corrección, sino estímulo y encomio, el agradable sol de las palabras bondadosas.[13]

No debéis tener disensión en vuestra casa. “Mas la sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta,

benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora, no fingida. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz." Mansedumbre y paz es lo que anhelamos para nuestros hogares.[14]

Tiernos lazos que nos unen—El vínculo de la familia es el más estrecho, el más tierno y sagrado de la tierra. Estaba destinado a ser una bendición para la humanidad. Y lo es siempre que el pacto matrimonial sea sellado con inteligencia, en el temor de Dios, y con la debida consideración de sus responsabilidades.[15]

Todo hogar debiera ser un lugar donde reine el amor, donde moren los ángeles de Dios, y donde ejerzan una influencia suavizadora y subyugadora sobre los corazones de los padres y de los hijos.[16] [15]

Debemos hacer de nuestros hogares un Betel, y de nuestros corazones un sagrario. Dondequiera que el amor de Dios sea aprcciado en el alma, habrá paz, luz y gozo. Presentad la Palabra de Dios a vuestras familias con amor, y preguntad: "¿Qué ha dicho Dios?" [17]

La presencia de Cristo hace cristiano el hogar—El hogar hermoseado por el amor, la simpatía y la ternura es un lugar que los ángeles visitan con agrado, y donde se glorifica a Dios. La influencia de un hogar cristiano cuidadosamente custodiado en los años de la infancia y la juventud, es la salvaguardia más segura contra las corrupciones del mundo. En la atmósfera de un hogar tal, los niños aprenderán a amar a sus padres terrenales y a su Padre celestial.[18]

Los jóvenes necesitan, desde su infancia, que se levante una firme barrera entre ellos y el mundo, a fin de que no los afecten sus influencias corruptoras.[19]

Toda familia cristiana debe ilustrar ante el mundo el poder y la excelencia de la influencia cristiana. ... Los padres deben comprender su responsabilidad en lo que concierne a mantener sus hogares libres de toda mancha del mal moral.[20]

La santidad para con Dios debe compenetrar el hogar. ... Los padres y los hijos deben educarse para cooperar con Dios. Deben poner sus hábitos y sus prácticas en armonía con los planes de Dios. [21]

Las relaciones familiares deben ejercer una influencia santificadora. Los hogares cristianos, establecidos y dirigidos de acuerdo con el plan de Dios, contribuyen en forma admirable a la formación de un carácter cristiano. ... Los padres y los hijos deben ofrecer juntos

un servicio amante al Unico que puede mantener puro y noble el amor humano.[22]

La primera obra que debe hacerse en un hogar cristiano es asegurarse de que el Espíritu de Cristo more allí, y de que cada miembro de la familia pueda tomar su cruz y seguir a Jesús dondequiera que
[16] él le conduzca.[23]

[17]

[1] El Ministerio de Curación, 269.
[2] Pacific Health Journal, junio de 1890.
[3] Testimonies for the Church 3:539.
[4] The Signs of the Times, 20 de junio de 1911.
[5] Manuscrito 49, 1898.
[6] Carta 18b, 1891.
[7] Special Testimonies, Series B 16:4, 5.
[8] The Review and Herald, 17 de noviembre de 1896.
[9] Manuscrito 14, 1905.
[10] Carta 29, 1902.
[11] El Ministerio de Curación, 305.
[12] The Review and Herald, 9 de julio de 1901.
[13] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 88.
[14] Manuscrito 9, 1893.
[15] El Ministerio de Curación, 275.
[16] Carta 25, 1904.
[17] Carta 24a, 1896.
[18] Manuscrito 126, 1903.
[19] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 92.
[20] The Review and Herald, 9 de octubre de 1900.
[21] Carta 9, 1904.
[22] Manuscrito 16, 1899.
[23] Manuscrito 17, 1891.

Capítulo 2—Los fundamentos del hogar

El lugar más atractivo del mundo—Aunque incumben a los padres responsabilidades pesadas con respecto a velar cuidadosamente por la felicidad y los intereses futuros de sus hijos, también les incumbe el deber de hacer el hogar tan atractivo como sea posible. Esto tiene consecuencias mucho mayores que la adquisición de bienes y de dinero. El hogar no debe carecer de alegría. El sentimiento familiar debe conservarse vivo en el corazón de los hijos, para que puedan recordar el hogar de su infancia como lugar de paz y felicidad muy próximo al cielo. En tal caso, cuando lleguen a la madurez procurarán a su vez ser un consuelo y una bendición para sus padres.[1]

El hogar debe ser para los niños el sitio más agradable del mundo, y la presencia de la madre en él debe ser su mayor atractivo. Los niños son por naturaleza sensibles y amantes. Es fácil contentarlos o hacerlos infelices. Por medio de suave disciplina, palabras y actos cariñosos, las madres pueden conquistar el corazón de sus hijos.[2]

Limpieza, aseo, orden—La limpieza, el aseo y el orden son indispensables para la administración apropiada de la familia. Pero cuando la madre considera esas virtudes como deberes de la máxima importancia en su vida y para consagrarse a ellos descuida el desarrollo físico, mental y moral de sus hijos, comete un triste error.[3]

Debe enseñarse a los creyentes que a pesar de ser pobres no necesitan ser desaseados en su persona o en su hogar. Debe ayudarse [18]
al respecto a los que no parecen comprender el significado ni la importancia de la limpieza. Se les debe enseñar que quienes han de representar al Dios santo y alto deben mantener sus almas puras y limpias, y que esa pureza debe abarcar su vestuario y todo lo que hay en la casa, de modo que los ángeles ministradores tengan evidencia de que la verdad obró un cambio en la vida, purificó el alma y refinó los gustos. Los que, después de recibir la verdad, no realizan cambio alguno en su manera de hablar, conducirse y vestirse, así como en

su ambiente, viven para sí y no para Cristo. No fueron creados de nuevo en Cristo Jesús, para ser purificados y santificados. ...

Aunque debemos precavernos contra la ostentación y los adornos innecesarios, en ningún caso debemos ser descuidados e indiferentes con respecto a la apariencia exterior. Cuanto se refiere a nuestra persona y nuestro hogar debe ser aseado y atractivo. Se debe enseñar a los jóvenes cuán importante es presentar una apariencia irreprochable, que honre a Dios y la verdad.[4]

El descuido del aseo inducirá dolencias. La enfermedad no se presenta sin causa. Han ocurrido violentas epidemias de fiebre en aldeas y ciudades que se consideraban perfectamente salubres, y resultaron en fallecimientos o constituciones destrozadas. En muchos casos las dependencias de las mismas víctimas de esas epidemias contenían los agentes de destrucción que transmitían a la atmósfera el veneno mortífero que había de ser inhalado por la familia y el vecindario. Asombra notar la ignorancia que prevalece con respecto a los efectos de la negligencia y la temeridad sobre la salud.[5]

Un hogar feliz requiere orden—Desagrada a Dios ver en cualquier persona desorden, negligencia y falta de esmero. Estas deficiencias son males graves y tienden a privar a la esposa de los afectos del esposo cuando éste aprecia el orden y el tener hijos bien
[19] disciplinados y una casa bien regenteada. Una esposa y madre no puede hacer feliz y agradable su hogar a menos que se deleite en el orden, conserve su dignidad y ejerza un buen gobierno. Por lo tanto, toda mujer deficiente en estas cosas debe comenzar en seguida a educarse al respecto y cultivar precisamente las cualidades de las cuales más carezca.[6]

Deben fusionarse la vigilancia y la diligencia—Cuando nos demos sin reservas al Señor veremos los deberes sencillos de la vida familiar de acuerdo con su verdadera importancia, y los cumpliremos como Dios quiere que lo hagamos. Debemos ser vigilantes y velar por la venida del Hijo del hombre. También debemos ser diligentes. Se requiere de nosotros que obremos y esperemos; debemos unir las dos actitudes. Esto equilibrará el carácter cristiano, y lo hará simétrico y bien desarrollado. No debemos creer que nos toca descuidar todo lo demás y entregarnos a la meditación, el estudio o la oración, ni tampoco debemos rebosar apresuramiento y actividad, con descuido de la piedad personal. La espera, la vigilancia y el

trabajo deben combinarse. “En el cuidado no perezosos: ardientes en espíritu; sirviendo al Señor.” [7]

Medios de ahorrar trabajo—En muchos hogares la esposa y madre no tiene tiempo para leer a fin de mantenerse bien informada ni tiene tiempo para ser la compañera de su esposo ni para seguir de cerca el desarrollo intelectual de sus hijos. No hay tiempo ni lugar para que el querido Salvador sea su compañero íntimo. Poco a poco ella se convierte en una simple esclava de la casa, cuyas fuerzas, tiempo e interés son absorbidos por las cosas que perecen con el uso. Muy tarde despierta para hallarse casi extraña en su propia casa. Las oportunidades que una vez tuvo para influir en sus amados y elevarlos a una vida superior pasaron y no volverán jamás.

Resuelvan los fundadores del hogar que vivirán conforme a un plan más sabio. Sea su fin primordial hacer agradable el hogar. [20] Asegúrense los medios para aligerar el trabajo, favorecer la salud y proveer comodidad.[8]

Aun las tareas más humildes son obra de Dios—Todo el trabajo necesario que hagamos, sea lavar los platos, poner la mesa, atender a los enfermos, cocinar o lavar, es de importancia moral. ... Las tareas humildes que se nos presentan deben ser hechas por alguien; y los que las cumplen deben sentir que están haciendo un trabajo necesario y honorable, y que al cumplir su misión, por humilde que sea, realizan la obra de Dios tan ciertamente como Gabriel cuando era enviado a los profetas. Todos trabajan en su orden y en sus respectivas esferas. La mujer en su hogar, al desempeñar los sencillos deberes de la vida que deben ser realizados, puede y debe manifestar fidelidad, obediencia y amor tan sinceros como los que manifiestan los ángeles en su esfera. La conformidad con la voluntad de Dios hace que sea honorable cualquier trabajo que debe ser hecho.[9] [21]

[1] The Review and Herald, 2 de febrero de 1886.
[2] El Ministerio de Curación, 301.
[3] The Signs of the Times, 5 de agosto de 1875.
[4] The Review and Herald, 10 de junio de 1902.
[5] Christian Temperance and Bible Hygiene, 105, 106.
[6] Testimonies for the Church 2:298, 299.
[7] The Review and Herald, 15 de septiembre de 1891.
[8] El Ministerio de Curación, 285.

[9] Joyas de los Testimonios 1:295, 296.

Capítulo 3—El modelo edénico del hogar

Dios preparó el primer hogar del hombre—El hogar edénico de nuestros primeros padres fué preparado para ellos por Dios mismo. Cuando lo hubo provisto de todo lo que el hombre pudiera desear, dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza."

El Señor estaba complacido con este ser, el último y el más noble de cuantos había creado, y se propuso que fuese el habitante perfecto de un mundo perfecto. No quería, sin embargo, que el hombre viviera en soledad. Dijo: "No es bueno que el hombre esté solo; haréle ayuda idónea para él."[1]

Dios mismo dió a Adán una compañera. Le proveyó de una "ayuda idónea para él," alguien que realmente le correspondía, una persona digna y apropiada para ser su compañera y que podría ser una sola cosa con él en amor y simpatía. Eva fué creada de una costilla tomada del costado de Adán; este hecho significa que ella no debía dominarle como cabeza, ni tampoco debía ser humillada y hollada bajo sus plantas como un ser inferior, sino que más bien debía estar a su lado como su igual, para ser amada y protegida por él. Siendo parte del hombre, hueso de sus huesos y carne de su carne, era ella su segundo yo; y quedaba en evidencia la unión íntima y afectuosa que debía existir en esta relación. "Porque ninguno aborreció jamás a su propia carne, antes la sustenta y regala." "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y allegarse ha a su mujer, y serán una sola carne."[2]

Dios efectuó el primer casamiento—Dios celebró la primera [22]
boda. De manera que la institución del matrimonio tiene como su autor al Creador del universo. "Honroso es en todos el matrimonio." Fué una de las primeras dádivas de Dios al hombre, y es una de las dos instituciones que, después de la caída, llevó Adán consigo al salir del paraíso. Cuando se reconocen y obedecen los principios divinos en esta materia, el matrimonio es una bendición: salvaguarda

la felicidad y la pureza de la raza, satisface las necesidades sociales del hombre y eleva su naturaleza física, intelectual y moral.[3]

El que creó a Eva para que fuese compañera de Adán realizó su primer milagro en una boda. En la sala donde los amigos y parientes se regocijaban, Cristo principió su ministerio público. Con su presencia sancionó el matrimonio, reconociéndolo como institución que él mismo había fundado. ...

Cristo honró también las relaciones matrimoniales al hacerlas símbolo de su unión con los redimidos. El es el Esposo, y la esposa es la iglesia, de la cual, como escogida por él, dice: "Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha."[4]

Toda necesidad fué suplida—Adán fué rodeado de todo lo que su corazón pudiera desear. Toda necesidad era suplida. No había pecado ni indicios de decadencia en el glorioso Edén. Los ángeles de Dios conversaban libre y amablemente con la santa pareja. Los felices cantores emitían sus gozosos trinos de alabanza a su Creador. Los animales apacibles, en su feliz inocencia, jugaban en derredor de Adán y Eva, obedientes a su palabra. En la perfección de su virilidad, Adán era la obra más noble del Creador.[5]

Ni una sombra intervenía entre ellos y su Creador. Conocían a Dios como su Padre benéfico, y en todo se conformaba su voluntad con la de Dios. El carácter de Dios se reflejaba en el de Adán. Su gloria se revelaba en todo objeto de la naturaleza.[6]

[23] **El trabajo asignado para felicidad del hombre**—Dios ama lo hermoso. Nos ha dado inequívoca evidencia de ello en la obra de sus manos. Plantó para nuestros primeros padres un bello huerto en Edén. Hizo crecer del suelo frondosos árboles de toda descripción, para que fuesen útiles y ornamentales. Formó las hermosas flores, de rara delicadeza, de todo matiz y color, que esparcían perfume por el aire. ... Dios quería que el hombre hallase felicidad en su ocupación: el cuidado de las cosas que había creado, y que sus necesidades fuesen suplidas por los frutos de los árboles que había en el huerto.[7]

A Adán fué dada la obra de cuidar el jardín. El Creador sabía que Adán no podía ser feliz sin ocupación. La belleza del huerto le deleitaba, pero esto no bastaba. Debía tener trabajo que diera ejercicio a los admirables órganos de su cuerpo. Si la dicha hubiese consistido en estarse sin hacer nada, el hombre, en su estado de inocencia, habría sido dejado sin ocupación. Pero el que creó al

hombre sabía qué le convenía para ser feliz; y tan pronto como lo creó le asignó su trabajo. La promesa de la gloria futura y el decreto de que el hombre debe trabajar para obtener su pan cotidiano provinieron del mismo trono.[8]

El hogar cristiano honra a Dios—Los padres y las madres que ponen a Dios en primer lugar en su familia, que enseñan a sus hijos que el temor del Señor es el principio de la sabiduría, glorifican a Dios delante de los ángeles y delante de los hombres, presentando al mundo una familia bien ordenada y disciplinada, una familia que ama y obedece a Dios, en lugar de rebelarse contra él. Cristo no es un extraño en sus hogares; su nombre es un nombre familiar, venerado y glorificado. Los ángeles se deleitan en un hogar donde Dios reina supremo, y donde se enseña a los niños a reverenciar la religión, la Biblia y al Creador. Las familias tales pueden aferrarse a la promesa: "Yo honraré a los que me honran." Y cuando de un hogar tal sale el padre a cumplir sus deberes diarios, lo hace con un [24] espíritu enternecido y subyugado por la conversación con Dios.[9]

Sólo la presencia de Cristo puede hacer felices a hombres y mujeres. Cristo puede transformar todas las aguas comunes de la vida en vino celestial. El hogar viene a ser entonces un Edén de bienaventuranza; la familia, un hermoso símbolo de la familia celestial.[10] [25]

[1] The Youth's Instructor, 10 de agosto de 1899.
[2] Historia de los Patriarcas y Profetas, 26, 27.
[3] Historia de los Patriarcas y Profetas, 27.
[4] El Ministerio de Curación, 275.
[5] The Signs of the Times, 11 de junio de 1874.
[6] The Youth's Instructor, 2 de junio, 1898.
[7] The Health Reformer, julio de 1871.
[8] The Youth's Instructor, 27 de febrero de 1902.
[9] Joyas de los Testimonios 2:134.
[10] Manuscrito 43, 1900.

Sección 2—Una luz en la comunidad

Capítulo 4—Influencia abarcante del hogar

El hogar cristiano es una lección objetiva—La misión del hogar se extiende más allá del círculo de sus miembros. El hogar cristiano ha de ser una lección objetiva, que ponga de relieve la excelencia de los verdaderos principios de la vida. Semejante ejemplo será una fuerza para el bien en el mundo. ... Al salir de semejante hogar paterno los jóvenes enseñarán las lecciones que en él hayan aprendido. De este modo penetrarán en otros hogares principios más nobles de vida, y una influencia regeneradora obrará en la sociedad.[1]

El hogar cuyos miembros son cristianos corteses ejerce una influencia abarcante en favor del bien. Otras familias notarán los resultados alcanzados por un hogar tal, seguirán el ejemplo que les da, y a su vez protegerán de las influencias satánicas su propio hogar. Los ángeles de Dios visitarán a menudo el hogar regido por la voluntad de Dios. Bajo el poder de la gracia divina, ese hogar llega a ser un lugar de refrigerio para los peregrinos agobiados. Mediante un cuidado vigilante, se evita el engreimiento, se contraen hábitos correctos y se reconocen atentamente los derechos ajenos. La fe que obra por el amor y purifica el alma empuña el timón y preside sobre toda la familia. Bajo la influencia santificada de un hogar tal, se reconoce y acata más ampliamente el principio de la fraternidad trazado en la Palabra de Dios.[2]

[26] **Influencia de una familia bien ordenada**—No es cosa de poca monta que una familia se destaque como representantes de Jesús, que guardan la ley de Dios en una comunidad incrédula. Se requiere de nosotros que seamos epístolas vivas, conocidas y leídas por todos. Esta posición entraña temibles responsabilidades.[3]

Una familia bien ordenada y disciplinada influye más en favor del cristianismo que todos los sermones que se puedan predicar. Una familia tal prueba que los padres han sabido seguir las instrucciones de Dios y que los hijos le servirán en la iglesia. La influencia de ellos aumenta; porque a medida que dan a otros, reciben para seguir dando. El padre y la madre hallan en sus hijos auxiliadores que

comunican a otros la instrucción recibida en el hogar. El vecindario en el cual viven recibe ayuda, porque se enriquece para esta vida y para la eternidad. Toda la familia se dedica a servir al Maestro; y por su ejemplo piadoso otros son inducidos a ser fieles a Dios al tratar con su grey, su hermosa grey.[4]

La mayor evidencia del poder del cristianismo que se pueda presentar al mundo es una familia bien ordenada y disciplinada. Esta recomendará la verdad como ninguna otra cosa puede hacerlo, porque es un testimonio viviente del poder práctico que ejerce el cristianismo sobre el corazón.[5]

La mejor prueba del cristianismo en un hogar es la clase de carácter engendrada por su influencia. Las acciones hablan en voz mucho más alta que la profesión de piedad más positiva.[6]

Nuestra tarea en este mundo ... es ver qué virtudes podemos enseñar a nuestros hijos y nuestras familias a poseer, para que ejerzan influencia sobre otras familias y así podamos ser una potencia educadora aunque nunca subamos al estrado. Una familia bien ordenada y disciplinada es a los ojos de Dios más preciosa que el oro, aun más que el oro refinado de Ofir.[7]

Tenemos posibilidades admirables—El tiempo de que disponemos es corto. Sólo una vez podemos pasar por este mundo; saquemos, pues, al hacerlo, el mejor provecho de nuestra vida. La tarea a la cual se nos llama no requiere riquezas, posición social ni gran capacidad. Lo que sí requiere es un espíritu bondadoso y abnegado y firmeza de propósito. Una luz, por pequeña que sea, si arde siempre, puede servir para encender otras muchas. Nuestra esfera de influencia, nuestras capacidades, oportunidades y adquisiciones podrán parecer limitadas; y sin embargo tenemos posibilidades maravillosas si aprovechamos fielmente las oportunidades que nos brindan nuestros hogares. Si tan sólo queremos abrir nuestros corazones y nuestras casas a los divinos principios de la vida, llegaremos a ser canales por los que fluyan corrientes de fuerza vivificante. De nuestros hogares saldrán ríos de sanidad, que llevarán vida, belleza y feracidad donde hoy por hoy todo es aridez y desolación.[8] [27]

Los padres temerosos de Dios difundirán desde el círculo de su propio hogar una influencia que obrará en otros hogares como levadura escondida en tres medidas de harina.[9]

La obra hecha fielmente en el hogar educa a otros para que hagan la misma clase de obra. El espíritu de fidelidad a Dios es como levadura y, cuando se manifieste en la iglesia, tendrá efecto sobre otros y por doquiera servirá de recomendación para el cristianismo. La obra de los que son de todo corazón soldados de Cristo es tan abarcante como la eternidad. ¿Por qué será, por lo tanto, que se nota tanta falta de espíritu misionero en nuestras iglesias? Se debe a que se descuida la piedad en el hogar.[10]

Influencia de una familia bien gobernada—La influencia de una familia mal gobernada se difunde, y es desastrosa para toda la sociedad. Se acumula en una ola de maldad que afecta a las familias, las comunidades y los gobiernos.[11]

A cualquiera de nosotros le es imposible vivir de manera que no ejerza influencia en el mundo. Ningún miembro de la familia pue-
[28] de encerrarse en sí mismo, donde otros miembros de la familia no sientan su influencia y espíritu. La misma expresión de su semblante ejerce una influencia para bien o para mal. Su espíritu, sus palabras, sus acciones y su actitud hacia los demás son evidentes. Si vive en el egoísmo, rodea su alma con una atmósfera maléfica, mientras que si está henchido del amor de Cristo, manifestará cortesía, bondad, tierna consideración por los sentimientos ajenos y por sus actos de amor comunicará a quienes le traten una emoción feliz de ternura y agradecimiento. Será evidente que vive para Jesús y aprende diariamente lecciones a sus pies al recibir su luz y su paz. Podrá decir al
[29] Señor: “Tu mansedumbre me ha engrandecido.”[12]

---

[1] El Ministerio de Curación, 271, 272.
[2] Carta 272, 1903.
[3] Testimonies for the Church 4:106.
[4] The Review and Herald, 6 de junio de 1899.
[5] Testimonies for the Church 4:304.
[6] Historia de los Patriarcas y Profetas, 626.
[7] Manuscrito 12, 1895.
[8] El Ministerio de Curación, 273, 274.
[9] The Signs of the Times, 17 de septiembre de 1894.
[10] The Review and Herald, 19 de febrero de 1895.
[11] Historia de los Patriarcas y Profetas, 626.
[12] The Youth’s Instructor, 22 de junio de 1893.

Capítulo 5—Un testimonio cristiano poderoso

Los mejores misioneros provienen de hogares cristianos—La mejor preparación para trabajar lejos, los misioneros del Maestro la reciben en la familia cristiana donde se teme y se ama a Dios, donde se le adora y la fidelidad ha llegado a ser una segunda naturaleza, donde no se permite desatender desordenadamente a los deberes domésticos, donde la serena comunión con Dios se considera esencial para el fiel cumplimiento de los deberes diarios.[1]

Los deberes domésticos deben cumplirse sabiendo que si se ejecutan con el debido espíritu comunican una experiencia que nos habilitará para trabajar por Cristo de la manera más permanente y cabal. ¡Cuánto no podría lograr en los ramos de la obra misionera un cristiano vivo, al desempeñar fielmente los deberes diarios, al alzar su cruz y al no descuidar deber alguno, por mucho que desagrade a sus sentimientos naturales![2]

Nuestra obra por Cristo debe comenzar con la familia, en el hogar. ... No hay campo misionero más importante que éste. ...

Muchos han descuidado vergonzosamente el campo del hogar, y es tiempo de que se presenten recursos y remedios divinos para corregir este mal.[3]

El deber más sublime que incumbe a las jóvenes es el que han de cumplir en sus propios hogares, al beneficiar a sus padres, hermanos y hermanas con afecto y verdadero interés. Allí es donde se puede manifestar abnegación y olvido propio, al cuidar a los demás y actuar en su favor. Nunca degradará este trabajo a una mujer. Es el cargo más sagrado y elevado que ella puede ocupar. ¡Qué influencia puede ejercer sobre sus hermanos! Si ella vive correctamente, puede determinar cuál será el carácter de sus hermanos.[4] [30]

Los que han recibido a Cristo deben revelar en el hogar lo que la gracia ha hecho en su favor. “A todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre.” Compenetra al verdadero creyente en Cristo una autoridad conscien-

te que hace sentir su influencia en toda la familia. Resulta favorable para la perfección del carácter de todos sus miembros.[5]

Un argumento irrebatible—Un hogar piadoso bien dirigido constituye un argumento poderoso en favor de la religión cristiana, un argumento que el incrédulo no puede negar. Todos pueden ver que una influencia obra en la familia y afecta a los hijos, y que el Dios de Abrahán está con ellos. Si los hogares de los profesos cristianos tuviesen el debido molde religioso, ejercerían una gran influencia en favor del bien. Serían, ciertamente, "la luz del mundo." [6]

Los niños harán conocer los principios bíblicos—Los niños que hayan sido educados debidamente, que se deleiten en ser útiles, en ayudar a sus padres, comunicarán a cuantos los traten un conocimiento de ideas correctas y de los principios bíblicos.[7]

Cuando nuestras propias casas sean lo que deben ser, no dejaremos que nuestros hijos crezcan en la ociosidad y la indiferencia con respecto a lo que Dios les pide que hagan en favor de los necesitados que los rodean. Como herencia del Señor, estarán calificados para emprender la obra donde están. De tales hogares resplandecerá una luz que se revelará en favor de los ignorantes, conduciéndolos a la
[31] fuente de todo conocimiento. Ejercerán una poderosa influencia por Dios y su verdad.[8]

Ciertos padres, a quienes no se los puede alcanzar de otra manera, con frecuencia son alcanzados por sus hijos.[9]

Una luz para los vecinos—Necesitamos más padres y cristianos radiantes. Nos encerramos demasiado en nosotros mismos. Con demasiada frecuencia privamos de alguna palabra de bondad y de aliento, o de alguna sonrisa alegre, a nuestros hijos o a los oprimidos y desalentados.

Padres, sobre vosotros recae la responsabilidad de llevar y comunicar luz. Brillad como luces en el hogar e iluminad la senda que vuestros hijos deben recorrer. Mientras lo hagáis, vuestra luz resplandecerá para los extraños.[10]

De todo hogar cristiano debería irradiar una santa luz. El amor debe expresarse en hechos. Debe manifestarse en todas las relaciones del hogar y revelarse en una amabilidad atenta, en una suave y desinteresada cortesía. Hay hogares donde se pone en práctica este principio, hogares donde se adora a Dios, y donde reina el amor

verdadero. De estos hogares, de mañana y de noche, la oración asciende hacia Dios como un dulce incienso, y las misericordias y las bendiciones de Dios descienden sobre los suplicantes como el rocío de la mañana.[11]

Resultados de la unión familiar—La primera obra de los cristianos consiste en estar unidos en la familia. Luego la obra debe extenderse hasta sus vecinos cercanos y lejanos. Los que hayan recibido la luz deben dejarla brillar en claros rayos. Sus palabras, fragantes con el amor de Cristo, han de ser sabor de vida para vida.[12]

Cuánto más estrechamente estén unidos los miembros de una familia en lo que tienen que hacer en el hogar, tanto más elevadora y servicial será la influencia que ejerzan fuera del hogar el padre, la madre, los hijos y las hijas.[13]

La bondad es más necesaria que un gran intelecto—La felici- [32]
dad de las familias y las iglesias depende de las influencias ejercidas por el hogar. Del debido desempeño de los deberes en esta vida dependen intereses eternos. Lo que el mundo necesita no es tanto grandes intelectos como hombres buenos que sean una bendición en sus hogares.[14]

Evítense los errores que puedan cerrar las puertas—Cuando la religión se manifieste en el hogar, su influencia se hará sentir en la iglesia y el vecindario. Pero algunos de los que profesan ser cristianos hablan con sus vecinos de las dificultades que tienen en su hogar. Relatan sus agravios de manera tal que despiertan simpatía hacia sí; pero es un grave error confiar nuestras dificultades a oídos ajenos, especialmente cuando nuestros agravios son inventados y existen por causa de nuestra vida irreligiosa y carácter defectuoso. Los que salen a exponer sus agravios particulares a otros obrarían mejor si quedasen en casa para orar, entregar su perversa voluntad a Dios, caer sobre la Roca y ser quebrantados y morir al yo a fin de que Jesús pudiese hacer de ellos vasos que le honren.[15]

Una falta de cortesía, un momento de petulancia, una sola palabra dura, irreflexiva, manchará su reputación y puede impedirle el acceso a los corazones de tal manera que ya no pueda llegar hasta ellos.[16]

El cristianismo del hogar resplandece—El esfuerzo para hacer del hogar lo que debe ser: un símbolo del hogar celestial, nos prepara para obrar en una esfera más amplia. La educación obtenida al manifestar tierna consideración unos hacia otros nos permite

saber cómo tener acceso a los corazones necesitados de que se les enseñen los principios de la religión verdadera. La iglesia necesita toda la fuerza espiritual que pueda obtener, para que todos, y especialmente los miembros más jóvenes de la familia del Señor, sean guardados con todo esmero. La verdad vivida en el hogar se hace sentir en una obra hecha desinteresadamente fuera de él. El
[33] que vive el cristianismo en el hogar será en cualquier parte una luz
[34] resplandeciente.[17]

[1] Manuscrito 140, 1897.
[2] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1898.
[3] Joyas de los Testimonios 3:62, 63.
[4] Joyas de los Testimonios 1:226.
[5] Manuscrito 140, 1897.
[6] Historia de los Patriarcas y Profetas, 140.
[7] Carta 28, 1890.
[8] Joyas de los Testimonios 3:64.
[9] Joyas de los Testimonios 1:457.
[10] The Review and Herald, 29 de enero de 1901.
[11] Historia de los Patriarcas y Profetas, 140.
[12] Manuscrito 11, 1901.
[13] Carta 189, 1903.
[14] Testimonies for the Church 4:522.
[15] The Signs of the Times, 14 de noviembre de 1892.
[16] Testimonies for the Church 5:335.
[17] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1898.

Sección 3—La elección de cónyuge

Capítulo 6—La gran decisión

¿Un casamiento feliz o desdichado?—Si los que piensan contraer matrimonio no quieren hacer después reflexiones tristes y desdichadas, deben dedicar ahora a su casamiento muy serias meditaciones. Si se lo da imprudentemente, este paso es uno de los medios más eficaces para destruir la utilidad de hombres y mujeres jóvenes. La vida llega a serles entonces una carga, una maldición. Nadie puede destruir tan completamente la felicidad y utilidad de una mujer, y hacer de su vida una carga dolorosa, como su propio esposo; y nadie puede hacer la centésima parte de lo que la propia esposa puede hacer para enfriar las esperanzas y aspiraciones de un hombre, paralizar sus energías y destruir su influencia y sus perspectivas. De la hora de su casamiento data para muchos hombres y mujeres el éxito o el fracaso en esta vida, así como sus esperanzas para la venidera.[1]

¡Ojalá que pudiera inducir a la juventud a ver y sentir su peligro, especialmente el de contraer casamientos desdichados![2]

El casamiento es algo que afectará vuestra vida en este mundo y en el venidero. Una persona que sea sinceramente cristiana no hará progresar sus planes en esa dirección sin saber si Dios aprueba su conducta. No querrá elegir por su cuenta, sino que reconocerá que a Dios incumbe decidir por ella. No hemos de complacernos a
[35] nosotros mismos, pues Cristo no buscó su propio agrado. No quisiera que se me interpretara en el sentido de que una persona deba casarse con alguien a quien no ame. Esto sería un pecado. Pero no debe permitir que la fantasía y la naturaleza emotiva la conduzcan a la ruina. Dios requiere todo el corazón, los afectos supremos.[3]

Sin apresuramiento—Pocos son los que tienen opiniones correctas acerca de la relación matrimonial. Muchos parecen creer que significa alcanzar la felicidad perfecta; pero si conocieran una cuarta parte de los sinsabores de hombres y mujeres sujetos por el voto matrimonial en cadenas que no se atreven a romper ni pueden hacerlo, no les sorprendería que escriba estas líneas. En la mayoría de los

casos, el matrimonio es un yugo amargo. Son miles los que están unidos pero no se corresponden. Los libros del cielo están cargados con las desgracias, la perversidad y los abusos que se esconden bajo el manto del matrimonio. Por esto quisiera aconsejar a los jóvenes en edad de casarse que no se apresuren en la elección de su cónyuge. La senda de la vida matrimonial puede parecer hermosa y rebosante de felicidad. Sin embargo, ¿por qué no podríais quedaros chasqueados como les ha sucedido a tantos otros? [4]

Los que piensan en casarse deben pesar el carácter y la influencia del hogar que van a fundar. Al llegar a ser padres se les confía un depósito sagrado. De ellos depende en gran medida el bienestar de sus hijos en este mundo, y la felicidad de ellos en el mundo futuro. En alto grado determinan la naturaleza física y moral de sus pequeñuelos. Y del carácter del hogar depende la condición de la sociedad. El peso de la influencia de cada familia se hará sentir en la tendencia ascendente o descendente de la sociedad.[5]

Factores vitales en la elección—La juventud cristiana debe ejercer mucho cuidado en la formación de amistades y la elección de compañeros. Prestad atención, no sea que lo que consideráis oro [36] puro resulte vil metal. Las relaciones mundanales tienden a poner obstrucciones en el camino de vuestro servicio a Dios, y muchas almas quedan arruinadas por uniones desdichadas, matrimoniales o comerciales, con personas que no pueden elevarlas ni ennoblecerlas.[6]

Pese Vd. todo sentimiento y observe todo desarrollo del carácter en la persona con la cual piensa vincular el destino de su vida. El paso que está por dar es uno de los más importantes de su existencia, y no debe darlo apresuradamente. Si bien puede amar, no lo haga a ciegas.

Haga un examen cuidadoso para ver si su vida matrimonial sería feliz, o falta de armonía y miserable. Pregúntese: ¿Me ayudará esta unión a dirigirme hacia el cielo? ¿Acrecentará mi amor a Dios? ¿Ampliará mi esfera de utilidad en esta vida? Si estas reflexiones no sugieren impedimentos, entonces proceda en el temor de Dios.[7]

La mayoría de los hombres y mujeres, al contraer matrimonio ha procedido como si la única cuestión a resolver fuese la del amor mutuo. Pero deberían darse cuenta de que en la relación matrimonial pesa sobre ellos una responsabilidad que va más lejos. Deberían considerar si su descendencia tendrá salud física, y fuerza mental y

moral. Pero pocos han procedido de acuerdo con motivos superiores y con consideraciones elevadas que no podían fácilmente desechar, tales como la de que la sociedad tiene derechos sobre ellos, que el peso de la influencia de su familia hará oscilar la balanza de la sociedad.[8]

La elección de esposo o de esposa debe ser tal que asegure del mejor modo posible el bienestar físico, intelectual y espiritual de padres e hijos, de manera que capacite a unos y otros para ser una bendición para sus semejantes y una honra para su Creador.[9]

[37] **Cualidades que debe tener una futura esposa**—Busque el joven como compañera que esté siempre a su lado a quien sea capaz de asumir su parte de las responsabilidades de la vida, y cuya influencia le ennoblezca, le comunique mayor refinamiento y le haga feliz en su amor.

"De Jehová viene la mujer prudente." "El corazón de su marido está en ella confiado. ... Darále ella bien y no mal, todos los días de su vida." "Abrió su boca con sabiduría: y la ley de clemencia está en su lengua. Considera los caminos de su casa, y no come el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y llamáronla bienaventurada; y su marido también la alabó" diciendo: "Muchas mujeres hicieron el bien; mas tú las sobrepujaste a todas." El que encuentra una esposa tal "halló el bien, y alcanzó la benevolencia de Jehová." [10]

He aquí algo que debe considerarse: ¿Traerá felicidad a su hogar la persona con la cual Vd. se case? ¿Sabe ella de economía, o una vez casada dedicará, no sólo todo lo que ella misma gane, sino también todo lo que Vd. obtenga, a satisfacer la vanidad, el amor a las apariencias? ¿Se guía por principios correctos en estas cosas? ¿Tiene ella ahora de qué depender? ... Yo sé que, en el parecer de un hombre infatuado por el amor y los pensamientos relativos al casamiento, estas preguntas se hacen a un lado como si no tuvieran importancia. Sin embargo, es necesario considerarlas debidamente, porque pesarán sobre su vida futura. ...

Al elegir esposa, estudie su carácter. ¿Será paciente y cuidadosa? ¿O dejará de interesarse en los padres de Vd. precisamente cuando necesiten a un hijo fuerte en quien apoyarse? ¿Le retraerá ella de la sociedad de esos padres para ejecutar sus propios planes y agradarse a sí misma, abandonando a los padres que, en vez de ganar a una hija afectuosa, habrán perdido un hijo? [11]

Cualidades que debe tener el futuro esposo—Antes de dar su mano en matrimonio, toda mujer debe averiguar si aquel con quien está por unir su destino es digno. ¿Cuál ha sido su pasado? ¿Es pura su vida? ¿Es de un carácter noble y elevado el amor que expresa, o es [38] un simple cariño emotivo? ¿Tiene los rasgos de carácter que la harán a ella feliz? ¿Puede encontrar verdadera paz y gozo en su afecto? ¿Le permitirá conservar su individualidad, o deberá entregar su juicio y su conciencia al dominio de su esposo? ... ¿Puede ella honrar los requerimientos del Salvador como supremos? ¿Conservará su alma y su cuerpo, sus pensamientos y propósitos, puros y santos? Estas preguntas tienen una relación vital con el bienestar de cada mujer que contrae matrimonio.[12]

Antes de entregar sus afectos, la mujer que desee una unión apacible y feliz, y evitar miserias y pesares futuros, debe preguntar: ¿Tiene madre mi pretendiente? ¿Qué distingue el carácter de ella? ¿Reconoce él sus obligaciones para con ella? ¿Tiene en cuenta sus deseos y su felicidad? Si no respeta ni honra a su madre, ¿manifestará respeto, amor, bondad y atención hacia su esposa? Cuando haya pasado la novedad del casamiento, ¿seguirá amándome? ¿Será paciente con mis equivocaciones, o criticón, dominador y autoritario? El verdadero afecto disimula muchos errores; el amor no los discernirá.[13]

Acepte sólo rasgos viriles y puros—Acepte la joven como compañero de la vida tan sólo a un hombre que posea rasgos de carácter puros y viriles, que sea diligente y rebose de aspiraciones, que sea honrado, ame a Dios y le tema.[14]

Rehuya a los irreverentes. Evite al que ama la ociosidad; al que se burla de las cosas santas. Eluda la compañía de quien usa lenguaje profano o siquiera un vaso de bebida alcohólica. No escuche las propuestas de un hombre que no comprenda su responsabilidad para con Dios. La verdad pura que santifica el alma le dará valor para apartarse del conocido más placentero que no ame ni tema a Dios, ni sabe nada de los principios relativos a la justicia verdadera. Podemos tolerar siempre las flaquezas y la ignorancia de un amigo, pero nunca sus vicios.[15] [39]

Cometer un error es más fácil que corregirlo—Por lo general, los casamientos contraídos impulsivamente y por egoísmo no salen bien, sino que a menudo fracasan miserablemente. Ambas partes

se consideran engañadas, y gustosamente desharían lo que hicieron bajo el imperio de la infatuación. Cometer un error al respecto es mucho más fácil que corregirlo una vez cometido.[16]

Rómpase el compromiso imprudente—Aun cuando haya aceptado el compromiso sin una plena comprensión del carácter de la persona con la cual pensaba unirse, no crea Vd. que ese compromiso la obliga a asumir los votos matrimoniales y a unirse para toda la vida con alguien a quien no puede amar ni respetar. Tenga mucho cuidado con respecto a aceptar compromisos condicionales; pero es mejor, sí mucho mejor, romper el compromiso antes del casamiento que separarse después, como hacen muchos.[17]

Tal vez Vd. diga: "Pero yo he dado mi promesa, ¿debo retractarla?" Le contesto: Si Vd. ha hecho una promesa contraria a las Sagradas Escrituras, por lo que más quiera retráctela sin dilación, y con humildad delante de Dios arrepiéntase de la infatuación que la indujo a hacer una promesa tan temeraria. Es mucho mejor retirar una promesa tal, en el temor de Dios, que cumplirla y por ello deshonrar a su Hacedor.[18]

Cada paso dado hacia el matrimonio debe ser acompañado de modestia, sencillez y sinceridad, así como del serio propósito de agradar y honrar a Dios. El matrimonio afecta la vida ulterior en este mundo y en el venidero. El cristiano sincero no hará planes que
[40] Dios no pueda aprobar.[19]

[41]

[1] The Review and Herald, 2 de febrero de 1886.
[2] Testimonies for the Church 4:622.
[3] The Review and Herald, 25 de septiembre de 1888.
[4] The Review and Herald, 2 de febrero de 1886.
[5] El Ministerio de Curación, 275, 276.
[6] Fundamentals of Christian Education, 500.
[7] Fundamentals of Christian Education, 104, 105.
[8] Mensajes para los Jóvenes, 458.
[9] El Ministerio de Curación, 276.
[10] El Ministerio de Curación, 277.
[11] Carta 23, 1886.
[12] Joyas de los Testimonios 2:119.
[13] Fundamentals of Christian Education, 105.
[14] El Ministerio de Curación, 277.
[15] Carta 51, 1894.
[16] Carta 23, 1886.
[17] Fundamentals of Christian Education, 105.

[18] Joyas de los Testimonios 2:122.
[19] El Ministerio de Curación, 277.

Capítulo 7—¿Amor verdadero o infatuación?

El amor es un don precioso de Jesús—El amor es un precioso don que recibimos de Jesús. El afecto puro y santo no es un sentimiento, sino un principio. Los que son movidos por el amor verdadero no carecen de juicio ni son ciegos.[1]

Existe muy poco amor verdadero, consagrado y puro. Se trata de algo muy escaso. La pasión se denomina amor.[2]

El amor verdadero es un principio santo y elevado, por completo diferente en su carácter del amor despertado por el impulso, que muere de repente cuando es severamente probado.[3]

El amor es una planta de crecimiento celestial, y tiene que ser cultivado y nutrido. Los corazones afectuosos y las palabras veraces y bondadosas harán felices a las familias y ejercerán una influencia elevadora sobre todos los que lleguen a estar en su esfera de influencia.[4]

¿Amor verdadero o pasión?—El amor ... no es irracional ni ciego. Es puro y santo. Pero la pasión del corazón natural es otra cosa completamente distinta. Mientras que el amor puro considera a Dios en todos sus planes y se mantendrá en armonía perfecta con el Espíritu de Dios, la pasión se manifestará temeraria e irracional, desafiará todo freno y hará un ídolo del objeto de su elección. En todo el comportamiento de quien posee verdadero amor, se revelará la gracia de Dios. La modestia, la sencillez, la sinceridad, la moralidad y la religión caracterizarán cada paso que dé hacia una alianza
[42] matrimonial. Los que son así gobernados no se verán absorbidos por su compañía mutua; a costa de su interés en la reunión de oración y el servicio religioso. Su fervor por la verdad no morirá porque descuiden las oportunidades y los privilegios que Dios les ha concedido misericordiosamente.[5]

El amor que no tiene mejor fundamento que la simple satisfacción sensual será obstinado, ciego e ingobernable. El honor, la verdad y toda facultad noble y elevada del espíritu caen bajo la esclavitud de las pasiones. Con demasiada frecuencia el hombre atado

por las cadenas de esa infatuación resulta sordo a la voz de la razón y de la conciencia; ni los argumentos ni las súplicas le inducirán a ver la insensatez de su conducta.[6]

El amor verdadero no es una pasión impetuosa, arrolladora y ardiente. Por el contrario, es sereno y profundo. Mira más allá de lo externo, y es atraído solamente por las cualidades. Es prudente y capaz de discriminar y su devoción es real y permanente.[7]

El amor, elevado por sobre la esfera de la pasión y del impulso, se espiritualiza y se revela en las palabras y los actos. El cristiano debe manifestar ternura y amor santificados, en los cuales no haya impaciencia ni inquietud; los modales duros y toscos deben ser suavizados por la gracia de Cristo.[8]

El sentimentalismo debe ser rehuído—La imaginación y el amor sentimental enfermizos deben evitarse como la lepra. Muchísimos jóvenes, hombres y mujeres, carecen de virtud en esta época del mundo; por lo tanto se requiere mucha cautela. ... Los que hayan conservado un carácter virtuoso pueden tener verdadero valor moral, aunque carezcan de otras cualidades deseables.[9]

Hay personas que durante cierto tiempo profesaron la religión; y sin embargo, estaban realmente apartadas de Dios e insensibles a la voz de la conciencia. Son vanas y triviales, su conversación es de baja índole. El galanteo y el casamiento ocupan su mente, con exclusión de los pensamientos más nobles y superiores.[10] [43]

Los jóvenes están hechizados por su obsesión del galanteo y del casamiento. Prevalece un sentimentalismo amoroso enfermizo. Se necesita mucha vigilancia y tacto para proteger de estas malas influencias a la juventud.[11]

A las hijas no se les enseña a tener abnegación y dominio propio. Se las mima y se fomenta su orgullo. Se les permite cumplir su voluntad hasta que se vuelven obstinadas y no se sabe ya qué conducta seguir para salvarlas de la ruina. Satanás las impulsa a ser ludibrio en la boca de los incrédulos por su atrevimiento, su falta de reserva y modestia femenina. A los jóvenes también se los deja salirse con la suya. Apenas llegados a la adolescencia están al lado de niñas de su edad, acompañándolas a casa y galanteándolas. Los padres están tan completamente esclavizados por su indulgencia y su amor equivocado hacia sus hijos que no se animan a obrar en forma

decidida para obtener un cambio y refrenar a sus hijos precipitados en esta era de apresuramiento.[12]

Consejos a una enamorada romántica—Cayó Vd. en el error que tanto prevalece en esta época de degeneración, especialmente entre las mujeres. Vd. demuestra demasiada afición al sexo opuesto. Le agrada su compañía; lo halaga con su atención, y estimula, o permite, una familiaridad que no concuerda siempre con la amonestación del apóstol a abstenerse de toda apariencia de mal. ...

Aparte su pensamiento de los proyectos románticos. Vd. mezcla con su religión un sentimentalismo romántico enfermizo, que no eleva, sino que rebaja. No sólo queda Vd. misma afectada, sino que otras personas se ven perjudicadas por su ejemplo e influencia. ... Las ilusiones y la construcción romántica de castillos en el aire la han incapacitado para ser útil. Creyéndose mártir y cristiana, Vd. ha vivido en un mundo imaginario.

Este sentimentalismo bajo, mezclado con la experiencia religiosa
[44] de los jóvenes, abunda en esta época del mundo. Hermana mía, Dios requiere de Vd. que sea transformada. Le imploro que eleve sus afectos. Dedique sus facultades mentales y físicas al servicio de su Redentor, quien la compró. Santifique sus pensamientos y sentimientos para realizar todas sus obras en Dios.[13]

Recomendaciones para un estudiante—Vives ahora tu vida de estudiante. Espáciese tu atención en temas espirituales. Mantén todo sentimentalismo apartado de tu vida. Con vigilancia, instrúyete a ti mismo y ejerce dominio propio. Estás en la época en que se forma el carácter, y nada de lo que te atañe debe ser considerado trivial o sin importancia si tiende a reducir tu interés más alto y santo, así como la eficiencia de tu preparación para hacer la obra que Dios te asignó.[14]

Resultados de un noviazgo imprudente—Podemos ver que arrostramos innumerables dificultades a cada paso. La iniquidad albergada por jóvenes y ancianos, los galanteos y casamientos no santificados, no pueden menos que resultar en disputas, contiendas, enajenamiento, satisfacción de las pasiones desenfrenadas, infidelidad de los cónyuges, poca disposición a refrenar los deseos desordenados e indiferencia hacia las cosas de interés eterno. ...

La santidad de los oráculos de Dios no es apreciada por muchísimos que aseveran ser cristianos según la Biblia. Por su conducta

relajada demuestran que prefieren más libertad de acción. No quieren ver limitadas sus complacencias egoístas.[15]

El dominio de los afectos—Ceñid los lomos de vuestro entendimiento, dice el apóstol; luego gobernad vuestros pensamientos, y no les deis rienda suelta. Podéis guardar y dominar vuestros pensamientos mediante esfuerzos resueltos. Pensad correctamente, y ejecutaréis acciones correctas. Debéis guardar, pues, vuestros afectos y no dejarlos vagar y prendarse de objetos impropios. Jesús os compró con su propia vida; le pertenecéis; por lo tanto le habéis de consultar en todo, como en lo referente al empleo que debéis dar a las facultades de vuestra mente y a los afectos de vuestro corazón.[16] [45] [46]

[1] El Ministerio de Curación, 276, 277.
[2] Testimonies for the Church 2:381.
[3] Historia de los Patriarcas y Profetas, 174.
[4] Testimonies for the Church 4:548.
[5] The Review and Herald, 25 de septiembre de 1888.
[6] The Signs of the Times, 10 de julio de 1903.
[7] Joyas de los Testimonios 1:206.
[8] Testimonies for the Church 5:335.
[9] Testimonies for the Church 5:123.
[10] Joyas de los Testimonios 1:587.
[11] Testimonies for the Church 5:60.
[12] Testimonies for the Church 2:460.
[13] Testimonies for the Church 2:248-251.
[14] Carta 23, 1893.
[15] Manuscrito 14, 1888.
[16] The Youth's Instructor, 21 de abril de 1886.

Capítulo 8—Costumbres comunes en los noviazgos

Ideas erróneas al respecto—Las ideas relativas al noviazgo se fundan en ideas erróneas acerca del casamiento. Obedecen a los impulsos y a la pasión ciega. El noviazgo se rige por un espíritu de flirteo. Con frecuencia los que participan en él violan las reglas de la modestia y de la reserva, haciéndose culpables de indiscreciones, si no transgreden la ley de Dios. No disciernen el alto, noble y sublime designio de Dios en la institución del matrimonio. Por lo tanto, no desarrollan los afectos más puros del corazón ni los rasgos más nobles del carácter.

No debierais decir una palabra ni realizar acción alguna acerca de las cuales no quisierais que los ángeles las viesen y las anotasen en los libros del cielo. Debéis procurar sinceramente glorificar a Dios. Vuestro corazón debe tener únicamente afectos puros, santificados, dignos de quienes siguen a Cristo, que sean de índole elevada y más celestial que terrenal. Cuanto difiere de esto degrada el noviazgo; y el matrimonio no puede ser santo y honroso a la vista de un Dios puro y santo, a menos que concuerde con los elevados principios de la Escritura.[1]

Los jóvenes confían demasiado en los impulsos. No deben ceder con demasiada facilidad, ni dejarse cautivar con prontitud excesiva por el exterior atractivo de quien dice amarlos. Tal como se lo prác-
[47] tica en esta época, el galanteo es un plan engañador e hipócrita, que tiene mucho más que ver con el enemigo de las almas que con el Señor. Si en algo hay necesidad de buen sentido común es en esto; pero el hecho es que interviene muy poco en tal asunto.[2]

Las largas veladas—Se ha hecho costumbre el que [los cortejantes] estén sentados hasta tarde por la noche; pero esto no agrada a Dios, aun cuando ambos seáis cristianos. El acostarse tan tarde perjudica a la salud, incapacita la mente para los deberes del día siguiente, y tiene apariencia de mal. Hermano mío, espero que tendrá bastante respeto propio para rehuir esta forma de galanteo. Si desea sinceramente glorificar a Dios, obrará con cautela deliberada. No

permitirá que un sentimentalismo amoroso enfermizo le ciegue al punto que no pueda discernir las elevadas demandas que Dios dirige a Vd. como cristiano.[3]

Los ángeles de Satanás velan con los que dedican al galanteo gran parte de la noche. Si los ojos de éstos pudieran abrirse, verían a un ángel anotar sus palabras y sus actos. Violan las leyes de la salud y de la modestia. Sería más propio dejar algunas horas de ese galanteo para la vida marital; pero por lo general el casamiento acaba con toda la devoción manifestada durante el noviazgo.

En esta era de depravación, esas horas de disipación nocturna llevan con frecuencia a ambas partes a la ruina. Satanás se regocija y Dios queda deshonrado cuando hombres y mujeres se deshonran a sí mismos. Sacrifican su buen nombre y honor bajo el ensalmo de la infatuación, y el casamiento de tales personas no puede solemnizarse bajo la aprobación divina. Se casaron porque la pasión los impulsó, y pasada la novedad del caso, empezarán a comprender lo que hicieron.[4]

Satanás sabe exactamente con qué elementos trata, y despliega su sabiduría infernal en diversos ardides para entrampar las almas y llevarlas a la ruina. Vigila todo paso que se da, hace muchas sugestiones, y a menudo esas sugestiones son aceptadas antes que [48]
el consejo de la Palabra de Dios. El enemigo prepara hábilmente esa red tupida y peligrosa para prender a los jóvenes e incautos. A menudo puede ocultarla bajo un manto de luz; pero los que llegan a ser sus víctimas se asaetan con muchos dolores. Como resultado vemos por todas partes seres humanos que naufragan.[5]

Los que juegan con los corazones—Jugar con los corazones es un crimen no pequeño a la vista de un Dios santo. Y sin embargo hay quienes manifiestan preferencia por ciertas jóvenes y conquistan sus afectos, luego siguen su camino y se olvidan por completo de las palabras que pronunciaron y de sus efectos. Otro semblante los atrae, repiten las mismas palabras y dedican a otra persona las mismas atenciones.

Esta disposición seguirá revelándose en su vida de casados. La relación matrimonial no vuelve siempre firme el ánimo veleidoso ni da constancia a los vacilantes ni los hace fieles a los buenos principios. Los tales se cansan de la constancia, y sus pensamientos profanos se revelarán en actos profanos. ¡Cuán esencial es, por lo

tanto, que los jóvenes ciñan los lomos de su entendimiento y sean precavidos en su conducta a fin de que Satanás no pueda seducirlos y desviarlos de la integridad! [6]

El engaño en los galanteos—Un joven que se complace en la compañía de una señorita y conquista su amistad a espaldas de sus padres no desempeña un papel noble ni cristiano para con ella ni para con sus padres. Puede ser que mediante comunicaciones y citas secretas llegue a influir en el ánimo de ella, pero al hacerlo no manifiesta la nobleza e integridad de alma que ha de poseer todo hijo de Dios. Para lograr sus fines, los tales desempeñan un papel carente de franqueza, que no concuerda con las normas de la Biblia, y demuestran que no son fieles a quienes los aman y procuran ser sus leales guardianes. Los casamientos contraídos bajo tales influencias
[49] no concuerdan con la Palabra de Dios. El que quiso desviar de su deber a una hija y confundir sus ideas acerca de las claras y positivas órdenes divinas en cuanto a amar y honrar a sus padres, no es persona que quedaría fiel a sus obligaciones matrimoniales. ...

"No hurtarás," fué escrito por el dedo de Dios en las tablas de piedra, y sin embargo ¡cuántas veces se práctica y disculpa el hurto solapado de los afectos! Se persiste en un galanteo engañoso y en un intercambio de comunicaciones secretas hasta que los afectos de un ser inexperto, que no sabe en qué puede resultar todo esto, se retraen en cierta medida de sus padres y se fijan en quien, por su misma conducta, se demuestra indigno de su amor. La Biblia condena toda suerte de improbidad. ...

Sólo Dios conoce el pleno alcance de toda la desgracia ocasionada por esta manera solapada de llevar a cabo los galanteos y casamientos. Sobre esta roca han naufragado muchas almas. En esto cometen terribles errores aun personas que se dicen cristianas, cuya vida se distingue por su integridad, y que parecen sensatas en todo otro asunto. Revelan una voluntad obstinada que ningún razonamiento puede cambiar. Se quedan tan fascinados por sentimientos e impulsos humanos que no tienen deseo de escudriñar la Biblia ni de estrechar su relación con Dios.[7]

Evítese el primer paso hacia abajo—Cuando se ha violado un mandamiento del Decálogo, es casi seguro que se darán otros pasos hacia abajo. Una vez eliminadas las vallas de la modestia femenina, la licencia más vil no parece excesivamente pecaminosa. ¡Ay! ¡Cuán

terribles son los resultados de la influencia ejercida por las mujeres en favor del mal en el mundo hoy! Las seducciones de "las extrañas" encierran a miles en celdas de cárcel, muchos se quitan la vida y otros muchos tronchan vidas ajenas. ¡Cuán ciertas son las palabras inspiradas: "Sus pies [de la extraña] descienden a la muerte; sus pasos sustentan el sepulcro"! [50]

Se han colocado faros de advertencia a cada lado del camino de la vida para impedir que los hombres se acerquen al terreno peligroso y prohibido; pero, a pesar de esto, son muchedumbres los que eligen la senda fatal, contra los dictados de la razón, sin tener en cuenta la ley de Dios, y en abierto desafío de su venganza.

Los que quieran conservar la salud física, un intelecto vigoroso y una moral sana deben escuchar la orden: "Huye de las pasiones juveniles." Los que quieren hacer esfuerzos celosos y decididos para detener la maldad que alza en nuestro medio su atrevida y presuntuosa cabeza son odiados y calumniados por todos los obradores de maldad, pero serán honrados y recompensados por Dios.[8]

La mala siembra y su mies—No pongáis en peligro vuestras almas cometiendo los excesos de la juventud. No podéis permitiros el ser descuidados en cuanto a los compañeros que escogéis.[9]

Un corto tiempo dedicado a sembrar malas acciones, amados jóvenes, producirá una mies que amargará vuestra vida entera; una hora de irreflexión, el ceder una vez a la tentación, puede desviar en la mala dirección toda la corriente de vuestra existencia. Sólo podéis ser jóvenes una vez; obrad de modo que vuestra juventud resulte útil. Cuando hayáis recorrido el camino, ya no podréis volver para rectificar vuestros errores. El que rehusa relacionarse con Dios y se expone a la tentación caerá ciertamente. Dios está probando a todo joven. Muchos han disculpado su descuido e irreverencia con el mal ejemplo que les dieron los profesos cristianos de más experiencia. Pero esto no debe impedir a nadie hacer lo recto. En el día de la rendición final de cuentas no os atreveréis a presentar las excusas que invocáis ahora.[10] [51]

[52]

[1] Manuscrito 4a, 1885.

[2] Fundamentals of Christian Education, 105.

[3] Testimonies for the Church 3:44, 45.

[4] The Review and Herald, 25 de septiembre de 1888.

[5] Fundamentals of Christian Education, 103, 104.

[6]The Review and Herald, 4 de noviembre de 1884.
[7]Fundamentals of Christian Education, 101-103.
[8]The Signs of the Times, 10 de julio de 1903.
[9]Mensajes para los Jóvenes, 162.
[10]Testimonies for the Church 4:622, 623.

Capítulo 9—Los casamientos prohibidos

El casamiento de creyentes con no creyentes—Hay en el mundo cristiano una indiferencia asombrosa y alarmante para con las enseñanzas de la Palabra de Dios acerca del casamiento de los cristianos con los incrédulos. Muchos de los que profesan amar y temer a Dios prefieren seguir su propia inclinación antes que aceptar el consejo de la sabiduría infinita. En un asunto que afecta vitalmente la felicidad y el bienestar de ambas partes, para este mundo y el venidero, la razón, el juicio y el temor de Dios son puestos a un lado, y se deja que predominen el impulso ciego y la determinación obstinada.

Hombres y mujeres que en otras cosas son sensatos y concienzudos cierran sus oídos a los consejos; son sordos a las súplicas y ruegos de amigos y parientes, y de los siervos de Dios. La expresión de cautela o amonestación es considerada como entrometimiento impertinente, y el amigo que es bastante fiel para hacer una reprensión, es tratado como enemigo.

Todo esto está de acuerdo con el deseo de Satanás. El teje su ensalmo en derredor del alma, y ésta queda hechizada, infatuada. La razón deja caer las riendas del dominio propio sobre el cuello de la concupiscencia, la pasión no santificada predomina, hasta que, demasiado tarde, la víctima se despierta para vivir una vida de desdicha y servidumbre. Este no es un cuadro imaginario, sino un relato de hechos ocurridos. Dios no sanciona las uniones que ha prohibido expresamente.[1]

Las órdenes de Dios son claras—El Señor ordenó al antiguo Israel que no se relacionara por casamientos con las naciones idólatras que lo rodeaban: “Y no emparentarás con ellos: no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo.” Se da la razón de ello. La sabiduría infinita, previendo el resultado de tales uniones, declara: “Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá presto.” “Porque tú eres pueblo santo a Jehová tu Dios: [53]

Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la haz de la tierra." ...

En el Nuevo Testamento hay prohibiciones similares acerca del casamiento de los cristianos con los impíos. El apóstol Pablo, en su primera carta a los corintios declara: "La mujer casada está atada a la ley, mientras vive su marido; mas si su marido muriere, libre es: cásese con quien quisiere, *con tal que sea en el Señor."* También en su segunda epístola escribe: "No os juntéis en yugo con los infieles: porque ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿y qué concordia Cristo con Belial? ¿o qué parte el fiel con el infiel? ¿Y qué concierto el templo de Dios con los ídolos? porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso." [2]

La maldición de Dios recae sobre muchas de las relaciones inoportunas e impropias que se entablan en esta época del mundo. Si la Biblia dejara estas cuestiones en luz vaga e incierta, la conducta seguida por muchos jóvenes de hoy en sus uniones unos con otros resultaría más excusable. Pero las exigencias de la Biblia no son órdenes a medias; requieren una perfecta pureza de pensamiento, palabra y acto. Sentimos gratitud hacia Dios porque su Palabra es lámpara a nuestros pies y nadie necesita errar la senda del deber.
[54] Los jóvenes deben dedicarse a consultar sus páginas y escuchar sus consejos, porque siempre se cometen tristes errores al apartarse de sus preceptos.[3]

Dios prohibe a los creyentes que se casen con incrédulos— Nunca debe el pueblo de Dios aventurarse en terreno prohibido. El casamiento entre creyentes e incrédulos ha sido prohibido por Dios; pero con demasiada frecuencia el corazón inconverso sigue sus propios deseos y se contraen casamientos que Dios no sanciona. Por esta causa muchos hombres y mujeres están sin esperanza y sin Dios en el mundo. Murieron sus aspiraciones nobles, y Satanás los sujeta en su red por una cadena de circunstancias. Los que son dominados por la pasión y el impulso tendrán que cosechar una mies

amarga en esta vida, y su conducta puede resultar en la pérdida de su alma.[4]

Los que profesan la verdad pisotean la voluntad de Dios al casarse con incrédulos; pierden su favor y hacen obras amargas, de las que habrán de arrepentirse. La persona incrédula puede poseer un excelente carácter moral; pero el hecho de que no haya respondido a las exigencias de Dios y haya descuidado una salvación tan grande, es razón suficiente para que no se verifique una unión tal. El carácter de la persona incrédula puede ser similar al del joven a quien Jesús dirigió las palabras: "Una cosa te falta," y esa cosa era la esencial.[5]

El ejemplo de Salomón—Existen hombres situados en la pobreza y la obscuridad cuya vida Dios aceptaría y henchiría de utilidad en la tierra y de gloria en el cielo, pero Satanás obra con insistencia para derrotar los propósitos divinos y arrastrar a esos hombres a la perdición mediante su casamiento con personas de tal carácter que se interponen directamente en el camino de la vida. Muy pocos salen triunfantes de este conflicto.[6]

Satanás conocía los resultados que acompañarían la obediencia; [55]
y durante los primeros años del reinado de Salomón, que fueron gloriosos por la sabiduría, la beneficencia y la integridad del rey, procuró introducir influencias que minasen insidiosamente la lealtad de Salomón a los buenos principios, y le indujesen a separarse de Dios. Por el relato bíblico sabemos que el enemigo tuvo éxito en ese esfuerzo: "Y Salomón hizo parentesco con Faraón rey de Egipto, porque tomó la hija de Faraón, y trájola a la ciudad de David."

Al formar alianza con una nación pagana, y al sellar el pacto casándose con una princesa idólatra, Salomón despreció temerariamente la sabia disposición que Dios había tomado para conservar la pureza de su pueblo. La esperanza de que su esposa egipcia pudiera convertirse no era sino una débil excusa por aquel pecado. En violación de una orden directa de que su pueblo permaneciese separado de otras naciones, el rey unió su fuerza con el brazo de la carne.

Durante un tiempo, Dios, en su misericordia compasiva, pasó por alto esta terrible equivocación. La esposa de Salomón se convirtió; y el rey, por una conducta prudente, podría haber mantenido en jaque, por lo menos en gran medida, las fuerzas malignas que su imprudencia había desatado. Pero Salomón había comenzado a perder de vista la Fuente de su poder y gloria. A medida que sus

inclinaciones cobraban ascendiente sobre la razón, aumentaba su confianza propia, y procuraba cumplir a su manera el propósito del Señor. ...

Muchos cristianos profesos piensan, como Salomón, que pueden unirse con los impíos porque su influencia sobre los que están en el error resultará benéfica; pero con demasiada frecuencia, al quedar ellos mismos entrampados y vencidos, renuncian a su fe sagrada, sacrifican los buenos principios y se separan de Dios. Un paso en falso conduce a otro, hasta que al fin se colocan donde ya no pueden tener esperanza alguna de que romperán las cadenas que los atan.[7]

[56] **La excusa: "Favorece la religión"**—A veces se arguye que el no creyente favorece la religión, y que como cónyuge es todo lo que puede desearse, excepto en una cosa, que no es creyente. Aunque el buen juicio indique al creyente lo impropio que es unirse para toda la vida con una persona incrédula, en nueve casos de cada diez triunfa la inclinación. La decadencia espiritual comienza en el momento en que se formula el voto ante el altar; el fervor religioso se enfría, y se quebranta una fortaleza tras otra, hasta que ambos están lado a lado bajo el negro estandarte de Satanás. Aun en las fiestas de boda, el espíritu del mundo triunfa contra la conciencia, la fe y la verdad. En el nuevo hogar no se respeta la hora de oración. El esposo y la esposa se han elegido mutuamente y han despedido a Jesús.[8]

El creyente es el que cambia—Al principio el cónyuge no creyente no se opondrá abiertamente; pero cuando se presenta la verdad bíblica a su atención y consideración, surge en seguida el sentimiento: "Te casaste conmigo sabiendo lo que era, y no quiero que se me moleste. De ahora en adelante quede bien entendido que la conversación sobre tus opiniones particulares queda prohibida." Si el cónyuge creyente manifiesta algún fervor especial respecto de su propia fe, ello puede ser interpretado como falta de bondad hacia el que no tiene interés en la experiencia cristiana.

El cónyuge creyente razona que, dada su nueva relación, debe conceder algo al compañero que ha elegido. Asiste a diversiones sociales y mundanas. Al principio lo hace de muy mala gana; pero el interés por la verdad disminuye, y la fe se trueca en duda e incredulidad. Nadie habría sospechado que esa persona que antes era un creyente firme y concienzudo que seguía devotamente a Cristo,

pudiese llegar a ser la persona vacilante y llena de dudas que es ahora. ¡Oh, qué cambio realizó ese casamiento imprudente! [9]

Es algo peligroso aliarse con el mundo. Satanás sabe muy bien que la hora del casamiento de muchos jóvenes, tanto de un sexo como del otro, cierra la historia de su experiencia religiosa y de su utilidad. Quedan perdidos para Cristo. Tal vez hagan durante un tiempo un esfuerzo para vivir una vida cristiana; pero todas sus luchas se estrellan contra una constante influencia en la dirección opuesta. Hubo un tiempo en que era para ellos un privilegio y un gozo hablar de su fe y esperanza; pero luego llegan a no tener deseo de mencionar el asunto, sabiendo que la persona a la cual han ligado su destino no se interesa en ello. Como resultado, la fe en la preciosa verdad muere en el corazón, y Satanás teje insidiosamente en derredor de ellos una tela de escepticismo.[10] [57]

Es arriesgar el cielo—"¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de concierto?" "Si dos de vosotros se convinieren en la tierra, de toda cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos." ¡Pero cuán extraño es el espectáculo! Mientras una de las personas tan íntimamente unidas se dedica a la oración, la otra permanece indiferente y descuidada; mientras una busca el camino que lleva al cielo y a la vida eterna, la otra se encuentra en el camino anchuroso que lleva a la muerte.

Centenares de personas han sacrificado a Cristo y el cielo al casarse con personas inconversas. ¿Pueden conceder tan poco valor al amor y a la comunión de Cristo que prefieren la compañía de pobres mortales? ¿Estiman tan poco el cielo que están dispuestos a arriesgar sus goces uniéndose con una persona que no ama al precioso Salvador? [11]

Unirse con un incrédulo es ponerse en el terreno de Satanás. Vd. agravia al Espíritu de Dios y pierde el derecho a su protección. ¿Puede Vd. incurrir en tales desventajas mientras pelea la batalla por la vida eterna? [12]

Pregúntese: "¿Apartará un esposo incrédulo mis pensamientos de Jesús? ¿Ama los placeres más que a Dios? ¿No me inducirá a disfrutar las cosas en que él se goza? La senda que conduce a la vida eterna es penosa y escarpada. No tome sobre sí pesos adicionales que retarden su progreso.[13] [58]

Un hogar siempre con sombras—El corazón anhela amor humano, pero este amor no es bastante fuerte, ni puro ni precioso para reemplazar el amor de Jesús. Únicamente en su Salvador puede la esposa hallar sabiduría, fuerza y gracia para hacer frente a los cuidados, responsabilidades y pesares de la vida. Ella debe hacer de él su fuerza y guía. Dése la mujer a Cristo antes que darse a otro amigo terrenal, y no forme ninguna relación que contraríe esto. Los que quieren disfrutar verdadera felicidad deben tener la bendición del cielo sobre todo lo que poseen, y sobre todo lo que hacen. Es la desobediencia a Dios la que llena tantos corazones y hogares de infortunio. Hermana mía, a menos que quiera tener un hogar del que nunca se levanten las sombras, no se una con un enemigo de Dios.[14]

El razonamiento del cristiano—¿Qué debe hacer todo creyente cuando se encuentra en esa penosa situación que prueba la integridad de los principios religiosos? Con firmeza digna de imitación debe decir francamente: "Soy cristiano a conciencia. Creo que el séptimo día de la semana es el día de reposo bíblico. Nuestra fe y principios son tales que van en direcciones opuestas. No podemos ser felices juntos, porque si yo sigo adelante para adquirir un conocimiento más perfecto de la voluntad de Dios, llegaré a ser más diferente del mundo y semejante a Cristo. Si Vd. continúa no viendo hermosura en Cristo ni atractivos en la verdad, amará al mundo, al cual yo no puedo amar, mientras yo amaré las cosas de Dios que Vd. no puede amar. Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. Sin discernimiento espiritual Vd. no podrá ver los derechos que Dios tiene sobre mí, ni podrá comprender mis obligaciones hacia el Maestro a quien sirvo; por lo tanto le parecerá que yo le descuido por los deberes religiosos. Vd. no será feliz; sentirá celos por el afecto que entrego a Dios; y yo igualmente me sentiré aislado por
[59] mis creencias religiosas. Cuando sus opiniones cambien, cuando Vd. responda a las exigencias de Dios y aprenda a amar a mi Salvador, podremos reanudar nuestras relaciones."

El creyente hace así por Cristo un sacrificio que su conciencia aprueba, y demuestra que aprecia demasiado la vida eterna para correr el riesgo de perderla. Siente que sería mejor permanecer soltero que ligar sus intereses para toda la vida a una persona que prefiere el mundo a Cristo, y que le apartaría de su cruz.[15]

Una alianza matrimonial segura—Sólo en Cristo puede formarse una unión matrimonial feliz. El amor humano debe fundar sus más estrechos lazos en el amor divino. Sólo donde reina Cristo puede haber cariño profundo, fiel y abnegado.[16]

Cuando uno de los cónyuges se convierte—El que contrajo matrimonio antes de convertirse tiene después de su conversión mayor obligación de ser fiel a su cónyuge, por mucho que difieran en sus convicciones religiosas. Sin embargo, las exigencias del Señor deben estar por encima de toda relación terrenal, aunque como resultado vengan pruebas y persecuciones. Manifestada en un espíritu de amor y mansedumbre, esta fidelidad puede influir para ganar al cónyuge incrédulo.[17] [60]

---

[1] Joyas de los Testimonios 2:123.
[2] Joyas de los Testimonios 2:120, 121.
[3] Fundamentals of Christian Education, 102, 103.
[4] Fundamentals of Christian Education, 500, 501.
[5] Joyas de los Testimonios 1:575.
[6] Testimonies for the Church 5:124.
[7] Fundamentals of Christian Education, 498-500.
[8] Joyas de los Testimonios 1:575, 576.
[9] Joyas de los Testimonios 1:576.
[10] Joyas de los Testimonios 1:575.
[11] Joyas de los Testimonios 1:577, 578.
[12] Joyas de los Testimonios 2:122.
[13] Joyas de los Testimonios 2:120.
[14] Ibid.
[15] Joyas de los Testimonios 1:576, 577.
[16] El Ministerio de Curación, 276.
[17] Historia de los Patriarcas y Profetas, 172.

Capítulo 10—Cuando se necesitan consejos

Consúltese a la Biblia—Instituído por Dios, el casamiento es un rito sagrado y no debe participarse en él con espíritu de egoísmo. Los que piensan en dar ese paso deben considerar su importancia solemnemente y con oración para procurar el consejo divino a fin de saber si su conducta está en armonía con la voluntad de Dios. Las instrucciones dadas al respecto en la Palabra de Dios deben estudiarse cuidadosamente. El cielo mira con agrado un casamiento contraído con el fervoroso deseo de conformarse con las indicaciones dadas en las Escrituras.[1]

Si hay un asunto que debe ser considerado con juicio sereno y sin apasionamiento, es el del matrimonio. Si alguna vez se necesita la Biblia como consejera, es antes de dar el paso que une a las personas para toda la vida. Pero el sentimiento que prevalece es que en este asunto uno se ha de guiar por las emociones, y en demasiados casos un sentimentalismo amoroso enfermizo empuña el timón y conduce a una ruina segura. Es en este asunto donde los jóvenes revelan menos inteligencia que en otro cualquiera; acerca de él no se puede razonar con ellos. La cuestión del matrimonio parece ejercer un poder hechizador sobre ellos. No se someten a Dios. Sus sentidos están encadenados, y obran sigilosamente, como si temiesen que alguien quisiese intervenir en sus planes.[2]

Muchos navegan en un puerto peligroso. Necesitan un piloto; pero se niegan a aceptar la ayuda que tanta falta les hace, pues se
[61] consideran competentes para guiar su embarcación y no se percatan de que están por dar contra una roca oculta que puede hacer naufragar su fe y su felicidad. ... A menos que estudien diligentemente esa Palabra [la Biblia], cometerán graves equivocaciones que destruirán su felicidad y la de otras personas, para la vida presente y la venidera.[3]

La oración es necesaria—Si los hombres y las mujeres tienen el hábito de orar dos veces al día antes de pensar en el matrimonio, deberían orar cuatro veces diarias cuando tienen en vista semejante

paso. El matrimonio es algo que influirá en vuestra vida y la afectará tanto en este mundo como en el venidero. ...

La mayoría de los matrimonios de nuestra época, y la forma en que se los realiza, hacen de ellos una de las señales de los últimos días. Los hombres y las mujeres son tan persistentes, tan tercos, que Dios es dejado fuera del asunto. La religión es dejada a un lado como si no tuviese parte que representar en esta cuestión solemne e importante.[4]

Cuando la infatuación es sorda—Dos personas llegan a conocerse; quedan infatuadas una de otra, y toda su atención queda absorbida. La razón se ciega y el juicio queda destronado. No quieren someterse a los consejos ni a dirección alguna, sino que insisten en cumplir su voluntad, sin tener en cuenta las consecuencias. Como si fuese alguna epidemia, o un contagio que debe tener su curso, viene a ser la infatuación que los domina; y parece imposible detenerla.

Los rodean tal vez quienes comprenden que si los interesados llegasen a unirse en matrimonio, sólo podrían resultar desdichados toda su vida. Pero es en vano que les dirijan súplicas y exhortaciones. Es posible que una unión tal habría de destruir la utilidad de alguien a quien Dios bendeciría en su servicio; pero ni el razonamiento ni la persuasión son escuchados. Nada de lo que pueden decir hombres y mujeres de experiencia resulta eficaz; no tiene poder para cambiar la decisión a la cual sus deseos los condujeron. Pierden interés en [62] la reunión de oración y en todo lo que tiene que ver con la religión. Están mutuamente infatuados, y descuidan los deberes de la vida como si fuesen asuntos de poca monta.[5]

Los jóvenes necesitan sabiduría—Cuando tanta desgracia resulta del matrimonio, ¿por qué no quieren ser prudentes los jóvenes? ¿Por qué se empeñan en considerar que no necesitan los consejos de personas de más edad y experiencia? En los negocios, hombres y mujeres manifiestan mucha cautela. Antes de iniciar cualquier empresa importante, se preparan para su trabajo. Dedican al asunto tiempo, dinero, y mucho estudio cuidadoso, no sea que fracasen en su tentativa.

Al iniciar relaciones que han de llevar al matrimonio, ¡cuánto mayor debiera ser la cautela que se ejerza, en vista de que dichas relaciones afectarán las generaciones futuras y la vida venidera! En vez de asumir tal actitud, se las entabla a menudo con bromas

y liviandad, a impulso de la pasión, con ceguera y falta de serena consideración. La única explicación de todo esto es que Satanás se deleita en ver desgracia y ruina en el mundo, y teje su red para prender almas. Se regocija al conseguir que esas personas desconsideradas pierdan su gozo en este mundo y su lugar en el mundo venidero.[6]

Aprecien el juicio maduro de sus padres—¿Deben los hijos consultar tan sólo sus deseos e inclinaciones sin tener en cuenta el consejo y el juicio de sus padres? Algunos no parecen dedicar un solo pensamiento a los deseos o preferencias de sus padres, ni tener en cuenta el juicio maduro de ellos. El egoísmo cerró la puerta de su corazón al afecto filial. Es necesario despertar a los jóvenes con respecto a este asunto. El quinto mandamiento es el único acompañado de una promesa, pero bajo el dominio del amor se lo tiene en poco y hasta se lo desconoce por completo. El desprecio del amor maternal y de la preocupación paterna es uno de los pecados anotados contra muchos jóvenes.

[63] Uno de los mayores errores relacionados con este asunto lo constituye el hecho de que los jóvenes e inexpertos no quieren que se perturben sus afectos ni que alguien intervenga en su experiencia del amor. Si hubo alguna vez un asunto que necesitara ser considerado desde todo punto de vista, es éste. La ayuda de la experiencia ajena y la ponderación serena y cuidadosa de ambos lados del asunto resultan positivamente esenciales. Es un tema que la gran mayoría de las personas trata con demasiada liviandad. Procurad el consejo de Dios y de vuestros padres que le temen, jóvenes amigos. Orad al respecto.[7]

Confiad en vuestros padres piadosos—Si gozáis de la bendición de tener padres temerosos de Dios, consultadlos. Comunicadles vuestras esperanzas e intenciones, aprended las lecciones que la vida les enseñó.[8]

Si los hijos tuviesen más familiaridad con sus padres, si confiasen en ellos y les contasen sus gozos y pesares, se ahorrarían muchos sinsabores futuros. Cuando se sienten perplejos acerca de cuál sería la conducta correcta, presenten a sus padres el asunto como lo ven ellos y pídanles su consejo. ¿Quién está mejor capacitado que unos padres piadosos para señalarles los peligros? ¿Quién puede comprender como ellos el temperamento particular de cada hijo?

Los hijos que sean cristianos estimarán más que cualquier bendición terrenal el amor y la aprobación de sus padres temerosos de Dios. Estos pueden simpatizar con sus hijos, así como orar por ellos y con ellos para que Dios los proteja y los guíe. Sobre todo, los conducirán al Amigo y Consejero que nunca les faltará.[9]

Deben guiar los afectos juveniles—Los padres y las madres deben considerar que les incumbe guiar el afecto de los jóvenes, para que contraigan amistades con personas que sean compañías adecuadas. Deberían sentir que, mediante su enseñanza y por su ejemplo, con la ayuda de la divina gracia, deben formar el carácter de sus hijos desde la más tierna infancia, de tal manera que sean [64] puros y nobles y se sientan atraídos por lo bueno y verdadero. Los que se asemejan se atraen mutuamente, y los que son semejantes se aprecian. ¡Plantad el amor a la verdad, a la pureza y a la bondad temprano en las almas, y la juventud buscará la compañía de los que poseen estas características![10]

El ejemplo de Isaac—Nunca deben los padres perder de vista su propia responsabilidad acerca de la futura felicidad de sus hijos. El respeto de Isaac por el juicio de su padre era resultado de su educación, que le había enseñado a amar una vida de obediencia.[11]

Isaac fué sumamente honrado por Dios, al ser hecho heredero de las promesas por las cuales sería bendecida la tierra; sin embargo, a la edad de cuarenta años, se sometió al juicio de su padre cuando envió a un servidor experto y piadoso a buscarle esposa. Y el resultado de este casamiento, que nos es presentado en las Escrituras, es un tierno y hermoso cuadro de la felicidad doméstica: "E introdújola Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer; y amóla: y consolóse Isaac después de la muerte de su madre."[12]

Padres prudentes y considerados—"¿Deben los padres—pregunta Vd.—elegirle cónyuge a un hijo o una hija sin considerar el parecer o los sentimientos de ellos?" Le formulo la pregunta a Vd. como debe expresarse: ¿Debe un hijo o una hija elegir cónyuge sin consultar primero a sus padres, cuando un paso tal tiene que afectar materialmente la felicidad de los padres si tienen algún afecto por sus hijos? ¿Y debe ese hijo o esa hija insistir en su propia conducta, a pesar de los consejos y las súplicas de sus padres? Contesto enérgicamente: No, aun cuando no se haya de casar. El quinto mandamiento prohibe obrar así. "Honra a tu padre y a tu madre, porque

tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da." Este es un mandamiento acompañado de una promesa que el Señor cumplirá
[65] ciertamente para con los que obedezcan. Los padres prudentes no
[66] elegirán cónyuges para sus hijos sin respetar sus deseos.[13]

[1] Carta 17, 1896.
[2] Fundamentals of Christian Education, 103.
[3] Fundamentals of Christian Education, 100.
[4] Mensajes para los Jóvenes, 456, 457.
[5] The Review and Herald, 25 de septiembre de 1888.
[6] The Review and Herald, 2 de febrero de 1886.
[7] Fundamentals of Christian Education, 104.
[8] El Ministerio de Curación, 277.
[9] Fundamentals of Christian Education, 105, 106.
[10] Historia de los Patriarcas y Profetas, 174.
[11] Historia de los Patriarcas y Profetas, 173.
[12] Ibid.
[13] Testimonies for the Church 5:108.

Sección 4—Factores de éxito o fracaso

Capítulo 11—Los casamientos apresurados

Peligros de los compromisos infantiles—No se han de favorecer los matrimonios tempranos. Un compromiso tan importante como el matrimonio y de resultados tan trascendentales no debe contraerse con precipitación, sin la suficiente preparación y antes de que las facultades intelectuales y físicas estén bien desarrolladas.[1]

Los muchachos y las niñas contraen matrimonio sin amor y criterio maduros, sin sentimientos elevados y nobles, y aceptan los votos matrimoniales completamente impulsados por sus pasiones juveniles. ...

Los afectos formados en la infancia han terminado frecuentemente en uniones desgraciadas, o separaciones deshonrosas. Rara vez han resultado felices las uniones tempranas, si han sido hechas sin el consentimiento de los padres. Deberían mantenerse sujetos los afectos juveniles hasta que llegue el tiempo en que la edad y la experiencia suficientes permitan libertarlos con honra y seguridad. Los que no se dejan sujetar están en peligro de vivir una vida desdichada. El joven que aun no ha pasado los veinte años es un pobre juez de la idoneidad de una persona tan joven como él para ser la compañera de su vida. Una vez que ha madurado su criterio, se contemplan atados uno a otro para siempre, y quizá sin condiciones
[67] para hacerse mutuamente felices. Entonces, en vez de tratar de sacar el mejor partido de su suerte, se hacen recriminaciones, la brecha se agranda hasta sentir completa indiferencia el uno hacia el otro. La palabra hogar no tiene nada de sagrado para ellos. Hasta su misma atmósfera está envenenada por palabras duras y amargos reproches.[2]

Los matrimonios prematuros son causa de una vasta cantidad de los males que existen hoy. Cuando se contrae matrimonio en una época demasiado temprana de la vida, no se fomenta la salud física ni el vigor mental. Se razona enteramente poco en cuanto a este asunto. Muchos jóvenes proceden por impulso. Con demasiada frecuencia dan precipitadamente este paso, que los afecta seriamente para bien o mal, que puede ser una bendición o una maldición para toda la

vida. Muchos no quieren escuchar la voz de la razón o instrucción desde un punto de vista cristiano.[3]

Satanás está constantemente atareado para apresurar a los jóvenes inexpertos hacia una alianza matrimonial. Cuanto menos nos gloriemos de los casamientos que se contraen hoy, mejor será.[4]

Como consecuencia de los casamientos apresurados, aun entre el pueblo de Dios, se producen separaciones, divorcios y gran confusión en la iglesia.[5]

¡Qué contraste entre la conducta de Isaac y la de la juventud de nuestro tiempo, aun entre los que se dicen cristianos! Los jóvenes creen con demasiada frecuencia que la entrega de sus afectos es un asunto en el cual tienen que consultarse únicamente a sí mismos, un asunto en el cual no deben intervenir ni Dios ni los padres. Mucho antes de llegar a la edad madura, se creen competentes para hacer su propia elección sin la ayuda de sus padres. Suelen bastarles unos años de matrimonio para convencerlos de su error; pero muchas veces es demasiado tarde para evitar las consecuencias perniciosas. La falta de sabiduría y dominio propio que los indujo a hacer una elección apresurada agrava el mal hasta que el matrimonio llega a [68] ser un amargo yugo. Así han arruinado muchos su felicidad en esta vida y su esperanza de una vida venidera.[6]

Obreros potenciales enredados—Ciertos jóvenes han recibido la verdad y corrido bien por un tiempo, pero Satanás ha tejido sus mallas en derredor de ellos en forma de compromisos imprudentes y casamientos desafortunados. Vió que ésta era la manera más eficaz de seducirlos y apartarlos del sendero de la santidad.[7]

Se me ha mostrado que los jóvenes de hoy no comprenden de veras su grave peligro. Son muchos los jóvenes a quienes Dios aceptaría como obreros en los varios ramos de su obra, pero Satanás interviene y los enreda de tal manera en su telaraña que los tales se apartan de Dios y carecen de poder en su obra. Satanás trabaja con agudeza y perseverancia. Sabe exactamente cómo puede entrampar a los incautos, y es un hecho alarmante que son pocos los que logran escapar a sus asechanzas. No ven el peligro y no se precaven contra sus ardides. Los induce a dedicarse mutuamente sus afectos sin recurrir a la sabiduría de Dios ni a la de aquellos a quienes él envió para dar advertencias, reprensiones y consejos. Creen bastarse a sí mismos y no quieren tolerar restricción alguna.[8]

Consejos a un adolescente—Tus ideas infantiles acerca del amor a las niñas no comunica a nadie una alta opinión de ti. Al dar rienda suelta a tus pensamientos en tal sentido, incapacitas tu mente para el estudio. Te verás inducido a frecuentar compañías impuras; se corromperán tus costumbres y las de otros. Así precisamente se me presenta tu caso, y mientras insistas en hacer tu voluntad, cualquier persona que procure guiarte, influir en ti o refrenarte encontrará la más resuelta resistencia porque tu corazón no está en armonía con la verdad y la justicia.[9]

La disparidad de edades—Aunque los cónyuges carezcan de
[69] riquezas materiales, deben poseer el tesoro mucho más precioso de la salud. Y por lo general no debería haber gran disparidad de edad entre ellos. El desprecio de esta regla puede acarrear una grave alteración de salud para el más joven. También es frecuente en tales casos que los hijos sufran perjuicio en su vigor físico e intelectual. No pueden encontrar en un padre o en una madre ya de edad el cuidado y la compañía que sus tiernos años requieren, y la muerte puede arrebatarles a uno de los padres cuando más necesiten su amor
[70] y dirección.[10]

---

[1] El Ministerio de Curación, 276.
[2] Mensajes para los Jóvenes, 449.
[3] Mensajes para los Jóvenes, 450.
[4] Testimonies for the Church 2:252.
[5] The Review and Herald, 25 de septiembre de 1888.
[6] Historia de los Patriarcas y Profetas, 173.
[7] Testimonies for the Church 5:114, 115.
[8] Testimonies for the Church 5:105, 106.
[9] Manuscrito 15a, 1896.
[10] El Ministerio de Curación, 276.

Capítulo 12—La compatibilidad

Adaptados el uno al otro—En muchas familias no existe aquella cortesía cristiana, aquella urbanidad verdadera, deferencia y respeto de unos hacia otros que habrían de preparar a sus miembros para casarse y formar familias felices. En lugar de paciencia, bondad, tierna cortesía, así como simpatía y amor cristianos, se notan palabras mordaces, ideas que contrarían y un espíritu de crítica y dictadura.[1]

Muchas veces ocurre que antes de casarse las personas tienen poca oportunidad de familiarizarse con sus mutuos temperamentos y costumbres; y en cuanto a la vida diaria, cuando unen sus intereses ante el altar, casi no se conocen. Muchos descubren demasiado tarde que no se adaptan el uno al otro, y el resultado de su unión es una vida miserable. Muchas veces sufren la esposa y los niños a causa de la indolencia, la incapacidad o las costumbres viciosas del marido y padre.[2]

Hoy está el mundo lleno de miseria y pecado a consecuencia de los matrimonios mal concertados. En muchos casos se requiere sólo pocos meses para que el esposo o la esposa se percate de que sus temperamentos nunca podrán armonizar, y el resultado es que reina en el hogar la discordia, cuando sólo deberían existir el amor y la armonía del cielo.

Las discusiones por asuntos triviales cultivan un espíritu amargo. Los francos desacuerdos y los altercados causan indescriptible desgracia en el hogar, y apartan a los que deberían estar unidos por los lazos del amor. Miles se han sacrificado a sí mismos, en alma y [71] cuerpo, por causa de matrimonios imprudentes, y han descendido por la senda de la perdición.[3]

Divergencias perpetuas en un hogar dividido—La felicidad y prosperidad de la vida matrimonial dependen de la unidad de los cónyuges. ¿Cómo puede armonizar el ánimo carnal con el ánimo que se ha asimilado el sentir de Cristo? El uno siembra para la carne, piensa y obra de acuerdo con los impulsos de su corazón; el otro

siembra para el Espíritu, tratando de reprimir el egoísmo, vencer la inclinación propia y vivir en obediencia al Maestro, cuyo siervo profesa ser. Así que hay una perpetua diferencia de gusto, inclinación y propósito. A menos que el creyente gane al impenitente por su firme adhesión a los principios cristianos, lo más común es que se desaliente y venda esos principios por la compañía de una persona que no está relacionada con el Cielo.[4]

Casamientos arruinados por la incompatibilidad—Muchos casamientos no pueden sino producir desgracia; y sin embargo el ánimo de los jóvenes los induce a contraerlos porque Satanás los inclina a ello, haciéndoles creer que deben casarse para ser felices, cuando no son capaces de dirigirse a sí mismos ni sostener una familia. Los que no están dispuestos a adaptarse el uno al otro en sus disposiciones, para evitar las divergencias y contiendas desagradables, no debieran dar aquel paso. Pero ésta es una de las trampas seductoras de los postreros días, en las que miles quedan arruinados para esta vida y la venidera.[5]

Consecuencias del amor ciego—Toda facultad de los que son afectados por esta enfermedad contagiosa: el amor ciego, queda sometida a ella. Parecen desprovistos de buen sentido, y su conducta repugna a quienes la contemplan. ... En muchos casos, la enfermedad hace crisis con un casamiento prematuro, y una vez pasada la novedad y disipado el poder hechicero del galanteo, una de las partes o ambas se despiertan y comprenden la situación verdadera.
[72] Se reconocen entonces mal apareados, pero unidos para toda la vida. Ligados el uno con el otro por los votos más solemnes, consideran con desaliento la vida miserable que les tocará llevar. Debieran entonces sacar el mejor partido posible de su situación, pero muchos no obran así. O faltan a sus votos matrimoniales o amargan de tal manera el yugo que insistieron en colocar sobre su propia cerviz que no pocos acaban cobardemente con su existencia.[6]

De allí en adelante ambos esposos debieran dedicarse a estudiar la manera de evitar todo lo que pudiera causar contienda o inducirlos a violar sus votos matrimoniales.[7]

La experiencia ajena alecciona—El Sr. A. está dotado de una naturaleza que Satanás emplea como instrumento con éxito asombroso. Se trata de un caso que debiera enseñar una lección a los jóvenes acerca del matrimonio. Su esposa se guió por los sentimien-

tos e impulsos, no por la razón y el juicio, al elegir cónyuge. ¿Fué su casamiento el resultado de un amor verdadero? No, de ningún modo. Fué resultado del impulso, de la pasión ciega, no santificada. Ni el uno ni el otro estaban preparados para las responsabilidades de la vida matrimonial. Cuando la novedad del nuevo estado se disipó y cada uno conoció al otro, ¿llegó su amor a ser más fuerte, su afecto más profundo, y se fusionaron sus vidas en hermosa armonía? Sucedió precisamente lo opuesto. Los peores rasgos de su carácter se intensificaron con el ejercicio; y en vez de estar henchida de felicidad, su vida matrimonial rebosó de aflicción.[8]

Durante años, he venido recibiendo cartas de diferentes personas que habían contraído matrimonios infortunados, y las historias repugnantes que me fueron presentadas bastan para hacer doler el corazón. No es ciertamente cosa fácil decidir qué clase de consejos se puede dar a estas personas desdichadas, ni cómo se podría aliviar su condición, pero por lo menos su triste suerte debe servir de advertencia para otros.[9] [73]

[74]

[1] The Review and Herald, 2 de febrero de 1886.
[2] Historia de los Patriarcas y Profetas, 187.
[3] Mensajes para los Jóvenes, 450.
[4] Joyas de los Testimonios 1:578.
[5] Testimonies for the Church 5:122, 123.
[6] Testimonies for the Church 5:110, 111.
[7] Testimonies for the Church 5:122.
[8] Testimonies for the Church 5:121, 122.
[9] Joyas de los Testimonios 2:123, 124.

Capítulo 13—La preparación doméstica

Es parte esencial de la educación—Bajo ningún pretexto débese contraer matrimonio hasta que ambas partes conozcan los deberes de la vida doméstica práctica. La esposa debe tener cultura mental y buenos modales, a fin de estar capacitada para educar debidamente a los hijos que le sean dados.[1]

Muchas mujeres, tenidas por bien educadas y graduadas con honores en alguna institución de enseñanza, son vergonzosamente ignorantes en cuanto a los deberes prácticos de la vida. Carecen de las cualidades necesarias para la correcta ordenación de la familia, cosa esencial para su felicidad. Pueden hablar de la elevada esfera de la mujer y de sus derechos, y, no obstante, estar ellas mismas muy por debajo de la esfera verdadera.

Es derecho de toda hija de Eva poseer un perfecto conocimiento de los deberes domésticos y ser enseñada en cada ramo de sus ocupaciones. Toda joven debe estar educada de tal modo que si se la llama a ocupar el puesto de esposa y madre pueda presidir como una reina en sus dominios. Debiera ser del todo competente para guiar e instruir a sus hijos y para dirigir a sus sirvientes o, si necesario fuese, suplir con sus propias manos las necesidades de su familia. Tiene el derecho de comprender el mecanismo del cuerpo humano y los principios de la higiene, lo referente a la dieta y el vestido, el trabajo y la recreación y a un sinnúmero de otras cosas que se relacionan íntimamente con el bienestar de su familia. Tiene
[75] derecho de obtener un conocimiento de los métodos mejores para el tratamiento de las enfermedades que le permita cuidar a sus hijos cuando estén enfermos en lugar de abandonar sus preciosos tesoros en las manos de enfermeras y médicos extraños.

El concepto de que la ignorancia acerca de la ocupación provechosa constituye una característica esencial del verdadero caballero o la dama, es contrario al designio de Dios en la creación del hombre. La ociosidad es un pecado y la ignorancia acerca de los deberes

ordinarios es el resultado de la insensatez; y en el resto de la vida dará amplio motivo para lamentarla amargamente.[2]

Las jóvenes piensan que cocinar y hacer otras tareas de la casa es trabajo servil; y por lo tanto, muchas que se casan y deben atender a una familia tienen muy poca idea de los deberes que incumben a la esposa y madre.[3]

Debiera ser ley que los jóvenes no se casaran mientras no sepan cuidar de los hijos que pudiera tener la familia. Deben saber cuidar de esta casa que Dios les dió. A menos que comprendan las leyes que Dios estableció en su organismo, no pueden entender su deber para con Dios o hacia sí mismos.[4]

Debiera enseñarse en el colegio—La educación que los jóvenes de uno y otro sexo que asisten a nuestros colegios debieran recibir en la vida doméstica, merece especial atención. En la tarea de edificar el carácter es de gran importancia que se enseñe a los alumnos que asisten a nuestros colegios a hacer el trabajo que se les asigna y librarse de toda tendencia a la pereza. Han de familiarizarse con los deberes de la vida diaria. Se les debiera enseñar a cumplir bien y esmeradamente sus deberes domésticos, con el menor ruido y confusión posible. Todo debiera hacerse decentemente y con orden. La cocina y cualquier otra parte de la casa debe tenerse barrida y limpia. Los libros debieran poder guardarse hasta el momento debido y los estudios no debieran ser más que los que sea posible atender sin descuidar los deberes domésticos. El estudio de los libros no debiera [76] absorber la mente con descuido de las obligaciones del hogar, de las cuales depende la comodidad de la familia.

En el cumplimiento de estos deberes debieran vencerse los hábitos de indiferencia, incuria y desorden; porque, a menos que se corrijan, esos hábitos serán introducidos en toda fase de la vida y ésta verá arruinada su utilidad.[5]

Resulta indispensable—Muchos de los ramos de estudio que consumen el tiempo del alumno, no son esenciales para la utilidad y la felicidad; en cambio es esencial que todo joven se familiarice con los deberes de la vida diaria. Si fuera necesario, una joven podría prescindir del conocimiento del francés y de la álgebra, o hasta del piano, pero es indispensable que aprenda a hacer buen pan, vestidos que le sienten bien y desempeñar eficientemente los diversos deberes pertenecientes al hogar.

Para la salud y la felicidad de toda la familia, nada es de tan vital importancia como la pericia e inteligencia de la cocinera. Con comidas mal preparadas y malsanas podría estorbar y hasta arruinar tanto la utilidad del adulto como el desarrollo del niño. Del mismo modo, al proveer alimentos adaptados a las necesidades del cuerpo y al mismo tiempo atractivos y sabrosos, puede llevar a cabo tanto en la debida dirección como de otra manera llevaría a cabo en la mala. Así que, en muchos sentidos, la felicidad de la vida está ligada a la fidelidad con que se desempeñan los deberes comunes.[6]

Aplíquense los principios de la higiene—Se debería prestar más atención de la que comúnmente se concede a los principios de higiene que se aplican al régimen alimenticio, al ejercicio, al cuidado de los niños, al tratamiento de los enfermos, y a muchos asuntos semejantes.[7]

En el estudio de la higiene, el maestro atento aprovechará toda oportunidad para mostrar la necesidad de una perfecta limpieza,
[77] tanto de las costumbres personales como del ambiente en que uno vive. ... Enséñese a los alumnos que un dormitorio que reúna todas las condiciones higiénicas, una cocina limpia, y una mesa arreglada con gusto y saludablemente provista lograrán más para la obtención de la felicidad de la familia y la consideración de cualquier visitante sensato, que cualquier conjunto de muebles costosos que adornen la sala. No es menos necesario ahora que cuando fué enseñada hace mil ochocientos años, por el Maestro divino, la lección: “La vida más es que la comida, y el cuerpo que el vestido.”[8]

Los hábitos de laboriosidad aconsejados—Vd. tiene peculiaridades de carácter que es necesario disciplinar severamente y dominar resueltamente antes que pueda contraer matrimonio con seguridad. Por lo tanto no debe pensar en casarse hasta que haya vencido los defectos de su carácter, porque no sería una esposa feliz. Vd. no se ha educado para el trabajo doméstico sistemático. No vió la necesidad de adquirir hábitos de laboriosidad. El hábito de hallar placer en el trabajo útil, una vez contraído, no se pierde jamás. Una persona está entonces preparada para verse colocada en cualesquiera circunstancias de la vida, y en condición para hacerles frente. Aprenderá a deleitarse en la actividad. Si halla placer en el trabajo útil, su mente se dedicará a su ocupación, y no hallará tiempo para ensueños y fantasías.

El conocimiento del trabajo útil comunicará a su mente inquieta y descontenta energía, eficiencia y una dignidad conveniente y modesta, que impondrá respeto.[9]

Valor de la educación práctica para las jóvenes—Muchos que consideran necesario que un hijo sea educado para poder sostenerse en lo futuro parecen creer que es por completo optativo para su hija el que se eduque o no para ser independiente y capaz de sostenerse. Por lo general, en la escuela aprende poco de lo que puede recibir uso práctico para ganar el pan cotidiano; y al no recibir en la casa instrucción en los misterios de la cocina y de la vida doméstica, [78] se cría totalmente inútil, como una carga para sus padres. ...

Una mujer a la cual se le enseñó a atenderse a sí misma está también preparada para atender a otras personas. Nunca será una carga en la familia o en la sociedad. Cuando la fortuna le sea desfavorable, habrá en alguna parte lugar para ella, donde pueda ganarse honradamente la vida y ayudar a quienes dependan de ella. Las mujeres debieran prepararse para alguna ocupación en la cual puedan ganarse la vida si fuere necesario. Pasando por alto otros empleos honorables, toda joven debiera aprender a hacerse cargo de los asuntos domésticos del hogar, debiera ser cocinera, tenedora de libros, costurera. Debiera entender todas las cosas que debe conocer una dueña de casa, sea su familia rica o pobre. Luego, si llega a sufrir reveses, está preparada para cualquier emergencia; se ve, en cierto modo, independiente de las circunstancias.[10]

El conocimiento de los deberes domésticos es de incalculable valor para toda mujer. Hay familias sin cuento cuya felicidad queda arruinada por la ineficiencia de la esposa y madre. No es tan importante que nuestras hijas aprendan pintura, trabajos de fantasía, música, ni siquiera la "raíz cúbica," o las figuras de la retórica, como que aprendan a cortar, confeccionar y componer su propia ropa y a preparar el alimento en forma saludable y apetitosa. Cuando una niña tiene nueve o diez años de edad se debiera exigir de ella que tome sobre sí una parte de los deberes domésticos permanentemente, a medida que sea capaz, y se la debiera tener por responsable de la manera en que la desempeña. Fué un padre sabio aquel que, cuando le preguntaron lo que se proponía hacer con sus hijas respondió: "Me propongo hacerlas aprendizas de su excelente madre a fin de

que aprendan el arte de aprovechar el tiempo y se preparen para ser
[79] esposas y madres de familia y miembros útiles de la sociedad."[11]

El futuro esposo debe ser ahorrativo y laborioso—En los tiempos antiguos era costumbre que el novio, antes de confirmar el compromiso del matrimonio, pagara al padre de su novia, según las circunstancias, cierta suma de dinero o su valor en otros efectos. Esto se consideraba como garantía del matrimonio. No les parecía seguro a los padres confiar la felicidad de sus hijas a hombres que no habían hecho provisión para mantener una familia. Si no eran bastante frugales y enérgicos para administrar sus negocios y adquirir ganado o tierras, se temía que su vida fuese inútil. Pero se hacían arreglos para probar a los que no tenían con que pagar la dote de la esposa. Se les permitía trabajar para el padre cuya hija amaban, durante un tiempo, que variaba según la dote requerida. Cuando el pretendiente era fiel en sus servicios, y se mostraba digno también en otros aspectos, recibía a la hija por esposa, y, generalmente, la dote que el padre había recibido se la daba a ella el día de la boda. ...

Esta antigua costumbre, aunque muchas veces se prestaba al abuso, como en el caso de Labán, producía buenos resultados. Cuando se pedía al pretendiente que trabajara para conseguir a su esposa, se evitaba un casamiento precipitado, y se le permitía probar la profundidad de sus afectos y su capacidad para mantener a su familia. En nuestro tiempo, resultan muchos males de una conducta diferente.[12]

Nadie resulta excusable por carecer de capacidad financiera. De muchos hombres se puede decir: El tal es bondadoso, amable, generoso, hombre bueno y cristiano; pero no está capacitado para manejar sus propios asuntos. Cuando se trata de desembolsar recursos, no es más que un niño. Sus padres no le enseñaron a comprender y
[80] practicar los principios del sostén propio.[13]

[81]

[1] Pacific Health Journal, mayo de 1890.
[2] La Educación, 359, 360.
[3] El Ministerio de Curación, 233.
[4] Manuscrito 19, 1887.
[5] Joyas de los Testimonios 2:435.
[6] La Educación, 212.
[7] La Educación, 212, 192, 193.
[8] La Educación, 212, 192, 193, 195, 196.
[9] Testimonies for the Church 3:336.

[10]The Health Reformer, diciembre de 1877.
[11]La Educación, 358, 359.
[12]Historia de los Patriarcas y Profetas, 186, 187.
[13]Carta 123, 1900.

Capítulo 14—La verdadera conversión es necesaria

La religión asegura la felicidad—En la familia la religión es un poder admirable. La conducta del esposo hacia la esposa y de ésta para con él puede ser de tal carácter que hará de la vida en el hogar una preparación para ingresar en la familia del cielo.[1]

Los corazones que están henchidos del amor de Cristo no pueden separarse mucho. La religión es amor, y el hogar cristiano es un lugar donde el amor reina y halla expresión en palabras y actos de bondad servicial y gentil cortesía.[2]

Se necesita religión en el hogar. Únicamente ella puede impedir los graves males que con tanta frecuencia amargan la vida conyugal. Únicamente donde reina Cristo puede haber amor profundo, verdadero y abnegado. Entonces las almas quedarán unidas, y las dos vidas se fusionarán en armonía. Los ángeles de Dios serán huéspedes del hogar, y sus santas vigilias santificarán la cámara nupcial. Quedará desterrada la degradante sensualidad. Los pensamientos serán dirigidos hacia arriba, hacia Dios; y a él ascenderá la devoción del corazón.[3]

En toda familia donde Cristo more, se manifestará tierno interés y amor mutuo; no un amor espasmódico que se exprese sólo en caricias, sino un amor profundo y permanente.[4]

El cristianismo debe regirnos—El cristianismo debiera tener
[82] una influencia dominadora sobre la relación matrimonial; pero con demasiada frecuencia los móviles que conducen a esta unión no se ajustan a los principios cristianos. Satanás está constantemente tratando de fortalecer su poderío sobre el pueblo de Dios induciéndolo a aliarse con sus súbditos; y para lograr esto, trata de despertar pasiones impuras en el corazón. Pero en su Palabra el Señor ha indicado clara y terminantemente a su pueblo que no se una con aquellos en cuyo corazón no mora su amor.[5]

Consejos a una pareja recién casada—El matrimonio es una unión para toda la vida y un símbolo de la unión entre Cristo y su iglesia. El espíritu que Cristo manifiesta hacia su iglesia es el

espíritu que los esposos han de manifestar el uno para con el otro. Si aman a Dios en forma suprema, se amarán el uno al otro en el Señor; siempre se tratarán con cortesía y obrarán en cooperación. En su abnegación mutua y sacrificio de sí mismos, serán una bendición el uno para el otro. ...

Ambos necesitáis convertiros. Ni el uno ni el otro tenéis una idea correcta de lo que significa obedecer a Dios. Estudiad estas palabras: "El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, derrama." Espero sinceramente que ambos llegaréis a ser verdaderos hijos de Dios, siervos a quienes él pueda confiar responsabilidades. Entonces tendréis paz, confianza y fe. Sí, ambos podéis ser cristianos, felices y consecuentes. Cultivad la agudeza de percepción, a fin de saber elegir lo bueno y rechazar lo malo. Estudiad la Palabra de Dios. El Señor Jesús quiere que os salvéis. Le ha preservado maravillosamente a Vd., hermano mío, para que su vida resulte útil. Haga con ella todas las buenas obras que pueda.

A menos que sintáis un ferviente deseo de llegar a ser hijos de Dios, no comprenderéis claramente cómo podéis ayudaros el uno al otro. Sed siempre tiernos y serviciales el uno para con el otro, renunciando a vuestros propios deseos y propósitos para haceros [83] mutuamente felices. Podéis progresar día tras día en el conocimiento propio. Día tras día podéis aprender mejor a fortalecer los puntos débiles de vuestro carácter. El Señor Jesús será vuestra luz, vuestra fuerza, vuestra corona de regocijo, porque habréis sometido vuestra voluntad a la suya. ...

Necesitáis tener en vuestro corazón la gracia divina subyugadora. No codiciéis una vida de comodidad e inactividad. Todos los que están relacionados con la obra de Dios deben estar constantemente en guardia contra el egoísmo. Mantened vuestra lámpara aderezada y ardiendo. Entonces no seréis temerarios en vuestras palabras y acciones. Ambos seréis felices si procuráis agradaros mutuamente. Mantened cerradas las ventanas del alma hacia la tierra y abiertas las que miran hacia el cielo.

Hombres y mujeres pueden alcanzar una norma elevada, si tan sólo quieren reconocer a Cristo como su Salvador personal. Entregándolo todo a Dios, velad y orad. El saber que lucháis para obtener la vida eterna os fortalecerá y consolará a ambos. Habéis de ser luces en el mundo por vuestros pensamientos, palabras y actos. Discipli-

naos en el Señor; porque él os ha confiado cometidos sagrados, que no podéis desempeñar debidamente sin esa disciplina. Por creer en Jesús, no sólo habéis de salvar vuestras almas, sino que por precepto y ejemplo debéis procurar salvar otras almas. Haced de Cristo vuestro modelo. Ensalzadle como al único que puede daros poder para vencer. Destruíd por completo la raíz del egoísmo. Magnificad a Dios, porque sois sus hijos. Glorificad a vuestro Redentor, y él os
[84] dará un lugar en su reino.[6]

[1] Carta 57, 1902.
[2] Testimonies for the Church 5:335.
[3] Joyas de los Testimonios 2:119, 120.
[4] The Review and Herald, 2 de febrero de 1886.
[5] Historia de los Patriarcas y Profetas, 606, 607.
[6] Carta 57, 1902.

Sección 5—Acerca del altar matrimonial

Capítulo 15—Promesas solemnes

Propósito de Dios para ambos esposos—Con una parte del hombre Dios hizo a una mujer, a fin de que fuese ayuda idónea para él, alguien que fuese una con él, que le alegrase, le alentase y bendijese, mientras que él a su vez fuese su fuerte auxiliador. Todos los que contraen relaciones matrimoniales con un propósito santo—el esposo para obtener los afectos puros del corazón de una mujer, y ella para suavizar, mejorar y completar el carácter de su esposo—cumplen el propósito de Dios para con ellos.

Cristo no vino para destruir esa institución, sino para devolverle su santidad y elevación originales. Vino para restaurar la imagen moral de Dios en el hombre, y comenzó su obra sancionando la relación matrimonial.[1]

El que creó a Eva para que fuese compañera de Adán realizó su primer milagro en una boda. En la sala donde los amigos y parientes se regocijaban, Cristo principió su ministerio público. Con su presencia sancionó el matrimonio, reconociéndolo como institución que él mismo había fundado. Había dispuesto que hombres y mujeres se unieran en el santo lazo del matrimonio, para formar familias cuyos miembros, coronados de honor, fueran reconocidos como miembros de la familia celestial.[2]

Jesús quiere matrimonios felices—El amor divino que emana
[85] de Cristo no destruye el amor humano, sino que lo incluye. Lo refina y purifica; lo eleva y lo ennoblece. El amor humano no puede llevar su precioso fruto antes de estar unido con la naturaleza divina y dirigido en su crecimiento hacia el cielo. Jesús quiere ver matrimonios y hogares felices.[3]

Como todos los otros buenos dones confiados por Dios a la custodia de la humanidad, el casamiento fué pervertido por el pecado; pero es propósito del Evangelio devolverle su pureza y belleza. ...

La gracia de Cristo es lo único que puede hacer de esta institución lo que Dios quiso que fuera: un medio de bendecir y elevar a la

humanidad. Así pueden las familias de la tierra, en su unidad, paz y amor, representar la familia del cielo.

La condición de la sociedad ofrece un triste comentario acerca del ideal que tiene el Cielo para esta relación sagrada. Sin embargo, aun a aquellos que encontraron amargura y chasco donde habían esperado obtener compañerismo y gozo, el Evangelio de Cristo ofrece solaz.[4]

Una ocasión de gozo—Las Escrituras declaran que Jesús y sus discípulos fueron invitados a esta boda [de Caná]. Cristo no dió a los cristianos autorización para decir al ser invitados a una boda: No debiéramos asistir a una ocasión de tanto gozo. Al asistir a aquel banquete Cristo enseñó que quiere vernos regocijarnos con los que se regocijan en la observancia de sus estatutos. Nunca desaprobó las fiestas inocentes de la humanidad cuando se celebraban de acuerdo con las leyes del Cielo. Es correcto que quienes siguen a Cristo asistan a una fiesta que él honró con su presencia. Después de participar de aquel banquete, Cristo asistió a muchos otros y los santificó por su presencia e instrucción.[5]

La prodigalidad, la ostentación y la hilaridad no son apropiadas para las bodas—Las ceremonias matrimoniales se truecan en ocasiones ostentosas, en las que hay prodigalidad y búsqueda de placeres. Pero si las partes contratantes concuerdan en sus creencias y prácticas religiosas, si todo se hace en forma consecuente y la ceremonia se realiza sin ostentación ni despilfarro, la boda no desagradará a Dios.[6] [86]

No hay motivo por hacer mucha ostentación, aun cuando las partes contratantes se correspondan perfectamente.[7]

Siempre me ha parecido impropio que la ceremonia del matrimonio vaya asociada con mucha hilaridad, algazara y simulación. No debe ser así. Es un rito ordenado por Dios, que debe considerarse con la mayor solemnidad. Cuando se establece una relación familiar aquí en la tierra, debe ser una demostración de lo que será la familia en el cielo. Se ha de dar siempre el primer lugar a la gloria de Dios.[8]

Una boda en la casa de la Sra. de White—Más o menos a las once de la mañana el martes, nuestro amplio comedor quedó preparado para la ceremonia de la boda. En ella ofició el Hno. P., y todo fué muy bien. Se solicitó ... que la Hna. White ofreciese la oración después de la ceremonia. El Señor me dió una libertad

especial. Mi corazón fué enternecido y subyugado por el Espíritu de Dios. En esa ocasión no hubo bromas livianas ni dichos insensatos. Todo lo relacionado con este casamiento fué solemne y sagrado. Todo fué de carácter elevador e impresionó profundamente. El Señor santificó esa boda, y los dos cónyuges aunan ahora sus intereses para trabajar en el campo misionero, para buscar y salvar a los perdidos. Dios los bendecirá en su obra si andan humildemente con él, apoyándose de lleno en sus promesas.[9]

La fusión de dos vidas.[*] —Este es un momento importante en la historia de las personas que han estado delante de Vds. para unir sus intereses, sus simpatías, su amor y sus labores en el ministerio destinado a salvar las almas. En la relación matrimonial se da un
[87] paso muy importante: la fusión de dos vidas en una. ... Concuerda con la voluntad de Dios que el hombre y su esposa estén unidos en su obra, para realizarla con integridad y santidad. Y ellos pueden hacerlo.

La bendición de Dios en el hogar donde existe esta unión es como la luz del sol que proviene del cielo, porque la voluntad de Dios ordenó que el hombre y su esposa estén unidos por los santos lazos del matrimonio, bajo el gobierno de Jesucristo y la dirección de su Espíritu. ...

Dios quiere que el hogar sea el lugar más feliz de la tierra, el mismo símbolo del hogar celestial. Mientras llevan las responsabilidades matrimoniales en el hogar, y vinculan sus intereses con Jesucristo, apoyándose en su brazo y en la seguridad de sus promesas, ambos esposos pueden compartir en esta unión una felicidad que los ángeles de Dios elogian.

El casamiento no reduce su utilidad, sino que la refuerza. Pueden hacer de su vida matrimonial un ministerio destinado a ganar almas para Cristo; y yo sé de qué estoy hablando porque mi esposo y yo estuvimos unidos durante treinta y seis años y fuimos a cualquier parte que el Señor nos mandase ir. Sabemos al respecto que la relación matrimonial recibe el elogio de Dios. Es por lo tanto un rito solemne. ...

[*] Nota: Palabras pronunciadas por la Sra. E. G. de White en ocasión de una ceremonia matrimonial celebrada en el Sanatorio de California en 1905.

En esta ocasión puedo tomar de la mano a este hermano nuestro; ... y también la de su esposa, e instamos a ambos a que prosigan unidos en la obra de Dios. Quiero decirles: Haced de Dios vuestro consejero. Unid vuestras personalidades.[10]

Consejos a una pareja recién casada—Estimado hermano y estimada hermana: Acabáis de uniros para toda la vida. Empieza vuestra educación en la vida marital. El primer año de la vida conyugal es un año de experiencia, en el cual marido y mujer aprenden a conocer sus diferentes rasgos de carácter, como en la escuela un niño aprende su lección. No permitáis, pues, que se escriban durante ese primer año de vuestro matrimonio, capítulos que mutilen vuestra felicidad futura. ... [88]

Hermano mío, el tiempo, las fuerzas y la felicidad de su esposa están ahora ligados a los suyos. Su influencia sobre ella puede ser sabor de vida para vida o sabor de muerte para muerte. Cuide de no echarle a perder la vida.

Hermana mía, Vd. debe ahora tomar sus primeras lecciones prácticas acerca de sus responsabilidades como esposa. No deje de aprender fielmente estas lecciones día tras día. ... Vele constantemente para no abandonarse al egoísmo.

En vuestra unión para toda la vida, vuestros afectos deben contribuir a vuestra felicidad mutua. Cada uno debe velar por la felicidad del otro. Tal es la voluntad de Dios para con vosotros. Mas aunque debéis confundiros hasta ser uno, ni el uno ni el otro debe perder su individualidad. Dios es quien posee vuestra individualidad; y a él debéis preguntar: ¿Qué es bueno? ¿qué es malo? y ¿cómo puedo alcanzar mejor el blanco de mi existencia?[11]

Un voto tomado ante testigos celestiales—Dios ordenó que hubiese perfecto amor y armonía entre los que asumen la relación matrimonial. Comprométanse los novios, en presencia del universo celestial, a amarse mutuamente como Dios ordenó que se amen. ... La esposa ha de respetar y reverenciar a su esposo, y el esposo ha de amar y proteger a su esposa.[12]

Al comenzar la vida conyugal, tanto los hombres como las mujeres deben consagrarse de nuevo a Dios.[13]

Sea Vd. tan fiel a sus votos matrimoniales que se niegue, tanto en el pensamiento como por palabras o acciones, a mancillar su caso de hombre que teme a Dios y acata sus mandamientos.[14] [89]

[90]

[1] Manuscrito 16, 1899.
[2] El Ministerio de Curación, 275.
[3] Bible Echo, 4 de septiembre, 1899.
[4] The Review and Herald, 10 de diciembre de 1908.
[5] Manuscrito 16, 1899.
[6] The Review and Herald, 25 de septiembre de 1888.
[7] Testimonies for the Church 4:515.
[8] Manuscrito 170, 1905.
[9] Manuscrito 23, 1894.
[10] Manuscrito 170, 1905.
[11] Joyas de los Testimonios 3:95.
[12] Bible Echo, 4 de septiembre, 1899.
[13] Manuscrito 70, 1903.
[14] Carta 231, 1903.

Capítulo 16—Una asociación feliz

Destinada a durar toda la vida—Para comprender lo que es en verdad el matrimonio, se requiere toda una vida. Los que se casan ingresan en una escuela en la cual no acabarán nunca sus estudios.[1]

Por mucho cuidado y prudencia con que se haya contraído el matrimonio, pocas son las parejas que hayan llegado a la perfecta unidad al realizarse la ceremonia del casamiento. La unión verdadera de ambos cónyuges es obra de los años subsiguientes.[2]

Cuando la pareja recién casada afronta la vida con sus cargas de perplejidades y cuidados, desaparece el aspecto romántico con que la imaginación suele tan a menudo revestir el matrimonio. Marido y mujer aprenden entonces a conocerse como no podían hacerlo antes de unirse. Este es el período más crítico de su experiencia. La felicidad y utilidad de toda su vida ulterior dependen de que asuman en ese momento una actitud correcta. Muchas veces cada uno descubre en el otro flaquezas y defectos que no sospechaban; pero los corazones unidos por el amor notarán también cualidades desconocidas hasta entonces. Procuren todos descubrir las virtudes más bien que los defectos. Muchas veces, nuestra propia actitud y la atmósfera que nos rodea determinan lo que se nos revelará en otra persona.[3]

El amor debe ser probado—Vuestro afecto podrá ser tan claro como el cristal, arrobador en su pureza, y sin embargo, podría ser superficial por no haber sido probado. Dad a Cristo, en todas las cosas, [91]
el lugar primero, el último y el mejor. Contempladle constantemente, y vuestro amor por él, en la medida en que sea probado, se hará cada día más profundo y más fuerte. Y a medida que crezca vuestro amor por él, vuestro amor mutuo aumentará también en fuerza y profundidad.[4]

Aunque se susciten dificultades, congojas y desalientos, no abriguen jamás ni el marido ni la mujer el pensamiento de que su unión es un error o una decepción. Resuélvase cada uno de ellos a ser para el otro cuanto le sea posible. Sigan teniendo uno para con otro los

miramientos que se tenían al principio. Aliéntense uno a otro en las luchas de la vida. Procure cada uno favorecer la felicidad del otro. Haya entre ellos amor mutuo y sopórtense uno a otro. Entonces el casamiento, en vez de ser la terminación del amor, será más bien su verdadero comienzo. El calor de la verdadera amistad, el amor que une un corazón al otro, es sabor anticipado de los goces del cielo.[5]

Todos deben cultivar la paciencia practicándola. Al ser uno bondadoso y tolerante, puede mantener ardiente el amor en el corazón, y se desarrollarán en él cualidades que el Cielo aprobará.[6]

El enemigo procurará separarlos—Satanás está siempre listo para obtener ventajas cuando se presenta cualquier divergencia, y al influir sobre los rasgos de carácter censurables hereditarios que haya en el esposo o la esposa, procurará enajenar a quienes unieron sus intereses en un pacto solemne delante de Dios. Por sus votos matrimoniales prometieron ser como uno solo, al convenir la esposa en amar y obedecer a su esposo, y éste en amarla a ella y protegerla. Si ambos obedecen a la ley de Dios, el demonio de la disensión se mantendrá alejado de la familia, y no habrá división de intereses, ni se permitirá enajenamiento alguno de los afectos.[7]

[92] **Consejos a una pareja de voluntad fuerte**—Ninguno de los dos debe tratar de dominar. El Señor ha presentado los principios que deben guiarnos. El esposo debe amar a su esposa como Cristo amó a la iglesia. La mujer debe respetar y amar a su marido. Ambos deben cultivar un espíritu de bondad, y estar bien resueltos a nunca perjudicarse ni causarse pena el uno al otro. ...

No tratéis de constreñiros el uno al otro. No podéis obrar así y conservar vuestro amor recíproco. Las manifestaciones de la propia voluntad destruyen la paz y la felicidad de la familia. No dejéis penetrar el desacuerdo en vuestra vida conyugal. De lo contrario seréis desdichados ambos. Sed amables en vuestras palabras y bondadosos en vuestras acciones; renunciad a vuestros deseos personales. Vigilad vuestras palabras, porque ellas ejercen una influencia considerable para bien o para mal. No dejéis traslucir irritación en la voz, mas poned en vuestra vida el dulce perfume de la semejanza de Cristo.[8]

Expresen el amor en palabras y hechos—Son muchos los que consideran la manifestación del amor como una debilidad, y permanecen en tal retraimiento que repelen a los demás. Este espíritu

paraliza las corrientes de simpatía. Al ser reprimidos, los impulsos de sociabilidad y generosidad se marchitan y el corazón se vuelve desolado y frío. Debemos guardarnos de este error. El amor no puede durar mucho si no se le da expresión. No permitáis que el corazón de quienes os acompañen se agoste por falta de bondad y simpatía de parte vuestra. ...

Ame cada uno de ellos al otro antes de exigir que el otro le ame. Cultive lo más noble que haya en sí y esté pronto a reconocer las buenas cualidades del otro. El saberse apreciado es un admirable estímulo y motivo de satisfacción. La simpatía y el respeto alientan el esfuerzo por alcanzar la excelencia, y el amor aumenta al estimular la persecución de fines cada vez más nobles.[9] [93]

La razón por la cual hay en nuestro mundo tantos hombres y mujeres de corazón duro estriba en que el afecto verdadero se ha considerado como debilidad y se lo ha desalentado y reprimido. La parte mejor de la naturaleza de esas personas fué pervertida y atrofiada en la infancia; y a menos que los rayos de la luz divina puedan derretir su frialdad y el egoísmo de su duro corazón, la felicidad de los tales queda sepultada para siempre. Si queremos tener un corazón tierno, como lo tuvo Jesús cuando estuvo en la tierra, y una simpatía santificada como la que sienten los ángeles hacia los mortales pecaminosos, debemos cultivar las simpatías de la infancia, que son la sencillez misma. Entonces seremos refinados, elevados y dirigidos por los principios celestiales.[10]

Demasiadas congojas y cargas se introducen en nuestras familias, y se alberga muy poca sencillez natural, paz y felicidad. Debiera haber menos interés por lo que diga el mundo exterior y prestarse más atención reflexiva a los miembros del círculo familiar. Debiera haber menos ostentación y afectación de urbanidad mundana entre los miembros de la familia, y mucho más amor, ternura, alegría y cortesía cristiana. Muchos necesitan aprender a hacer del hogar un lugar atractivo y placentero. Los corazones agradecidos y las miradas bondadosas son de más valor que las riquezas y el lujo, y el contentarse con cosas sencillas hará feliz el hogar si en él hay amor.[11]

Las pequeñas atenciones valen mucho—Dios nos prueba por los sucesos comunes de la vida. Son las cosas pequeñas las que revelan lo más recóndito del corazón. Son las pequeñas atenciones,

los numerosos incidentes cotidianos y las sencillas cortesías, las que constituyen la suma de la felicidad en la vida; y el descuido manifestado al no pronunciar palabras bondadosas, afectuosas y alentadoras ni poner en práctica las pequeñas cortesías, es lo que contribuye a formar la suma de la miseria de la vida. Se encontrará
[94] al fin que el haberse negado a sí mismo para bien y felicidad de los que nos rodean, constituye una gran parte de lo que se registra en el cielo acerca de la vida. Se revelará también el hecho de que el preocuparse de sí mismo, sin tener en cuenta el bien o la felicidad de los demás, no deja de ser notado por nuestro Padre celestial.[12]

Un esposo que callaba sus afectos—Una casa donde reina el amor y se expresa en palabras, miradas y actos es un lugar donde los ángeles se deleitan en manifestar su presencia y en santificar el escenario con rayos luminosos de gloria. Allí los humildes deberes domésticos tienen un encanto propio. En tales circunstancias ninguno de los deberes de la vida resultará desagradable para su esposa. Los cumplirá con espíritu alegre y será ella como un rayo de sol para cuantos la rodeen, y en su corazón cantará melodías al Señor. Actualmente considera que no posee los afectos de su corazón. Vd. le ha dado ocasión de pensar así. Cumple los deberes necesarios que le incumben como cabeza de la familia, pero le falta algo. Carece seriamente de la preciosa influencia del amor que induce a prestar atenciones bondadosas. El amor debe verse en las miradas y los modales, y debe oírse en los tonos de la voz.[13]

Una esposa reconcentrada en sí misma—El carácter moral de los que están unidos en matrimonio queda elevado o degradado por la relación que sostienen uno con el otro; y la degradación efectuada por una naturaleza ingobernable, baja, engañosa y egoísta comienza poco después de la ceremonia matrimonial. Si el joven hace una elección sabia, tendrá a su lado a alguien que llevará lo mejor que pueda su parte de las cargas de la vida, una persona que le ennoblecerá y refinará, y le hará feliz en su amor. Pero si la esposa es caprichosa, admiradora de sí misma, exigente, acusadora, y atribuye a su esposo motivos y sentimientos que parten tan sólo de su propio
[95] temperamento pervertido; si en vez de manifestar discernimiento y delicadeza para reconocer y apreciar el amor que él le tiene, ella habla de negligencia y falta de amor porque él no satisface cada uno

de sus caprichos, provocará casi inevitablemente aquello mismo que parece deplorar; hará realidades de todas esas acusaciones.[14]

Características de una buena compañera y madre—En vez de sumirse en una simple rutina de faenas domésticas, encuentre la esposa y madre de familia tiempo para leer, para mantenerse bien informada, para ser compañera de su marido y para seguir de cerca el desarrollo de la inteligencia de sus hijos. Aproveche sabiamente las oportunidades presentes para influir en sus amados de modo que los encamine hacia la vida superior. Haga del querido Salvador su compañero diario y su amigo familiar. Dedique algo de tiempo al estudio de la Palabra de Dios, a pasear con sus hijos por el campo y a aprender de Dios por la contemplación de sus hermosas obras.

Consérvese alegre y animada. En vez de consagrar todo momento a interminables costuras, haga de la velada de familia una ocasión de grata sociabilidad, una reunión de familia después de las labores del día. Un proceder tal induciría a muchos hombres a preferir la sociedad de los suyos en casa a la del casino o de la taberna. Muchos muchachos serían guardados del peligro de la calle o de la tienda de comestibles de la esquina. Muchas niñas evitarían las compañías frívolas y seductoras. La influencia del hogar llegaría a ser entonces para padres e hijos lo que Dios se propuso que fuera, es decir, una bendición para toda la vida.[15]

La vida matrimonial no es sólo romántica; tiene sus dificultades verdaderas y sus detalles prosaicos. La esposa no debe considerarse una muñeca a la que se debe mimar, sino como una mujer; una persona que pondrá el hombro bajo cargas reales, no imaginarias, y llevará una vida comprensiva y reflexiva, teniendo en cuenta que hay, además de ella misma, otras cosas en que pensar. ... La vida [96]
real tiene sus sombras y pesares. A cada alma le tocan aflicciones. Satanás obra constantemente para alterar la fe de cada uno, y para destruir su valor y esperanza.[16]

Consejos a una pareja desdichada—Su vida matrimonial se ha asemejado mucho a un desierto, con tan sólo muy pocos parajes verdes que recordar con agradecimiento. No era necesario que fuese así.

Es tan difícil que haya amor sin que se revele en actos exteriores como lo es que el fuego siga ardiendo sin combustible. Vd., Hno. C., consideró que era rebajar su dignidad manifestar ternura mediante

actos de bondad y buscar oportunidades para revelar afecto hacia su esposa mediante palabras de ternura y bondadosa atención. Vd. es inconstante en sus sentimientos y se deja afectar profundamente por las circunstancias en derredor suyo. ... Abandone las preocupaciones de sus negocios, así como las perplejidades y molestias inherentes a ellos, cuando deja el lugar donde los atiende. Preséntese a su familia con semblante alegre, con simpatía, ternura y amor. Esto será mejor que gastar dinero en medicinas y médicos para su esposa. Representará salud para el cuerpo y fuerza para el alma. Vds. han vivido miserablemente. Ambos habéis contribuído a ello. Esta miseria no agrada a Dios; Vds. se la han acarreado por su falta de dominio propio.

Vds. permiten que sus sentimientos los dominen. Vd., Hno. C., piensa que manifestar amor y hablar bondadosa y afectuosamente es rebajar su dignidad. Considera que todas esas palabras tiernas saben a blandura y debilidad, y que son innecesarias. Pero en su lugar deja oír palabras de irritación, discordia, contienda y censura. ...

Vd. no posee los elementos de un espíritu contento. Se espacia en sus dificultades; arrostra necesidades y pobreza imaginarias; se siente afligido, angustiado y atormentado; su cerebro parece arder,
[97] su ánimo está deprimido. No alberga amor a Dios ni gratitud en su corazón por todas las bendiciones que le ha otorgado su bondadoso Padre celestial. Sólo ve las incomodidades de la vida. Una locura mundana le encierra como entre densas nubes de tinieblas. Satanás se regocija porque Vd. se siente desgraciado cuando tiene a su disposición la paz y la dicha.[17]

Recompensa de la tolerancia y el amor mutuos—Sin tolerancia y amor mutuos ningún poder de esta tierra puede mantenerla a Vd. ni a su marido en los lazos de la unidad cristiana. El compañerismo de ambos en el matrimonio debiera ser estrecho, tierno, santo y elevado, e infundir poder espiritual a su vida, para que pudiesen ser el uno para el otro todo lo que la Palabra de Dios requiere. Cuando lleguen a la condición que Dios quiere verles alcanzar, hallarán el cielo aquí y a Dios en su vida.[18]

Recordad, hermanos míos, que Dios es amor, y que por su gracia podéis llegar a haceros mutuamente felices, según lo prometisteis en ocasión de vuestro matrimonio.[19]

Hombres y mujeres pueden alcanzar el ideal que Dios les señala si aceptan la ayuda de Cristo. Lo que la humana sabiduría no puede lograr, la gracia de Dios lo hará en quienes se entregan a él con amor y confianza. Su providencia puede unir los corazones con lazos de origen celestial. El amor no será tan sólo un intercambio de palabras dulces y aduladoras. El telar del cielo teje con urdimbre y trama más finas, pero más firmes que las de los telares de esta tierra. Su producto no es una tela endeble, sino un tejido capaz de resistir cualquiera prueba, por dura que sea. El corazón quedará unido al corazón con los áureos lazos de un amor perdurable.[20] [98]

[99]

[1] Testimonies for the Church 7:45.
[2] El Ministerio de Curación, 278.
[3] Ibid.
[4] Joyas de los Testimonios 3:96.
[5] El Ministerio de Curación, 278, 279.
[6] The Review and Herald, 2 de febrero de 1886.
[7] Carta 18a, 1891.
[8] Joyas de los Testimonios 3:97.
[9] El Ministerio de Curación, 278, 279.
[10] Testimonies for the Church 3:539.
[11] Testimonies for the Church 4:621, 622.
[12] Joyas de los Testimonios 1:206.
[13] Testimonies for the Church 2:417, 418.
[14] Carta 10, 1889.
[15] El Ministerio de Curación, 225, 226.
[16] Carta 34, 1890.
[17] Testimonies for the Church 1:695-697.
[18] Carta 18a, 1891.
[19] Joyas de los Testimonios 3:99.
[20] El Ministerio de Curación, 280.

Capítulo 17—Obligaciones mutuas

Cada uno tiene responsabilidades—Las dos personas que unen su interés en la vida tendrán distintas características y responsabilidades individuales. Cada uno tendrá su trabajo, pero no se ha de valorar a las mujeres por el trabajo que puedan hacer como se estiman las bestias de carga. La esposa ha de agraciar el círculo familiar como esposa y compañera de un esposo sabio. A cada paso debe ella preguntarse: "¿Es ésta la norma de la verdadera femineidad?" y: "¿Cómo haré para que mi influencia sea como la de Cristo en mi hogar?" El marido debe dejar saber a su esposa que él aprecia su trabajo.[1]

La esposa ha de respetar a su marido. El ha de amar y apreciarla a ella: y así como los une el voto matrimonial, su creencia en Cristo debe hacerlos uno en él. ¿Qué podría agradar más a Dios que el ver a los que contraen matrimonio procurar juntos aprender de Jesús y llegar a compenetrarse cada vez más de su Espíritu?[2]

Tenéis ahora deberes que cumplir que no existían para vosotros antes de vuestro matrimonio. "Vestíos pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de tolerancia." Examinad con cuidado las instrucciones siguientes: "Andad en amor, como también Cristo nos amó. ... Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia. ... Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo,
[100] así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella."[3]

Instrucciones de Dios a Eva—A Eva se le habló de la tristeza y los dolores que sufriría. Y el Señor dijo: "A tu marido será tu deseo, y él se enseñoreará de ti." En la creación Dios la había hecho igual a Adán. Si hubiesen permanecido obedientes a Dios, en concordancia con su gran ley de amor, siempre hubieran estado en mutua armonía; pero el pecado había traído discordia, y ahora la unión y la armonía

podían mantenerse sólo mediante la sumisión del uno o del otro. Eva había sido la primera en pecar, había caído en tentación por haberse separado de su compañero, contrariando la instrucción divina. Adán pecó a sus instancias, y ahora ella fué puesta en sujeción a su marido. Si los principios prescritos por la ley de Dios hubieran sido apreciados por la humanidad caída, esta sentencia, aunque era consecuencia del pecado, hubiera resultado en bendición para ellos; pero el abuso de parte del hombre de la supremacía que se le dió, a menudo ha hecho muy amarga la suerte de la mujer y ha convertido su vida en una carga.

Junto a su esposo, Eva había sido perfectamente feliz en su hogar edénico; pero, a semejanza de las inquietas Evas modernas, se lisonjeaba con ascender a una esfera superior a la que Dios le había designado. En su afán de subir más allá de su posición original, descendió a un nivel más bajo. Resultado similar alcanzarán las mujeres que no están dispuestas a cumplir alegremente los deberes de su vida de acuerdo al plan de Dios.[4]

Esposas, someteos; maridos, amad—A menudo se pregunta: "¿Debe una esposa no tener voluntad propia?" La Biblia dice claramente que el esposo es el jefe de la familia. "Casadas, estad sujetas a vuestros maridos." Si la orden terminase así, podríamos decir que nada de envidiable tiene la posición de la esposa; es muy dura y penosa en muchos casos, y sería mejor que se realizasen menos casa- [101]
mientos. Muchos maridos no leen más allá que "estad sujetas," pero debemos leer la conclusión de la orden, que es: "Como conviene en el Señor."

Dios requiere que la esposa recuerde siempre el temor y la gloria de Dios. La sumisión completa que debe hacer es al Señor Jesucristo, quien la compró como hija suya con el precio infinito de su vida. Dios le dió a ella una conciencia, que no puede violar con impunidad. Su individualidad no puede desaparecer en la de su marido, porque ha sido comprada por Cristo. Es un error imaginarse que en todo debe hacer con ciega devoción exactamente como dice su esposo, cuando sabe que al obrar así han de sufrir perjuicio su cuerpo y su espíritu, que han sido redimidos de la esclavitud satánica. Uno hay que supera al marido para la esposa; es su Redentor, y la sumisión que debe rendir a su esposo debe ser, según Dios lo indicó, "como conviene en el Señor."

Cuando los maridos exigen de sus esposas una sumisión completa, declarando que las mujeres no tienen voz ni voluntad en la familia, sino que deben permanecer sujetas en absoluto, colocan a sus esposas en una condición contraria a la que les asigna la Escritura. Al interpretar ésta así, atropellan el propósito de la institución matrimonial. Recurren a esta interpretación simplemente para poder gobernar arbitrariamente, cosa que no es su prerrogativa. Y más adelante leemos: "Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis desapacibles con ellas." ¿Por qué habría de ser un marido desapacible con su esposa? Si descubre que ella yerra y está llena de defectos, un espíritu de amargura no remediará el mal.[5]

Sujetas tan sólo a esposos que se someten a Cristo—Muchos maridos, en su trato con sus esposas, no han representado correctamente al Señor Jesucristo en su relación con la iglesia, porque no andan en el camino del Señor. Declaran que sus esposas han de someterse en todo a ellos. Pero no era designio de Dios que el
[102] marido ejerciese dominio como jefe de la casa cuando él mismo no se somete a Cristo. Debe estar bajo el gobierno de Cristo para representar la relación de éste con la iglesia. Si es tosco, rudo, turbulento, egotista, duro e intolerante, no diga nunca que el marido es cabeza de la esposa y que ella debe sometérsele en todo; porque él no es el Señor, no es el marido en el verdadero significado del término. ...

Los maridos deben estudiar el modelo y procurar saber lo que significa el símbolo presentado en la epístola a los efesios, la relación que sostiene Cristo con su iglesia. En su familia, el esposo ha de ser como el Salvador. ¿Se destacará él en la noble virilidad que Dios le dió, y procurará siempre elevar a su esposa y a sus hijos? ¿Alentará en derredor suyo una atmósfera pura y dulce? Mientras asevera sus derechos a ejercer la autoridad, ¿no cultivará tan asiduamente el amor de Jesús, para hacer de él un principio permanente que rija su hogar?

Procure cada esposo y padre comprender las palabras de Cristo, no en forma unilateral, espaciándose simplemente en la sujeción de la esposa a su marido, sino considerando a la luz de la cruz del Calvario su propia posición en el círculo de la familia. "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla limpiándola en el lavacro del agua por la palabra." Jesús se dió a sí mismo para morir

en la cruz a fin de poder limpiarnos y guardarnos de todo pecado y contaminación por la influencia del Espíritu Santo.[6]

La tolerancia mutua es necesaria—Debemos tener el Espíritu de Dios, o no podremos tener armonía en el hogar. Si la esposa tiene el espíritu de Cristo, será cuidadosa en lo que respecta a sus palabras; dominará su genio, será sumisa y sin embargo no se considerará esclava, sino compañera de su esposo. Si éste es siervo de Dios, no se enseñoreará de ella; no será arbitrario ni exigente. No podemos estimar en demasía los afectos del hogar; porque si el Espíritu del Señor mora allí, el hogar es un símbolo del cielo. ... Si uno yerra, el [103] otro ejercerá tolerancia cristiana y no se retraerá con frialdad.[7]

Ni el marido ni la mujer deben pensar en ejercer gobierno arbitrario uno sobre otro. No intentéis imponer vuestros deseos uno a otro. No podéis hacer esto y conservar el amor mutuo. Sed bondadosos, pacientes, indulgentes, considerados y corteses. Mediante la gracia de Dios podéis haceros felices el uno al otro, tal como lo prometisteis al casaros.[8]

Cada uno ceda de buen grado—A veces en la vida matrimonial hombres y mujeres obran como niños indisciplinados y perversos. El marido quiere salir con la suya y ella quiere que se haga su voluntad, y ni uno ni otro quiere ceder. Una situación tal no puede sino producir la mayor desdicha. Ambos debieran estar dispuestos a renunciar a su voluntad u opinión. No pueden ser felices mientras ambos persisten en obrar como les agrade.[9]

A menos que hombres y mujeres hayan aprendido de Cristo a ser mansos y humildes, revelarán el espíritu impulsivo e irracional que tan a menudo se ve en los niños. Los fuertes e indisciplinados procurarán gobernar. Los tales necesitan estudiar las palabras de Pablo: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando fuí hombre hecho, dejé lo que era de niño."[10]

Arreglo de dificultades en la familia—Si ambos esposos no sometieron su corazón a Dios es asunto difícil arreglar las dificultades familiares, aun cuando ellos procuren hacerlo con justicia en lo que respecta a sus diversos deberes. ¿Cómo pueden los esposos dividir los intereses de su vida hogareña y seguir manifestándose amante confianza? Debieran tener un interés unido en todo lo que concierne al hogar y si la esposa es cristiana aunará su interés con el

de su esposo como compañero suyo; porque el marido debe ocupar el lugar de jefe de la familia.[11]

[104] **Consejos a familias en discordia**—Su espíritu no es correcto. Cuando Vd. decide algo, no pesa bien el asunto ni considera lo que será el efecto si se aferra a sus opiniones y en forma independiente las entreteje con sus oraciones y su conversación, cuando sabe que su esposa no opina como Vd. En vez de respetar los sentimientos de su esposa y evitar cuidadosamente, como caballero, los temas acerca de los cuales Vds. difieren, ha insistido en espaciarse en los puntos dudosos y en expresar sus opiniones sin consideración para quienes le rodeaban. Le ha parecido que los demás no tenían derecho a no ver las cosas como Vd. El árbol cristiano no produce tales frutos.[12]

Hermano mío, hermana mía, abrid la puerta del corazón para recibir a Jesús. Invitadle a entrar en el templo del alma. Ayudaos mutuamente a vencer los obstáculos que se encuentran en la vida matrimonial de todos. Arrostraréis un fiero combate para vencer a vuestro adversario el diablo, y si queréis que Dios os ayude en la batalla, debéis estar unidos en la decisión de vencer y de mantener los labios sellados para no decir mal alguno, aun cuando hayáis de caer de rodillas y clamar: "Señor, reprime al adversario de mi alma."[13]

Cristo en el corazón dará unidad—Si se cumple la voluntad de Dios, ambos esposos se respetarán mutuamente y cultivarán el amor y la confianza. Cualquier cosa que habría de destruir la paz y la unidad de la familia debe reprimirse con firmeza, y debe fomentarse la bondad y el amor. El que manifieste un espíritu de ternura, tolerancia y cariño notará que se le reciproca con el mismo espíritu. Donde reina el Espíritu de Dios, no se hablará de incompatibilidad en la relación matrimonial. Si de veras se forma en nosotros Cristo, esperanza de gloria, habrá unión y amor en el hogar. El Cristo que more en el corazón de la esposa concordará con el Cristo que habite en el del marido. Se esforzarán juntos por llegar a las mansiones que
[105] Cristo fué a preparar para los que le aman.[14]

[106]

[1] Manuscrito 17, 1891.
[2] Manuscrito 36, 1899.
[3] Joyas de los Testimonios 3:96.
[4] Historia de los Patriarcas y Profetas, 42, 43.
[5] Carta 18, 1891.

[6]Manuscrito 17, 1891.
[7]Carta 18, 1891.
[8]El Ministerio de Curación, 279, 280.
[9]Manuscrito 31, 1911.
[10]Carta 55, 1902.
[11]Manuscrito 31, 1911.
[12]Testimonies for the Church 2:418.
[13]Carta 105, 1893.
[14]The Signs of the Times, 14 de noviembre de 1892.

Capítulo 18—Deberes y privilegios conyugales

Jesús no impuso el celibato—Los que consideran la relación matrimonial como uno de los ritos sagrados de Dios, protegidos por su santo precepto, serán gobernados por los dictados de la razón.[1]

Jesús no impuso el celibato a clase alguna de hombres. No vino para destruir la relación sagrada del matrimonio, sino para exaltarla y devolverle su santidad original. Mira con agrado la relación familiar donde predomina el amor sagrado y abnegado.[2]

El matrimonio es santo y legítimo—En sí el comer y beber no encierra pecado, ni tampoco lo hay en casarse y darse en casamiento. Era lícito casarse en tiempo de Noé, y lo es también ahora, si lo lícito se trata debidamente y no se lleva al exceso pecaminoso. Pero en días de Noé los hombres se casaban sin consultar a Dios ni procurar su dirección y consejo....

El hecho de que todas las relaciones de la vida son de índole transitoria debe ejercer una influencia modificadora sobre todo lo que hacemos y decimos. En tiempos de Noé, lo que hacía pecaminoso el casamiento delante de Dios era el amor desordenado y excesivo por lo que en sí era lícito cuando se hacía el debido uso de ello. Son muchos en esta época del mundo los que pierden su alma al dejarse absorber por los pensamientos referentes al casamiento y a
[107] la relación matrimonial.[3]

La relación matrimonial es santa, pero en esta época degenerada cubre toda clase de vileza. Se abusa de ella y esto ha llegado a ser un crimen que constituye ahora una de las señales de los postreros días, así como los matrimonios, según se realizaban antes del diluvio, eran entonces un crimen.... Cuando se comprendan la naturaleza sagrada y los requisitos del matrimonio, éste resultará aun ahora aprobado por el Cielo; y acarreará felicidad a ambas partes, y Dios será glorificado.[4]

Privilegios de la relación matrimonial—Los que profesan ser cristianos ... deben considerar debidamente el resultado de todo

privilegio[*] de la relación matrimonial, y los principios santificados deben ser la base de toda acción.[5]

En muchos casos, los padres ... han abusado de sus privilegios matrimoniales, y al ceder a sus pasiones animales las han fortalecido.[6]

El deber de evitar los excesos—Llevar a los excesos lo legítimo constituye un grave pecado.[7]

Muchos padres no obtienen el conocimiento que debieran tener en la vida matrimonial. No se cuidan de manera que Satanás no les saque ventaja ni domine su mente y su vida. No ven que Dios requiere de ellos que se guarden de todo exceso en su vida matrimonial. Pero muy pocos consideran que es un deber religioso gobernar sus pasiones. Se han unido en matrimonio con el objeto de su elección, y por lo tanto, razonan que el matrimonio santifica la satisfacción de las pasiones más bajas. Aun hombres y mujeres que profesan piedad, dan rienda suelta a sus pasiones concupiscentes, y no piensan que Dios los tiene por responsables del desgaste de la energía vital que debilita su resistencia y enerva todo el organismo.[8] [108]

La consigna sea: Abnegación y templanza—¡Ojalá que pudiese hacer comprender a todos su obligación hacia Dios en cuanto a conservar en la mejor condición el organismo mental y físico, para prestar servicio perfecto a su Hacedor! Evite la esposa cristiana, tanto por sus palabras como por sus actos, excitar las pasiones animales de su esposo. Muchos no tienen fuerza que malgastar en este sentido. Desde su juventud han estado debilitando el cerebro y minando su constitución por la satisfacción de las pasiones animales. La abnegación y la temperancia debieran ser la consigna en su vida matrimonial.[9]

Tenemos solemnes obligaciones para con Dios en cuanto a conservar puro el espíritu y sano el cuerpo, para beneficiar a la humanidad y rendir a Dios un servicio perfecto. El apóstol nos advierte: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis en sus concupiscencias." Nos insta a ir adelante diciéndonos que "todo aquel que lucha, de todo se abstiene." Exhorta a todos los que se llaman cristianos a que presenten sus "cuerpos en sacrificio

[*]Nota: En otra ocasión la Sra. White habla del "carácter privado y de los privilegios de la relación familiar." Testimonies for the Church 2:90.—Los compiladores.

vivo, santo, agradable a Dios." Dice: "Hiero mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado."[10]

No es amor puro el que impulsa a un hombre a hacer de su esposa un instrumento que satisfaga su concupiscencia. Es expresión de las pasiones animales que claman por ser satisfechas. ¡Cuán pocos hombres manifiestan su amor de la manera especificada por el apóstol: "Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella [no para contaminarla, sino] para santificarla y limpiarla," para "que fuese santa y sin mancha"! Esta es la calidad del amor que en las relaciones matrimoniales Dios reconoce como santo. El amor es un principio puro y sagrado; pero la pasión concupiscente no admite restricción, no quiere que la razón le dicte órdenes ni la controle. No vislumbra las consecuencias; no quiere razonar de la
[109] causa al efecto.[11]

Por qué procura Satanás debilitar nuestro dominio propio—Satanás procura rebajar la norma de pureza y debilitar el dominio propio de los que contraen matrimonio, porque sabe que mientras las pasiones más bajas se intensifican las facultades morales se debilitan, y no necesita él preocuparse por el crecimiento espiritual de ellos. Sabe también que de ningún otro modo puede él estampar su propia imagen odiosa en la posteridad de ellos, y que le resulta así aun más fácil amoldar el carácter de los hijos que el de los padres.[12]

Resultados de los excesos—Hombres y mujeres, aprenderéis algún día lo que es la concupiscencia y el resultado de satisfacerla. Puede hallarse en las relaciones matrimoniales una pasión de clase tan baja como fuera de ellas.[13]

¿Cuál es el resultado de dar rienda suelta a las pasiones inferiores? ... La cámara, donde debieran presidir ángeles de Dios, es mancillada por prácticas pecaminosas. Y porque impera una vergonzosa animalidad, los cuerpos se corrompen; las prácticas repugnantes provocan enfermedades repugnantes. Se hace una maldición de lo que Dios dió como bendición.[14]

Los excesos sexuales destruirán ciertamente el amor por los ejercicios devocionales, privarán al cerebro de la substancia necesaria para nutrir el organismo y agotarán efectivamente la vitalidad. Ninguna mujer debe ayudar a su esposo en esta obra de destrucción propia. No lo hará si ha sido iluminada al respecto y ama la verdad.

Cuanto más se satisfacen las pasiones animales, tanto más fuertes se vuelven y violentos serán los deseos de complacerlas. Comprendan su deber los hombres y mujeres que temen a Dios. Muchos cristianos profesos sufren de parálisis de los nervios y del cerebro debido a su intemperancia en este sentido.[15]

Los esposos han de ser considerados—Los maridos deben ser cuidadosos, atentos, constantes, fieles y compasivos. Deben manifestar amor y simpatía. Si cumplen las palabras de Cristo, su amor no [110] será del carácter bajo, terrenal ni sensual que los llevaría a destruir su propio cuerpo y a acarrear debilidad y enfermedad a sus esposas. No se entregarán a la complacencia de las pasiones bajas mientras repitan constantemente a sus esposas que deben estarles sujetas en todo. Cuando el marido tenga la nobleza de carácter, la pureza de corazón y la elevación mental que debe poseer todo cristiano verdadero, lo manifestará en la relación matrimonial. Si tiene el sentir de Cristo, no será destructor del cuerpo, sino que estará henchido de amor tierno y procurará alcanzar al más alto ideal en Cristo.[16]

Cuando se empieza a dudar—Ningún hombre puede amar de veras a su esposa cuando ella se somete pacientemente a ser su esclava para satisfacer sus pasiones depravadas. En su sumisión pasiva, ella pierde el valor que una vez él le atribuyó. La ve envilecida y rebajada, y pronto sospecha que se sometería con igual humildad a ser degradada por otro que no sea él mismo. Duda de su constancia y pureza, se cansa de ella y busca nuevos objetos que despierten e intensifiquen sus pasiones infernales. No tiene consideración con la ley de Dios. Estos hombres son peores que los brutos; son demonios con forma humana. No conocen los principios elevadores y ennoblecedores del amor verdadero y santificado. La esposa también llega a sentir celos del esposo, y sospecha que, si tuviese oportunidad, dirigiría sus atenciones a otra persona con tanta facilidad como a ella. Ella ve que no se rige por la conciencia ni el temor de Dios; todas estas barreras santificadas son derribadas por las pasiones concupiscentes; todas las cualidades del esposo que le asemejarían a Dios son sujetas a la concupiscencia brutal y vil.[17]

Las exigencias irrazonables—La cuestión que se ha de decidir es ésta: ¿Debe la esposa sentirse obligada a ceder implícitamente a las exigencias del esposo, cuando ve que sólo las pasiones bajas lo dominan y cuando su propio juicio y razón la convencen de que al [111]

hacerlo perjudica su propio cuerpo, que Dios le ha ordenado poseer en santificación y honra y conservar como sacrificio vivo para Dios?

No es un amor puro y santo lo que induce a la esposa a satisfacer las propensiones animales de su esposo, a costa de su salud y de su vida. Si ella posee verdadero amor y sabiduría, procurará distraer su mente de la satisfacción de las pasiones concupiscentes hacia temas elevados y espirituales, espaciándose en asuntos espirituales interesantes. Tal vez sea necesario instarlo con humildad y afecto aun a riesgo de desagradarle, y hacerle comprender que no puede ella degradar su cuerpo cediendo a los excesos sexuales. Ella debe, con ternura y bondad, recordarle que Dios tiene los primeros y más altos derechos sobre todo su ser y que no puede despreciar esos derechos, porque tendrá que dar cuenta de ellos en el gran día de Dios....

Si ella elevara sus afectos, y en santificación y honra conservara su dignidad femenina refinada, podría la mujer hacer mucho para santificar a su esposo por medio de su influencia juiciosa y así cumplir su alta misión. Con ello puede salvarse a sí misma y a su esposo, y cumplir así una doble obra. En este asunto tan delicado y difícil de tratar, se necesita mucha sabiduría y paciencia, como también valor moral y fortaleza. Puede hallarse fuerza y gracia en la oración. El amor sincero ha de ser el principio que rija el corazón. El amor hacia Dios y hacia el esposo deben ser los únicos motivos que rijan la conducta....

Cuando la esposa entrega su cuerpo y su mente al dominio de su esposo, y se somete pasiva y totalmente a su voluntad en todo, sacrificando su conciencia, su dignidad y aun su identidad, pierde la oportunidad de ejercer la poderosa y benéfica influencia que debiera poseer para elevar a su esposo. Podría suavizar su carácter severo, y podría ejercer su influencia santificadora de tal modo que lo refinase
[112] y purificase, induciéndole a luchar fervorosamente para gobernar sus pasiones, a ser más espiritual, a fin de que puedan participar juntos de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que impera en el mundo por la concupiscencia.

El poder de la influencia puede ser grande para inspirar a la mente temas elevados y nobles, por encima de las complacencias bajas y sensuales que procura por naturaleza el corazón que no ha sido regenerado por la gracia. Si la esposa considera que, a fin

de agradar a su esposo debe rebajar sus normas, cuando la pasión animal es la base principal del amor de él y controla sus acciones, desagrada a Dios, porque deja de ejercer una influencia santificadora sobre su esposo. Si le parece que debe someterse a sus pasiones animales sin una palabra de protesta, no comprende su deber con él ni con Dios.[18]

Nuestro cuerpo es posesión adquirida—Las pasiones inferiores tienen su sede en el cuerpo y obran por su medio. Las palabras "carne," "carnal," o "concupiscencias carnales" abarcan la naturaleza inferior y corrupta; por sí misma la carne no puede obrar contra la voluntad de Dios. Se nos ordena que crucifiquemos la carne, con los afectos y las concupiscencias. ¿Cómo lo haremos? ¿Infligiremos dolor al cuerpo? No, pero daremos muerte a la tentación a pecar. Debe expulsarse el pensamiento corrompido. Todo intento debe someterse al cautiverio de Jesucristo. Todas las propensiones animales deben sujetarse a las facultades superiores del alma. El amor de Dios debe reinar supremo; Cristo debe ocupar un trono indiviso. Nuestros cuerpos deben ser considerados como su posesión adquirida. Los miembros del cuerpo han de llegar a ser los instrumentos de la justicia.[19] [113]

[114]

[1] A Solemn Appeal, 139.
[2] Manuscrito 126, 1903.
[3] The Review and Herald, 25 de septiembre de 1888.
[4] Testimonies for the Church 2:252.
[5] Testimonies for the Church 2:380.
[6] Testimonies for the Church 2:391.
[7] Joyas de los Testimonios 1:575.
[8] Joyas de los Testimonios 1:264, 265.
[9] Joyas de los Testimonios 1:269.
[10] Testimonies for the Church 2:381.
[11] Joyas de los Testimonios 1:265.
[12] Christian Temperance and Bible Hygiene, 130.
[13] Joyas de los Testimonios 1:265.
[14] Manuscrito 1, 1888.
[15] Joyas de los Testimonios 1:269.
[16] Manuscrito 17, 1891.
[17] Joyas de los Testimonios 1:266, 267.
[18] Joyas de los Testimonios 1:267-269.
[19] Manuscrito 1, 1888.

Sección 6—El nuevo hogar

Capítulo 19—Donde se establecerá el nuevo hogar

Principios que rigen la elección del sitio—Al elegir un sitio para vivir, Dios quiere que consideremos ante todo las influencias morales y religiosas que nos rodearán a nosotros y a nuestras familias.[1]

Deberíamos escoger la sociedad más favorable a nuestro progreso espiritual, y sacar provecho de toda ayuda que esté a nuestro alcance, pues Satanás pondrá muchos obstáculos a nuestro progreso hacia el cielo para hacerlo lo más difícil posible. Quizá nos hallemos en situaciones molestas, pues muchos no pueden estar en el ambiente que quisieran, pero no debemos exponernos voluntariamente a influencias desfavorables para la formación del carácter cristiano. Cuando el deber nos llama a hacer esto, deberíamos orar y velar doblemente para que, por la gracia de Cristo, nos mantengamos incorruptos.[2]

El Evangelio ... nos enseña a estimar las cosas en su verdadero valor, y a dedicar nuestro mayor esfuerzo a las cosas de mayor mérito, que son las que han de durar. Necesitan esta lección aquellos sobre quienes recae la responsabilidad de elegir morada. No deberían dejarse apartar del fin superior....

Sea éste el propósito que dirija la elección del punto en que se piensa fundar el hogar. No hay que dejarse llevar por el deseo de
[115] riquezas, ni por las exigencias de la moda, ni por las costumbres de la sociedad. Téngase antes presente lo que más favorezca la sencillez, la pureza, la salud y el verdadero mérito....

En vez de vivir donde sólo pueden verse las obras de los hombres y donde lo que se ve y se oye sugiere a menudo malos pensamientos, donde el alboroto y la confusión producen cansancio e inquietud, id a vivir donde podáis contemplar las obras de Dios. Hallad la paz del espíritu en la belleza, quietud y solaz de la naturaleza. Descanse vuestra vista en los campos verdes, las arboledas y los collados. Mirad hacia arriba, al firmamento azul que el polvo y el humo de las ciudades no obscurecieron, y respirad el aire vigorizador del cielo.[3]

El primer hogar fué un modelo—El hogar de nuestros primeros padres había de ser un modelo para cuando sus hijos saliesen a ocupar la tierra. Ese hogar, embellecido por la misma mano de Dios, no era un suntuoso palacio. Los hombres, en su orgullo, se deleitan en tener magníficos y costosos edificios y se enorgullecen de las obras de sus propias manos; pero Dios puso a Adán en un huerto. Esta fué su morada. Los azulados cielos le servían de techo; la tierra, con sus delicadas flores y su alfombra de animado verdor, era su piso; y las ramas frondosas de los hermosos árboles le servían de dosel. Sus paredes estaban engalanadas con los adornos más esplendorosos, que eran obra de la mano del sumo Artista.

En el medio en que vivía la santa pareja, había una lección para todos los tiempos; a saber, que la verdadera felicidad se encuentra, no en dar rienda suelta al orgullo y al lujo, sino en la comunión con Dios por medio de sus obras creadas. Si los hombres pusiesen menos atención en lo superficial y cultivasen más la sencillez, cumplirían con mayor plenitud los designios que tuvo Dios al crearlos. El orgullo y la ambición jamás se satisfacen, pero aquellos que realmente son inteligentes encontrarán placer verdadero y elevado en [116] las fuentes de gozo que Dios ha puesto al alcance de todos.[4]

Dios eligió un hogar terrenal para su Hijo—Jesús vino a esta tierra para realizar la obra más importante que haya sido jamás efectuada entre los hombres. Vino como embajador de Dios para enseñarnos cómo vivir para obtener los mejores resultados de la vida. ¿Cuáles fueron las condiciones escogidas por el Padre infinito para su Hijo? Un hogar apartado en los collados de Galilea; una familia mantenida por el trabajo honrado y digno; una vida sencilla; la lucha diaria con las dificultades y penurias; la abnegación, la economía y el servicio paciente y alegre; las horas de estudio junto a su madre, con el rollo abierto de las Escrituras; la tranquilidad de la aurora o del crepúsculo en el verdeante valle; las santas actividades de la naturaleza; el estudio de la creación y la providencia, así como la comunión del alma con Dios: tales fueron las condiciones y las oportunidades que hubo en los primeros años de la vida de Jesús.[5]

Hogares rurales en la tierra prometida—En la tierra prometida, la disciplina que había principiado en el desierto continuó en circunstancias favorables a la formación de buenos hábitos. El pueblo no vivía apiñado en ciudades, sino que cada familia poseía su

parcela de tierra y esto aseguraba a todos las vivificantes bendiciones de una vida pura y conforme a la naturaleza.[6]

Efecto del ambiente en el carácter de Juan—Juan el Bautista, el precursor de Cristo, recibió de sus padres su primera preparación. Pasó la mayor parte de su vida en el desierto.... Prefirió Juan dejar de lado los goces y lujos de la vida en la ciudad para someterse a la severa disciplina del desierto. Allí el ambiente era favorable para los hábitos de sencillez y abnegación. Allí, sin que le interrumpiera el clamor del mundo, podía estudiar las lecciones de la naturaleza,
[117] de la revelación y de la providencia.... Desde la infancia se le había recordado su misión, y él había aceptado el cometido santo. La soledad del desierto le proporcionaba una grata oportunidad de escapar de una sociedad en que las sospechas, la incredulidad y la impureza lo dominaban casi todo. Desconfiaba de su propia fuerza para resistir la tentación y rehuía el contacto constante con el pecado, no fuese que hubiese de perder el sentido de su excesiva pecaminosidad.[7]

Otros notables criados en el campo—Tal fué el caso también para la gran mayoría de los hombres mejores y más nobles de todas las edades. Leed la historia de Abrahán, de Jacob y de José, de Moisés, de David y de Eliseo. Estudiad la vida de los hombres que en tiempos posteriores desempeñaron cargos de confianza y responsabilidad, de los hombres cuya influencia fué de las más eficaces para la regeneración del mundo.

¡Cuántos de estos hombres se criaron en humildes hogares del campo! Poco supieron de lujos. No malgastaron su juventud en diversiones. Muchos de ellos tuvieron que luchar con la pobreza y las dificultades. Muy jóvenes aún aprendieron a trabajar, y su vida activa al aire libre dió vigor y elasticidad a todas sus facultades. Obligados a depender de sus propios recursos, aprendieron a luchar con las dificultades y a vencer los obstáculos, con lo que adquirieron valor y perseverancia. Aprendieron a tener confianza en sí mismos y dominio propio. Apartados en gran medida de las malas compañías, se contentaban con placeres naturales y buenas compañías. Sus gustos eran sencillos, y templados sus hábitos. Se dejaban dirigir por principios, y crecían puros, fuertes y veraces. Al ser llamados a efectuar la obra principal de su vida, pusieron en juego vigor físico y mental, buen ánimo, capacidad para idear y ejecutar planes, firmeza

para resistir al mal, y todo esto hizo de ellos verdaderas potencias para el bien en el mundo.[8] [118]

[119]

[1] Historia de los Patriarcas y Profetas, 166.
[2] Mensajes para los Jóvenes, 417.
[3] El Ministerio de Curación, 281-284.
[4] Historia de los Patriarcas y Profetas, 31.
[5] El Ministerio de Curación, 282, 283.
[6] El Ministerio de Curación, 213, 214.
[7] Testimonies for the Church 8:221.
[8] El Ministerio de Curación, 283, 284.

Capítulo 20—La familia y la ciudad

Riesgos de la vida en la ciudad—La vida en las ciudades es falsa y artificial. La intensa pasión por el dinero, el torbellino y el afán de los placeres, la fiebre de la ostentación, el lujo y la prodigalidad son otras tantas fuerzas que impiden a la mayoría de la humanidad que cumpla el verdadero fin de la vida. Abren la puerta a una infinidad de males y ejercen sobre la juventud un poder casi irresistible. Una de las tentaciones más sutiles y peligrosas que asaltan a los niños y a los jóvenes en las ciudades es el afán de placeres. Muchos son los días de fiesta; los juegos y las carreras de caballos arrastran a miles, y el torbellino de las excitaciones y del placer los distraen de los austeros deberes de la vida. El dinero que debiera ahorrarse para mejores fines se desperdicia en diversiones.[1]

En lo referente a la salud—El ambiente físico de las ciudades es muchas veces un peligro para la salud. La exposición constante al contagio, el aire viciado, el agua impura, el alimento adulterado, las viviendas obscuras, malsanas y atestadas de seres humanos, son algunos de los muchos males con que se tropieza a cada paso.

No era el propósito de Dios que los hombres vivieran hacinados en las ciudades, confinados promiscuamente en estrechos alojamientos. Al principio Dios puso a nuestros primeros padres entre las bellezas naturales en medio de las cuales quisiera que nos deleitásemos hoy. Cuanto mejor armonicemos con el plan original de Dios,
[120] más fácil nos será asegurar la salud del cuerpo, de la mente y del alma.[2]

Fomentan la iniquidad—Las ciudades rebosan de tentaciones. Debemos planear nuestra obra de tal manera que mantengamos a nuestros jóvenes tan alejados como se pueda de esa contaminación.[3]

Los niños y los jóvenes deben ser protegidos cuidadosamente. Se los debe mantener alejados de los semilleros de iniquidad que se hallan en las ciudades.[4]

Agitación y confusión—No es la voluntad de Dios que su pueblo se establezca en las ciudades, donde todo es agitación y con-

fusión constantes. En favor de sus hijos, deben evitar esto, pues el apresuramiento y el ruido desmoralizan todo el organismo.[5]

Dificultades obreras—Debido a la actuación de compañías monopolizadoras y a los resultados de las confederaciones obreras y las huelgas, las condiciones de la vida en las ciudades se hacen cada vez más difíciles. Graves disturbios nos aguardan, y muchas familias se verán en la necesidad de abandonar la ciudad.[6]

La destrucción inminente—Se acerca el tiempo cuando grandes ciudades serán arrasadas, y a todos se debe dar advertencia acerca de esos juicios venideros.[7]

¡Ojalá que el pueblo de Dios tuviese un sentido de la destrucción que amenaza a miles de ciudades ahora casi entregadas a la idolatría![8]

Por amor a las ganancias terrenales—Es frecuente que los padres no sean cuidadosos en cuanto a rodear a sus hijos con las influencias correctas. Al elegir casa, piensan más en sus intereses mundanales que en la atmósfera moral y social, y los hijos traban relaciones desfavorables para el desarrollo de la piedad y la formación de un carácter íntegro....

Padres que denunciáis a los cananeos porque ofrecían sus hijos a Moloc, ¿qué estáis haciendo vosotros? Ofrecéis un costosísimo sacrificio a vuestro dios Mammón; y luego, cuando vuestros hijos [121] se crían sin recibir amor y con un carácter desapacible, cuando manifiestan impiedad decidida y tendencia a la incredulidad, culpáis a la fe que profesáis porque no puede salvarlos. Cosecháis lo que sembrasteis, el resultado de vuestro egoísta amor al mundo y de vuestra negligencia con respecto a los medios de gracia. Mudasteis vuestras familias a lugares de tentación; y no considerasteis esencial el arca de Dios, vuestra gloria y defensa; y el Señor no realizó un milagro para librar a vuestros hijos de la tentación.[9]

Las ciudades no ofrecen beneficios reales—Ni una familia en cien se beneficiará física, mental o espiritualmente por residir en la ciudad. La fe, la esperanza, el amor y la felicidad se adquieren con facilidad mucho mayor en los lugares retraídos, donde hay campos, colinas y árboles. Alejad a vuestros hijos de los espectáculos y ruidos de la ciudad, del traqueteo y bullicio de los tranvías y otros vehículos, y tendrán mentes más sanas. Resultará más fácil grabar en su corazón la verdad de la Palabra de Dios.[10]

Consejos acerca de mudarse del campo a la ciudad—Muchos padres mudan sus hogares del campo a la ciudad, porque consideran ésta como un lugar más deseable o provechoso. Pero al hacer este cambio, exponen a sus hijos a muchas y grandes tentaciones. Los muchachos no tienen ocupación, obtienen una educación callejera y pasan de una etapa de depravación a otra, hasta que pierden todo interés en cuanto es bueno, puro y santo. ¡Cuánto mejor habría sido que los padres hubieran permanecido con sus familias en el campo, donde reinan las influencias más favorables para la fortaleza física y mental! Enséñese a los jóvenes a trabajar en el cultivo del suelo, y déjeselos dormir el dulce sueño inducido por el cansancio y la inocencia.

Por la negligencia de los padres, los jóvenes de nuestras ciudades están corrompiendo sus caminos y contaminando sus almas delante
[122] de Dios. Tal será siempre el fruto de la ociosidad. Los asilos de pobres, las cárceles y los patíbulos pregonan la triste historia de los deberes descuidados por los padres.[11]

Mejor es sacrificar cualesquiera consideraciones mundanales, o aun todas ellas, antes de poner en peligro las almas preciosas confiadas a vuestro cuidado. Serán asaltadas por tentaciones, y se les debe enseñar a arrostrarlas; pero es vuestro deber suprimir toda influencia, romper todo hábito, cortar todo vínculo que os impidan realizar la entrega más libre, abierta y cordial de vosotros mismos y vuestras familias a Dios.

En vez de la ciudad atestada, buscad algún lugar retraído, donde vuestros hijos estarán, hasta donde se pueda, protegidos de la tentación, y allí educadlos para ser útiles. El profeta Ezequiel enumera así las causas que condujeron al pecado y la destrucción de Sodoma: "Soberbia, hartura de pan, y abundancia de ociosidad tuvo ella y sus hijas; y no corroboró la mano del afligido y del menesteroso". Ezequiel 16:49. Todos los que quieran escapar a la suerte de Sodoma, deben rehuir la conducta que trajo los juicios de Dios sobre aquella ciudad perversa.[12]

Cuando Lot se estableció en Sodoma, estaba completamente decidido a abstenerse de la impiedad y a "mandar a su casa después de sí" que obedeciera a Dios. Pero fracasó rotundamente. Las corruptoras influencias que le rodeaban afectaron su propia fe, y la unión de sus hijas con los habitantes de Sodoma vinculó hasta cierto

punto sus intereses con el de ellos. El resultado está ante nosotros. Muchos continúan cometiendo un error semejante.[13]

Dedicad estudio a elegir domicilio y establecer vuestros hogares tan lejos como podáis de Sodoma y Gomorra. Manteneos alejados de las ciudades grandes. Si es posible, estableced vuestros hogares en el tranquilo retiro del campo, aun cuando al hacerlo no podáis enriqueceros. Estableceos donde impere la mejor influencia.[14] [123]

El Señor me ha instruído para que advierta a nuestro pueblo que no vaya a las ciudades para hallar hogares para sus familias. Se me ha indicado que diga a los padres y a las madres: No dejéis de mantener a vuestros hijos dentro de vuestras propias dependencias.[15]

Es tiempo de salir de las ciudades—Mi mensaje es: Sacad a vuestras familias de las ciudades.[16]

Ha llegado el tiempo en que, a medida que Dios abra el camino, las familias deben salir de las ciudades. Los niños deben ser llevados al campo. Los padres deben obtener un lugar tan adecuado como se lo permitan sus recursos. Aunque la vivienda sea pequeña, debe haber junto a ella tierra que se pueda cultivar.[17]

Antes que el azote venga como avenida de aguas sobre los habitantes de la tierra, el Señor exhorta a todos los que son israelitas de verdad a prepararse para aquel suceso. A los padres hace llegar este grito de alarma: Juntad a vuestros hijos en vuestros hogares; separadlos de aquellos que desprecian los mandamientos de Dios, que enseñan y practican lo malo. Salid de las grandes ciudades tan pronto como os sea posible.[18]

Dios ayudará a su pueblo—Los padres pueden obtener casitas en el campo, con tierra de cultivo, donde puedan tener huertos y donde puedan cosechar verduras y frutas menudas para reemplazar la carne, que tanto corrompe la sangre que corre por las venas. En tales lugares, los niños no estarán rodeados por las influencias corruptoras de la vida en la ciudad. Dios ayudará a su pueblo a encontrar tales hogares fuera de las ciudades.[19] [124]

[125]

[1] El Ministerio de Curación, 281, 282.
[2] El Ministerio de Curación, 282.
[3] Country Living, 30.
[4] Country Living, 12.
[5] Country Living, 30.
[6] El Ministerio de Curación, 282.

[7]El Evangelismo, 29.
[8]The Review and Herald, 10 de septiembre de 1903.
[9]Testimonies for the Church 5:320.
[10]Country Living, 13.
[11]The Review and Herald, 13 de septiembre de 1881.
[12]Joyas de los Testimonios 2:74.
[13]Historia de los Patriarcas y Profetas, 165.
[14]Manuscrito 57, 1897.
[15]Country Living, 12, 13.
[16]Country Living, 30.
[17]Country Living, 24.
[18]Joyas de los Testimonios 2:454.
[19]Medical Ministry, 310.

Capítulo 21—Ventajas del campo

Con una parcela y una casa cómoda—Siempre que se pueda, es deber de los padres establecer su hogar en el campo para beneficiar a sus hijos.[1]

Los padres y las madres que poseen un pedazo de tierra y un hogar cómodo son reyes y reinas.[2]

No consideréis como una privación el ser llamados a dejar las ciudades y mudaros a localidades del campo. Ricas bendiciones aguardan allí a quienes quieran aprovecharlas.[3]

Contribuye a la seguridad económica—Vez tras vez el Señor ha dado instrucciones en el sentido de que nuestro pueblo debe mudar sus familias de las ciudades al campo, donde puedan cosechar sus propias provisiones; porque en el futuro se agravará mucho el problema de comprar y vender. Debemos comenzar ahora a escuchar las instrucciones que se nos ha dado una y otra vez: Salid de las ciudades a los distritos rurales, donde las casas no están cerca la una de la otra, y donde estaréis libres de la intervención de los enemigos.[4] (En *Country Living* (La vida en el campo), pueden leerse consejos más detallados acerca de este asunto.)

Consejos a quienes moran en ciudades—Sería bueno que pusierais a un lado vuestras preocupaciones y perplejidades para buscar retiro en el campo, donde no impera tanto la influencia que corrompe la moral de los jóvenes. Es verdad que en el campo no estaríais completamente libres de molestias y congojas; pero evitaríais muchos males y cerraríais la puerta a un alud de tentaciones que amenaza dominar la mente de vuestros hijos. Estos necesitan ocupación y [126] variedad. La monotonía de su hogar los vuelve inquietos y agitados, y han caído en la costumbre de frecuentar a los jóvenes viciosos de la ciudad, con los que obtienen una educación callejera....

Viviendo en el campo se beneficiarían; una vida activa al aire libre desarrollaría su salud, tanto física como mental. Debieran tener un jardín que cultivar, donde pudieran hallar diversión y ocupación útil. El cuidado de plantas y flores tiende a perfeccionar el gusto y

el juicio, mientras que el familiarizarse con las útiles y hermosas creaciones de Dios ejerce una influencia que refina y ennoblece la mente al referirla al Hacedor y Señor de todo.[5]

Ricas bendiciones aseguradas en el campo—La tierra oculta bendiciones en sus profundidades para los que tienen el valor, la voluntad y la perseverancia para recoger sus tesoros.... Muchos agricultores no han obtenido utilidades proporcionadas de sus tierras debido a que emprendieron este trabajo como si fuese una ocupación degradante; no ven que hay en él una bendición para sí mismos y para sus familias.[6]

Trabajo que despierta la mente y refina el carácter—Al cultivar la tierra, el trabajador reflexivo descubrirá que se abren ante él tesoros jamás soñados. Nadie puede tener éxito en los trabajos agrícolas si no presta atención a las leyes que entrañan. Es necesario estudiar las necesidades especiales de cada variedad de plantas. Las diversas variedades requieren terreno y cultivo diferentes, y la condición del éxito es la obediencia a las leyes que rigen a cada una. La atención requerida al transplantar, para que no se cambie de lugar ni amontonen siquiera las raíces más finas, el cuidado de las plantas tiernas, la poda y el riego; la protección contra la helada de la noche y el sol durante el día, el cuidado de mantener alejadas las malas hierbas, las enfermedades y las plagas de insectos, el arreglo de las plantas, no sólo enseñan lecciones importantes en cuanto al
[127] desarrollo del carácter, sino que el trabajo mismo es un medio de desarrollo. Al desarrollar el cuidado, la paciencia, la atención a los detalles, la obediencia a la ley, se obtiene una educación esencial. El contacto constante con el misterio de la vida y el encanto de la naturaleza, así como la ternura necesaria para cuidar esos hermosos objetos de la creación de Dios, tienden a vivificar la mente, y refinar y elevar el carácter.[7]

Dios nos enseñará e instruirá—El que enseñó a Adán y Eva en el Edén a cuidar el huerto, enseñará a los hombres hoy día. Hay sabiduría al alcance de aquel que maneja el arado y siembra la simiente. La tierra tiene sus tesoros escondidos y el Señor quisiera que trabajasen el suelo millares de los que se aglomeran en las ciudades en espera de una oportunidad para ganarse una bagatela.... Los que lleven a sus familias al campo las colocarán con ello lejos de tentaciones. Los niños cuyos padres aman y temen a Dios, están

en cualquier forma ventajosamente situados para aprender del gran Maestro, origen y fuente de la sabiduría. Tienen una oportunidad muy favorable para obtener la idoneidad necesaria para el reino de los cielos.[8]

El plan de Dios para Israel—Por su desobediencia a Dios, Adán y Eva habían perdido el Edén, y debido a su pecado toda la tierra quedó maldita. Pero si el pueblo de Dios seguía su instrucción, su tierra había de ser restaurada a la fertilidad y la belleza. Dios mismo les dió instrucciones en cuanto a la forma de cultivar el suelo, y ellos habían de cooperar con él en su restauración. De modo que toda la tierra, bajo el dominio de Dios, llegaría a ser una lección objetiva de verdad espiritual. Así como en obediencia a las leyes naturales de Dios, la tierra había de producir sus tesoros, así en obediencia a sus leyes morales el corazón de la gente había de reflejar los atributos del carácter de Dios.[9]

Lecciones espirituales en la vida diaria—Dios nos ha rodeado del hermoso escenario de la naturaleza para atraer e interesar la [128] mente. Es su propósito que asociemos las glorias de la naturaleza con su carácter. Si estudiamos fielmente el libro de la naturaleza hallaremos que es una fuente fructífera para la contemplación del amor infinito y el poder de Dios.[10]

Cristo ha vinculado su enseñanza, no sólo con el día de descanso, sino con la semana de trabajo.... En la arada y en la siembra, el cultivo y la cosecha, nos enseña a ver una ilustración de su obra de gracia en el corazón. Así, en cada ramo de trabajo útil y en toda asociación de la vida, él desea que encontremos una lección de verdad divina. Entonces nuestro trabajo diario no absorberá más nuestra atención ni nos inducirá a olvidar a Dios; nos recordará continuamente a nuestro Creador y Redentor. El pensamiento de Dios correrá cual un hilo de oro a través de todas nuestras preocupaciones del hogar y nuestras labores. Para nosotros la gloria de su rostro descansará nuevamente sobre la faz de la naturaleza. Estaremos aprendiendo de continuo nuevas lecciones de verdades celestiales, y creciendo a la imagen de su pureza.[11]

Leyes idénticas rigen la naturaleza y la humanidad—El gran Maestro puso a sus oyentes en contacto con la naturaleza, para que oyesen la voz que habla en todas las cosas creadas, y a medida que sus corazones se hacían más sensibles y sus mentes más receptivas,

les ayudaba a interpretar la enseñanza espiritual de las escenas que contemplaban sus ojos.... En sus lecciones había algo para interesar a cada mente, e impresionar cada corazón. De ese modo la tarea diaria, en vez de ser una mera rutina de trabajo, exenta de pensamientos elevados, era animada por recuerdos constantes de lo espiritual y lo invisible.

Del mismo modo deberíamos enseñar nosotros. Aprendan los niños a ver en la naturaleza una expresión del amor y de la sabiduría de Dios; líguese el concepto de él al ave, la flor y el árbol; lleguen
[129] todas las cosas visibles a ser para ellos intérpretes de lo invisible y todos los sucesos de la vida, medios de enseñanza divina.

Al mismo tiempo que aprenden así a estudiar lecciones que enseñan todas las cosas creadas y todas las circunstancias de la vida, muéstrese que las mismas leyes que rigen las cosas de la naturaleza y los sucesos de la vida, deben regirnos a nosotros; que son promulgadas para nuestro bien; y que únicamente obedeciéndolas podemos hallar felicidad y éxito verdaderos.[12]

Lecciones prácticas de agricultura—De las lecciones casi innumerables enseñadas por los diversos procesos del crecimiento, algunas de las más preciosas son transmitidas por medio de la parábola de la semilla, dada por el Salvador. Sus lecciones convienen a jóvenes y viejos....

La germinación de la semilla representa el comienzo de la vida espiritual, y el desarrollo de la planta es una figura del desarrollo del carácter.... Cuando los padres y maestros tratan de enseñar estas lecciones, deberían hacer un trabajo práctico. Preparen los niños el terreno y siembren la semilla. Mientras trabajan así el terreno, el padre o maestro puede compararlo con el jardín del corazón y la semilla buena o mala echada en él, y explicar que, así como es necesario preparar el jardín para sembrar la semilla natural, es necesario preparar el corazón para sembrar la semilla de verdad.... Nadie se establece en un pedazo de tierra inculta con la esperanza de que dé inmediatamente una cosecha. Se debe hacer una labor diligente, perseverante, en la preparación del suelo, la siembra de la semilla y el cultivo de las mieses. Igual debe ser el proceder en la siembra espiritual.[13]

Los malos hábitos son como malezas—Si ello es posible, el hogar debiera estar situado fuera de la ciudad, donde los niños pue-

dan tener terreno para cultivar. Asígnese a cada uno de ellos un pedazo de tierra; y mientras se les enseña a hacer un jardín, a preparar el suelo para la semilla y la importancia de mantenerlo libre de [130]
malas hierbas, incúlqueseles también cuán importante es mantener la vida libre de prácticas desdorosas y perjudiciales. Enséñeseles a dominar los malos hábitos como desarraigan la maleza en sus jardines. Se necesitará tiempo para impartirles estas lecciones, pero reportarán grandes recompensas.[14]

Reflejen nuestros hogares lo que creemos—Los padres tienen para con Dios la obligación de hacer de sus alrededores algo que corresponda a la verdad que profesan creer. Pueden dar lecciones correctas a sus hijos, y éstos aprenderán a relacionar el hogar terrenal con el celestial. Hasta donde ello sea posible, la familia debe ser aquí un modelo de la celestial. Entonces las tentaciones a participar de lo que sea bajo y rastrero perderán mucha de su fuerza. Se debe enseñar a los niños que están aquí tan sólo como quienes son probados, y debe educárselos para que lleguen a habitar las mansiones que Cristo está preparando para quienes le aman y guardan sus mandamientos. Tal es el deber más elevado que hayan de cumplir los padres.[15]

Padres: Estableced hogares en el campo—Mientras Dios me dé fuerza para hablar a nuestro pueblo, continuaré invitando a los padres a abandonar las ciudades y establecer sus hogares en el campo, donde puedan cultivar el suelo y aprender del libro de la naturaleza las lecciones de pureza y sencillez. Las cosas de la naturaleza son los ministros silenciosos de Dios, que él nos dió para que nos enseñen verdades espirituales. Nos hablan del amor de Dios y declaran la sabiduría del Artista maestro.

Me agradan las hermosas flores. Son recuerdos del Edén, que dirigen nuestra atención a la patria bienaventurada en la cual pronto entraremos si somos fieles. El Señor encauza mi pensamiento hacia las propiedades de las flores y los árboles para comunicar salud.[16] [131]

[132]

[1] Country Living, 12.
[2] La Educación, 327.
[3] Country Living, 14.
[4] Country Living, 9, 10.
[5] Testimonies for the Church 4:136.
[6] La Educación, 327.
[7] La Educación, 107, 108.

[8]La Educación, 327.
[9]Lecciones Prácticas del Gran Maestro, 265.
[10]Mensajes para los Jóvenes, 363.
[11]Lecciones Prácticas del Gran Maestro, 22.
[12]La Educación, 98, 99.
[13]La Educación, 100, 101, 106, 107.
[14]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 96.
[15]Christian Temperance and Bible Hygiene, 144.
[16]Carta 47, 1903.

Capítulo 22—La casa, su construcción y sus muebles

Buena ventilación, sol y buen drenaje—En la construcción de edificios de utilidad pública o en los destinados a viviendas, urge asegurar buena ventilación y mucho sol. Las iglesias y las escuelas adolecen muchas veces de deficiencia en este respecto. A la falta de ventilación se debe una gran parte de la somnolencia y pesadez que contrarrestan el efecto de muchos sermones y hacen enojosa e ineficaz la tarea del maestro.

En cuanto sea posible, todo edificio destinado a servir de habitación humana debe construirse en paraje elevado y de fácil desagüe. Esto asegurará un solar seco.... A este asunto se le suele dar muy poca atención. Con frecuencia la humedad y el aire viciado de los solares bajos y encharcados ocasionan quebrantos de salud, enfermedades graves y defunciones.

En la construcción de casas es de gran importancia asegurar completa ventilación y mucho sol. Haya circulación de aire y mucha luz en cada pieza de la casa. Los dormitorios deben estar dispuestos de tal modo que el aire circule por ellos día y noche. Ningún cuarto es adecuado para servir como dormitorio a menos que pueda abrirse de par en par cada día para dar acceso al aire y a la luz del sol. En muchos países los dormitorios necesitan calefacción, de modo que puedan quedar calientes y secos en tiempo frío y húmedo.

El cuarto de huéspedes debe recibir tanta atención como las demás piezas dispuestas para el uso constante. Como los demás [133]
dormitorios, debe tener aire y sol, y medios de calefacción para secar la humedad de que adolece todo cuarto que no está en uso constante. El que duerme en un cuarto sin sol, o que ocupa una cama que no esté bien seca y aireada, arriesga su salud y acaso su vida....

Quienes hayan de cuidar ancianos deben recordar que éstos, más que nadie, necesitan cuartos abrigados y cómodos. Con los años, el vigor declina y mengua la fuerza vital con que resistir a las

influencias malsanas. De ahí que sea tan necesario proporcionar a las personas de edad mucha luz y mucho aire puro.[1]

Evítense las tierras bajas—Si queremos que nuestras casas sean moradas de salud y de dicha, tenemos que situarlas en lugar alto, fuera del alcance de los miasmas y las neblinas de las tierras bajas, y permitir que entren libremente en ellas los agentes vivificantes del cielo. No haya pesadas cortinas, ni enredaderas que, por muy hermosas que sean, hagan sombra a las ventanas; ábranse éstas y sus persianas, y no se deje que crezcan árboles tan cerca de la casa que quiten la luz del sol. El sol podrá ajar cortinas y alfombras y deslucir los marcos de los cuadros; pero en cambio hermoseará con los colores de la salud las mejillas de los niños.[2]

El patio en derredor de la casa—Un patio hermoseado con árboles dispersos y algunos arbustos, plantados a la debida distancia de la casa, ejerce una influencia feliz sobre la familia y, si se lo cuida, no causará perjuicio a la salud. Pero los árboles de sombra y las matas de arbustos densas en derredor de la casa la hacen malsana, porque impiden la libre circulación del aire y el acceso a los rayos del sol. En consecuencia, se nota humedad en la casa, especialmente durante las estaciones lluviosas.[3]

Efecto de las bellezas naturales—A Dios le agrada lo bello. Revistió de hermosura la tierra y los cielos, y con gozo paternal se
[134] complace en ver a sus hijos deleitarse en las cosas que hizo. Quiere que rodeemos nuestro hogar con la belleza de las cosas naturales.

Casi todos los que viven en el campo, por muy pobres que sean, pueden tener alrededor de sus casas algo de césped, algunos árboles que den sombra, algunos arbustos lozanos y flores olorosas. Esto contribuirá a la felicidad del hogar mucho más que cualquier adorno artificial. Introducirá en la vida del hogar una influencia suavizadora y purificadora, que fortalecerá el amor a la naturaleza y atraerá a los miembros de la familia más cerca unos de otros y más cerca de Dios.[4]

Sean los muebles sencillos—Nuestros hábitos artificiales nos privan de muchas bendiciones y de muchos goces, y nos inhabilitan para llevar la vida más útil. Los muebles complicados y costosos son un despilfarro no sólo de dinero, sino de algo mil veces más precioso. Imponen una carga de cuidados, labores y perplejidades....

Amueblad vuestra casa sencillamente, con cosas que resistan al uso, que puedan limpiarse sin mucho trabajo y renovarse sin gran costo. Ejercitando vuestro gusto, podéis hacer atractivo un hogar sencillo si en él reinan el amor y el contentamiento.[5]

La felicidad no se halla en una ostentación vacía. Cuanto más sencillo sea el orden de una familia bien gobernada, tanto más feliz será ese hogar.[6]

Evítese el espíritu de rivalidad—La vida chasquea y cansa a muchas personas por la labor innecesaria con que se cargan para satisfacer las exigencias de la costumbre. Su ánimo está constantemente acosado por el anhelo de suplir necesidades hijas del orgullo y de la moda....

Los gastos, el cuidado y la labor prodigados en aquello que, si bien no es positivamente perjudicial, resulta innecesario, contribuirían mucho a hacer progresar la obra de Dios si se dedicasen a un objeto más digno. La gente codicia los llamados lujos de la vida, y para obtenerlos sacrifica la salud, la fuerza y los recursos. Entre [135]
personas de una misma categoría social se manifiesta un lamentable espíritu de rivalidad en cuanto a quién hará gala de mayor ostentación en los vestidos y los gastos para la casa. El sentido de la dulce palabra "hogar" se ha pervertido al punto que ella se define así: "Un lugar con cuatro paredes, lleno de muebles elegantes y adornos," cuyos habitantes se esfuerzan de continuo para cumplir con lo que requiere la costumbre en los diferentes aspectos de la vida.[7]

Muchos son desdichados en su vida del hogar porque están esforzándose en extremo para mantener las apariencias. Gastan grandes sumas de dinero y trabajan sin descanso para obtener cosas que ostentar y la alabanza de sus asociados, quienes en realidad no se preocupan para nada de ellos ni de su prosperidad. Un artículo tras otro es considerado indispensable para el complemento de la casa hasta que se acumulan muchas adiciones costosas que, si bien agradan al ojo y complacen el orgullo y la ambición, no aumentan en lo mínimo la comodidad de la familia. Sin embargo, son cosas que consumieron fuerzas, paciencia y tiempo valioso que debieran haberse dedicado al servicio del Señor.

A la preciosa gracia de Dios se le concede el segundo lugar en relación con cosas que no tienen verdadera importancia; y muchos pierden la capacidad de ser felices mientras acumulan cosas de

las cuales piensan disfrutar. Encuentran que sus posesiones no les proporcionan la felicidad que habían esperado obtener de ellas. Esta rutina sin fin de trabajos, este incesante anhelo de embellecer la casa para que las visitas y los extraños la admiren, no compensan jamás por el tiempo y los recursos así gastados. Equivalen a colocarse sobre la cerviz un gravoso yugo de servidumbre.[8]

Dos visitas en contraste—En algunas familias hay demasiado que hacer. El aseo y el orden son esenciales para la comodidad, pero
[136] estas virtudes no deben llevarse al extremo de transformar la vida en un ciclo de incesante trabajo penoso ni hacer desdichados a los habitantes de la casa. En las viviendas de algunos a quienes estimamos mucho, existe una rígida precisión en el arreglo de los muebles y pertenencias que resulta tan desagradable como lo sería la falta de orden. La aflictiva dignidad que pesa sobre toda la casa impide que se encuentre allí el reposo que uno espera en un verdadero hogar.

Cuando se hace una breve visita a amigos queridos no es agradable ver la escoba y el trapo de sacar el polvo en constante requisición ni comprobar que el tiempo que uno esperaba pasar placenteramente con los amigos es dedicado por ellos a hacer una limpieza general o a mirar en los rincones en busca de una telaraña o una oculta partícula de polvo. Aun cuando esto sea hecho por respeto a nuestra presencia en la casa, sentimos la dolorosa convicción de que nuestra compañía tiene para nuestros amigos menos importancia que sus ideas exageradas relativas a la limpieza.

En contraste directo con hogares tales se destaca una casa que visitamos durante el verano pasado [1876]. Las pocas horas que pasamos allí no se dedicaron a una labor inútil ni a hacer lo que podría haberse hecho en algún otro momento, sino que se emplearon en algo placentero y provechoso, que proporcionaba descanso tanto a la mente como al cuerpo. La casa era un modelo de comodidad, aunque no había muebles carísimos. Las habitaciones tenían buena luz y ventilación, ... lo cual tiene más valor real que los adornos más costosos. Las salas no estaban amuebladas con aquella precisión que tanto cansa los ojos, pero había una agradable variedad de muebles.

La mayoría de las sillas eran mecedoras o butacas, no todas del mismo modelo, sino adaptadas a la comodidad de los diferentes miembros de la familia. Había mecedoras bajas con almohadones, y había sillas altas de respaldo recto; anchos canapés y otros menores

pero cómodos. Había además alguno que otro sofá también cómodo, [137]
pues cada uno de esos muebles parecía decir: Pruébeme, descanse en mí. Había mesas con libros y revistas. Todo resultaba aseado y atractivo, pero sin ese arreglo preciso que parece advertir a todos los espectadores que no toquen cosa alguna, no sea que la desplacen de su lugar.

Los propietarios de esa casa placentera tenían medios para amueblar y embellecer su residencia en forma costosa, pero por prudencia habían preferido la comodidad a la ostentación. No había en la casa nada que se considerase demasiado bueno para el uso general, y las cortinas y persianas no se mantenían cerradas para evitar que se ajasen las alfombras y los muebles. Allí tenían libre acceso la luz solar y el aire provenientes de Dios, así como la fragancia de las flores del jardín. Por supuesto la familia vivía a tono con su casa; sus miembros eran alegres e interesantes; hacían todo lo necesario para que estuviéramos cómodos, sin apremiarnos con tanta atención que nos infundiesen el temor de estar causando demasiada molestia. Aquello nos parecía un lugar de descanso. Era un hogar en el sentido más pleno del vocablo.[9]

Un principio aplicable a los adornos—La rígida precisión que hemos mencionado como rasgo desagradable de tantos hogares no concuerda con el gran plan de la naturaleza. Dios no hizo crecer las flores del campo en cuadros regulares, con bordes meticulosos, sino que las dispersó como gemas en la verde pradera, y hermosean la tierra con su variedad de formas y colores. Los árboles del bosque no están en orden regular. Resulta descansado para el ojo recorrer las escenas de la naturaleza por selvas, colinas y valles, llanuras y ríos, y disfrutar de la infinita diversidad de formas y colores, así como de la belleza con que árboles, arbustos y flores, agrupados en el jardín de la naturaleza, constituyen un cuadro deleitoso. En él hallan satisfacción y placer tanto los niños como los jóvenes y los ancianos. [138]

En cierta medida esta ley de la variedad puede cumplirse en el hogar. Debe haber en la casa una armonía apropiada de colores y conveniencia general en los muebles; pero el buen gusto no exige que cada mueble pertenezca al mismo estilo por su diseño, material o tapizado; sino que por lo contrario agrada más al ojo el que haya una variedad armoniosa.

Pero sea la casa humilde o elegante, sean sus accesorios costosos o baratos, no habrá felicidad entre sus paredes a menos que el espíritu de los habitantes armonice con la voluntad divina. El contentamiento debe reinar en la familia.[10]

La parte mejor de la casa, las piezas más asoleadas y atrayentes, deben ser usadas diariamente por los que viven realmente en la casa. Esto hará que el hogar resulte atractivo para sus miembros y también para los amigos que nos aprecian y benefician, como nosotros los beneficiamos a ellos.[11]

La comodidad y el bienestar de los niños—No se necesitan muebles ni accesorios costosos para dejar a los niños contentos y felices en sus hogares, pero es necesario que los padres les concedan amor tierno y cuidadosa atención.[12]

Cuatro paredes y muebles costosos, alfombras afelpadas, espejos elegantes y hermosos cuadros no son cosas que constituyan un "hogar" si faltan la simpatía y el amor. Aquella palabra sagrada no incumbe a la resplandeciente mansión donde se desconocen los goces de la vida doméstica....

En realidad, la comodidad y el bienestar de los niños vienen a ser lo último en que se piensa en una casa tal. Los descuida la madre, que dedica todo su tiempo a la apariencia y a satisfacer las exigencias de una sociedad elegante. El intelecto de los niños no recibe preparación y ellos adquieren malos hábitos; se vuelven inquietos y descontentos. No hallando placer en su casa, sino tan sólo restricciones incómodas, se separan del círculo familiar en cuanto les resulte posible. Con poca vacilación se arrojan al vasto mundo,
[139] sin que los refrene la influencia del hogar ni los tiernos consejos que de él debieran provenir.[13]

No les digáis como he oído a muchas madres decir: "No hay lugar para ti aquí en la sala. No te sientes en este sofá tapizado de damasco. No queremos que te sientes en ese canapé." Y cuando van a otra pieza se les advierte: "No queremos oírte hacer ruido aquí." Si van a la cocina, la cocinera les dice: "No puedo aguantar que me molestes aquí. Vete afuera con tu ruido; me estorbas." ¿Adónde van para educarse? A la calle.[14]

La bondad y el amor valen más que el lujo—Llevamos demasiadas congojas y cargas a nuestras familias, y en ellas no se aprecian lo suficiente la sencillez, la paz y la dicha. Deberíamos

interesarnos menos en lo que dirá el mundo exterior y prestar más atención reflexiva a quienes forman el círculo de nuestro hogar. Entre los miembros de la familia debiera haber menos ostentación y urbanidad mundana, y mucho más amor, ternura, alegría y cortesía cristiana. Muchos necesitan aprender cómo se hace del hogar un lugar atractivo y placentero. Los corazones agradecidos y las miradas bondadosas valen más que las riquezas y el lujo; y si hay amor, el saber contentarse con cosas sencillas comunicará felicidad al hogar.

Jesús, nuestro Redentor, anduvo en esta tierra con la dignidad de un rey; y sin embargo era manso y humilde de corazón. Era luz y bendición en todo hogar porque llevaba consigo alegría, esperanza y valor. ¡Ojalá que estuviésemos satisfechos y que hubiese menos anhelos en nuestro corazón, menos ansia de cosas difíciles de obtener para hermosear nuestras casas mientras que no apreciamos lo que Dios estima más que las joyas, a saber un espíritu manso y sereno! La gracia de la sencillez, la mansedumbre y el afecto verdadero transformarían en paraíso la morada más humilde. Es mejor soportar con buen ánimo todo inconveniente que perder la paz y el contentamiento.[15] [140]

[141]

[1] El Ministerio de Curación, 208, 209.
[2] El Ministerio de Curación, 209.
[3] Christian Temperance and Bible Hygiene, 107.
[4] El Ministerio de Curación, 285, 286.
[5] El Ministerio de Curación, 284, 285.
[6] The Signs of the Times, 23 de agosto de 1877.
[7] Ibid.
[8] The Signs of the Times, 2 de octubre de 1884.
[9] The Signs of the Times, 23 de agosto de 1877.
[10] Ibid.
[11] The Signs of the Times, 2 de octubre de 1884.
[12] Ibid.
[13] Ibid.
[14] Manuscrito 43, 1894.
[15] Testimonies for the Church 4:621, 622.

Sección 7—La heredad del señor

Capítulo 23—Los hijos son una bendición

Dios quiso que hubiese familias—El que creó a Eva para que fuese compañera de Adán ... había dispuesto que hombres y mujeres se unieran en el santo lazo del matrimonio, para formar familias cuyos miembros, coronados de honor, fueran reconocidos como miembros de la familia celestial.[1]

Los hijos son la herencia del Señor, y somos responsables ante él por el manejo de su propiedad.... Trabajen los padres por los suyos, con amor, fe y oración, hasta que gozosamente puedan presentarse a Dios diciendo: "He aquí, yo y los hijos que me dió Jehová."[2]

Una casa sin hijos es un lugar desolado. El corazón de quienes la habitan corre peligro de volverse egoísta, de amar su propia comodidad y de consultar sus propios deseos y conveniencia. Procuran simpatía para sí, pero tienen poca que conceder a otros.[3]

Consejos a una pareja sin hijos—El egoísmo, que se manifiesta de varias maneras, según las circunstancias y la organización peculiar de los individuos, debe morir. Si tuvieseis hijos y vuestra atención tuviese que desviarse de vosotros mismos para cuidarlos, instruirlos y serles ejemplo, os resultaría ventajoso.... Cuando la familia se compone de dos personas, como en vuestro caso, y no hay hijos que hagan ejercitar la paciencia, tolerancia y verdadero amor,
[142] es necesario velar constantemente, no sea que el egoísmo obtenga la supremacía y, llegando vosotros mismos a ser el centro de atención, exijáis cuidados e interés que no os sentís obligados a conceder a otros.[4]

Muchos enferman física, mental y moralmente porque dedican su atención casi exclusivamente a sí mismos. Podría salvarles del estancamiento la sana vitalidad de espíritus más jóvenes y diversos así como la inquieta energía de los niños.[5]

Atender a los niños desarrolla rasgos nobles—Siento un interés muy tierno por todos los niños, porque empecé muy temprano a sufrir. He asumido el cuidado de muchos niños, y siempre sentí que

el trato con la sencillez de la infancia era una gran bendición para mí....

La simpatía, la tolerancia y el amor que se requieren para tratar con niños serían una bendición en cualquier familia. Suavizarían y subyugarían los rasgos de carácter asentados en quienes necesitan ser más animosos y apacibles. La presencia de un niño en una casa endulza y refina. Un niño criado en el temor del Señor es una bendición.[6]

El cuidado y el afecto hacia los niños que dependen de nosotros elimina la tosquedad de nuestra naturaleza, nos infunde ternura y simpatía y ejerce influencia en el desarrollo de los elementos más nobles de nuestro carácter.[7]

La influencia de un hijo sobre Enoc—Después del nacimiento de su primer hijo, Enoc alcanzó una experiencia más elevada; fué atraído a más íntima relación con Dios. Comprendió más cabalmente sus propias obligaciones y responsabilidades como hijo de Dios. Cuando conoció el amor de su hijo hacia él, y la sencilla confianza del niño en su protección; cuando sintió la profunda y anhelante ternura de su corazón hacia su primogénito, aprendió la preciosa lección del maravilloso amor de Dios hacia el hombre manifestado en la dádiva de su Hijo, y la confianza que los hijos de Dios podían tener en el Padre celestial.[8] [143]

Un cometido precioso—Los hijos son confiados a sus padres como un cometido precioso, que Dios requerirá un día de sus manos. Debemos dedicar a su preparación más tiempo, cuidado y oración. Necesitan que les demos más instrucción de la clase apropiada....

Recordad que vuestros hijos e hijas son miembros más jóvenes de la familia de Dios. El los confió a vuestro cuidado, a fin de que los eduquéis para el cielo. Tendréis que darle cuenta de la manera en que cumpláis vuestro encargo sagrado.[9] [144]

---

[1] El Ministerio de Curación, 275.

[2] Lecciones Prácticas del Gran Maestro, 179.

[3] Testimonies for the Church 2:647.

[4] Testimonies for the Church 2:230, 231.

[5] Testimonies for the Church 2:647.

[6] Carta 329, 1904.

[7] Testimonies for the Church 2:647.

[8] Historia de los Patriarcas y Profetas, 71, 72.

[9]The Review and Herald, 13 de junio de 1882.

Capítulo 24—El tamaño de la familia

Grave perjuicio para las madres, los hijos y la sociedad—Hay padres que, sin considerar si pueden o no atender con justicia a una familia grande, llenan sus casas de pequeñuelos desvalidos, que dependen por completo del cuidado y la instrucción de sus padres.... Este es un perjuicio grave, no sólo para la madre, sino para sus hijos y para la sociedad....

Los padres deben tener siempre presente el bien futuro de sus hijos. No deben verse obligados a dedicar cada hora al trabajo pesado a fin de proveer lo necesario para la vida.[1]

Antes de aumentar su familia, deben considerar si el traer hijos al mundo habría de glorificar a Dios o deshonrarle. Deben procurar glorificar a Dios por su unión desde el principio, y durante cada año de su vida matrimonial.[2]

La salud de la madre es importante—En vista de la responsabilidad que incumbe a los padres, ellos deben considerar cuidadosamente si el traer hijos a la familia es lo que más conviene. ¿Tiene la madre suficiente fuerza para cuidar de sus hijos? Y ¿puede el padre ofrecer las ventajas que amoldarán y educarán correctamente al niño? ¡Cuán poco se tiene en cuenta el destino del niño! Sólo se piensa en satisfacer la pasión, y se imponen a la esposa y madre cargas que minan su vitalidad y paralizan su fuerza espiritual. Con la salud quebrantada y el ánimo abatido se ve rodeada de un pequeño rebaño al cual no puede atender como debiera. Careciendo de la instrucción que debieran recibir, los niños crecen para deshonrar a Dios y comunicar a otros lo malo de su propia naturaleza, y así se [145] forma un ejército al cual Satanás maneja como quiere.[3]

Otros factores que deben considerarse—Dios quiere que los padres actúen como seres racionales y vivan de tal manera que cada hijo reciba la debida educación, y que la madre tenga fuerza y tiempo para emplear sus facultades mentales en la disciplina de sus pequeñuelos a fin de que sean dignos de alternar con los ángeles. Ella debe tener valor para desempeñar noblemente su parte y hacer

su obra en el temor y amor de Dios, a fin de que sus hijos resulten en bendición para la familia y la sociedad.

El esposo y padre debe considerar todas estas cosas, no sea que su esposa se vea recargada y así abrumada de abatimiento. Debe procurar que la madre de sus hijos no se vea en situación tal que no pueda atender con justicia a sus numerosos pequeñuelos y darles la debida preparación.[4]

Los padres no deben aumentar sus familias más ligero de lo que pueden cuidar y educar debidamente a sus hijos. El que haya año tras año un niño en los brazos de la madre significa una gran injusticia para ella. Reduce, y a menudo destruye, para ella el placer social y aumenta la miseria doméstica. Priva a sus hijos del cuidado, de la educación y de la felicidad que los padres tienen el deber de otorgarles.[5]

Consejos a los padres de una familia grande—La cuestión que debéis decidir es ésta: "¿Estoy criando una familia de hijos para fortalecer la influencia de las potestades de las tinieblas y para aumentar sus filas, o estoy criando hijos para Cristo?"

Si no gobernáis a vuestros hijos ni modeláis su carácter para satisfacer las exigencias de Dios, entonces cuantos menos sean los hijos que sufran por vuestra educación deficiente, mejor será para vosotros, los padres, y para la sociedad. A menos que los niños puedan ser educados y disciplinados desde su infancia por una madre
[146] sabia, juiciosa, concienzuda e inteligente que, modelando el carácter de ellos según la norma de justicia, gobierne a su familia en el temor del Señor, es un pecado aumentar la familia. Dios os ha dado la facultad del raciocinio y exige que la empleéis.[6]

Padres y madres, cuando sabéis que os falta conocimiento acerca de cómo educar a vuestros hijos para el Maestro, ¿por qué no aprendéis vuestras lecciones? ¿Por qué seguís trayendo al mundo hijos para aumentar las filas de Satanás? ¿Agrada a Dios esta conducta? Cuando veis que una familia numerosa tiene que recargar severamente vuestros recursos, y que al llenarse de hijos las manos de la madre, no le queda tiempo entre los nacimientos para hacer la obra que toda madre necesita hacer, ¿por qué no consideráis el resultado inevitable? Cada hijo substrae vitalidad a la madre, y cuando padres y madres no hacen uso de razón en esto, ¿qué oportunidad tienen ellos o sus hijos de ser debidamente disciplinados? El Señor invita a

los padres a considerar este asunto teniendo en cuenta las realidades futuras y eternas.[7]

Consideraciones económicas—[Los padres] deben considerar con calma cómo han de proveer para sus hijos. No tienen derecho de traer al mundo hijos para que sean una carga para otros. ¿Tienen una ocupación con la cual pueden contar para sostener a una familia sin que necesiten ser una carga para otros? Si no la tienen, cometen un crimen al traer a este mundo hijos para que sufran por falta de cuidados, alimentos y ropas convenientes.[8]

Los que carecen seriamente de tino comercial y que son los menos preparados para progresar en el mundo llenan generalmente sus casas de hijos, mientras que por lo común los hombres capacitados para adquirir propiedades no tienen más hijos de los que pueden atender debidamente. Los que no están preparados para atenderse a sí mismos no debieran tener hijos.[9]

Crean a veces perplejidades para la iglesia—Muchos que apenas pueden vivir cuando están solteros, deciden casarse y criar una familia, cuando saben que no tienen con qué sostenerla. Y lo peor es que no tienen ningún gobierno de su familia. Toda su conducta en la familia se caracteriza por hábitos de negligencia. No ejercen ningún dominio propio, y son apasionados, impacientes e inquietos. Cuando los tales aceptan el mensaje, les parece que tienen derecho a la ayuda de sus hermanos más pudientes; y si no se satisfacen sus expectativas, se quejan de la iglesia, y la acusan de no vivir conforme a su fe. ¿Quiénes deben sufrir en este caso? ¿Se debe desangrar la causa de Dios y agotar su tesorería, para cuidar de estas familias pobres y numerosas? No. Los padres deben ser los que sufran. Por lo general, no sufrirán mayor escasez después de aceptar el sábado que antes.[10] [147]

Se restringe el servicio misionero—Al enviar misioneros a países lejanos, deben elegirse hombres que sepan economizar, que no tengan familias grandes y que, comprendiendo la brevedad del tiempo y la gran obra que debe realizarse, no llenarán de hijos sus casas y sus manos, sino que se mantendrán tan libres como les sea posible de cuanto desviaría su ánimo de la gran obra que les toca hacer. La esposa, si es consagrada y tiene libertad para hacerlo, puede, trabajando al lado de su esposo, realizar tanto como él. Dios ha bendecido a la mujer con talentos que debe usar para glorificarle conduciendo

a él a muchos hijos e hijas; pero son muchas las que, pudiendo trabajar con eficiencia, se ven sujetadas al hogar para atender a sus pequeñuelos.

Queremos misioneros que lo sean en el sentido más pleno de la palabra; que dejarán de lado las consideraciones egoístas y pondrán en primer lugar la causa de Dios; personas que, trabajando sinceramente para glorificarle, estarán siempre listas para ir adonde él las llame y para trabajar en cualquier cargo para difundir el conocimiento de la verdad. Se necesitan en el campo misionero hombres cuyas
[148] esposas, amando y temiendo a Dios, pueden ayudarles en la obra. Muchos padres de familia salen a trabajar, pero no se entregan por completo a la obra. Son de ánimo dividido. La esposa y los hijos los apartan de su trabajo y con frecuencia les impiden ir a los campos donde podrían entrar si no considerasen que deben estar cerca de
[149] casa.[11]

[1] The Review and Herald, 24 de junio de 1890.
[2] Testimonies for the Church 2:380.
[3] The Review and Herald, 25 de octubre de 1892.
[4] The Review and Herald, 24 de junio de 1890.
[5] A Solemn Appeal, 110, 111.
[6] Testimonies for the Church 5:323, 324.
[7] Carta 107, 1898.
[8] Testimonies for the Church 2:380.
[9] A Solemn Appeal, 103.
[10] Joyas de los Testimonios 1:94.
[11] The Review and Herald, 8 de diciembre de 1885.

Capítulo 25—El cuidado de los niños menesterosos

Los huerfanitos—Más de un padre que murió en la fe, confiado en la eterna promesa de Dios, dejó a sus amados en la plena seguridad de que el Señor los cuidaría. Y ¿cómo provee el Señor para estos enlutados? No realiza un milagro enviando maná del cielo; no manda cuervos que les lleven alimento; sino que realiza un milagro en los corazones humanos, expulsando el egoísmo del alma y abriendo las fuentes de la benevolencia. Prueba el amor de quienes profesan seguirle, confiando a sus tiernas misericordias a los afligidos y a los enlutados.

Que aquellos que aman al Señor abran su corazón y sus hogares para recibir a estos niños....

Un amplio campo de utilidad espera a todos los que quieran trabajar por el Maestro, cuidando a estos niños y jóvenes que han sido privados de la dirección vigilante de sus padres, y de la influencia subyugadora de un hogar cristiano. Muchos de ellos han heredado malas características, y si se los deja crecer en la ignorancia, se desviarán hacia compañías que pueden conducirlos al vicio y el crimen. Estos niños poco promisorios necesitan que se los coloque en una posición favorable para la formación de un carácter correcto a fin de que puedan llegar a ser hijos de Dios.[1]

Responsabilidad de la iglesia—Niños huérfanos de padre y madre son arrojados a los brazos de la iglesia, y Cristo dice a quienes le siguen: Recibid a estos niños indigentes, criadlos para mí, y recibiréis vuestro salario. He visto manifestarse mucho egoísmo en estas cosas. A menos que tengan evidencia especial de que *ellos mismos* saldrán beneficiados por adoptar en su familia a quienes necesiten hogares, algunos se apartan y contestan: No. No parece interesarles si los tales se salvan o se pierden. Esto, piensan ellos, es asunto suyo. Con Caín dicen: "¿Soy yo guarda de mi hermano?" No están dispuestos a incomodarse ni a hacer sacrificio alguno por los huérfanos, y arrojan a éstos con indiferencia a los brazos de un mundo que está a veces mejor dispuesto a recibirlos que esos profesos [150]

cristianos. En el día de Dios, él les pedirá cuenta de aquellos a quienes el Cielo les dió oportunidad de salvar. Mas ellos pidieron que se les excusase y no quisieron participar en la buena obra a menos que pudiesen obtener ganancia. Se me ha mostrado que quienes rehusen estas oportunidades de hacer bien oirán a Jesús decirles: "En cuanto no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, ni a mí lo hicisteis." Leed, por favor Isaías 58; Isaías 58:5-11.[2]

Una súplica a las parejas sin hijos—Algunos que no tienen hijos propios debieran educarse para amar y cuidar hijos ajenos. Tal vez no sean llamados a trabajar en un campo extranjero, sino posiblemente en la misma localidad en que viven. En vez de dedicar tanta atención y afecto a ciertos animales, ejerciten su talento en favor de seres humanos que tienen un cielo que ganar y un infierno que rehuir. Dediquen su atención a niñitos cuyo carácter pueden modelar a la semejanza divina. Consagrad vuestro amor a los pequeñuelos sin hogar que os rodean. En vez de cerrar vuestro corazón a los miembros de la familia humana, averiguad cuántos de estos pequeños desamparados podéis criar en la disciplina y admonición del Señor. Hay abundancia de trabajo para todos los que quieran obrar. Dedicándose a este ramo del esfuerzo cristiano, la iglesia
[151] puede aumentar el número de sus miembros y enriquecer su espíritu. La obra de salvar a los huérfanos sin hogar es ocupación para todos.[3]

Si los que no tienen hijos, pero han sido hechos por Dios administradores de recursos, quisieran abrir su corazón para atender a los niños que necesitan amor, cuidado y afecto, y les ayudaran con bienes de este mundo, serían mucho más felices que ahora. Mientras que haya jóvenes privados del cuidado compasivo de un padre y del amor tierno de una madre, y expuestos a las influencias corruptoras de estos postreros días, es el deber de alguien reemplazar al padre y a la madre de algunos de ellos. Aprended a darles amor, afecto y simpatía. Todos los que profesan tener un Padre Celestial, del cual esperan que los cuide y finalmente los lleve al hogar que ha preparado para ellos, deben sentir la solemne obligación de ser amigos para los que no tienen amigos, y padres para los huérfanos, de ayudar a las viudas y de prestar algún auxilio práctico en este mundo en beneficio de la humanidad.[4]

¿Deben adoptar niños las esposas de pastores?—Se ha preguntado si la esposa de un ministro debe adoptar niños pequeños.

Respondo: Si ella no tiene inclinación ni idoneidad para dedicarse a la obra misionera fuera de su casa, y siente que es su deber recibir niños huérfanos y cuidarlos, puede hacer una buena obra. Pero elija los niños primero de entre los huérfanos hijos de observadores del sábado. Dios bendecirá a hombres y mujeres que, con corazón voluntario, compartan su hogar con estos niños desamparados. Pero si la esposa del ministro puede desempeñar ella misma un papel en la obra de educar a otros, debe consagrar sus facultades a Dios como obrera cristiana. Debe auxiliar verdaderamente a su esposo, ayudándole en su trabajo, perfeccionando su intelecto y contribuyendo a dar el mensaje. Está abierto el camino para que mujeres humildes, y consagradas, dignificadas por la gracia de Cristo, visiten a los que necesitan ayuda e impartan luz a las almas desalentadas. Pueden [152] elevar a los postrados, orar con ellos y conducirlos a Cristo. Las personas tales no deben dedicar su tiempo y fuerza a un impotente niño que requiere constante cuidado y atención. No debe atarse así voluntariamente las manos.[5]

Ofrézcanse hogares a huérfanos y desamparados—En la medida en que podáis hacerlo, dad hogar a los que no tienen. Esté cada uno listo para ayudar en esta obra. El Señor dijo a Pedro: "Apacienta mis corderos". Esta orden nos es dirigida, y abriendo nuestros hogares a los huérfanos, contribuimos a que se cumpla. No permitamos que Jesús se chasquee con nosotros.

Tomemos estos niños y presentémoslos a Dios como una ofrenda fragante. Pidamos su bendición sobre ellos, y luego amoldémoslos de acuerdo a la orden de Cristo. ¿Aceptará nuestro pueblo este santo cometido?[6*]

Una prueba para el pueblo de Dios—Años ha, se me mostró que el pueblo de Dios sería probado acerca de este asunto de crear hogares para los que no los tienen; que muchos quedarían en tales condiciones al creer la verdad. La oposición y la persecución privarían de sus hogares a los creyentes y a quienes conservasen los suyos les incumbiría el deber de abrir ampliamente su puerta a los tales. Más recientemente se me ha mostrado que, con respecto a este asunto, Dios probaría a quienes profesan ser su pueblo. Por

[*]Nota: Para obtener más consejos detallados al respecto. Véase Welfare Ministry (La obra de beneficencia).

causa nuestra Cristo se hizo pobre para que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Hizo un sacrificio para proveer hogar a los peregrinos y extranjeros del mundo que buscan una patria mejor, a saber la
[153] celestial.[7]

[1] Joyas de los Testimonios 2:519, 520.
[2] Testimonies for the Church 2:33.
[3] Manuscrito 38, 1895.
[4] Joyas de los Testimonios 2:525.
[5] Joyas de los Testimonios 2:523.
[6] Joyas de los Testimonios 2:522.
[7] Testimonies for the Church 2:27, 28.

Capítulo 26—El legado de los padres a los hijos

La ley de la herencia—La condición física y mental de los padres se perpetúa en su posteridad. Este es un asunto que no se considera debidamente. Cuando quiera que los hábitos de los padres contraríen las leyes físicas, el daño que se infligen a sí mismos se repetirá en las generaciones futuras....

Mediante la cultura física, mental y moral todos pueden llegar a ser colaboradores de Cristo. Muchísimo depende de los padres. A ellos les toca decidir si traerán al mundo hijos que serán una bendición o una maldición.[1]

Cuanto más nobles sean los propósitos que animen a los padres, cuanto más elevadas sus dotes intelectuales y morales, cuanto más desarrolladas sus facultades físicas, mejor será el equipo que para la vida den a sus hijos. Cultivando en sí mismos las mejores prendas, los padres influyen en la formación de la sociedad de mañana y en el ennoblecimiento de las futuras generaciones.[2]

Muchos padres son lamentablemente ignorantes—Los que han sido encargados de la propiedad de Dios, constituida por las almas y los cuerpos de los niños formados a su imagen, deben erigir barreras contra la sensualidad de esta época, que está arruinando la salud física y moral de millares. Si se pudiera remontar a la verdadera causa de muchos crímenes cometidos en esta época, se vería que de ellos es responsable la ignorancia de padres y madres indiferentes al respecto. A esta lamentable ignorancia se sacrifica la salud y la vida misma. Padres, si no dais a vuestros hijos la educación que Dios os impone darles por precepto y ejemplo, tendréis que responder a Dios por los resultados. Estos no se limitarán a vuestros hijos. Se extenderán a través de generaciones. Así como un cardo que se deja crecer en el campo produce una cosecha de su especie, los pecados resultantes de vuestra negligencia obrarán para arruinar a quienes caigan dentro de la esfera de su influencia.[3] [154]

Los males de la intemperancia se perpetúan—La glotonería y el consumo de vino corrompen la sangre, inflaman las pasiones

y producen enfermedades de todas clases. Pero el mal no termina allí. Los padres legan enfermedades a sus hijos. Por lo general, todo hombre intemperante que engendra hijos les transmite sus inclinaciones y malas tendencias, así como la enfermedad de su propia sangre inflamada y corrompida. El libertinaje, la enfermedad y la idiotez se traspasan como herencia miserable de padre a hijo y de generación a generación; y esto produce angustia y sufrimiento en el mundo, pues viene a ser una repetición de la caída del hombre....

Sin embargo, sin reflexionar ni preocuparse por ello, los hombres y las mujeres de la generación actual se entregan a la intemperancia al cometer excesos en el comer y emborracharse, y por ello dejan a la siguiente generación un legado de enfermedades, intelectos debilitados y una moralidad contaminada.[4]

Motivos por redoblar la comprensión y paciencia—Los padres y las madres pueden estudiar su propio carácter en sus hijos. A menudo pueden leer lecciones humillantes cuando ven sus propias imperfecciones reproducidas en sus hijos e hijas. Mientras procuran reprimir y corregir en sus hijos las tendencias hereditarias al mal, los padres deben pedir la ayuda de una doble dosis de paciencia,
[155] perseverancia y amor.[5]

Cuando un hijo revela los rasgos malos que heredó de sus padres, ¿deben éstos airarse por esta reproducción de sus propios defectos? De ninguna manera. Ejerzan los padres una vigilancia cuidadosa sobre sí mismos, precaviéndose contra toda tosquedad y rudeza, no sea que estos defectos se vuelvan a ver en sus hijos.[6]

Manifestad la mansedumbre y amabilidad de Cristo al tratar con los pequeñuelos rebeldes. Tened siempre presente que recibieron su perversidad como herencia de su padre o de su madre. Tened por tanto paciencia con los niños que heredaron vuestros propios rasgos de carácter.[7]

Los padres deben confiar implícitamente en el poder de Cristo para transformar las tendencias al mal que fueron transmitidas a sus hijos.[8]

Tened paciencia, padres y madres. Con frecuencia, vuestra negligencia pasada dificultará vuestra obra; pero Dios os dará fuerza si
[156] queréis confiar en él. Obrad sabia y tiernamente con vuestros hijos.[9]

[1]Manuscrito 3, 1897.
[2]El Ministerio de Curación, 287.
[3]Manuscrito 58, 1899.
[4]Testimonies for the Church 4:30, 31.
[5]The Review and Herald, 30 de agosto de 1881.
[6]The Signs of the Times, 25 de septiembre de 1901.
[7]Manuscrito 142, 1898.
[8]Manuscrito 79, 1901.
[9]Manuscrito 80, 1901.

Sección 8—El éxito en la familia

Capítulo 27—Un círculo sagrado

La santidad de la familia—Existe en derredor de cada familia un círculo sagrado que debe preservarse. Ninguna otra persona tiene derecho a cruzar este círculo sagrado. El esposo y la esposa deben serlo todo el uno para el otro. Ella no debe tener secretos que rehuse revelar a su esposo y comunique a otros, y él no debe tener secretos que no diga a su esposa y relate a otros. El corazón de la esposa debe ser una tumba para los defectos del marido, y el corazón de él una tumba para los defectos de ella.

Nunca debe una de las partes bromear a costa de los sentimientos de la otra parte. Nunca debe el marido o la mujer quejarse de su consorte a otros, en broma o de cualquier otra manera, porque con frecuencia el recurrir a bromas insensatas, que parezcan perfectamente inofensivas, termina en una prueba para cada uno y hasta en una separación. Se me ha mostrado que debe haber un escudo sagrado en derredor de cada familia.[1]

El círculo del hogar debe considerarse como un lugar sagrado, un símbolo del cielo, un espejo en el cual nos reflejemos. Podemos tener amigos y conocidos, pero no hemos de entrometernos en la vida del hogar. Debe experimentarse un fuerte sentido de propiedad, que cree una impresión de comodidad, confianza y reposo.[2]

[157] **Deben santificarse la lengua, los oídos y los ojos**— Rueguen a Dios los que componen el círculo familiar para pedirle que santifique sus lenguas, oídos, ojos y todo miembro de su cuerpo. Cuando tropezamos con el mal, no es necesario que nos venza. Cristo ha hecho posible que nuestro carácter tenga la fragancia del bien....

¡Cuántos deshonran a Cristo y representan falsamente su carácter en el círculo del hogar! ¡Cuántos son los que no manifiestan paciencia, tolerancia, perdón ni verdadero amor! Muchos tienen sus gustos y aversiones y se sienten libres para manifestar su propia disposición perversa en vez de revelar la voluntad, las obras y el carácter de Cristo. La vida de Jesús rebosa bondad y amor. ¿Estamos creciendo en su naturaleza divina?[3]

Unidad, amor y paz—Hagan los padres y las madres una promesa solemne al Dios a quien profesan amar y obedecer, de que por su gracia no disputarán entre sí, sino que en su vida y genio manifestarán el espíritu que desean ver manifestado por sus hijos.[4]

Los padres deben tener cuidado de no tolerar que penetre en el hogar el espíritu de disensión; porque constituye uno de los agentes de Satanás para dejar su impresión en el carácter. Si los padres están dispuestos a luchar por la unidad en el hogar mediante la inculcación de los principios que rigieron la vida de Cristo, la disensión será desterrada y reinarán la unidad y el amor. Los padres y los hijos participarán del don del Espíritu Santo.[5]

Recuerden el esposo y la esposa que tienen que llevar bastantes cargas sin envenenar su vida permitiendo que se produzcan divisiones. Los que dan cabida a las pequeñas divergencias invitan a Satanás a que entre en su hogar. Los hijos se contagian del espíritu de contender por bagatelas. Los agentes del mal hacen su parte para lograr que padres e hijos sean desleales a Dios.[6]

Aunque se presenten pruebas en la vida marital, los esposos de- [158]
ben guardar sus almas en el amor de Dios. El padre debe considerar a la madre de sus hijos como persona que merece toda bondad, ternura y simpatía.[7]

El secreto de la unidad familiar—Lo que causa división y discordia en las familias y en la iglesia es la separación de Cristo. Acercarse a Cristo es acercarse unos a otros. El secreto de la verdadera unidad en la iglesia y en la familia no estriba en la diplomacia ni en la administración, ni en un esfuerzo sobrehumano para vencer las dificultades—aunque habrá que hacer mucho de esto—sino en la unión con Cristo.

Representémonos un círculo grande desde el cual parten muchas rayas hacia el centro. Cuanto más se acercan estas rayas al centro, tanto más cerca están una de la otra.

Así sucede en la vida cristiana. Cuanto más nos acerquemos a Cristo tanto más cerca estaremos uno del otro. Dios queda glorificado cuando su pueblo se une en una acción armónica.[8]

Ayúdense unos a otros—La firma familiar es una sociedad sagrada, en la cual cada miembro debe desempeñar una parte, ayudándose el uno al otro. El trabajo de la familia debe realizarse con

suavidad, como funcionan las diferentes partes de una maquinaria bien ajustada.[9]

Cada miembro de la familia debe comprender que sobre él individualmente recae la responsabilidad de hacer su parte en cuanto a contribuir a la comodidad, el orden y la regularidad de la familia. No debe actuar un miembro contra otro. Todos deben participar unidos en la buena obra de alentarse unos a otros; deben manifestar amabilidad, tolerancia y paciencia; hablar en tono bajo y sereno; rehuir de la confusión y hacer cada uno todo lo que pueda para aliviar las cargas de la madre....

Cada miembro de la familia debe entender con exactitud la parte que se espera que él desempeñe en unión de los demás. Todos, desde
[159] el niño de seis años en adelante, deben comprender que de ellos se requiere que lleven su parte de las cargas impuestas por la vida.[10]

Una resolución adecuada—Debo crecer en la gracia en casa y doquiera esté, a fin de comunicar fuerza moral a todas mis acciones. En casa debo velar sobre mi espíritu, mis acciones y mis palabras. Debo dedicar tiempo a la cultura personal, a mi preparación y a mi educación en los principios rectos. Debo ser un ejemplo para los demás. Debo meditar en la Palabra de Dios noche y día e introducirla en mi vida práctica. La espada del Espíritu, que es la Palabra de
[160] Dios, es la única espada que puedo usar con seguridad.[11]

---

[1] Manuscrito 1, 1855.
[2] Carta 17, 1895.
[3] Manuscrito 18, 1891.
[4] Manuscrito 38, 1895.
[5] Manuscrito 53, 1912.
[6] Carta 133, 1904.
[7] Carta 198, 1901.
[8] Carta 49, 1904.
[9] Manuscrito 129, 1903.
[10] Testimonies for the Church 2:699, 700.
[11] Manuscrito 13, 1891.

Capítulo 28—La primera escuela del niño

El plan divino original para la educación—El sistema de educación establecido en el Edén tenía por centro la familia. Adán era "hijo de Dios," y de su Padre recibieron instrucción los hijos del Altísimo. Su escuela era, en el más exacto sentido de la palabra, una escuela de familia.

En el plan divino de la educación, adaptado a la condición del hombre después de la caída, Cristo figura como representante del Padre, como eslabón de unión entre Dios y el hombre; él es el gran maestro de la humanidad, y dispuso que los hombres y mujeres fuesen representantes suyos. La familia era la escuela, y los padres eran los maestros.

La educación que tenía por centro la familia fué la que prevaleció en los días de los patriarcas. Dios proveyó, para las escuelas así establecidas, las condiciones más favorables para el desarrollo del carácter. Las personas que estaban bajo su dirección, seguían el plan de vida que Dios había indicado al principio. Los que se separaron de Dios, se edificaron ciudades, y, congregados en ellas, se gloriaban del esplendor, el lujo y el vicio que hacen de las ciudades de hoy el orgullo del mundo y su maldición. Pero los hombres que se aferraban a los principios de vida de Dios, moraban en los campos y cerros. Cultivaban la tierra, cuidaban rebaños y vacadas, y en su vida libre e independiente, llena de oportunidades para trabajar, estudiar y meditar, aprendían de Dios y enseñaban a sus hijos sus obras y caminos. Tal era el método educativo que Dios deseaba establecer en Israel.[1] [161]

En la vida común, la familia era escuela e iglesia, y los padres eran los maestros, tanto en las cosas seculares como en las religiosas.[2]

El círculo de la familia es una escuela—En su sabiduría el Señor ha decretado que la familia sea el mayor agente educativo. En el hogar es donde ha de empezar la educación del niño. Allí está su primera escuela, allí, con sus padres como maestros, debe aprender

las lecciones que han de guiarlo a través de la vida: lecciones de respeto, obediencia, reverencia, dominio propio. Las influencias educativas del hogar son un poder decidido para el bien o para el mal. Son, en muchos respectos, silenciosas y graduales, pero si se ejercen de la debida manera, llegan a ser un poder abarcante para la verdad y la justicia. Si no se instruye correctamente al niño en el hogar, Satanás lo educará por instrumentos elegidos por él. ¡Cuán importante es, pues, la escuela del hogar![3]

Consideremos el círculo de la familia como una escuela, en la cual preparamos a nuestros hijos para el cumplimiento de sus deberes en el hogar, en la sociedad y en la iglesia.[4]

La educación en el hogar es primordial—Es un hecho triste, aunque universalmente admitido y deplorado, que la educación en el hogar y la preparación de la juventud actual han quedado descuidadas.[5]

No hay campo de acción más importante que el señalado a los fundadores y protectores del hogar. Ninguna obra encomendada a seres humanos entraña consecuencias tan trascendentales como la de los padres y madres.

Los jóvenes y niños de la actualidad determinan el porvenir de la sociedad, y lo que estos jóvenes y estos niños serán depende del hogar. A la falta de buena educación doméstica se puede achacar la mayor parte de las enfermedades, así como de la miseria y criminalidad que son la maldición de la humanidad. Si la vida doméstica fuera pura y verdadera, si los hijos que salen del hogar estuvieran
[162] debidamente preparados para hacer frente a las responsabilidades de la vida y a sus peligros, ¡qué cambio experimentaría el mundo![6]

Todo lo demás es secundario—Todo niño traído al mundo es propiedad de Jesucristo y por precepto y ejemplo debe enseñársele a amar a Dios y a obedecerle; pero la gran mayoría de los padres han descuidado la obra que Dios les dió y nc han educado ni preparado a sus hijos, desde el amanecer de la razón, para que conozcan y amen a Cristo. Mediante un esfuerzo esmerado los padres deben observar el despertar de la mente receptiva y considerar todo lo que respecta a la vida del hogar como secundario frente al deber positivo que Dios les ha impuesto: el de educar a sus hijos en la disciplina y admonición del Señor.[7]

Los padres no deben permitir que las preocupaciones comerciales, y las costumbres, máximas y modas del mundo los dominen al punto de hacerles descuidar a sus hijos en la infancia y dejar de darles las instrucciones apropiadas a medida que transcurren los años.[8]

Una de las grandes razones de que haya tanto mal en el mundo hoy estriba en que los padres dedican su atención a otras cosas que la que es de suma importancia: cómo adaptarse a la obra de enseñar a sus hijos con paciencia y bondad el camino del Señor. Si pudiera descorrerse la cortina, veríamos que debido a esta negligencia muchísimos hijos que se han extraviado se perdieron y escaparon a las buenas influencias. Padres, ¿podéis tolerar que así suceda en vuestra experiencia? No debiera haber para vosotros obra tan importante que os impida dedicar a vuestros hijos todo el tiempo que sea necesario para hacerles comprender lo que significa obedecer al Señor y confiar plenamente en él....

Y ¿qué cosecharéis como recompensa de vuestro esfuerzo? Hallaréis a vuestros hijos a vuestro lado, dispuestos a cooperar con vosotros y a echar mano de las tareas que sugiráis. Encontraréis facilitada vuestra obra.[9] [163]

Agentes de Dios en el hogar—Los padres deben considerarse en un sentido especial como agentes de Dios para instruir a sus hijos, como lo hacía Abrahán, a fin de que anden en el camino del Señor. Necesitan escudriñar diligentemente las Escrituras, para saber en qué consiste el camino del Señor, a fin de enseñarlo a su familia. Miqueas dice: "¿Y qué es lo que Jehová pide de ti, sino hacer justicia, y amar la misericordia, y andar humildemente con tu Dios?" Miqueas 6:8 (VM). A fin de ser maestros, los padres deben aprender, obteniendo constantemente luz de los oráculos de Dios e introduciendo por sus preceptos y ejemplo esta preciosa luz en la educación de sus hijos.[10]

Por la luz que Dios me ha dado sé que el esposo y la esposa deben ser en el hogar ministro, médico, enfermera y maestros, que vinculen a sus hijos consigo y con Dios, que los preparen para evitar todo hábito que en algo pudiera militar contra la obra de Dios en el cuerpo, y que les enseñen a cuidar de toda parte del organismo viviente.[11]

La madre debe destacarse siempre en esta obra de educar a los hijos; aunque recaen sobre el padre deberes graves e importantes, la

madre, por tratar casi constantemente con los hijos, especialmente durante sus tiernos años, debe ser siempre su instructora y compañera especial. Debe preocuparse mucho por cultivar el aseo y el orden en sus hijos y por dirigirlos en la adquisición de hábitos y gustos correctos; debe enseñarles a ser laboriosos y serviciales; a valerse de sus recursos, a vivir, actuar y trabajar como estando siempre a la vista de Dios.[12]

Las hermanas mayores pueden ejercer una fuerte influencia sobre los miembros más jóvenes de la familia. Estos, al ver el ejemplo de los mayores, serán regidos más por el principio de la imitación que por los preceptos con frecuencia repetidos. La hija mayor debe considerar siempre como deber cristiano que le incumbe ayudar a la
[164] madre a llevar sus muchas y pesadas cargas.[13]

Los padres deben estar mucho en casa. Por precepto y ejemplo deben enseñar a sus hijos a amar y temer a Dios; a ser inteligentes, sociables y afectuosos; a cultivar hábitos de laboriosidad, economía y abnegación. Por manifestar a sus hijos amor, simpatía y aliento en casa, los padres pueden proveerles de un retiro seguro y bienvenido contra muchas de las tentaciones del mundo.[14]

Preparación para la escuela de iglesia—En la escuela del hogar es donde nuestros niños han de prepararse para asistir a la escuela de la iglesia. Los padres deben recordar esto constantemente y, como maestros del hogar, deben consagrar a Dios toda facultad de su ser, a fin de que puedan desempeñar su alta y santa misión. La instrucción diligente y fiel que se dé en el hogar es la mejor preparación que los niños puedan recibir para la vida escolar.[15]

Las órdenes de Dios son supremas—Tenemos en la Biblia reglas para guiar a todos, padres e hijos, una norma elevada y santa de la cual no podemos desviarnos. Las órdenes de Dios deben ser supremas. Que el padre y la madre de la familia abran la Palabra de Dios delante de Aquel que escudriña los corazones, y pregunten con sinceridad: "¿Qué dijo Dios?"[16]

Enseñad a vuestros hijos a amar la verdad porque es la verdad, y porque han de ser santificados por ella y hechos idóneos para subsistir en el gran examen que antes de mucho determinará si están preparados para iniciar una obra mayor y llegar a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial.[17]

La preparación para el conflicto venidero—Satanás está reuniendo sus huestes. ¿Estamos nosotros individualmente preparados para el terrible conflicto que tenemos en puertas? ¿Estamos preparando a nuestros hijos para la gran crisis? ¿Nos estamos preparando a nosotros mismos y a nuestras familias para comprender la posición de nuestros adversarios y sus modos de guerrear? ¿Están [165] nuestros hijos adquiriendo hábitos de decisión, a fin de ser firmes e inquebrantables en todo lo que se refiere a los principios y al deber? Ruego a Dios que todos podamos comprender las señales de los tiempos y prepararnos a nosotros mismos y a nuestros hijos para que en el tiempo de conflicto Dios sea nuestro refugio y defensa.[18] [166]

[1] La Educación, 31.
[2] La Educación, 39.
[3] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 83.
[4] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1894.
[5] The Review and Herald, 30 de agosto de 1881.
[6] El Ministerio de Curación, 270.
[7] Manuscrito 126, 1896.
[8] The Signs of the Times, 17 de septiembre de 1894.
[9] Manuscrito 53, 1912.
[10] Christian Temperance and Bible Hygiene, 145.
[11] Manuscrito 100, 1902.
[12] Pacific Health Journal, enero de 1890.
[13] Testimonies for the Church 3:337.
[14] Fundamentals of Christian Education, 65.
[15] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 116.
[16] The Review and Herald, 15 de septiembre de 1891.
[17] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1894.
[18] The Review and Herald, 23 de abril de 1889.

Capítulo 29—Una obra intransferible

Las responsabilidades de los padres no pueden ser llevadas por otros—Padres, lleváis responsabilidades que nadie puede llevar por vosotros. Mientras viváis seréis responsables ante Dios por manteneros en su camino.... Los padres que hacen de la Palabra de Dios su guía, y que comprenden cuánto dependen de ellos sus hijos para la formación de su carácter, les darán un ejemplo que les resultará seguro seguir.[1]

Los padres y las madres son responsables de la salud, la constitución y el desarrollo del carácter de sus hijos. A nadie más debe confiarse la tarea de atender a esta obra. Al llegar a ser padres, os incumbe cooperar con el Señor en cuanto a educar a vuestros hijos en los principios sanos.[2]

¡Cuán triste es que muchos padres hayan desechado la responsabilidad que Dios les dió con respecto a sus hijos, y quieran que personas extrañas la lleven en su lugar! Convienen en que otros trabajen en favor de sus hijos y los alivien de toda carga al respecto.[3]

Muchos que ahora lamentan el extravío de sus hijos no pueden culpar de él a otros que a sí mismos. Consulten su Biblia los tales y vean lo que Dios les ordena como padres y guardianes. Asuman los deberes que descuidaron durante tanto tiempo. Necesitan humillarse y arrepentirse delante de Dios por no haber seguido sus indicaciones en la educación de sus hijos. Necesitan cambiar su propia conducta y seguir la Biblia estricta y cuidadosamente como su guía y consejera.[4]

[167] **La iglesia sola no puede asumirlas**—¡Ojalá que los jóvenes y los niños entregasen su corazón a Cristo! ¡Qué ejército se suscitaría para conquistar a otros y ponerlos de parte de la justicia! Pero los padres no deben dejar que la iglesia sola haga esta obra.[5]

Tampoco el pastor puede hacerlo—Imponéis grandes responsabilidades al predicador y le hacéis responsable de las almas de vuestros hijos, pero no sentís vuestra propia responsabilidad como padres e instructores.... Vuestros hijos e hijas se corrompen por vuestro ejemplo y preceptos relajados; y no obstante esta falta de

preparación doméstica, esperáis que el ministro contrarreste vuestra obra diaria y cumpla la admirable hazaña de educar sus corazones y sus vidas en la virtud y la piedad. Después que el predicador ha hecho todo lo que puede para la iglesia mediante amonestación fiel y piadosa, disciplina paciente y ferviente oración para rescatar y salvar el alma, y no tiene, sin embargo, éxito, los padres y las madres con frecuencia le echan la culpa de que sus hijos no se conviertan, cuando puede deberse a su propia negligencia.

La carga incumbe a los padres; ¿asumirán ellos la obra que Dios les ha confiado y la harán con fidelidad? ¿Avanzarán ellos y subirán, trabajando de una manera humilde, paciente y perseverante, para alcanzar ellos mismos la exaltada norma y llevar a sus hijos consigo?[6]

¿No están acaso muchos padres poniendo sus responsabilidades en manos ajenas? ¿No piensan muchos de ellos que el ministro debe asumir la carga y procurar que sus hijos se conviertan y que el sello de Dios sea puesto sobre ellos?[7]

Ni puede hacerlo la escuela sabática—Es privilegio de ellos [los padres] ayudar a sus hijos a obtener el conocimiento que puede llevarlos con ellos a la vida futura. Pero por alguna razón desagrada a muchos padres el tener que dar instrucción religiosa a sus hijos. Les dejan obtener en la escuela sabática el conocimiento que ellos debieran comunicarles acerca de su responsabilidad para con Dios. [168] Los tales padres necesitan comprender que Dios desea verlos educar, disciplinar y preparar a sus hijos recordándoles siempre el hecho de que están formando su carácter para la vida presente y para la venidera.[8]

No dependáis de los maestros de la escuela sabática para que sea hecha vuestra obra de enseñar a vuestros hijos el camino por donde deben andar. La escuela sabática es una gran bendición; puede ayudaros en vuestra obra, pero nunca podrá reemplazaros. Dios encargó a todos los padres y madres la responsabilidad de llevar a sus hijos a Jesús y de enseñarles a orar y a creer en la Palabra de Dios. En la educación de vuestros hijos no pongáis a un lado las grandes verdades de la Biblia, suponiendo que la escuela sabática y el ministro harán la obra que descuidéis. La Biblia no es demasiado sagrada ni sublime para que se la abra diariamente y estudie diligentemente. Las verdades de la Palabra de Dios deben ser

relacionadas con las supuestas cosas pequeñas de la vida. Si se las considera debidamente iluminarán la vida común supliendo motivos
[169] para obedece, y principios para la formación de un carácter recto.[9]

[1] Carta 356, 1907.
[2] Manuscrito 126, 1897.
[3] The Review and Herald, 25 de octubre de 1892.
[4] Manuscrito 57, 1897.
[5] The Signs of the Times, 13 de agosto de 1896.
[6] Joyas de los Testimonios 2:197.
[7] The Review and Herald, 21 de mayo de 1895.
[8] The Review and Herald, 6 de junio de 1899.
[9] Manuscrito 5, 1896.

Capítulo 30—El compañerismo en la familia

Los padres deben conocer a sus hijos—Algunos padres no los comprenden a éstos [sus hijos], ni los conocen verdaderamente. A menudo hay una gran distancia entre padres e hijos. Si los padres quisieran compenetrarse plenamente de los sentimientos de sus hijos, y desentrañar lo que hay en sus corazones, se beneficiarían ellos mismos.[1]

El padre y la madre deben obrar juntos en plena simpatía el uno con el otro. Deben hacerse compañeros de sus hijos.[2]

Los padres deben estudiar la manera mejor y de más éxito para ganar el amor y la confianza de sus hijos, a fin de que puedan conducirlos en la senda recta. Deben reflejar el sol del amor sobre la familia.[3]

El estímulo y el elogio—A los niños les gusta la compañía, y raras veces quieren estar solos. Anhelan simpatía y ternura. Creen que lo que les gusta agradará también a la madre, y es natural que acudan a ella con sus menudas alegrías y tristezas. La madre no debe herir sus corazones sensibles tratando con indiferencia asuntos que, si bien son baladíes para ella, tienen gran importancia para ellos. La simpatía y aprobación de la madre les son preciosas. Una mirada de aprobación, una palabra de aliento o de encomio, serán en sus corazones como rayos de sol que muchas veces harán feliz el día.[4]

Los padres deben ser los confidentes del niño—Los padres deben animar a sus hijos a confiar en ellos, a presentarles las penas de su corazón, sus pequeñas molestias y pruebas diarias.[5] [170]

Instruidlos bondadosamente y ligadlos a vuestro corazón. Este es un tiempo crítico para los niños. Los rodearán influencias tendientes a separarlos de vosotros, y debéis contrarrestarlas. Enseñadles a hacer de vosotros sus confidentes. Permitidles contaros sus pruebas y goces.[6]

Los niños quedarían a salvo de muchos males si fuesen más familiares con sus padres. Estos deben estimular en sus hijos una disposición a manifestarse confiados y francos con ellos, a acudir

a ellos con sus dificultades, presentarles el asunto tal cual lo ven y pedirles consejo cuando se hallan perplejos acerca de qué conducta es la buena. ¿Quiénes pueden ver y señalarles los peligros mejor que sus padres piadosos? ¿Quién puede comprender tan bien como ellos el temperamento peculiar de sus hijos? La madre que ha vigilado todo el desarrollo de la mente desde la infancia, y conoce su disposición natural, es la que está mejor preparada para aconsejar a sus hijos. Quién puede decir como la madre, ayudada por el padre, cuáles son los rasgos de carácter que deben ser refrenados y mantenidos en jaque?[7]

"No hay tiempo"—"No hay tiempo—dice el padre;—no tengo tiempo que dedicar a la educación de mis hijos, ni a sus placeres sociales y domésticos." Entonces Vd. no debiera haber asumido la responsabilidad de una familia. Al no concederles el tiempo que les toca en justicia, los priva de la educación que debieran recibir de Vd. Si tiene hijos, tiene una obra que hacer, en unión con la madre, en lo que se refiere a la formación del carácter de esos hijos.[8]

Muchas madres exclaman: "No tengo tiempo para estar con mis hijos." En tal caso, por el amor de Cristo, dedicad menos tiempo a vuestra indumentaria. Descuidad más bien vuestros adornos y atavíos. Descuidad el recibir y hacer visitas. Descuidad el cocinar una variedad infinita de platos, pero nunca, nunca, descuidéis a vuestros hijos. ¿Qué es el tamo en comparación con el trigo? No
[171] permitáis que cosa alguna se interponga entre vosotras y los mejores intereses de vuestros hijos.[9]

Recargadas con muchos cuidados, las madres consideran a veces que no pueden dedicar tiempo alguno para enseñar con paciencia a sus pequeñuelos y demostrarles amor y simpatía. Recuerden empero que si los hijos no encuentran en sus padres ni en el hogar la satisfacción de su deseo de simpatía y de compañerismo, la buscarán en otra parte, donde tal vez peligren su espíritu y su carácter.[10]

Con los hijos en trabajos y juegos—Dedicad parte de vuestras horas libres a vuestros hijos; asociaos con ellos en sus trabajos y deportes, y conquistad su confianza. Cultivad su amistad.[11]

Dediquen los padres las veladas a sus familias. Pongan a un lado los cuidados y las perplejidades con las labores del día.[12]

Consejos a los padres reservados y autoritarios—Existe el peligro de que tanto los padres como los maestros ordenen y dicten

demasiado, mientras que no mantienen suficientes relaciones sociales con sus hijos o alumnos. Con frecuencia se muestran demasiado reservados y ejercen su autoridad en una forma fría y carente de simpatía, que no puede conquistar el corazón de sus hijos y alumnos. Si hiciesen acercar a los niños a sí y les demostrasen que los aman, y manifestasen interés en todos sus esfuerzos, y aun en sus juegos, siendo a veces niños entre los niños, podrían hacer muy felices a éstos y conquistarían su amor y su confianza. Y los niños respetarían y amarían más temprano la autoridad de sus padres y maestros.[13]

Las malas compañías compiten con el hogar—Satanás y su hueste están haciendo arduos esfuerzos para desviar la mente de los niños, y éstos deben ser tratados con franqueza, ternura y amor cristianos. Esto os dará una poderosa influencia sobre ellos, y les hará sentir que pueden depositar una confianza ilimitada en vosotros. [172] Rodead a vuestros hijos de los encantos del hogar y de vuestra sociedad. Si lo hacéis, no tendrán mucho deseo de trabar relaciones con otros jóvenes. ... A causa de los males que imperan hoy en el mundo, y de la restricción que es necesario imponer a los hijos, los padres deben tener doble cuidado de ligarlos a sus corazones y de dejarles ver que desean hacerlos felices.[14]

Los padres deben familiarizarse con sus hijos—No debe levantarse una valla de frialdad y retraimiento entre padres e hijos. Intimen los padres con sus hijos; procuren entender sus gustos y disposiciones; compartan sus sentimientos, y descubran lo que embarga sus corazones.

Padres, demostrad a vuestros hijos que los amáis, y que queréis hacer cuanto podáis para asegurar su dicha. Si obráis así, las restricciones que necesitéis imponerles tendrán mucho mayor peso en sus jóvenes inteligencias. Gobernad a vuestros hijos con ternura y compasión, teniendo siempre presente que "sus ángeles en los cielos ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos." Si queréis que los ángeles desempeñen en favor de vuestros hijos el ministerio que Dios les ha encomendado, cooperad con ellos haciendo vuestra parte.

Criados bajo la prudente y amante dirección de un hogar verdadero, los hijos no abrigarán deseos de ir a buscar en otra parte placer y compañía. El mal no tendrá atractivo para ellos. El espíritu prevaleciente en el hogar amoldará su carácter; contraerán hábitos y

adoptarán principios que serán para ellos amparo seguro contra ia tentación cuando tengan que alejarse del hogar y ocupar su puesto
[173] en el mundo.[15]

[174]

[1] Joyas de los Testimonios 1:146.
[2] Manuscrito 45, 1912.
[3] The Review and Herald, 30 de agosto de 1881.
[4] El Ministerio de Curación, 301.
[5] Joyas de los Testimonios 1:141.
[6] Joyas de los Testimonios 1:136.
[7] Joyas de los Testimonios 1:142.
[8] Fundamentals of Christian Education, 65, 66.
[9] The Signs of the Times, 3 de abril de 1901.
[10] El Ministerio de Curación, 302.
[11] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 96.
[12] Christian Temperance and Bible Hygiene, 65.
[13] Joyas de los Testimonios 1:317, 318.
[14] Joyas de los Testimonios 1:137.
[15] El Ministerio de Curación, 305, 306.

Capítulo 31—La seguridad mediante el amor

Poder del amor—Los agentes del amor tienen poder maravilloso, porque son divinos. La respuesta suave que "aparta el enojo," el amor que "es sufrido y benigno," el amor que "cubre una multitud de pecados;" si aprendiéramos esta lección ¡de qué poder sanador serían dotadas nuestras vidas! La vida sería transformada y la tierra llegaría a ser la misma semejanza y el goce anticipado del cielo.

Estas preciosas lecciones, enseñadas de un modo sencillo, pueden ser comprendidas hasta por los niñitos. El corazón del niño es tierno y fácilmente impresionable, y cuando nosotros, que somos mayores, lleguemos a ser "como niños," cuando aprendamos la sencillez, la dulzura y el tierno amor del Salvador, no hallaremos difícil tocar el corazón de los pequeños y enseñarles el ministerio sanador del amor.[1]

Desde un punto de vista mundano, el dinero es poder; pero desde el punto de vista cristiano, el amor es poder. Este principio entraña fuerza intelectual y espiritual. El amor puro tiene una eficacia especial para hacer el bien, y no puede hacer otra cosa que el bien. Evita la discordia y la desgracia y produce la felicidad más verdadera. Con frecuencia las riquezas ejercen influencia para corromper y destruir; la fuerza es poderosa para hacer daño; pero la verdad y la bondad son propiedades del amor puro.[2]

El amor es una planta que debe ser nutrida—El hogar ha de [175]
ser el centro del afecto más puro y elevado. Cada día deben fomentarse con perseverancia la paz, la armonía, el afecto y la felicidad, hasta que estos bienes preciosos moren en el corazón de los que componen la familia. La planta del amor debe nutrirse cuidadosamente; de lo contrario morirá. Todo principio bueno debe ser cultivado si queremos que florezca en el alma. Debe ser desarraigado todo lo que Satanás planta en el corazón: la envidia, los celos, las malas sospechas, la maledicencia, la impaciencia, el prejuicio, el egoísmo, la codicia y la vanidad. Si se permite que permanezcan estos malos rasgos en el alma, darán frutos que contaminarán a muchos.

¡Oh, cuántos cultivan las plantas venenosas que matan los frutos preciosos del amor y contaminan el alma![3]

Recordemos nuestra propia infancia—No tratéis a vuestros hijos únicamente con severidad, olvidándoos de vuestra propia niñez, y olvidando que ellos no son sino niños. No esperéis de ellos que sean perfectos, ni tratéis de obligarlos a actuar como hombres y mujeres en seguida. Obrando así, cerraríais la puerta de acceso que de otra manera pudierais tener hacia ellos, y los impulsaríais a abrir la puerta a las influencias perjudiciales, que permitirían a otros envenenar sus mentes juveniles antes de advertir el peligro....

Los padres no deben olvidar cuanto anhelaban en su niñez la manifestación de simpatía y amor, y cuán desgraciados se sentían cuando se les censuraba y reprendía con irritación. Deben rejuvenecer sus sentimientos, y transigir mentalmente para comprender las necesidades de sus hijos.[4]

Necesitan palabras amables y alentadoras. ¡Cuán fácil es para la madre pronunciar palabras bondadosas y afectuosas que harán penetrar un rayo de sol en el corazón de los pequeñuelos y les harán olvidar sus dificultades![5]

Padres, manifestad amor a vuestros hijos: en la infancia, en la adolescencia y en la juventud. No les mostréis un rostro ceñudo,
[176] sino siempre alegre.[6]

Mantenedlos en ambiente alegre—Cuando los pequeñuelos están en dificultad debe tranquilizárselos con cuidado. Entre la infancia y la edad adulta, los hijos no reciben generalmente la atención que debiera concedérseles. Se necesitan madres que guiarán de tal manera a sus hijos que éstos se considerarán como parte de la familia. Hable la madre con sus hijos acerca de las esperanzas y perplejidades que puedan tener. Recuerden los padres que sus hijos deben ser atendidos con preferencia a los extraños. Deben ser mantenidos en una atmósfera de sol, bajo la dirección de la madre.[7]

Ayudad a vuestros hijos a obtener victorias.... Rodeadlos de una atmósfera de amor. Así podréis subyugar su disposición obstinada.[8]

Cuando necesitan más amor que alimento—Muchas madres descuidan vergonzosamente a sus hijos a fin de tener tiempo para bordarles prendas de ropa o añadir a éstas adornos inútiles. Cuando los niños están cansados y necesitan realmente su atención, los descuidan o les dan algo que comer. No sólo no necesitan ellos el

alimento, sino que éste les ocasiona verdadero daño. Lo que les hacía falta era el abrazo calmante de la madre. Cada madre debiera tener tiempo para otorgar a sus pequeñuelos esas menudas expresiones de cariño que son tan esenciales durante la infancia. Obrando así, la madre vincularía el corazón y la felicidad de sus hijos con su propio corazón. Ella es para ellos lo que es Dios para nosotros.[9]

Deben satisfacerse los deseos razonables—Debéis hacer sentir siempre a vuestros hijos que los amáis, que estáis trabajando en favor suyo, que anheláis su felicidad y que sólo os proponéis hacer lo que es para su bien. Debéis satisfacer sus pequeños deseos siempre que podáis hacerlo razonablemente.[10]

En el gobierno de vuestros hijos, no obréis nunca por impulso. Aunad la autoridad con el afecto. Apreciad y cultivad todo lo que [177] es bueno y amable, y revelándoles a Cristo inducidlos a desear el bien más elevado. Al negarles las cosas que les perjudicarían, dejadles ver que los amáis y que deseáis hacerlos felices. Cuanto más desagradables sean, tanto más debéis esmeraros por manifestarles vuestro amor. Cuando el niño tenga la certeza de que procuráis su felicidad, el amor quebrantará toda valla. Este principio regía el trato del Salvador con los hombres; y es el que debe gobernar la iglesia.[11]

El amor debe expresarse—En muchas familias hace mucha falta que se exprese el afecto de unos miembros hacia otros. Aunque no es necesario manifestar sentimentalismo, lo es que se exprese amor y ternura de una manera casta, pura y digna. Muchos cultivan realmente la dureza de corazón y por sus palabras y acciones revelan la fase satánica del carácter. Siempre debe cultivarse un tierno afecto entre los esposos, entre los padres y los hijos, y entre hermanos y hermanas. Toda palabra apresurada debe ser refrenada, y no debe haber siquiera apariencia de que falte el amor mutuo. Es deber de cada miembro de la familia ser amable y hablar con bondad.[12]

Cultivad la ternura, el afecto y el amor que se expresan en pequeñas cortesías, en palabras y en atenciones solícitas.[13]

La mejor manera de enseñar a los niños a respetar a su padre y a su madre consiste en darles la oportunidad de ver al padre rendir atenciones bondadosas a la madre y a la madre manifestar respeto y reverencia hacia el padre. Al contemplar el amor manifestado en sus padres los hijos son inducidos a acatar el quinto mandamiento y

a prestar oídos a la recomendación: "Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres; porque esto es justo."[14]

El amor de Jesús debe reflejarse en los padres—Cuando la madre ha obtenido la confianza de sus hijos y les ha enseñado a amarla y a obedecerle, les ha dado la primera lección en la vida cristiana. Deben amar y obedecer a su Salvador y confiar en él como
[178] aman y obedecen a sus padres y confían en ellos. El amor que con sus cuidados fieles y educación correcta de sus hijos manifiestan los padres hacia ellos es un débil reflejo del amor que Jesús tiene por
[179] sus fieles.[15]

[1] La Educación, 102.
[2] Testimonies for the Church 4:138.
[3] The Signs of the Times, 20 de junio de 1911.
[4] Joyas de los Testimonios 1:136, 137.
[5] The Review and Herald, 9 de julio de 1901.
[6] Manuscrito 129, 1898.
[7] Manuscrito 127, 1898.
[8] Manuscrito 114, 1903.
[9] Manuscrito 43, 1900.
[10] Testimonies for the Church 4:140.
[11] Manuscrito 4, 1893.
[12] The Signs of the Times, 14 de noviembre de 1892.
[13] The Youth's Instructor, 21 de abril de 1886.
[14] The Review and Herald, 15 de noviembre de 1892.
[15] The Signs of the Times, 4 de abril de 1911.

Capítulo 32—Ocúpese el jardín del corazón

Los padres como jardineros—El Señor ha confiado a los padres una obra solemne y sagrada. Han de cultivar cuidadosamente el suelo del corazón. Pueden ser así colaboradores con Dios. El espera de ellos que guarden y atiendan cuidadosamente al jardín constituído por el corazón de sus hijos. Han de sembrar la buena simiente y quitar toda mala hierba. Es necesario eliminar todo defecto del carácter, toda mala disposición; porque si se les permite subsistir, mancillarán la belleza del carácter.[1]

Padres, vuestro hogar es el primer campo en el que sois llamados a trabajar. Las preciosas plantas que hay en el jardín del hogar exigen vuestro primer cuidado. Habéis sido designados para velar por las almas como quienes han de dar cuenta. Considerad cuidadosamente vuestra obra, su naturaleza, su orientación y sus resultados.[2]

Tenéis ante vuestra puerta un terrenito que cultivar, y Dios os tendrá por responsables de esta obra que confió a vuestras manos.[3]

El cuidado del jardín—Prevalece en el mundo la tendencia a dejar a los jóvenes seguir la inclinación natural de su propia mente. Y los padres dicen que si los jóvenes son muy desenfrenados en su adolescencia se corregirán más tarde, y que cuando tengan dieciséis o dieciocho años razonarán por su cuenta, abandonarán sus malos hábitos y llegarán por fin a ser hombres y mujeres útiles. ¡Qué error! Durante años permiten que el enemigo siembre en el jardín del corazón; permiten que se desarrollen en él malos principios, y en [180] muchos casos todo el trabajo que se haga para cultivar ese terreno no servirá para nada....

Algunos padres han dejado a sus hijos adquirir malas costumbres, cuyos rastros podrán verse a través de toda la vida. Los padres son responsables de este pecado. Esos hijos pueden profesar ser cristianos, pero sin una obra especial de la gracia en el corazón y una reforma cabal en la vida, sus malas costumbres pasadas se advertirán en toda su experiencia y manifestarán precisamente el carácter que sus padres les permitieron adquirir.[4]

No se debe permitir que los jóvenes aprendan lo bueno y lo malo sin discriminación, creyendo que en algún momento futuro lo bueno predominará y lo malo perderá su influencia. Lo malo crecerá más ligero que lo bueno. Es posible que después de muchos años sea desarraigado lo malo que hayan aprendido; pero ¿quién querrá correr riesgos al respecto? El tiempo es corto. Es más fácil y mucho más seguro sembrar semilla limpia y buena en el corazón de vuestros hijos que arrancar las malas hierbas más tarde. Resulta difícil borrar las impresiones hechas en las mentes juveniles. ¡Cuán importante es, pues, que esas impresiones sean correctas, a fin de que las facultades elásticas de la juventud se inclinen en la debida dirección![5]

La siembra y la eliminación de malezas—Durante los primeros años de la vida del niño, el suelo del corazón debe prepararse cuidadosamente para las lluvias de la gracia de Dios. Luego se han de sembrar con cuidado las semillas de la verdad y debe atendérselas con diligencia. Dios, quien recompensa todo esfuerzo hecho en su nombre, pondrá vida en la semilla sembrada; y aparecerá primero la hoja, luego la espiga y en ésta, al fin, el grano maduro.

Con demasiada frecuencia, debido a la perversa negligencia de
[181] los padres, Satanás siembra sus semillas en el corazón de los niños, y se produce una mies de vergüenza y pesar. El mundo carece hoy de verdadera bondad porque los padres no reunieron a sus hijos consigo en el hogar. No les evitaron la compañía de los descuidados y temerarios. Por lo tanto los hijos fueron al mundo y sembraron semillas de muerte.[6]

La gran obra de instrucción, de desarraigar las malas hierbas inútiles y venenosas, es importantísima. Porque si se las deja estar, esas malas hierbas crecerán hasta ahogar las plantas preciosas de los principios morales y de la verdad.[7]

Si un campo es dejado sin cultivo, aparecerá con seguridad una cosecha de hierbas nocivas que será muy difícil exterminar. Por lo tanto, es necesario trabajar el suelo y subyugar las malas hierbas antes que las plantas preciosas puedan crecer. Antes que puedan hacerlo, debe sembrarse con cuidado la semilla. Si las madres descuidan la siembra de buena semilla y luego esperan cosechar grano precioso, se chasquearán; porque segarán espinas y cardos. El diablo vela siempre, preparado para sembrar semillas que brotarán y darán una mies abundante que concuerde con su carácter satánico.[8]

En lo que respecta a nuestros hijos, debemos ejercer una vigilancia perpetua. En cuanto nacen, Satanás, mediante sus múltiples artimañas, comienza a obrar con el genio y la voluntad de ellos. El que estén seguros depende de la sabiduría y del cuidado vigilante de los padres. En el amor y temor de Dios, deben esforzarse por ocupar de antemano el jardín del corazón, sembrando las buenas semillas de un espíritu recto, de hábitos correctos y del amor y temor de Dios.[9]

Desarrollo de la belleza natural—Los padres y maestros deben procurar con todo fervor la sabiduría que Jesús está siempre dispuesto a darles; porque están tratando con mentes humanas en el momento más interesante e impresionable de su desarrollo. Deben procurar cultivar de tal manera las tendencias de los jóvenes, que en cada etapa de su vida puedan representar la belleza natural apropiada a ese período, desarrollándose gradualmente, como lo hacen las [182] plantas y las flores en el jardín.[10] [183]

[1] Manuscrito 138, 1898.
[2] The Signs of the Times, 10 de julio de 1886.
[3] The Review and Herald, 15 de septiembre de 1891.
[4] Joyas de los Testimonios 1:153, 154.
[5] Christian Temperance and Bible Hygiene, 138, 139.
[6] Manuscrito 49, 1901.
[7] The Review and Herald, 14 de abril de 1885.
[8] Manuscrito 43, 1900.
[9] Manuscrito 7, 1899.
[10] Joyas de los Testimonios 2:463.

Capítulo 33—Promesas de dirección divina

¡Cuán dulce es tener un Amigo divino!—Vuestro compasivo Redentor os observa con amor y simpatía, listo para oír vuestras oraciones y prestaros la ayuda que necesitáis. Conoce las cargas que pesan sobre el corazón de cada madre y es su mejor amigo en toda emergencia. Sus brazos eternos sostienen a la madre fiel y temerosa de Dios. Cuando estuvo en la tierra tuvo una madre que luchó con la pobreza y sufrió muchas ansiedades y perplejidades, así que él simpatiza con toda madre cristiana en sus congojas y ansiedades. Aquel Salvador que emprendió un largo viaje con el propósito de aliviar el corazón ansioso de una mujer cuya hija era poseída de un mal espíritu, oirá las oraciones de la madre y bendecirá a sus hijos.

El que devolvió a la viuda su único hijo cuando era llevado a la sepultura se conmueve hoy ante la desgracia de la madre enlutada. El que derramó lágrimas de simpatía ante la tumba de Lázaro y devolvió a Marta y María su hermano sepultado; el que perdonó a María Magdalena; el que recordó a su madre mientras pendía de la cruz en su agonía; el que se apareció a las mujeres que lloraban y las hizo mensajeras suyas para difundir las primeras y gratas noticias de un Salvador resucitado, es hoy el mejor Amigo de la mujer y está dispuesto a ayudarle en todas las relaciones de la vida.[1]

No hay obra que pueda igualarse a la de la madre cristiana. Esta asume su obra con el sentido de lo que significa criar a sus
[184] hijos en la disciplina y admonición del Señor. ¡Cuán a menudo le parecerá su carga más pesada de lo que puede llevar; y cuán precioso será entonces el privilegio de llevarlo todo en oración al Salvador que simpatiza con ella! Puede echar su carga a sus pies y hallar en su presencia una fuerza que la sostendrá y le dará aliento, esperanza, valor y sabiduría en las horas más penosas. ¡Cuán dulce es para la madre agobiada saber que tiene un amigo tal en todas sus dificultades! Si las madres fueran a Cristo con más frecuencia y confiaran más plenamente en él, sus cargas serían más ligeras, y hallarían descanso para sus almas.[2]

El Dios del cielo oye vuestras oraciones—Sin la ayuda divina no podéis criar a vuestros hijos como debierais hacerlo; porque la naturaleza caída de Adán lucha siempre por predominar. Debe prepararse el corazón para los principios de la verdad, a fin de que se arraiguen en el alma y hallen sustento en la vida.[3]

Los padres pueden entender que al seguir las instrucciones de Dios en la educación de sus hijos, recibirán ayuda de lo alto. Serán muy beneficiados; porque mientras enseñen, aprenderán. Sus hijos alcanzarán victorias por el conocimiento que adquirieron al seguir el camino del Señor. Quedan habilitados para vencer las tendencias al mal, sean naturales o hereditarias.[4]

Padres, ¿estáis obrando con energía incansable en favor de vuestros hijos? El Dios del cielo nota vuestra solicitud, vuestra labor ferviente, vuestra vigilancia constante. Oye vuestras oraciones. Con paciencia y ternura, educad a vuestros hijos para el Señor. Todo el cielo se interesa en vuestra obra.... Dios se unirá a vosotros y coronará de éxito vuestros esfuerzos.[5]

Mientras tratéis de hacerles claras las verdades de la salvación y los conduzcáis a Cristo como Salvador personal, los ángeles estarán a vuestro lado. El Señor dará gracia a los padres y las madres para que puedan interesar a sus pequeñuelos en la preciosa historia del [185] niño de Belén, quien es en verdad la esperanza del mundo.[6]

Pedid y recibiréis—En su importante obra, los padres deben pedir y recibir ayuda divina. Aun cuando el carácter, los hábitos y las prácticas de los padres se hayan fundido en un molde inferior, si las lecciones que se les dieron en la infancia y la juventud han desarrollado en ellos un carácter deficiente, no necesitan desesperar. El poder de Dios puede transformar las tendencias heredadas y cultivadas; porque la religión de Jesús eleva. “Nacer otra vez” significa una transformación, un nuevo nacimiento en Cristo Jesús.[7]

Instruyamos a nuestros hijos en las enseñanzas de la Palabra. Si le invocáis, el Señor os responderá. Dirá: Aquí estoy; ¿qué quieres que haga por ti? El cielo está vinculado con la tierra a fin de que cada alma pueda ser capacitada para cumplir su misión. El Señor ama a esos hijos. Quiere que se críen comprendiendo su alta vocación.[8]

El Espíritu Santo os guiará—La madre debe sentir la necesidad de la dirección del Espíritu Santo, sentir que ella misma debe experimentar verdadera sumisión a los caminos y a la voluntad de

Dios. Entonces, por la gracia de Cristo, puede ser una maestra sabia, bondadosa y amante.[9]

Cristo ha tomado toda medida necesaria para que cada padre y madre que quiera ser dirigido por el Espíritu Santo reciba fuerza y gracia para enseñar en el hogar. Esta educación y disciplina en el hogar ejercerán una influencia modeladora.[10]

El poder divino se unirá al esfuerzo humano—Sin el esfuerzo humano, resulta vano el esfuerzo divino. Dios obrará con poder cuando, dependiendo confiadamente de él, los padres se despierten y vean la responsabilidad sagrada que descansa sobre ellos y procuren educar correctamente a sus hijos. Cooperará con los padres que con cuidado y oración enseñen a sus hijos y labren su propia salvación
[186] y la de ellos. Obrará en ellos el querer y el hacer según su propio beneplácito.[11]

El esfuerzo humano solo no ayudará a vuestros hijos a perfeccionar un carácter para el cielo; pero con la ayuda divina se puede realizar una obra grandiosa y santa.[12]

Cuando asumís vuestros deberes como padres con la fuerza de Dios, con la firme resolución de no cejar jamás en vuestros esfuerzos y de no abandonar vuestro puesto del deber en la lucha por hacer de vuestros hijos lo que Dios quiere que sean, entonces Dios os mira desde lo alto con aprobación. Sabe que estáis haciendo lo mejor que podéis, y aumentará vuestra fuerza. Hará él mismo la parte de la obra que el padre o la madre no puede hacer; cooperará con los esfuerzos sabios, pacientes y bien dirigidos de la madre que teme a Dios. Padres, Dios no se propone hacer la obra que él dejó para que vosotros la hagáis en el hogar. No debéis entregaros a la indolencia ni ser siervos perezosos, si queréis que vuestros hijos se salven de los peligros que los rodean en el mundo.[13]

En las pruebas aferraos a Jesús—Padres, aprovechad los rayos de luz divina que brillan sobre vuestra senda. Andad en la luz como Cristo está en la luz. Cuando emprendáis la obra de salvar a vuestros hijos y de conservar vuestra posición en el camino de santidad, se presentarán las pruebas más gravosas. Pero no perdáis vuestra confianza. Aferráos a Jesús. El dice: "¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz, sí, haga paz conmigo." Sobrevendrán dificultades. Arrostraréis obstáculos. Mirad constantemente a

Jesús. Al ocurrir una emergencia, preguntad: Señor, ¿qué debo hacer ahora?[14]

Cuanto más arrecie la batalla, tanto más necesitan [los padres] la ayuda de su Padre celestial, y tanto más notable será la victoria que obtengan.[15]

Luego obrad con fe—Con paciencia y amor, como fieles administradores de la múltiple gracia de Cristo, deben los padres hacer la [187] obra que les ha sido señalada. Se espera de ellos que sean hallados fieles. Todo debe hacerse con fe. Han de rogar constantemente a Dios que comunique su gracia a los hijos a quienes están criando. Nunca deben cansarse en su obra, ni ser impacientes o inquietos. Deben aferrarse a sus hijos y a Dios. Si los padres obran con paciencia y amor, esforzándose fervorosamente por ayudar a sus hijos a alcanzar la más alta norma de pureza y modestia, tendrán éxito.[16] [188]

[1] The Signs of the Times, 9 de septiembre de 1886.
[2] The Signs of the Times, 13 de septiembre de 1877.
[3] The Review and Herald, 25 de octubre de 1892.
[4] The Review and Herald, 6 de junio de 1899.
[5] The Review and Herald, 29 de enero de 1901.
[6] El Deseado de Todas las Gentes, 475, 476.
[7] The Review and Herald, 13 de abril de 1897.
[8] Manuscrito 31, 1909.
[9] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 98.
[10] Manuscrito 36, 1899.
[11] The Signs of the Times, 25 de septiembre de 1901.
[12] The Review and Herald, 25 de octubre de 1892.
[13] The Review and Herald, 10 de julio de 1888.
[14] Manuscrito 67, 1901.
[15] The Review and Herald, 30 de agosto de 1881.
[16] Manuscrito 138, 1898.

Sección 9—El padre, vínculo del hogar

Capítulo 34—Posición y responsabilidades del padre

Definición del esposo—El hogar es una institución proveniente de Dios. El ordenó que el círculo de la familia: el padre, la madre y los hijos, existiese en este mundo como una sociedad.[1]

La obra de hacer feliz el hogar no incumbe sólo a la madre. El padre tiene un papel importante que desempeñar. El esposo es el vinculador de los tesoros del hogar, y por su afecto fuerte, fervoroso y consagrado une a los miembros de la familia, la madre y los hijos, con los lazos más resistentes.[2]

Vi que son muy pocos los padres que se percatan de su responsabilidad [en lo que respecta a vincular los miembros de la familia unos con otros].[3]

Es cabeza de la familia—El esposo y padre es cabeza de la familia. Es justo que la esposa busque en él amor, simpatía y ayuda para la educación de los hijos, pues son de él tanto como de ella, y él tiene tanto interés como ella en el bienestar de ellos. Los hijos buscan sostén y dirección en el padre, quien necesita tener un concepto correcto de la vida y de las influencias y compañías que han de rodear a su familia. Ante todo, debería ser dirigido por el amor y temor de Dios y por la enseñanza de la Palabra divina, para poder
[189] encaminar los pasos de sus hijos por la buena senda....

El padre debe hacer cuanto esté de su parte por la felicidad del hogar. Cualesquiera que sean los cuidados y las perplejidades que le ocasionen sus negocios, no debe permitir que arrojen sombra sobre su familia; debe volver siempre a casa con la sonrisa y buenas palabras en los labios.[4]

Legislador y sacerdote—Todos los miembros de la familia giran alrededor del padre. Es el legislador y en su conducta viril ilustra las virtudes más austeras: la energía, la integridad, la honradez, la paciencia, el valor, la diligencia y la utilidad práctica. El padre es en un sentido el sacerdote de la familia, que dispone sobre el altar de Dios el sacrificio matutino y vespertino. La esposa y los hijos deben ser alentados a participar en esta ofrenda y también en el canto de

alabanza. A la mañana y a la noche, el padre, como sacerdote de la casa, debe confesar a Dios los pecados cometidos durante el día por él mismo y por sus hijos. Los pecados de los cuales ha tenido conocimiento y también los que permanecen secretos, que sólo vió el ojo divino, deben ser confesados. Esta norma, celosamente observada por el padre cuando está presente, o por la madre cuando él está ausente, resultará en bendiciones para la familia.[5]

En su familia, el padre representa al Legislador divino. Colabora con Dios cumpliendo los misericordiosos designios de él, afirmando a sus hijos en los principios justos, y habilitándolos para desarrollar un carácter puro y virtuoso, porque se anticipó a ocupar el alma con lo que habilitará a sus hijos para rendir obediencia no sólo a su padre terrenal sino también al celestial.[6]

El padre no debe traicionar su cometido sagrado. En ningún punto debe renunciar a su autoridad paterna.[7]

Debe andar con Dios—El padre ... ligará a sus hijos con el trono de Dios por una fe viva. Desconfiando de su propia fuerza, entrega a Jesús su alma desamparada y traba de la fortaleza del Altísimo. Hermanos, orad en casa, en vuestra familia, a la mañana y a la noche. [190] Orad fervorosamente en vuestra cámara; y mientras os dedicáis a vuestra labor diaria, elevad vuestra alma a Dios en oración. Así fué como Enoc anduvo con Dios. La plegaria silenciosa y ferviente del alma se elevará al trono de gracia como santo incienso y será tan aceptable para Dios como si fuese ofrecida en el santuario. Para todos los que le busquen, Cristo llega a ser una ayuda oportuna en tiempo de necesidad. Serán fuertes en el día de la prueba.[8]

Requiere madurez y experiencia—El padre no debe ser como un niño, al que mueven los impulsos. Está ligado a su familia por lazos sagrados y santos.[9]

Lo que será su influencia en el hogar será determinado por su conocimiento del único Dios verdadero y de Jesucristo a quien envió. “Cuando yo era niño—dice Pablo,—hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fuí hombre hecho, dejé lo que era de niño.” El padre debe destacarse a la cabeza de su familia, no como un niño crecido, pero indisciplinado, sino como un hombre de carácter viril, que domina sus pasiones. Debe obtener educación en una moral correcta. Su conducta en la vida familiar debe ser dirigida y refrenada por los principios puros de la Palabra

de Dios. Entonces crecerá hasta alcanzar la plena estatura de hombre en Cristo Jesús.[10]

Sométase a la voluntad de Dios—A un hombre que es esposo y padre, yo diría: Asegúrese de que rodea su alma una atmósfera pura y santa.... Debe aprender diariamente de Cristo. Nunca ha de manifestar un espíritu tiránico en el hogar. El hombre que lo hace obra asociado con agentes satánicos. Someta su voluntad a la de Dios. Haga cuanto pueda para que la vida de su esposa sea placentera y feliz. Haga de la Palabra de Dios su consejera. Viva en el hogar de acuerdo con las enseñanzas de ella. Entonces vivirá así en la
[191] iglesia y llevará estas enseñanzas consigo al lugar donde trabaja. Los principios del cielo ennoblecerán todas sus transacciones. Los ángeles de Dios cooperarán con Vd. y le ayudarán a revelar a Cristo ante el mundo.[11]

Oración apropiada para un esposo de genio vivo—No permita Vd. que los vejámenes de sus negocios ensombrezcan su vida en el hogar. Si al ocurrir cositas que no son exactamente como Vd. piensa que debieran ser, no sabe manifestar paciencia, longanimidad, bondad y amor, demuestra que no escogió por compañero a Aquel que tanto le amó que dió su vida por Vd., para que pudiese ser uno con él.

En la vida diaria tropezará con sorpresas repentinas, chascos y tentaciones. ¿Qué dice la Palabra? "Resistid al diablo," confiando firmemente en Dios, "y de vosotros huirá." "Echen mano ... de mi fortaleza, y hagan paz conmigo. ¡Sí, que hagan paz conmigo!" Mire a Jesús en todo momento y lugar, elevando una oración silenciosa y con corazón sincero para que pueda saber cómo hacer su voluntad. Entonces, cuando venga el enemigo como avenida de aguas el Espíritu del Señor levantará bandera en favor de Vd. contra ese enemigo. Cuando esté a punto de ceder, de perder la paciencia y el dominio propio y manifestar un espíritu duro y condenatorio, dispuesto a censurar y acusar, será el momento de elevar al cielo esta oración: "¡Ayúdame, oh Dios, a resistir la tentación, a desechar de mi corazón toda amargura, ira y maledicencia! Dame tu mansedumbre, tu humildad, tu longanimidad y tu amor. No me dejes deshonrar a mi Redentor, ni interpretar mal las palabras y los motivos de mi esposa, de mis hijos y de mis hermanos y hermanas en la fe. Ayúdame a ser bondadoso, compasivo, de corazón tierno y perdonador. Ayúdame a

ser verdadero vinculador de mi hogar y a representar el carácter de Cristo ante los demás."[12]

Ejerza su autoridad con humildad—No evidencia virilidad el esposo espaciándose constantemente en su puesto como cabeza de la familia. No aumenta el respeto hacia él cuando se le oye citar la [192]
Escritura para apoyar sus derechos a ejercer autoridad. No le hará más viril el requerir de su esposa, la madre de sus hijos, que actúe de acuerdo con los planes de él como si fuesen infalibles. El Señor ha constituido al esposo como cabeza de la esposa para que la proteja; él es el vínculo de la familia, el que une sus miembros, así como Cristo es cabeza de la iglesia y Salvador del cuerpo místico. Todo esposo que asevera amar a Dios debe estudiar cuidadosamente lo que Dios requiere de él en el puesto que ocupa. La autoridad de Cristo se ejerce con sabiduría, con toda bondad y amabilidad; así también ejerza su poder el esposo e imite la gran Cabeza de la iglesia.[13] [193]

[1] Manuscrito 36, 1899.
[2] The Signs of the Times, 13 de septiembre de 1877.
[3] Testimonies for the Church 1:547.
[4] El Ministerio de Curación, 303, 304.
[5] Testimonies for the Church 2:701.
[6] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1894.
[7] Carta 9, 1904.
[8] Testimonies for the Church 4:616.
[9] Testimonies for the Church 1:547.
[10] Manuscrito 36, 1899.
[11] Carta 272, 1903.
[12] Carta 105, 1893.
[13] Carta 18b, 1891.

Capítulo 35—Deben compartirse las cargas

El deber del padre no puede delegarse—El deber del padre hacia sus hijos no puede delegarse a la esposa. Si ella cumple su propio deber, tiene bastante carga que llevar. Únicamente si obran de concierto pueden el padre y la madre cumplir la obra que Dios confió a sus manos.[1]

El padre no debe excusarse de hacer su parte en la obra de educar a sus hijos para esta vida y para la inmortalidad. Debe compartir la responsabilidad. Tanto el padre como la madre tienen obligaciones. Los padres han de manifestarse mutuamente amor y respeto, si quieren ver estas cualidades desarrollarse en su hijos[2]

Con miradas animosas y buenas palabras, el padre debe alentar y sostener a la madre en su obra y sus cuidados.[3]

Procure ayudar a su esposa en el conflicto que la espera. Vele sobre sus palabras, cultive el refinamiento de los modales, la cortesía y amabilidad, y será recompensado por ello.[4]

Su tierno ministerio alivia la carga de la madre—Cualquiera que sea la vocación del padre y cualesquiera que sean sus perplejidades, debe él conservar en su casa el mismo rostro sonriente y tono placentero con que saludó todo el día a los visitantes y a los extraños. Sienta la esposa que puede apoyarse en los amplios afectos de su esposo, que los brazos de él la fortalecerán y sostendrán en todos sus afanes y cuidados, que su influencia apoyará la de ella, y su carga perderá la mitad de su peso. ¿Acaso no son los hijos tanto de él como de ella?[5]

[194] Es posible que la esposa asuma cargas a las cuales atribuya mayor importancia que al deber de ayudar a su esposo en el desempeño de su parte de la responsabilidad; y lo mismo se aplica al esposo. Los servicios tiernos son de valor. El esposo tiende a sentirse libre para salir y entrar en su hogar como huésped más bien que como vinculador del círculo familiar.[6]

Los deberes domésticos son sagrados e importantes; sin embargo a menudo adolecen de una monotonía cansadora. Los incontables

cuidados y perplejidades se vuelven irritantes cuando faltan la variedad y el alegre solaz que con frecuencia el esposo y padre podría concederle a ella si así lo decidiera, o más bien si considerase necesario o deseable hacerlo. La vida de la madre mientras cumple las tareas más humildes de la casa es una vida de abnegación incesante, y se agrava aún más si el esposo no aprecia las dificultades de su situación ni le da su apoyo.[7]

Sea considerado con una esposa débil—El esposo debe manifestar gran interés en su familia. Debe ser especialmente cuidadoso de los sentimientos de una esposa débil. Puede evitarle muchas enfermedades. Las palabras bondadosas, alegres y alentadoras resultarán mucho más eficaces que las medicinas más poderosas. Infundirán ánimo en el corazón de la abatida y desanimada esposa, y la alegría infundida a la familia por los actos y las palabras de bondad, recompensarán diez veces el esfuerzo hecho. El esposo debiera recordar que gran parte de la carga de educar a sus hijos recae sobre la madre, y que ella ejerce una gran influencia para modelar sus mentes. Esto debe inducirle a manifestar los sentimientos más tiernos, y a aliviar con solicitud sus cargas. Debe alentarla a apoyarse en su afecto, y a dirigir sus pensamientos hacia el cielo, donde hay fuerza, paz y descanso final para los cansados. No debe volver a la casa con la frente ceñuda, sino que su presencia debiera brindar alegría a la familia y estimular a la esposa a mirar hacia arriba y creer en Dios. Unidos, pueden aferrarse a las promesas de Dios y atraer su rica [195] bendición sobre la familia.[8]

Conduce con dulzura—Más de un marido y padre podría sacar provechosa lección del solícito cuidado del fiel pastor. Jacob, al verse instado a emprender difícil y apurada caminata, contestó:

"Los niños son tiernos,... tengo ovejas y vacas paridas; y si las fatigan, en un día morirán todas las ovejas.... Me iré poco a poco al paso de la hacienda que va delante de mí, y al paso de los niños."

En el camino penoso de la vida sepa el marido y padre ir "poco a poco" al paso en que pueda seguirle su compañera de viaje. En medio del gentío que corre locamente tras el dinero y el poder, aprenda el esposo y padre a medir sus pasos, a confortar y a sostener al ser humano llamado a andar junto a él....

Ayude el marido a su esposa con su simpatía y cariño constante. Si quiere que se conserve lozana y alegre, de modo que sea como un

rayo de sol en la familia, ayúdele a llevar sus cargas. La bondad y la amable cortesía que le demuestre serán para ella un precioso aliento, y la felicidad que sepa comunicarle allegará gozo y paz a su propio corazón....

Si la madre se ve privada del cuidado y de las comodidades que merece, si se le permite que agote sus fuerzas con el recargo de trabajo o con las congojas y tristezas, sus hijos se verán a su vez privados de la fuerza vital, de la flexibilidad mental y del espíritu siempre alegre que hubieran debido heredar. Mucho mejor será alegrar animosamente la vida de la madre, evitarle la penuria, el trabajo cansador y los cuidados deprimentes, a fin de conseguir que los hijos hereden una buena constitución, que les permita pelear las
[196] batallas de la vida con sus propias fuerzas.[9]

[197]

[1] Fundamentals of Christian Education, 69.
[2] The Signs of the Times, 22 de julio de 1889.
[3] The Signs of the Times, 13 de septiembre de 1877.
[4] Testimonies for the Church 2:84.
[5] Christian Temperance and Bible Hygiene, 70.
[6] Manuscrito 80, 1898.
[7] The Signs of the Times, 6 de diciembre de 1877.
[8] Joyas de los Testimonios 1:105, 106.
[9] El Ministerio de Curación, 289-291.

Capítulo 36—Sea compañero de sus hijos

Dedique tiempo a sus hijos—Por lo general, el padre pierde muchas áureas oportunidades de atraer a sus hijos y de vincularlos consigo. Al volver de su trabajo a casa, debe considerar como cambio placentero el pasar algún tiempo con sus hijos.[1]

Los padres deben descender de su falsa dignidad, negarse alguna satisfacción propia en lo que se relaciona con sus momentos de ocio, a fin de tratar con sus hijos, simpatizar con ellos en sus pequeñas dificultades, vincularlos con su propio corazón mediante fuertes lazos de amor y ejercer sobre sus mentes en desarrollo una influencia tal que sus consejos serán considerados como sagrados.[2]

Interésese especialmente en los varones—El padre de niños varones debe tratar íntimamente con sus hijos, darles el beneficio de su experiencia mayor, y hablar con ellos con tanta sencillez y ternura, que los vincule con su corazón. Debe dejarles ver que todo el tiempo busca sus mejores intereses y su felicidad.[3]

El que tiene una familia de varones debe comprender que, cualquiera que sea su vocación, nunca debe descuidar las almas confiadas a su cuidado. Trajo a estos hijos al mundo y se ha hecho responsable delante de Dios de hacer cuánto esté a su alcance para guardarlos de compañías malas y no santificadas. No debe dejar a sus varones inquietos totalmente bajo el cuidado de la madre. Esta carga es demasiado pesada para ella. Debe él ordenar las cosas de acuerdo con los mejores intereses de la madre y de los niños. Puede resultar muy [198]
difícil para la madre ejercer dominio propio y dirigir sabiamente la educación de sus hijos. En tal caso, el padre debe asumir una parte mayor de la carga. Debe resolver que hará los esfuerzos más decididos para salvar a sus hijos.[4]

Edúquelos para que sean útiles—Como cabeza de su familia, el padre debe entender como ha de educar a sus hijos para que sean útiles y cumplan su deber. Tal es la obra especial de él, la que supera toda otra labor. Durante los primeros años del niño la tarea de modelar su disposición incumbe principalmente a la madre; pero

ella debe sentir en todo momento que en su obra tiene la cooperación del padre. Si los negocios a los cuales se consagra él le impiden casi totalmente ser útil a su familia, debe procurar otro empleo que no le prive de dedicar algún tiempo a sus hijos. Si los descuida, resulta infiel al cometido que Dios le confió.

El padre puede ejercer sobre sus hijos una influencia más poderosa que las atracciones del mundo. Debe estudiar las inclinaciones y el carácter que manifiestan los miembros de su pequeño círculo, a fin de comprender sus necesidades y peligros y estar así preparado para reprimir lo malo y alentar lo bueno.[5]

Cualquiera que sea el carácter de su ocupación, no es de tanta importancia como para excusarle por descuidar la obra de educar y preparar a sus hijos para que anden en el camino del Señor.[6]

Conozca sus variadas disposiciones—El padre no debe dejarse absorber tanto por sus negocios o el estudio de los libros, que no pueda tomar tiempo para estudiar la naturaleza de sus hijos y sus necesidades. Debe ayudar a idear maneras para mantenerlos atareados en trabajos útiles que concuerden con sus diversas disposiciones.[7]

Padres, dedicad tanto tiempo como sea posible a estar con vues-
[199] tros hijos. Procurad familiarizaros con sus diversas disposiciones, a fin de saber educarlos en armonía con la Palabra de Dios. Nunca debe cruzar vuestros labios una palabra de desaliento. No introduzcáis tinieblas en el hogar. Sed amables, bondadosos y afectuosos con vuestros hijos, pero no seáis insensatamente indulgentes. Dejadles llevar sus pequeñas desilusiones, como cada uno debe llevarlas. No los estimuléis a acudir a vosotros con sus quejas mezquinas de unos contra otros. Enseñadles a soportarse unos a otros y a esforzarse por conservar la confianza y el respeto mutuos.[8]

Participe en sus trabajos y juegos—Padres,... combinad el cariño con la autoridad, la bondad y la simpatía con la firme represión. Dedicad a vuestros hijos algunas de vuestras horas de ocio; intimad con ellos; asociaos con ellos en sus trabajos y juegos, y ganad su confianza. Cultivad su amistad, especialmente la de vuestros hijos varones. De este modo ejerceréis sobre ellos una poderosa influencia para el bien.[9]

Enséñeles lecciones de la naturaleza—Procure el padre aligerar la tarea de la madre.... Háblele de las hermosas flores y los frondosos árboles, en cuyas hojas pueden notar la obra de Dios y su

amor. Debe enseñarles que el Dios que hizo todas estas cosas ama lo bello y lo bueno. Cristo aconsejó a sus discípulos que reparasen en las flores del campo y en las aves del aire, les indicó cómo Dios cuida de ellas y presentó este hecho como prueba de que cuidará del hombre, que es más importante que las aves o las flores. Explique a los niños que por mucho tiempo que se desperdicie en atavíos, nuestro aspecto no podrá compararse en gracia y belleza con el de las flores más sencillas del campo. Esto desviará su atención de lo artificial a lo natural. Aprenderán que Dios les dió todas estas bellezas para que las disfruten y quiere que ellos le concedan los afectos mejores y más santos de su corazón.[10]

Puede llevarlos al jardín y mostrarles los capullos que se abren y los variados matices de las flores. Por tales medios puede inculcarles las lecciones más importantes acerca del Creador, al abrir delante [200] de ellos el gran libro de la naturaleza, donde el amor de Dios se expresa en cada árbol y en cada flor y brizna de hierba. Puede convencer su espíritu de que si Dios se interesa tanto por los árboles y las flores, mayor cuidado tendrá aún por los seres formados a su imagen. Puede inducirles temprano a comprender que Dios desea que sus hijos sean hermosos, no por adornos artificiales, sino por la belleza de su carácter, los encantos de la bondad y del afecto, que harán palpitar sus corazones de gozo y felicidad.[11] [201]

[1] The Signs of the Times, 6 de diciembre de 1877.
[2] Ibid.
[3] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 98.
[4] Manuscrito 79, 1901.
[5] The Review and Herald, 30 de agosto de 1881.
[6] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1894.
[7] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 98.
[8] Manuscrito 60, 1903.
[9] El Ministerio de Curación, 304.
[10] Christian Temperance and Bible Hygiene, 70.
[11] The Signs of the Times, 6 de diciembre de 1877.

Capítulo 37—Lo que no debe ser el esposo

El que espera demasiado de su esposa—En la mayoría de las familias, hay niños de diversas edades, algunos de los cuales necesitan no sólo la atención y sabia disciplina de la madre, sino también la influencia más severa, aunque afectuosa, del padre. Pocos son los padres que dan a este asunto su debida importancia. Son negligentes acerca de su deber y así acumulan gravosas cargas sobre la madre, al mismo tiempo que, basándose en su propio juicio, se permiten criticar y condenar las acciones de ella. Con frecuencia, la pobre esposa y madre, abrumada por la impresión de responsabilidad y censura, se siente culpable y llena de remordimiento por lo que ha hecho inocentemente o por ignorancia, y que era, en muchos casos, lo mejor que podía hacerse en las circunstancias vigentes. Y sin embargo, cuando debieran apreciarse y aprobarse sus penosos esfuerzos e infundir alegría a su corazón, se ve obligada a andar bajo una nube de pesar y condenación porque su esposo, mientras pasa por alto su propio deber, espera de ella que cumpla el de ambos en forma satisfactoria para él, sin tener en cuenta las circunstancias que puedan impedirlo.[1]

Muchos esposos no entienden ni aprecian suficientemente los cuidados y perplejidades que sufren sus esposas, generalmente apresadas todo el día en un ciclo interminable de deberes caseros. Con frecuencia regresan ellos a casa con frente ceñuda y no aportan alegría al círculo familiar. Si la comida no está lista a tiempo, la
[202] esposa cansada, que a menudo es a la vez ama de casa, enfermera, cocinera y sirvienta, es saludada con críticas. El esposo exigente puede condescender a recibir de los brazos cansados de la madre el niño molesto, para que ella pueda apresurar los preparativos de la comida familiar; pero si el niño es inquieto y se agita en los brazos de su padre, éste muy rara vez considera que es su deber actuar como nodriza para tratar de calmarlo. No se detiene a considerar cuántas horas la madre ha soportado la agitación del pequeñuelo, sino que exclama con impaciencia: "¡A ver, mamá, si atiendes a *tu* hijo!" ¿No

es acaso hijo de él tanto como de ella? ¿No tiene acaso él obligación natural de llevar pacientemente su parte de la carga que representa criar a los hijos?[2]

Consejos a un esposo autoritario—Su vida sería mucho más feliz si Vd. no se creyese investido de autoridad absoluta por ser esposo y padre. Su práctica demuestra que interpreta erróneamente su posición de vinculador en la casa. Manifiesta nerviosidad y un espíritu autoritario. A menudo deja ver mucha falta de juicio, y, cualquiera que sea su opinión acerca de su propia conducta en tales ocasiones, es imposible que su esposa y sus hijos la tengan por consecuente. Una vez que tomó una decisión, rara vez está dispuesto a revocarla. Se obstina en llevar a cabo sus planes aun cuando muchas veces su conducta es errónea y debiera reconocerlo. Lo que Vd. necesita es muchísimo más amor y tolerancia, y menos determinación para salirse con la suya en palabras y en hechos. Si se empeña en el camino que sigue ahora, en vez de ser vinculador de su familia, será instrumento de opresión y angustia para los demás....

Al tratar de obligar a otros a cumplir sus ideas en todo detalle, Vd. ocasiona a menudo mayor daño que si cediese en tales puntos. Esto sucede aun en las ocasiones en que sus ideas sean correctas en sí, pero no lo son en muchas cosas. Resultan exageradas como consecuencia de las peculiaridades de su organización; por lo tanto [203] Vd. insiste en imponer lo incorrecto en forma enérgica e irracional.[3]

Vd. tiene opiniones peculiares acerca de cómo gobernar su familia. Ejerce un poder independiente y arbitrario, que no tolera en derredor suyo ninguna libertad de voluntad. Se considera suficiente para ser jefe de su familia y piensa que su cabeza basta para hacer actuar a cada miembro como una máquina es movida por las manos de los obreros. Vd. dicta y asume autoridad. Esto desagrada al Cielo y contrista a los compasivos ángeles. Vd. se ha conducido en su familia como si fuese el único capaz de gobernarse a sí mismo. Se ha ofendido porque su esposa se atreviera a oponerse a una opinión suya o a dudar de sus decisiones.[4]

Esposos inquietos y preocupados—Esposos, dad a vuestras esposas oportunidad de vivir su vida espiritual.... Muchos cultivan la disposición al enfado al punto que se vuelven como niños grandes. No dejan atrás esta fase de su vida infantil. Conservan estos sentimientos hasta entorpecer y empequeñecer toda la vida por sus quejas

y querellas. Y hacen esto no sólo con su propia vida sino también con la ajena. Les acompaña el espíritu de Ismael, cuya mano se levantaba contra todos, y la de todos contra él.[5]

El esposo egoísta y malhumorado—El Hno. B. no tiene un temperamento que alegre a su familia. En esto conviene que empiece a obrar. Se asemeja más a una nube que a un rayo de luz. Es demasiado egoísta para dirigir palabras de aprobación a los miembros de su familia, especialmente a la persona que debiera ser objeto de su amor y tierno respeto. Es malhumorado, intolerante y autoritario. Con frecuencia pronuncia palabras mordaces cuyas heridas él no trata de curar suavizando su ánimo, reconociendo sus defectos y confesando su mal proceder....

El Hno. B. debe ablandarse; debe cultivar el refinamiento y la
[204] cortesía. Debiera ser muy tierno y amable para con su esposa, que es su igual en todo respecto; no debiera pronunciar una palabra capaz de echar una sombra sobre el corazón de ella. Debe comenzar en casa la obra de reforma, cultivar el afecto y vencer los rasgos duros y toscos de su disposición carente de generosidad.[6]

El esposo y padre malhumorado, egoísta y autoritario no sólo se hace infeliz, sino que aflige a todos los de la casa. Cosechará lo que sembró, viendo a su mujer desanimada y enfermiza, y a sus hijos contaminados con su propio genio displicente.[7]

A un esposo egotista e intolerante—Vd. espera demasiado de su esposa y de sus hijos. Los censura demasiado. Si Vd. mismo estimulara una disposición alegre y feliz, y les hablase con bondad y ternura, introduciría alegría en su morada en vez de nubes, pesar y desdicha. Estima demasiado su propia opinión; ha tomado a veces decisiones extremas, y no ha permitido que el juicio de su esposa tuviese en su familia el peso que debiera tener. No ha estimulado su propio respeto hacia su esposa ni ha enseñado a sus hijos a acatar el juicio de ella. No la ha hecho su igual sino que ha tomado en sus propias manos las riendas del gobierno y las ha sostenido con asidero firme. No tiene una disposición afectuosa, ni manifiesta simpatía. Es necesario que Vd. cultive estos rasgos de carácter si quiere ser vencedor y que la bendición de Dios descanse sobre su familia.[8]

A quien desprecia la cortesía cristiana—Vd. ha considerado como debilidad el ser bondadoso, tierno y lleno de simpatía. Le ha parecido indigno de sí hablar a su esposa con ternura y amabilidad.

Está equivocado acerca de lo que constituye la verdadera virilidad y dignidad. La disposición a no ejecutar actos de bondad es una debilidad manifiesta y un defecto de su carácter. Lo que Vd. consideraría debilidad Dios lo tiene por verdadera cortesía cristiana, que todo creyente debe ejercer porque es el espíritu que Cristo manifestó.[9] [205]

Debe merecer amor y afecto—Si el esposo es tiránico, exigente y critica las acciones de su esposa, no puede conservar su respeto y afecto, y la relación matrimonial llegará a ser odiosa para ella. No amará a su esposo, porque él no procura hacerse digno de ser amado. Los esposos deben ser cuidadosos, atentos, constantes, fieles y compasivos. Deben manifestar amor y simpatía.... Cuando el esposo tiene la nobleza de carácter, la pureza de corazón y la elevación mental que debe poseer todo verdadero cristiano, ello será puesto de manifiesto en las relaciones matrimoniales.... Procurará mantener a su esposa con salud y buen ánimo. Se esforzará por pronunciar palabras de consuelo, y por crear en el círculo del hogar una atmósfera de paz.[10] [206]

---

[1] The Signs of the Times, 6 de diciembre de 1877.
[2] Ibid.
[3] Carta 19a, 1891.
[4] Testimonies for the Church 2:253.
[5] Carta 107, 1898.
[6] Testimonies for the Church 4:36, 37.
[7] El Ministerio de Curación, 290.
[8] Testimonies for the Church 4:255.
[9] Testimonies for the Church 4:256.
[10] Manuscrito 17, 1891.

Sección 10—La reina de la familia

Capítulo 38—Posición y responsabilidades de la madre

Igual al esposo—La mujer debe ocupar el puesto que Dios le designó originalmente como igual a su esposo. El mundo necesita madres que lo sean no sólo de nombre sino en todo sentido de la palabra. Puede muy bien decirse que los deberes distintivos de la mujer son más sagrados y más santos que los del hombre. Comprenda ella el carácter sagrado de su obra y con la fuerza y el temor de Dios, emprenda su misión en la vida. Eduque a sus hijos para que sean útiles en este mundo y obtengan un hogar en el mundo mejor.[1]

La esposa y madre no debe sacrificar su fuerza ni dejar dormir sus facultades apoyándose por completo en su esposo. La individualidad de ella no puede fundirse en la de él. Debe considerar que tiene igualdad con su esposo, que debe estar a su lado permaneciendo fiel en el puesto de su deber y él en el suyo. Su obra en la educación de sus hijos es en todo respecto tan elevadora y ennoblecedora como cualquier puesto que el deber de él le llame a ocupar, aun cuando fuese la primera magistratura de la nación.[2]

La reina del hogar—Al rey en su trono no incumbe una obra superior a la de la madre. Esta es la reina de su familia. A ella le toca modelar el carácter de sus hijos, a fin de que sean idóneos para la
[207] vida superior e inmortal. Un ángel no podría pedir una misión más elevada; porque mientras realiza esta obra la madre está sirviendo a Dios. Si tan sólo comprende ella el alto carácter de su tarea, le inspirará valor. Percátese del valor de su obra y vístase de toda la armadura de Dios a fin de resistir a la tentación de conformarse con la norma del mundo. Ella obra para este tiempo y para la eternidad.[3]

La madre es la reina del hogar, y los niños son sus súbditos. Ella debe gobernar sabiamente su casa, en la dignidad de su maternidad. Su influencia en el hogar ha de ser suprema; su palabra, ley. Si ella es cristiana, bajo la dirección de Dios, conquistará el respeto de sus hijos.[4]

Se debe enseñar a los niños a considerar a su madre, no como una esclava cuyo trabajo consiste en servirlos, sino como una reina que ha de guiarlos y dirigirlos enseñándoles renglón tras renglón, precepto tras precepto.[5]

Comparación gráfica de valores—Rara vez aprecia la madre su propia obra y a menudo atribuye un valor tan bajo a su labor que la considera como pesada rutina doméstica. Hace lo mismo día tras día, semana tras semana, sin ver resultados especialmente notables. Al fin del día no puede contar las muchas cositas que ha hecho. En comparación con lo que ha logrado su esposo, le parece que no ha hecho cosa alguna digna de mención.

Con frecuencia el padre vuelve con aire satisfecho de sí mismo y relata orgullosamente lo que ha logrado durante el día. Sus palabras indican que ahora la madre debe servirle, porque ella no ha hecho gran cosa fuera de cuidar a los niños, preparar la comida y mantener la casa en orden. No ha actuado como negociante, pues nada ha comprado o vendido; no ha labrado la tierra; no ha actuado como mecánica; por lo tanto no ha hecho nada que la canse. El critica, censura y dicta como si fuese el señor de la creación. Esto resulta tanto más duro de soportar para la esposa y madre por cuanto se ha cansado mucho cumpliendo su deber durante el día, sin que pueda [208] verse lo que ha hecho, y ella se descorazona realmente.

Si se descorriese el velo y ambos padres pudieran ver el trabajo del día como Dios lo ve, y discernir como su ojo infinito compara la labor de ambos, se asombrarían ante la revelación celestial. El padre consideraría sus labores con más modestia, mientras que la madre cobraría nuevo valor y energía para proseguir su tarea con sabiduría, perseverancia y paciencia. Conocería entonces su labor. Mientras que el padre trató con cosas perecederas que pasarán, la madre contribuyó a desarrollar mentes y caracteres y trabajó no sólo para este tiempo, sino para la eternidad.[6]

Dios le señaló su obra—¡Ojalá que cada madre pudiera percatarse de cuán importantes son sus deberes y sus responsabilidades y de cuán grande será la recompensa de su fidelidad![7]

La madre que asume animosamente los deberes que le tocan directamente verá que la vida le resulta preciosa porque Dios le dió una obra que hacer. En esta obra no necesita forzosamente empequeñecer su mente ni dejar que su intelecto se debilite.[8]

La obra de la madre le fué asignada por Dios, a saber la de criar a sus hijos en la disciplina y admonición del Señor. Debe recordar siempre a sus tiernos intelectos el amor y temor de Dios. Cuando los corrige, debe enseñarles a considerar que son amonestados por Dios, a quien desagradan el engaño, la falsedad y las malas acciones. De esta manera el espíritu de los pequeñuelos podrá relacionarse con Dios en forma tal que todo lo que hagan y digan será para gloria de él; y en años ulteriores no serán como el junco bajo el viento y no vacilarán continuamente entre sus inclinaciones y el deber.[9]

Conducirlos a Jesús no es todo lo que se requiere.... Estos niños han de ser educados y preparados para llegar a ser discípulos de
[209] Cristo, para "que nuestros hijos sean como plantas crecidas en su juventud; nuestras hijas como las esquinas labradas a manera de las de un palacio." A la madre incumbe esta obra de modelado, refinamiento y pulimento. El carácter del niño debe ser desarrollado. La madre debe grabar en las tablillas del corazón lecciones tan perdurables como la eternidad; y tendrá por cierto que arrostrar el desagrado del Señor si descuida esta obra sagrada o permite que cualquier cosa la estorbe en ella.... La madre cristiana tiene su obra, que Dios le ha señalado, y no la descuidará si vive en estrecha relación con Dios y compenetrada de su Espíritu.[10]

Su grande y noble misión—A toda madre se le confían oportunidades de valor inestimable e intereses infinitamente valiosos. El humilde conjunto de deberes que las mujeres han llegado a considerar como una tarea tediosa debiera ser mirado como una obra noble y grandiosa. La madre tiene el privilegio de beneficiar al mundo por su influencia, y al hacerlo impartirá gozo a su propio corazón. A través de luces y sombras, puede trazar sendas rectas para los pies de sus hijos, que los llevarán a las gloriosas alturas celestiales. Pero sólo cuando ella procura seguir en su propia vida el camino de las enseñanzas de Cristo, puede la madre tener la esperanza de formar el carácter de sus niños de acuerdo con el modelo divino.[11]

Entre todas las actividades de la vida, el deber más sagrado de la madre es para con sus hijos. Pero ¡cuán a menudo se deja de lado este deber para buscar alguna satisfacción egoísta! A los padres han sido confiados los intereses actuales y eternos de sus hijos. Han de empuñar las riendas del gobierno y guiar a sus familias para que

honren a Dios. La ley de Dios debe ser su norma, y el amor debe regir en todo.[12]

No hay obra mayor ni más santa—Si entran en la obra hombres casados, dejando a sus esposas en casa para que cuiden a los niños, la esposa y madre está haciendo una obra tan grande e importante como la que hace el esposo y padre. Mientras que el uno está [210] en el campo misionero, la otra es misionera en el hogar, y con frecuencia sus ansiedades y cargas exceden en mucho a las del esposo y padre. La obra de la madre es solemne e importante.... El esposo puede recibir honores de los hombres en el campo misionero, mientras que la que se afana en casa no recibe reconocimiento terreno alguno por su labor; pero si trabaja en pro de los mejores intereses de su familia, tratando de formar su carácter según el Modelo divino, el ángel registrador la anotará como uno de los mayores misioneros del mundo. Dios no ve las cosas como las percibe la visión finita del hombre.[13]

La madre es agente de Dios para hacer cristiana a su familia. Debe dar un ejemplo de religión bíblica y demostrar como la influencia de esta religión ha de regirnos en los deberes y placeres diarios, al enseñar a sus hijos que pueden salvarse únicamente por la gracia, mediante la fe, que es don de Dios. Esta enseñanza constante acerca de lo que Cristo es para nosotros y para ellos y acerca de su amor, su bondad y su misericordia revelados en el gran plan de salvación, dejará en el corazón impresiones santificadas y sagradas.[14]

La educación de los hijos constituye una parte importante del plan de Dios para demostrar el poder del cristianismo. Incumbe a los padres una responsabilidad solemne en cuanto a educar a sus hijos de tal manera que cuando salgan al mundo, harán bien y no mal a aquellos con quienes traten.[15]

Colabora con el pastor—El ministro tiene su tarea, y la madre tiene la suya. Ella debe llevar a sus hijos a Jesús para que los bendiga. Debe apreciar las palabras de Cristo y enseñarlas a sus hijos. Desde la infancia de éstos debe enseñarles a ejercer dominio propio y abnegación, así como hábitos de aseo y orden. La madre puede criar a sus hijos de tal manera que acudirán a escuchar con corazón abierto y tierno las palabras de los siervos de Dios. El Señor necesita madres que en todo ramo de la vida hogareña aprovechen los talentos que él [211] les dió y preparen a sus hijos para la familia del cielo.

Mediante un fiel trabajo doméstico, se sirve al Señor tanto, o aun más, que al enseñar la Palabra. Tan ciertamente como lo son los maestros en la escuela, los padres y las madres deben considerarse como educadores de sus hijos.[16]

La esfera de utilidad que incumbe a la madre cristiana no debe quedar estrechada por su vida doméstica. La influencia saludable que ella ejerce en el círculo familiar puede hacerla sentir, y así lo hará, en una utilidad más amplia dentro de su vecindario y en la iglesia de Dios. El hogar no es una cárcel para la esposa y madre consagrada.[17]

Tiene una misión vitalicia—Comprenda la mujer el carácter sagrado de su obra y, con la fuerza de Dios y temiéndole, emprenda su misión en la vida. Eduque a sus hijos para que sean útiles en este mundo e idóneos para el mundo mejor. Nos dirigimos a las madres cristianas. Les suplicamos que sientan su responsabilidad como madres y no vivan para agradarse a sí mismas, sino para glorificar a Dios. Cristo no se complació a sí mismo, sino que asumió forma de siervo.[18]

El mundo rebosa de influencias corruptoras. Las modas y las costumbres ejercen sobre los jóvenes una influencia poderosa. Si la madre no cumple su deber de instruir, guiar y refrenar a sus hijos, éstos aceptarán naturalmente lo malo y se apartarán de lo bueno. Acudan todas las madres a menudo a su Salvador con la oración: "¿Qué orden se tendrá con el niño, y qué ha de hacer?" Cumpla ella las instrucciones que Dios dió en su Palabra, y se le dará sabiduría a medida que la necesite.[19]

Reproduce la semejanza divina—Hay un Dios en lo alto, y la luz y gloria de su trono iluminan a la madre fiel que procura educar a sus hijos para que resistan a la influencia del mal. Ninguna otra obra puede igualarse en importancia con la suya. La madre no tiene, a semejanza del artista, alguna hermosa figura que pintar en un lienzo,
[212] ni como el escultor, que cincelarla en mármol. Tampoco tiene, como el escritor, algún pensamiento noble que expresar en poderosas palabras, ni que manifestar, como el músico, algún hermoso sentimiento en melodías. Su tarea es desarrollar con la ayuda de Dios la imagen divina en un alma humana.

La madre que aprecie esta obra considerará de valor inapreciable sus oportunidades. Por lo tanto, mediante su propio carácter y sus

métodos de educación, se empeñará en presentar a sus hijos el más alto ideal. Con fervor, paciencia y valor, se esforzará por perfeccionar sus propias aptitudes para valerse de ellas con acierto en la educación de sus hijos. A cada paso se preguntará con fervor: "¿Qué ha dicho Dios?" Estudiará su Palabra con diligencia. Tendrá sus miradas fijas en Cristo, para que su experiencia diaria, en el humilde círculo de sus cuidados y deberes, sea reflejo fiel de la única Vida verdadera.[20]

Inscrita en el libro de fama inmortal—La abnegación y la cruz son nuestra porción. ¿Las aceptaremos? Ninguno de nosotros necesita esperar que cuando vengan sobre nosotros las últimas grandes pruebas se desarrollará un espíritu abnegado y patriótico en un momento porque lo necesitamos. No, en verdad. Este espíritu debe fusionarse con nuestra experiencia diaria, e infundirse en la mente y el corazón de nuestros hijos, tanto por los preceptos como por el ejemplo. Las madres de Israel pueden no ser guerreras ellas mismas, pero pueden criar guerreros que se ciñan toda la armadura y peleen virilmente las batallas del Señor.[21]

Madres, en gran medida, el destino de vuestros hijos está en vuestras manos. Si no cumplís vuestro deber, los colocaréis tal vez en las filas del enemigo y los haréis sus agentes para arruinar almas; pero mediante un ejemplo piadoso y una disciplina fiel podéis conducirlos a Cristo y hacerlos instrumentos en sus manos para salvar a muchas almas.[22]

Su obra [la de la madre cristiana], si la cumple fielmente en Dios, quedará inmortalizada. Las esclavas de la moda no verán [213]
ni comprenderán nunca la belleza inmortal que reviste la obra de esa madre cristiana, y se burlarán de sus nociones anticuadas y de su vestido sencillo y sin adornos, mientras que la Majestad del cielo inscribirá el nombre de aquella madre fiel en el libro de fama inmortal.[23]

Los momentos no tienen precio—Toda la vida de Moisés y la gran misión que cumplió como caudillo de Israel dan fe de la importancia de la obra de una madre piadosa. Ninguna otra tarea se puede igualar a ésta.... Los padres debieran dirigir la instrucción y la educación de sus hijos mientras son niños, con el propósito de que sean piadosos. Son puestos bajo nuestro cuidado para que los eduquemos, no como herederos del trono de un imperio terrenal,

sino como reyes para Dios, que han de reinar al través de las edades sempiternas.

Comprenda toda madre que su tiempo no tiene precio; su obra ha de probarse en el solemne día de la rendición de cuentas. Entonces se hallará que muchos fracasos y crímenes de los hombres y mujeres fueron resultado de la ignorancia y negligencia de quienes debieron haber guiado sus pies infantiles por el camino recto. Entonces se hallará que muchos de los que beneficiaron al mundo con la luz del genio, la verdad y santidad, recibieron de una madre cristiana y
[214] piadosa los principios que fueron la fuente de su influencia y éxito.[24]

[215]

[1] Christian Temperance and Bible Hygiene, 77.
[2] Pacific Health Journal, junio de 1890.
[3] The Signs of the Times, 16 de marzo de 1891.
[4] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 86.
[5] Carta 272, 1903.
[6] The Signs of the Times, 13 de septiembre de 1877.
[7] The Signs of the Times, 11 de octubre de 1910.
[8] Pacific Health Journal, junio de 1890.
[9] Good Health, enero de 1880.
[10] Ibid.
[11] Historia de los Patriarcas y Profetas, 618.
[12] The Signs of the Times, 16 de marzo de 1891.
[13] Obreros Evangélicos, 214.
[14] The Review and Herald, 15 de septiembre de 1891.
[15] Manuscrito 49, 1901.
[16] Manuscrito 32, 1899.
[17] Pacific Health Journal, junio de 1890.
[18] Testimonies for the Church 3:565, 566.
[19] Historia de los Patriarcas y Profetas, 618.
[20] El Ministerio de Curación, 292.
[21] Joyas de los Testimonios 2:30.
[22] The Signs of the Times, 11 de marzo de 1886.
[23] The Signs of the Times, 13 de septiembre de 1877.
[24] Historia de los Patriarcas y Profetas, 249, 250.

Capítulo 39—Influencia de la madre

Llega hasta la eternidad—La esfera de la madre puede ser humilde; pero su influencia, unida a la del padre, es tan perdurable como la eternidad. Después de Dios, el poder de la madre en favor del bien es el más fuerte que se conozca en la tierra.[1]

La influencia de la madre no cesa nunca; y si se hace sentir siempre en favor del bien, el carácter de sus hijos atestiguará el fervor y valor moral de ella. Su sonrisa y estímulo pueden ser una fuerza que inspire. Puede comunicar alegría al corazón de su hijito mediante una palabra de amor, una sonrisa de aprobación....

Cuando su influencia está de parte de la verdad y la virtud, cuando la sabiduría divina guía a la madre, ¡cuánto poder ejercerá su vida en favor de Cristo! Su influencia llegará a través del tiempo hasta la eternidad. ¡Cuán solemne es pensar que las miradas, palabras y acciones de la madre darán fruto en la eternidad, y que de su influencia resultará la salvación o la ruina de muchos![2]

Muy poco se percata la madre de que su influencia en la educación juiciosa de sus hijos atraviesa con tanto poder las vicisitudes de esta vida para extenderse hasta la venidera e inmortal. Para formar un carácter de acuerdo con el Modelo celestial se requiere mucha labor fiel, ferviente y perseverante; pero será recompensada, porque Dios es galardonador de todo trabajo bien dirigido en la salvación de almas.[3]

Tal madre, tales hijos—El vínculo terrenal más tierno es el que [216] liga a la madre con su hijo. Este queda más impresionado por la vida y el ejemplo de la madre que por la del padre, porque aquélla y el niño se ven unidos por un vínculo más fuerte y tierno.[4]

Los pensamientos y sentimientos de la madre ejercerán una influencia poderosa sobre el legado que deje a su hijo. Si ella permite que su mente se espacie en sus propios sentimientos, si cede al egoísmo, si es regañona y exigente, la disposición de su hijo lo reflejará. Así es como muchos han recibido en herencia tendencias casi invencibles hacia el mal. El enemigo de las almas comprende

este asunto mucho mejor que numerosos padres. Despliega sus tentaciones contra la madre, sabiendo que si ella no le resiste, él puede por su intermedio afectar a su hijo. La única esperanza de la madre se cifra en Dios. A él puede huir en procura de fuerza y gracia; y su búsqueda no será en vano.[5]

Una madre cristiana estará siempre bien despierta para discernir los peligros que rodeen a sus hijos. Mantendrá su alma en una atmósfera pura y santa; regirá su genio y sus principios por la Palabra de Dios y, haciendo fielmente su deber, vivirá por encima de las mezquinas tentaciones que siempre la asaltarán.[6]

Sana influencia de una madre paciente—En el transcurso del día se oye gritar muchas veces: ¡Mamá, mamá! Primero el llamamiento es el de una voz angustiada, y luego de otra. En respuesta, la madre debe volverse de un lado a otro para atender a las demandas. Uno de los hijos está en dificultad y necesita que la sabia cabeza de la madre lo libre de su perplejidad. Otro está tan complacido con alguno de sus juguetes que quiere que su madre lo vea, pues piensa que le agradará tanto como a él. Una palabra de aprobación infundirá alegría a su corazón por varias horas. Muchos preciosos rayos de luz y gozo puede derramar la madre aquí y allí entre sus preciosos
[217] pequeñuelos ¡Cuán estrechamente puede ligarlos a su corazón, de modo que su presencia transforme para ellos cualquier lugar en el más asoleado del mundo!

Pero con frecuencia esas numerosas pruebas menudas, que casi no parecen merecer atención, agotan la paciencia de la madre. Las manos traviesas y los pies inquietos le ocasionan mucho trabajo y perplejidad. Debe sujetar firmemente las riendas del dominio propio, o escaparán de sus labios palabras de impaciencia. Vez tras vez está a punto de perder la calma, pero una oración silenciosa dirigida a su Redentor compasivo serena sus nervios, y puede dominarse con tranquila dignidad. Habla con voz queda, pero le ha costado un esfuerzo refrenar las palabras duras y subyugar los sentimientos de ira, que, de haberse expresado, habrían destruído su influencia, cuya reconquista habría requerido tiempo.

Los niños tienen la percepción rápida, y disciernen los tonos pacientes y amorosos en contraste con las órdenes impacientes y apasionadas, que desecan el raudal del amor y del afecto en los

corazones infantiles. La verdadera madre cristiana no ahuyentará a sus hijos de su presencia por su irritación y falta de amor y simpatía.[7]

Amolda mentes y caracteres—Esta responsabilidad recae principalmente sobre la madre, que con su sangre vital nutre al niño y forma su armazón física, le comunica también influencias intelectuales y espirituales que tienden a formar la inteligencia y el carácter. Jocabed, la madre hebrea de fe robusta y que no temía "el mandamiento del rey," fué la mujer de la cual nació Moisés, el libertador de Israel. Ana, la mujer que oraba, abnegada y movida por la inspiración celestial, dió a luz a Samuel, el niño instruído por el Cielo, el juez incorruptible, el fundador de las escuelas sagradas de Israel. Elisabet, la parienta de María de Nazaret y animada del mismo espíritu que ésta, fué madre del precursor del Salvador.[8]

Lo que el mundo debe a las madres—El día de Dios revelará [218] cuánto debe el mundo a las madres piadosas por los hombres que defendieron resueltamente la verdad y las reformas, hombres que fueron audaces para obrar y avanzar, que permanecieron indómitos entre pruebas y tentaciones; hombres que antes que los honores mundanales o la vida misma prefirieron los altos y santos intereses de la verdad y de la gloria de Dios.[9]

Madres, despertad y reconoced que vuestra influencia y vuestro ejemplo afectan el carácter y el destino de vuestros hijos; y en vista de vuestra responsabilidad, desarrollad una mente bien equilibrada y un carácter puro, que reflejen tan sólo lo verdadero, lo bueno y lo bello.[10] [219]

[1] Good Health, marzo de 1880.
[2] The Signs of the Times, 16 de marzo de 1891.
[3] Good Health, julio de 1880.
[4] Testimonies for the Church 2:536.
[5] The Signs of the Times, 13 de septiembre de 1910.
[6] Carta 69, 1896.
[7] The Signs of the Times, 13 de septiembre de 1877.
[8] El Ministerio de Curación, 287, 288.
[9] The Signs of the Times, 11 de octubre de 1910.
[10] The Signs of the Times, 9 de septiembre de 1886.

Capítulo 40—Falsos conceptos acerca de la obra materna

Tiende a restar importancia a su obra—Con frecuencia le parece a la madre que su trabajo es un servicio sin importancia, una obra que rara vez se aprecia; y que los demás saben muy poco de sus muchas cuitas y ocupaciones. Si bien sus días están ocupados con una larga lista de pequeños deberes, todos los cuales exigen esfuerzos pacientes, dominio propio, tacto, sabiduría y amor abnegado, ella no puede jactarse de haber realizado algo grande. Tan sólo ha logrado que las cosas del hogar marchen suavemente. A menudo cansada y perpleja, ha procurado hablar bondadosamente a los niños, mantenerlos ocupados y felices, guiando sus piecitos en la buena senda. Y le parece que no logró nada. Pero no es así. Los ángeles celestiales observan a la madre agobiada, y toman nota de la carga que lleva día tras día. Tal vez su nombre no haya sido oído en el mundo, pero está escrito en el libro de la vida del Cordero.[1]

La esposa y madre fiel ... cumplirá sus deberes con dignidad y buen ánimo; no considerará que sea degradante hacer con sus propias manos cuanto sea necesario hacer en una casa bien ordenada.[2]

No es inferior al servicio misionero—¡Cuán importante es esta obra! Y sin embargo oímos a algunas madres suspirar por la obra misionera. Si tan sólo pudiesen ir a algún país extranjero, consi-
[220] derarían que eso sería hacer algo que vale la pena. Pero la asunción de los deberes diarios en el hogar y el cumplimiento de ellos les parecen tarea agotadora e ingrata.[3]

Las madres que suspiran por un campo misionero lo tienen a mano en el círculo de su propio hogar.... ¿No son las almas de sus hijos de tanto valor como las de los paganos? ¡Con cuánto cuidado y ternura debe ella observar sus mentes que se desarrollan y vincular con Dios todos los pensamientos de ellos! ¿Quién puede hacer esto tan eficazmente como una madre amante que teme a Dios?[4]

Hay quienes piensan que a menos que estén relacionados directamente con la obra religiosa activa, no están haciendo la voluntad de

Dios; pero esto es un error. Cada uno tiene una obra que hacer para el Maestro; y es una obra admirable la que consiste en hacer que el hogar resulte agradable y todo lo que debe ser. Los talentos más humildes, si el que los recibió entrega su corazón a Dios, harán de la vida en el hogar todo lo que Dios quiere que sea. Una luz brillante resplandecerá como resultado del servicio rendido de todo corazón a Dios. Hombres y mujeres pueden servir a Dios tan seguramente como el ministro en el púlpito, si prestan fervorosa atención a lo que han oído y educan a sus hijos de manera que vivan temiendo ofender a Dios.[5]

Las mujeres que, haciendo con buena voluntad lo que sus manos hallen por hacer, ayudan con espíritu alegre a sus esposos a llevar sus cargas y educan a sus hijos para Dios, son misioneras en el sentido más elevado.[6]

No reemplazan el cuidado de la familia—Si Vd. pasa por alto su deber como esposa y madre, y extiende las manos para que el Señor le confíe otra clase de trabajo, tenga por seguro que él no se contradirá; le señala el deber que Vd. debe hacer en casa. Si Vd. piensa que le ha sido confiada alguna obra mayor y más santa, está equivocada. Siendo fiel en su hogar y trabajando por las almas de aquellos que están más cerca de Vd., puede obtener idoneidad para trabajar por Cristo en un campo más amplio. Pero tenga la seguridad [221] de que quienes descuidan su deber en el círculo familiar no están preparados para trabajar en favor de otras almas.[7]

El Señor no la ha llamado a descuidar su hogar, su esposo y sus hijos. Nunca obra él así, ni lo hará jamás.... No piense por un momento que Dios le haya dado una obra que le exija que se separe de su pequeño pero precioso rebaño. No lo abandone exponiéndolo a que lo desmoralicen las compañías impropias y sus corazones se endurezcan contra su madre. Esto sería dejar brillar su luz en forma por completo errónea y hacer difícil que sus hijos lleguen a ser lo que él quiere que sean y al fin ganen el cielo. Dios se interesa por ellos, y Vd. también debe interesarse en ellos si es hija de él.[8]

Durante los primeros años de la vida [de los niños] es cuando se ha de trabajar por ellos, velar, orar y alentar toda buena inclinación. Esta obra debe realizarse sin interrupción. Tal vez se le inste a Vd. a asistir a reuniones de madres y de costura, para hacer obra misionera; pero a menos que deje al lado de sus hijos una persona fiel que los

instruya comprensivamente, es deber suyo contestar que el Señor le ha confiado otra obra que de ningún modo Vd. puede descuidar. No puede excederse en el trabajo de cualquier ramo sin descalificarse para la obra de educar a sus pequeñuelos y hacer de ellos lo que Dios quiere que sean. Como colaboradores de Cristo debe llevarlos a él disciplinados y preparados.[9]

Gran parte de la deformación que sufre el carácter de un niño mal preparado es culpa de la madre. Esta no debe aceptar cargas de la iglesia que le obliguen a descuidar a sus hijos. La mejor obra a la cual puede dedicarse una madre consiste en que no se pierda una sola puntada en la educación de sus hijos....

De ninguna otra manera puede una madre prestar más ayuda a la iglesia que consagrando su tiempo a los que de ella dependen por
[222] su instrucción y preparación.[10]

Vanas aspiraciones a tener un campo más amplio—Algunas madres anhelan dedicarse a la labor misionera, mientras que descuidan los deberes más sencillos que les tocan directamente. Descuidan a sus hijos y no contribuyen a que el hogar sea un lugar alegre y feliz para la familia, pues se quejan y regañan con frecuencia, de modo que los jóvenes se crían con el sentimiento de que su casa es el lugar menos atrayente. En consecuencia, esperan con impaciencia el momento de abandonarlo, y con poca vacilación se lanzan al vasto mundo, sin que los refrene la influencia del hogar ni los tiernos consejos de la familia.

Los padres, cuyo objeto debiera haber sido vincular consigo a estos corazones juveniles y guiarlos correctamente, desperdician las oportunidades que Dios les dió, no ven los deberes más importantes de su vida, y aspiran vanamente a trabajar en el ancho campo
[223] misionero.[11]

---

[1] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 111.
[2] The Signs of the Times, 9 de septiembre de 1886.
[3] The Review and Herald, 9 de julio de 1901.
[4] Manuscrito 43, 1900.
[5] Manuscrito 32, 1899.
[6] Testimonies for the Church 2:466.
[7] The Review and Herald, 15 de septiembre de 1891.
[8] Carta 28, 1890.
[9] Manuscrito 32, 1899.
[10] Manuscrito 75, 1901.

[11] The Health Reformer, octubre de 1876.

Capítulo 41—Modelos imperfectos de maternidad

Una mártir imaginaria—En más de un hogar las quejas inútiles de la dueña de casa crean una atmósfera muy desdichada. Ella se aparta con desagrado de las sencillas tareas de su humilde vida doméstica. Considera como penalidades los cuidados y deberes que le tocan en suerte; y lo que, mirado con buen ánimo, podría hacerse no sólo agradable e interesante, sino provechoso, llega a ser tan sólo penosa rutina. Mira con repugnancia la esclavitud de su vida y se imagina que es una mártir.

Es verdad que las ruedas de la maquinaria doméstica no funcionan siempre suavemente; suceden muchas cosas que prueban la paciencia y la fortaleza. Pero si bien las madres no son responsables de las circunstancias que no dependen de su voluntad, es innegable que las circunstancias pueden influir mucho en su trabajo. Sin embargo, esas madres resultan condenables cuando permiten que dichas circunstancias las gobiernen y subviertan sus principios, cuando se cansan y, siendo infieles a su elevado cometido, descuidan lo que saben es su deber.

La esposa y madre que vence noblemente las dificultades bajo las cuales otras personas sucumben, por falta de paciencia y fortaleza para perseverar, no sólo llega a ser fuerte ella misma al cumplir su deber, sino que su experiencia al vencer tentaciones y obstáculos la
[224] habilita para ayudar con eficiencia a otros, tanto por sus palabras como por su ejemplo. Muchas personas que obran bien en circunstancias favorables parecen sufrir, bajo la adversidad y las pruebas, una transformación en su carácter, y éste revela un deterioro proporcional a las dificultades.

Nunca quiso Dios que hubiésemos de ser juguetes de las circunstancias.[1]

Alberga un descontento pecaminoso—Muchísimos esposos e hijos que no encuentran motivo alguno de atracción en la casa y de continuo son saludados con regaños y murmuraciones, buscan consuelo y diversión lejos del hogar, en la taberna u otros lugares

de placer prohibido. A menudo, la esposa y madre, ocupada con los cuidados de la casa se olvida de las pequeñas cortesías que harían del hogar un sitio agradable para el esposo y los hijos, aun cuando en presencia de ellos no se queja mucho de sus vejámenes y dificultades peculiares. Mientras ella está ocupada en la preparación de algo que comer o de alguna prenda de vestir, el esposo y los hijos entran y salen como extraños.

Aunque la dueña de casa cumpla con exactitud sus deberes externos, puede suceder que esté continuamente clamando contra la esclavitud a la cual está condenada, y exagere sus responsabilidades y restricciones al comparar su suerte con lo que ella considera la vida superior de la mujer.... Mientras que anhela infructuosamente una vida diferente, alberga un descontento pecaminoso y hace de su hogar un lugar muy desagradable para su esposo y sus hijos.[2]

Atareada en insensateces—Satanás ha preparado atracciones placenteras tanto para los padres como para los hijos. Sabe que si puede ejercer su poder engañador sobre las madres ha logrado mucho. Los caminos del mundo están llenos de engaño, fraude y desgracia, pero él les da una apariencia atrayente; y si los niños y los jóvenes no reciben cuidadosa preparación y disciplina, se extraviarán [225] inevitablemente. No teniendo principios fijos, les será difícil resistir la tentación.[3]

Asumen cargas innecesarias—Muchas madres dedican su tiempo a hacer naderías innecesarias. Prestan toda su atención a las cosas relativas a este tiempo y a los sentidos, y no piensan en las cosas de interés eterno. ¡Cuántas descuidan a sus hijos, y los pequeñuelos se crían toscos y carentes de cultura![4]

Cuando los padres, y especialmente las madres, tengan un sentido verdadero de la obra importante y cargada de responsabilidad que Dios les ha dado que hacer, no se enfrascarán tanto en los asuntos que conciernen a sus vecinos, pero no les atañen a ellas. No irán de casa en casa para entregarse a chismes corrientes ni se espaciarán en los defectos, yerros e inconsecuencias de sus prójimos. Sentirán tanta preocupación por sus propios hijos que no podrán hallar tiempo para pensar en el oprobio de sus vecinos.[5]

Si una mujer pide a Dios fuerza y consuelo y, temiéndole, procura cumplir sus deberes diarios, se granjeará el respeto y la confianza de su esposo y verá a sus hijos madurar en hombres y mujeres

honorables, dotados de vigor moral para hacer lo recto. Pero las madres que descuidan sus oportunidades actuales, y dejan recaer sobre otros sus deberes y cargas, encontrarán que su responsabilidad permanece la misma, y segarán con amargura lo que hayan sembrado en su negligencia y descuido. Nada se hace por casualidad en esta
[226] vida; la mies será determinada por el carácter de lo sembrado.[6]

[1] The Signs of the Times, 29 de noviembre de 1877.
[2] Ibid.
[3] The Review and Herald, 27 de junio de 1899.
[4] The Signs of the Times, 22 de julio de 1889.
[5] Testimonies for the Church 2:466.
[6] The Signs of the Times, 4 de abril de 1911.

Capítulo 42—La salud de la madre y su apariencia personal

La salud de la madre debe apreciarse—Hay que velar con cariño por las fuerzas de la madre. En vez de permitir que las malgaste en tareas agotadoras, hay que reducir sus cuidados y cargas. Muchas veces el esposo y padre desconoce las leyes físicas que el bienestar de su familia exige que conozca. Absorto en la lucha por la vida, o empeñado en labrarse una fortuna y acosado por cuidados y apuros, permite que caigan sobre la esposa y madre cargas que agotan sus fuerzas en el período más crítico de su vida y le causan debilidad y enfermedad.[1]

Concuerda con su propio interés y el de su familia que se ahorre todo recargo innecesario de trabajo y que emplee todos los medios de que dispone para conservar la vida, la salud y las energías que Dios le dió. Porque necesitará para su gran obra el vigor de todas sus facultades. Debiera pasar una parte de su tiempo al aire libre, haciendo ejercicio físico, a fin de quedar vigorizada para hacer su trabajo dentro de la casa con buen ánimo y esmero, siendo la luz y la bendición del hogar.[2]

Deben defender la reforma pro salud—La voluntad de Dios ha sido claramente expresada a todas las madres; él quiere que por sus preceptos y su ejemplo defiendan la reforma pro salud. Deben ser firmes en los buenos principios y en ningún caso violar las leyes físicas que Dios implantó en su ser. Con leal propósito y firme [227]
integridad, las madres dispondrán del poder y de la gracia del Cielo para dejar brillar su luz en el mundo, tanto por su propia conducta justa como por el carácter noble de sus hijos.[3]

Tenga dominio propio en la alimentación—La madre necesita ejercer el más perfecto dominio propio; y para conseguirlo debe tomar toda precaución posible contra cualquier disturbio físico o mental. Debe ordenar su vida de acuerdo con las leyes de Dios y de la salud. Como la alimentación afecta materialmente el intelecto y la disposición, la madre debe ser muy cuidadosa al respecto y

comer alimentos nutritivos, pero que no sean estimulantes a fin de tener nervios serenos y genio apacible. Le resultará entonces más fácil manifestar paciencia para tratar con las variables tendencias de sus hijos y para sostener las riendas del gobierno con firmeza y sin embargo afectuosamente.[4]

Irradia alegría en toda circunstancia—La madre puede y debe hacer mucho para dominar sus nervios y ánimo cuando esté deprimida. Aun cuando está enferma, puede, si se educa a sí misma, manifestar una disposición agradable y alegre, y puede soportar más ruido de lo que una vez creyera posible. No debiera hacer sentir a los niños su propia flaqueza y nublar sus mentes jóvenes y sensibles por su propia depresión de espíritu, haciéndoles sentir que la casa es una tumba y que la pieza de mamá es el lugar más lúgubre del mundo. La mente y los nervios se entonan y fortalecen por el ejercicio de la voluntad. En muchos casos, la fuerza de voluntad resultará ser un potente calmante de los nervios. No dejéis que vuestros hijos os vean con rostros ceñudos.[5]

Aprecie la estima de su esposo y de sus hijos—Cuando hacen su trabajo, las hermanas no deben vestir ropas que les den el aspecto de espantapájaros. A sus esposos e hijos les agradará aun más que a las visitas o a los extraños el verlas vestidas con ropas que les
[228] sienten bien. Algunas esposas y madres parecen creer que no tiene importancia el aspecto que ofrecen cuando trabajan y cuando las ven tan sólo sus familiares, pero son muy meticulosas en cuanto a vestirse con gusto si las han de ver personas hacia quienes no tienen obligaciones. ¿No deben apreciarse la estima y el amor del marido y de los hijos antes que los manifestados por extraños o amigos comunes? La felicidad del padre y de los hijos debe ser para toda esposa y madre más sagrada que la de todos los demás.[6]

Lleve Vd. ropas que le sienten bien. Esto aumentará el respeto de sus hijos hacia Vd. Procure que ellos también vistan en forma adecuada. No permita que contraigan hábitos de desaseo.[7]

No sea esclava de la opinión pública—Con demasiada frecuencia las madres manifiestan una sensibilidad mórbida con respecto a lo que los demás puedan pensar acerca de sus vestidos y opiniones; y son en gran medida esclavas de lo que piensan acerca de cómo otras personas las consideran. ¿No es lamentable que seres humanos encaminados hacia el juicio divino se rijan más por el pensamien-

to de lo que sus prójimos se imaginarán acerca de ellos antes que por el recuerdo de su obligación hacia Dios? Demasiado a menudo sacrificamos la verdad a fin de armonizar con las costumbres, para evitar el ridículo....

Una madre no puede someterse a la servidumbre de la opinión; porque debe educar a sus hijos para esta vida y para la venidera. En lo que toca al vestido, las madres no deben hacer ostentación de adornos inútiles.[8]

Den lecciones de aseo y pureza—Si las madres se permiten llevar vestidos desaseados en la casa, enseñan a sus hijos a seguir por el mismo camino del desaliño. Muchas madres piensan que en la casa cualquier ropa es bastante buena, por sucia y desaliñada que esté. Pero pronto pierden su influencia en la familia. Los hijos comparan el vestido de la madre con el de quienes visten con aseo, [229]
y se debilita el respeto que le tienen.

Madres, haceos tan atrayentes como podáis; no por atavíos elaborados, sino llevando vestidos limpios, que os queden bien. Así daréis constantemente a vuestros hijos lecciones de aseo y pureza. Para toda madre el amor y el respeto de sus hijos debe ser lo más valioso. Todo lo que ella lleve sobre su persona debe enseñar el aseo y el orden y quedar asociado con la pureza en el recuerdo de ellos. Aun en la mente de los niños en tierna edad existe un sentido de lo que queda bien, una idea de lo que es propio; y ¿cómo puede hacérseles comprender lo deseable que son la pureza y la santidad cuando tienen diariamente bajo los ojos vestidos sucios y habitaciones desordenadas? ¿Cómo puede invitarse a que entren en moradas tales los huéspedes celestiales, que moran donde todo es puro y santo?[9]

El orden y el aseo constituyen la ley del cielo; y a fin de ponernos en armonía con la disposición divina, tenemos el deber de revelar aseo y buen gusto.[10] [230]

[1] El Ministerio de Curación, 289.
[2] Pacific Health Journal, junio de 1890.
[3] Good Health, febrero de 1880.
[4] Pacific Health Journal, mayo de 1890.
[5] Joyas de los Testimonios 1:136.
[6] Testimonies for the Church 1:464, 465.
[7] Carta 47a, 1902.

[8]The Review and Herald, 31 de marzo de 1891.
[9]Christian Temperance and Bible Hygiene, 143, 144.
[10]Testimonies for the Church 4:142.

Capítulo 43—Influencias prenatales

Las mujeres deben prepararse para ser madres—Las mujeres necesitan tener mucha paciencia antes de poder llegar a ser madres. Dios ha dispuesto que sean idóneas para esto. Por la relación que la madre sostenga con Cristo, su obra llega a ser infinita y sobrepuja el entendimiento. El cargo de la mujer es sagrado. Se necesita la presencia de Jesús en el hogar; porque los servicios de amor que presta la madre pueden hacer del hogar un Betel. Ambos esposos deben cooperar.

¡Qué mundo no tendríamos si todas las madres se consagrasen sobre el altar de Dios, y dedicasen a Dios sus hijos, tanto antes como después de su nacimiento![1]

Importancia de las influencias prenatales—Muchos padres creen que el efecto de las influencias prenatales es cosa de poca monta; pero el Cielo no las considera así. El mensaje enviado por un ángel de Dios y reiterado en forma solemnísima merece que le prestemos la mayor atención.

Al hablar a la madre hebrea [la esposa de Manoa], Dios se dirige a todas las madres de todos los tiempos. "Ha de guardar—dijo el ángel—todo lo que le mandé." El bienestar del niño dependerá de los hábitos de la madre. Ella tiene, pues, que someter sus apetitos y sus pasiones al dominio de los buenos principios. Hay algo que ella debe rehuir, algo contra lo cual debe luchar si quiere cumplir el propósito que Dios tiene para con ella al darle un hijo.[2]

El mundo está lleno de trampas para los jóvenes. Muchísimos [231]
son atraídos por una vida de placeres egoístas y sensuales. No pueden discernir los peligros ocultos o el fin temible de la senda que a ellos les parece camino de la felicidad. Cediendo a sus apetitos y pasiones, malgastan sus energías, y millones quedan perdidos para este mundo y para el venidero. Los padres deberían recordar siempre que sus hijos tienen que arrostrar estas tentaciones. Deben preparar al niño desde antes de su nacimiento para predisponerlo a pelear con éxito las batallas contra el mal.[3]

Si, antes del nacimiento de éste [su hijo], la madre procura complacerse a sí misma, si es egoísta, impaciente e imperiosa, estos rasgos de carácter se reflejarán en el temperamento del niño. Así se explica que muchos hijos hayan recibido por herencia tendencias al mal que son casi irresistibles.

Pero si la madre se atiene invariablemente a principios rectos, si es templada y abnegada, bondadosa, apacible y altruísta, puede transmitir a su hijo estos mismos preciosos rasgos de carácter.[4]

Lo esencial del cuidado prenatal—Un error que se comete a menudo es el de no establecer diferencia alguna en la vida de una mujer cuando está por llegar a ser madre. Durante este período importante debe aligerarse su labor. Se están produciendo grandes cambios en su organismo. Este requiere mayor cantidad de sangre, y por lo tanto debe recibir más alimento, y de la calidad más nutritiva, para que lo convierta en sangre. A menos que ella obtenga una abundancia de alimento nutritivo, no podrá conservar su fuerza física, y su descendencia quedará privada de vitalidad.[*] Su indumentaria también exige atención. Debe ejercerse cuidado para proteger el cuerpo y evitarle la sensación de enfriamiento. No conviene que la
[232] vitalidad sea atraída innecesariamente a la superficie para suplir la falta de ropa suficiente. Si la madre se ve privada de una abundancia de alimento sano y nutritivo, su sangre será deficiente en cantidad y calidad. Tendrá mala circulación, y su hijo adolecerá de lo mismo. Se verá incapacitado para asimilar el alimento y convertirlo en buena sangre que nutra el organismo. La prosperidad de la madre y del niño depende mucho de que lleven ropa adecuada, bien abrigada, y de que obtengan suficiente alimento nutritivo.[5]

Debe ejercerse mucho cuidado para que la madre esté en un ambiente agradable y feliz. El esposo y padre tiene la responsabilidad especial de hacer cuanto esté a su alcance para aligerar la carga de la esposa y madre. En todo lo posible debe llevar él la carga que representa la condición de ella. Debe ser afable, cortés, bondadoso y tierno, y prestar atención especial a todo lo que ella necesite. Mientras que están gestando a sus hijos, algunas mujeres no reciben ni la mitad del cuidado que se concede a ciertos animales en el establo.[6]

[*]Nota: En la sección titulada "La Alimentación Durante el Embarazo," del libro "Counsels on Diet and Foods" (Consejos acerca de alimentación), se encuentran más instrucciones con respecto a este asunto.

El apetito solo no es guía segura—La idea de que, a causa de su condición especial, las mujeres pueden dar rienda suelta al apetito, es un error basado en las costumbres, pero no en el buen sentido. El apetito de las mujeres en tal condición puede ser variable, caprichoso y difícil de satisfacer; pero la costumbre les permite obtener cuanto se les antoje, sin consultar la razón para saber si el tal alimento puede suplir nutrición para su cuerpo y para el desarrollo de su hijo. El alimento debe ser nutritivo, pero no excitante.... Si en alguna época se necesita sencillez en la alimentación y cuidado especial en cuanto a la calidad de lo ingerido, es durante este plazo importante.

Las mujeres que se rigen por buenos principios, y que hayan sido bien instruidas, no se apartarán de la sencillez en la alimentación, y mucho menos durante ese período. Considerarán que de ellas depende otra vida, y serán cuidadosas en todos sus hábitos [233] y especialmente en su alimentación. No deben comer lo que no tiene valor alimenticio y sea excitante, simplemente porque tiene buen sabor. Hay demasiados consejeros dispuestos a persuadirlas a que hagan cosas que la razón debiera prohibirles. Nacen niños enfermizos porque sus padres se entregaron a la satisfacción de su apetito.... Si se introduce en el estómago tanto alimento que los órganos digestivos estén recargados de trabajo para deshacerse de él y librar al organismo de substancias irritantes, la madre comete una injusticia hacia sí misma y echa los fundamentos de la enfermedad en su descendencia. Si decide comer lo que le agrade y lo que se le antoje, sin tener en cuenta las consecuencias, sufrirá la penalidad, pero no sola. También su hijito inocente sufrirá por causa de la indiscreción de ella.[7]

Se necesita dominio propio y templanza—Las necesidades físicas de la madre no deben descuidarse en manera alguna. Dos vidas dependen de ella, y sus deseos deben ser cariñosamente atendidos, y sus necesidades satisfechas con liberalidad. Pero en este período más que nunca debe evitar, en su alimentación y en cualquier otro asunto, todo lo que pudiera menoscabar la fuerza física o intelectual. Por mandato de Dios mismo, la madre está bajo la más solemne obligación de ejercer dominio propio.[8]

La base de un carácter correcto en el hombre futuro queda afirmada por hábitos de estricta temperancia de parte de la madre antes

de que nazca el niño.... Esta lección no debe considerarse con indiferencia.[9]

Aliéntese una disposición alegre—Toda mujer a punto de ser madre, cualquiera que sea su ambiente, debe fomentar constantemente una disposición feliz, alegre y contenta, sabiendo que por todos los esfuerzos que haga en tal sentido se verá resarcida diez veces en la naturaleza física y moral de su hijo. Ni es esto todo. Ella puede acostumbrarse por hábito a pensar animosamente, y así alentar una
[234] condición mental feliz como alegre reflejo de su propio espíritu de dicha sobre su familia y sobre aquellos con quienes trate. Su propia salud física quedará muy mejorada. Las fuentes de la vida recibirán fuerza; la sangre no circulará perezosamente, como sucedería si ella cediese al abatimiento y la lobreguez. Su salud mental y moral será vigorizada por su buen ánimo. El poder de la voluntad puede resistir las impresiones mentales y será un gran calmante para los nervios. Los niños que han sido privados de la vitalidad que debieran haber heredado de sus padres deben recibir el máximo cuidado. Si se presta detenida atención a las leyes de su ser, se puede crear una condición mucho mejor.[10]

Conserve una actitud de paz y confianza—La que espera ser madre debe conservar el amor de Dios en su alma. Su ánimo debe estar en paz; debe descansar en el amor de Jesús y practicar sus
[235] palabras. Debe recordar que las madres colaboran con Dios.[11]

---

[1] Manuscrito 43, 1900.
[2] El Ministerio de Curación, 288.
[3] El Ministerio de Curación, 287.
[4] El Ministerio de Curación, 288, 289.
[5] Testimonies for the Church 2:381, 382.
[6] Testimonies for the Church 2:383.
[7] Testimonies for the Church 2:382, 383.
[8] El Ministerio de Curación, 289.
[9] Good Health, febrero de 1880.
[10] A Solemn Appeal, 123, 124.
[11] The Signs of the Times, 9 de mayo de 1896.

Capítulo 44—El cuidado de los pequeñuelos

Actitudes correctas en la que amamanta—El mejor alimento para el niño es el que suministra la naturaleza. No debe privársele de él sin necesidad. Es muy cruel que la madre, por causa de las conveniencias y los placeres sociales, procure libertarse del desempeño de su ministerio materno de amamantar a su pequeñuelo.[1]

El período durante el cual el niño es nutrido por su madre es crítico. A muchas madres, mientras amamantaban a sus pequeñuelos, se les ha permitido trabajar en exceso y afiebrarse la sangre cocinando. El mamante quedó gravemente afectado, no sólo por la nutrición afiebrada del pecho materno, sino que su sangre fué envenenada por el régimen malsano de la madre, que inflamó todo su organismo y con ello afectó la alimentación del niño. Este quedará también afectado por la condición mental de la madre. Si ella es desdichada e irritable, si se agita fácilmente y es dada a ataques de ira, la nutrición que el niño recibe del pecho materno será inflamada, y con frecuencia producirá cólicos y espasmos, y en algunos casos convulsiones y ataques.

También el carácter del niño se ve afectado en mayor o menor medida por la naturaleza del alimento que recibe de su madre. Cuán importante es, pues, que mientras la madre amamante a su hijo se mantenga en condición mental feliz, teniendo perfecto dominio de su propio ánimo. Si obra así, la nutrición del niño no sufrirá perjuicio, y la conducta serena de la madre dueña de sí en el trato que da a su hijo [236] contribuirá mucho a amoldar la mente del niño. Si éste es nervioso y se agita con facilidad, la actitud cuidadosa y reposada de la madre ejercerá una influencia suavizadora y correctora, y mejorará mucho la salud del infante.[2]

Cuanto más tranquila y sencilla la vida del niño, más favorable será para su desarrollo físico e intelectual. La madre debería procurar siempre conservarse tranquila, serena y dueña de sí misma.[3]

El alimento no reemplaza la atención—Los infantes han sufrido mucho por haber sido tratados incorrectamente. Por lo general,

si eran irritables se les alimentaba para hacerlos callar, cuando, en la mayoría de los casos, su irritación se debía precisamente al hecho de haber recibido en exceso un alimento hecho perjudicial por los hábitos erróneos de la madre. Tal exceso de alimento no podía sino empeorar las cosas, pues su estómago estaba ya recargado.

Generalmente, desde la cuna se enseña a los niños a satisfacer su apetito y a vivir para comer. Durante la infancia, la madre contribuye mucho a la formación del carácter de sus hijos. Puede enseñarles a dominar el apetito, o a satisfacerlo y volverse glotones. Es frecuente que la madre ordene sus planes para hacer cierta cantidad de trabajo durante el día; y cuando los niños la molestan, en vez de tomarse el tiempo para calmar sus pequeñas tristezas y distraerlos, los acalla dándoles de comer, lo cual cumple su fin durante breve plazo, pero al fin empeora las cosas. El estómago de los niños quedó atestado de alimento cuando menos lo necesitaba. Todo lo que ellos requerían era un poco del tiempo y de la atención de su madre, pero ella consideraba su tiempo como demasiado precioso para dedicarlo a entretener a sus hijos. Posiblemente la tarea de ordenar su casa con buen gusto, a fin de merecer la alabanza de las visitas, y la de preparar alimentos en forma aceptable, son para ella de más importancia que
[237] la felicidad y la salud de sus hijos.[4]

Comida sana, apetitosa y sencilla—La comida debe ser tan sencilla que su preparación no absorberá todo el tiempo de la madre. Es verdad que debe dedicarse cierto cuidado a proveer alimentos sanos, preparados en forma también sana y atrayente, y no se ha de creer que cualquier cosa que se pueda mezclar descuidadamente para servirlo como alimento es bastante bueno para los niños. Sin embargo, debiera dedicarse menos tiempo a la preparación de platos malsanos y al esfuerzo por agradar al gusto pervertido, y más tiempo a la educación e instrucción de los niños.[5]

Preparación del ajuar para el niño—En la preparación del ajuar para el niño hay que buscar lo que más conviene, la comodidad y la salud, antes que la moda o el deseo de despertar la admiración. La madre no debe gastar tiempo en bordados y en labores de fantasía para embellecer la ropa de su pequeñuelo, ni imponerse así una carga de trabajo inútil, a costa de su salud y de la del niño. No debe cansarse encorvándose sobre labores de costura que comprometen su vista y sus nervios, cuando necesita mucho descanso y ejercicio

agradable. Debe comprender la obligación de conservar sus fuerzas para hacer frente a lo que de ella exigirá su cargo.[6]

Proporciónesele aseo, calor y aire puro—Los infantes requieren calor, pero se incurre muchas veces en el grave error de tenerlos en cuartos caldeados y faltos de aire puro....

Debe evitarse a la criatura toda influencia que tienda a debilitar o envenenar su organismo. Debe ejercerse el más escrupuloso cuidado para que cuanto la rodee sea agradable y limpio. Es necesario proteger al pequeñuelo de los cambios repentinos y excesivos de la temperatura; pero hay que cuidar de que cuando duerma o esté despierto, de día o de noche, respire aire puro y vigorizante.[7]

El cuidado de los niños enfermos—En muchos casos las enfermedades de los niños pueden achacarse a equivocaciones en el modo de cuidarlos. Las irregularidades en las comidas, la ropa insuficiente [238] en las tardes frías, la falta de ejercicio activo para conservar la buena circulación de la sangre, la falta de aire abundante para purificarla, pueden ser causa del mal. Estudien los padres las causas de la enfermedad, y remedien cuanto antes toda condición defectuosa.

Todos los padres pueden aprender mucho con respecto al cuidado y a las medidas preventivas y aun al tratamiento de la enfermedad. La madre en particular debe saber qué hacer en los casos comunes de enfermedad en su familia. Debe saber atender a su enfermito. Su amor y perspicacia deben capacitarla para prestar servicios que no podrían encomendarse a una mano extraña.[8] [239]

---

[1] El Ministerio de Curación, 297.

[2] Counsels on Diet and Foods, 228.

[3] El Ministerio de Curación, 295.

[4] A Solemn Appeal, 125, 126.

[5] Christian Temperance and Bible Hygiene, 141.

[6] El Ministerio de Curación, 295.

[7] Ibid.

[8] El Ministerio de Curación, 299.

Capítulo 45—El primer deber de la madre

Posibilidades de un niño bien enseñado—Dios ve todas las posibilidades que hay en esa partícula de humanidad. Ve que con la debida preparación el niño llegará a ser un poder para el bien en el mundo. Observa con ansioso interés para ver si los padres llevarán a cabo su plan o si por una bondad equivocada destruirán su propósito y por su indulgencia excesiva causarán la ruina del niño para este tiempo y la eternidad. Transformar a este ser desamparado y aparentemente insignificante en una bendición para el mundo y una honra para Dios es una obra grandiosa. Los padres no deben tolerar que cosa alguna se interponga entre ellos y la obligación que tienen para con sus hijos.[1]

Una obra para Dios y la nación—Los que observan la ley de Dios consideran a sus hijos con sentimientos indefinibles de esperanza y temor, al preguntarse qué parte desempeñarán en el gran conflicto que los espera. La madre ansiosa pregunta: "¿Qué decisión tomarán? ¿Qué puedo hacer con el fin de prepararlos para desempeñar bien su parte, de modo que obtengan la gloria eterna?" Grandes responsabilidades pesan sobre vosotras, madres. Aunque no os destaquéis en los consejos nacionales, ... podéis hacer una gran obra para Dios y vuestra nación. Podéis educar a vuestros hijos. Podéis ayudarles a desarrollar caracteres que no vacilarán ni serán inducidos a hacer lo malo, sino que influirán en otros para que hagan lo bueno. Por vuestras fervientes oraciones de fe, podéis mover el
[240] brazo que mueve el mundo.[2]

En la infancia y la juventud es cuando se debe dar instrucción. Debe educarse a los niños para que sean útiles. Se les debe enseñar a hacer lo que es necesario hacer en la vida familiar; y los padres deben dar a estos deberes un carácter tan agradable como sea posible mediante bondadosas palabras de instrucción y aprobación.[3]

Muchos descuidan la educación en el hogar—A pesar del tan elogiado progreso que se ha alcanzado en los métodos educativos, la preparación actual de los niños adolece de una triste deficiencia. Lo

que se descuida es la preparación que debe darse en el hogar. Los padres, especialmente las madres, no comprenden su responsabilidad. No tienen paciencia para instruir a los pequeñuelos confiados a su custodia ni sabiduría para gobernarlos.[4]

Es demasiado cierto que las madres no ocupan el puesto al cual las llama el deber, y no son fieles a su condición de madres. Nada nos exige Dios que no podamos cumplir con su fuerza, nada que no sea para nuestro propio bien y el de nuestros hijos.[5]

Procuren las madres la ayuda divina—Si las madres comprendiesen la importancia de su misión, pasarían mucho tiempo en oración secreta, para presentar a sus hijos a Jesús, implorar su bendición sobre ellos y solicitar sabiduría para cumplir correctamente sus deberes sagrados. Aproveche la madre toda oportunidad para modelar la disposición y los hábitos de sus hijos. Observe con cuidado el desarrollo de sus caracteres para reprimir los rasgos demasiado salientes y estimular aquellos en que sean deficientes. Haga de su propia vida un ejemplo noble y puro para los seres preciosos que le han sido confiados.

La madre debe dedicarse a su trabajo con valor y energía, confiando constantemente en que la ayuda divina descansará sobre todos sus esfuerzos. No debe descansar satisfecha antes de ver en sus hijos una elevación gradual del carácter, antes que ellos tengan en la vida [241] un objeto superior al de procurar tan sólo su propio placer.[6]

Es imposible evaluar el poder que ejerce la influencia de una madre que ora. Ella reconoce a Dios en todos sus caminos. Lleva a sus hijos ante el trono de gracia y presentándolos a Jesús le suplica que los bendiga. La influencia de esos ruegos es para aquellos hijos una “fuente de vida.” Esas oraciones, ofrecidas con fe, son el apoyo y la fuerza de la madre cristiana. Descuidar el deber de orar con nuestros hijos es perder una de las mayores bendiciones que están a nuestro alcance, uno de los mayores auxilios que podamos obtener en medio de las perplejidades, los cuidados y las cargas de nuestra vida.[7]

El poder de las oraciones de una madre no puede sobreestimarse. La que se arrodilla al lado de su hijo y de su hija a través de las vicisitudes de la infancia y de los peligros de la juventud, no sabrá jamás antes del día del juicio qué influencia ejercieron sus oraciones sobre la vida de sus hijos. Si ella se relaciona por la fe con el Hijo

de Dios, su tierna mano puede substraer a su hijo del poder de la tentación, e impedir que su hija participe en el pecado. Cuando la pasión guerrea para predominar, el poder del amor, la influencia resuelta, fervorosa y refrenadora que ejerce la madre puede inclinar al alma hacia lo recto.[8]

Cuando las visitas la interrumpan—Debéis tomar tiempo para conversar y orar con vuestros pequeñuelos y no permitir que cosa alguna interrumpa esos momentos de comunión con Dios y con vuestros hijos. Podéis decir a vuestros visitantes: "Dios me ha dado una obra que hacer, y no tengo tiempo para charlar." Debéis considerar que tenéis una obra que hacer para este tiempo y para la eternidad. Vuestro primer deber es hacia vuestros hijos.[9]

Vuestros hijos vienen antes que las visitas, antes que toda otra
[242] consideración.... La labor debida a vuestro hijo durante sus primeros años no admite negligencia. No hay en su vida un momento en que pueda olvidarse la regla.[10]

No los mande afuera para poder agasajar a las visitas; antes enséñeles a permanecer quietos y respetuosos en presencia de las visitas.[11]

Modelos de bondad y nobleza—Madres, cuidad vuestros preciosos momentos. Recordad que vuestros hijos avanzan hacia el punto en que escaparán a vuestra educación y preparación. Podéis ser para ellos modelos de todo lo que es bueno, puro y noble. Identificad vuestros intereses con los suyos.[12]

Aun cuando fracaséis en todo lo demás, sed en esto esmeradas y eficientes. Si vuestros hijos resultan puros y virtuosos por la educación que reciban en el hogar, si desempeñan el puesto más ínfimo en el gran plan de Dios para el bien del mundo, vuestra vida no habrá fracasado ni experimentaréis remordimiento al repasarla.[13]

Los pequeñuelos constituyen un espejo en el cual la madre puede ver reflejados sus propios hábitos y comportamiento. ¡Cuánto cuidado debe ejercer por lo tanto acerca de su lenguaje y conducta en presencia de esos pequeños discípulos! Cualesquiera que sean los rasgos de carácter que ella desee que se desarrollen en ellos, debe cultivarlos en sí misma.[14]

Supere las normas del mundo—La madre no debe regirse por la opinión del mundo, ni trabajar para alcanzar la norma del mismo. Debe decidir por su cuenta cuál es el gran fin de la vida y luego

dedicar todos sus esfuerzos a alcanzarlo. Puede, por falta de tiempo, desatender muchas cosas en su casa, sin resultados graves; pero no puede descuidar con impunidad la debida disciplina de sus hijos. El carácter deficiente que ellos desarrollen publicará la infidelidad de ella. Los males que ella deje sin corregir, los modales toscos y rudos, la desobediencia y la falta de respeto, los hábitos de ociosidad y descuido, reflejarán deshonor sobre la vida de ella y la amargarán. Madres, el destino de vuestros hijos se halla en gran parte en vuestras [243]
manos. Si no cumplís vuestro deber, puede ser que los coloquéis en las filas de Satanás y los hagáis agentes suyos para arruinar otras almas. O de lo contrario vuestra disciplina fiel y vuestro ejemplo piadoso pueden conducirlos a Cristo, y ellos a su vez influirán en otros, y así muchas almas podrán salvarse por vuestro intermedio.[15]

Cultiven lo bueno y repriman lo malo—Los padres han de cooperar con Dios criando a sus hijos en el amor y temor de él. No pueden desagradarle más de lo que le desagradan al no educar correctamente a sus hijos.... Deben velar cuidadosamente sobre las palabras y acciones de sus pequeñuelos, no sea que el enemigo adquiera influencia sobre ellos. Es su intenso deseo lograrlo, para contrarrestar el propósito de Dios. Con bondad, interés y ternura, los padres han de trabajar en favor de sus hijos, cultivando todo lo bueno y reprimiendo todo lo malo que se desarrolle en el carácter de sus pequeñuelos.[16]

El gozo de una obra bien hecha—Los hijos son la herencia del Señor, y somos responsables ante él por el manejo de su propiedad.... La educación y preparación de sus hijos para que sean cristianos es el servicio de carácter más elevado que los padres puedan ofrecer a Dios. Es una obra que demanda un trabajo paciente, y un esfuerzo diligente y perseverante que dura toda la vida. Al descuidar este propósito demostramos ser mayordomos desleales....

Trabajen los padres por los suyos, con amor, fe y oración, hasta que gozosamente puedan presentarse a Dios diciendo: "He aquí, yo y los hijos que me dió Jehová."[17] [244]

[245]

[1] The Signs of the Times, 25 de septiembre de 1901.

[2] The Review and Herald, 23 de abril de 1889.

[3] Manuscrito 12, 1898.

[4] The Signs of the Times, 11 de marzo de 1886.

[5] The Signs of the Times, 9 de febrero de 1882.

[6]The Signs of the Times, 25 de mayo de 1882.
[7]Good Health, julio de 1880.
[8]The Signs of the Times, 16 de marzo de 1891.
[9]The Signs of the Times, 22 de Julio de 1889.
[10]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 99.
[11]The Signs of the Times, 23 de agosto de 1899.
[12]The Review and Herald, 15 de septiembre de 1891.
[13]Testimonies for the Church 5:44.
[14]The Signs of the Times, 9 de septiembre de 1886.
[15]The Signs of the Times, 9 de febrero de 1882.
[16]Manuscrito 49, 1901.
[17]Lecciones Prácticas del Gran Maestro, 179, 180.

Capítulo 46—La segunda madre

Consejos a una segunda madre—Su casamiento con un hombre que ya tiene hijos resultará en una bendición para Vd.... Estaba en peligro de concentrar demasiado su atención en sí misma. Tenía Vd. preciosos rasgos de carácter que necesitaban despertarse y ejercitarse.... Mediante sus nuevas relaciones adquirirá una experiencia que le enseñará a tratar con otras mentes. El cuidar a los niños desarrolla afecto, amor y ternura. Las responsabilidades que le incumban en su familia pueden ser el medio de alcanzar gran beneficio. Esos niños serán para Vd. un precioso libro de texto. Le reportarán muchas bendiciones si Vd. los estudia debidamente. Los pensamientos despertados al tener que cuidarlos le inducirán a ejercer ternura, amor y simpatía. Aunque esos niños no son parte de su carne y sangre, por haberse casado Vd. con su padre, han llegado a ser suyos, para que los ame, aprecie, instruya y atienda. Su relación con ellos le hará poner en acción pensamientos y planes que le serán de verdadero beneficio.... Por la experiencia que adquiera en su hogar, perderá las ideas egocéntricas que amenazaban con arruinar su obra y cambiará los planes rígidos que era necesario suavizar y subyugar....

Vd. necesitaba desarrollar mayor ternura y una simpatía más amplia, a fin de poder acercarse a los que necesiten palabras amables, llenas de comprensión. Esos hijos le inducirán a manifestar aquellos rasgos de carácter y le ayudarán a desarrollar amplitud de miras y de juicio. Al tratarlos con amor, Vd. aprenderá a tener más ternura y [246]
simpatía en su ministerio por la humanidad doliente.[1]

Reproches a una madrastra sin amor—Vd. amaba a su esposo y se casó con él. Sabía que al casarse con él se comprometía a ser como una madre para sus hijos. Pero he visto en Vd. una falta al respecto. Vd. revela una triste deficiencia. No ama a los hijos de su esposo, y a menos que cambie por completo, y haya una reforma cabal en Vd. y en su manera de regir la familia, estas joyas preciosas

quedarán arruinadas. El amor y las manifestaciones de afecto no son parte de su disciplina....

Vd. hace la vida muy amarga a estos queridos niños, especialmente a la hija. ¿Dónde manifiesta afecto, amantes caricias, paciente tolerancia? En su corazón no santificado hay más odio que amor. La censura brota de sus labios más que las palabras de alabanza y aliento. Sus modales duros, su naturaleza carente de simpatía, son para aquella hija sensible como granizo asolador sobre una planta tierna; se inclina bajo cada ráfaga de viento hasta quedar aplastada, magullada y quebrantada.

Su administración está secando en sus hijos el caudal del amor, la esperanza y el gozo. El rostro de la niña expresa una tristeza permanente, pero, en vez de que esto despierte simpatía y ternura en Vd., provoca impaciencia e intenso desagrado. Si Vd. quiere, puede cambiar esta expresión en una que sea de animación y aliento....

Los niños comprenden lo que expresa el rostro de la madre; se dan cuenta de si es amor o desagrado. Vd. no entiende la obra que está haciendo. ¿No despierta su compasión la carita triste, el suspiro que brota de un corazón oprimido por el anhelo de amor?[2]

Resultados de la severidad indebida—Hace algún tiempo me fué mostrado el caso de J. Me fueron revelados plenamente los
[247] errores que ha cometido; pero en la última visión que me fué dada ví que existían todavía esos males, que ella revelaba frialdad y falta de simpatía para con los hijos de su esposo. Administra corrección y reprensión no sólo por faltas graves, sino por asuntos triviales que debieran ser pasados por alto. Es malo censurar constantemente, y el espíritu de Cristo no puede morar en el corazón donde existe esta tendencia. Ella está dispuesta a pasar por alto el bien que hay en esos hijos, sin decirles una palabra de aprobación, pero está siempre lista para censurarlos si advierte algo malo. Esto desalienta de continuo a los niños e induce en ellos el hábito de no prestar atención. Despierta lo malo que hay en el corazón y remueve el lodo y la suciedad. En los niños que son censurados en forma habitual, se manifestará un espíritu de indiferencia, y con frecuencia malas pasiones, con olvido de las consecuencias....

La Hna. J. debe cultivar el amor y la simpatía. Debe manifestar tierno afecto para con los huérfanos de madre que están bajo su

cuidado. Esto sería para esos hijos del amor de Dios una bendición que ellos harían reflejar sobre ella en afecto y amor.[3]

Cuando se requiere doble cuidado—Los niños que han perdido a la persona de quien recibían amor maternal han sufrido una pérdida irreparable. Pero cuando alguien se aventura a reemplazar a la madre del pequeño rebaño afectado, le incumbe doble cuidado y responsabilidad de manifestar aun más amor, si es posible, y menos tendencia a censurar y a amenazar, que pudo haber en la propia madre, a fin de suplir la pérdida que sufrió la pequeña grey.[4] [248]

[1] Carta 329, 1904.

[2] Testimonies for the Church 2:56-58.

[3] Testimonies for the Church 2:531, 532.

[4] Testimonies for the Church 2:58.

Capítulo 47—Cómo alentó Cristo a las madres

Jesús bendijo a los niños—En el tiempo de Cristo, las madres le llevaban sus hijos para que les impusiese las manos y los bendijese. Así manifestaban ellas su fe en Jesús y el intenso anhelo de su corazón por el bienestar presente y futuro de los pequeñuelos confiados a su cuidado. Pero los discípulos no podían reconocer la necesidad de interrumpir al Maestro tan sólo para que se fijara en los niños, y en una ocasión en que alejaban a unas cuantas madres, Jesús los reprendió y ordenó a la muchedumbre que diese paso a esas madres fieles y a sus niñitos. Dijo él: "Dejad a los niños, y no les impidáis de venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos."

Mientras las madres recorrían el camino polvoriento y se acercaban al Salvador, él veía sus lágrimas y como sus labios temblorosos elevaban una oración silenciosa en favor de los niños. Oyó las palabras de reprensión que pronunciaban los discípulos y prestamente anuló la orden de ellos. Su gran corazón rebosante de amor estaba abierto para recibir a los niños. A uno tras otro tomó en sus brazos y los bendijo, mientras que un pequeñuelo, reclinado contra su pecho, dormía profundamente. Jesús dirigió a las madres palabras de aliento referentes a su obra y ¡cuánto alivió así sus ánimos! ¡Con cuánto gozo se espaciaban ellas en la bondad y misericordia de Jesús al recordar aquella memorable ocasión! Las misericordiosas palabras
[249] de él habían quitado la carga que las oprimía y les habían infundido nueva esperanza y valor. Se había desvanecido todo su cansancio.

Fué una lección alentadora para las madres de todos los tiempos. Después de haber hecho lo mejor que puedan para beneficiar a sus hijos, pueden llevarlos a Jesús. Aun los pequeñuelos en los brazos de la madre resultan preciosos a los ojos de él. Y mientras la madre anhele verlos recibir la ayuda que ella no puede darles, la gracia que no puede otorgarles, y se confíe a sí misma y a sus hijos en los brazos misericordiosos de Cristo, él los recibirá y los bendecirá;

dará paz, esperanza y felicidad tanto a ella como a ellos. Este es un privilegio precioso que Jesús ha concedido a todas las madres.[1]

Sigue invitando a las madres—Cristo, la Majestad del cielo, dijo: "Dejad los niños venir, y no se lo estorbéis; porque de los tales es el reino de Dios." Jesús no envía los niños a los rabinos; no los manda a los fariseos; porque sabe que esos hombres les enseñarían a rechazar a su mejor Amigo. Obraron bien las madres que llevaron a sus hijos a Jesús.... Conduzcan a Cristo a sus hijos las madres de hoy. Tomen a los niñitos en sus brazos los ministros del Evangelio y bendíganlos en el nombre de Jesús. Dirijan palabras del más tierno amor a los pequeñuelos; porque Jesús alzó en sus brazos los corderos del rebaño y los bendijo.[2]

Acudan las madres a Jesús con sus perplejidades. Hallarán gracia suficiente para ayudarles en la dirección de sus hijos. Las puertas están abiertas para toda madre que quiera poner sus cargas a los pies del Salvador.... Sigue invitando a las madres a conducir a sus pequeñuelos para que sean bendecidos por él.

Aun el lactante en los brazos de su madre, puede morar bajo la sombra del Todopoderoso por la fe de su madre que ora. Juan el Bautista estuvo lleno del Espíritu Santo desde su nacimiento. Si queremos vivir en comunión con Dios, nosotros también podemos esperar que el espíritu divino amoldará a nuestros pequeñuelos, aun [250] desde los primeros momentos.[3]

Los corazones jóvenes son susceptibles—El [Cristo] se identificó con los humildes, los menesterosos y los afligidos. Tomó a los niños en sus brazos y descendió al nivel de los jóvenes. Su gran corazón lleno de amor podía comprender sus pruebas y necesidades, y se gozaba en su felicidad. Su espíritu, abrumado por el apresuramiento y la confusión de la ciudad atestada, cansado del trato con hombres astutos e hipócritas, hallaba descanso y paz en la compañía de los niños inocentes. Su presencia no los rechazaba nunca. La Majestad del cielo condescendía a responder a sus preguntas y simplificaba sus importantes lecciones para ponerlas al alcance de su entendimiento infantil. Implantaba en sus mentes juveniles en pleno desarrollo semillas de verdad que brotarían y producirían una mies abundante cuando fuesen más maduros.[4]

Sabía que esos niños escucharían sus consejos y le aceptarían como su Redentor, mientras que los que eran sabios según el mundo

y de corazón endurecido estarían menos inclinados a seguirle y a hallar cabida en el reino de Dios. Al acercarse estos pequeñuelos a Cristo y al recibir su consejo y bendición, la imagen de él y sus palabras misericordiosas se grababan en sus mentes plásticas, para no borrarse ya más. Debemos aprender una lección de este acto de Cristo, a saber que el corazón de los jóvenes es muy susceptible a las enseñanzas del cristianismo, pues es fácil influir en él en favor de la piedad y de la virtud, y es fuerte para conservar las impresiones recibidas.[5]

"Dejad a los niños, y no les impidáis venir a mí; porque de los tales es el reino de los cielos." Estas preciosas palabras deben ser apreciadas, no sólo por toda madre, sino también por todo padre. Alientan a ambos padres para que presenten a sus hijos a Cristo y para pedir al Padre en su nombre que deje descansar su bendición sobre toda la familia. No son solamente aquellos a quienes más se
[251] ama quienes han de recibir atención especial, sino que también los niños inquietos y rebeldes necesitan educación cuidadosa y tierna
[252] dirección.[6]

[1] Good Health, enero de 1880.
[2] The Review and Herald, 24 de marzo de 1896.
[3] El Deseado de Todas las Gentes, 473.
[4] Testimonies for the Church 4:141.
[5] Testimonies for the Church 4:142.
[6] The Signs of the Times, 13 de agosto de 1896.

Sección 11—Socios menores de la firma

Capítulo 48—Cómo estima el cielo a los niños

Comprados por la sangre de Cristo—Cristo asignaba a los niños un valor tan elevado que dió su vida por ellos. Tratadlos como a quienes fueron comprados por su sangre. Con paciencia y firmeza educadlos para él. Disciplinadlos con amor y paciencia. Mientras hagáis esto, llegarán a ser para vosotros una corona de regocijo y resplandecerán como luces en el mundo.[1]

El niño más pequeño que ama y teme a Dios es mayor a su vista que el hombre más instruído y talentoso que descuida la gran salvación. Los jóvenes que consagran su corazón y vida a Dios se han puesto, al hacerlo, en contacto con la Fuente de toda sabiduría y excelencia.[2]

"De los tales es el reino de Dios"—El alma del pequeñuelo que cree en Cristo es tan preciosa a sus ojos como los ángeles que rodean su trono. Los niños deben ser llevados a Cristo y educados para él. Debe guiárselos en la senda de la obediencia, y no favorecer la satisfacción de su apetito o su vanidad.[3]

Si tan sólo quisiéramos aprender las lecciones admirables que Jesús procuró enseñar a sus discípulos mediante un niñito, ¡cuántas cosas que parecen ahora dificultades insuperables desaparecerían! Cuando los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: "¿Quién [253] es el mayor en el reino de los cielos? ... llamando Jesús a un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volviereis y fuereis como un niño, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos."[4]

Son propiedad de Dios confiada a los padres—Los niños reciben la vida y el ser de sus padres, y sin embargo es al poder creador de Dios al que vuestros hijos deben la vida, porque Dios es el Dador de ella. Recuérdese que los niños no han de ser tratados como si fuesen nuestra propiedad personal. Los hijos son herencia del Señor, y el plan de redención incluye la salvación de ellos tanto como la nuestra. Han sido confiados a sus padres para que éstos los críen en

la disciplina y admonición del Señor, a fin de que sean preparados para hacer su obra en este tiempo y en la eternidad.[5]

Madres, tratad amablemente con vuestros pequeñuelos. Cristo fué una vez un niñito. Por amor suyo, honrad a los niños. Consideradlos como un cometido sagrado, no para mimarlos y hacer de ellos ídolos, sino para enseñarles a vivir una vida pura y noble. Son propiedad de Dios; él los ama y os invita a cooperar con él para ayudarles a adquirir un carácter perfecto.[6]

Si queréis ir en paz al encuentro de Dios, suministrad ahora alimento espiritual a su grey, porque cada niño tiene la posibilidad de alcanzar la vida eterna. Los niños y los jóvenes son el tesoro peculiar de Dios.[7]

Es necesario inculcar a los jóvenes la verdad de que sus dones no les pertenecen. La fuerza, el tiempo, el intelecto, no son sino tesoros prestados. Pertenecen a Dios, y todo joven debería resolverse a darles el uso más elevado; él es una rama de la cual Dios espera fruto; un mayordomo cuyo capital debe producir renta; una luz para iluminar la obscuridad del mundo. Todo joven y niño tiene una obra que hacer para honra de Dios y elevación de la humanidad.[8] [254]

La senda del cielo es adecuada a su capacidad—Vi que Jesús conoce nuestras flaquezas, y ha experimentado lo mismo que nosotros en todo, menos en el pecado. Por lo tanto, nos ha preparado una senda adecuada a nuestra fuerza y capacidad, y como Jacob, ha andado suavemente y con serenidad con los niños según lo que ellos pudieran soportar, a fin de sostenernos por el consuelo de su compañía y servirnos de guía perpetuamente. El no desprecia, descuida ni deja atrás a los niños del rebaño. El no nos ha ordenado que avancemos y los dejemos. El no ha viajado tan apresuradamente como para dejarnos rezagados juntamente con nuestros hijos. ¡Oh, no; sino que ha emparejado la senda de la vida, aun para los niños! Y requiere que los padres, los conduzcan por el camino estrecho. Dios nos ha señalado una senda adecuada a la fuerza y capacidad de los niños.[9] [255]

[1] The Signs of the Times, 3 de abril de 1901.

[2] Mensajes para los Jóvenes, 327.

[3] The Review and Herald, 30 de marzo de 1897.

[4] Manuscrito 13, 1891.

[5] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1894.

[6]The Signs of the Times, 23 de agosto de 1899.
[7]Carta 105, 1893.
[8]La Educación, 54.
[9]Joyas de los Testimonios 1:137, 138.

Capítulo 49—Auxiliadores de la madre

Los niños son socios de la firma—Tanto los hijos como los padres tienen importantes deberes que cumplir en el hogar. Se les ha de enseñar a los primeros que también forman parte de la sociedad del hogar. Se les da de comer, se les viste, se les ama y se les cuida; y ellos a su vez, deben corresponder a todos estos favores compartiendo las responsabilidades domésticas y proporcionando toda la felicidad posible a su familia.[1]

Enseñe toda madre a sus hijos que son miembros de la sociedad formada por la familia y que en ella deben llevar su parte de las responsabilidades. Cada miembro de la familia debe desempeñar estas responsabilidades tan fielmente como llevan las suyas los miembros de la iglesia con respecto a ésta.

Haced saber a los niños que al cumplir pequeñas diligencias están ayudando a su padre y a su madre. Dadles algún trabajo que puedan hacer para vosotros y decidles que después de hacerlo dispondrán de tiempo para jugar.[2]

Los niños tienen mentes activas, y necesitan emplearlas para aliviar las cargas de la vida práctica. ... Nunca debe dejárseles escoger su propia ocupación. Los padres mismos deben regir este asunto.[3]

Padres e hijos tienen obligaciones—Los padres tienen la obligación de alimentar, vestir y educar a sus hijos, y los niños tienen la obligación de servir a sus padres con fidelidad alegre y fervorosa. Cuando los hijos dejan de sentir su obligación de compartir el trabajo y las cargas con sus padres, ¿les convendría que sus padres [256] dejasen de sentir su obligación de proveer para ellos? Al cesar de cumplir su deber de ser útiles a sus padres y de aliviar sus cargas haciendo lo que es tal vez desagradable y trabajoso, los hijos pierden la oportunidad de obtener una educación muy valiosa que los haría idóneos para su utilidad futura.[4]

Dios quiere que a los hijos de todos los creyentes se les enseñe desde sus primeros años a compartir las cargas que sus padres deben llevar al cuidar de ellos. Les conceden alojamiento en la casa y el

derecho y privilegio de sentarse a la mesa familiar. Dios requiere de los padres que alimenten y vistan a sus hijos. Pero las obligaciones de padres e hijos son mutuas. Por su parte, los hijos deben respetar y honrar a sus padres.[5]

Los padres no han de ser esclavos de sus hijos, ni ser quienes realicen todos los sacrificios mientras permiten que los niños se críen descuidados y despreocupados, satisfechos con que todas las cargas recaigan sobre sus padres.[6]

La bondad equivocada les enseña a ser indolentes—Desde muy temprano se debe enseñar a los niños a ser útiles, a ayudarse a sí mismos y a ayudar a otros. En nuestra época, muchas hijas pueden, sin remordimiento de conciencia, ver a sus madres trabajar, cocinar, lavar o planchar, mientras ellas permanecen en la sala leyendo cuentos, o haciendo crochet o bordados. Sus corazones son tan insensibles como una piedra.

Pero, ¿dónde está el origen de este mal? ¿Quiénes son generalmente los más culpables? Los pobres y engañados padres. Ellos pasan por alto el bien futuro de sus hijas, y en su ternura equivocada las dejan en la ociosidad, o les permiten hacer cosas que tienen poca utilidad o no requieren ejercicio de la mente o de los músculos, y luego disculpan a sus hijas indolentes porque son débiles. Pero, ¿qué es lo que las ha debilitado? En muchos casos ha sido la conducta
[257] errónea de los padres. Una cantidad apropiada de ejercicio en la casa mejoraría tanto su mente como su cuerpo. Pero, debido a ideas falsas, las niñas son privadas de dicho ejercicio, hasta que llegan a profesar aversión al trabajo.[7]

Si vuestros hijos no se han acostumbrado al trabajo, pronto se cansarán. Se quejarán de dolores en los costados y en los hombros, y de que tienen los miembros cansados; y vuestra simpatía os hará correr el riesgo de hacer el trabajo vosotros mismos más bien que verlos sufrir un poco. Sea muy ligera al principio la carga impuesta a los niños, y luego vaya aumentando un poco cada día, hasta que puedan hacer la debida cantidad de trabajo sin cansarse.[8]

Peligros de la ociosidad—Se me ha mostrado que mucho pecado es resultado de la ociosidad. Las manos y las mentes activas no hallan tiempo para ceder a toda tentación que el enemigo sugiere; pero las manos y los cerebros ociosos están totalmente preparados para ser dominados por Satanás. Cuando la mente no está debida-

mente ocupada, se espacia en cosas impropias. Los padres deben enseñar a sus hijos que la ociosidad es pecado.[9]

Nada hay que conduzca tan seguramente al mal como aliviar a los hijos de toda carga, para dejarles llevar una vida ociosa y sin objeto, no haciendo nada u ocupándose según les agrade. La mente de los niños es activa, y si no se ocupa con cosas buenas y útiles, se dedicará inevitablemente a lo malo. Aunque es correcto y necesario que tengan recreación, se les debe enseñar a trabajar, a tener horas regulares para el trabajo físico y también para leer y estudiar. Procúrese que tengan ocupación apropiada para sus años y que estén provistos de libros útiles e interesantes.[10]

La ocupación útil es una salvaguardia—Una de las salvaguardias más seguras para los jóvenes es la ocupación útil. Si se les hubiese inculcado hábitos de laboriosidad, de manera que todas sus horas estuviesen empleadas en algo útil, no tendrían tiempo para lamentar su suerte o entregarse a fantasías ociosas. Correrían [258] poco peligro de adquirir hábitos viciosos ni de frecuentar malas compañías.[11]

Si los padres están tan ocupados en otras cosas que no pueden mantener a sus hijos ocupados en cosas útiles, Satanás los mantendrá atareados.[12]

Deben aprender a llevar cargas—Los padres deben reconocer que la lección más importante para sus hijos es aprender que deben cumplir su parte en cuanto a llevar las cargas del hogar. ... Los padres deben enseñar a sus hijos a mirar la vida con sentido común, a darse cuenta de que deben ser útiles en el mundo. En el hogar, bajo la dirección de una madre sabia, niños y niñas deben recibir su primera instrucción en cuanto a llevar las cargas de la vida.[13]

La educación del niño para el bien o para el mal empieza durante sus primeros años.... A medida que se van criando los hijos mayores, deben ayudar a cuidar de los miembros menores de la familia. La madre no debe agobiarse haciendo trabajo que sus hijos pudieran y debieran hacer.[14]

Compartir las cargas da satisfacción—Padres, ayudad a vuestros hijos a hacer la voluntad de Dios cumpliendo fielmente los deberes que les tocan realmente como miembros de la familia. Esto les comunicará una experiencia muy valiosa. Les enseñará que no han de concentrar sus pensamientos en sí mismos para hacer lo que

les plazca o divertirse. Educadlos pacientemente para que desempeñen su papel en el círculo familiar, para que tengan éxito en sus esfuerzos por compartir las cargas de sus padres y hermanos. Así tendrán la satisfacción de saber que son realmente útiles.[15]

Se puede enseñar a los niños a prestar servicio. Son por naturaleza activos y se inclinan a mantenerse atareados; esta actividad es susceptible de ser adiestrada y dirigida debidamente. Se puede enseñar a los niños, cuando están todavía en tierna edad, a llevar diariamente sus ligeras cargas, asignando a cada niño alguna tarea
[259] particular de cuyo cumplimiento es responsable ante sus padres o tutores. Aprenderán así a llevar el yugo del deber mientras sean jóvenes; y la ejecución de sus tareas menudas llegará a ser un placer que les comunicará una felicidad que se obtiene únicamente al hacer el bien. Se acostumbrarán a trabajar y a llevar responsabilidades; la ocupación les agradará y percibirán que la vida les reserva quehaceres más importantes que el de divertirse....

El trabajo es bueno para los niños; son más felices cuando están ocupados en algo útil durante gran parte del tiempo; encuentran placer más intenso en sus diversiones inocentes cuando han terminado con éxito sus tareas. El trabajo fortalece los músculos y el intelecto. Pueden las madres transformar a sus hijos en preciosos auxiliares menores; y mientras les enseñen a ser útiles pueden ellas mismas obtener conocimiento de la naturaleza humana, aprender a tratar con estos seres jóvenes y conservar ellas mismas calor y juventud en su corazón por su trato con los pequeñuelos. Y así como sus hijos dependen de ellas con confianza y amor, ellas también pueden mirar al amado Salvador para obtener ayuda y dirección. A medida que crecen en edad, los niños debidamente educados aprenden a amar el trabajo que alivia las cargas de sus seres queridos.[16]

Asegura el equilibrio mental—En el cumplimiento de las tareas que se les hayan asignado pueden fortalecer la memoria y obtener un equilibrio mental correcto, así como estabilidad de carácter y prontitud. El día, con su ciclo de deberes menudos, exige reflexión, cálculos y un plan de acción. A medida que los niños van creciendo, se les debe pedir algo más. No debe ser una labor agotadora, ni debe ser su trabajo tan prolongado que los canse y desanime; sino algo escogido juiciosamente con respecto al desarrollo físico más deseable y al debido cultivo de la mente y del carácter.[17]

Los vincula con los obreros del cielo—Si se les enseñara a los niños a considerar el humilde ciclo de deberes diarios como la [260]
conducta que el Señor les ha trazado, como una escuela en la cual han de prepararse para prestar un servicio fiel y eficiente, ¡cuánto más agradable y honorable les parecería su trabajo! El cumplimiento de todo deber como para el Señor rodea de un encanto especial aun los menesteres más humildes, y vincula a los que trabajan en la tierra con los seres santos que hacen la voluntad de Dios en el cielo.[18]

En el cielo se obra constantemente. Allí no hay ociosos. Dijo Cristo: "Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro." No podemos suponer que cuando llegue el triunfo final, y las mansiones estén preparadas para nosotros, la ociosidad será nuestra porción y que descansaremos felices, sin hacer nada.[19]

Fortalece los lazos familiares—En la educación que reciben los jóvenes en el hogar, el principio de la cooperación es valiosísimo.... Los mayores deberían ser los ayudantes de sus padres, y participar en sus planes, sus responsabilidades y preocupaciones. Dediquen los padres tiempo a la enseñanza de sus hijos, háganles ver que aprecian su ayuda, desean su confianza y se gozan en su compañía, y los niños no serán tardos en responder.

No sólo se aliviará la carga de los padres y recibirán los niños una preparación práctica de inestimable valor, sino que se fortalecerán los lazos del hogar y se harán más profundos los cimientos del carácter.[20]

Contribuye a la excelencia mental, moral y espiritual—Tanto los niños como los jóvenes deben hallar placer en aliviar la carga de sus padres mostrando un interés abnegado por las cosas del hogar. Mientras llevan animosamente las cargas que les corresponden reciben una educación que los hará aptos para ocupar puestos de confianza y utilidad. Cada año han de hacer progresos constantes, dejando gradual pero seguramente a un lado la inexperiencia de la infancia a cambio de la experiencia de la madurez. En el desempeño fiel de los sencillos deberes del hogar, los muchachos y las niñas [261]
ponen el cimiento de la excelencia mental, moral y espiritual.[21]

Da salud al cuerpo y paz al espíritu—La aprobación de Dios descansa con amante seguridad sobre los hijos que alegremente asumen su parte en los deberes de la vida doméstica, compartiendo las cargas de sus padres. En recompensa tendrán salud del cuerpo y

paz mental, y disfrutarán del placer de ver a sus padres obtener su parte del placer social y recreación sana, lo cual prolongará su vida. Los niños educados en el cumplimiento de los deberes prácticos de la vida saldrán del hogar para ser miembros útiles de la sociedad con una educación muy superior a la que se obtiene por estar encerrados en el aula desde edad temprana, cuando ni la mente ni el cuerpo son bastante fuertes para soportar la tensión.[22]

En algunos casos sería mejor que los hijos trabajasen menos en la escuela y recibiesen más preparación en el cumplimiento de los deberes domésticos. Sobre todo lo demás se les debiera enseñar a ser serviciales. Muchas cosas que se aprenden de los libros son mucho menos esenciales que las lecciones prácticas de laboriosidad y disciplina.[23]

Asegura sueño y descanso—Las madres deben llevar a sus hijas consigo a la cocina y educarlas pacientemente. Su constitución se beneficiará con este trabajo; sus músculos adquirirán tono y fortaleza, y sus meditaciones serán más sanas y elevadas al fin del día. Tal vez se cansen; pero ¡cuán dulce es el reposo después de trabajar como es debido! El sueño, dulce restaurador natural, vigoriza el cuerpo cansado y lo prepara para los deberes del día siguiente. No dejéis creer a vuestros hijos que no importa que trabajen o no. Enseñadles que se necesita su ayuda, que su tiempo es valioso, y que dependéis de su trabajo.[24]

Es un pecado dejar que los niños se críen en la ociosidad. Ejerciten sus miembros y músculos, aun cuando los canse. Si no se los
[262] recarga demasiado, ¿cómo puede el cansancio perjudicarles más que a vosotros? Hay mucha diferencia entre el cansancio y el agotamiento. Los niños necesitan cambiar de ocupación más a menudo que los adultos y tener con más frecuencia intervalos de descanso; pero aun en edad temprana, pueden comenzar a aprender a trabajar, y serán felices al pensar que se están haciendo útiles. El sueño les será dulce después de un trabajo saludable, y quedarán refrigerados para el siguiente día de trabajo.[25]

No digáis: "Mis hijos me molestan"—"¡Oh!—dicen algunas madres,—mis hijos me molestan cuando procuran ayudarme." Así me pasaba a mí con los míos, pero ¿pensáis que se lo dejaba saber? Alabad a vuestros hijos. Enseñadles, renglón tras renglón, precepto

sobre precepto. Esto es mejor que leer novelas, hacer visitas, o seguir las modas del mundo.[26]

Una visión del Modelo—Durante un tiempo la Majestad del cielo, el Rey de gloria, no era sino el Niño de Belén y sólo podía representar al bebé en los brazos de su madre. En su infancia sólo podía hacer el trabajo de un niño obediente mientras cumplía los deseos de sus padres y los deberes que correspondían a su capacidad de niño. Esto es todo lo que los niños pueden hacer, y debe educárselos para que puedan seguir el ejemplo de Cristo. El actuaba de una manera que beneficiaba a la familia en la cual se encontraba, porque estaba sujeto a sus padres y así realizaba obra misionera en la vida del hogar. Escrito está: "Y el niño crecía, y fortalecíase, y se henchía de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él." "Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres."[27]

Es el precioso privilegio de maestros y padres cooperar en lo que respecta a enseñar a los niños a absorber la alegría de la vida de Cristo mientras aprenden a seguir su ejemplo. Los primeros años del Salvador fueron años de utilidad. Ayudaba a su madre en el hogar; y estaba tan ciertamente cumpliendo su misión cuando ejecutaba los deberes de la casa y trabajaba en el banco de carpintero como [263] cuando se dedicaba a la obra pública de su ministerio.[28]

En su vida terrenal, Cristo fué un ejemplo para toda la familia humana, fué obediente y servicial en el hogar. Aprendió el oficio de carpintero, y trabajó con sus propias manos en el tallercito de Nazaret. ... Mientras trabajaba en la infancia y la juventud, desarrolló su mente y su cuerpo. No empleó temerariamente sus facultades físicas, sino de una manera que lo mantuviese sano, y le permitiese hacer el mejor trabajo en todo sentido.[29] [264]

[1] El Ministerio de Curación, 306.
[2] The Review and Herald, 23 de junio de 1903.
[3] Manuscrito 57, 1897.
[4] The Youth's Instructor, 20 de julio de 1893.
[5] Manuscrito 128, 1901.
[6] Manuscrito 126, 1897.
[7] Joyas de los Testimonios 1:143.
[8] Joyas de los Testimonios 1:144.
[9] Joyas de los Testimonios 1:145.
[10] Christian Temperance and Bible Hygiene, 134, 135.
[11] The Review and Herald, 13 de septiembre de 1881.

[12]The Signs of the Times, 3 de abril de 1901.
[13]Carta 106, 1901.
[14]Manuscrito 126, 1903.
[15]Manuscrito 27, 1896.
[16]The Health Reformer, diciembre de 1877.
[17]Ibid.
[18]Historia de los Patriarcas y Profetas, 620.
[19]Manuscrito 126, 1897.
[20]La Educación, 277.
[21]Mensajes para los Jóvenes, 209, 210.
[22]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 114.
[23]Manuscrito 126, 1903.
[24]Joyas de los Testimonios 1:145.
[25]Christian Temperance and Bible Hygiene, 135.
[26]Manuscrito 31, 1901.
[27]The Signs of the Times, 17 de septiembre de 1894.
[28]The Review and Herald, 6 de mayo de 1909.
[29]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 113.

Capítulo 50—El honor debido a los padres

Lo que el niño debe a sus padres—Los hijos deben sentir que tienen una deuda con sus padres que los han vigilado durante su infancia, y cuidado en tiempos de enfermedad. Deben darse cuenta de que sus padres han sufrido mucha ansiedad por ellos. Los padres piadosos y concienzudos han sentido especialmente el más profundo interés en que sus hijos eligiesen el buen camino. ¡Cuánta tristeza sintieron en sus corazones al ver defectos en sus hijos! Si éstos, que causaron tanto dolor a esos corazones, pudiesen ver el efecto de su conducta, se arrepentirían ciertamente de ella. Si pudiesen ver las lágrimas de su madre, y oír sus oraciones a Dios en su favor, si pudiesen escuchar sus reprimidos y entrecortados suspiros, sus corazones se conmoverían, y prestamente confesarían sus pecados y pedirían perdón.[1]

Cuando los hijos lleguen a la edad adulta apreciarán al padre que trabajó fielmente y no les permitió que cultivasen sentimientos erróneos y cediesen a malos hábitos.[2]

Una orden vigente para todos—"Honra a tu padre y a tu madre, porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da." Este es el primer mandamiento con promesa. Está en vigencia para los niños y los jóvenes, para los adultos y los ancianos. No hay época en la vida en que los hijos estén excusados de honrar a sus padres. Esta solemne obligación rige para cada hijo e hija y es una de las condiciones impuestas para que se prolongue su vida en la tierra que el Señor dará a los fieles. Este no es un asunto indigno de atención, [265]
sino que es de vital importancia. La promesa se hace a condición de que se obedezca. Si obedecéis, viviréis mucho tiempo en la tierra que Jehová vuestro Dios os da. Si desobedecéis, vuestra vida no se prolongará en aquella tierra.[3]

Se debe a los padres mayor grado de amor y respeto que a ninguna otra persona. Dios mismo, que les impuso la responsabilidad de guiar las almas puestas bajo su cuidado, ordenó que durante los primeros años de la vida, los padres estén en lugar de Dios respecto a

sus hijos. El que desecha la legítima autoridad de sus padres, desecha la autoridad de Dios. El quinto mandamiento no sólo requiere que los hijos sean respetuosos, sumisos y obedientes a sus padres, sino que también los amen y sean tiernos con ellos, que alivien sus cuidados, que escuden su reputación, y que les ayuden y consuelen en su vejez.[4]

Dios no puede prosperar a los que obran en forma directamente contraria al deber que se especifica más claramente en su Palabra, el de los hijos para con sus padres. ... Si desprecian y deshonran a sus padres terrenales no respetarán ni amarán a su Creador.[5]

Cuando los hijos tienen padres incrédulos, cuyas órdenes contradigan lo que Cristo requiere, entonces, por doloroso que sea, deben obedecer a Dios y confiarle las consecuencias.[6]

Muchos violan el quinto mandamiento—En estos postreros días, los hijos se distinguen tanto por su desobediencia y falta de respeto, que Dios lo ha notado especialmente. Ello constituye una señal de que el fin se acerca y demuestra que Satanás ejerce un dominio casi completo sobre la mente de los jóvenes. Muchos no respetan ya las canas.[7]

Hay muchos niños que profesan conocer la verdad y no tributan a sus padres el honor y afecto que se les debe, que manifiestan poco amor hacia ellos y no los honran cediendo a sus deseos o tratando de evitarles ansiedad. Muchos de los que profesan ser cristianos no
[266] saben lo que es “honra a tu padre y a tu madre,” y en consecuencia poco sabrán lo que significa “porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.”[8]

En esta era de rebelión, los hijos no han recibido la debida instrucción y disciplina y tienen poca conciencia de sus obligaciones hacia sus padres. Sucede a menudo que cuanto más hacen sus padres por ellos, tanto más ingratos son, y menos los respetan. Los niños que han sido mimados y rodeados de cuidados, esperan siempre un trato tal; y si su expectativa no se cumple, se chasquean y desalientan. Esa misma disposición se verá en toda su vida. Serán incapaces, dependerán de la ayuda ajena, y esperarán que los demás los favorezcan y cedan a sus deseos. Y si encuentran oposición, aun en la edad adulta, se creen maltratados; y así recorren su senda por el mundo, acongojados, apenas capaces de llevar su propio peso,

murmurando e irritándose a menudo porque todo no les sale a pedir de boca.[9]

En el cielo no caben los hijos ingratos—Vi que Satanás ha cegado los intelectos de los jóvenes para que no puedan comprender las verdades de la Palabra de Dios. Tan embotada está su sensibilidad que no consideran las órdenes del santo apóstol: "Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres; porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra [nueva]." "Hijos, obedeced a vuestros padres en todo; porque esto agrada al Señor." Los hijos que deshonran y desobedecen a sus padres, y desprecian sus consejos e instrucciones, no pueden tener parte en la tierra renovada y purificada. Esta no será para el hijo o la hija que hayan sido rebeldes, desobedientes e ingratos. A menos que los tales aprendan a obedecer y someterse aquí, nunca lo aprenderán; la paz de los redimidos no será turbada por hijos desobedientes, revoltosos e insumisos. Nadie que viole los mandamientos puede heredar el reino de los cielos.[10] [267]

Debe manifestarse amor—He visto hijos que no parecen tener afecto que conceder a sus padres, ni les expresan el amor y cariño que les deben y que ellos apreciarían, pero prodigan afecto y caricias a los escogidos a quienes manifiestan preferencia. ¿Es esto lo que Dios quiere? No, no. Introducid en el círculo del hogar cuantos rayos de sol, amor y afecto os quepan. Vuestros padres apreciarán estas pequeñas atenciones que podáis otorgarles. Vuestros esfuerzos por aligerar las cargas, y por reprimir toda palabra de irritación e ingratitud, demuestran que no sois hijos irreflexivos, y que apreciáis el cuidado y el amor que os dieron durante los años de vuestra infancia desamparada.[11]

Niños, es necesario que vuestras madres os amen. De lo contrario, seríais muy desgraciados. ¿No conviene asimismo que los hijos amen a sus padres, y revelen este amor por miradas y palabras agradables, así como por una cooperación alegre y cordial para ayudar al padre fuera de la casa y a la madre dentro de ella?[12]

Hecho como para el Señor Jesús—Si sois verdaderamente convertidos e hijos de Jesús, honraréis a vuestros padres. No sólo haréis lo que os digan, sino que buscaréis oportunidades de ayudarles. Al obrar así, trabajáis para Jesús. El considera todas estas acciones

atentas y serviciales como si las hubieseis hecho para él. Esta es la clase más importante de obra misionera; y los que son fieles en estos
[268] pequeños deberes diarios adquieren una experiencia valiosa.[13]

[1] Joyas de los Testimonios 1:145.
[2] The Signs of the Times, 13 de julio de 1888.
[3] Testimonies for the Church 2:80, 81.
[4] Historia de los Patriarcas y Profetas, 316.
[5] Testimonies for the Church 3:232.
[6] The Review and Herald, 15 de noviembre de 1892.
[7] Joyas de los Testimonios 1:77.
[8] Mensajes para los Jóvenes, 329.
[9] Joyas de los Testimonios 1:142.
[10] Testimonies for the Church 1:497, 498.
[11] The Youth's Instructor, 21 de abril de 1886.
[12] Manuscrito 129, 1898.
[13] The Youth's Instructor, 30 de enero de 1884.

Capítulo 51—Consejos para los niños

Busquen temprano a Dios—Los niños y los jóvenes deben empezar temprano a buscar a Dios, porque los hábitos y las impresiones que se adquieren temprano ejercen con frecuencia una influencia poderosa sobre la vida y el carácter. Por lo tanto, los jóvenes que quieran ser como Samuel, Juan y especialmente como Cristo, deben ser fieles en las cosas menores, apartándose de los compañeros que se proponen obrar mal y consideran que su vida en el mundo debe consistir en placeres egoístas. Muchos de los deberes domésticos menudos se pasan por alto como cosas sin importancia; pero si se descuidan las pequeñeces, también se descuidarán los deberes mayores. Queréis llegar a ser hombres y mujeres sanos, dotados de un carácter puro, sólido y noble. Comenzad a obrar así en casa; asumid los deberes pequeños y cumplidlos con esmero y exactitud. Cuando el Señor vea que sois fieles en lo poco, os confiará responsabilidades mayores. Tened cuidado acerca de cómo edificáis y de la clase de material que ponéis en la construcción. El carácter que modeláis ahora durará tanto como la eternidad.

Permitid a Jesús que tome posesión de vuestra mente, vuestro corazón y vuestros afectos; obrad como obró Cristo, ejecutando concienzudamente los deberes domésticos, los pequeños actos de abnegación así como las acciones bondadosas, aprovechando los momentos con diligencia, manteniéndoos en guardia cuidadosa contra los pecados menudos y conservando gratitud en vuestro corazón por las pequeñas bendiciones, y mereceréis al fin un testimonio como el [269]
que se dió acerca de Juan y Samuel, y especialmente de Cristo: "Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres."[1]

"Dame ... tu corazón"—El Señor dice al joven: "Dame, hijo mío, tu corazón." Al Salvador del mundo le agrada que los niños y jóvenes le entreguen su corazón. Quizá haya un gran ejército de niños que serán hallados fieles a Dios porque andan en la luz, así como Cristo está en la luz. Amarán al Señor Jesús, y se deleitarán en

agradarle. No se impacientarán si fueren reprendidos, y alegrarán el corazón de sus padres con su bondad, su paciencia y su disposición a hacer todo lo que puedan para ayudar a llevar las cargas de la vida diaria. Serán fieles discípulos de nuestro Señor en toda su infancia y juventud.[2]

Debe hacerse una decisión individual—Velad, orad y obtened una experiencia personal en las cosas de Dios. Vuestros padres pueden enseñaros, pueden procurar guiar vuestros pies por sendas seguras; pero les resulta imposible cambiar vuestro corazón. Debéis entregarlo a Jesús y andar en la preciosa luz de la verdad que os ha dado. Asumid fielmente vuestros deberes en la vida familiar y por la gracia de Dios podréis crecer hasta alcanzar la estatura a la cual Cristo quiere que llegue un niño en él. El hecho de que vuestros padres observen el sábado y obedezcan a la verdad, no asegura vuestra salvación. Porque aun cuando Noé, Job y Daniel estuviesen en la tierra, "vivo yo, dice el Señor Jehová, no librarán hijo ni hija; ellos por su justicia librarán su vida."

En la infancia y la juventud podéis obtener experiencia en el servicio de Dios. Haced lo que sabéis es correcto. Obedeced a vuestros padres. Escuchad sus consejos; porque si aman y temen a Dios sienten la responsabilidad de educar, disciplinar y preparar vuestra alma para la vida inmortal. Recibid con agradecimiento la ayuda que
[270] quieren daros, y alegrad sus corazones sometiéndoos de buen grado a los dictados de su juicio más sabio. Así honraréis a vuestros padres, glorificaréis a Dios y llegaréis a ser una bendición para aquellos con quienes tratéis.[3]

Pelead la batalla, niños; recordad que cada victoria os coloca en un nivel superior al del enemigo.[4]

Deben orar para obtener ayuda—Los niños deben orar para obtener gracia con que resistir a las tentaciones que les vendrán, es decir las incitaciones a cumplir su propia voluntad y buscar su propio placer egoísta. Cuando pidan a Cristo que les ayude a prestar un servicio veraz, bondadoso, obediente, y a llevar las responsabilidades del círculo familiar, él oirá su sencilla oración.[5]

Jesús quiere que los niños y los jóvenes acudan a él con la misma confianza con que van a sus padres. Así como un niño pide pan a su madre o a su padre cuando tiene hambre, así quiere el Señor que le pidáis las cosas que necesitáis. ...

Jesús conoce las necesidades de sus hijos, y se deleita en escuchar sus oraciones. Los niños deben aislarse del mundo y de cuanto apartaría de Dios sus pensamientos. Considérense como estando a solas con Dios, cuyo ojo mira lo más íntimo del corazón y discierne el deseo del alma, y recuerden que pueden conversar con Dios....

Luego, niños, pedid a Dios que haga en vuestro favor lo que no podéis hacer vosotros mismos. Decídselo todo a Jesús. Abridle los secretos de vuestro corazón; pues su ojo escudriña lo más oculto del alma, y lee vuestros pensamientos como un libro abierto. Cuando le hayáis pedido las cosas necesarias para el bien de vuestra alma, creed que las recibís, y las tendréis.[6]

Cumplan con alegría sus deberes en la casa—Los niños y jóvenes deben ser misioneros en el hogar y hacer lo que necesita ser hecho por alguien.... Mediante el cumplimiento fiel de las cosas menudas que os parecen sin importancia, podéis demostrar que tenéis [271] un espíritu verdaderamente misionero. Vuestra disposición a ejecutar los deberes que se os presenten, a aliviar vuestra sobrecargada madre, probará que sois dignos de que se os confíen responsabilidades mayores. No consideráis que lavar los platos sea agradable; sin embargo no os gustaría veros privados de comer el alimento puesto en esos platos. ¿Os parece que para vuestra madre el hacer estas cosas es trabajo más agradable que para vosotros? ¿Estáis dispuestos a dejar que vuestra cansada madre realice una tarea desagradable mientras desempeñéis el papel de grandes señores? Hay pisos que barrer, hay alfombras que sacudir y habitaciones que poner en orden; y mientras descuidáis la ejecución de esos trabajos, ¿es consecuente de vuestra parte que deseéis responsabilidades mayores? ¿Habéis considerado cuántas veces vuestra madre tiene que atender a todos estos deberes domésticos mientras se os exime de ellos para que podáis asistir a la escuela o divertiros?[7]

Muchos hijos atienden a sus deberes domésticos como si fuesen tareas desagradables, y sus rostros indican claramente que así les resultan. Critican, murmuran, y nada hacen con buena voluntad. Esto no es obrar como Cristo; es manifestar el espíritu de Satanás, y si lo albergáis, seréis como él. Os sentiréis desgraciados vosotros mismos y haréis la vida miserable para cuantos os rodeen. No os quejéis acerca de cuánto tenéis que hacer y de cuán poco tiempo tenéis para divertiros; sed antes serviciales y cuidadosos. Al dedicar

vuestro tiempo a algún trabajo útil, estaréis cerrando una puerta a las tentaciones de Satanás. Recordad que Jesús no vivió para agradarse a sí mismo, y que debéis ser como él. Haced de esto un asunto de principios religiosos, y pedid a Jesús que os ayude. Ejercitando vuestra mente en este sentido, os prepararéis para llevar cargas en la causa de Dios así como las llevasteis en el círculo del hogar. Ejerceréis buena influencia sobre los demás y los ganaréis para que
[272] sirvan a Cristo.[8]

Concedan descanso y variedad a sus madres—Para una madre amorosa es difícil instar a sus hijos a que le ayuden cuando ve que no ponen el corazón en su trabajo y fraguan toda clase de excusas para librarse de hacer una tarea desagradable. Niños y jóvenes, Cristo os mira. ¿Os verá descuidar el cometido que confió a vuestras manos? Si queréis ser útiles, tenéis la oportunidad de serlo. Vuestro primer deber consiste en ayudar a vuestra madre, que tanto ha hecho por vosotros.

Llevad sus cargas, dadle días agradables de descanso; porque ha tenido muy pocas vacaciones y variedad en su vida. Vosotros habéis procurado obtener como un derecho todo el placer y la diversión a vuestro alcance; pero ha llegado el momento en que os toca alegrar el hogar. Asumid vuestro deber; ponéos a trabajar. Mediante vuestra devoción abnegada, dadle a ella descanso y placer.[9]

La recompensa divina para los que sean como Daniel—Se necesitan ahora hombres que, como Daniel, se atreverán a obrar. En el mundo de hoy se necesita tener un corazón puro y fuerte, y una mano intrépida. Dios quiso que el hombre mejorase constantemente y se elevase diariamente a un peldaño más alto en la escala de la excelencia. Nos ayudará si procuramos ayudarnos a nosotros mismos. Nuestra esperanza de felicidad en ambos mundos depende de que progresemos en uno de ellos....

Amados jóvenes, Dios os invita a hacer una obra que podéis hacer por su gracia. “Os ruego ... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto.” Destacaos en la dignidad que Dios os ha dado como hombres y mujeres. Revelad en vuestros gustos, apetitos y hábitos una pureza que se compare con la manifestada por Daniel. Dios os dará en recompensa nervios serenos, un cerebro despejado, un juicio
[273] inalterado y percepciones agudas. Los jóvenes de hoy que tengan

principios firmes y resueltos serán bendecidos con salud del cuerpo, la mente y el alma.[10]

Empiecen a redimir lo pasado—La juventud está ahora decidiendo su destino eterno, y quiero suplicaros que consideréis el mandamiento al cual Dios agregó esta promesa: "Porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da." Niños, ¿deseáis la vida eterna? Entonces respetad y honrad a vuestros padres. No hiráis ni agraviéis su corazón; no les hagáis pasar noches de insomnio, por la ansiedad y angustia que les causen vuestros casos. Si habéis pecado al no tributarles amor y obediencia, empezad ahora a redimir lo pasado. No podéis asumir otra conducta; porque ésta significaría perder la vida eterna.[11] [274]

[1] The Youth's Instructor, 3 de noviembre de 1886.
[2] Mensajes para los Jóvenes, 331.
[3] The Youth's Instructor, 17 de agosto de 1893.
[4] Manuscrito 19, 1887.
[5] The Review and Herald, 17 de noviembre de 1896.
[6] The Youth's Instructor, 7 de julio de 1892.
[7] The Youth's Instructor, 2 de marzo de 1893.
[8] The Youth's Instructor, 30 de enero de 1884.
[9] The Youth's Instructor, 2 de marzo de 1893.
[10] The Youth's Instructor, 9 de julio de 1903.
[11] The Youth's Instructor, 22 de junio de 1893.

Sección 12—Normas de la vida familiar

Capítulo 52—El gobierno del hogar

Principios guiadores para los padres—En el mundo, muchos dedican sus afectos a cosas que en sí son tal vez buenas, pero se satisfacen con ellas y no procuran el bien mayor y más elevado que Cristo desea darles. No debemos tratar ahora de privarlos bruscamente de lo que consideran estimable. Revelémosles lo bello y precioso de la verdad. Induzcámoslos a contemplar a Cristo y su amabilidad. Entonces se apartarán de todo lo que desvíe de él sus afectos. Tal es el principio que debe regir la actuación de los padres en la educación de sus hijos. Por vuestra manera de obrar con los pequeñuelos podéis, mediante la gracia de Cristo, amoldar su carácter para la vida eterna.[1]

Los padres y las madres debieran dedicar su vida al estudio de cómo lograr que sus hijos se acerquen tanto a la perfección del carácter como puede lograrlo el esfuerzo humano combinado con la ayuda divina. Ellos han aceptado esta tarea con toda la importancia y responsabilidad que entraña, por el hecho de que trajeron hijos al mundo.[2]

Se necesitan reglas para gobernar el hogar—Todo hogar cristiano debe tener reglas; y los padres deben, en sus palabras y su comportamiento mutuo, dar a los niños un precioso ejemplo vivo de lo que desean que lleguen a ser. Enseñad a los niños y jóvenes a
[275] ser fieles a Dios y a los buenos principios; enseñadles a respetar y obedecer la ley de Dios. Entonces esos principios regirán su vida y se cumplirán en sus relaciones con los demás.[3]

Deben seguirse los principios de la Biblia—Es necesario velar constantemente para que los principios en que se basa el gobierno de la familia no sean despreciados. El Señor quiere que las familias de la tierra sean símbolos de la familia celestial. Y cuando las familias terrenales sean dirigidas correctamente, la misma santificación del Espíritu se comunicará a la iglesia.[4]

Antes de que puedan representar correctamente el gobierno que Dios quiso que hubiera en la familia, los padres mismos deben ser

convertidos y saber lo que es mantenerse sumisos a la voluntad de Dios como niñitos, manteniendo sus pensamientos sujetos a la voluntad de Jesucristo.[5]

Dios mismo estableció las relaciones familiares. Su Palabra es la única guía segura en el gobierno de los hijos. La filosofía humana no ha descubierto más de lo que Dios sabe ni ha ideado, en lo que respecta a actuar con los niños, un plan más sabio que el dado por nuestro Señor. ¿Quién puede comprender todas las necesidades de los niños mejor que su Creador? ¿Quién puede interesarse más hondamente en su bienestar que Aquel que los compró con su propia sangre? Si la Palabra de Dios fuese estudiada cuidadosamente y obedecida con fidelidad, habría menos angustia en el alma de los padres por la conducta perversa de hijos malvados.[6]

El respeto por los derechos de los niños—Recordad que los hijos tienen derechos que deben ser respetados.[7]

Los niños tienen derechos que sus padres deben reconocer y respetar. Tienen derecho a recibir una educación y preparación que los hará miembros útiles de la sociedad, respetados y amados aquí, y les dará idoneidad moral para la sociedad de los santos y puros en la vida venidera. Debe enseñarse a los jóvenes que su bienestar presente y futuro depende en gran medida de los hábitos que adquie- [276]
ran en la niñez y la juventud. Deben acostumbrarse temprano a la sumisión, la abnegación y la consideración por la felicidad ajena. Debe enseñárseles a subyugar el genio vivo, a retener las palabras coléricas y a manifestar invariablemente bondad, cortesía y dominio propio.[8]

A un padre cegado por el afecto—El afecto ciego, manifestación de amor de poco valor, le lleva muy lejos. Es fácil echar los brazos alrededor del cuello; pero Vd. no debe alentar tales manifestaciones a menos que una obediencia perfecta compruebe que tiene un valor real. Su indulgencia, su desprecio de lo requerido por Dios, es una verdadera crueldad. Vd. fomenta y disculpa la desobediencia diciendo: "Mi hijo me quiere." Un amor tal es de poco valor y engañoso. Ni siquiera es amor. Este, el amor verdadero que se ha de cultivar en la familia, tiene valor porque es atestiguado por la obediencia....

Si Vd. ama el alma de sus hijos, llámelos al orden; pero una abundancia de besos y evidencias de cariño ciega sus ojos, y sus

hijos lo saben. Haga menos caso de estas manifestaciones exteriores de amor en abrazos y besos; descienda a lo hondo de la conducta y muéstreles lo que constituye el amor filial. Rehuse esas manifestaciones como un fraude y engaño, a menos que las apoyen la obediencia y el respeto por sus órdenes.[9]

Ni afecto ciego ni severidad indebida—Si bien no hemos de ceder al afecto ciego, tampoco debemos manifestar indebida severidad. Los niños no pueden ser llevados al Señor por la fuerza. Pueden ser conducidos, mas no arreados. Cristo declara: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen." No dice: Mis ovejas oyen mi voz y se las fuerza a seguir la senda de la obediencia. En el gobierno de los hijos, debe manifestarse amor. Nunca deben los padres causar pena a sus hijos por manifestaciones de dureza o exi-
[277] gencias que no sean razonables. La dureza empuja a las almas a la red de Satanás.[10]

La influencia combinada de la autoridad y del amor permitirá sostener firme y bondadosamente las riendas del gobierno familiar. Un deseo sincero de que Dios sea glorificado y de que nuestros hijos le rindan el tributo que le deben nos guardará de la debilidad y de sancionar el mal.[11]

La obediencia no requiere dureza—Nadie se imagine ... que la dureza y la severidad sean necesarias para obtener obediencia. He visto casos en que se mantenía el gobierno familiar más eficaz sin una palabra o mirada dura. He estado con otras familias donde se daban constantemente órdenes en tono autoritario, y con frecuencia se administraban reprensiones y castigos severos. En el primer caso, los hijos seguían la conducta de los padres y rara vez se hablaban unos a otros en tono áspero. En el segundo, los hijos imitaban también el ejemplo paterno; y de la mañana hasta la noche se oían palabras de ira, críticas y disputas.[12]

Deben refrenarse las palabras que intimiden, infundan temor y destierren el amor del alma. Un padre prudente, tierno y temeroso de Dios no introducirá en el hogar un temor servil, sino un elemento de amor. Si bebemos del agua de vida, brotará agua dulce de la fuente, no agua amarga.[13]

Las palabras duras suelen agriar el genio, hieren el corazón de los niños, y a veces esas heridas se curan difícilmente. Los niños resienten la menor injusticia, y al sufrirla algunos se desaniman y

entonces ya no querrán prestar atención a las órdenes dadas a gritos y con ira, ni tampoco a las amenazas de castigo.[14]

Existe el peligro de criticar con excesivo rigor las cosas pequeñas. Las críticas demasiado severas y los reglamentos muy rígidos inducen a despreciar toda reglamentación; y con el tiempo los niños así educados manifestarán el mismo desprecio por las leyes de Cristo.[15] [278]

Se necesita firmeza uniforme y desapasionada—Los niños son por naturaleza sensibles y amantes. Es fácil complacerlos, o hacerles sentirse desdichados. Mediante una disciplina suave de palabras y actos amables, las madres pueden ligar a sus hijos con su propio corazón. Es un grave error manifestar severidad y ser autoritario con los niños. La firmeza uniforme y un gobierno sereno son necesarios para la disciplina de toda familia. Decid con calma lo que queréis decir; obrad con consideración, y cumplid sin desviación lo que decís.

Hallaréis compensación si manifestáis afecto en vuestro trato con vuestros hijos. No los desalentéis por falta de simpatía hacia sus juegos, goces y pesares infantiles. No permitáis jamás que un ceño frunza vuestras cejas ni que escape de vuestros labios una palabra dura. Dios escribe en su registro todas las palabras tales.[16]

No bastan la restricción ni la cautela—Amados hermanos, como iglesia habéis descuidado tristemente vuestro deber hacia los niños y jóvenes. Mientras les imponéis reglamentos y restricciones, debéis tener gran cuidado de revelarles la fase cristiana de vuestro carácter y no la satánica. Los niños necesitan constantemente cuidado vigilante y tierno amor. Vinculadlos con vuestro corazón, y recordadles siempre el amor tanto como el temor de Dios. Los padres y las madres no dominan su propio espíritu y por lo tanto no son aptos para gobernar a otros. Refrenar y precaver a los niños no es todo lo que se requiere. Aún tenéis que aprender a obrar con justicia y a amar la misericordia, así como a andar humildemente con Dios.[17]

Consejos a la madre de una niña de voluntad fuerte—Su hija no le pertenece; Vd. no puede hacer con ella lo que le agrade, porque es propiedad del Señor. Diríjala con firme perseverancia; enséñele que pertenece a Dios. Con tal preparación se desarrollará y será una bendición para quienes la rodeen. Pero Vd. necesitará un

[279] discernimiento claro y agudo para reprimir la inclinación de ella a gobernarlas a ambas, a salir con la suya y a obrar como le agrade.[18]

Un gobierno firme y sereno—He visto a muchas familias naufragar por exceso de gobierno de parte de su cabeza, mientras que mediante consultas y acuerdo todos podrían haber progresado bien y armoniosamente.[19]

La falta de firmeza en el gobierno de la familia causa mucho daño; es en realidad tan mala como la falta absoluta de gobierno. Se pregunta a menudo: ¿Por qué resultan los hijos de padres religiosos tan frecuentemente tercos, desafiadores y rebeldes? El motivo reside en la preparación recibida en el hogar. Demasiado a menudo los padres no están unidos en su gobierno de la familia.[20]

Un gobierno caprichoso, en el que una vez se sostienen las riendas con firmeza, y en otra ocasión se permite lo que se había condenado, significa la ruina para un niño.[21]

Una ley para los padres y los hijos—Dios es nuestro Legislador y Rey, y los padres han de sujetarse a su gobierno. Este prohibe toda opresión de parte de los padres y toda desobediencia de parte de los hijos. El Señor abunda en bondad, misericordia y verdad. Su ley es santa, justa y buena, y debe ser acatada por padres e hijos. Los preceptos que han de regir la vida de padres e hijos proceden de un corazón rebosante de amor, y la rica bendición de Dios descansará sobre los padres que apliquen su ley en sus hogares y sobre los hijos que la acaten. Se ha de sentir la influencia combinada de la misericordia y la justicia. "La misericordia y la verdad se encontraron: la justicia y la paz se besaron." Las familias así disciplinadas andarán
[280] en el camino del Señor, para obrar justicia y juicio.[22]

[281]

[1] Manuscrito 4, 1893.
[2] Fundamentals of Christian Education, 67.
[3] Carta 74, 1896.
[4] Manuscrito 80, 1898.
[5] The Review and Herald, 13 de marzo de 1894.
[6] The Signs of the Times, 24 de noviembre de 1881.
[7] Carta 47a, 1902.
[8] Fundamentals of Christian Education, 67.
[9] Carta 52, 1886.
[10] The Review and Herald, 29 de enero de 1901.
[11] Manuscrito 24, 1887.
[12] The Signs of the Times, 11 de marzo de 1886.

[13]Carta 8a, 1896.
[14]Testimonies for the Church 3:532.
[15]Manuscrito 7, 1899.
[16]Testimonies for the Church 3:532.
[17]Testimonies for the Church 4:621.
[18]Carta 69, 1896.
[19]Testimonies for the Church 4:127.
[20]The Signs of the Times, 9 de febrero de 1882.
[21]Carta 69, 1896.
[22]Manuscrito 133, 1898.

Capítulo 53—Un frente unido

Deben compartirse las responsabilidades—Unidos y con oración, el padre y la madre deben llevar la grave responsabilidad de guiar correctamente a sus hijos.[1]

Los padres han de actuar juntos como una unidad. No debe haber división. Pero muchos padres se contrarían, y los hijos quedan perjudicados por la mala administración. ... Sucede a veces que uno de los padres es demasiado indulgente y el otro demasiado severo. Esta diferencia milita contra la posibilidad de obtener buenos resultados en la formación del carácter de los hijos. No ha de ejercerse fuerza bruta en la ejecución de reformas, pero tampoco debe manifestarse una debilidad indulgente. La madre no debe procurar ocultar al padre los defectos de los hijos, ni debe inducirlos a ellos a hacer lo que el padre les prohibió. Ella no debe implantar en la mente de sus hijos una sola semilla de duda acerca de la sabiduría manifestada por el padre en su administración, ni debe contrarrestar por su propia conducta la obra del padre.[2]

Si ambos padres están en desacuerdo, y uno de ellos procura contrarrestar la influencia del otro, la familia se desmoralizará, y ni el padre ni la madre serán objeto del respeto y la confianza que son esenciales para una familia bien gobernada. ... Los niños disciernen prestamente cualquier cosa que inspire desprecio por los reglamentos de una casa, especialmente los que restriñen sus acciones.[3]

El padre y la madre deben estar unidos en la disciplina de sus
[282] hijos; cada uno debe llevar su parte de la responsabilidad, reconocer que Dios le ha impuesto la solemne obligación de educar a su descendencia de manera que le asegure, en todo lo posible, buena salud física y un carácter bien desarrollado.[4]

Cómo se dan lecciones en el engaño—Algunas madres cariñosas les permiten a sus hijos costumbres que no debieran ser toleradas por un momento. A veces se le ocultan al padre las faltas de los hijos. La madre concede ciertas prendas de vestir o algunas otras

complacencias, con el entendimiento de que el padre no sabrá nada de ello; porque él reprendería tales cosas.

Con esto se les enseña eficazmente a los niños una lección de engaño. Luego, si el padre descubre estas faltas, se presentan excusas, pero se dicen medias verdades. La madre no es franca. No considera debidamente que el padre tiene el mismo interés que ella en los hijos, y que no debiera dejarle ignorar los males o debilidades que se les debiera corregir mientras son jóvenes. Se ocultan las cosas. Los hijos conocen la falta de unión que hay entre los padres, y ello tiene su efecto. Los hijos empiezan desde muy jóvenes a engañar y a encubrir tanto a su padre como a su madre las cosas y presentarlas con matices muy diferentes de los verdaderos. La exageración se vuelve un hábito, y se llega a contar mentiras abiertas con pocos remordimientos de conciencia.

Estos males se iniciaron cuando la madre ocultó las cosas al padre, que tiene igual interés que ella en el desarrollo del carácter de sus hijos. El padre debiera haber sido consultado libremente. Debiera habérsele revelado todo. Pero la conducta opuesta, seguida para ocultar los yerros de los hijos, estimula en ellos una disposición a engañar y falta de veracidad y sinceridad.[5]

Debe ser siempre un principio fijo para los padres cristianos mantenerse unidos en el gobierno de sus hijos. Algunos padres fallan al respecto; les falta unión. El defecto se advierte a veces en el [283]
padre, pero con más frecuencia en la madre. La madre cariñosa mima a sus hijos. El trabajo del padre le obliga a menudo a ausentarse de la casa y de la sociedad de sus hijos. La influencia de la madre se hace sentir. Su ejemplo contribuye mucho a formar el carácter de los hijos.[6]

Las divergencias confunden a los hijos—La sociedad de la familia debe estar bien organizada. El padre y la madre deben considerar juntos sus responsabilidades, y emprender su tarea con clara comprensión. No debe haber divergencia entre ellos. Nunca deben criticar en la presencia de sus hijos los planes y el criterio de su cónyuge.

Si la madre no tiene experiencia en el conocimiento de Dios, debe razonar de la causa al efecto, y comprobar si su disciplina tiende a aumentar las dificultades del padre mientras trabaja para salvar a

los hijos. La pregunta de suma importancia que debe dirigirse es ésta: ¿Estoy siguiendo el camino del Señor?[7]

Si los padres no concuerdan, auséntense de la presencia de sus hijos hasta que hayan llegado a entenderse.[8]

Con demasiada frecuencia, los padres no están unidos en su gobierno de la familia. El padre, que acompaña muy poco a sus hijos, e ignora las peculiaridades de su disposición y temperamento, es duro y severo. No domina su genio, sino que corrige con enojo. El niño lo sabe, y en vez de subyugarle, el castigo le llena de ira. La madre pasa por alto en una ocasión faltas que castigará severamente en otra. Los niños no saben nunca qué esperar, y se sienten tentados a ver hasta donde pueden transgredir con impunidad. Así se siembran malas semillas que brotarán y darán fruto.[9]

Si los padres están unidos en esta obra de disciplina, el niño comprenderá lo que se requiere de él. Pero si el padre, por sus palabras o miradas, demuestra que no aprueba la disciplina administrada por la madre; si le parece que ella es demasiado estricta y considera
[284] que debe expiar la dureza mediante mimos e indulgencias, el niño quedará arruinado. Pronto aprenderá que puede hacer lo que quiere. Los padres que cometan este pecado contra sus hijos tendrán que dar cuenta de la ruina de sus almas.[10]

Los ángeles miran a cada familia con intenso interés, para ver cómo son tratados los niños por sus padres, guardianes o amigos. ¡Cuánta administración errónea presencian en una familia entre cuyos padres hay divergencias! El tono de la voz del padre y de la madre, sus miradas y sus palabras, todo manifiesta que no están unidos en el gobierno de sus hijos. El padre acusa a la madre e induce a los hijos a que desprecien la ternura y el afecto que ella siente hacia los pequeñuelos. La madre se cree obligada a dedicar mucho afecto a los hijos, a complacerlos y mimarlos, porque considera al padre duro e impaciente, y que a ella le toca contrarrestar la influencia de esa severidad.[11]

Se necesita mucha oración y serias reflexiones—El afecto no puede durar, ni siquiera en el círculo del hogar, a menos que la voluntad y el temperamento estén en armonía con la voluntad de Dios. Todas las facultades y pasiones deben ponerse en armonía con los atributos de Jesucristo. Si, en el amor y temor de Dios, el padre y la madre unen sus intereses para ejercer autoridad en el hogar, verán

la necesidad de orar mucho y de reflexionar seriamente. Y mientras busquen a Dios, sus ojos se abrirán para ver que los mensajeros celestiales están presentes para protegerlos en respuesta a la oración hecha con fe. Vencerán las debilidades de su carácter y progresarán hacia la perfección.[12]

Corazones unidos por el amor—Padre y madre, vinculad vuestros corazones en la unión más estrecha y feliz. No os apartéis el uno del otro, sino estrechad aún más los lazos que os unen. Entonces estaréis preparados para unir con el vuestro el corazón de vuestros hijos mediante el cordón de seda del amor.[13] [285]

Seguid sembrando para este tiempo y para la eternidad. Todo el cielo observa los esfuerzos de un padre cristiano.[14] [286]

---

[1] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 98.
[2] The Review and Herald, 30 de marzo de 1897.
[3] The Review and Herald, 13 de marzo de 1894.
[4] Pacific Health Journal, abril de 1890.
[5] Joyas de los Testimonios 1:49, 50.
[6] Joyas de los Testimonios 1:49.
[7] Manuscrito 79, 1901.
[8] The Review and Herald, 30 de marzo de 1897.
[9] The Signs of the Times, 11 de marzo de 1886.
[10] The Review and Herald, 27 de junio de 1899.
[11] The Review and Herald, 13 de marzo de 1894.
[12] Manuscrito 36, 1899.
[13] The Review and Herald, 15 de septiembre de 1891.
[14] Ibid.

Capítulo 54—La religión en la familia

Definición de la religión—En la familia la religión consiste en criar a los hijos en la disciplina y admonición del Señor. Cada miembro de la familia debe ser sustentado por las lecciones de Cristo, y el interés de cada alma debe protegerse estrictamente, para que Satanás no engañe a nadie ni lo aparte de Cristo. Tal es el ideal que cada familia debe procurar alcanzar, resuelta a no fracasar ni a quedar desalentada. Cuando los padres son diligentes y vigilantes en su instrucción, cuando enseñan a sus hijos a procurar sinceramente la gloria de Dios, cooperan con él y él coopera con ellos en la salvación de las almas de aquellos hijos por quienes Cristo murió.[1]

La instrucción religiosa significa mucho más que la instrucción común. Significa que debemos orar con nuestros hijos, enseñarles cómo deben acercarse a Jesús y hablarle de todo lo que necesitan. Significa que en nuestra vida debemos demostrar que Jesús lo es todo para nosotros y que su amor nos hace pacientes, bondadosos y tolerantes, aunque firmes en lo que se refiere a mandar a nuestros hijos después de nosotros, como lo hizo Abrahán.[2]

Según os conduzcáis en vuestro hogar, queda anotado vuestro nombre en los libros del cielo. El que quiera llegar a ser santo en el cielo debe ser primero santo en su propia familia. Si los padres son verdaderos cristianos en la familia, serán miembros útiles en la iglesia y podrán dirigir los asuntos de ésta y de la sociedad como
[287] manejan lo que concierne a su familia. Padres, no permitáis que vuestra religión consista simplemente en profesarla, mas dejadla ser una realidad.[3]

Es parte de la educación dada en el hogar—La religión del hogar se descuida terriblemente. Hombres y mujeres manifiestan mucho interés por las misiones en países extranjeros. Dan para éstas en forma liberal y así procuran tranquilizar su conciencia, pues piensan que al dar para la causa de Dios expían la negligencia en que viven con respecto a dar el buen ejemplo en su hogar. Pero éste

es su campo especial y Dios no acepta excusa alguna por el descuido en que dejan ese campo.[4]

Cuando la religión es algo práctico en el hogar, se logra mucho bien. La religión inducirá a los padres a hacer la obra que Dios quiso que se hiciera en la familia. Los hijos se criarán en el temor y admonición del Señor.[5]

El motivo por el cual los jóvenes de la época actual tienen tan poca inclinación religiosa estriba en que su educación es defectuosa. No se manifiesta verdadero amor hacia los hijos cuando se les permite ceder a la ira, o cuando se deja sin castigo la desobediencia a nuestras leyes. Como se tuerce la rama, así se inclina el árbol.[6]

Para que la religión influya en la sociedad, debe influir primero en el círculo del hogar. Si se enseña a los niños a amar y temer a Dios en la casa, se verá que cuando a su vez salgan al mundo estarán preparados para educar a sus propias familias para Dios, y así los principios de la verdad se implantarán en la sociedad y ejercerán una influencia poderosa en el mundo. La religión no debe divorciarse de la educación dada en la familia.[7]

Precede a la de la iglesia—En el hogar se echa el fundamento de la prosperidad que tendrá la iglesia. Las influencias que rijan la vida familiar se extienden a la vida de la iglesia. Por lo tanto, los deberes referentes a la iglesia deben comenzar en el hogar.[8] [288]

Teniendo buena religión en el hogar, tendremos excelente religión en las reuniones. Defendamos el fuerte del hogar. Consagremos nuestra familia a Dios, y luego hablemos y actuemos en casa como cristianos. Seamos bondadosos, tolerantes y pacientes en casa, sabiendo que enseñamos. Cada madre es una maestra y debe aprender en la escuela de Cristo, a fin de saber enseñar a sus hijos y modelar correctamente su carácter.[9]

En el hogar donde falta la religión, la profesión de fe no tiene valor.... Muchos se están engañando al creer que el carácter será transformado cuando venga Cristo; pero cuando él aparezca no se convertirán los corazones. Tendremos que habernos arrepentido de nuestros defectos de carácter y tendremos que haberlos vencido por la gracia de Cristo durante el tiempo de gracia. Aquí es donde debemos prepararnos para formar parte de la familia celestial.[10]

La religión es muy necesaria en el hogar, y las palabras que en él pronunciemos han de ser del carácter debido o de nada servirán

nuestros testimonios en la iglesia. Nuestra religión será inútil si no manifestamos mansedumbre, bondad y cortesía en el hogar. Si hubiese más religión genuina en la familia, habría más poder en la iglesia.[11]

Postergar la instrucción religiosa es un error—Dejar a los niños crecer sin conocer a Dios es algo muy grave.[12]

Los padres cometen un terrible error cuando descuidan la obra de dar a sus hijos educación religiosa, por pensar que saldrán bien y que, al tener más edad, anhelarán obtener experiencia religiosa. ¿No podéis ver, padres, que si no implantáis las preciosas semillas de la verdad, el amor y los atributos celestiales, Satanás sembrará cizaña en el campo del corazón?[13]

Con demasiada frecuencia se deja que los niños crezcan sin religión porque sus padres piensan que son aun muy tiernos para
[289] que se les impongan deberes cristianos. ...

Lo referente al deber de los niños en asuntos religiosos debe decidirse en forma absoluta y sin vacilación mientras son miembros de la familia.[14]

Los padres ocupan frente a sus hijos el lugar de Dios para decirles con firmeza y perfecto dominio propio lo que deben hacer y lo que no deben hacer. Todo esfuerzo hecho en favor de ellos con bondad y dominio propio cultivará en su carácter los elementos de la firmeza y la decisión.... Los padres tienen el deber de decidir temprano esta cuestión para que el niño no piense en violar el sábado ni en descuidar el culto religioso o la oración en la familia, como no piensa en robar. Las manos de los padres son las que deben construir la valla.[15]

Desde la más tierna edad debe iniciarse y llevarse adelante una sabia educación en lo que enseñó Cristo. Cuando los corazones infantiles son impresionables, se les ha de enseñar lo concerniente a las realidades eternas. Los padres deben recordar que viven, hablan y obran en presencia de Dios.[16]

Padres, ¿qué conducta seguís? ¿Guía vuestra obra la idea de que en asuntos religiosos vuestros hijos deben estar libres de toda restricción? ¿Los estáis dejando sin consejo ni admonición durante su infancia y juventud? ¿Les estáis permitiendo que obren como les agrade? Si obráis así, estáis descuidando las responsabilidades que Dios os dió.[17]

Adáptese la instrucción a la edad del niño—Tan pronto como los pequeñuelos tienen entendimiento, los padres deben contarles la historia de Jesús para que puedan absorber la preciosa verdad acerca del Niño de Belén. Inculcad en los niños sentimientos de piedad sencilla, que se adapten a sus años y a su capacidad. Llevad a vuestros hijos en oración a Jesús, pues él hizo posible que ellos aprendan la religión mientras aprenden a formular las palabras del idioma.[18]

En muy tierna edad, los niños son susceptibles a las influencias divinas. El Señor dedica a estos niños su cuidado especial; y cuando se crían en la disciplina y amonestación del Señor, resultan en una [290] ayuda para sus padres, y no en un estorbo.[19]

Ambos padres deben cultivar la religión en el hogar—Al padre y a la madre incumbe la responsabilidad de sostener la religión en el hogar.[20]

No se cargue la madre con tantos cuidados que no pueda dedicar tiempo a las necesidades espirituales de su familia. Soliciten los padres a Dios que los guíe en su obra. Arrodillados delante de él, obtendrán una verdadera comprensión de sus grandes responsabilidades, y podrán confiar a sus hijos a Aquel que nunca yerra en sus consejos e instrucciones. ...

El padre de la familia no debe dejar a la madre todo el cuidado de dar instrucción espiritual. Una gran obra debe ser hecha por los padres y las madres, y ambos deben desempeñar su parte individual en la preparación de sus hijos para el gran examen del juicio.[21]

Padres, haced participar a vuestros hijos en vuestros ejercicios religiosos. Arrojad en derredor de ellos los brazos de vuestra fe, y consagradlos a Cristo. No permitáis que cosa alguna os haga descuidar vuestra responsabilidad de educarlos correctamente, ni que interés mundanal alguno os induzca a dejarlos rezagados. No toleréis que vuestra vida cristiana os aisle de ellos. Llevadlos con vosotros al Señor; educad sus intelectos para que se familiaricen con la verdad divina. Dejadlos asociarse con los que aman a Dios. Llevadlos al pueblo de Dios como niños a los cuales procuráis ayudar en la edificación de un carácter idóneo para la eternidad.[22]

¿Qué no logrará la religión en el hogar? Realizará la obra misma que Dios quiso que se hiciera en cada familia. Los hijos se criarán en la disciplina y admonición dei Señor. Serán educados y preparados,

no para ser esclavos de la sociedad, sino miembros de la familia del Señor.[23]

Esperan ver a sus padres vivir en forma consecuente—Todo
[291] deja su impresión en la mente juvenil. Ella estudia el rostro, siente la influencia de la voz, e imita la conducta ajena. Los padres irritables dan a sus hijos lecciones acerca de las cuales, en alguna época de su vida, querrán con toda el alma que fuese posible hacérselas olvidar. Los hijos deben ver en la vida de sus padres un espíritu consecuente con su fe. Llevando una vida que concuerde con sus principios y ejerciendo dominio propio, los padres pueden amoldar el carácter de sus hijos.[24]

Dios honra a una familia bien ordenada—Los padres y las madres que ponen a Dios en primer lugar en su familia, que enseñan a sus hijos que el temor del Señor es el principio de la sabiduría, glorifican a Dios delante de los ángeles y delante de los hombres presentando al mundo una familia bien ordenada y disciplinada, una familia que ama y obedece a Dios, en lugar de rebelarse contra él. Cristo no es un extraño en sus hogares; su nombre es un nombre familiar, venerado y glorificado. Los ángeles se deleitan en un hogar donde Dios reina supremo, y donde se enseña a los niños a reverenciar la religión, la Biblia y al Creador. Las familias tales pueden aferrarse a la promesa: "Yo honraré a los que me honran."[25]

Como se trae Cristo al hogar—Cuando Cristo está en el corazón, se le trae a la familia. El padre y la madre sienten cuán importante es vivir en obediencia al Espíritu Santo para que los ángeles celestiales, quienes sirven a los que han de heredar la salvación, los atiendan como maestros en el hogar y los eduquen y preparen para la obra de enseñar a sus hijos. Es posible tener en el hogar una pequeña iglesia que honre y glorifique al Redentor.[26]

Hágase atractiva la religión—Hágase atractiva la vida cristiana. Háblese del país donde han de establecer su hogar los que siguen a Cristo. Mientras hagáis esto, Dios guiará a vuestros hijos a toda la verdad, llenándolos del deseo de hacerse idóneos para las mansiones
[292] que Cristo ha ido a preparar para los que le aman.[27]

Los padres no deben obligar a sus hijos a tener una forma de religión, sino presentarles de una manera atractiva los principios eternos.[28]

Por su buen ánimo, su cortesía cristiana y su simpatía tierna y compasiva, los padres han de hacer atractiva la religión de Cristo; pero deben ser firmes al exigir respeto y obediencia. Los principios correctos deben quedar establecidos en la mente del niño.[29]

Necesitamos presentar a los jóvenes un incentivo para hacer el bien. No bastan para ello la plata ni el oro. Revelémosles el amor, la misericordia y la gracia de Cristo, la preciosidad de su Palabra y los goces del vencedor. Mediante tales esfuerzos se hará una obra que durará por toda la eternidad.[30]

¿Por qué fracasan ciertos padres?—Aunque profesan ser religiosos, ciertos padres no recuerdan a sus hijos el hecho de que debemos servir a Dios y obedecerle, sin que las conveniencias, los placeres o las inclinaciones nos impidan cumplir lo que él requiere de nosotros. "El temor de Jehová es el principio de la sabiduría." Este hecho debe entretejerse con la vida misma y el carácter. El concepto correcto de Dios por el conocimiento de Cristo, quien murió para que fuésemos salvos, debe inculcarse en la mente.[31]

Tal vez penséis, padres, que no tenéis tiempo para hacer todo esto, pero debéis tomaros tiempo para hacer vuestra obra en la familia; de lo contrario Satanás suplirá la deficiencia. Eliminad de vuestra vida todo lo que os impida hacer esa obra, y preparad a vuestros hijos de acuerdo con las órdenes divinas. Descuidad cualquier cosa de naturaleza temporal, contentaos con vivir económicamente, reducid vuestros deseos, pero por amor de Cristo no descuidéis vuestra propia preparación religiosa ni la de vuestros hijos.[32]

Cada miembro de la familia dedicado a Dios—Las instrucciones que Moisés dió acerca de la Pascua rebosan de significado, y [293]
se aplican a los padres y a los hijos en esta época del mundo....

El padre debía actuar como sacerdote de la familia, y si él había fallecido, el hijo mayor entre los que vivían debía cumplir el acto solemne de rociar con sangre el dintel de la puerta. Es un símbolo de la obra que debe hacerse en cada familia. Los padres han de reunir a sus hijos en el hogar y presentarles a Cristo como su Pascua. El padre debe dedicar cada miembro de la familia a Dios y hacer una obra representada por la cena pascual. Es peligroso dejar este solemne deber en manos ajenas.[33]

Resuelvan los padres cristianos que serán leales a Dios, y reunan a sus hijos en derredor suyo en el hogar, para rociar el dintel con

sangre que representa a Cristo como el Unico que puede proteger y salvar, para que el ángel destructor pase por alto el amado círculo de la familia. Vea el mundo que obra en el hogar una influencia más que humana. Mantengan los padres una relación vital con Dios, declárense de parte de Cristo y demuestren por la gracia de él cuánto
[294] bien puede lograr la actuación paterna.[34]

[295]

[1] Manuscrito 24b, 1894.
[2] Carta 8a, 1896.
[3] Manuscrito 53.
[4] The Signs of the Times, 23 de agosto de 1899.
[5] The Review and Herald, 13 de marzo de 1894.
[6] Testimonies for the Church 2:701.
[7] The Signs of the Times, 8 de abril de 1886.
[8] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1898.
[9] Manuscrito 70.
[10] The Signs of the Times, 14 de noviembre de 1892.
[11] Messages to Young People, 327.
[12] The Signs of the Times, 23 de abril de 1894.
[13] The Signs of the Times, 6 de agosto de 1912.
[14] The Review and Herald, 13 de abril de 1897.
[15] Manuscrito 119, 1899.
[16] The Review and Herald, 13 de marzo de 1894.
[17] Ibid.
[18] The Signs of the Times, 27 de agosto de 1912.
[19] The Signs of the Times, 23 de abril de 1912.
[20] Manuscrito 47, 1908.
[21] Carta 90, 1911.
[22] The Signs of the Times, 23 de abril de 1912.
[23] Manuscrito 7, 1899.
[24] Testimonies for the Church 4:621.
[25] Joyas de los Testimonios 2:134.
[26] Manuscrito 102, 1901.
[27] The Review and Herald, 29 de enero de 1901.
[28] The Signs of the Times, 27 de agosto de 1912.
[29] The Review and Herald, 27 de junio de 1899.
[30] Manuscrito 93, 1909.
[31] The Review and Herald, 24 de junio de 1890.
[32] Manuscrito 12, 1898.
[33] The Review and Herald, 21 de mayo de 1895.
[34] The Review and Herald, 19 de febrero de 1895.

Capítulo 55—Normas morales

Satanás procura pervertir la institución del matrimonio—Hizo Satanás [en la época antediluviana] un premeditado esfuerzo para corromper la institución del matrimonio, debilitar sus obligaciones, y disminuir su santidad; pues no hay forma más segura de borrar la imagen de Dios en el hombre, y abrir la puerta a la desgracia y al vicio.[1]

Satanás conoce muy bien el material con el cual ha de vérselas en el corazón humano. Por haberlos estudiado con intensidad diabólica durante miles de años, conoce los puntos más vulnerables de cada carácter; y en el transcurso de las generaciones sucesivas ha obrado para hacer caer a los hombres más fuertes, príncipes de Israel, mediante las mismas tentaciones que tuvieron tanto éxito en Baal-peor. A través de los siglos pueden verse los casos de caracteres arruinados que encallaron en las rocas de la sensualidad.[2]

Una tragedia en Israel—La licencia fué el crimen que atrajo los castigos de Dios sobre Israel. El atrevimiento de las mujeres para entrampar almas no terminó en Baal-peor. No obstante el castigo que alcanzó a los pecadores de Israel, el mismo crimen se repitió muchas veces. Satanás ponía de manifiesto su mayor actividad al procurar que fuese completa la caída de Israel.[3]

La práctica licenciosa de los hebreos logró en ellos lo que no pudieron lograr todas las guerras de las naciones ni los encantos de Balaam. Quedaron separados de su Dios, quien les quitó su protección y se volvió enemigo suyo. Fueron tantos los príncipes [296] y los del común del pueblo que se hicieron culpables de licencia que ésta vino a ser un pecado nacional, a causa del cual Dios se airó contra toda la congregación.[4]

La historia se repetirá—Al acercarse el fin de la historia de esta tierra, Satanás obrará con todo su poder de la misma manera y con las mismas tentaciones con que tentó al antiguo Israel cuando estaba por entrar en la tierra prometida. Tenderá lazos para los que aseveran guardar los mandamientos de Dios, y que están casi en los

límites de la Canaán celestial. Empleará hasta lo sumo sus poderes para entrampar almas y hacer caer en lo que respecta a sus puntos más débiles a los que profesan ser hijos de Dios. Satanás ha resuelto destruir por sus tentaciones y contaminar por la licencia las almas de quienes no hayan sujetado las pasiones inferiores a las facultades superiores de su ser, a los que dejaron correr sus pensamientos por el canal de la satisfacción carnal de las pasiones más bajas. No apunta especialmente a los blancos menos importantes, sino que se vale de sus engaños mediante personas a quienes puede alistar como agentes suyos para inducir a los hombres a permitirse libertades que la ley de Dios condena. Sabiendo que quien transgrede en un punto es culpado de todos, y él, Satanás, domina así todo el ser, ataca a quienes ocupan puestos de responsabilidad, a los que enseñan lo exigido por la ley de Dios, a aquellos de cuya boca rebosan los argumentos para vindicar dicha ley, y dirigiendo contra ellos sus poderes infernales, pone sus agentes a trabajar para hacer caer a esos hombres en los puntos débiles de su carácter. La ruina abarca la mente, el alma y el cuerpo. Si se trata de quien fué mensajero de la justicia, poseedor de mucha luz, o si el Señor lo usó como obrero especial en la causa de la verdad, entonces ¡cuán grande es el triunfo de Satanás! ¡Cómo se regocija él! ¡Cuánto deshonor para Dios![5]

[297] **La inmoralidad prevalece hoy**—Se me ha presentado un horrible cuadro de la condición del mundo. La inmoralidad cunde por doquiera. La disolución es el pecado característico de esta era. Nunca alzó el vicio su deforme cabeza con tanta osadía como ahora. La gente parece aturdida, y los amantes de la virtud y de la verdadera bondad casi se desalientan por esta osadía, fuerza y predominio del vicio. La iniquidad prevaleciente no es del dominio exclusivo del incrédulo y burlador. Ojalá fuese tal el caso; pero no sucede así. Muchos hombres y mujeres que profesan la religión de Cristo son culpables. Aun los que profesan esperar su aparición no están más preparados para ese suceso que Satanás mismo. No se están limpiando de toda contaminación. Han servido durante tanto tiempo a su concupiscencia, que sus pensamientos son, por naturaleza, impuros y sus imaginaciones, corruptas. Es tan imposible lograr que sus mentes se espacien en cosas puras y santas como lo sería desviar el curso del Niágara y hacer que sus aguas remontasen las cataratas. ... Cada cristiano tendrá que aprender a refrenar sus pasiones y a

guiarse por los buenos principios. A menos que lo haga, es indigno del nombre de cristiano.[6]

Prevalece un sentimentalismo amoroso enfermizo. Hombres casados reciben atenciones de mujeres casadas o solteras, que parecen hechizadas y pierden la razón, el discernimiento espiritual y el buen sentido; hacen aquello mismo que la Palabra de Dios condena, así como lo condenan los testimonios del Espíritu de Dios. Les son presentados claros reproches y amonestaciones, y sin embargo recorren la misma senda que otros han recorrido antes que ellos. Parecerían participar en un juego que los llena de infatuación. Satanás los induce a arruinarse, a poner en peligro la causa de Dios, a crucificar nuevamente al Hijo de Dios y a avergonzarle públicamente.[7]

La ignorancia, el amor a los placeres y los hábitos pecaminosos, que corrompen el alma, el cuerpo y el espíritu, llenan el mundo de lepra moral; un mortífero paludismo moral está destruyendo a millares y a decenas de millares. ¿Qué debe hacerse para salvar a nuestros jóvenes? Poco es lo que nosotros podemos hacer, pero Dios vive y reina, y él puede hacer mucho.[8] [298]

En contraste con el mundo—Las libertades permitidas en esta era de corrupción no deben modelar el criterio de quienes siguen a Cristo. Las manifestaciones de familiaridad que se estilan hoy no deben existir entre los cristianos que se preparan para la inmortalidad. Si la lascivia, la contaminación, el adulterio, los delitos y el homicidio están a la orden del día entre los que no conocen la verdad y se niegan a ser regidos por los principios de la Palabra de Dios, ¡cuán importante resulta que les muestren un camino mejor y más noble aquellos que profesan ser discípulos de Cristo y estar estrechamente aliados con Dios y los ángeles! ¡Cuán importante viene a ser que por su castidad y virtud se destaquen en contraste con los que son dominados por brutales pasiones![9]

Aumentan los peligros—En esta era de degeneración se encontrarán muchos que están tan ciegos con respecto a la gravedad del pecado que prefieren una vida licenciosa porque se aviene con la inclinación perversa del corazón natural.

En vez de ponerse frente al espejo de la ley de Dios y elevar su corazón y carácter a la altura de la norma divina, permiten que los agentes de Satanás erijan la norma de éste en sus corazones. Los hombres corrompidos piensan que interpretar mal las Escrituras para

que éstas los apoyen en su iniquidad es más fácil que renunciar a su corrupción y pecado, y ser puros en el corazón y la vida.

Los hombres de esta índole son más numerosos de lo que muchos se han imaginado, y se irán multiplicando a medida que nos acerquemos al fin del tiempo.[10]

Cuando el poder hechizador de Satanás domina a una persona, ésta se olvida de Dios y ensalza al ser humano lleno de propósitos
[299] corruptos. Esas almas engañadas practican como si fuese una virtud la licencia secreta. Es una especie de brujería. ... Hay siempre un poder hechizador en las herejías y la licencia. La mente queda tan seducida que no puede razonar inteligentemente, y una ilusión la desvía continuamente de la pureza. La percepción espiritual se embota, y personas que hasta entonces se rigieron por principios de alta moralidad quedan confundidas por sofismas engañadores presentados por agentes de Satanás que profesan ser mensajeros de luz.

Este engaño es lo que da poder a estos agentes. Si ellos se presentasen audazmente e hiciesen abiertamente sus proposiciones, serían rechazados sin un momento de vacilación; pero obran primero de tal manera que inspiran simpatía y confianza como si fuesen santos y abnegados hombres de Dios. Como sus mensajeros especiales, empiezan entonces su artera obra de apartar las almas de la senda de la rectitud, y procuran anular la ley de Dios.[11]

Hombres y mujeres deben conservar su lugar—La mente de un hombre o de una mujer no desciende en un momento de la pureza y santidad a la depravación, corrupción y delincuencia. Se requiere tiempo para transformar lo humano en algo divino, o para degradar a los que fueron formados a la imagen de Dios al punto de comunicarles características brutales o satánicas. Por la contemplación nos transformamos. Aunque creado a la imagen de su Hacedor, el hombre puede educar de tal manera su mente que el pecado que antes le repugnara le resulte agradable. Al dejar de velar y orar, deja de custodiar la ciudadela de su corazón, y participa en el pecado y los delitos. El intelecto queda degradado, y es imposible elevarlo de la corrupción mientras se le educa de un modo que esclavice sus facultades morales e intelectuales y las sujete a las pasiones más groseras. Debe reñirse una guerra constante contra el ánimo carnal; y necesitamos que nos ayude la influencia refinadora de la gracia de

Dios, que atraerá la mente hacia arriba y la habituará a meditar en [300]
cosas puras y santas.[12]

No hay seguridad para hombre alguno, sea joven o anciano, a menos que sienta la necesidad de solicitar el consejo de Dios a cada paso. Sólo aquellos que se mantienen en estrecha comunión con Dios aprenderán a valorar a los hombres como él los valora, y a reverenciar a los puros, los buenos, los humildes y los mansos. El corazón debe ser custodiado como lo fué el de José. Entonces se hará frente con decisión a las tentaciones a apartarse de la integridad, diciendo: "¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?" La tentación más poderosa no disculpa el pecado. Por intensa que sea la presión a la cual nos veamos sometidos, el pecado es un acto nuestro. La sede de la dificultad está en el corazón irregenerado.[13]

En vista de los peligros de este tiempo, y como pueblo que guarda los mandamientos de Dios, ¿no habremos de apartar de nosotros todo pecado, toda iniquidad, toda perversidad? ¿No habrán de vigilarse estrictamente a sí mismas las mujeres que profesan la verdad, a fin de no estimular la menor familiaridad injustificable? Pueden cerrar muchas puertas de tentación si observan en toda ocasión una reserva estricta y una conducta apropiada.[14]

Alta norma de conducta para las mujeres—Con corazón angustiado escribo que en esta época las mujeres, casadas y solteras, con demasiada frecuencia no observan la reserva necesaria. Coqueteando, estimulan las atenciones de hombres solteros y casados y los que son moralmente débiles quedan seducidos. Al tolerar estas cosas, se amortiguan los sentidos morales y se ciega el entendimiento de manera que el delito no parece pecaminoso. Se despiertan pensamientos que no se habrían despertado si la mujer hubiese conservado su lugar con toda modestia y seriedad. Puede ser que no tuvo ella misma propósito o motivo ilícito, pero estimuló a hombres [301]
que son tentados, y que necesitan toda la ayuda que puedan obtener de quienes los traten. Si ellas se hubiesen mantenido circunspectas y reservadas y si, en vez de permitirse libertades y recibir atenciones injustificables, hubiesen mantenido un alto tono moral y una dignidad apropiada, podría haberse evitado mucho mal.[15]

Hace mucho que quiero hablar a mis hermanas y decirles que, por lo que agradó al Señor mostrarme en una y otra oportunidad, hay un gran defecto entre ellas. No son cuidadosas en cuanto a

abstenerse de toda apariencia de mal. No son todas discretas en su conducta, como conviene a mujeres que profesan la piedad. Sus palabras no son tan selectas y bien escogidas como debieran serlo las de quienes recibieron la gracia de Dios. Son demasiado familiares con sus hermanos. Se demoran en derredor de ellos, se inclinan hacia ellos, y parecen preferir su compañía. Sus atenciones les dan mucha satisfacción.

De acuerdo con la luz que el Señor me ha dado, nuestras hermanas debieran seguir una conducta muy diferente: ser más reservadas, manifestar menos audacia y ataviarse "con vergüenza y modestia." Tanto los hermanos como las hermanas se entregan demasiado a la conversación jovial cuando están juntos ambos sexos. Las mujeres que profesan tener piedad dejan oír muchas bromas y risas. Esto no es propio y contrista al Espíritu de Dios. Estas manifestaciones revelan una falta de verdadero refinamiento cristiano. No fortalecen el alma en Dios, sino que producen grandes tinieblas, ahuyentan a los ángeles celestiales puros y refinados y rebajan a un nivel inferior a quienes participan de estos males.[16]

Con mucha frecuencia son las mujeres las que tientan. Con un motivo u otro, requieren la atención de los hombres, casados o solteros, y los llevan adelante hasta que transgreden la ley de Dios, hasta que su utilidad queda arruinada y sus almas están en peligro....
[302] Si las mujeres quisieran tan sólo elevar sus vidas y trabajar con Cristo, su influencia sería menos peligrosa; pero con sus sentimientos actuales de despreocupación acerca de las responsabilidades del hogar y de los requerimientos que Dios les hace, su influencia se hace sentir con frecuencia en el sentido del mal, sus facultades son empequeñecidas, y su obra no lleva la impresión divina.[17]

Hay tantas señoritas atrevidas y mujeres audaces que tienen la facultad de hacerse notar, poniéndose en la compañía de hombres jóvenes, invitando las atenciones y flirteos de hombres casados y solteros, que a menos que Vd. se concentre en Cristo y sea firme como el acero, será arrastrado a la red de Satanás.[18]

Como embajadora de Cristo, os suplico a vosotros que profesáis la verdad presente, para que rechacéis cualquier avance de la impureza, y abandonéis la sociedad de aquellos que emiten una sugestión impura. Repudiad estos pecados contaminadores con el más intenso odio. Apartaos de aquellos que, aun en la conversación, permiten que

su mente siga esta tendencia; "porque de la abundancia del corazón habla la boca."...

No debierais ni por un momento dar cabida a una sugestión impura y disfrazada; porque aun eso manchará el alma, como el agua impura contamina el conducto por el cual pasa.[19]

Una mujer que permita que en su presencia se pronuncie una palabra o sugestión impúdica, no es como Dios quisiera que sea; la que permite cualquier familiaridad indebida o sugestión impura no conserva su calidad de mujer semejante a Dios.[20]

Protegidas por un círculo sagrado de pureza—Nuestras hermanas deben cultivar la verdadera mansedumbre; no deben ser habladoras ni atrevidas, sino modestas, humildes y tardas en hablar. Pueden ser corteses, pues agradarán a Dios si son bondadosas, tiernas, compasivas, perdonadoras y humildes. Si asumen esta actitud, no se verán molestadas por atenciones indebidas de parte de los [303] hombres en la iglesia o fuera de ella. Todos sentirán que hay en derredor de estas mujeres que temen a Dios un círculo sagrado de pureza que las protege de cualesquiera libertades injustificables.

En el caso de algunas mujeres que profesan tener piedad, existe una libertad de modales descuidada y vulgar que induce al mal. Pero las mujeres cuyo ánimo y corazón se dedican a meditar en temas fortalecedores de la pureza en la vida y elevadores del alma para que comulgue con Dios, no se extraviarán con facilidad de la senda recta y virtuosa. Las tales serán fortalecidas contra los sofismas de Satanás, y preparadas para resistir sus artes seductoras.[21]

Os suplico que, como quienes siguen a Cristo y lo profesan altamente, que cultivéis la preciosa e inestimable joya de la modestia, que es guardadora de la virtud.[22]

El dominio de los pensamientos—Debéis dominar vuestros pensamientos. Esta tarea no será fácil, y no podéis cumplirla sin esfuerzo aplicado y aun severo. Sin embargo, es lo que Dios os exige; es un deber que incumbe a todo ser que ha de dar cuenta. Sois responsables delante de Dios por vuestros pensamientos. Si os entregáis a imaginaciones vanas y permitís que vuestra atención se espacie en temas impuros, sois en cierta medida tan culpables delante de Dios como si vuestros pensamientos se hubiesen puesto en ejecución. Todo lo que impide la acción es la falta de oportunidad. El soñar de día y de noche, así como el edificar castillos en

el aire, constituyen malos hábitos, excesivamente peligrosos. Una vez arraigados, es casi imposible deshacerse de ellos y dirigir los pensamientos hacia temas puros, santos y elevados.[23]

Cuidado con la adulación—Quedo apenada cuando veo a ciertos hombres alabados, adulados y mimados. Dios me ha revelado que algunos de los que reciben estas atenciones son indignos de pronunciar su nombre. Sin embargo, son ensalzados hasta el cielo
[304] en la estima de algunos seres finitos, que leen tan sólo la apariencia externa. Hermanas mías, nunca miméis ni aduléis a pobres hombres falibles y sujetos a yerros, sean jóvenes o ancianos, casados o solteros. No conocéis sus debilidades, y no sabéis si estas mismas atenciones y profusas alabanzas no han de provocar su ruina. Me alarma la cortedad de visión, la falta de sabiduría que muchos manifiestan al respecto.

Los hombres que están haciendo la obra de Dios, y que tienen a Cristo morando en su corazón, no rebajarán la norma de la moralidad, sino que tratarán siempre de elevarla. No hallarán placer en la adulación de las mujeres, ni en ser mimados por ellas. Digan los hombres, tanto solteros como casados: "Guardemos distancia. Nunca daré la menor ocasión para que mi buen nombre sea vilipendiado. Mi buen nombre es capital de mucho más valor para mí que el oro o la plata. Déjenme conservarlo sin mancha. Si los hombres atacan ese nombre, no será porque les haya dado ocasión de hacerlo, sino por la misma razón por la cual hablaron mal de Cristo, a saber, porque odiaban la pureza y santidad de su carácter; porque les era una constante reprensión."[24]

El pastor y la tentación—Las menores insinuaciones, cualquiera que sea su origen, que os inviten a pecar o a permitir la menor libertad injustificable con vuestra persona, deben considerarse como los peores insultos a vuestra dignidad de mujeres. El beso destinado a vuestra mejilla, en momento y lugar inoportunos, debe induciros a rechazar con desagrado al emisario de Satanás. Si proviene de alguien altamente situado, que trata con cosas sagradas, el pecado es diez veces mayor y debiera hacer retroceder con horror a una mujer o joven temerosa de Dios, no sólo delante del pecado que se le propone sino también delante de la hipocresía y villanía de alguien a quien se respeta y honra como siervo de Dios.[25]

Si un ministro del Evangelio no controla sus pasiones más bajas, si no sigue el ejemplo del apóstol y deshonra de tal manera su profe- [305]
sión y fe que llegue hasta mencionar la participación en el pecado, nuestras hermanas que profesan tener piedad no deben pensar por un instante que el pecado o el delito pierde su maldad porque su pastor se atreva a cometerlo. El hecho de que ciertos hombres que ocupan puestos de responsabilidad manifiesten haberse familiarizado con el pecado no debe reducir en el parecer de nadie la culpabilidad y enormidad del pecado. Este debe aparecer tan pecaminoso y aborrecible como se le ha considerado hasta aquí; y en su ánimo los puros y elevados deben abominar y huir de quien lo comete como huirían de una serpiente de mordedura mortal. Si las hermanas poseyeran altura y pureza de corazón, cualquier sugestión corrupta, aun de parte de su pastor, sería rechazada con tal energía que nunca se repetiría.[26]

Sed fieles a vuestros votos—¡Cuán cuidadoso debe ser el esposo y padre en mantener su lealtad a sus votos matrimoniales! ¡Cuánta circunspección debe haber en su carácter, no sea que estimule en algunas jóvenes, o aun en mujeres casadas, pensamientos que no estén de acuerdo con la norma alta y santa: los mandamientos de Dios! Cristo enseña que estos mandamientos son amplísimos, y que llegan hasta los pensamientos, intentos y propósitos del corazón. Allí es donde muchos delinquen. Las imaginaciones de su corazón no son del carácter puro y santo que Dios requiere; y por muy alta que sea su vocación, por talentosos que sean ellos, Dios anotará la iniquidad contra ellos, y los contará como mucho más culpables y merecedores de su ira que aquellos que tienen menos talento, menos luz, menos influencia.[27]

A los hombres casados se me ha instruído que les diga: A vuestras esposas, las madres de vuestros hijos, es a quienes debéis respeto y afecto. A ellas debéis dedicar vuestras atenciones, y vuestros pensamientos deben espaciarse en cómo contribuir a su felicidad.[28]

Se me han mostrado familias en las cuales el esposo y padre [306]
no mantuvo la reserva ni la dignidad viril y piadosa que conviene al que sigue a Cristo. No cumplió los actos de bondad, ternura y cortesía que debe a su esposa, a la cual prometió, delante de Dios y de los ángeles, que la amaría, respetaría y honraría mientras ambos viviesen. La joven asalariada que ayudaba en los trabajos domésticos tenía modales demasiado libres y con cierto atrevimiento se permitía

peinarle el cabello y hacerle objeto de atenciones afectuosas, que lo dejaban tontamente halagado. Ya no es tan demostrativo en el amor y la atención que dedica a su esposa. Tenga la seguridad que Satanás obra en esto. Respete a las personas a quienes tienen Vds. a sueldo, trátelas con bondad y consideración, pero sin ir más lejos. Sea su conducta tal que no las incite a familiaridades.[29]

Respetad la intimidad de la familia—¡Oh, cuántas vidas quedan amargadas por el derribamiento de las paredes que encierran las intimidades de cada familia y que están destinadas a conservar su pureza y santidad! Una tercera persona recibe las confidencias de la esposa, y llega a conocer los asuntos privados de la familia. Esto constituye la estratagema de Satanás para enajenar a los esposos. ¡Ojalá esto cesase! ¡Cuántas dificultades se ahorrarían! Encerrad en vuestros propios corazones el conocimiento de vuestras faltas mutuas. Presentad vuestras dificultades a Dios solamente. El puede daros consejos correctos y consuelo seguro, impregnado de pureza y exento de amargura.[30]

Cuando una mujer relata sus dificultades de familia, o se queja de su esposo a otro hombre, viola sus votos matrimoniales; deshonra a su esposo y quebranta la muralla erigida para preservar la santidad de la relación matrimonial; abre de par en par la puerta e invita a Satanás a entrar con sus tentaciones insidiosas. Esto es precisamente como Satanás quiere que sea. Si una mujer acude a un hermano
[307] cristiano a relatarle sus desgracias, sus desilusiones y sus pruebas, él debe siempre aconsejarle que, si ha de confiar sus dificultades a alguien, elija hermanas como sus confidentes, y entonces no habrá apariencia de mal que pueda hacer sufrir oprobio a la causa de Dios.[31]

Para ser guardados del extravío—Me dirijo a nuestros hermanos. Si os acercáis a Jesús, y tratáis de adornar vuestra profesión con una vida bien ordenada y una conversación piadosa, vuestros pies serán guardados de extraviarse en sendas prohibidas. Si tan sólo queréis velar, velar continuamente en oración, y tan sólo hacéis todo como si estuvieseis en la presencia inmediata de Dios, seréis salvados de caer en la tentación, y podréis esperar llevar hasta el fin una vida pura, sin mancha ni contaminación. Si mantenéis firme hasta el fin el principio de vuestra confianza, vuestros caminos serán afirmados en Dios, y lo que la gracia empezó, lo coronará

la gloria en el reino de nuestro Dios. Los frutos del Espíritu son amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Si Cristo está en nosotros crucificaremos la carne con sus afectos y concupiscencias.[32] [308]

[309]

[1] Historia de los Patriarcas y Profetas, 350.
[2] Historia de los Patriarcas y Profetas, 488.
[3] The Review and Herald, 17 de mayo de 1887.
[4] Ibid.
[5] Ibid.
[6] Joyas de los Testimonios 1:253, 254.
[7] Manuscrito 19a, 1890.
[8] Manuscrito 8, 1894.
[9] Testimonies for the Church 2:459.
[10] Testimonies for the Church 5:141.
[11] Joyas de los Testimonios 2:34.
[12] Testimonies for the Church 2:478, 479.
[13] Manuscrito 19a, 1890.
[14] Joyas de los Testimonios 2:243.
[15] Manuscrito 4a, 1885.
[16] Testimonies for the Church 2:455.
[17] Joyas de los Testimonios 2:237, 238.
[18] Medical Ministry, 145.
[19] Joyas de los Testimonios 2:37.
[20] Manuscrito 4a, 1885.
[21] Testimonies for the Church 2:456.
[22] Testimonies for the Church 2:458.
[23] Testimonies for the Church 2:561.
[24] Joyas de los Testimonios 2:236, 237.
[25] Testimonies for the Church 2:458.
[26] Testimonies for the Church 2:457.
[27] Joyas de los Testimonios 2:236, 237.
[28] Carta 231, 1903.
[29] Testimonies for the Church 2:461.
[30] Testimonies for the Church 2:462.
[31] Joyas de los Testimonios 2:245.
[32] Joyas de los Testimonios 2:39.

Capítulo 56—El divorcio

Es un contrato para toda la vida—En las mentes juveniles el matrimonio está revestido de romanticismo y es difícil despojarlo de ese carácter que le presta la imaginación, para hacer que la mente comprenda cuán pesadas responsabilidades entraña el voto matrimonial. Liga los destinos de dos personas con vínculos que sólo la muerte puede cortar.[1]

Todo compromiso matrimonial debe ser considerado cuidadosamente, pues el casamiento es un paso que se da para toda la vida. Tanto el hombre como la mujer deben considerar cuidadosamente si pueden mantenerse unidos a través de las vicisitudes de la existencia mientras ambos vivan.[2]

Jesús corrigió falsos conceptos—Entre los judíos se permitía que un hombre repudiase a su mujer por las ofensas más insignificantes, y ella quedaba en libertad para casarse otra vez. Esta costumbre era causa de mucha desgracia y pecado. En el sermón del monte, Jesús indicó claramente que el casamiento no podía disolverse, excepto por infidelidad a los votos matrimoniales. "El que repudiare a su mujer—dijo él,—fuera de causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casare con la repudiada, comete adulterio." Después, cuando los fariseos le preguntaron acerca de la legalidad del divorcio, Jesús habló a los oyentes de la institución del matrimonio, conforme se ordenó en la creación del mundo. "Por la dureza de vuestro corazón—dijo él—Moisés os permitió repudiar a vuestras
[310] mujeres: mas al principio no fué así." Se refirió a los días bienaventurados del Edén, cuando Dios declaró que todo "era bueno en gran manera." Entonces tuvieron su origen dos instituciones gemelas para la gloria de Dios en beneficio de la humanidad: el matrimonio y el sábado. Al unir Dios en matrimonio las manos de la santa pareja diciendo: "Dejará el hombre a su padre y a su madre, y allegarse ha a su mujer, y serán una sola carne," dictó la ley del matrimonio para todos los hijos de Adán hasta el fin del tiempo. Lo que el mismo

Padre eterno había considerado bueno, era la ley de la más elevada bendición y progreso para los hombres.[3]

Jesús vino a nuestro mundo para rectificar errores y restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. En la mente de los maestros de Israel habían hallado cabida sentimientos erróneos acerca del matrimonio. Ellos estaban anulando la sagrada institución del matrimonio. El hombre estaba endureciendo de tal manera su corazón que por la excusa más trivial se separaba de su esposa, o si prefería, la separaba a ella de los hijos y la despedía. Esto era considerado como un gran oprobio y a menudo imponía a la repudiada sufrimientos agudísimos.

Cristo vino para corregir estos males, y cumplió su primer milagro en ocasión de un casamiento. Anunció así al mundo que cuando el matrimonio se mantiene puro y sin contaminación es una institución sagrada.[4]

Consejos a quien pensaba divorciarse—Vd. ha tenido ideas erróneas acerca de la relación matrimonial. Nada que no sea la violación del lecho matrimonial puede romper o anular el voto del casamiento. Estamos viviendo en tiempos peligrosos, cuando no hay seguridad en nada que no sea una fe firme e inquebrantable en Jesucristo. No hay corazón que las artimañas de Satanás no puedan enajenar de Dios, si no vela en oración.

La salud de Vd. habría sido mucho mejor si su espíritu hubiese gozado de paz y descanso; pero se confundió y desequilibró, y [311]
razonó incorrectamente con respecto al divorcio. Sus opiniones no pueden sostenerse sobre la base de la cual parte su raciocinio. Los hombres no están libres para crear su propia norma, a fin de evitar la ley de Dios y agradar a su propia inclinación. Deben acudir a la gran norma de justicia establecida por Dios. ...

Dios indicó una sola causa por la cual una esposa pueda abandonar a su esposo, o éste pueda dejarla a ella, y fué el adulterio. Esta causa debe considerarse con oración.[5]

Consejos a una pareja separada—Hermano mío, hermana mía, desde hace algún tiempo no habéis estado viviendo juntos. No debierais haber adoptado tal proceder y no lo habríais hecho si hubieseis cultivado la paciencia, la bondad y la tolerancia que siempre debieran existir entre los esposos.

Ni uno ni otro debiera haber ensalzado su propia voluntad ni haber procurado cumplir a toda costa sus ideas y planes individuales. Ni uno ni otro debiera haber resuelto obrar como le agradase. Permitid que la subyugadora influencia del Espíritu de Dios obre en vuestros corazones y os haga idóneos para la obra de educar a vuestros hijos. ...

Suplicad a vuestro Padre celestial que os guarde de ceder a la tentación de hablar el uno al otro de una manera dura y voluntariosa. Cada uno de vosotros tiene un carácter imperfecto. Por el hecho de que no os mantuvisteis bajo la dirección de Dios, la conducta del uno hacia el otro resultó imprudente.

Os ruego que os pongáis bajo la dirección de Dios. Cuando estéis tentados a hablar con provocación, no digáis una sola palabra. Seréis tentados al respecto porque nunca habéis vencido este rasgo censurable del carácter. Pero todo mal hábito debe ser vencido. Entregaos completamente a Dios. Caed sobre la Roca, Cristo Jesús, y sed quebrantados. Como esposos, disciplinaos a vosotros mismos.
[312] Acudid a Cristo en busca de ayuda. El os concederá gustosamente su simpatía divina, su libre gracia. ...

Arrepentíos delante de Dios por vuestra conducta pasada. Llegad a un entendimiento, y reuníos como esposos. Desechad la experiencia desagradable de vuestra vida pasada. Cobrad ánimo en el Señor. Cerrad las ventanas del alma que dan hacia la tierra, y abrid las que dan hacia el cielo. Si eleváis vuestras voces en oración al cielo para pedirle luz, el Señor Jesús, que es luz y vida, paz y gozo, oirá vuestro clamor. El, que es el Sol de justicia, resplandecerá en las cámaras de vuestra mente, e iluminará el templo del alma. Si recibís gustosos el sol de su presencia en vuestro hogar, no pronunciaréis palabras de índole tal que provoquen sentimientos desdichados.[6]

A una esposa muy maltratada—Recibí su carta y en respuesta quiero decirle que no puedo aconsejarle que vuelva al lado de D., a menos que vea en él cambios decisivos. No agradan al Señor las ideas que él ha albergado en lo pasado acerca de lo debido a una esposa. ... Si él se aferra a sus opiniones anteriores, el futuro no sería mejor para Vd. de lo que fué el pasado. El no sabe cómo debe tratar a su esposa.

Estoy muy triste al respecto. Me compadezco de D., pero no puedo aconsejarle que se reuna con él contra lo que le dicte a Vd.

su propio criterio. Le hablo a Vd. tan francamente como le hablé a él; sería peligroso para Vd. volver a colocarse bajo sus dictados. Yo esperaba que cambiaría. ...

El Señor comprende todo lo que le sucede. ... Tenga buen ánimo en el Señor; él no la dejará ni la abandonará. La más tierna simpatía hacia Vd. conmueve mi corazón.[7]

A un esposo abandonado: "Lleve su cruz"—No puedo ver qué más se puede hacer en este caso, y pienso que lo único posible para Vd. es renunciar a su esposa. Si ella está así resuelta a no vivir con Vd., al intentarlo, ambos llevarían la existencia más miserable. En vista de que ella decidió plena y resueltamente su suerte, lo [313] único que Vd. puede hacer es cargar su cruz y demostrar que es un hombre.[8]

A la vista de Dios siguen casados, aunque divorciados—Una mujer puede estar legalmente divorciada de su esposo por las leyes del país y sin embargo no estar divorciada a la vista de Dios ni según la ley superior. Sólo un pecado, que es el adulterio, puede colocar al esposo o a la esposa en situación de verse libre del voto matrimonial a la vista de Dios. Aunque las leyes del país concedan un divorcio, los cónyuges siguen siendo marido y mujer de acuerdo con la Biblia y las leyes de Dios.

Vi que la Hna.—no tiene todavía derecho a casarse con otro hombre; pero si ella, o cualquier otra mujer, obtuviese legalmente el divorcio porque su esposo se hizo culpable de adulterio, entonces quedaría libre para casarse con quien quisiera.[9]

Separación de un cónyuge incrédulo—Si la esposa es incrédula y opositora, el esposo no puede, según la ley de Dios, repudiarla por esa sola causa. Para estar en armonía con la ley de Jehová, debe permanecer con ella hasta que ella misma decida apartarse. Sufrirá él tal vez oposición, opresión y molestias de muchas clases; hallará consuelo, fortaleza y apoyo en Dios, quien puede dar gracia para toda emergencia. Debe ser hombre de ánimo puro, de principios firmes y decididos, y Dios le dará sabiduría acerca de la conducta que deba seguir. Su razón no será dominada por los impulsos, sino que sostendrá las riendas del control con mano firme, para mantener sujeta la concupiscencia.[10]

Cambie de disposición antes que de estado—He recibido una carta de su esposo. Quiero decirle que hay un solo motivo por el cual

un esposo puede separarse legalmente de su esposa, o una esposa de su esposo, y este motivo es el adulterio.

Si vuestros temperamentos no congenian, ¿no glorificaríais a
[314] Dios cambiando dichos temperamentos?

Una pareja de cónyuges debe cultivar el respeto y el afecto mutuos. Deben velar acerca de su espíritu, sus palabras y sus actos, a fin de no decir ni hacer nada que cause irritación o molestia. Cada uno debe preocuparse por el otro, y hacer cuanto esté a su alcance para fortalecer su afecto mutuo.

Os aconsejo a ambos que busquéis al Señor. Con amor y bondad, cumplid vuestro deber el uno para con el otro. El esposo debe cultivar hábitos de laboriosidad, y hacer cuanto pueda para sostener a la familia. Esto inducirá a la esposa a tenerle respeto. ... Hermana mía, Vd. no puede agradar a Dios conservando su actitud actual. Perdone a su esposo. Es su marido, y será bendecida si procura ser una esposa obediente y afectuosa. Expresen sus labios la ley de la bondad. Vd. puede y debe cambiar de actitud.[11]

Ambos debéis estudiar para ver cómo podéis asemejaros el uno al otro, en vez de diferir. ... El empleo de métodos benignos y amables producirá una diferencia sorprendente en vuestra vida.[12]

El divorcio y la condición de miembro de la iglesia—Acerca del caso de la hermana perjudicada, A. G., queremos decir en respuesta a las preguntas de—que entre la mayoría de los sorprendidos en pecado, como ha sucedido con el esposo de ella, es característico que no tengan un verdadero sentido de su infamia. Sin embargo, algunos lo tienen y vuelven a la iglesia, pero no son recibidos hasta que hayan merecido la confianza del pueblo de Dios por sus confesiones francas y un plazo de arrepentimiento sincero. Este caso presenta dificultades que no se encuentran en algunos otros, y sólo quisiéramos añadir lo siguiente:

1. En casos de violación del séptimo mandamiento, cuando la parte culpable no manifiesta verdadero arrepentimiento y la parte perjudicada puede obtener un divorcio sin empeorar su propio caso
[315] y el de sus hijos, si los tienen, deben quedar libres.

2. Si se expone a colocarse a sí misma y a sus hijos en peor condición por causa del divorcio, no conocemos pasaje bíblico que declare a la parte inocente culpable por no separarse.

3. Podría suceder que, con tiempo, trabajo, oración, paciencia, fe y una vida piadosa, se obtuviera una reforma. Vivir con quien violó los votos matrimoniales y se cubrió de oprobio por un amor culpable, pero no lo reconoce, es como un cáncer roedor para el alma; y sin embargo el divorcio es como una llaga en el corazón para toda la vida. ¡Dios se compadezca de la parte inocente! Antes de contraer matrimonio, éste debe considerarse con mucho cuidado.

4. ¡Oh! ¿Por qué será que hombres y mujeres que podrían ser respetables y buenos, y al fin llegar al cielo, se venden al diablo por tan poca cosa, hieren a sus amigos íntimos, deshonran a sus familias, ocasionan oprobio para la causa, y al fin bajan al infierno? ¡Dios se compadezca de ellos¡ ¿Por qué será que los sobrecogidos en culpa tal no manifiestan un arrepentimiento proporcional a su falta, no quieren huir a Cristo en busca de su misericordia ni curar, en la medida en que pueden hacerlo, las heridas que han ocasionado?* [13] [316]

[1] Joyas de los Testimonios 1:577.
[2] Carta 17, 1896.
[3] El Discurso Maestro de Jesucristo, 56, 57.
[4] Manuscrito 16, 1899.
[5] Carta 8, 1888.
[6] Carta 47, 1902.
[7] Carta 148, 1907.
[8] Carta 40, 1888.
[9] Carta 4a, 1863.
[10] Carta 8, 1888.
[11] Carta 168, 1901.
[12] Carta 157, 1903.
[13] The Review and Herald, 24 de marzo de 1868.

*Nota: Esta es una de las muy pocas declaraciones que hicieron juntos Jaime White y Elena G. de White. Por cuanto la firmaron ambos, es evidente que las opiniones expresadas fueron plenamente sancionadas por la Sra. de White.—Los compiladores.

Capítulo 57—La actitud hacia un cónyuge incrédulo*

¿Debe una esposa cristiana dejar a un esposo incrédulo?—Me han llegado cartas en las cuales ciertas madres me cuentan las pruebas que soportan en su hogar y me piden consejo. Uno de estos casos servirá para ilustrar muchos otros. El esposo y padre no es creyente, y en todo lo posible dificulta para la madre la educación de sus hijos. Es un hombre profano y grosero, que le habla en palabras insultantes y enseña a los hijos a despreciar la autoridad de ella. Cuando la madre procura orar con ellos, él entra, hace todo el ruido que pueda, estalla en maldiciones contra Dios y acumula viles epítetos contra la Biblia. La hermana está tan desalentada que la vida le resulta una carga. ¿Qué bien puede hacer? ¿En qué beneficia a sus hijos la permanencia de ella en el hogar? Ha experimentado un ardiente deseo de realizar alguna obra en la viña del Señor y se le ha ocurrido que lo mejor podría ser que dejase a su familia, más bien que quedar con ella mientras el esposo y padre enseña constantemente a los hijos a que la desprecien y desobedezcan.

En casos tales, mi consejo sería: Madres, cualesquiera que sean las pruebas que seáis llamadas a soportar por la pobreza, las heridas del alma, la intolerancia del esposo y padre, no abandonéis a vuestros
[317] hijos; no los entreguéis a la influencia de un padre ateo. Vuestra obra consiste en contrarrestar la del padre, que está aparentemente bajo el dominio de Satanás.[1]

Dé un ejemplo de dominio propio—Sé que Vd. tiene pruebas, pero existe a veces un espíritu que tiende a mandar más bien que a atraer. Su esposo necesita ver cada día un ejemplo vivo de paciencia y dominio propio. Esfuércese en todo lo que pueda para agradarle, aunque sin renunciar a un solo principio de la verdad. ...

Cristo requiere en su servicio todo el ser: el corazón, el alma, la mente y la fuerza. Al darle lo que pide de Vd., le representará en su

*Nota: Este capítulo se compone mayormente de comunicaciones dirigidas a creyentes angustiados que solicitaban consejos.—Los compiladores.

carácter. Permita que su esposo vea obrar en Vd. al Espíritu Santo. Sea cuidadosa y considerada, paciente e indulgente. No procure imponerle la verdad. Cumpla su deber como esposa, y vea luego si su corazón no se conmueve. No prive a su esposo de sus afectos. Agrádele en todo lo posible. No permita que su fe religiosa la separe de él. Obedezca concienzudamente a Dios, y agrade a su esposo en todo lo que pueda. ...

Deje ver a todos que ama a Jesús y confía en él. Dé a su esposo y a sus amistades creyentes y no creyentes evidencias de que Vd. desea que conozcan la belleza de la verdad. Pero no manifieste la ansiedad dolorosa y la congoja que con frecuencia arruinan una buena obra. ... Nunca deje oír a su esposo una palabra de reproche o de censura. Vd. se ve a veces en estrecheces, pero no hable de estas pruebas. El silencio es elocuente. El hablar con apresuramiento sólo aumentará su desgracia. Sea animosa y feliz. Introduzca en el hogar toda la alegría posible y evite las sombras. Deje que los brillantes rayos del Sol de justicia resplandezcan en las cámaras del templo de su alma. Entonces la fragancia de la vida cristiana se percibirá en su familia. No se espaciará en cosas desagradables, que con frecuencia no tienen verdad en sí.[2]

Consejos a una madre sobrecargada—Ahora que su esposo [318]
desvió su rostro de Jesús, Vd. lleva una doble responsabilidad. ...

Sé que debe ocasionarle mucho pesar el encontrarse sola para cumplir la Palabra. Pero ¿puedes saber, oh esposa, si tu vida consecuente, de fe y obediencia, no podrá reconquistar a tu esposo para la verdad? Presenta a tus amados hijos a Jesús. Con lenguaje sencillo, dirígeles las palabras de verdad. Cántales himnos agradables y atrayentes, que revelen el amor de Cristo. Lleva a tus hijos a Jesús, porque él ama a los pequeñuelos.

Consérvate animosa. No olvides que tienes un Consolador, el Espíritu Santo, a quien Cristo envió. Nunca estás sola. Si escuchas la voz que te habla ahora, si contestas sin dilación al que llama a la puerta de tu corazón: "Entra, Señor Jesús, para que cene contigo, y tú conmigo," el Huésped celestial entrará. Habiendo en tu vida este elemento, del todo divino, tendrás paz y descanso.[3]

Mantened los principios cristianos—La familia en cuyo seno no se adora a Dios es como un barco en medio del mar, sin piloto ni timón. La tempestad lo azota y se quiebra contra él, y existe el

peligro de que perezcan todos los de a bordo. Considere su vida y la de sus hijos como preciosa por causa de Cristo, porque Vd. tendrá que encontrarse frente al trono de Dios con ellos y con su esposo. Sus firmes principios cristianos no deben debilitarse, sino fortalecerse con cada día que transcurre. Por muy perturbado que esté su esposo, por mucho que se le oponga, debe Vd. manifestar una firmeza cristiana consecuente y fiel. Y luego, diga lo que diga, no podrá menos que respetarla en su fuero íntimo, si es que tiene un corazón de carne.[4]

[319] **Primero viene lo que Dios requiere**.[*] —Su nuera me fué mostrada luego. Dios la ama, pero está en servidumbre, temor, temblor, abatimiento y dudas, y se siente muy nerviosa. Esta hermana no debe considerar que debe entregar su voluntad a un joven impío que tiene menos años que ella misma. Debe recordar que su casamiento no destruye su individualidad. Dios tiene para con ella derechos que son más importantes que cualquier derecho terrenal. Cristo la compró con su propia sangre. No se pertenece. Ella no pone toda su confianza en Dios, sino que renuncia a sus convicciones y a su conciencia y se somete a un hombre intolerante y tiránico, incitado por el maligno cada vez que su majestad satánica puede obrar por su medio para intimidar esta alma temblorosa. Ha sido puesta tantas veces en estado de agitación que su sistema nervioso está deshecho, y ella está casi anonadada. ¿Es voluntad del Señor que esta hermana se halle en tal estado y Dios sea privado de su servicio? No. Su casamiento fué un engaño del diablo. Sin embargo, debe ahora hacer lo mejor que pueda, tratar a su esposo con ternura, hacerle feliz en la medida en que pueda hacerlo sin violar su conciencia; porque si él persiste en su rebelión, este mundo será el único cielo que tendrá. Pero no concuerda con la voluntad de Dios que ella se prive de asistir a las reuniones para satisfacer a un esposo despótico que posee el espíritu del dragón.[5]

"Y el otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir." El pecado de este hombre no estribaba en haberse casado, sino en haberlo hecho con una persona que apartó su atención de los intereses superiores y más importantes de la vida. Nunca debe un hombre

[*]Nota: Extracto del capítulo titulado "Amonestaciones y Reproches," en el cual aparecen testimonios dirigidos a unos cuantos miembros de cierta iglesia. Este extracto sigue a un mensaje dirigido a un Hno. T.—Los compiladores.

permitir que la esposa y el hogar aparten de Cristo sus pensamientos o le induzcan a no aceptar las misericordiosas invitaciones del Evangelio.[6]

Salvar algo es mejor que perderlo todo—Hno. K., Vd. ha tenido muchos desalientos; pero debe ser fervoroso, firme y decidido a cumplir su deber en su familia, y llevarla consigo si es posible. No debe escatimar esfuerzo alguno para inducirla a acompañarle [320] en su viaje hacia el cielo. Pero si la madre y los hijos no quieren ir con Vd., sino que procuran desviarle de sus deberes y privilegios religiosos, Vd. debe ir adelante, aunque esté solo. Debe vivir en el temor de Dios. Debe aprovechar sus oportunidades de asistir a las reuniones y de obtener toda la fuerza espiritual que pueda, porque la necesitará en días venideros. La propiedad de Lot fué consumida. Si Vd. tuviese que sufrir una pérdida no debiera desalentarse; y si puede salvar tan sólo una *parte* de su familia, será mucho mejor que perderla toda.[7] [321]

[1] Carta 28, 1890.
[2] Carta 145, 1900.
[3] Carta 124, 1897.
[4] Carta 76, 1896.
[5] Testimonies for the Church 2:99, 100.
[6] Manuscrito 24, 1891.
[7] Testimonies for the Church 4:112, 113.

Capítulo 58—La familia del pastor

Su vida debe representar su mensaje.—Dios quiere que en su vida en el hogar el que enseña la Biblia ejemplifique las verdades que presenta. La clase de hombre que sea tendrá mayor influencia que lo que diga. La piedad en la vida diaria dará poder al testimonio público. Su paciencia, su carácter consecuente y el amor que ejerza impresionarán corazones que los sermones no alcanzarían.[1]

Si se la imparte debidamente, la educación de los hijos de un ministro ilustrará las lecciones que él da desde el púlpito. Pero si, por la mala educación que haya dado a sus hijos, un pastor demuestra su incapacidad para gobernar y regir, necesita aprender que Dios requiere de él que discipline debidamente a los hijos que le fueron dados antes que pueda cumplir su deber como pastor de la grey de Dios.[2]

Su primer deber es hacia sus hijos.—Los deberes propios del predicador le rodean, lejos y cerca; pero su primer deber es para con sus hijos. No debe dejarse embargar por sus deberes exteriores hasta el punto de descuidar la instrucción que sus hijos necesitan. Puede atribuir poca importancia a sus deberes en el hogar; pero en realidad sobre ellos descansa el bienestar de los individuos y de la sociedad. En extenso grado, la felicidad de hombres y mujeres y el éxito de la iglesia dependen de la influencia ejercida en el hogar. ...

Ninguna disculpa tiene el predicador por descuidar el círculo interior en favor del círculo mayor. El bienestar espiritual de su
[322] familia está ante todo. En el día del ajuste final de cuentas, Dios le preguntará qué hizo para llevar a Cristo a aquellos de cuya llegada al mundo se hizo responsable. El mucho bien que haya hecho a otros no puede cancelar la deuda que él tiene con Dios en cuanto a cuidar de sus hijos.[3]

Magnitud de su influencia.—En algunos casos, los hijos de los predicadores son los niños a quienes más se descuida en el mundo, por la razón de que el padre está poco con ellos, y se les deja elegir sus ocupaciones y diversiones.[4]

Por grandes que sean los males debidos a la infidelidad paternal en cualquier circunstancia, son diez veces mayores cuando existen en las familias de quienes fueron designados maestros del pueblo. Cuando éstos no gobiernan sus propias casas, desvían por su mal ejemplo a muchos del buen camino. Su culpabilidad es tanto mayor que la de los demás cuanto mayor es la responsabilidad de su cargo.[5]

Los mejores jueces de su piedad—Lo que revela nuestro carácter verdadero no es tanto la religión del púlpito como la de la familia. La esposa del ministro, sus hijos y los que son empleados para ayudar en su familia son los mejor preparados para juzgar la piedad de él. Un hombre bueno será una bendición para su familia. Su religión hará mejores a su esposa, sus hijos y sus ayudantes.

Hermanos, llevad a Cristo al seno de la familia, llevadle al púlpito, llevadle doquiera vayáis. Entonces no necesitaréis insistir en que los demás deben apreciar el ministerio, porque llevaréis las credenciales celestiales, y éstas probarán a todos que sois siervos de Cristo.[6]

¿Le ayuda o le estorba su esposa?—Cuando un hombre acepta las responsabilidades de ministro, asevera ser portavoz de Dios, encargado de recibir las palabras de la boca de Dios y de transmitirlas al pueblo. ¡Cuán cerca del gran Pastor debe mantenerse entonces! ¡Cuán humildemente debe andar delante de Dios, mientras mantiene oculta su propia personalidad y ensalza a Cristo! ¡Y cuán importante [323] viene a ser que el carácter de su esposa concuerde con el modelo dado en la Biblia, y que sus hijos sean mantenidos con toda seriedad en sujeción.

La esposa de un ministro del Evangelio puede ser una gran auxiliadora y bendición para su esposo, o un estorbo para él en su trabajo. Depende mucho de la esposa que el ministro se eleve día a día en su esfera de utilidad, o que se hunda al nivel ordinario.[7]

Vi que las esposas de los ministros deben ayudar a sus esposos en sus labores, y cuidar muchísimo la influencia que ejercen; porque hay quienes las observan y esperan más de ellas que de otros. Su indumentaria, su vida y conversación debieran ser un ejemplo que tenga sabor de vida y no de muerte. Vi que deben asumir una actitud humilde y mansa, aunque digna, sin dedicar su conversación a cosas que no tienden a dirigir la mente hacia el cielo. Su gran pregunta debe ser: "¿Cómo puedo salvar mi propia alma, y ser el medio de

salvar a otros?" Vi que Dios no acepta una obra tibia al respecto. Quiere todo el corazón e interés, o nada. Su influencia se ejerce decidida e inequívocamente en favor de la verdad o contra ella. Recogen con Jesús o dispersan. Una esposa no santificada es la mayor maldición que pueda tener un ministro.[8]

Satanás está obrando siempre para desalentar y extraviar a los ministros escogidos por Dios para predicar la verdad. La manera más eficaz en que pueda actuar es mediante las influencias del hogar, mediante compañeras que no están consagradas. Si logra regir sus mentes, puede, por su intermedio y con facilidad tanto mayor, obtener acceso al esposo que trabaja para salvar almas por la palabra y la doctrina. ... Satanás ha tenido mucho que ver con el control de las labores de los ministros mediante la influencia de sus compañeras
[324] egoístas y amantes de la comodidad.[9]

Acerca del gobierno de su familia—Vd. tiene que cumplir en casa un deber que no puede rehuir y quedar fiel a Dios y al cometido que le ha confiado. ... El campo que debe ser evangelizado es el mundo. Vd. desea sembrar en él la verdad del Evangelio y aguardar que Dios riegue la semilla sembrada a fin de que dé fruto. A Vd. se le ha confiado un terrenito; pero ha dejado que delante de su propia puerta crezcan zarzas y espinas, mientras se dedicaba a quitar las malas hierbas en los jardines ajenos. No se trata de una obra pequeña, sino que es de gran importancia. Está predicando el Evangelio a otros; practíquelo Vd. mismo en su casa.[10]

Mientras no puedan Vds. obrar unidos para disciplinar debidamente a su hijo, quédese la esposa con él, apartada del escenario de acción de su esposo; pues no debe darse a la iglesia un ejemplo de disciplina floja.

He conocido a muchos pastores bastante imprudentes para viajar acompañados de un hijo indisciplinado. Las labores que realizaban desde el púlpito eran contrarrestadas por el mal genio que revelaban sus hijos.[11]

Interésese en los hijos ajenos—No debe Vd. dedicar todo su interés a su propia familia, con exclusión de otras personas. Si recibe la hospitalidad de sus hermanos, es razonable que éstos esperen algo en recompensa. Identifique sus intereses con los de padres e hijos, y procure instruirlos y beneficiarlos. Santifíquese para la obra de Dios, y sea una bendición para los que le agasajen, conversando con

los padres, sin jamás pasar por alto a los niños. No considere a su propio pequeñuelo como más precioso a los ojos de Dios que otros niños.[12]

Una súplica a un hijo extraviado—Tu padre es ministro del Evangelio, y Satanás obra con mucho celo para inducir a los hijos de pastores a deshonrar a sus padres. Si puede, los hará cautivos de su voluntad y los llenará de malas propensiones. ¿Permitirás que Satanás obre por tu intermedio para destruir la esperanza y el consuelo de tus padres? ¿Estarán ellos obligados a considerarte [325] con tristeza continua porque te entregas al dominio de Satanás? ¿Les legarás el desaliento de pensar que les tocó criar hijos que se niegan a recibir sus instrucciones, y a toda costa siguen sus propias inclinaciones?

Sientes buenos impulsos, y despiertas esperanza y expectativa en el ánimo de tus padres; pero hasta aquí no has podido resistir la tentación, y Satanás se regocija por tu disposición a hacer precisamente lo que él quiere. A menudo haces declaraciones que inspiran esperanza a tus padres, pero con la misma frecuencia fracasas porque no quieres resistir al enemigo. No puedes comprender cuánto dolor sienten tus padres cuando estás de parte de Satanás. Muchas veces dices: "No puedo hacer esto," y "no puedo hacer aquello," cuando sabes que lo que declaras imposible para ti es precisamente lo que debes hacer. Puedes luchar contra el enemigo, no con tu propia fuerza, sino con la que Dios está siempre pronto a darte. Si confías en su palabra, nunca dirás: "No puedo." ...

Te suplico en el nombre del Señor que regreses antes que sea demasiado tarde. Por ser hijo de padres que colaboran con Dios, se espera de ti que estés bien dispuesto; pero es frecuente que, por indocilidad, deshonres a tus padres y contrarrestes la obra que ellos procuran hacer. ¿No tiene tu madre suficientes motivos de sentirse oprimida y abatida sin que añadas tu rebeldía a su carga? ¿Te empeñarás en seguir una conducta tal que el corazón de tu padre esté abrumado de pesar? ¿Te resulta placentero que todo el cielo te mire con desagrado? ¿Te causa satisfacción el colocarte entre las filas del enemigo, para recibir sus órdenes y ser dirigido por él?

¡Ojalá que ahora, mientras dura el día, te vuelvas al Señor! Cada una de tus acciones te hace mejor o peor. Si ellas favorecen a Satanás, dejan tras sí una influencia que continúa produciendo re-

sultados funestos. Sólo los puros, limpios y santos podrán entrar en la ciudad de Dios. "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros
[326] corazones," mas vuélvete al Señor, para que al recorrer tu senda no dejes desolación a tu paso.[13]

Trate a los niños con bondad y cortesía—Manifiéstense la bondad y la cortesía del ministro en su trato con los niños. Debe siempre tener presente que son hombres y mujeres en miniatura, miembros jóvenes de la familia del Señor. Pueden estar muy cerca del Maestro y serle muy caros, y si se los instruye y disciplina debidamente, le prestarán servicio aun en su juventud. Cristo se siente entristecido por cada palabra dura, severa y desconsiderada que se dirija a los niños. No se respetan siempre sus derechos, y se los trata con frecuencia como si no tuviesen un carácter que necesita desarrollarse debidamente a fin de no torcerse, para que el propósito de Dios no fracase en su vida.[14]

Dedique la iglesia un cuidado especial a los corderos del rebaño, ejerciendo toda influencia de que sea capaz para conquistar el amor de los niños y vincularlos con la verdad. Los pastores y los miembros de la iglesia deben secundar los esfuerzos que hacen los padres para conducir a los niños por sendas seguras. El Señor está llamando a los jóvenes, porque quiere hacer de ellos auxiliadores suyos que presten buen servicio bajo su bandera.[15]

Un sermón eficaz sobre la piedad—El pastor debe instruir a los hermanos acerca del gobierno de los hijos, y sus propios hijos deben ser ejemplos de la debida sujeción.[16]

Debe existir en la familia del predicador una unidad que predique un sermón eficaz sobre la piedad práctica. Al hacer fielmente su deber en el hogar, en cuanto a refrenar, corregir, aconsejar, dirigir y guiar, el predicador y su esposa se vuelven más idóneos para trabajar en la iglesia, y multiplican los agentes con que realizar la obra de Dios fuera del hogar. Los miembros de su familia vienen a ser miembros de la familia del cielo, y son un poder para bien y
[327] ejercen una influencia abarcante.[17]

[328]

[1] Obreros Evangélicos, 215.
[2] Carta 1, 1877.
[3] Obreros Evangélicos, 215.
[4] Obreros Evangélicos, 217.
[5] Historia de los Patriarcas y Profetas, 626.

[6]Testimonies for the Church 5:161.
[7]Carta 1, 1877.
[8]Joyas de los Testimonios 1:38, 39.
[9]Testimonies for the Church 1:449, 451.
[10]Testimonies for the Church 4:381.
[11]Carta 1, 1877.
[12]Testimonies for the Church 4:382.
[13]Carta 15a, 1896.
[14]Joyas de los Testimonios 1:530.
[15]The Review and Herald, 25 de octubre de 1892.
[16]Carta 1, 1877.
[17]Obreros Evangélicos, 216.

Capítulo 59—Los padres ancianos

"Honra a tu padre y a tu madre"—La obligación que tienen los hijos de honrar a sus padres dura toda la vida. Si los padres son ancianos y débiles, los hijos deben dedicarles su afecto y atención proporcionalmente a su necesidad. Con nobleza y decisión deben amoldar su conducta, hasta con abnegación si es necesario, para evitar a los padres todo motivo de ansiedad y perplejidad. ... Debe enseñarse a los hijos a amar y cuidar con ternura a sus padres. Hijos, atendedlos vosotros mismos; porque ninguna otra mano puede hacer tan aceptablemente los pequeños actos de bondad que la vuestra puede hacer para ellos. Aprovechad la preciosa oportunidad que tenéis para sembrar bondades.[1]

Nuestra obligación para con nuestros padres no cesa nunca. Nuestro amor hacia ellos, y el suyo hacia nosotros, no se miden por los años ni por la distancia, y nuestra responsabilidad no puede ser puesta a un lado.[2]

Recuerden los hijos atentamente que aun en el mejor de los casos los padres disfrutan de poca alegría y comodidad. ¿Qué puede causar mayor pena a su corazón que una negligencia manifiesta de parte de sus hijos? ¿Qué pecado pueden cometer los hijos que sea peor que el ocasionar pena a un padre o a una madre de edad y sin amparo?[3]

Allánenles el camino—Una vez llegados a la madurez, algunos hijos piensan que han cumplido su deber cuando han provisto de morada a sus padres. Aunque les dan comida y albergue, no les
[329] conceden amor ni simpatía. En la vejez de sus padres, cuando éstos anhelan que se les expresen afecto y simpatía, los hijos sin corazón los privan de sus atenciones. No hay momento en que los hijos no hayan de respetar y amar a sus padres. Mientras éstos vivan, los hijos debieran tener gozo en honrarlos y respetarlos. Debieran infundir en la vida de los ancianos padres toda la alegría que puedan, y allanar su senda hacia la tumba. No hay en este mundo mejor recomendación para un hijo que el haber honrado a sus padres, ni mejor anotación

en los libros del cielo que aquella donde se consigna que amó y honró a su padre y a su madre.[4]

La ingratitud hacia los padres—¿Será posible que haya hijos tan insensibles a los derechos de su padre y de su madre que no estén dispuestos a eliminar cuantos motivos de pena puedan quitarles al velar sobre ellos con cuidado y devoción incansables? ¿Será posible que no consideren como un placer el hacer que los postreros días de sus padres sean los mejores para éstos? ¿Cómo puede un hijo o una hija disponerse a dejar que su padre o su madre sean atendidos por manos ajenas? Aun cuando la madre fuese incrédula y desapacible, ello no eximiría al hijo de la obligación que Dios le impuso en cuanto a cuidar de ella.[5]

Algunos padres son responsables por la falta de respeto—Cuando los padres permiten que un hijo les falte al respeto en su infancia, tolerando que les hable ásperamente, tendrán que segar una terrible cosecha en años ulteriores. Los padres que no requieren pronta y perfecta obediencia de sus pequeñuelos no echan el debido fundamento para el carácter de sus hijos. Los preparan para que los deshonren en la vejez y llenen su corazón de pesar cuando se estén acercando a la tumba, a menos que la gracia de Cristo transforme el corazón y carácter de esos hijos.[6]

No haya represalias—Dijo una vez una mujer: "Siempre odié a mi madre, y ella me odió a mí." Estas palabras fueron anotadas en los libros del cielo y serán reveladas en el día del juicio cuando cada [330] uno será recompensado según sus obras.

Si los hijos piensan que fueron tratados con severidad en su infancia, ¿les ayudará esto a crecer en la gracia y en el conocimiento de Cristo? ¿Reflejarán ellos la imagen de él si albergan un espíritu de represalias y venganza contra sus padres, especialmente cuando éstos hayan envejecido y se hayan debilitado? ¿No bastará el desamparo de los padres para despertar el amor de los hijos? ¿No lograrán las necesidades de los ancianos padres evocar los nobles sentimientos del corazón, y por la gracia de Cristo, no serán los padres tratados con bondadosa atención y respeto de parte de sus hijos? ¡Ojalá que el corazón de éstos no se endurezca como el acero contra el padre y la madre! ¿Cómo puede una hija que profesa llevar el nombre de Cristo albergar odio contra su madre, especialmente si esa madre está enferma y envejecida? ¡Ojalá que la bondad y el amor, que son

los frutos más dulces de la vida cristiana, hallen cabida en el corazón de los hijos en favor de sus padres![7]

Téngase paciencia con los achaques—Resulta especialmente terrible pensar que un hijo se vuelva con odio contra una madre envejecida, debilitada y afectada por los achaques de la segunda infancia. ¡Con cuánta paciencia y ternura debieran conducirse para con ella los hijos de una madre tall Debieran dirigirle tiernas palabras, que no irriten el ánimo. Nunca carecerá de bondad quien sea verdaderamente cristiano, ni en circunstancia alguna descuidará a su padre o a su madre, sino que escuchará la orden: "Honra a tu padre y a tu madre." Dios dijo: "Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano." ...

Hijos, permitid que vuestros padres achacosos e incapaces de cuidarse a sí mismos vean sus últimos días colmados de contentamiento, paz y amor. Por amor a Cristo, mientras descienden a la tumba, reciban de vosotros tan sólo palabras de bondad, amor y
[331] perdón. Deseáis que el Señor os ame, os compadezca y os perdone y hasta que os cuide en caso de enfermedad, ¿no estaréis por tanto dispuestos a tratar a otros como quisierais ser tratados?[8]

El plan de Dios para los ancianos—Se hace constantemente hincapié en la necesidad de cuidar a nuestros hermanos y hermanas ancianos que no tienen hogares. ¿Qué puede hacerse por ellos? La luz que el Señor me ha dado ha sido repetida: No es lo mejor establecer instituciones para el cuidado de los ancianos, a fin de que puedan estar juntos en compañía. Tampoco se los debe despedir de la casa para que sean atendidos en otra parte. Que los miembros de cada familia atiendan a sus propios parientes. Cuando esto no es posible, la obra incumbe a la iglesia, y debe ser aceptada como un deber y privilegio. Todos los que tienen el espíritu de Cristo considerarán a los débiles y ancianos con respeto y ternura especiales.[9]

Un privilegio que causa gozo—Para los hijos, el pensar en que contribuyeron a la comodidad de sus padres será motivo de satisfacción para toda la vida y les infundirá gozo especial cuando ellos mismos necesiten simpatía y amor. Aquellos cuyo corazón rebose de amor tendrán por inestimable el privilegio de suavizar para sus padres el descenso a la tumba. Se regocijarán por haber podido infundir consuelo y paz en los postreros días de sus amados padres. Obrar de otra manera, negar a los ancianos indefensos el

bondadoso ministerio de hijos e hijas, llenaría de remordimiento el alma de éstos, y sus días de pesar, si no tuviesen el corazón endurecido y frío como una piedra.[10] [332]

[1] Manuscrito 18, 1891.
[2] The Review and Herald, 15 de noviembre de 1892.
[3] Ibid.
[4] Ibid.
[5] Ibid.
[6] Manuscrito 18, 1891.
[7] Ibid.
[8] Ibid.
[9] Joyas de los Testimonios 2:509, 510.
[10] The Review and Herald, 15 de noviembre de 1892.

Sección 13—El uso del dinero

Capítulo 60—Mayordomos de Dios

Debemos reconocer la propiedad de Dios—El cimiento de la integridad comercial y del verdadero éxito es el reconocimiento del derecho de propiedad de Dios. El Creador de todas las cosas es el propietario original. Nosotros somos sus mayordomos. Todo lo que tenemos es depósito suyo para ser usado de acuerdo con sus indicaciones.

Es ésta una obligación que pesa sobre cada ser humano. Tiene que ver con toda la esfera de la actividad humana. Reconozcámoslo o no, somos mayordomos provistos por Dios de talentos y facilidades y colocados en el mundo para hacer una obra asignada por él.[1]

El dinero no es nuestro; ni nos pertenecen las casas, los terrenos, los cuadros, los muebles, los atavíos y los lujos. Tenemos tan sólo una concesión de las cosas necesarias para la vida y la salud. ... Las bendiciones temporales nos son dadas en cometido, para comprobar si se nos pueden confiar riquezas eternas. Si soportamos la prueba de Dios, recibiremos la posesión adquirida que ha de ser nuestra: gloria, honra e inmortalidad.[2]

Tendremos que dar cuenta—Si nuestros hermanos quisieran tan sólo dedicar a la causa de Dios el dinero que les ha sido confiado, la porción que gastan en complacencias egoístas, en idolatría, depositarían un tesoro en el cielo y harían precisamente la obra que
[333] Dios les pide que hagan. Pero como el rico de la parábola, viven suntuosamente. Gastan pródigamente el dinero que Dios les prestó en custodia, a fin de que lo usasen para gloria de su nombre. No se detienen a considerar su responsabilidad ante Dios, ni recuerdan que antes de mucho llegará el día en que habrán de dar cuenta de su mayordomía.[3]

Siempre debemos recordar que en el juicio confrontaremos la anotación de cómo usamos el dinero de Dios. Se gasta mucho en la complacencia propia, en cosas que no nos reportan beneficio verdadero alguno, sino que nos dañan realmente. Cuando comprendamos que Dios es quien da todo lo bueno y que el dinero es suyo, lo gasta-

remos sabiamente y conforme a su santa voluntad. No nos regiremos por las costumbres y modas del mundo. No ajustaremos nuestros deseos a sus prácticas, ni permitiremos que nos dominen nuestras inclinaciones.[4]

En nuestro uso del dinero haremos de él un agente de mejoramiento espiritual porque lo consideraremos como un cometido sagrado, que no ha de emplearse para fomentar el orgullo, la vanidad, el apetito o la pasión.[5]

Me fué mostrado que el ángel registrador anota fielmente toda ofrenda dedicada a Dios y puesta en la tesorería, y también el resultado final de los recursos así consagrados. El ojo de Dios reconoce todo centavo dedicado a su causa y la buena o mala disposición del dador. El motivo que impulsa a dar es también anotado.[6]

La familia debe dar sistemáticamente—"El primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, para guardarlo, según haya prosperado." Cada miembro de la familia, desde el mayor hasta el menor, puede tomar parte en esta obra de benevolencia. ... El plan de la benevolencia sistemática* resultará para cada familia en una salvaguardia contra las tentaciones a gastar recursos en cosas innecesarias, y será especialmente una bendición para los ricos al guardarlos de cometer prodigalidades. [334]

Cada semana lo que Dios requiere de cada familia debe ser recordado por cada uno de sus miembros para cumplir plenamente el plan; y en la medida en que se haya negado alguna cosa superflua a fin de tener recursos que poner en la tesorería, quedarán inculcadas en su corazón lecciones valiosas en cuanto a ser abnegados para gloria de Dios. Una vez a la semana cada uno se ve frente a frente con lo que ha hecho durante la semana anterior, frente a los medios que podría tener si hubiese sido económico y a los recursos que no tiene por haberse complacido a sí mismo, y, como si fuera emplazada delante de Dios, su conciencia le aprueba o le acusa. Aprende que para conservar la paz del espíritu y el favor de Dios, debe comer, beber y vestir para gloria de él.[7]

En primer lugar, lo que Dios requiere—Los requerimientos de Dios ocupan el primer lugar. No estamos haciendo su voluntad

*Nota: Se alude aquí a la práctica que al principio seguia la iglesia, de poner aparte cada semana los diezmos y las ofrendas.—Los compiladores.

si le consagramos lo que queda de nuestra entrada después que han sido suplidas todas nuestras necesidades imaginarias. Antes de consumir cualquier parte de nuestras ganancias, debemos sacar y presentar a Dios la porción que él exige. En la antigua dispensación, se mantenía siempre ardiendo sobre el altar una ofrenda de gratitud, para demostrar así la infinita obligación del hombre hacia Dios. Si nuestros negocios seculares prosperan, ello se debe a que Dios nos bendice. Una parte de estos ingresos debe consagrarse a los pobres, y una gran porción debe dedicarse a la causa de Dios. Cuando se le devuelve a Dios lo que él pide, el resto será santificado y bendecido para nuestro propio uso. Pero cuando un hombre roba a Dios reteniendo lo que él requiere, su maldición recae sobre el conjunto.[8]

Recordemos a los pobres—Para que representemos el carácter
[335] de Cristo, toda partícula de egoísmo tendrá que ser expelida del alma. En el cumplimiento de la obra que él confió a nuestras manos, será necesario que demos cada jota y tilde que podamos ahorrar de nuestros recursos. Llegarán a nuestro conocimiento casos de pobreza y angustia en ciertas familias, y habrá que aliviar a personas afligidas y dolientes. Muy poco sabemos del sufrimiento humano que nos rodea por todas partes; pero al tener oportunidad para ello debemos estar listos para prestar inmediata asistencia a los que están bajo severa presión.[9]

Al despilfarrar dinero en lujos se priva a los pobres de los recursos necesarios para suplirles alimentos y ropas. Lo gastado para complacer el orgullo, en vestimenta, edificios, muebles y adornos, aliviaría la angustia de muchas familias pobres y dolientes. Los mayordomos de Dios han de servir a los menesterosos.[10]

El remedio de Dios para la codicia—La costumbre de dar, que es fruto de la abnegación, ayuda en forma admirable al dador. Le imparte una educación que le habilita para comprender mejor la obra de Aquel que anduvo haciendo bienes, aliviando a los dolientes y supliendo las necesidades de los indigentes.[11]

La benevolencia abnegada y constante es el remedio de Dios para los pecados roedores del egoísmo y de la codicia. Dios ordenó la benevolencia sistemática para sostener su causa y aliviar las necesidades de los dolientes y menesterosos. Mandó que se adquiera el hábito de dar, a fin de contrarrestar el peligroso y engañoso pecado

de la codicia. El dar de continuo ahoga la codicia. La benevolencia sistemática está destinada por Dios a arrebatar los tesoros de los codiciosos a medida que los adquieren, para consagrarlos al Señor, a quien pertenecen. ...

La práctica constante del plan divino de la benevolencia sistemática debilita la codicia y fortalece la benevolencia. Cuando aumentan las riquezas, los hombres, aun los que profesan la piedad, aferran su [336] corazón a ellas; y cuanto más tienen, menos dan a la tesorería del Señor. De modo que las riquezas hacen egoístas a los hombres, y el acumularlas alimenta la codicia; son males que quedan fortalecidos por el ejercicio activo. Dios conoce nuestro peligro y nos ha rodeado de medios destinados a impedir nuestra ruina. Requiere que practiquemos constantemente la benevolencia, a fin de que la fuerza del hábito de las buenas obras quebrante la fuerza del hábito adquirido en la dirección opuesta.[12] [337]

[1] La Educación, 133.
[2] Carta 8, 1889.
[3] Carta 21, 1898.
[4] Carta 8, 1889.
[5] Ibid.
[6] Testimonies for the Church 2:518, 519.
[7] Testimonies for the Church 3:412.
[8] Joyas de los Testimonios 1:555, 556.
[9] Manuscrito 25, 1894.
[10] The Review and Herald, 8 de diciembre de 1896.
[11] The Youth's Instructor, 10 de septiembre de 1907.
[12] Testimonies for the Church 3:548.

Capítulo 61—Principios financieros para la familia

El dinero puede ser bendición o maldición—El dinero no es necesariamente una maldición; es algo de alto valor porque si se emplea correctamente puede hacer bien en la salvación de las almas y en beneficio de quienes son más pobres que nosotros. Por un uso pródigo o imprudente, ... el dinero llegará a ser un lazo para quien lo gaste. El que emplea el dinero para satisfacer su orgullo y ambición hace de él una maldición más bien que una bendición. El dinero prueba constantemente los afectos. Todo aquel que lo adquiera en mayor cantidad que la realmente necesaria debe solicitar sabiduría y gracia para conocer su propio corazón y guardar a éste con diligencia, no sea que tenga necesidades imaginarias y llegue a ser un mayordomo infiel, que use con prodigalidad el capital que le confió el Señor.

Cuando amamos a Dios sobre todas las cosas, las temporales ocuparán su debido lugar en nuestros afectos. Si con humildad y fervor procuramos conocimiento y capacidad para hacer el debido uso de los bienes de nuestro Señor, recibiremos sabiduría de lo alto. Cuando el corazón se apoya en sus propias preferencias e inclinaciones, cuando se alberga el pensamiento de que el dinero puede conferir felicidad sin el favor de Dios, entonces el dinero llega a ser un tirano que domina al hombre; éste le concede su confianza y estima y lo adora como a un dios. Sacrifica en su altar el honor, la
[338] verdad y la justicia. Pone a un lado los mandamientos de la Palabra de Dios; y las costumbres y los usos del mundo, ordenados por el rey Mammón, llegan a ser un poder que le domina.[1]

Procure cierta seguridad en la posesión de una casa—Si se hubiese continuado cumpliendo las leyes dadas por Dios, cuán diferente sería actualmente la condición del mundo, en lo moral, espiritual y temporal. No se manifestarían como ahora el egoísmo y el engreimiento, sino que cada uno demostraría bondadosa consideración por la felicidad y el bienestar ajenos. ... En vez de hallarse las clases más pobres bajo el férreo calcañar de los ricos, en vez de que

los sesos de otros hombres pensasen por ellos en lo temporal y en lo espiritual, tendrían cierta oportunidad de ser independientes en sus pensamientos y acciones.

El saberse propietarios de sus propias casas les inspiraría un fuerte deseo de mejoría. No tardarían en adquirir habilidad para hacer planes por su cuenta; inculcarían a sus hijos hábitos de laboriosidad y economía y sus intelectos quedarían grandemente fortalecidos. Se sentirían hombres, no esclavos, y podrían recuperar en gran medida el perdido respeto propio e independencia moral.[2]

Enseñemos a nuestros hermanos a salir de las ciudades al campo, donde puedan obtener una parcela de tierra y establecer un hogar para sí y sus hijos.[3]

En cuanto a vender sus casas—Hay hombres y mujeres pobres que me escriben pidiendo consejo en cuanto a si deben vender sus casas y dar el dinero a la causa. Dicen que los pedidos de recursos conmueven sus almas y quieren hacer algo para el Maestro que lo ha hecho todo para ellos. Quiero decir a los tales: "Tal vez no debáis vender vuestras casitas ahora mismo; pero id a Dios por vuestra cuenta; el Señor oirá ciertamente vuestras fervientes oraciones por sabiduría para conocer vuestro deber."[4]

Dios no pide ahora las casas que sus hijos necesitan para vivir [339]
en ellas; pero si aquellos que tienen abundancia de bienes no oyen su voz, no se desligan del mundo ni se sacrifican para Dios, él los pasará por alto y llamará a quienes estén dispuestos a hacer cualquier cosa por Jesús, aun vender sus casas para satisfacer las necesidades de la causa.[5]

Una independencia loable—La independencia de cierta clase es loable. Es correcto que uno desee andar por su propia fuerza y no depender de otros por el pan que come. Es noble y generosa la ambición que dicta el deseo de sostenerse a sí mismo. Son necesarios los hábitos de laboriosidad y frugalidad.[6]

Equilibrio del presupuesto—Son muchísimos los que no se han educado de modo que puedan mantener sus gastos dentro de los límites de sus entradas. No aprenden a adaptarse a las circunstancias, y vez tras vez piden dinero prestado y se abruman de deudas, por lo que se desaniman y descorazonan.[7]

Llevad cuenta de los gastos—Los hábitos de complacencia propia, o la falta de tacto y habilidad de parte de la esposa y madre,

pueden ser una carga constante para la tesorería; y sin embargo, tal vez piense esta madre que está haciendo lo mejor que puede, porque nunca se le enseñó a restringir sus necesidades y las de sus hijos, y nunca adquirió habilidad y tacto en los asuntos de la familia. Por esto puede ser que una familia necesite para su sostén dos veces más que otra igualmente numerosa.

Todos deben aprender a llevar cuentas. Algunos descuidan este trabajo, como si no fuese esencial; pero esto es erróneo. Todos los gastos deben anotarse con exactitud.[8]

Los males del despilfarro—Agradó al Señor mostrarme los males que resultan de los hábitos de derroche, para que pueda amonestar a los padres a que enseñen estricta economía a sus hijos. Enséñenles que el dinero que gasten en lo que no necesitan ha recibido un uso
[340] pervertido en vez del correcto.[9]

Si tenéis hábitos de prodigalidad, eliminadlos de vuestra vida en seguida. A menos que lo hagáis, estaréis en bancarrota para la eternidad. Los hábitos de economía, laboriosidad y sobriedad son para vuestros hijos una porción mejor que una rica dote.

Somos peregrinos y advenedizos en la tierra. No gastemos nuestros recursos en la satisfacción de deseos que Dios quiere vernos reprimir. Representemos adecuadamente nuestra fe restringiendo nuestros deseos.[10]

Un padre reprendido por su prodigalidad—Vd. no sabe emplear el dinero económicamente ni aprende a restringir sus deseos dentro de los límites de sus entradas. ... Tiene intenso deseo de obtener dinero, para gastarlo libremente en lo que dicte su inclinación, y su enseñanza y ejemplo han sido una maldición para sus hijos. ¡Cuán poco les interesan los buenos principios! Se vuelven cada vez más olvidadizos de Dios, menos temerosos de desagradarle, más impacientes por las restricciones. Cuanto más fácil es obtener dinero, menos agradecimiento se siente.[11]

A una familia que superaba sus recursos—Vd. debiera cuidar de que sus gastos no excedan sus entradas. Limite sus deseos.

Es una gran lástima que su esposa sea tan parecida a Vd. en cuanto a gastar recursos que le resulta imposible ayudarle en lo que respecta a cuidar de las salidas pequeñas a fin de evitar las pérdidas mayores. En la administración de su familia se producen constantemente gastos inútiles. Su esposa se deleita en ver a sus

hijos vestidos en forma que supera sus recursos, y a causa de esto se desarrollan en esos hijos gustos y hábitos que los harán vanidosos y orgullosos. Si Vd. quisiera aprender la lección de economía y ver el peligro que este pródigo uso de los recursos entraña para Vds., sus hijos y la causa de Dios, obtendría una experiencia esencial para perfeccionar su carácter cristiano. A menos que la obtenga, sus hijos [341] llevarán el molde de una educación deficiente mientras vivan. ...

No quisiera inducirle a acumular recursos avariciosamente—cosa que sería difícil para Vd.—pero quisiera aconsejarles a ambos que gasten su dinero cuidadosamente y que por su ejemplo diario enseñen a sus hijos lecciones de frugalidad, abnegación y economía. Necesitan que se les eduque por el precepto y el ejemplo.[12]

Invitados a ser abnegados—Me fué mostrado que Vds., hermano mío y hermana mía, tienen mucho que aprender. No han vivido de acuerdo con sus recursos. No han aprendido a economizar. Si ganan un salario elevado, no saben aprovecharlo en todo lo posible. Consultan su gusto o apetito en vez de la prudencia. A veces gastan dinero en alimentos de una calidad que sus hermanos no pueden permitirse. Los pesos se escapan con facilidad de su bolsillo. ... La abnegación es una lección que ambos tienen que aprender todavía.[13]

Los padres deben aprender a vivir dentro de sus recursos. Deben cultivar la abnegación en sus hijos y enseñarles por el precepto y el ejemplo. Deben hacer que sus deseos sean pocos y sencillos, a fin de disponer de tiempo para la cultura mental y espiritual.[14]

Hacerles los gustos no es amarlos—No enseñéis a vuestros hijos a pensar que vuestro amor hacia ellos debe expresarse satisfaciendo su orgullo, prodigalidad y amor a la ostentación. No es ahora el momento de inventar maneras de consumir el dinero. Dedicad vuestras facultades inventivas a tratar de economizarlo.[15]

La economía concuerda con la generosidad—La tendencia de los jóvenes en esta época es descuidar y despreciar la economía, confundiéndola con la mezquindad, y estrechez. Pero la economía concuerda con las opiniones y los sentimientos más amplios y liberales. Donde no se la práctica, no puede haber verdadera generosidad. Nadie debe pensar que estudiar la economía y los mejores métodos [342] de aprovechar los fragmentos es rebajarse.[16]

El otro extremo: economía imprudente—No se honra a Dios cuando se descuida el cuerpo, o se lo maltrata, y así se lo incapacita

para servirle. Cuidar del cuerpo proveyéndole alimento apetitoso y fortificante es uno de los principales deberes del ama de casa. Es mucho mejor tener ropas y muebles menos costosos que escatimar la provisión de alimento.

Algunas madres de familia escatiman la comida en la mesa para poder obsequiar opíparamente a sus visitas. Esto es desacertado. Al agasajar huéspedes se debiera proceder con más sencillez. Atiéndase primero a las necesidades de la familia.

Una economía doméstica imprudente y las costumbres artificiales hacen muchas veces imposible que se ejerza la hospitalidad donde sería necesaria y beneficiosa. La provisión regular de alimento para nuestra mesa debe ser tal que se pueda convidar al huésped inesperado sin recargar a la señora de la casa con preparativos extraordinarios.[17]

Jamás debe el deseo de ahorrar inducirnos a proporcionar comidas escasas. Los alumnos deben tener abundancia de alimentos saludables. Pero los que estén encargados de cocinar deben saber recoger los fragmentos para que nada se pierda.[18]

La economía no significa mezquindad, sino un gasto prudente de los recursos porque hay que hacer una gran obra.[19]

Medios de aligerar la tarea de la esposa—La familia del Hno. E. vive de acuerdo con los principios de la economía más estricta. ... El Hno. E. decidió concienzudamente no edificar cobertizo conveniente para la leña ni cocina para su familia numerosa, porque no se sentía con libertad para invertir recursos en conveniencias personales
[343] cuando la causa de Dios necesitaba dinero para progresar. Procuré demostrarle que tanto para la salud como para la moral de sus hijos debía hacer de su hogar un sitio agradable y proveer medios que aligerasen el trabajo de su esposa.[20]

Asignación personal para la esposa—Vds. deben ayudarse mutuamente. No considere [el esposo] como virtud el aferrarse al portamonedas y negarle dinero a su esposa.[21]

Debe asignar a su esposa cierta cantidad semanal y dejarle hacer lo que quiera con ese dinero. Vd. no le ha dado oportunidad de ejercer su tino o su gusto porque no comprende debidamente cuál es la posición que una esposa debe ocupar. La suya tiene una mentalidad excelente y bien equilibrada.[22]

Dé a su esposa una parte del dinero que recibe. Considérelo como perteneciente a ella y déjeselo usar como desee. Debiera haberle permitido gastar según su mejor criterio el dinero que ella misma ganaba. Si hubiese tenido cierta suma que gastar como propia, sin ser criticada, se le habría quitado una gran preocupación.[23]

Procure comodidad y salud—El Hno. P. no ha usado juiciosamente sus recursos. El juicio prudente no ha influído tanto en él como la voz y los deseos de sus hijos. No avalora como debiera los recursos que tiene en mano ni los gasta cautelosamente para las cosas más necesarias, las que debiera tener para gozar comodidad y salud. Toda la familia necesita mejorar al respecto. En ella se necesitan muchas cosas para vivir en forma conveniente y cómoda. La falta de aprecio por el orden sistemático en el arreglo de los asuntos familiares resulta perjudicial y desventajosa.[24]

No es vistiendo el cuerpo de tela burda ni privando al hogar de todo lo que contribuye a la comodidad, al buen gusto y a la conveniencia, como se logra que el corazón sea más puro o más santo.[25]

Dios no requiere que sus hijos se priven de lo que necesitan realmente para su salud y comodidad, pero no aprueba el desenfreno, la prodigalidad ni la ostentación.[26] [344]

Aprenda a ahorrar y a gastar—Debiera Vd. aprender a reconocer cuando hay que ahorrar y cuando hay que gastar. No podemos decir que seguimos a Cristo a menos que nos neguemos a nosotros mismos y llevemos la cruz. Debemos pagar lo que debemos a medida que avanzamos; levantar los puntos caídos; suprimir las pérdidas y saber exactamente lo que poseemos. Vd. debiera sacar la cuenta de todas las sumas pequeñas gastadas en complacerse a sí mismo. Debiera notar cuánto gasta para satisfacer el gusto y cultivar un apetito epicúreo pervertido. El dinero derrochado en golosinas inútiles podría dedicarse a aumentar las comodidades y conveniencias del hogar. No necesita ser tacaño; pero debe ser honrado consigo mismo y con sus hermanos. Ser tacaño es abusar de las bondades de Dios. La prodigalidad también es un abuso. Las pequeñas salidas que Vd. no considera dignas de mencionarse suman al fin una cantidad considerable.[27]

El corazón que será guiado—No es necesario especificar aquí cómo puede practicarse la economía en todo detalle. Aquellos cuyo

corazón esté plenamente entregado a Dios, y reciban su Palabra como su guía, sabrán cómo deben conducirse en todos los deberes de la vida. Aprenderán de Jesús, que es manso y humilde de corazón; y al cultivar la mansedumbre de él, cerrarán la puerta a innumerables
[345] tentaciones.[28]

[346]

[1] Carta 8, 1889.
[2] Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh Day Adventist, 165, 166.
[3] The General Conference Bulletin, 6 de abril de 1903.
[4] Joyas de los Testimonios 2:330.
[5] The Review and Herald, 16 de septiembre de 1884.
[6] Testimonies for the Church 2:308.
[7] The Review and Herald, 19 de diciembre de 1893.
[8] Obreros Evangélicos, 475.
[9] Christian Temperance and Bible Hygiene, 63.
[10] The Review and Herald, 24 de diciembre de 1903.
[11] Carta 8, 1889.
[12] Carta 23, 1888.
[13] Testimonies for the Church 2:431, 432.
[14] The Review and Herald, 24 de junio de 1890.
[15] Joyas de los Testimonios 3:73.
[16] Joyas de los Testimonios 5:400.
[17] El Ministerio de Curación, 248.
[18] Joyas de los Testimonios 2:468.
[19] Carta 151, 1899.
[20] Carta 9, 1888.
[21] Carta 65, 1904.
[22] Carta 47, 1904.
[23] Carta 157, 1903.
[24] Testimonies for the Church 2:699.
[25] The Review and Herald, 16 de mayo de 1882.
[26] The Review and Herald, 19 de diciembre de 1893.
[27] Carta 11, 1888.
[28] Christian Temperance and Bible Hygiene, 63.

Capítulo 62—Debe practicarse la economía

"Recoged los pedazos"—Cristo dió una vez a sus discípulos una lección de economía que merece cuidadosa atención. Realizó un milagro para alimentar a los millares de hambrientos que habían escuchado sus enseñanzas. Sin embargo, después que todos hubieron comido y quedado saciados, no permitió que se perdiesen los pedazos. El que podía, cuando ella lo necesitaba, alimentar a la vasta multitud por su poder divino, invitó a sus discípulos a recoger los pedazos, a fin de que nada se perdiese. Esta lección fué dada tanto para nuestro beneficio como para el de aquellos que vivían en tiempo de Cristo. El Hijo de Dios se preocupaba por las necesidades de la vida temporal. No descuidó los fragmentos rotos sobrantes del festín, aunque podía ofrecer otro igual cuando quisiera.[1]

Las lecciones de Jesucristo deben introducirse en toda fase de la vida práctica. Debe practicarse la economía en todo. Recójanse los pedazos, para que nada se pierda. Existe una religión que no toca el corazón y llega por lo tanto a consistir en formular palabras. No se la introduce en la vida práctica. Deben entremezclarse el deber religioso y la más elevada prudencia humana en las actividades comerciales.[2]

Sigamos a Cristo en la abnegación—A fin de familiarizarse con los chascos, pruebas y tristezas que afectan a los seres humanos, Cristo descendió a las más bajas profundidades de la desgracia y la humillación. Recorrió la senda que él pide a sus seguidores que recorran. Les dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame." Pero los que profesan ser [347] cristianos no están siempre dispuestos a practicar la abnegación que el Salvador requiere. No están dispuestos a limitar sus deseos a fin de tener más recursos que dar al Señor. Uno dice: "Mi familia tiene gustos dispendiosos, y me cuesta mucho sostenerla." Esto demuestra que tanto él como su familia necesitan aprender las lecciones de economía enseñadas por la vida de Cristo. ...

A todos llega la tentación de satisfacer deseos egoístas y exorbitantes, pero recordemos que el Señor de la vida y la gloria vino a este mundo para enseñar a la humanidad la lección de la abnegación.[3]

Los que no viven para sí no dedicarán cada peso a satisfacer sus necesidades imaginarias ni a proveerse de comodidades, sino que recordarán que están sirviendo a Cristo y que otros necesitan también comida y ropa.[4]

Economicemos para ayudar a la causa de Dios—Mucho podría decirse a los jóvenes acerca del privilegio de ayudar a la causa de Dios aprendiendo lecciones de economía y abnegación. Muchos piensan que deben darse este o aquel otro gusto, y para hacerlo se acostumbran a vivir de un modo que consume todas sus entradas. Dios quiere que obremos mejor al respecto.

Pecamos contra nosotros mismos cuando nos quedamos satisfechos con tener lo suficiente para comer, beber y vestirnos. Dios nos presenta algo más elevado que esto. Cuando estemos dispuestos a hacer a un lado nuestros deseos egoístas y dediquemos las facultades del corazón y de la mente a trabajar en la causa de Dios, los agentes celestiales cooperarán con nosotros y nos harán una bendición para la humanidad.

Aunque sea pobre, el joven laborioso y económico puede ahorrar un poco para la causa de Dios.[5]

[348] **Cuando nos tientan los gastos inútiles**—Cuando nos vemos tentados a gastar dinero en baratijas, debemos recordar la abnegación de Cristo y su sacrificio propio para salvar al hombre caído. Debemos enseñar a nuestros hijos a practicar la abnegación y el dominio propio. La razón por la cual tantos pastores se ven frente a momentos difíciles en asuntos financieros estriba en que no limitan sus gustos, apetitos e inclinaciones. El motivo por el cual tantos hombres hacen bancarrota y se apoderan con improbidad de recursos ajenos reside en que procuran satisfacer los gustos dispendiosos de sus esposas e hijos. ¡Con cuánto cuidado debieran los padres y las madres enseñar economía a sus hijos por el precepto y el ejemplo![6]

¡Ojalá pudiera hacer comprender a cada uno cuán grave es el pecado de malgastar el dinero del Señor en necesidades imaginarias! El expendio de sumas que parecen pequeñas puede iniciar una cadena de circunstancias que llegará hasta la eternidad. Cuando sesione el juicio y los libros sean abiertos, se os revelará el lado de las pérdidas:

el bien que podríais haber hecho con las blancas acumuladas y las sumas mayores que gastasteis en fines totalmente egoístas.[7]

Cuidemos los centavos—No gastéis vuestros centavos ni vuestros pesos en comprar cosas innecesarias. Tal vez penséis que estas sumas pequeñas no representan mucho, pero estas muchas pequeñeces resultarán en un ingente total. Si pudiéramos, solicitaríamos los recursos que se gastan en cosas inútiles, en vestidos y satisfacciones egoístas. Por todos lados y en toda forma nos rodea la pobreza, y Dios nos ha impuesto el deber de aliviar de toda manera posible a la humanidad que sufre.

El Señor quiere que sus hijos se preocupen y sean serviciales. Quiere que estudien cómo pueden economizar en todo y no malgastar cosa alguna.[8]

Parece muy pequeña la suma que se gasta diariamente en cosas inútiles pensando: "No son más que unos centavos;" pero multi- [349]
plíquense esas menudas cantidades por los días del año, y con el transcurso del tiempo las cifras parecerán casi increíbles.[9]

No compitamos con los vecinos—No es lo mejor tratar de aparentar que somos ricos o superiores a lo que somos, a saber sencillos discípulos del manso y humilde Salvador. No debe perturbarnos el que nuestros vecinos construyan y amueblen sus casas de una manera que no estamos autorizados a seguir. ¡Cómo debe mirar Jesús la forma en que proveemos egoístamente para satisfacer nuestros apetitos e inclinaciones, o para agradar a nuestros huéspedes! Viene a ser un lazo para nosotros el ceder al deseo de ostentación, o permitir que lo hagan los hijos que están bajo nuestra dirección.[10]

Experiencia personal de la Sra. de White en la niñez—Cuando tenía sólo doce años, ya sabía lo que era economizar. Con mi hermana, aprendí un oficio, y aunque sólo ganábamos veinticinco centavos por día, ahorrábamos un poco de esta suma para darlo a las misiones. Economizamos poco a poco hasta tener treinta dólares. Luego, cuando oímos el mensaje de la pronta venida del Señor, y un pedido de recursos, así como de hombres, fué para mí un privilegio entregar los treinta dólares a mi padre y pedirle que los invirtiera en folletos y otros impresos para comunicar el mensaje a los que estaban en tinieblas. ...

Con el dinero ganado en nuestro oficio, mi hermana y yo nos vestíamos. Entregábamos nuestro dinero a mamá, diciéndole: "Haz la

compra de manera que, después de pagar por nuestra ropa, quede algo para la obra misionera." Y así lo hacía ella, con lo que estimulaba en nosotras el espíritu misionero.[11]

Economicemos por principio—Aquellos cuyas manos están abiertas para responder a los pedidos de recursos con que sostener la
[350] causa de Dios y aliviar a los dolientes y menesterosos no se cuentan entre los que son flojos y morosos en el manejo de sus negocios. Tienen siempre cuidado de que sus salidas queden cubiertas por sus entradas. Son ahorrativos por principio; consideran que es su deber
[351] economizar, a fin de tener algo que dar.[12]

---

[1] Testimonies for the Church 4:572, 573.
[2] Manuscrito 31, 1897.
[3] Carta 4a, 1902.
[4] The Review and Herald, 21 de agosto de 1894.
[5] The Youth's Instructor, 10 de septiembre de 1907.
[6] Carta 11, 1888.
[7] The Review and Herald, 11 de agosto de 1891.
[8] Carta 21, 1898.
[9] Christian Temperance and Bible Hygiene, 63.
[10] Carta 8, 1889.
[11] The Youth's Instructor, 10 de septiembre de 1907.
[12] Testimonies for the Church 4:573.

Capítulo 63—Instrucciones a los niños en cuanto al dinero

Inculquémosles hábitos sencillos—Los padres deben criar a sus hijos en hábitos de dominio propio y abnegación. Deben recordarles constantemente su obligación de obedecer la Palabra de Dios y de vivir con el propósito de servir a Jesús. Han de enseñar a sus hijos que es necesario vivir de acuerdo con hábitos sencillos y evitar gastos elevados en los vestidos, la alimentación, el alojamiento y los muebles.[1]

Cuando los niños son aún muy tiernos, se les debe enseñar a leer, a escribir, a comprender los Números, y a llevar sus propias cuentas. Pueden avanzar paso a paso en este conocimiento. Pero ante todo, debe enseñárseles que el temor de Jehová es el principio de la sabiduría.[2]

Consideren las finanzas de la familia—Las ideas erróneas relativas al uso del dinero exponen a los jóvenes a muchos peligros. No se les debe sostener ni suministrarles dinero como si hubiese una provisión inagotable de la cual pueden sacar para satisfacer cualquier necesidad imaginaria. Se ha de considerar al dinero como un don que Dios nos ha confiado para llevar a cabo su obra, para establecer su reino, y los jóvenes deben aprender a poner freno a sus deseos.[3]

No multipliquéis vuestros deseos, especialmente si las entradas para los gastos del hogar son limitadas. Reducid vuestras necesidades a lo que alcancen los recursos de vuestros padres. El Señor reconocerá y elogiará vuestros esfuerzos abnegados.... Sed fieles en [352]
lo menos, y no correréis peligro de descuidar las responsabilidades mayores.

La Palabra de Dios declara: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel.”[4]

Lecciones respecto al valor del dinero—El dinero que los jóvenes obtengan con muy poco esfuerzo no será apreciado. Algunos tienen que ganarlo trabajando arduamente y con privaciones. Pero ¡cuánto más seguros están los jóvenes que saben exactamente de

dónde proviene el dinero que gastan, que saben lo que cuestan sus ropas y sus alimentos, así como lo que se requiere para comprar una casa!

Hay muchas maneras por las cuales los niños pueden ganar dinero y desempeñar su parte en cuanto a llevar ofrendas a Jesús, quien dió su vida por ellos.... Debe enseñárseles que el dinero que ganan no les pertenece para gastarlo según su criterio inexperto, sino que han de usarlo juiciosamente y dar con fines misioneros. No han de contentarse con recibir dinero de su padre o de su madre y ponerlo en la tesorería como ofrenda, cuando no es suyo. Deben preguntarse: "¿Daré lo que nada me cuesta?"[5]

Es posible ayudar en forma imprudente a nuestros hijos. Los que trabajan para sostenerse en el colegio aprecian sus ventajas mejor que quienes las obtienen gracias al esfuerzo de otros, porque saben lo que cuestan. No debemos sostener a nuestros hijos hasta que lleguen a ser cargas incapacitadas.[6]

Los padres se equivocan acerca de su deber si a un joven dotado de fuerza física le entregan, antes que haya tenido experiencia en el trabajo pesado útil, el dinero necesario para ingresar en un curso de estudios con el fin de llegar a ser pastor o médico.[7]

Aliénteseles a ganar dinero—Más de un niño que vive fuera de la ciudad puede disponer de un terrenito que le permita aprender a cultivar una huerta. Se le puede enseñar a hacerlo para conseguir
[353] dinero que dar a la causa de Dios. Tanto las niñas como los niños pueden participar en este trabajo, el cual les enseñará el valor del dinero y a economizarlo, con tal que se los instruya correctamente. Además de obtener dinero con fines misioneros, los niños pueden ayudar a comprar la ropa que necesitan, y se les debe alentar a que lo hagan.[8]

Refrénense los gastos imprudentes—¡Oh, cuánto dinero malgastamos en cosas inútiles para la casa, en vestidos cargados de adornos, en caramelos y otras cosas que no necesitamos! Padres, enseñad a vuestros hijos que es malo emplear el dinero de Dios para la satisfacción propia.... Alentadlos a ahorrar sus centavos siempre que puedan, para dedicarlos a la obra misionera. Al practicar la abnegación adquirirán una rica experiencia y estas lecciones evitarán muchas veces que contraigan hábitos de intemperancia.[9]

Los niños pueden aprender a manifestar su amor por Cristo negándose bagatelas inútiles, en cuya compra se les va mucho dinero. En toda familia debe obrarse en consecuencia. Ello requiere tacto y método, pero resultará en la mejor educación que los niños puedan recibir. Si todos los niñitos presentasen sus ofrendas al Señor, sus donativos serían como los arroyuelos que, al fluir unidos, forman un río.[10]

Téngase una pequeña alcancía sobre la chimenea o en algún lugar seguro donde se la pueda ver, para que los niños coloquen en ella sus ofrendas para el Señor.... Así se los puede educar para Dios.[11]

Enséñeseles a pagar diezmos y ofrendas—No sólo pide el Señor el diezmo como suyo, sino que nos indica cómo debemos reservarlo para él. Dice: "Honra a Jehová de tu sustancia, y de las primicias de todos tus frutos." Esto no enseña que hayamos de gastar nuestros recursos para nosotros mismos y llevar el resto al Señor, aun cuando fuese por lo demás un diezmo honrado. Apártese en primer lugar la porción de Dios. Las instrucciones dadas por el Espíritu Santo mediante el apóstol Pablo acerca de los donativos exponen un [354]
principio que se aplica también al diezmo: "Cada primer día de la semana cada uno de vosotros aparte en su casa, guardando lo que por la bondad de Dios pudiere." Esta recomendación abarca a padres e hijos.[12]

Un error de muchos padres ricos—A menudo las circunstancias en las cuales se vea colocado un niño ejercerán en él una influencia más eficaz que el ejemplo de los padres. Ciertos padres ricos esperan que sus hijos serán lo que ellos mismos fueron en su juventud, y si esto no sucede culpan de ello a la depravación de la época. Pero no tienen derecho a esperar esto de sus hijos a menos que los hayan puesto en circunstancias similares a aquellas en las cuales ellos mismos vivieron. Las circunstancias en que vivió el padre hicieron de él lo que es. En su juventud la pobreza le apremió y tuvo que trabajar con diligencia y perseverancia. Su carácter se modeló en la severa escuela de la pobreza. Se vió obligado a ser modesto en sus deseos, activo en su trabajo, sencillo en sus gustos. Tuvo que hacer trabajar sus facultades para obtener alimento y ropa. Le tocó practicar la economía.

Los padres trabajan para colocar a sus hijos en situación desahogada, antes que en la misma en que ellos comenzaron. Este es un error común. Si los niños tuviesen que aprender hoy en la misma escuela en que aprendieron sus padres, llegarían a ser tan útiles como ellos. Los padres han alterado las circunstancias de sus hijos. La pobreza fué maestra del padre; al hijo le rodea la abundancia de recursos. Todas sus necesidades están suplidas. El carácter del padre fué modelado bajo la severa disciplina de la frugalidad; él apreciaba todo beneficio trivial. Los hábitos y el carácter de su hijo serán formados, no por las circunstancias que existían antes, sino por la situación actual, de comodidad e indulgencia.... Cuando abundan
[355] los lujos por todos lados ¿cómo es posible negárselos?[13]

El mejor legado de los padres—El mejor legado que los padres pueden dejar a sus hijos es un conocimiento del trabajo útil y el ejemplo de una vida caracterizada por la benevolencia desinteresada. Por una vida tal demuestran el verdadero valor del dinero, que debe ser apreciado únicamente por el bien que realizará al aliviar las
[356] necesidades propias y ajenas y al adelantar la causa de Dios.[14]

---

[1] The Review and Herald, 13 de noviembre de 1894.
[2] Consejos para los Maestros, 129.
[3] Joyas de los Testimonios 2:473.
[4] Manuscrito 2, 1903.
[5] Carta 11, 1888.
[6] Carta 50, 1895.
[7] Carta 103, 1900.
[8] Carta 356, 1907.
[9] The Youth's Instructor, 10 de noviembre de 1904.
[10] The Review and Herald, 25 de diciembre de 1900.
[11] Manuscrito 128, 1901.
[12] The Review and Herald, 10 de noviembre de 1896.
[13] Manuscrito 58, 1899.
[14] Joyas de los Testimonios 1:380.

Capítulo 64—La integridad comercial

La Biblia es fuente de principios—No hay ramo de negocios lícitos para el cual no provea la Biblia una preparación esencial. Sus principios de diligencia, honradez, economía, temperancia y pureza son el secreto del verdadero éxito. Estos principios, según los presenta el libro de Proverbios, constituyen un tesoro de sabiduría práctica. ¿Dónde pueden hallar el comerciante, el artesano, el director de hombres en cualquier ramo comercial, mejores máximas para sí y sus empleados que las que se encuentran en las palabras del sabio?

"¿Ves a un hombre diligente en sus negocios? se presentará delante de los reyes; no estará en presencia de hombres de baja esfera."

"En todo trabajo hay provecho; mas la parlería de los labios conduce solamente a la indigencia."

"El alma del perezoso desea, y nada tiene." "El beodo y el comilón empobrecerán, y la somnolencia vestirá al hombre de andrajos."...

Más de un hombre hubiera escapado al fracaso y a la ruina financiera, si hubiese tenido en cuenta las repetidas advertencias que se recalcan en las Escrituras:

"El que se apresura a enriquecerse no será inocente."

"Las riquezas adquiridas sin esfuerzo se menoscaban; pero el que recoge con mano laboriosa, las aumenta."

"Allegar tesoros con lengua mentirosa, es como el fugaz aliento de los que buscan la muerte."

"El que toma prestado es siervo de aquel que presta." [357]

"Llevará el daño aquel que sale por fiador de un extraño; mas el que odia las fianzas anda seguro."[1]

El octavo mandamiento condena ... el hurto y el robo. Exige estricta integridad en los más mínimos pormenores de los asuntos de la vida. Prohibe la excesiva ganancia en el comercio, y requiere el pago de las deudas y de salarios justos.[2]

La falta de honradez degrada—Pierde su respeto propio [el que dice mentira o práctica el engaño]. Tal vez no sea consciente de que Dios le ve y conoce cada una de sus transacciones comerciales, que los santos ángeles pesan sus motivos y escuchan sus palabras, y que será recompensado según sus obras; pero aun cuando pudiera ocultar de la inspección humana y divina su mal proceder, el hecho de que él mismo lo conoce degrada su mente y carácter. Un acto no determina el carácter, pero quebranta la valla, y es más fácil admitir la siguiente tentación, hasta que finalmente se ha contraído un hábito de prevaricación e improbidad en los negocios, y no se puede tener confianza en el hombre.[3]

Si al tratar con nuestros semejantes cometemos pequeñas faltas de honradez o fraudes más audaces, así trataremos también con Dios. Los hombres que persisten en una conducta ímproba seguirán sus principios hasta defraudar a sus propias almas y perder el cielo y la vida eterna. Sacrificarán el honor y la religión por una mezquina ventaja mundanal.[4]

Rehúyanse las deudas—Muchas familias son pobres porque gastan su dinero tan pronto como lo reciben.[5]

Vd. debe reconocer que uno no debe manejar sus asuntos de una manera que le hará contraer deudas.... Cuando uno se queda endeudado, está en una de las redes que Satanás tiende a las almas....

Constituye una trampa el retirar dinero antes de haberlo ganado, y gastarlo, cualquiera que sea el fin que se tenga al hacerlo.[6]

[358] **A quien gastaba más de lo que ganaba**—Vd. no debiera dejarse arrastrar a enredos financieros, porque el hecho de estar endeudado debilita su fe y tiende a desanimarle. Aun el pensar en ello casi le enajena. Necesita reducir sus gastos y luchar para suplir esta deficiencia de su carácter. Puede y debe hacer esfuerzos resueltos para dominar su disposición a gastar más de lo que son sus entradas.[7]

Oprobio para la causa de Dios—El mundo tiene derecho a esperar estricta integridad de aquellos que profesan ser cristianos de acuerdo con la Biblia. Por la indiferencia de un hombre en cuanto a pagar sus justas deudas, todos nuestros hermanos están en peligro de ser considerados como deshonestos.[8]

Los que aseveran tener la menor medida de piedad deben adornar la doctrina que profesan, y no dar ocasión a que la verdad sea

vilipendiada por causa de su conducta inconsiderada. "No debáis a nadie nada," dice el apóstol.[9]

Consejos a un deudor—Resuelva que nunca se volverá a endeudar. Niéguese mil cosas antes que endeudarse. El contraer deudas ha sido la maldición de su vida. Evítelo como evitaría la viruela. Haga un solemne pacto con Dios, de que por su bendición pagará sus deudas y no volverá a deber cosa alguna a nadie aun cuando haya de sustentarse con gachas de maíz y pan. Al ordenar la comida, es muy fácil gastar algunas monedas en algo adicional. Cuídense los centavos, y se ahorrarán pesos. Niéguese algo, por lo menos mientras le acosan las deudas.... No vacile, no se desanime ni retroceda. Sacrifique sus gustos, rehuse satisfacer sus apetitos, ahorre sus centavos y pague sus deudas. Liquídelas cuanto antes. Cuando pueda erguirse nuevamente como hombre libre, que no deba a nadie nada, habrá obtenido una gran victoria.[10]

Consideración hacia los deudores desafortunados—Si algunos están endeudados y no pueden realmente cumplir sus obligaciones, no se los debe apremiar a hacer lo que les resulta imposible. Se les debe dar una oportunidad de liquidar sus deudas, y no colocarlos en una situación que los incapacite por completo para salir de deudas. Aun cuando una conducta tal pudiera considerarse justa, no representa la misericordia ni el amor de Dios.[11] [359]

Hay peligro en los extremos—Algunos no son discretos e incurren en deudas que podrían evitarse. Otros manifiestan una cautela que raya en incredulidad. Aprovechando las circunstancias podemos a veces invertir recursos tan ventajosamente que la obra de Dios será fortalecida y edificada, y esto no obstante habernos mantenido estrictamente fieles a los buenos principios.[12] [360]

[1] La Educación, 131, 132.
[2] Historia de los Patriarcas y Profetas, 317.
[3] Testimonies for the Church 5:396.
[4] The Review and Herald, 18 de septiembre de 1888.
[5] Counsels on Stewardship, 269.
[6] Carta 63, 1897.
[7] Carta 48, 1888.
[8] Joyas de los Testimonios 2:46, 47.
[9] Joyas de los Testimonios 2:49.
[10] Counsels on Stewardship, 257.
[11] Manuscrito 46, 1900.

[12]Manuscrito 20, 1891.

Capítulo 65—Economía y previsión

La adquisición de morada y el ahorro—El Hno. y la Hna. B. no han aprendido la lección de la economía.... Lo gastaban todo a medida que avanzaban, por mucho que fuera. Gozaban de la vida mientras procedían adelante, luego cuando les alcanzaba la aflicción, no tenían preparación alguna.... Si los Hnos. B. hubiesen manejado sus asuntos con economía y abnegación, ya habrían obtenido una casa propia y tendrían, además, recursos con que hacer frente a la adversidad. Pero no quieren ahorrar como lo han hecho otros, de quienes ellos han dependido a veces. Si no aprenden estas lecciones, su carácter no será hallado perfecto en el día de Dios.[1]

Consejos útiles—Vd. se ha dedicado a un negocio que en ocasiones le rendía grandes ganancias de una vez. Después de haber obtenido recursos, Vd. no aprendió a economizar para el tiempo en que no fuese tan fácil ganar dinero, sino que gastó mucho en necesidades imaginarias. Si Vd. y su esposa hubiesen comprendido que Dios les imponía el deber de sacrificar sus gustos y deseos a fin de proveer para lo futuro en vez de vivir meramente para lo presente, podría tener ahora lo suficiente y su familia podría gozar de las comodidades de la vida. Vd. tiene que aprender una lección.... Es la de sacar el mejor provecho posible de lo poco.[2]

Debieran ahorrar sistemáticamente—Si Vd. hubiese economizado debidamente podría disponer hoy de un capital para los casos de emergencia y para ayudar a la causa de Dios. Cada semana debiera poner en reserva una porción de su sueldo, y no tocarla a menos [361] que fuera para hacer frente a una necesidad real o para devolverla al Dador en ofrenda a Dios...

Los recursos que ganó no se han gastado sabia y económicamente, de modo que quedara un sobrante para un caso de enfermedad y su familia se viese privada de los recursos que Vd. gana para sostenerla. Ella debiera tener algo con que contar si Vd. se viese en situación difícil.[3]

Acerca de una cuenta de ahorros—Cada semana Vd. debiera colocar en lugar seguro cinco o diez dólares que no se habrían de usar sino en caso de enfermedad. Obrando con economía puede invertir algo que le reporte interés. Mediante una administración sabia puede ahorrar algo después de pagar sus deudas.[4]

He conocido una familia que recibía veinte dólares por semana y los gastaba hasta el último centavo; mientras que otra, con el mismo número de miembros, que recibía tan sólo doce dólares por semana, ahorraba uno o dos dólares semanalmente, aunque tuviera que privarse de comprar cosas que parecían necesarias pero no indispensables.[5]

La propiedad asegurada por un testamento—Los que son fieles mayordomos de los recursos del Señor, conocerán exactamente la situación de sus negocios, y como hombres prudentes estarán preparados para cualquier emergencia. Si hubiese de terminar repentinamente su tiempo de gracia, no dejarían en una perplejidad tan grande a aquellos que se viesen en la necesidad de ordenar sus bienes.

Muchos no se preocupan de hacer su testamento mientras gozan aparentemente de salud. Pero nuestros hermanos debieran tomar esa precaución; debieran conocer su situación financiera y no dejar que sus negocios se enreden. Deben ordenar su propiedad de manera que puedan dejarla en cualquier momento.

Los testamentos deben hacerse de una manera que resista la
[362] prueba de la ley. Después de haber sido formulados, pueden permanecer durante años, y no causar ningún perjuicio, aunque se continúe haciendo donativos de vez en cuando, según la causa los necesite. La muerte no llegará un día más temprano, hermanos, porque hayáis hecho vuestro testamento. Al legar vuestra propiedad por testamento a vuestros parientes, cuidad de no olvidar la causa de Dios. Sois sus agentes, conservadores de su propiedad; y debéis considerar primero sus requerimientos. Vuestra esposa y vuestros hijos no han de ser dejados en la indigencia; debéis proveer para ellos, si lo necesitan. Pero no introduzcáis en vuestro testamento, simplemente porque es costumbre hacerlo, una larga lista de parientes que no sufren necesidad.[6]

Recuerde la causa de Dios a tiempo—Nadie piense que cumplirá con el sentir de Cristo si retiene avariciosamente su propiedad

durante su vida y luego al morir lega una porción de ella a alguna causa benevolente.[7]

Algunos retienen egoístamente sus recursos durante su vida, confiados en que repararán su negligencia recordando la causa en su testamento. Pero ni la mitad de los recursos así legados llega jamás a beneficiar el objeto especificado. Hermanos y hermanas, invertid en el banco del cielo vosotros mismos, y no dejéis a otros vuestra mayordomía.[8]

La transferencia de bienes a los hijos—Los padres debieran experimentar gran temor al confiar a sus hijos los talentos de recursos que Dios puso en sus manos, a menos que tengan la máxima seguridad de que sus hijos tienen mayor amor e interés por la causa de Dios de los que ellos mismos manifiestan, y de que esos hijos serán más fervientes y celosos que ellos para hacer progresar la obra de Dios y tendrán mejor voluntad para llevar adelante las diversas empresas relacionadas con ella que requieren recursos. Son muchos empero los que ponen sus medios en las manos de sus hijos y les imponen así la responsabilidad de su mayordomía porque Satanás los impulsa a ello. Al hacerlo ponen efectivamente aquellos recursos [363] en las filas del enemigo. Satanás ordena el asunto de acuerdo con sus propios fines y priva a la causa de Dios de los recursos que ella necesita para estar abundantemente sostenida.[9]

La maldición de la riqueza acumulada—Los que adquieren riquezas con el propósito de guardarlas dejan a sus hijos la maldición de ellas. Hacer esto es un pecado, un terrible pecado que pone en peligro el alma de padres y madres, y se extiende a su posteridad. Con frecuencia los hijos gastan sus medios con insensata prodigalidad, en una vida desenfrenada, al punto de trocarse en mendigos. No conocen el valor de la herencia que derrocharon. Si sus padres y madres les hubiesen dado un buen ejemplo, al distribuir sus riquezas en vez de acumularlas, se habrían asegurado tesoros en los cielos y aun en este mundo habrían recibido en recompensa paz y felicidad y en la vida futura riquezas eternas.[10] [364]

[1] Testimonies for the Church 3:30, 31.
[2] Testimonies for the Church 2:432, 433.
[3] Carta 5, 1877.
[4] Carta no copiada 49, 1884.
[5] Carta 156, 1901.

[6]Joyas de los Testimonios 1:561, 562.
[7]The Review and Herald, 27 de febrero de 1894.
[8]The Review and Herald, 12 de octubre de 1886.
[9]Testimonies for the Church 2:655.
[10]Carta 20, 1897.

Sección 14—Vías de acceso al alma

Capítulo 66—Los portales del alma

¿Por qué nos dió ojos, oídos y boca?—Dios dió a los hombres ojos para que contemplasen las maravillas de su ley. Les dió oídos para que escuchasen la predicación de su mensaje. Dió a los hombres el talento del habla para que presentasen a Cristo como el Salvador que perdona los pecados. Con el corazón el hombre cree para obtener justicia, y con la boca formula su confesión para ser salvado.[1]

Cómo obtiene Satanás acceso al alma—Todos deben custodiar los sentidos, no sea que Satanás obtenga la victoria sobre ellos; porque son las vías de acceso al alma.[2]

Tendrá que ser Vd. fiel centinela que vele sobre sus ojos, oídos y otros sentidos si quiere gobernar su mente y evitar que manchen su alma pensamientos vanos y corruptos. Sólo el poder de la gracia puede realizar esta obra tan deseable.[3]

Satanás y sus ángeles están atareados creando una condición de parálisis de los sentidos, para que las recomendaciones, amonestaciones y reproches no sean oídos; y para que, si llegan a oírse, no produzcan efecto en el corazón ni reformen la vida.[4]

Hermanos míos, Dios os llama, como seguidores suyos, a andar en la luz. Tenéis que alarmaros. El pecado está entre nosotros, y no se reconoce su carácter excesivamente pecaminoso. Los sentidos de
[365] muchos están embotados por la complacencia del apetito y por la familiaridad con el pecado. Necesitamos acercarnos más al Cielo.[5]

Satanás procura confundir los sentidos—La obra de Satanás consiste en inducir a los hombres a no tener en cuenta a Dios, a absorber de tal manera su atención que no pensarán en su Hacedor. La educación que recibieron fué de un carácter tal que contribuyó a confundir la mente y eclipsar la luz verdadera. Satanás no quiere que la gente conozca a Dios; y si puede poner en ejecución juegos y representaciones teatrales que confundan los sentidos de los jóvenes para que perezcan seres humanos en las tinieblas mientras que en derredor suyo brilla la luz, queda bien complacido.[6]

No puede entrar sin nuestro consentimiento—Quisiéramos presentar a nuestro pueblo el hecho de que Dios proveyó para que no seamos tentados más allá de lo que podemos soportar, y que para toda tentación preparará una salida. Si vivimos totalmente para Dios, no permitiremos que nuestra mente se entregue a imaginaciones egoístas.

Si de alguna manera Satanás puede obtener acceso a la mente, sembrará su cizaña y la hará crecer al punto de producir una cosecha abundante. En ningún caso puede Satanás dominar los pensamientos, palabras y actos, a menos que voluntariamente le abramos la puerta y le invitemos a pasar. Entrará entonces y, arrebatando la buena semilla del corazón, anulará el efecto de la verdad.[7]

Impidámosle todo acceso—Todos los que llevan el nombre de Cristo necesitan velar, orar y guardar las avenidas del alma; porque Satanás está obrando para corromper y destruir, si se le concede la menor ventaja.[8]

Es peligroso detenerse para contemplar las ventajas de ceder a las sugestiones de Satanás. El pecado significa deshonra y ruina para toda alma que se entrega a él; pero es de-naturaleza tal que ciega y engaña; y nos tentará con presentaciones lisonjeras. Si nos aventuramos en el terreno de Satanás, no hay seguridad de que [366] seremos protegidos contra su poder. En cuanto sea posible, debemos cerrar todas las puertas por las cuales el tentador podría llegar hasta nosotros.[9]

¿Quién puede saber, en el momento de la tentación, cuáles serán las terribles consecuencias que resultarán de un paso erróneo y apresurado? Nuestra única seguridad consiste en que la gracia de Dios nos escude en todo momento y en no apagar nuestra percepción espiritual al punto de llamar bien al mal, y mal al bien. Sin vacilación ni discusión debemos cerrar y guardar del mal las vías de acceso al alma.[10]

Todo cristiano debe estar constantemente en guardia y velar sobre toda avenida del alma por la cual Satanás pudiera hallar acceso. Debe orar por el auxilio divino y al mismo tiempo resistir resueltamente toda inclinación a pecar. Con valor, fe y esfuerzo perseverante, puede vencer. Recuerde, sin embargo, que a fin de que obtenga la victoria Cristo debe morar en él y él en Cristo.[11]

No leer, ver ni oír lo malo—El apóstol [Pedro] procuró enseñar a los creyentes cuán importante es impedir a la mente divagar en asuntos prohibidos o gastar energías en cosas triviales. Los que no quieren ser víctimas de las trampas de Satanás deben guardar bien las avenidas del alma; deben evitar el leer, mirar u oír lo que puede sugerir pensamientos impuros. No debe permitirse que la mente se espacie al azar en cualquier tema que sugiera el enemigo de nuestras almas. El corazón debe ser fielmente vigilado, o males de afuera despertarán males de adentro, y el alma vagará en tinieblas.[12]

Debemos hacer todo lo que podamos para colocarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos donde no veremos la iniquidad que se práctica en el mundo. Debemos guardar cuidadosamente la visión de nuestros ojos y la percepción de nuestros oídos para que esas cosas espantosas no penetren en nuestra mente. Cuando el diario
[367] entra en la casa, siento el deseo de esconderlo, para que no se vean las cosas ridículas y sensacionales que trae impresas. Parecería que el enemigo inspirase la publicación de muchas cosas que aparecen en los diarios. Se revela y ostenta ante el mundo todo lo pecaminoso que se pueda descubrir.[13]

A fin de ser sabios, los que quieran tener la sabiduría de Dios deben llegar a parecer insensatos con respecto al conocimiento pecaminoso de esta época. Deben cerrar los ojos para no ver ni aprender el mal. Deben taparse los oídos, para no percibir lo malo ni obtener un conocimiento que mancillaría la pureza de sus pensamientos y actos. Y deben guardar su lengua para no expresar comunicaciones corruptas y para que no se halle engaño en su boca.[14]

Abrir la puerta es debilitar la resistencia—No procure saber cuán cerca del precipicio puede andar sin caer en él. Evite la primera aproximación al peligro. No se puede jugar con los intereses del alma. Su capital es su carácter. Aprécielo como si fuese un áureo tesoro. La pureza moral, el respeto propio, un gran poder de resistencia, son cosas que deben retenerse firme y constantemente. No debe haber una sola desviación de la reserva, pues un solo acto de familiaridad, una sola indiscreción, puede exponer el alma a la perdición al abrir la puerta a la tentación y debilitar el poder de resistencia.[15]

Satanás quisiera eclipsarlas—Satanás ha obrado de continuo para eclipsar las glorias del mundo futuro y para desviar toda la atención hacia las cosas de esta vida. Ha procurado arreglarlo todo

para que nuestros pensamientos, ansiedades y labores se dediquen tan completamente a las cosas temporales que no podamos ver ni comprender el valor de las realidades eternas. El mundo y sus cuidados ocupan demasiado lugar en nuestros pensamientos y afectos mientras que Jesús y las cosas celestiales lo tienen por demás pequeño. Debemos desempeñar concienzudamente todas las obligaciones de la vida diaria, pero es también esencial que cultivemos sobre todo un santo afecto por nuestro Señor Jesucristo.[16] [368]

Los ángeles celestiales nos ayudarán—Siempre debiéramos recordar que agentes invisibles, malos y buenos, obran para apoderarse del control de la mente. Actúan con poder invisible pero efectivo. Los ángeles buenos son espíritus ministradores que ejercen una influencia celestial sobre el corazón y la mente, mientras que el gran adversario de las almas, el diablo, y sus ángeles se esfuerzan de continuo para lograr nuestra destrucción....

Aunque debemos percibir agudamente cuán expuestos estamos a los asaltos de los enemigos invisibles, hemos de atesorar la seguridad de que no pueden dañarnos sin obtener nuestro consentimiento.[17] [369]

---

[1] Carta 21, 1899.
[2] Testimonies for the Church 3:507.
[3] Testimonies for the Church 2:561.
[4] Joyas de los Testimonios 2:195.
[5] Joyas de los Testimonios 1:404.
[6] The Review and Herald, 13 de marzo de 1900.
[7] The Review and Herald, 11 de julio de 1893.
[8] Joyas de los Testimonios 1:403, 404.
[9] El Discurso Maestro de Jesucristo, 96.
[10] Testimonies for the Church 3:324.
[11] Testimonies for the Church 5:47.
[12] Los Hechos de los Apóstoles, 413.
[13] Notebook Leaflets, Education, No 1.
[14] A Solemn Appeal, 76.
[15] Medical Ministry, 143.
[16] The Review and Herald, 7 de enero de 1890.
[17] The Review and Herald, 19 de julio de 1887.

Capítulo 67—Escenas y sonidos seductores

Nos rodean escenas y sonidos impíos—Tenéis motivos por experimentar profunda solicitud por vuestros hijos, quienes han de hacer frente a tentaciones a cada paso que den hacia adelante. Les resulta imposible evitar el trato con malas compañías.... Ven espectáculos, oyen sonidos y están sujetos a influencias que tienden a desmoralizarlos y que, a menos que estén cabalmente guardados, lograrán imperceptible pero seguramente corromperles el corazón y deformar su carácter.[1]

Todos necesitan protección contra la tentación—En los hogares cristianos debe levantarse un baluarte contra la tentación. Satanás se vale de todos los medios para popularizar los delitos y vicios degradantes. No podemos andar en las calles de nuestras ciudades sin notar vistosos cartelones en los cuales descuellan los detalles de crímenes descritos en alguna novela o representados en algún teatro. Las mentes se familiarizan con el pecado. Los periódicos del día recuerdan constantemente al pueblo la conducta que siguen los viles y bajos, y en narraciones excitantes se le presenta todo lo que puede despertar las pasiones.[2]

Algunos padres y madres son tan indiferentes y descuidados que consideran como cosa sin importancia el que sus hijos asistan a una escuela de la iglesia o a una escuela pública. Dicen: “Estamos en el mundo, y no podemos salir de él.” Sin embargo, padres, podemos salir bastante del mundo si queremos. Podemos evitar que nuestros ojos vean muchos de los males que tan rápidamente se multiplican
[370] en estos postreros días, y que nuestros oídos oigan tanto de lo impío y criminal que se propala.[3]

Siembra inicua, mies de crímenes—Muchas de las publicaciones populares del día están plagadas de episodios sensacionales y educan a la juventud en la perversidad, y la llevan por la senda de la perdición. Niños de tierna edad son viejos ya en el conocimiento del crimen. Los incitan al mal las narraciones que leen. Realizan en

la imaginación las hazañas descritas en su lectura, hasta que llega a despertarse en ellos el ardiente deseo de delinquir y evitar el castigo.

Para la inteligencia activa de niños y jóvenes, las escenas descritas en fantásticas revelaciones del porvenir son realidades. Al predecirse revoluciones y describirse toda clase de procedimientos encaminados a acabar con las vallas de la ley y del dominio de sí mismo, muchos concluyen por adoptar el espíritu de estas representaciones. Son inducidos a cometer crímenes aun peores, si ello es posible, que los narrados tan vívidamente por los escritores. Con tales influencias la sociedad está en vías de desmoralizarse. Las semillas de la licencia son sembradas a manos llenas. Nadie debe sorprenderse de que de ello resulte tan abundante cosecha de crímenes.[4]

La seducción de la música popular—Me siento alarmada al notar por doquiera la frivolidad de hombres y mujeres jóvenes que profesan creer la verdad. No parecen pensar en Dios. Su mente rebosa de insensatez, y su conversación, de asuntos vacíos y vanos. Su oído tiene agudeza para percibir la música, y Satanás sabe qué órganos puede excitar para animar, embargar y hechizar la mente de modo que no desee a Cristo. El alma no siente anhelos espirituales por conocimiento divino y crecimiento en la gracia.

Se me mostró que los jóvenes deben elevarse y hacer de la Palabra de Dios su consejera y guía. Les incumben responsabilidades solemnes que ellos consideran livianamente. La introducción de la música en sus hogares, en vez de incitarlos a la santidad y la [371]
espiritualidad, ha contribuído a distraer de la verdad sus espíritus. Los cantos frívolos y la música popular parecen cuadrar con su gusto. Se ha dedicado a los instrumentos de música el tiempo que debiera haberse dedicado a la oración. Cuando no se abusa de la música, ésta es una gran bendición; pero mal empleada, es una terrible maldición. Excita, pero no comunica la fuerza y el valor que el cristiano puede hallar tan sólo ante el trono de la gracia cuando humildemente da a conocer sus necesidades, y con fuertes clamores y lágrimas ruega al Cielo que le fortalezca contra las poderosas tentaciones del maligno. Satanás está llevando a los jóvenes cautivos. ¡Oh! ¿qué puedo decir para inducirlos a quebrantar el poder de él para infatuarlos? Es un hábil encantador para seducirlos y llevarlos a la perdición.[5]

Los pensamientos impuros llevan a actos impuros—Esta es una época en que la corrupción abunda por doquiera. La concupiscencia de los ojos y las pasiones corruptas se despiertan por la contemplación y la lectura. El corazón se corrompe por la imaginación. La mente se complace en la contemplación de escenas que despiertan las pasiones más bajas. Estos cuadros viles, mirados con una imaginación contaminada, corrompen la moralidad y preparan a seres humanos engañados e infatuados para que den rienda suelta a las pasiones concupiscentes. Luego siguen pecados y crímenes que arrastran a seres creados a la imagen de Dios al nivel de las bestias y los hunden al fin en la perdición.[6]

No miraré lo malo—Los padres deben velar incesantemente a fin de que sus hijos no se pierdan para Dios. Los votos de David, registrados en el Salmos 101, deben ser los votos de todos los que tienen la responsabilidad de custodiar las influencias del hogar. El salmista declara: "No pondré delante de mis ojos cosa injusta: Aborrezco la obra de los que se desvían: ninguno de ellos se allegará a mí. Corazón perverso se apartará de mí; no conoceré al malvado.
[372] Al que solapadamente infama a su prójimo, yo le cortaré; no sufriré al de ojos altaneros, y de corazón vanidoso. Mis ojos pondré en los fieles de la tierra, para que estén conmigo; el que anduviere en el camino de la perfección, éste me servirá. No habitará dentro de mi casa el que hace fraude: el que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos."[7]

Decid con firmeza: "No quiero perder un tiempo precioso leyendo lo que no me reportará ningún provecho y que sólo puede impedirme ser útil a los demás. Quiero consagrar mi tiempo y mis pensamientos a hacerme capaz de servir a Dios. Quiero apartar los ojos de las cosas frívolas y culpables. Mis oídos pertenecen al Señor, y no quiero escuchar los raciocinios sutiles del enemigo. Mi voz no quedará, en ninguna manera, a la disposición de una voluntad que no esté bajo la influencia del Espíritu de Dios. Mi cuerpo es templo del Espíritu Santo y emplearé todas las facultades de mi ser para
[373] perseguir un noble fin.[8]

[1]Pacific Health Journal, junio de 1890.
[2]Bible Echo, 15 de octubre, 1894.
[3]Notebook Leaflets, Education, No 1.
[4]El Ministerio de Curación, 351.
[5]Testimonies for the Church 1:496, 497.
[6]Testimonies for the Church 2:410.
[7]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 92.
[8]Joyas de los Testimonios 3:104.

Capítulo 68—La lectura y su influencia

Désele sustento mental apropiado—La mente susceptible del niño anhela conocimiento en el período de desarrollo. Los padres debieran mantenerse bien informados, a fin de poder darle el alimento apropiado. Como el cuerpo, la mente obtiene su fuerza del alimento que recibe. Se amplía y eleva por pensamientos puros y vigorizadores, pero se estrecha y degrada por pensamientos terrenales.

Padres, vosotros sois los que decidís si la mente de vuestros hijos se ha de llenar de pensamientos ennoblecedores, o de sentimientos viciosos. No podéis mantener sin ocupación sus mentes activas, ni ahuyentar el mal con el ceño. Únicamente inculcando los debidos principios podéis destruir los malos pensamientos. El enemigo sembrará cizaña en los corazones de los hijos a menos que los padres siembren en ellos las semillas de la verdad. Las instrucciones buenas y sanas son el único preventivo contra las compañías malas que corrompen los buenos modales. La verdad protegerá al alma de las tentaciones sin fin que habrá de arrostrar.[1]

Vigilen los padres sus lecturas—Muchos jóvenes anhelan tener libros. Leen cualquier cosa que pueden obtener. Apelo a los padres de los tales niños para que controlen su deseo de lectura. No permitan que sobre sus mesas haya revistas y diarios que contengan historias de amor. Deben reemplazarlas con libros que ayuden a los jóvenes a incluir en el edificio de su carácter el mejor material: el amor y el temor de Dios, el conocimiento de Cristo. Estimulad a vuestros
[374] hijos a almacenar valiosos conocimientos en la mente, a que lo bueno ocupe su alma, controle sus facultades, no dejando lugar para pensamientos bajos y degradantes. Reprimid el deseo de leer cosas que no proporcionan buen alimento a la mente.[2]

Los padres deben esforzarse por mantener fuera del hogar toda influencia que no redunde para bien. En este asunto, algunos padres tienen mucho que aprender. A los que se sienten libres para leer revistas de cuentos y novelas quisiera decirles: Estáis sembrando una semilla cuya cosecha no os interesará recoger. De esa lectura

no se puede obtener fuerza espiritual. Más bien destruye el amor hacia la verdad pura de la Palabra. Por el intermedio de las novelas y revistas de cuentos, Satanás está obrando para llenar con pensamientos irreales y triviales, las mentes que debieran estar estudiando diligentemente la Palabra de Dios. Así está robando a miles y miles el tiempo, la energía y la disciplina propia que exigen los severos problemas de la vida.[3]

Los niños necesitan lectura apropiada que los divierta y recree, sin desmoralizar la mente ni cansar el cuerpo. Si se les enseña a aficionarse a lo romántico y a los cuentos que aparecen en los periódicos, los libros y revistas instructivos les desagradarán. La mayoría de los niños y los jóvenes quieren tener cosas que leer; y si otros no las seleccionan para ellos, se encargarán de hacerlo. En cualquier parte pueden hallar lecturas que pueden arruinarlos, y pronto se aficionan a ellas; pero si se les proporcionan lecturas buenas y puras, cultivarán el gusto por ellas.[4]

Disciplinen y eduquen los gustos—Los gustos mentales deben ser disciplinados y educados con el mayor cuidado. Los padres deben empezar temprano a abrir las Escrituras a las mentes en desarrollo de sus hijos, a fin de que puedan adquirir los debidos hábitos.

No deben escatimarse esfuerzos para establecer correctos hábitos de estudio. Si la mente vaga, hacedla volver. Si los gustos [375]
intelectuales y morales han sido pervertidos por historias ficticias y exageradas, de manera que no haya inclinación a aplicar la mente, hay que pelear una batalla para vencer este hábito. El amor por las lecturas ficticias debe vencerse en seguida. Deben tenerse reglas rígidas para mantener la mente en el debido sendero.[5]

No se cultive la afición a las novelas—¿Qué deben leer nuestros hijos? Esta es una pregunta seria, una pregunta que requiere una respuesta seria. Me acongoja el ver en las familias observadoras del sábado, periódicos y diarios que contienen folletines que no dejan buenas impresiones en las mentes de los niños y jóvenes. He observado a los que han desarrollado un gusto por los relatos ficticios. Tuvieron el privilegio de escuchar la verdad y familiarizarse con las razones de nuestra fe; pero han llegado a los años maduros privados de piedad verdadera y práctica.[6]

Los lectores de novelas ceden a un mal que destruye la espiritualidad y eclipsa la belleza de las páginas sagradas.[7]

Prevalencia de los libros nocivos—El mundo está inundado de libros que sería mejor destinar al fuego que a la circulación. Sería mejor que nunca leyesen los jóvenes los libros que tratan temas sensacionales, publicados y puestos en circulación para ganar dinero. Hay una fascinación satánica en tales libros.... La práctica de leer cuentos es uno de los medios empleados por Satanás para destruir almas. Produce una excitación falsa y malsana, afiebra la imaginación, incapacita la mente para ser útil y la descalifica para cualquier esfuerzo espiritual. Aleja el alma de la oración y del amor a las cosas espirituales.[8]

Apenas en menor grado que las obras ya mencionadas, son una maldición para el lector las novelas y los cuentos frívolos y excitantes. Puede ser que el autor quiera enseñar en su obra alguna lección moral, y saturarla de sentimientos religiosos, pero muchas veces
[376] éstos sólo sirven para velar las locuras e indignidades del fondo.[9]

Los autores incrédulos—Otra fuente de peligro contra la cual debemos precavernos constantemente es la lectura de autores incrédulos. Sus obras están inspiradas por el enemigo de la verdad y nadie puede leerlas sin poner en peligro su alma. Es verdad que algunos afectados por ellas pueden recobrarse finalmente; pero todos los que se someten a su mala influencia se colocan sobre el terreno de Satanás y él saca el mejor partido de su ventaja. Al invitar ellos a sus tentaciones, no tienen sabiduría para discernirlas ni fuerza para resistirlas. Con poder fascinante y hechizador, la incredulidad y la infidelidad se aferran a la mente.[10]

Los mitos y cuentos de hadas—En la educación de niños y jóvenes, los cuentos de fantasía, los mitos y las novelas de ficción ocupan un lugar muy grande. Se hace uso en las escuelas de libros de semejante carácter, y se encuentran en muchos hogares. ¿Cómo pueden permitir los padres cristianos que sus hijos se nutran de libros tan llenos de falsedades? Cuando los niños preguntan el significado de cuentos tan contrarios a la enseñanza de sus padres, se les contesta que dichos cuentos no son verdad; pero esta contestación no acaba con los malos resultados de tal lectura. Las ideas presentadas en estos libros extravían a los niños, les dan falsas ideas de la vida, y fomentan en ellos el deseo de lo que es vano e ilusorio....

Jamás debieran ponerse en las manos de niños y jóvenes libros que perviertan la verdad. No hay que consentir en que nuestros hijos,

en el curso de su educación, reciban ideas que resulten ser semilla de pecado.[11]

Como se destruye el vigor mental—Las mentes bien equilibradas son pocas porque los padres descuidan impíamente su deber de estimular los rasgos débiles y reprimir los malos. No recuerdan que están bajo la obligación más solemne de observar las tendencias de cada hijo y que es su deber enseñar a sus hijos correctos hábitos y modos de pensar.[12] [377]

Cultivad las facultades morales e intelectuales. No permitáis que estas nobles facultades queden debilitadas y pervertidas por la mucha lectura impropia, aunque sea de libros dedicados a narraciones. Conozco intelectos fuertes que fueron desequilibrados y parcialmente embotados, o paralizados, por la intemperancia en la lectura.[13]

Efectos de las lecturas excitantes—Los lectores de cuentos frívolos y excitantes se incapacitan para los deberes de la vida práctica. Viven en un mundo irreal. He observado a niños a quienes se había permitido hacer una práctica de la lectura de tales historias. En su casa o fuera de ella, estaban agitados, sumidos en ensueños y no eran capaces de conversar sino sobre los asuntos más comunes. La conversación y el pensamiento religiosos eran completamente ajenos a su mente. Al cultivar el apetito por las historias sensacionales, se pervirtió el gusto mental, y la mente no queda satisfecha a menos que se la alimente con este alimento malsano. No puedo pensar en un nombre más adecuado para los que se dedican a tales lecturas que el de ebrios mentales. Los hábitos intemperantes en la lectura tienen sobre el cerebro el mismo efecto que los hábitos intemperantes en el comer y beber tienen sobre el cuerpo.[14]

Antes de aceptar la verdad presente, algunos tenían la costumbre de leer novelas. Al relacionarse con la iglesia, hicieron un esfuerzo para vencer esta costumbre. Colocar delante de estos nuevos miembros de la iglesia lecturas parecidas a las que abandonaron es como ofrecer un vaso de alcohol a un esclavo de la bebida. Al ceder a las tentaciones que se les presentan constantemente, no tardan en perder el gusto por las buenas lecturas; no tienen ya interés en el estudio de la Biblia; su fuerza moral se debilita; el pecado les parece cada vez menos repugnante. Manifiestan una infidelidad creciente y un desagrado siempre mayor por los deberes prácticos de la vida. A

[378] medida que la mente se pervierte, se vuelve más dispuesta a leer lo sentimental. Así queda abierta la puerta del alma para que Satanás entre y pueda dominarla por completo.[15]

La lectura superficial debilita la atención—Con la inmensa corriente de material impreso que sale constantemente de la prensa, tanto los adultos como los jóvenes adquieren el hábito de leer apresurada y superficialmente, y la mente pierde la facultad de elaborar pensamientos vigorosos y coordinados. Además, gran parte de los periódicos y libros que, como las ranas de Egipto, se esparcen por la tierra, no son solamente bajos, inútiles y enervantes, sino impuros y degradantes. No sólo intoxican y arruinan la mente, sino que corrompen y destruyen el alma.[16]

"No puedo gastar en nuestros periódicos"—Entre los que profesan ser hermanos hay quienes no reciben [nuestras revistas], ... pero reciben uno o más periódicos seculares. Sus hijos se interesan intensamente por leer los cuentos ficticios y de amor que se encuentran en esos periódicos, cuyo costo su padre puede pagar aunque asevera que no puede hacer frente al de nuestras revistas y publicaciones que contienen la verdad presente....

Los padres deben velar sobre sus hijos, enseñarles a cultivar una imaginación pura y a rehuir como a un leproso las escenas de amor enfermizo que se presentan en los periódicos. Haya en vuestras mesas y bibliotecas publicaciones que traten temas morales y religiosos, a fin de que vuestros hijos puedan cultivar el gusto por la lectura de carácter elevado.[17]

Mensajes a los jóvenes acerca de sus objetivos al leer—Cuando me doy cuenta de los peligros que hacen correr a la juventud las malas lecturas, no puedo menos que insistir en las advertencias que me han sido dadas acerca de este gran azote.

Los males que amenazan a los obreros cuando tienen que mane-
[379] jar impresos de carácter dudoso no son comprendidos suficientemente. La atención de los empleados es atraída y su interés despertado por los temas que pasan bajo sus ojos; hay frases que se imprimen en la memoria; les son sugeridos pensamientos. Casi inconscientemente, el lector siente la influencia del escritor; su espíritu y carácter reciben de ella una impresión maléfica. Hay quienes tienen poca fe y poco dominio propio, y les es difícil desterrar los pensamientos que les sugieren tales escritos.[18]

¡Ojalá los jóvenes reflexionaran acerca de la influencia que tienen sobre la mente las historias excitantes! ¿Podéis abrir la Palabra de Dios después de una lectura tal, y leer con interés las palabras de vida? ¿No encontráis insípido el Libro de Dios? El encanto de aquella historia de amor pesa sobre la mente, la excita e impide que concentréis vuestro espíritu en las verdades importantes y solemnes que conciernen a vuestro interés eterno. Pecáis contra vuestros padres al dedicar a un propósito tan malo el tiempo que les pertenece, y pecáis contra Dios al emplear así el tiempo que debierais dedicar a la devoción a él.[19]

Niños, tengo un mensaje para vosotros. Estáis decidiendo ahora vuestro destino futuro, y el carácter que edificáis es tal que os excluiría del paraíso de Dios.... ¡Cuánto se entristece Jesús, el Redentor del mundo, al mirar una familia cuyos hijos no aman a Dios ni respetan su Palabra, sino que están todos absortos en la lectura de cuentos. El tiempo empleado de esta manera os quita el deseo de haceros eficientes en los deberes domésticos; os descalifica para encabezar una familia, y si persistís en esa práctica os iréis enredando cada vez más en los lazos de Satanás.... Algunos de los libros que leéis contienen principios excelentes, pero leéis tan sólo para seguir la historia. Si obtuvieseis de los libros que recorréis lo que podría ayudaros en la formación dé vuestro carácter, esa lectura os beneficiaría en algo. Pero cuando abrís vuestros libros y los recorréis página tras página, ¿os preguntáis: ¿Qué objeto tiene mi lectura? ¿Estoy procurando [380] obtener un conocimiento substancial? No podéis edificar un carácter recto poniendo en los cimientos madera, heno y paja.[20]

Siémbrese la verdad bíblica—Entre un campo inculto y una mente no educada hay una sorprendente similitud. El enemigo siembra cizaña en las mentes de los niños y los jóvenes, y a menos que los padres ejerzan solícito cuidado, la cizaña brotará para llevar frutos malos. Se necesita trabajo incesante para cultivar la mente y sembrar en ella la preciosa semilla de la verdad bíblica. Se debe enseñar a los niños a rechazar las historias triviales y excitantes, y a buscar lecturas sensatas, que inducirán a la mente a interesarse en los relatos bíblicos, en la historia y sus argumentos. La lectura que arroje luz sobre el Sagrado Volumen y vivifique el deseo de estudiarlo, no es peligrosa sino beneficiosa.[21]

Es imposible que los jóvenes posean un tono mental saludable y principios religiosos correctos a menos que les agrade leer la Palabra de Dios. Este libro contiene la historia más interesante, señala el camino de la salvación por Cristo, y los guía hacia una vida superior
[381] y mejor.[22]

[1] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 116.
[2] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 102.
[3] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 93.
[4] The Review and Herald, 11 de diciembre de 1879.
[5] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 105.
[6] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 102.
[7] The Youth's Instructor, 9 de octubre de 1902.
[8] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 103.
[9] El Ministerio de Curación, 351.
[10] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 104, 105.
[11] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 293, 294.
[12] The Review and Herald, 12 de noviembre de 1908.
[13] Testimonies for the Church 2:410.
[14] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 104.
[15] Joyas de los Testimonios 3:187, 188.
[16] La Educación, 184.
[17] The Review and Herald, 11 de diciembre de 1879.
[18] Joyas de los Testimonios 3:187.
[19] Joyas de los Testimonios 1:235, 236.
[20] Carta 32, 1896.
[21] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 105.
[22] Testimonies for the Church 2:410, 411.

Sección 15—Las gracias familiares

Capítulo 69—La cortesía y la bondad

Destierra la mitad de los males—El principio inculcado por la orden de ser "sinceramente afectos los unos hacia los otros," viene a ser el fundamento mismo de la felicidad doméstica. En toda familia debiera reinar la cortesía cristiana. No cuesta mucho, pero tiene poder para suavizar naturalezas que sin ella se endurecerían y se llenarían de asperezas. Una actitud que cultive una cortesía uniforme y la disposición a obrar con los demás como quisiéramos que ellos obrasen con nosotros, desterraría la mitad de los males de la vida.[1]

Comienza en la casa—Si queremos que nuestros hijos practiquen la bondad, la cortesía y el amor, nosotros mismos debemos darles el ejemplo.[2]

Aun en las cosas pequeñas, los padres deben manifestarse mutuamente cortesía. Una bondad universal debiera ser la ley de la casa. Nadie debiera expresarse con rudeza ni con palabras de amargura.[3]

Todos pueden poseer rostro animado, voz suave, modales corteses, y éstos son elementos de poder. Los niños son atraídos por una conducta animosa. Mostradles bondad y cortesía y ellos manifestarán el mismo espíritu hacia vosotros y entre sí.[4]

Vuestra cortesía y dominio propio ejercerán mayor influencia en el carácter de vuestros hijos que las palabras solas.[5]

Hace del hogar un paraíso—Al hablar bondadosamente a sus
[382] hijos y al elogiarlos cuando tratan de obrar bien, los padres pueden alentar sus esfuerzos, hacerlos muy felices y rodear a la familia de un círculo encantado que rechazará toda sombra e introducirá la alegre luz del sol. La bondad y la tolerancia mutuas harán del hogar un paraíso y atraerán a los ángeles santos al círculo familiar; pero ellos huirán de una casa donde se oyen palabras desagradables, irritación y contiendas. La falta de bondad, las quejas y la ira destierran a Jesús de la morada.[6]

La cortesía de la vida diaria y el afecto que debiera existir entre los miembros de una familia no dependen de las circunstancias externas.[7]

Las voces agradables, los modales amables y el afecto sincero que se expresan en todas las acciones, juntamente con la laboriosidad, el aseo y la economía, truecan hasta un tugurio en el más feliz de los hogares. El Creador considera con aprobación un hogar tal.[8]

Son muchos los que debieran vivir menos para el mundo exterior y más para los miembros de su propio círculo familiar. Debiera haber menos despliegue de cortesía superficial y de afecto hacia los extraños y las visitas, y mayor manifestación de aquella cortesía que brota del amor genuino y de la simpatía hacia los seres queridos de nuestro propio hogar.[9]

Definición de la cortesía verdadera—Es muy necesario que se cultive el verdadero refinamiento en el hogar. Con él se da un poderoso testimonio en favor de la verdad. Sea quien sea que la manifieste, la grosería en las palabras y en la conducta indica un corazón viciado. La verdad de origen celestial no degrada nunca a quien la recibe, ni le hace grosero o tosco. La influencia de la verdad suaviza y refina. Cuando los jóvenes la reciben los vuelve respetuosos y corteses. La cortesía cristiana se recibe tan sólo bajo la actuación del Espíritu Santo. No consiste en afectación o pulimento artificial, ni en inclinarse con reverencia y sonrisas artificiales. Esta es la clase de cortesía que poseen los del mundo, pero carecen [383] de la verdadera cortesía cristiana. La urbanidad y el refinamiento verdaderos se obtienen tan sólo de un conocimiento práctico del Evangelio de Cristo. La verdadera urbanidad y cortesía consiste en manifestar bondad hacia todos, humildes o encumbrados, ricos o pobres.[10]

La esencia de la verdadera cortesía es la consideración hacia los demás. La educación esencial y duradera es aquella que amplía las simpatías y estimula la bondad universal. La así llamada cultura que no hace a un joven deferente para con sus padres, apreciativo de sus cualidades, tolerante con sus defectos, y solícito con sus necesidades; que no lo hace considerado y afectuoso, generoso y útil para con el joven, el anciano y el desgraciado, y cortés con todos, es un fracaso.[11]

La cortesía cristiana es el broche de oro que une a los miembros de la familia con vínculos de amor y los estrecha más y más con cada día que pasa.[12]

La regla de oro sea la ley de la familia—Las reglas más valiosas para el trato social y familiar se encuentran en la Biblia. Ella contiene no sólo la norma de moralidad mejor y más pura, sino también el código de urbanidad más valioso. El sermón que en el monte pronunció nuestro Salvador contiene instrucciones inestimables para ancianos y jóvenes. Debiera leérselo a menudo en el círculo familiar y debieran ponerse en práctica sus preciosas enseñanzas en la vida diaria. La regla de oro: "Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos," juntamente con la recomendación apostólica de vivir "prefiriendo cada cual al otro," deben constituir la ley de la familia. Quienes cultiven el espíritu de Cristo manifestarán cortesía en la casa y un espíritu de benevolencia aun en las cosas pequeñas. Constantemente procurarán hacer felices a cuantos los rodeen, olvidándose de sí mismos mientras hacen a los demás objeto de sus bondadosas
[384] atenciones. Tal es el fruto que crece en el árbol cristiano.[13]

La regla de oro es el principio de la cortesía verdadera cuya ilustración más exacta se ve en la vida y el carácter de Jesús. ¡Oh, qué rayos de amabilidad y belleza se desprendían de la vida diaria de nuestro Salvador! ¡Qué dulzura emanaba de su misma presencia! El mismo espíritu se revelará en sus hijos. Aquellos con quienes more Cristo serán rodeados de una atmósfera divina. Sus blancas vestiduras de pureza difundirán la fragancia del jardín del Señor. Sus rostros reflejarán la luz de su semblante, que iluminará la senda para los pies cansados e inseguros.[14]

El mejor tratado de etiqueta—El más valioso tratado de etiqueta que jamás se haya escrito es la preciosa instrucción dada por el Salvador, con la expresión del Espíritu Santo, por medio del apóstol Pablo, palabras que deberían ser grabadas indeleblemente en la memoria de todo ser humano, joven o viejo:

"Como os he amado, que también os améis los unos a los otros."

"El amor es sufrido y benigno;
El amor no tiene envidia;
El amor no es jactancioso,
No se ensoberbece,
No se porta indecorosamente,
No busca lo suyo propio,

No se irrita,
No hace caso de un agravio;
No se regocija en la injusticia,
Mas se regocija con la verdad:
Todo lo sufre,
Todo lo cree,
Todo lo espera,
Todo lo soporta.
El amor nunca se acaba."[15]

[385]

La Biblia ordena la cortesía y presenta muchas ilustraciones de espíritu abnegado, gracia gentil y genio simpático, que caracterizan la verdadera cortesía. Estos son sólo reflejos del carácter de Cristo. De él proceden toda la ternura y cortesía verdaderas del mundo, aun la de aquellos que no reconocen su nombre. Y él desea que estas características se reflejen perfectamente en sus hijos. Su propósito es que en nosotros contemplen los hombres su belleza.[16]

El cristianismo hará de todo hombre un cumplido caballero. Cristo fué cortés aun con sus perseguidores; y sus discípulos verdaderos manifestarán el mismo espíritu. Mirad a Pablo cuando compareció ante los magistrados. Su discurso ante Agripa es dechado de verdadera cortesía y de persuasiva elocuencia. El Evangelio no fomenta la cortesía formalista, tan corriente en el mundo, sino la cortesía que brota de la verdadera bondad del corazón.[17]

No abogamos por una manifestación de lo que el mundo llama urbanidad, sino por aquella cortesía que cada uno llevará consigo a las mansiones de los bienaventurados.[18]

El amor inspira la cortesía verdadera—El cultivo más esmerado del decoro externo no basta para acabar con el enojo, el juicio implacable y la palabra inconveniente. El verdadero refinamiento no traslucirá mientras se siga considerando al yo como objeto supremo. El amor debe residir en el corazón. Un cristiano cabal funda sus motivos de acción en el amor profundo que tiene por el Maestro. De las raíces de su amor a Cristo brota un interés abnegado por sus hermanos.[19]

De todas las cosas buscadas, apreciadas o cultivadas, no hay nada tan valioso a la vista de Dios como un corazón puro, una disposición rebosante de agradecimiento y de paz.

Si la divina armonía de la verdad y el amor imperan en el corazón, resplandecerán en palabras y acciones.... El espíritu de genuina
[386] benevolencia debe morar en el corazón. El amor imparte a su poseedor gracia, donaire y hermosura de porte. El amor ilumina el rostro y subyuga la voz; refina y eleva a todo el ser humano. Lo pone en armonía con Dios, porque es un atributo celestial.[20]

No se aprende la verdadera cortesía por la mera práctica de las reglas de etiqueta. En todo momento deben observarse modales correctos; dondequiera que no haya que transigir con los principios, la consideración hacia los demás inducirá a adaptarse a costumbres aceptadas; pero la verdadera cortesía no requiere el sacrificio de los principios al convencionalismo. No conoce castas. Enseña el respeto propio, el respeto a la dignidad del hombre como hombre, la consideración hacia todo miembro de la gran confraternidad humana.[21]

Se expresa en miradas, palabras y actos—Sobre todas las cosas, los padres deben rodear a sus hijos de una atmósfera de alegría, cortesía y amor. Los ángeles se deleitan en morar en un hogar donde vive el amor y éste se expresa tanto en las miradas y las palabras como en los actos. Padres, permitid que el sol del amor, la alegría y un feliz contentamiento penetre en vuestro corazón, y dejad que su dulce influencia impregne el hogar. Manifestad un espíritu bondadoso y tolerante, y estimuladlo en vuestros hijos, cultivando todas las gracias que alegran la vida del hogar. La atmósfera así creada será para los niños lo que son el aire y el sol para el mundo vegetal, y favorecerá la salud y el vigor de la mente y del cuerpo.[22]

Los modales amables, la conversación animada y los actos de amor ligarán el corazón de los hijos con el de sus padres por los cordones de seda del afecto y contribuirán más a hacer atractivo el hogar que los adornos más raros que el oro pueda comprar.[23]

La fusión de los temperamentos—Concuerda con lo ordenado por Dios que se asocien personas de diversos temperamentos. Cuando esto sucede, cada miembro de la familia debe considerar y
[387] respetar como sagrados los sentimientos y derechos ajenos. Así se cultivarán la consideración y la tolerancia mutuas, se subyugarán los prejuicios y se suavizarán los rasgos toscos del carácter. Se asegurará la armonía, y la fusión de los variados temperamentos beneficiará a cada uno.[24]

Nada expiará la falta de cortesía—Los que profesan seguir a Cristo y son al mismo tiempo rudos, carentes de bondad y descorteses en sus palabras y conducta no han aprendido de Cristo. Un hombre brusco, intolerante y criticón no es cristiano; porque ser cristiano es ser semejante a Cristo. La conducta de algunos que profesan ser cristianos carece tanto de bondad y cortesía que se habla mal aun de lo bueno que tengan. No se puede dudar de su sinceridad ni de su integridad, pero la sinceridad y la integridad no expiarán la falta de bondad y cortesía. El cristiano ha de manifestar simpatía y al mismo tiempo que es veraz, compasivo y cortés, debe ser también íntegro y sincero.[25]

Cualquier negligencia de los actos de cortesía y tierna consideración de parte de un hermano para con otro, cualquier olvido en cuanto a pronunciar palabras bondadosas y alentadoras en el círculo de la familia, tanto entre padres e hijos, como entre hijos y padres, confirma los hábitos que hacen que el carácter difiera del de Cristo. Por lo contrario, si se cumplen esos deberes menudos, el resultado adquiere gran importancia y comunica a la vida un suave perfume que asciende hacia Dios como santo incienso.[26]

Muchos anhelan atención—Muchos anhelan que se les manifieste simpatía amistosa.... Debiéramos olvidarnos de nosotros mismos y buscar siempre oportunidades de mostrarnos agradecidos, aun en cosas pequeñas, por los favores que hemos recibido de otros. Debiéramos saber discernir las oportunidades de alentar a otros, de aliviar sus pesares y cargas mediante actos de tierna bondad y menudas atenciones hechas con amor. Estas atentas cortesías, que, comenzando en nuestras familias, trascienden luego el círculo familiar, forman parte del total de la felicidad en la vida; mientras que al descuidar estas cosas menudas se contribuye al conjunto de la amargura y tristeza que se experimenta en la vida.[27] [388]

Las relaciones sociales y el mundo—Mediante las relaciones sociales es como el cristianismo trata con el mundo. A cada hombre o mujer que haya probado el amor de Cristo y recibido la divina iluminación en su corazón, Dios le pide que derrame luz en la senda obscura de aquellos que no conocen el camino mejor.[28]

Podemos manifestar mil atenciones menudas en palabras amistosas y miradas placenteras, que a su vez nos serán devueltas. Los cristianos irreflexivos manifiestan por su negligencia hacia los demás

que no están unidos con Cristo. Es imposible estar unido a Cristo y carecer de bondad hacia los demás, con olvido de sus derechos.[29]

Todos debemos llegar a ser testigos de Jesús. El poder social, santificado por la gracia de Cristo, debe ser aprovechado para ganar almas para el Salvador. Vea el mundo que no estamos egoístamente absortos en nuestros propios intereses, sino que deseamos que otros participen de nuestras bendiciones y privilegios. Dejémosle ver que nuestra religión no nos hace faltos de simpatía ni exigentes. Sirvan como Cristo sirvió, para beneficio de los hombres, todos aquellos que profesan haberle hallado. Nunca debemos dar al mundo la impresión falsa de que los cristianos son un pueblo lóbrego y carente de dicha.[30]

Si somos corteses y amables en casa, nos acompañará el sabor de una disposición placentera cuando nos ausentemos del hogar. Si manifestamos tolerancia, paciencia, mansedumbre y fortaleza en el
[389] hogar, podremos ser una luz para el mundo.[31]

[390]

[1] The Signs of the Times, 9 de septiembre de 1886.
[2] The Signs of the Times, 25 de mayo de 1882.
[3] Good Health, enero de 1880.
[4] La Educación, 235.
[5] The Review and Herald, 13 de junio de 1882.
[6] The Signs of the Times, 17 de abril de 1884.
[7] The Signs of the Times, 23 de agosto de 1877.
[8] The Signs of the Times, 2 de octubre de 1884.
[9] Ibid.
[10] Manuscrito 74, 1900.
[11] La Educación, 236.
[12] The Signs of the Times, 29 de noviembre de 1877.
[13] The Signs of the Times, 10 de Julio de 1886.
[14] El Discurso Maestro de Jesucristo, 110.
[15] La Educación, 236, 237.
[16] La Educación, 236.
[17] El Ministerio de Curación, 390.
[18] The Signs of the Times, 13 de agosto de 1912.
[19] El Ministerio de Curación, 390.
[20] Joyas de los Testimonios 1:579.
[21] La Educación, 235.
[22] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 88, 89.
[23] The Signs of the Times, 2 de octubre de 1884.
[24] The Signs of the Times, 4 de abril de 1911.
[25] The Youth's Instructor, 31 de marzo de 1908.
[26] Manuscrito 107, 1898.

[27]Testimonies for the Church 3:539, 540.
[28]Testimonies for the Church 4:555.
[29]Testimonies for the Church 3:539.
[30]El Deseado de Todas las Gentes, 127.
[31]The Signs of the Times, 14 de noviembre de 1892.

Capítulo 70—Alegría y buen ánimo

El cristiano verdadero es animoso—No permitamos que las perplejidades y preocupaciones de la vida diaria agiten nuestro espíritu y anublen nuestra frente. Si lo permitimos, siempre habrá algo que nos moleste. La vida es como la hacemos, y hallaremos lo que busquemos. Si procuramos tristeza y aflicción, si estamos en disposición de magnificar las pequeñas dificultades, encontraremos bastantes de ellas para embargar nuestros pensamientos y nuestra conversación. Pero si miramos el aspecto alegre de las cosas, hallaremos lo suficiente para comunicarnos ánimo y felicidad. Si damos sonrisas, ellas nos serán devueltas; si pronunciamos palabras agradables y alentadoras, nos serán repetidas.

Cuando los cristianos parecen tétricos y deprimidos, como si se considerasen sin amigos, dejan una impresión errónea acerca de la religión. En algunos casos, se ha tenido la idea de que la alegría no cuadra con la dignidad del carácter cristiano, pero esto es un error. En el cielo todo es gozo; y si admitimos los goces del cielo en nuestra alma y, hasta donde podamos, los expresamos en nuestras palabras y conducta, ocasionaremos a nuestro Padre celestial más agrado que si somos sombríos y tristes.

A todos incumbe el deber de cultivar el buen ánimo en vez de rumiar sus tristezas y dificultades. Muchos son los que no sólo se hacen desdichados así, sino que sacrifican su salud y felicidad a una imaginación mórbida. Hay en derredor suyo cosas que no son
[391] agradables, y se los ve de continuo con un rostro ceñudo que expresa su descontento con más claridad que las palabras. Estas emociones deprimentes perjudican mucho a la salud; porque al estorbar el proceso de la digestión traban la nutrición. Si bien el pesar y la ansiedad no pueden remediar un solo mal, pueden causar mucho daño; pero la alegría y esperanza, mientras iluminan la senda de los demás, “son vida a los que las hallan, y medicina a toda su carne.”[1]

La Sra. de White frente a la adversidad.[*] —¿Me veis alguna vez tétrica, abatida, o quejosa? Mi fe me lo prohíbe. Lo que induce un estado tal es un concepto erróneo de lo que es el verdadero ideal del carácter y servicio cristianos. Lo que produce la lobreguez, el abatimiento y la tristeza es la falta de religión verdadera. Los que son cristianos fervientes procuran imitar a Jesús, porque ser cristiano es ser como Cristo. Es realmente esencial tener conceptos correctos acerca de la vida y los hábitos de Cristo para que sus principios se reproduzcan en nosotros los que queremos ser como él. Un servicio prestado a medias, mientras se ama al mundo, al yo y las diversiones frívolas, produce un siervo tímido y cobarde, que sigue a Cristo muy de lejos. El servicio cordial y voluntario que se rinda a Jesús produce una religión alegre. Los que siguen a Cristo más de cerca no son tétricos. En Cristo hay luz, paz y gozo para siempre. Necesitamos más de Cristo y menos mundanalidad, más de Cristo y menos egoísmo.[2]

Andemos como hijos de la luz—No concuerda con la voluntad de Dios que seamos lóbregos o impacientes, ni que seamos livianos y triviales. Satanás se esfuerza por llevar a las personas de un extremo [392] al otro. Dios quiere que, como hijos de la luz, cultivemos un espíritu animoso y feliz, a fin de que proclamemos las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.[3]

Conquistad el afecto de los niños—Sonreíd, padres y maestros. Si vuestro corazón está triste, no lo revele vuestro rostro. Sea éste iluminado por un corazón lleno de amor y gratitud. Descended de vuestra férrea dignidad, adaptaos a las necesidades de los niños y lograd que os amen. Debéis conquistar su afecto, si queréis inculcar la verdad religiosa en su corazón.[4]

Con rostro amable y voz melodiosa—Padres, sed animosos pero no vulgares. Sed antes agradecidos, obedientes y sumisos a vuestro Padre celestial. No estáis libres para actuar de acuerdo con

[*]NOTA: En 1867, el pastor Jaime White, en crítica condición de salud después de un ataque de parálisis, se hallaba como paciente en "Our Home" (Nuestro Hogar), de Danville, Estado de Nueva York. El médico que dirigía la institución atribuía a la religión una influencia deprimente y alentaba a sus pacientes a participar en varias diversiones con el fin de animarlos. Uno de sus ayudantes solicitó a la Sra. de White que iniciase una subscripción para un baile y la invitó a que asistiera al mismo para enterrar sus penas. Las palabras aquí transcritas reflejan la respuesta que ella dió a aquella sugestión.

vuestros sentimientos si se presenta algo que os irrite. El amor que conquista será como aguas profundas que fluirán de continuo en el gobierno de vuestros hijos. Estos son los corderos del rebaño de Dios. Llevad a vuestros pequeñuelos a Cristo. Si los padres enseñasen a sus hijos a ser amables, no les hablarían nunca con tono de reprensión. Aprended a presentar un semblante agradable, y poned en vuestra voz toda la dulzura y melodía que podáis. Los ángeles de Dios están siempre cerca de vuestros pequeñuelos, y el tono duro e irritado de vuestra voz no agrada a sus oídos.[5]

Alegría y buen humor—La madre debe cultivar un genio alegre, contento y feliz. Todo esfuerzo hecho en este sentido será recompensado con creces en el bienestar físico y el carácter moral de sus hijos. Un genio alegre fomentará la felicidad de su familia y mejorará en alto grado su propia salud.[6]

Despejad las sombras—Mirad las cosas con espíritu animoso, procurando despejar las sombras que, si son toleradas, rodearán el alma. Cultivad la simpatía hacia los demás. Dejad que la alegría, la bondad y el amor compenetren el hogar. Ello intensificará el amor
[393] por los ejercicios religiosos, y los deberes grandes y pequeños se cumplirán con corazón animoso.[7]

Alegría sin liviandad es una gracia cristiana—Podemos tener verdadera dignidad cristiana y ser al mismo tiempo alegres y agradables en nuestra conducta. La alegría sin liviandad es una de las
[394] gracias cristianas.[8]

---

[1] The Signs of the Times, 12 de febrero de 1885.

[2] Manuscrito 1, 1867.

[3] Australasian Union Conference Record, lo de noviembre, 1904.

[4] Fundamentals of Christian Education, 68.

[5] Manuscrito 126, 1897.

[6] El Ministerio de Curación, 290.

[7] The Signs of the Times, 10 de septiembre de 1898.

[8] Testimonies for the Church 4:62.

Capítulo 71—El don del habla

La voz es un talento—La voz es un talento que nos ha sido confiado y debe usarse para ayudar, alentar y fortalecer a nuestros semejantes. Si los padres aman a Dios y se mantienen en el camino del Señor para obrar con justicia y juicio, su lenguaje no tendrá sabor de sentimentalismo enfermizo. Será de índole sana, pura y edificante. Estén ellos en el hogar o fuera de él, sus palabras serán bien escogidas. No se rebajarán a la vulgaridad.[1]

Cada palabra ejerce influencia—Toda palabra pronunciada por los padres ejerce su influencia sobre los hijos, para bien o para mal. Si los padres hablan coléricamente, si manifiestan el mismo espíritu que los hijos de este mundo, Dios los tiene por tales, no como hijos suyos.[2]

Una palabra en sazón puede ser como una buena semilla en las mentes juveniles y contribuir a que unos piecitos sean conducidos por la senda recta, mientras que una palabra incorrecta puede llevar esos pies por una senda de ruina.[3]

Los ángeles oyen las palabras que se pronuncian en el hogar. Por lo tanto, no regañéis; antes sea la influencia de vuestras palabras de tal índole que ascenderá al cielo como fragante incienso.[4]

Los padres deben mantener la atmósfera del hogar pura y fragante con palabras bondadosas, tierna simpatía y amor; pero al mismo tiempo deben ser firmes e inflexibles en cuanto a los buenos principios. Puede ser que si sois firmes con vuestros hijos ellos piensen que no los amáis. Podéis esperar tal cosa, pero nunca manifestéis [395]
dureza. La justicia y la misericordia deben darse la mano; no debe haber vacilación ni movimientos impulsivos.[5]

Expresa la gracia íntima—El principal requisito del lenguaje es el de ser puro, bueno y sincero: “la expresión externa de una gracia interior.”... La mejor escuela para este estudio del lenguaje es el hogar.[6]

Las palabras bondadosas son como rocío y suaves lluvias para el alma. La Escritura dice acerca de Cristo que se concedió gracia a

sus labios, para que supiese "hablar en sazón palabra al cansado." Y el Señor nos ordena: "Sea vuestra palabra siempre con gracia," "para que dé gracia a los oyentes."[7]

El cultivo de la voz en el hogar—En el círculo del hogar debiera darse instrucción en el cultivo de la voz. Los padres deben enseñar a sus hijos a hablar con tanta claridad que quienes los escuchen puedan comprender cada palabra que pronuncien. Deben enseñarles a leer la Biblia con expresión clara y distinta, de una manera que honre a Dios. Y los que se arrodillan en derredor del altar de la familia no han de hundir el rostro entre las manos o en un sillón cuando se dirigen a Dios. Alcen la cabeza y con santa y valiente reverencia, alléguense al trono de la gracia.[8]

Sed puros en vuestro lenguaje. Cultivad un tono de voz que sea suave y persuasivo, no duro ni autoritario. Dad a los niños lecciones en el cultivo de la voz. Educad sus modos de hablar, hasta que no broten espontáneamente de sus labios palabras groseras o rudas cuando se les presenta alguna prueba.[9]

El cultivo de la voz es un asunto que tiene que ver con la salud de los estudiantes. Debe enseñarse a los jóvenes a respirar debidamente, y a leer de tal manera que no impongan un recargo indebido a la garganta y los pulmones, sino que el trabajo sea compartido por los
[396] músculos abdominales. El hablar por la garganta, dejando que el sonido provenga de la parte superior de los órganos vocales, arruina la salud de esos órganos y disminuye su eficiencia. Los músculos abdominales han de hacer la parte más pesada del trabajo, usándose la garganta sólo como un canal. Han muerto muchos que podrían haber vivido si se les hubiese enseñado a usar debidamente la voz. El uso correcto de los músculos abdominales al leer y hablar, será un remedio para muchas de las dificultades de la voz y del pecho y un medio de prolongar la vida.[10]

Efecto de las palabras duras—En un hogar donde se pronuncian palabras duras, de reprensión e irritación, un niño llora mucho; y en su tierna sensibilidad se imprimen rastros de desgracia y discordia. Por lo tanto, madres, dejad que vuestro semblante se llene de sol. Sonreíd si podéis, y la mente y el corazón del niño reflejarán la luz de vuestro rostro como la placa pulida de un artista retrata los rasgos humanos. Aseguraos, madres, de que Cristo more en vosotras, para

que la semejanza divina se grabe en la mente plástica de vuestro hijo.[11]

No haya nota discordante—No permitáis que penetre en el hogar nada que se parezca a contienda o disensión. Hablad con amabilidad. Nunca se eleve vuestra voz hasta ser áspera. Conservad la calma. Desechad la censura y toda falta de veracidad. Decid a los niños que queréis ayudarles a prepararse para un cielo santo, donde todo es paz, donde no se oye una sola nota discordante. Sed pacientes con ellos en sus pruebas, que pueden pareceros pequeñas pero son grandes para ellos.[12]

Cuando los padres y las madres estén convertidos, habrá un cambio completo en los principios de su gobierno. Se habrán convertido también sus pensamientos y sus lenguas....

No se hablará en tono alto ni airado. Las palabras serán de un carácter que suavice y beneficie al oyente.... Eliminad de la voz todas las características desagradables.[13] [397]

Debemos subyugar el genio violento, y dominar nuestras palabras; así obtendremos grandes victorias. A menos que dominemos nuestras palabras y genio, somos esclavos de Satanás, y estamos sujetos a él como cautivos suyos. Cada palabra discordante, desagradable, impaciente o malhumorada, es una ofrenda presentada a su majestad satánica. Y es una ofrenda costosa, más costosa que cualquier sacrificio que podamos hacer para Dios; porque destruye la paz y felicidad de familias enteras, destruye la salud, y puede hacernos perder finalmente una vida eterna de felicidad.[14]

¿Alegría o sombra en las palabras?—Es importante que se enseñe a los niños y jóvenes a velar sobre sus palabras y acciones; porque su conducta produce sol o sombra, no sólo en su propio hogar, sino también para con todos aquellos con quienes se relacionen.[15]

Con frecuencia un empleo imprudente del talento del habla produce desdicha. A nadie autoriza la Palabra de Dios para hablar con dureza, de un modo que cree sentimientos desagradables y desgracia en la familia. Los otros miembros de la familia pierden su respeto por quien hable así, mientras que si refrenase sus sentimientos podría conquistar el afecto y la confianza de todos.[16]

Amabilidad hacia los niños; respeto hacia los padres—Dirijan los padres tan sólo palabras amables a sus hijos; y los hijos dirijan tan sólo palabras respetuosas a sus padres. Hay que prestar

atención a estas cosas en la vida familiar; porque si los niños contraen buenos hábitos en la formación de su carácter, les resultará mucho más fácil ser enseñados por Dios y acatar lo que él exige.[17]

Evítese toda grosería—Padres y madres, esposos y esposas, hermanos y hermanas, no os acostumbréis a ser bajos en vuestras acciones, palabras o pensamientos. Los dichos groseros, las bromas viles, la falta de urbanidad y verdadera cortesía en la vida familiar
[398] llegarán a ser una segunda naturaleza para vosotros y os incapacitarán para formar parte de la sociedad de aquellos a quienes la verdad está santificando. El hogar es un lugar demasiado sagrado para ser contaminado por la indecencia, la sensualidad, las recriminaciones y el escándalo. Acallad las malas palabras; desechad el pensamiento profano porque el Testigo verdadero pesa cada palabra, valora cada acción y declara: "Conozco tus obras."[18]

La conversación baja y vulgar no debe hallar cabida en la familia. Cuando el corazón sea puro, fluirán ricos tesoros de sabiduría.[19]

No pronunciéis insensateces en vuestra casa. Aun los niños muy tiernos serán beneficiados por "la forma de las sanas palabras," mientras que las palabras ociosas e insensatas que intercambien el padre y la madre provocarán la misma clase de palabras entre los hijos. Por otra parte, las expresiones correctas, sinceras, veraces y serias inducirán a toda la familia a usar esa misma clase de palabras y también a ejecutar buenas acciones.[20]

Males de las palabras de ira—Cuando dirigís palabras de ira a vuestros hijos, estáis ayudando a la causa del enemigo de toda justicia. Tenga cada niño una oportunidad justa desde su más tierna infancia. La obra de enseñanza debe comenzar en la infancia, y no ir acompañada de dureza ni irritación, sino de bondad y paciencia; y esta instrucción debe continuar hasta que los hijos lleguen a la edad adulta.[21]

Busque cada familia al Señor en oración ferviente a fin de obtener ayuda para hacer la obra de Dios. Venzan todos los hábitos de hablar con apresuramiento y el deseo de culpar a otros. Aprendan a ser bondadosos y corteses en el hogar, a adquirir hábitos de reflexión altruísta y cuidado.[22]

¡Cuánto daño producen en el círculo familiar las palabras impacientes, pues una expresión de impaciencia de parte de uno de los miembros induce a otro a contestar de la misma manera y con el

mismo espíritu. Luego vienen las palabras de represalias, y las de [399]
justificación propia, con las que se fragua un yugo pesado y amargo para vuestra cerviz; porque todas esas palabras acerbas volverán a vuestra alma en funesta cosecha.[23]

Las palabras duras hieren al corazón mediante el oído, despiertan las peores pasiones del alma y tientan a hombres y mujeres a violar los mandamientos de Dios.... Las palabras son como semillas implantadas.[24]

Son como blasfemias—Entre los miembros de muchas familias se sigue el hábito de hablar con descuido, o para atormentar a otros y la costumbre de decir palabras duras se fortalece a medida que se cede a ella. Así se dicen muchas cosas objetables que concuerdan con el espíritu de Satanás y no con el de Dios.... Las quemantes palabras de ira no debieran ser pronunciadas, porque delante de Dios y de los santos ángeles son como una especie de blasfemia.[25]

Como perdió un padre la confianza de sus hijos—Hermano mío, sus palabras de intolerancia hieren a sus hijos. A medida que crezcan, se intensificará en ellos la tendencia a criticar. El hábito de censurar está corrompiendo su propia vida y se extiende a su esposa y a sus hijos. Estos no son estimulados a darle su confianza ni a reconocer sus propios defectos, porque saben que a continuación Vd. expresará severas reprensiones. Con frecuencia sus palabras son como un granizo asolador que quebranta las tiernas plantas. Es imposible evaluar el daño así causado. Sus hijos practican el engaño para evitar las palabras duras que Vd. pronuncia. Procuran eludir la verdad para escapar a la censura y al castigo. Una orden fría y dura no les beneficiará.[26]

Un voto sugerente—Sería bueno que cada hombre firmase la promesa de hablar bondadosamente en su casa y de permitir que la ley del amor rija sus palabras. Padres, no habléis nunca apresuradamente. Si vuestros hijos obran mal, corregidlos, pero con palabras impregnadas de ternura y amor. Cada vez que regañáis, perdéis una [400]
preciosa oportunidad de dar una lección de tolerancia y paciencia. Sea el amor el rasgo más destacado de vuestra corrección de lo malo.[27]

La conversación en la mesa—Cuantas familias sazonan sus comidas diarias con dudas y preguntas. Disecan el carácter de sus amigos y lo sirven como delicado postre. Circula por la mesa un

precioso trozo de calumnia, para que lo comenten, no solamente los adultos, sino también los niños. Esto deshonra a Dios.[28]

El espíritu de crítica y censura no debiera hallar cabida en el hogar. La paz de éste es demasiado sagrada para ser mancillada por ese espíritu. Pero ¡cuán a menudo, cuando están sentados para comer, los miembros de la familia hacen circular un plato de crítica, censura y escándalo! Si Cristo viniese hoy, ¿no hallaría a muchas de las familias que profesan ser cristianas cultivando el espíritu de crítica y crueldad? Los miembros de tales familias no están listos para unirse con la familia celestial.[29]

Sea la conversación de la familia en derredor de la mesa de un carácter tal que deje una influencia fragante en la mente de los niños.[30]

Chismes y cuentos—Nos horrorizamos al pensar en el caníbal que come con deleite la carne aún caliente y temblorosa de su víctima, pero, ¿son los resultados de esta práctica más terribles que la agonía y la ruina causadas por el hábito de falsear los motivos, manchar la reputación, y disecar el carácter? Aprendan los niños y también los jóvenes lo que Dios dice acerca de estas cosas: "La muerte y la vida están en el poder de la lengua."[31]

El espíritu de la chismografía es uno de los agentes esenciales que tiene Satanás para sembrar discordia y disensión, para separar amigos y minar la fe de muchos en la veracidad de nuestra posición.[32]

[401] **Crear desconfianza es ayudar al enemigo**—Para los seres humanos es natural pronunciar palabras cortantes. Los que ceden a esta inclinación abren la puerta para que Satanás entre en su corazón y los haga prestos para recordar los errores de otros. Se espacian en sus faltas, notan sus deficiencias y dicen palabras que hacen perder la confianza en quien está haciendo lo mejor que puede para cumplir su deber como colaborador de Dios. Con frecuencia se siembran las semillas de desconfianza porque alguno piensa que debiera haber sido favorecido, mas no lo fué.[33]

Dios invita a los creyentes a que dejen de censurar y de expresar juicios apresurados y carentes de bondad. Padres, sean bondadosas y placenteras las palabras que dirigís a vuestros hijos, a fin de que los ángeles tengan vuestra ayuda para atraerlos a Cristo. Se necesita una reforma cabal en la iglesia del hogar. Comiéncesela en seguida.

Cesen las murmuraciones, la irritación y las reprensiones. Los que se irritan y censuran a otros acerbamente cierran la puerta a los ángeles del cielo y la abren para los ángeles malos.[34]

Sean los padres pacientes—Padres, cuando os sentís nerviosos, no debéis cometer el grave pecado de envenenar a toda la familia con esta irritabilidad peligrosa. En tales ocasiones, ejerced sobre vosotros mismos una vigilancia doble, y resolved en vuestro corazón no ofender con vuestros labios, sino pronunciar solamente palabras agradables y alegres. Decíos: "No echaré a perder la felicidad de mis hijos con una sola palabra de irritación." Dominándoos así vosotros mismos, os fortaleceréis. Vuestro sistema nervioso no será tan sensible. Quedaréis fortalecidos por los principios de lo recto. La conciencia de que estáis desempeñando fielmente vuestro deber, os fortalecerá. Los ángeles de Dios sonreirán al ver vuestros esfuerzos, y os ayudarán.[35]

Padres y madres, hablad bondadosamente a vuestros hijos; recordad cuán sensibles sois vosotros mismos y cuán poca censura podéis soportar; reflexionad y reconoced que vuestros hijos son como vosotros. No les impongáis lo que vosotros mismos no podéis llevar. Si no podéis soportar la censura y la inculpación, tampoco lo pueden vuestros hijos, que son más débiles que vosotros y no pueden aguantar tanto. Sean vuestras palabras agradables y alegres como rayos de sol en la familia. Los frutos del dominio propio, la atención y el esmero que manifestéis se centuplicarán.[36] [402]

Tiempo de callar o de cantar—Vendrán pruebas, es verdad, aun para aquellos que estén plenamente consagrados. La paciencia del más paciente será severamente probada. Puede suceder que el esposo o la esposa pronuncien palabras capaces de provocar una respuesta precipitada; guarde entonces silencio la persona a quien fueron dirigidas aquellas palabras. Hay seguridad en el silencio. Es éste, con frecuencia, la reprensión más severa que se pueda administrar a quien pecó con sus labios.[37]

Cuando ellos [los niños y jóvenes] pierden el dominio propio y dicen palabras coléricas, una actitud de silencio es a menudo la mejor conducta, en vez de recurrir a reproches, disputas o condenación. Pronto vendrá el arrepentimiento. El silencio, que es de oro, será muchas veces más eficaz que todas las palabras que se pudieran decir.[38]

Cuando los demás manifiestan impaciencia e irritación, y se quejan porque su yo no ha sido subyugado, empezad a cantar algunos de los himnos de Sión. Mientras Cristo trabajaba en su banco de carpintero, se veía a veces rodeado de otras personas, que procuraban impacientarle; pero él entonaba algunos de los hermosos salmos, y antes de que los demás se dieran cuenta de lo que hacían, cantaban con él, como bajo la influencia del poder del Espíritu Santo que se sentía allí.[39]

El dominio propio al hablar—Dios requiere de los padres que, por su dominio propio y su ejemplo en la edificación de un carácter
[403] sólido, difundan la luz dentro del círculo inmediato de su pequeño rebaño. No debe haber conversaciones comunes y triviales. Dios mira todo lo secreto de la vida. Algunos sostienen una lucha constante para dominarse. Diariamente contienden en silencio y con oración contra la aspereza de su lenguaje y genio. Estas luchas no son tal vez apreciadas por los seres humanos. Los que las sostienen no recibirán tal vez alabanza de labios humanos por retener las palabras precipitadas que estuvieron a punto de escapárseles. El mundo no verá esas victorias, y si pudiera verlas despreciaría a los vencedores. Pero en los registros del cielo ellos son anotados como tales. Hay Quien presencia todo combate secreto y toda victoria silenciosa, y dice: "Mejor es el que tarde se aira que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad."[40]

Si Vd. se niega a dejarse arrebatar por la cólera, a impacientarse o a regañar, el Señor le mostrará la salida. Le ayudará a emplear el talento del habla de una manera tan semejante a como lo empleaba Cristo, que arraigarán en el hogar los preciosos atributos de la
[404] paciencia, el consuelo y el amor.[41]

[405]

[1] Manuscrito 36, 1899.
[2] Manuscrito 100, 1902.
[3] The Review and Herald, 24 de junio de 1890.
[4] Carta 10, 1912.
[5] The Review and Herald, 30 de marzo de 1897.
[6] La Educación, 230.
[7] The Youth's Instructor, 31 de marzo de 1908.
[8] Manuscrito 4, 1901.
[9] Manuscrito 60, 1903.
[10] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 227.
[11] The Review and Herald, 8 de septiembre de 1904.

[12]Manuscrito 14, 1905.
[13]Carta 75, 1898.
[14]Joyas de los Testimonios 1:109.
[15]The Youth's Instructor, 5 de noviembre de 1896.
[16]Manuscrito 60, 1903.
[17]The Review and Herald de 17 de noviembre, 1896.
[18]The Signs of the Times, 14 de noviembre de 1892.
[19]The Review and Herald, 17 de mayo de 1898.
[20]The Review and Herald, 14 de abril de 1885.
[21]Manuscrito 53, 1912.
[22]Manuscrito 31, 1907.
[23]The Review and Herald, 27 de febrero de 1913.
[24]Carta 105, 1893.
[25]The Youth's Instructor, 20 de septiembre de 1894.
[26]Carta 8a, 1896.
[27]Carta 29, 1902.
[28]Joyas de los Testimonios 1:492.
[29]The Signs of the Times, 17 de febrero de 1904.
[30]Manuscrito 49, 1898.
[31]La Educación, 231.
[32]Joyas de los Testimonios 1:492.
[33]Carta 169, 1904.
[34]Carta 133, 1904.
[35]Joyas de los Testimonios 1:135.
[36]Joyas de los Testimonios 1:151.
[37]Manuscrito 70, 1903.
[38]Manuscrito 59, 1900.
[39]Manuscrito 102, 1901.
[40]The Signs of the Times, 23 de agosto de 1899.
[41]Manuscrito 67, 1901.

Capítulo 72—La hospitalidad

Aun hoy pueden agasajarse ángeles—La Biblia da mucho realce a la práctica de la hospitalidad. No sólo ordena la hospitalidad como un deber, sino que presenta muchos hermosos cuadros del ejercicio de esta gracia y las bendiciones que reporta. Entre ellos se destaca el caso de Abrahán. ...

Dios atribuyó suficiente importancia a estos actos de cortesía para registrarlos en su Palabra; y más de mil años más tarde fueron mencionados por un apóstol inspirado: "No olvidéis la hospitalidad, porque por ésta algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles."

El privilegio concedido a Abrahán y Lot no nos es negado. Manifestando hospitalidad a los hijos de Dios, nosotros también podemos recibir a sus ángeles en nuestras moradas. Aun en nuestro tiempo los ángeles entran en forma humana en los hogares de las gentes, y son agasajados por ellas. Y los cristianos que viven a la luz del rostro de Dios están siempre acompañados por ángeles invisibles, y estos seres santos dejan tras sí una bendición en nuestros hogares.[1]

Oportunidades descuidadas—"Amador de la hospitalidad" es una de las cualidades que, según el Espíritu Santo, han de señalar al que debe llevar responsabilidad en la iglesia. Y a toda la iglesia es dada la orden: "Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. Cada uno según el don que ha recibido, adminístrelo a los otros, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios."

[406] Estas amonestaciones han sido extrañamente descuidadas. Aun entre los que profesan ser cristianos se ejercita poco la verdadera hospitalidad. Entre nuestro propio pueblo la oportunidad de manifestar hospitalidad no es considerada como debiera serlo: como un privilegio y una bendición. Es en absoluto demasiado escasa la sociabilidad y disposición para hacer lugar para dos o tres más en la mesa de la familia, sin molestia u ostentación.[2]

Excusas inadecuadas—He oído a muchos disculparse por no invitar a sus hogares y corazones a los santos de Dios, diciendo: "No tengo nada preparado; no he cocinado nada; tendrán que ir

a otra parte." Y en esa otra parte puede haberse inventado alguna otra excusa por no recibir a los que necesitan hospitalidad, y los sentimientos de las visitas quedan profundamente agraviados, y ellas se van con impresiones desagradables acerca de la hospitalidad de estos profesos hermanos y hermanas. Si Vd. no tiene pan, hermana, imite el caso presentado en la Biblia. Vaya a su vecino y dígale: "Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de camino, y no tengo qué ponerle delante."

No encontramos ejemplo alguno en que esta falta de pan sea presentada como excusa por negar la entrada a quien solicitase hospitalidad. Cuando Elías se dirigió a la viuda de Sarepta, ella compartió su último bocado con el profeta de Dios, y él hizo un milagro de manera que gracias al acto de dar albergue a su siervo y compartir su alimento con él, ella misma fué sustentada, y salvó la propia vida y la de su hijo. Así resultará en el caso de muchos, si obran con la misma buena voluntad para gloria de Dios.

Algunas personas alegan su poca salud. Les agradaría mucho ser hospitalarias si tuvieran fuerza para ello. Se han encerrado en sí mismas durante tanto tiempo, han meditado tanto en lo mal que se sentían, y hablado tanto de sus sufrimientos, pruebas y aflicciones que todo esto constituye su verdad presente. Sólo pueden pensar en sí mismas, por mucho que otros estén necesitados de simpatía y [407] asistencia. Hay un remedio para las personas que están aquejadas de mala salud. Si visten al desnudo y meten en casa al pobre desamparado y dan pan al hambriento, se les dice: "Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salud se dejará ver presto." Hacer el bien es un excelente remedio para la enfermedad. A quienes se dedican a esa obra se los invita a invocar a Dios, quien se ha comprometido a responderles. Su alma será satisfecha en la sequía, y serán como un jardín regado, cuyas aguas no faltan.[3]

Bendiciones perdidas por egoísmo—A Dios le desagrada el interés egoísta tan a menudo manifestado para "mí y mi familia." Cada familia que alberga este espíritu necesita ser convertida por los principios puros ejemplificados en la vida de Cristo. Los que se encierran en sí mismos, que no están dispuestos a agasajar visitas, pierden muchas bendiciones.[4]

Los ángeles aguardan para ver si aprovechamos las oportunidades de hacer bien que se nos presentan, y si estamos dispuestos

a bendecir a otros, para que ellos a su vez puedan bendecirnos a nosotros. El Señor mismo nos ha hecho diferentes unos de otros: algunos pobres, otros ricos y otros aún, afligidos, para que todos tengamos oportunidad de desarrollar nuestro carácter. Dios permitió a propósito que los pobres fuesen lo que son, para que podamos ser probados y desarrollar lo que hay en nuestro corazón.[5]

Cuando muere el espíritu de la hospitalidad, el corazón queda paralizado de egoísmo.[6]

¿A quienes se debe dar hospitalidad?—Nuestras relaciones sociales no deberían ser dirigidas por los dictados de las costumbres del mundo, sino por el Espíritu de Cristo y por la enseñanza de su Palabra. En todas sus fiestas los israelitas admitían al pobre, al extranjero y al levita, el cual era a la vez asistente del sacerdote en el santuario y maestro de religión y misionero. A todos se les consideraba como huéspedes del pueblo, para compartir la hospitalidad
[408] en todas las festividades sociales y religiosas y ser atendidos con cariño en casos de enfermedad o penuria. A personas como ésas debemos dar buena acogida en nuestras casas. ¡Cuánto podría hacer semejante acogida para alegrar y alentar al enfermero misionero o al maestro, a la madre cargada de cuidados y de duro trabajo, o a las personas débiles y ancianas que viven tan a menudo sin familia, luchando con la pobreza y el desaliento!

"Cuando haces comida o cena—dice Cristo,—no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; porque también ellos no te vuelvan a convidar, y te sea hecha compensación. Mas cuando haces banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos, los ciegos; y serás bienaventurado; porque no te pueden retribuir; mas te será recompensado en la resurrección de los justos." Lucas 14:12-14.

Estos serán huéspedes que no os costará mucho recibir. No necesitaréis ofrecerles trato costoso y de mucha preparación. Necesitaréis más bien evitar la ostentación. El calor de la bienvenida, un asiento al amor de la lumbre, y uno también a vuestra mesa, el privilegio de compartir la bendición del culto de familia, serían para muchos como vislumbres del cielo.

Nuestras simpatías deben rebosar más allá de nosotros mismos y del círculo de nuestra familia. Hay preciosas oportunidades para los que quieran hacer de su hogar una bendición para otros. La

influencia social es una fuerza maravillosa. Si queremos, podemos valernos de ella para ayudar a los que nos rodean.[7]

Un refugio para los jóvenes tentados—Nuestros hogares deberían ser refugios para los jóvenes que sufren tentación. Muchos hay que se encuentran en la encrucijada de los caminos. Toda influencia e impresión determinan la elección del rumbo de su destino en esta vida y en la venidera. El mal, con sus lugares de reunión, [409]
brillantes y seductores, los invita. A todos los que acudan se les da la bienvenida. En torno nuestro hay jóvenes sin familia, y otros cuyos hogares no tienen poder para protegerlos ni elevarlos, y se ven arrastrados al mal. Se encaminan hacia la ruina en la sombra misma de nuestras puertas.

Estos jóvenes necesitan que se les tienda la mano con simpatía. Las palabras bondadosas dichas con sencillez, las pequeñas atenciones para con ellos, barrerán las nubes de la tentación que se amontonan sobre sus almas. La verdadera expresión de la simpatía proveniente del cielo puede abrir la puerta del corazón que necesita la fragancia de palabras cristianas, y del delicado toque del espíritu del amor de Cristo. Si nos interesáramos por los jóvenes, invitándolos a nuestras casas y rodeándolos de influencias alentadoras y provechosas, serían muchos los que de buena gana dirigirían sus pasos por el camino ascendente.[8]

La sencillez en la familia—Cuando, como sucede a menudo, llegan visitas, no debe permitirse que absorban todo el tiempo y la atención de la madre; el bienestar temporal y espiritual de sus hijos viene en primer lugar. No debe ella dedicar tiempo a preparar ricos pasteles, tortas o manjares malsanos para la mesa. Estos representan un gasto adicional, al que muchos no pueden hacer frente, pero el mal mayor estriba en el ejemplo. Consérvese la sencillez de la familia. No tratéis de dar la impresión de que podéis vivir de una manera que en realidad supera vuestros recursos. No procuréis aparentar lo que no sois, ni en los preparativos para vuestra mesa ni en vuestros modales.

Aunque debéis tratar a vuestras visitas con bondad y hacerles sentir que están en casa, siempre debéis recordar que estáis enseñando a los pequeñuelos que Dios os dió. Os observan, y ningún proceder vuestro debe dirigir sus pies por el camino erróneo. Sed con vuestras visitas precisamente lo que sois cada día con vuestra [410]

familia: amables, considerados y corteses. En esto todos pueden ser educadores, un ejemplo de buenas obras. Atestiguan que hay algo más esencial que pensar en lo que se ha de comer y beber y con qué vestirse.[9]

Un ambiente apacible—Seríamos mucho más felices y más útiles si nuestra vida familiar y nuestro trato social se rigieran por la mansedumbre y la sencillez de Cristo. En vez de lograr con gran esfuerzo una ostentación que excite la admiración o la envidia de las visitas, debemos procurar hacer felices a cuantos nos rodean mediante nuestra alegría, simpatía y amor. Dejemos ver a las visitas que nos esforzamos por obrar conforme a la voluntad de Cristo. Aunque nuestra suerte sea humilde, vean ellas en nosotros un espíritu de contentamiento y gratitud. En un hogar verdaderamente cristiano reina una atmósfera de paz y reposo. Un ejemplo tal no quedará sin efecto.[10]

Se lleva cuenta en el cielo—Cristo lleva cuenta de todo gasto en que se incurre al dar hospitalidad por causa suya. El provee todo lo que es necesario para esta obra. Los que por amor a Cristo alojan y alimentan a sus hermanos, haciendo lo mejor que puedan para que la visita sea provechosa para los huéspedes como para sí mismos, son anotados en el cielo como dignos de bendiciones especiales.

Cristo dió en su propia vida una lección de hospitalidad. Cuando estaba rodeado por la muchedumbre hambrienta al lado del mar, no la mandó sin refección a sus hogares. Dijo a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer.” Y por un acto de poder creador proporcionó bastante alimento para suplir sus necesidades. Sin embargo, ¡cuán sencillo fué el alimento provisto! No había lujo. El que tenía todos los recursos del cielo a su disposición podría haber presentado a la gente una comida suculenta. Pero proveyó solamente lo que bastaba para su necesidad, lo que era el alimento diario de los pescadores a
[411] orillas del mar.

Si los hombres fueran hoy sencillos en sus costumbres y vivieran en armonía con las leyes de la naturaleza, habría abundante provisión para todas las necesidades de la familia humana. Habría menos necesidades imaginarias y más oportunidad de trabajar de acuerdo con los métodos de Dios. ...

La pobreza no necesita privarnos de manifestar hospitalidad. Hemos de impartir lo que tenemos. Hay quienes luchan para ga-

narse la vida, quienes tienen grandes dificultades para suplir sus necesidades; pero aman a Jesús en la persona de sus santos, y están listos para mostrar hospitalidad a creyentes e incrédulos, y tratan de hacer provechosas sus visitas. En la mesa y en el culto de la familia, dan la bienvenida a los huéspedes. El momento de oración impresiona a aquellos que reciben su hospitalidad, y aun una visita puede significar la salvación de un alma de la muerte. El Señor toma nota diciendo: "Te lo pagaré."[11]

Reconoced las oportunidades—Despertad, hermanos y hermanas. No temáis las buenas obras. "No nos cansemos, pues, de hacer bien; que a su tiempo segaremos, si no hubiéremos desmayado." No esperéis que se os indique vuestro deber. Abrid los ojos y ved en derredor vuestro; llegad a conocer a los desamparados, afligidos y menesterosos. No os escondáis de ellos, y no procuréis aislaros de sus necesidades. ¿Quién da las pruebas mencionadas en Santiago, de poseer la religión pura, sin mancha de egoísmo o corrupción? ¿Quiénes están ansiosos de hacer cuanto puedan para ayudar en el gran plan de salvación?[12] [412]

[1] Joyas de los Testimonios 2:568, 569.
[2] Joyas de los Testimonios 2:569, 570.
[3] Testimonies for the Church 2:28, 29.
[4] Joyas de los Testimonios 2:571.
[5] Testimonies for the Church 2:28.
[6] Manuscrito 41, 1903.
[7] El Ministerio de Curación, 272, 273.
[8] El Ministerio de Curación, 273.
[9] Christian Temperance and Bible Hygiene, 143.
[10] The Review and Herald, 29 de noviembre de 1887.
[11] Joyas de los Testimonios 2:571-574.
[12] Testimonies for the Church 2:29.

Sección 16—Las relaciones sociales

Capítulo 73—Nuestras necesidades sociales

Dios proveyó para nuestras necesidades sociales—En los arreglos hechos para la educación del pueblo escogido, se pone de manifiesto que la vida que tiene por centro a Dios, es una vida completa. El provee el medio de satisfacer toda necesidad que ha implantado, y trata de desarrollar toda facultad impartida.

Como Autor de toda belleza, y amante de lo hermoso, Dios proveyó el medio de satisfacer en sus hijos el amor a lo bello. También hizo provisión para sus necesidades sociales, para las relaciones bondadosas y útiles que tanto hacen para cultivar la simpatía, animar y endulzar la vida.[1]

Influencia de las compañías—Cada uno hallará compañeros o los hará. Y la intensidad de la amistad determinará la influencia que los amigos ejerzan unos sobre otros, para bien o para mal. Todos tendrán amistades, influirán en ellas y recibirán su influencia.[2]

Dios recalca mucho la influencia de las compañías, aun sobre los hombres y las mujeres. ¡Cuánto mayor es su poder sobre la mente y el carácter de los niños y los jóvenes que están en pleno desarrollo! Las compañías que traten, los principios que adopten, los hábitos que adquieran, decidirán su utilidad aquí y su destino futuro. ...

[413] Es inevitable que los jóvenes tengan compañías, y necesariamente sentirán su influencia. Hay misteriosos vínculos que ligan las almas, de manera que el corazón de uno responde al corazón del otro. El uno adopta inconscientemente las ideas, los sentimientos y el espíritu del otro. Este trato puede ser una bendición o una maldición. Los jóvenes pueden ayudarse y fortalecerse mutuamente, mejorando en conducta, disposición y conocimiento; o permitirse llegar a ser descuidados e infieles, ejerciendo así una influencia desmoralizadora.[3]

Se ha dicho con verdad: “Dime con quien andas, y te diré quien eres.” Los jóvenes no comprenden cuán sensiblemente quedan afectados su carácter y su reputación por su elección de compañías. Uno busca la compañía de aquellos cuyos gustos, hábitos y prác-

ticas congenian con los suyos. El que prefiere la sociedad de los ignorantes y viciosos a la de los sabios y buenos, demuestra que su propio carácter es deficiente. Puede ser que al principio sus gustos y hábitos sean completamente diferentes de los gustos y hábitos de aquellos cuya compañía procura; pero a medida que trata con esta clase, cambian sus pensamientos y sentimientos; sacrifica los buenos principios, e insensible, aunque inevitablemente, desciende al nivel de sus compañeros. Como un arroyo adquiere las propiedades del suelo donde corre, los principios y hábitos de los jóvenes se tiñen invariablemente del carácter de las compañías que tratan.[4]

Las tendencias naturales hacia abajo—Si se pudiese persuadir a los jóvenes a asociarse con los puros, reflexivos y amables, el efecto sería muy saludable. Si eligen compañeros que temen al Señor, su influencia los conducirá a la verdad, al deber y a la santidad. Una vida verdaderamente cristiana es un poder para el bien. Pero por otro lado, los que se asocian con hombres y mujeres de moral dudosa, de costumbres y principios malos, no tardarán en andar en la misma senda. El impulso de las tendencias del corazón natural es hacia abajo. El que se asocia con los escépticos no tardará en llegar a ser escéptico; el que elija la compañía de los viles, llegará [414] seguramente a ser vil. El andar en el consejo de los impíos es el primer paso en la senda que conduce al camino de los pecadores y a sentarse con los escarnecedores.[5]

Entre los jóvenes del mundo, el amor a la sociedad y al placer llega a ser una pasión absorbente. La gran finalidad de la vida parece ser ataviarse, conversar, satisfacer el apetito y las pasiones, y sumirse en una ronda de disipación social. Dejados solos, se sienten desgraciados. Su deseo principal es ser admirados y adulados, e impresionar la sociedad; y cuando este deseo no se cumple, la vida les parece insoportable.[6]

Los que aman la sociedad ceden con frecuencia a esta inclinación hasta que ella llega a ser una pasión predominante. ... No pueden soportar la lectura de la Biblia ni la contemplación de las cosas celestiales. Se sienten miserables a menos que haya algo que los excite. No tienen en sí el poder de ser felices, sino que dependen para serlo de la compañía de otros jóvenes tan irreflexivos y temerarios como ellos mismos. Dedican a la insensatez y a la disipación mental las facultades que podrían aplicar a fines nobles.[7]

Bendiciones de la sociabilidad cristiana—El pueblo de Dios no cultiva bastante la sociabilidad cristiana. ... Los que se encierran en sí mismos y no están dispuestos a prestarse para beneficiar a otros mediante amigable compañerismo, pierden muchas bendiciones; porque merced al trato mutuo el entendimiento se pule y refina; por el trato social se formalizan relaciones y amistades que acaban en una unidad de corazón y en una atmósfera de amor agradables a la vista del cielo.

Especialmente aquellos que han gustado el amor de Cristo debieran desarrollar sus facultades sociales; pues de esta manera pueden ganar almas para el Salvador. Cristo no debiera ser ocultado en sus corazones, encerrado como tesoro codiciado, sagrado y dulce, que sólo ha de ser gozado por ellos; ni tampoco debieran ellos manifestar
[415] el amor de Cristo sólo hacia aquellos que les son más simpáticos. Se debe enseñar a los alumnos la manera de demostrar, como Cristo, un amable interés y una disposición sociable para con aquellos que se hallan en la mayor necesidad, aun cuando los tales no sean sus compañeros preferidos. En todo momento y en todas partes, manifestó Jesús amante interés en la familia humana y esparció en derredor
[416] suyo la luz de una piedad alegre.[8]

[1] La Educación, 38, 39.
[2] Joyas de los Testimonios 1:585.
[3] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 170.
[4] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 170, 171.
[5] Joyas de los Testimonios 1:585.
[6] Testimonies for the Church 5:112.
[7] Testimonies for the Church 4:624.
[8] Joyas de los Testimonios 2:438.

Capítulo 74—Seguridad o peligro de las amistades

Cosas que influyen en nosotros y en nuestros hijos—Todo trato que tengamos con otros, por limitado que sea, ejerce alguna influencia sobre nosotros. La medida en que cedemos a dicha influencia quedará determinada por el grado de intimidad, la constancia de las relaciones, y nuestro amor v veneración por la persona con quien nos asociamos.[1]

Si nos colocamos entre relaciones cuya influencia tienda a hacernos olvidar lo que el Señor requiere de nosotros, invitamos la tentación y debilitamos nuestra fuerza moral al punto de no poder resistirla. Llegamos a participar del espíritu y de las ideas de aquellos con quienes tratamos y a considerar las cosas sagradas y eternas como inferiores a las ideas de nuestros amigos. Quedamos, en resumen, leudados como lo desea el enemigo de toda justicia.

Cuando los jóvenes caen bajo esta influencia son afectados por ella con más facilidad que aquellos que tienen más años. Todo deja su impresión en la mente de ellos: los rostros que ven, las voces que oyen, los lugares que visitan, las compañías que frecuentan y los libros que leen. Es imposible estimar en exceso la importancia que tienen para este mundo y el venidero las amistades que escogemos para nosotros mismos y, más especialmente, para nuestros hijos.[2]

En peligro por frecuentar a los impíos—El mundo no ha de ser la norma por la cual juzguemos las cosas. No hemos de asociar- [417]
nos con los impíos ni participar de su espíritu, porque apartarían nuestro corazón de Dios para hacernos adorar dioses falsos. El que es firme en la fe puede hacer mucho bien; puede comunicar bendiciones del orden más elevado a aquellos con quienes trata, pues la ley de Jehová está en su corazón. Pero no podemos asociarnos voluntariamente con los que están pisoteando la ley de Dios, y conservar nuestra fe pura y sin mancha. Nos contagiará el espíritu de ellos y a menos que los dejemos, quedaremos al fin vinculados con ellos, para compartir su condenación.[3]

Por sus relaciones con los idólatras y la participación que tuvieron en sus festines, los hebreos fueron inducidos a violar la ley de Dios, y atrajeron sus juicios sobre toda la nación. Así también ahora Satanás obtiene su mayor éxito, en lo que se refiere a hacer pecar a los cristianos, cuando logra inducirlos a que se relacionen con los impíos y participen en sus diversiones. "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo." Dios exige hoy de su pueblo que se mantenga tan distinto del mundo, en sus costumbres, hábitos y principios, como debía serlo el antiguo Israel.[4]

La decisión de Sansón—El cuidado providencial de Dios había asistido a Sansón, para que pudiera prepararse y realizar la obra para la cual había sido llamado. Al principio mismo de la vida se vió rodeado de condiciones favorables para el desarrollo de su fuerza física, vigor intelectual y pureza moral. Pero bajo la influencia de amistades y relaciones impías, abandonó aquella confianza en Dios que es la única seguridad del hombre, y fué arrebatado por la marea del mal. Los que mientras cumplen su deber son sometidos a pruebas pueden tener la seguridad de que Dios los guardará; pero si los hombres se colocan voluntariamente bajo el poder de la tentación, caerán tarde o temprano.[5]

Levadura insidiosa de la maldad—Amados alumnos, día y no-
[418] che os acompañarán las oraciones de vuestros padres. Escuchad sus súplicas y advertencias, y no elijáis amistades temerarias. No podéis discernir como la levadura de impiedad puede corromper insidiosamente vuestro ánimo y vuestros hábitos y, haciéndoos reincidir en malas costumbres, lograr que desarrolléis un carácter defectuoso. Tal vez no veáis ningún peligro real y penséis que podréis hacer el bien con tanta facilidad como antes de ceder a la tentación de hacer lo malo, pero esto es un error. Vuestros padres y maestros que aman y temen a Dios pueden amonestaros, suplicaros y aconsejaros, pero todo será en vano si no os entregáis a Dios ni os valéis de los talentos que os dió para su gloria.[6]

Cuidado con los indiferentes—Si los niños están en compañía de personas cuya conversación se dedica a cosas terrenales sin importancia, su espíritu se pondrá al mismo nivel. Si oyen expresiones de desprecio por los principios de la religión y de nuestra fe, si

sus oídos perciben astutas objeciones contra la verdad, todo esto se grabará en su mente y modelará su carácter.[7]

Nada puede evitar o desterrar las impresiones serias y los buenos deseos con tanta eficacia como el trato con personas vanas, descuidadas y de mente corrompida. Por muy atractivas que resulten las tales personas por su ingenio, sus sarcasmos y sus bromas, el hecho de que tratan la religión con liviandad e indiferencia es razón suficiente para que no debamos asociarnos con ellas. Cuanto más fascinantes sean en otros respectos, tanto más debe temerse su influencia como amistades, porque rodean su vida irreligiosa con muchas atracciones peligrosas.[8]

Las relaciones mundanales atraen y deslumbran de tal manera los sentidos que la piedad, el temor de Dios, la fidelidad y la lealtad no tienen poder para mantener firmes a los hombres. La vida humilde y modesta de Cristo parece carecer por completo de atractivo. Para muchos de los que profesan ser hijos e hijas de Dios, Jesús, la Majestad del cielo, es "como raíz de tierra seca: no hay parecer en [419]
él ni hermosura."[9]

No concentremos nuestros afectos en mundanos—No podemos servir a Dios y al mundo al mismo tiempo. No debemos concentrar nuestros afectos en parientes mundanos, que no desean aprender la verdad. Tal vez, mientras tratamos con ellos procuremos de toda manera posible dejar brillar nuestra luz; pero nuestras palabras, nuestro comportamiento, nuestras costumbres y prácticas, no deben en sentido alguno ser modelados por las ideas y costumbres de aquellos parientes. Debemos revelar la verdad en todo nuestro trato con ellos. Si no lo logramos, cuanto menos trato tengamos con ellos, mejor será para nuestra espiritualidad.[10]

Rehuyamos a los de baja moralidad—Es malo que los cristianos se asocien con los de baja moralidad. El trato diario íntimo que requiere tiempo sin contribuir para nada al fortalecimiento del intelecto o de la moral, es peligroso. Si la atmósfera moral que rodea las personas no es pura ni santificada, sino manchada de corrupción, los que la respiren notarán que obra casi insensiblemente sobre el intelecto y el corazón para envenenarlos y arruinarlos. Es peligroso tratar con aquellos cuya mente se mantiene por naturaleza en un nivel bajo. Gradual e imperceptiblemente los que son concienzudos y aman la pureza descenderán al mismo nivel y participarán con

simpatía en la imbecilidad y esterilidad moral con las cuales están constantemente relacionados.[11]

Un buen nombre es más precioso que el oro. Existe en los jóvenes la inclinación a asociarse con los que son de mentalidad y moral inferior. ¿Qué felicidad verdadera puede esperar una persona joven de una relación voluntaria con personas que tienen una norma baja de pensamientos, sentimientos y conducta? Hay personas de gustos envilecidos y costumbres depravadas, y todos los que elijan tales compañeros seguirán su ejemplo. Vivimos en tiempos peligrosos
[420] que deben infundir temor en todos los corazones.[12]

El temor al ridículo—Los niños ... deben tener compañeros que no ridiculizarán lo que es puro y digno, sino que abogarán por lo que es recto. El temor al ridículo induce a muchos jóvenes a ceder a la tentación y a andar en el camino de los impíos. Por su ejemplo y por sus preceptos, las madres pueden hacer mucho para enseñar a sus hijos a ser íntegros en medio del escarnio y del ridículo.[13]

¿Por qué no consideran nuestros jóvenes que quienes están listos para conducir a otros en sendas prohibidas son fácilmente vencidos por la tentación y son agentes de Satanás para fomentar hábitos desordenados, para burlarse de los que son concienzudos y quisieran conservar la integridad de su carácter?[14]

Vivamos como delante de Dios—Jóvenes amigos, no paséis una sola hora en compañía de quienes quisieran incapacitaros para la obra pura y sagrada de Dios. No hagáis delante de extraños cosa alguna que no haríais delante de vuestros padres, o de la cual os habríais de avergonzar delante de Cristo y de los santos ángeles.

Es posible que algunos piensen que tales recomendaciones no son necesarias para quienes observan el sábado. Pero aquellos a quienes se aplican saben lo que quiero decir. Os recomiendo, jóvenes, que tengáis cuidado; porque nada podéis hacer que no esté expuesto a la vista de los ángeles y de Dios mismo. No podéis hacer una mala obra sin que ella afecte a otros. Mientras que vuestra conducta revela la clase de material que usáis en la edificación de vuestro carácter, ejerce también una influencia poderosa sobre otros. Nunca perdáis de vista el hecho de que pertenecéis a Dios, que él os compró y que debéis darle cuenta de todos los talentos que os confió.[15]

Auxilio especial cuando se lo necesita—No hemos de colocar a nuestros hijos donde hayan de tratar con depravados y degradados.

Puede ser que a veces, en su providencia, Dios ponga a nuestros [421]
jóvenes en compañía de quienes son impuros e intemperantes. Si ellos están dispuestos a cooperar con él, les dará fuerza de propósito y poder para resistir la tentación, como los dió a Daniel y a sus compañeros en Babilonia. Deben mantenerse en constante comunión con Dios, conservarse puros, negarse a hacer cualquier cosa que habría de deshonrar a Dios, y vivir siempre sinceramente para su gloria. Deben velar por las almas, trabajar fervorosamente por aquellos en quienes la imagen de Dios se ha borrado, procurando reformarlos, elevarlos y ennoblecerlos.[16]

Elíjanse amistades serias—Los jóvenes que están en armonía con Cristo elegirán compañeros que les ayudarán a hacer el bien, y rehuirán la sociedad de los que no les presten ayuda en el desarrollo de los buenos principios y nobles propósitos. En todo lugar se hallarán jóvenes cuya mente se ha formado en un molde inferior. Cuando se vean en compañía de esta clase, los que se han puesto sin reserva de parte de Cristo, se mantendrán firmes por aquello que la razón y la conciencia les dicen que es correcto.[17]

Aquellos que quieran adquirir un carácter íntegro deben elegir como asociados a quienes sean de inclinación seria, reflexiva y religiosa. Los que han contado el costo, y desean edificar para la eternidad, deben poner buen material en su edificación. Si aceptan maderas podridas, si se conforman con deficiencias de carácter, el edificio quedará condenado a la ruina. Presten todos atención a cómo edifican. La tempestad de la tentación lanzará sus embates contra el edificio, y a menos que éste se halle firme y fielmente construído, no resistirá la prueba.[18]

Por el trato con los que andan de acuerdo con los buenos principios, aun los negligentes aprenderán a amar la justicia. Y por la práctica del bien hacer, se creará en el corazón una repugnancia por lo trivial, común y diferente de los principios de la Palabra de Dios.[19] [422]

[1]Testimonies for the Church 5:222, 223. [423]

[2]Testimonies for the Church 5:543.

[3]Manuscrito 6, 1892.

[4]Historia de los Patriarcas y Profetas, 489.

[5]Historia de los Patriarcas y Profetas, 612, 613.

[6]The Youth's Instructor, 18 de enero de 1894.

[7]Testimonies for the Church 5:545.
[8]Testimonies for the Church 3:126.
[9]Manuscrito 6, 1892.
[10]Testimonies for the Church 5:543.
[11]Testimonies for the Church 3:125.
[12]Joyas de los Testimonios 1:586.
[13]The Review and Herald, 31 de marzo de 1891.
[14]The Youth's Instructor, 18 de enero de 1894.
[15]Testimonies for the Church 5:398, 399.
[16]Manuscrito 18, 1892.
[17]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 174.
[18]Joyas de los Testimonios 1:585, 586.
[19]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 171.

Capítulo 75—Dirección paternal en asuntos sociales

Influencias casi abrumadoras—La mala influencia que rodea a nuestros niños es casi abrumadora; está corrompiendo sus mentes y arrastrándolos a la perdición. Las mentes juveniles son por naturaleza dadas a la liviandad; y en tierna edad, antes que su carácter esté formado y su juicio maduro, manifiestan a menudo su preferencia por compañías que ejercen sobre ellos una influencia perjudicial.[1]

Si mi voz pudiese alcanzar a los padres en todo el país, los amonestaría a que no cedan a los deseos de sus hijos en lo que respecta a elegir compañeros o asociados. Poca consideración conceden los padres al hecho de que los jóvenes reciben las impresiones perjudiciales con más facilidad que las divinas. Por lo tanto, sus relaciones deben ser de la índole más favorable para que el desarrollo de la gracia y para que la verdad revelada en la Palabra de Dios arraigue en el corazón.[2]

Colóquese a los jóvenes en las circunstancias más favorables que se pueda; porque las compañías que frecuenten, los principios que adopten, los hábitos que contraigan, decidirán con certidumbre infalible la cuestión de su utilidad aquí y de sus intereses futuros y eternos.[3]

Peligros de la libertad ilimitada—Padres, vuestros hijos y vuestras hijas no son debidamente guardados. Nunca debiera permitírseles ir y venir cuando les agrade, sin vuestro conocimiento ni consentimiento. La libertad ilimitada que se concede a los hijos en [424]
esta época ha causado la ruina de millares. ¡A cuántos se permite estar en la calle por la noche mientras que sus padres se conforman con permanecer en la ignorancia acerca de las compañías que frecuentan! Demasiado a menudo eligen compañeros cuya influencia tiende tan sólo a desmoralizarlos.

Al amparo de la obscuridad, los jóvenes se reunen en grupos para recibir sus primeras lecciones en lo que se refiere a los juegos de naipes y los de azar, así como a fumar y beber vino o cerveza. Los hijos de padres religiosos se aventuran en las tabernas para

comer ostras o cosas por el estilo, y se ponen así en el camino de la tentación. La misma atmósfera de esos lugares está impregnada de blasfemias y contaminación. Nadie puede permanecer mucho en ella sin corromperse. En tal ambiente es donde jóvenes promisorios se transforman en ebrios y criminales. Hay que protegerlos contra los mismos comienzos del mal. Padres, a menos que sepáis que vuestros hijos están en lugares intachables, no les permitáis que vayan a la calle después de anochecer para participar en deportes al aire libre, o con el fin de encontrarse con otros jóvenes para divertirse. Si se aplica rígidamente esta regla, llegará a ser habitual el acatarla, y cesará el deseo de transgredirla.[4]

Los padres deben elegirlos—Los padres deben recordar que la compañía de los de baja moralidad y carácter grosero ejercerá una influencia perjudicial sobre los jóvenes. Si no eligen la debida sociedad para sus hijos, y les permiten tratar con jóvenes de moralidad dudosa, los colocan, o permiten que se coloquen en una escuela donde se enseñan y practican lecciones de depravación. Puede ser que ellos piensen que sus hijos son bastante fuertes para resistir la tentación; pero ¿cómo pueden estar seguros de esto? Es mucho más fácil ceder a las malas influencias que resistirlas. Antes que se
[425] den cuenta de ello, sus hijos estarán imbuídos con el espíritu de sus compañeros y ya estarán tal vez degradados o arruinados.[5]

Los peligros de los jóvenes quedan grandemente acrecentados cuando se los asocia con gran número de otros jóvenes de diverso carácter y hábitos de vida. En tales circunstancias, muchos padres se inclinan a relajar más bien que a duplicar sus propios esfuerzos por custodiar y regir a sus hijos.[6]

Unidos y con oración, el padre y la madre deben llevar la grave responsabilidad de guiar correctamente a sus hijos. Cualesquiera que sean las otras cosas que descuiden, nunca deben dejar a sus hijos en libertad para errar por las sendas del pecado. Muchos padres permiten a sus hijos que salgan y obren como les agrade, que se diviertan por su cuenta y elijan malas compañías. En el día del juicio esos padres llegarán a saber que sus hijos perdieron el cielo porque no fueron mantenidos bajo la restricción del hogar.[7]

¿Dónde pasan sus veladas?—A cada hijo e hija debe pedírsele cuenta si se ausenta de la casa de noche. Los padres deben saber en qué compañía se hallan sus hijos, y en casa de quién pasan sus

veladas. Algunos hijos engañan a sus padres con mentiras para evitar que quede expuesta su mala conducta.[8]

Sin cultivo, las malezas predominan—Con demasiada frecuencia los padres dejan que sus hijos elijan por su cuenta sus diversiones, sus compañeros y su ocupación. El resultado es el que sería razonable esperar. Déjese un campo sin cultivo, y producirá espinas y cardos. Nunca se verá que una hermosa flor o un arbusto selecto sobresalga entre las malas hierbas venenosas y de mal aspecto. La zarza inútil crecerá en forma exuberante sin recibir el menor cuidado, mientras que otras plantas, apreciadas por su utilidad o belleza, requieren un cultivo esmerado. Así sucede con nuestros jóvenes. Si se desea que adquieran hábitos correctos y se amolden a los buenos principios, hay que hacer una obra fervorosa. Corregir los [426] malos hábitos es una tarea que requiere diligencia y perseverancia.[9]

Acostúmbrense a confiar en sus padres—Padres, custodiad como a la niña del ojo los principios y hábitos de vuestros hijos. No les permitáis asociarse con persona alguna cuyo carácter no conozcáis. No les permitáis trabar intimidad con nadie hasta que no estéis seguros de que no los perjudicará. Acostumbrad a vuestros hijos a confiar en vuestro juicio y experiencia. Enseñadles que tenéis una percepción más clara del carácter que la que ellos pueden tener en su inexperiencia, y que no deben despreciar vuestras decisiones.[10]

Restricciones firmes, pero bondadosas—Los padres no deben ceder a las inclinaciones de sus hijos, sino seguir la clara senda del deber que Dios trazó, y restringirlos con bondad, negarles con firmeza y determinación, aunque con amor, lo que deseen equivocadamente y alejar sus pasos del mundo hacia el cielo mediante la oración y esfuerzos fervientes y perseverantes. No se debe dejar que los niños vaguen por cualquier camino hacia el cual se sientan inclinados, ni que se desvíen de la senda recta entrando en avenidas abiertas por todos lados. Nadie corre mayor peligro que aquellos que no recelan del peligro y se impacientan frente a los consejos y a las palabras de cautela.[11]

Proteged a vuestros hijos contra toda influencia censurable; porque en la infancia están más sujetos a recibir impresiones, sean de dignidad moral, pureza y hermosura del carácter, o de egoísmo, impureza y desobediencia. Si se los somete a la influencia de un

espíritu de murmuración, orgullo, vanidad e impureza, la mancha puede resultar tan indeleble como la vida misma.[12]

Al hecho de que la educación recibida en el hogar es defectuosa se debe que los jóvenes estén tan poco dispuestos a someterse a la autoridad correspondiente. Yo soy madre, y sé de qué hablo cuando
[427] digo que los jóvenes y niños están, no solamente más seguros sino también más felices, bajo una sana restricción que cuando siguen su propia inclinación.[13]

Las visitas no acompañadas—Algunos padres cometen el error de conceder a sus hijos demasiada libertad. Tienen a veces tanta confianza en ellos que no ven sus defectos. Es malo permitir a los niños realizar visitas distantes que entrañan cierto gasto, sin estar acompañados de sus padres o tutores. Ello tiene una mala influencia sobre los niños. Llegan a pensar que son muy importantes y que les pertenecen ciertos privilegios, y si éstos no les son concedidos, se creen maltratados. Hacen alusión a otros niños que van y vienen y tienen muchos privilegios, mientras que ellos tienen tan pocos.

Y la madre, temiendo que sus hijos la crean injusta, satisface sus deseos, lo cual les causa gran perjuicio. Los jóvenes visitantes, que no se hallan bajo el ojo vigilante de alguno de sus padres, de modo que éstos puedan ver y corregir sus faltas, reciben a menudo impresiones cuya supresión requiere meses.[14]

Los consejos imprudentes—Retened a vuestros hijos en casa; y si hay quienes os dicen: "Sus hijos no sabrán conducirse en el mundo," contestad a vuestras amistades que no os preocupáis mucho acerca del asunto, sino que deseáis llevarlos al Maestro para que los bendiga, así como antiguamente las madres llevaron a sus hijos a Jesús. Decid a vuestros consejeros: "Los hijos son herencia del Señor, y yo quiero ser fiel a mi cometido. ... Mis hijos deben criarse de tal manera que no serán arrebatados por las influencias del mundo sino que, cuando sean tentados a pecar, sabrán pronunciar un rotundo *No.*"... Decid a vuestros amigos y vecinos que queréis ver a vuestra familia dentro de las puertas de la hermosa ciudad.[15]

Les esperan grandes pruebas—Debe educarse a los niños de tal manera que consideren normal la perspectiva de hacer frente a
[428] dificultades, tentaciones y peligros. Se les debe enseñar a ejercer dominio sobre sí mismos y a vencer noblemente las dificultades; y si no se precipitan voluntariosamente al peligro ni se colocan

innecesariamente en el camino de la tentación, si evitan las malas influencias y la sociedad viciosa, y luego se ven inevitablemente obligados a estar en compañía peligrosa, tendrán fuerza de carácter para quedar de parte del bien y de los buenos principios, y mediante la fuerza de Dios saldrán con su moralidad intacta. Las facultades morales de los jóvenes que han sido debidamente educados, y que pongan su confianza en Dios, podrán resistir la prueba más severa.[16] [429]

[1] Joyas de los Testimonios 1:151.
[2] Testimonies for the Church 5:544, 545.
[3] Testimonies for the Church 5:545.
[4] Fundamentals of Christian Education, 63.
[5] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 92, 93.
[6] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 252.
[7] The Review and Herald, 8 de septiembre de 1904.
[8] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 253.
[9] The Review and Herald, 13 de septiembre de 1881.
[10] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 93.
[11] Testimonies for the Church 5:545, 546.
[12] The Signs of the Times, 16 de abril de 1896.
[13] Fundamentals of Christian Education, 62, 63.
[14] Joyas de los Testimonios 1:152.
[15] The Signs of the Times, 23 de abril de 1894.
[16] The Health Reformer, diciembre de 1872.

Capítulo 76—Fiestas y aniversarios

Necesidad de dirección al celebrarlos—Vi que no debemos festejar los días feriados como los festeja el mundo, y sin embargo no debemos pasarlos por alto, sin prestarles atención, porque esto dejaría descontentos a nuestros hijos. En estos tiempos, cuando hay peligro de que nuestros hijos estén expuestos a malas influencias y sean corrompidos por los placeres y la excitación del mundo, procuren los padres preparar algo que reemplace las diversiones más peligrosas. Haced comprender a vuestros hijos que pensáis en su bienestar y felicidad.[1]

Por la observancia de los días de fiesta, tanto la gente del mundo como los miembros de las iglesias han llegado a creer que dichos días son esenciales para la salud y la felicidad; pero los resultados revelan que el mal abunda en ellos.[2]

Nos hemos esforzado en serio por hacer que las fiestas fueran tan interesantes como se pudiera para los jóvenes y los niños mientras cambiábamos ese orden de cosas. Nuestro fin era mantenerlos alejados de las escenas de diversión entre incrédulos.[3]

¿Anotará el ángel: "Un día perdido"?—Una vez terminado un día en que se buscó placer, ¿dónde está la satisfacción de los buscadores? Como obreros cristianos, ¿a quiénes han ayudado a llevar una vida mejor, más elevada y más pura? ¿Qué verían si pudieran mirar lo anotado por el ángel en el registro? ¿Un día perdido? Para sus almas y para el servicio de Cristo, el día se perdió porque
[430] ningún bien se hizo durante sus horas. Podrán disponer de otros días, pero jamás tendrán aquel día pasado en la ociosidad y las charlas insensatas entre jóvenes varones y niñas.

Nunca volverán a presentarse aquellas mismas oportunidades. Habría sido mejor que en aquel día de fiesta se hubiesen dedicado al trabajo más arduo. No dieron a su día de fiesta el empleo correcto, y pasó a la eternidad para que en el juicio los confronte como un día mal empleado.[4]

Los cumpleaños son ocasiones para alabar a Dios—Bajo la economía judaica, Dios había ordenado que se le presentara una ofrenda en ocasión del nacimiento de los hijos. Ahora vemos a los padres procurar en forma especial ofrecer regalos a sus hijos en sus cumpleaños. Hacen de ello una ocasión para honrar al niño, como si se debiera honrar a un ser humano. En esto Satanás ha logrado lo que quería y ha distraído hacia los seres humanos la atención y los regalos, de manera que los pensamientos de los niños se dirigen a sí mismos, como si hubieran de ser objeto de favores especiales. ...

En ocasión de los cumpleaños se debe enseñar a los niños que tienen motivos por agradecer a Dios por su bondad que les conservó la vida otro año. Así se les puede dar lecciones preciosas. Estamos en deuda con el Dador de todas las mercedes tanto por la vida, la salud, el alimento y el vestido, como por la esperanza de vida eterna. Debemos, pues, reconocer sus dones y presentar nuestras ofrendas de gratitud a nuestro mayor benefactor. Estos regalos de cumpleaños son reconocidos por el Cielo.[5]

Es el momento de repasar lo hecho—Enseñadles a repasar el año de su vida que ha transcurrido, a considerar si les agradaría hallarse frente a lo anotado en los libros del cielo. Estimulad en ellos serias reflexiones acerca de si su comportamiento, sus palabras y sus obras fueron de un carácter que agradó a Dios. ¿Hicieron que sus vidas fueran más semejantes a la de Cristo y hermosas a los ojos de Dios? Enseñadles el conocimiento del Señor, sus caminos y sus [431] preceptos.[6]

La obra de Dios en primer lugar—He dicho a mi familia y a mis amistades que mi deseo es que nadie me haga un regalo de cumpleaños o de Navidad, a menos que sea con el permiso de transferirlo a la tesorería del Señor, para ser asignado al establecimiento de las misiones.[7]

¿Cómo observaremos el Día de Acción de Gracias?[*] —Se acerca nuestro Día de Acción de Gracias. ¿Será, como ha sido en muchos casos, una manifestación de agradecimiento hacia nosotros mismos? ¿O será un día de agradecimiento a Dios? Nuestros días

[*]Nota:Este día de fiesta oficial se celebra en Estados Unidos cada año el último jueves de noviembre, en conmemoración del hecho de que los primeros Peregrinos, llegados a la costa de la Nueva Inglaterra en 1620, pudieron sobrevivir gracias a las primeras cosechas que la bendición de Dios les permitió obtener.—El traductor.

de acción de gracias pueden ser ocasiones de gran beneficio para nuestras almas, así como para otras personas, si aprovechamos la oportunidad para recordar a los pobres que hay entre nosotros. ...

Pueden idearse cien maneras de ayudar a los pobres con tanta delicadeza que les hagamos sentir que nos hacen un favor al recibir nuestros regalos y nuestra simpatía. Debemos recordar que es más bienaventurado dar que recibir. Las atenciones de nuestros hermanos son más liberales cuando las tributan a personas a quienes desean honrar, y cuyo respeto desean, pero que no necesitan su ayuda. La costumbre y la moda dicen: Dad a aquellos que os darán; pero no es la regla que dicta la Biblia para regir los donativos. La Palabra de Dios se declara contraria a esta manera de satisfacernos a nosotros mismos al otorgar nuestros regalos, y dice: "El... que da al rico, ciertamente será pobre."

Llega una ocasión en la cual nuestros principios serán probados. Empecemos a preguntarnos qué podemos hacer para los menesterosos de Dios. Podemos hacerlos, por nuestro intermedio, recipientes de las bendiciones de Dios. Reflexionemos acerca de qué viuda, qué huérfano, qué familia pobre, podremos aliviar, no de una manera ostentosa, sino como intermediarios de la bendición del Señor a sus pobres. ...

[432]

Pero esto no abarca todo nuestro deber. Hagamos una ofrenda a nuestro mejor Amigo; reconozcamos sus bondades; manifestemos nuestra gratitud por sus favores; llevemos una ofrenda de agradecimiento a Dios. ... Hermanos y hermanas, tengamos una comida sencilla el Día de Acción de Gracias, y con el dinero que gastaríamos en cosas adicionales para halagar el apetito, presentemos una ofrenda de agradecimiento a Dios.[8]

No observemos ya el Día de Acción de Gracias para halagar el apetito y glorificar al yo. Tenemos motivo por presentarnos en los atrios del Señor con ofrendas de gratitud porque nos conservó la vida un año más. ... Si ha de haber banquete, sea para los que están en necesidad.[9]

Un Día de Acción de Gracias.[*] —Pienso que tenemos algo por lo cual estar agradecidos. Debemos alegrarnos y regocijarnos

[*]Nota: Parte de un sermón para el Día de Acción de Gracias, predicado en el Tabernáculo de Battle Creck el 27 de noviembre de 1884.

en Dios porque nos ha concedido muchas mercedes. ... Queremos que este Día de Acción de Gracias sea todo lo que implica. No permitamos que se pervierta ni que haya escorias mezcladas con nuestro agradecimiento. Sea más bien ese día lo que su nombre implica, es decir dedicado a dar gracias. Asciendan nuestras voces en alabanza a Dios.[10]

Días dedicados a Dios—¿No sería bueno que nosotros dedicásemos a Dios fiestas durante las cuales podríamos hacer revivir en nuestra mente el recuerdo del trato que él nos ha dispensado? ¿No sería bueno considerar sus bendiciones pasadas, recordar las amonestaciones impresionantes que dirigió a nuestras almas para que no nos olvidásemos de él? [433]

El mundo tiene muchas fiestas, y los hombres se han dejado enfrascar en deportes, carreras de caballos, juegos, hábitos de fumar y emborracharse. ...

¿No tendrá el pueblo de Dios, con más frecuencia, santas convocaciones para dar gracias a Dios por sus ricas bendiciones?[11]

Oportunidades de hacer obra misionera—Necesitamos en la iglesia hombres capaces de desarrollarse en la tarea de organizar y dar trabajo práctico a jóvenes y señoritas para que alivien las necesidades de la humanidad y trabajen para salvar las almas de hombres, mujeres, jóvenes y niños. Será imposible que todos dediquen el total de su tiempo a esa obra, debido al trabajo que deben hacer para ganarse la vida. Sin embargo, disponen de las fiestas y otros momentos que pueden dedicar a la obra cristiana y así hacer bien, aun cuando sus recursos no les permitan dar mucho.[12]

Cuando tenéis una fiesta, haced de ella un día agradable y feliz para vuestros hijos, y haced también que sea un día agradable para los pobres y afligidos. No dejéis transcurrir el día sin llevar a Jesús ofrendas de agradecimiento.[13] [434]

[1] Testimonies for the Church 1:514.
[2] Fundamentals of Christian Education, 317.
[3] The Review and Herald, 29 de enero de 1884.
[4] Carta 12, 1892.
[5] The Review and Herald, 9 de diciembre de 1890.
[6] The Review and Herald, 23 de diciembre de 1884.
[7] The Review and Herald, 27 de diciembre de 1906.
[8] The Review and Herald, 18 de noviembre de 1884.

[9]The Review and Herald, 23 de diciembre de 1884.
[10]Ibid.
[11]Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 262.
[12]Carta 12, 1892.
[13]The Review and Herald, 13 de noviembre de 1894.

Capítulo 77—La navidad

La fiesta de la Navidad—"Ya llega la Navidad," es la nota que resuena por el mundo, del este al oeste y del norte al sur. Para los jóvenes, para los de edad madura y aun para los ancianos, es una ocasión de regocijo general. Pero, ¿qué es la Navidad para que requiera tanta atención? ...

Se dice que el 25 de diciembre es el día en que nació Jesucristo, y la observancia de ese día se ha hecho costumbre popular. Sin embargo, no hay seguridad de que estemos guardando el día preciso en que nació nuestro Salvador. La historia no nos da pruebas ciertas de ello. La Biblia no señala la fecha exacta. Si el Señor hubiese considerado tal conocimiento como esencial para nuestra salvación, habría hablado de ello por sus profetas y apóstoles, a fin de dejarnos enterados de todo el asunto. Por lo tanto, el silencio de las Escrituras al respecto nos parece evidencia de que nos fué ocultado con el más sabio de los propósitos.

En su sabiduría, el Señor no reveló el lugar donde había sepultado a Moisés. Le enterró, luego le resucitó y lo llevó al cielo. Obró así en secreto para evitar la idolatría. Aquel contra quien se habían rebelado [los israelitas] mientras estaba en servicio activo, aquel a quien provocaron casi más allá de lo que podía soportar un ser humano, fué casi adorado como Dios después que la muerte lo separó de ellos. Por el mismo motivo Dios ocultó el día preciso en que nació Cristo, a fin de que ese día no recibiese el honor que debía darse a Cristo como Redentor del mundo y el único que debía ser recibido y en quien se debía confiar por ser el único capaz de salvar [435] hasta lo sumo a todos los que se allegan a él. La adoración del alma debe tributarse a Jesús como Hijo del Dios infinito.[1]

Es difícil pasarla por alto—En vista de que el 25 de diciembre se observa para conmemorar el nacimiento de Cristo, y en vista de que por el precepto y por el ejemplo se ha enseñado a los niños que es en verdad un día de alegría y regocijo, os resultará difícil pasar

por alto esa fecha sin dedicarle cierta atención. Es posible valerse de ella con un buen propósito.

Es necesario tratar a los jóvenes con mucho cuidado. No se les debe dejar que en ocasión de Navidad busquen diversión en la vanidad y la búsqueda de placeres, o en pasatiempos que pudieran perjudicar su espiritualidad. Los padres pueden controlar esto dirigiendo la atención y las ofrendas de sus hijos hacia Dios y su causa, y hacia la salvación de las almas.

En vez de ser ahogado y prohibido arbitrariamente, el deseo de divertirse debe ser controlado y dirigido por esfuerzos esmerados de parte de los padres. Su deseo de hacer regalos puede ser desviado por cauces puros y santos a fin de que beneficie a nuestros semejantes al suplir la tesorería con recursos para la grandiosa obra que Cristo vino a hacer en este mundo. La abnegación y el sacrificio propio caracterizaron su conducta, y deben caracterizar también la de los que profesamos amar a Jesús porque en él se concentra nuestra esperanza de vida eterna.[2]

El intercambio de regalos—Se acerca la época de las fiestas con su intercambio de regalos, y tanto los jóvenes como los adultos consideran atentamente qué pueden dar a sus amigos en señal de afectuoso recuerdo. Por insignificantes que sean los regalos, es agradable recibirlos de aquellos a quienes amamos. Constituyen una demostración de que no nos han olvidado, y parecen estrechar un poco más los lazos que nos unen con ellos. ... Está bien que nos otorguemos unos a otros pruebas de cariño y aprecio con tal
[436] que no olvidemos a Dios, nuestro mejor Amigo. Debemos hacer regalos que sean de verdadero beneficio para quienes los reciban. Yo recomendaría libros que ayuden a comprender la Palabra de Dios o que acrecienten nuestro amor por sus preceptos. Proveamos algo que leer para las largas veladas del invierno.[3]

Libros recomendados para los niños—Son muchos los que no tienen libros ni publicaciones relativas a la verdad presente. Representan, sin embargo, un importante renglón en el cual se puede invertir dinero. Son muchos los pequeñuelos a quienes se debieran proveer buenas lecturas. Las series de *Lecturas y Poesías para el*

Sábado[*] son libros preciosos que pueden introducirse en todo hogar. Las muchas sumas pequeñas que suelen gastarse en caramelos y juguetes inútiles pueden guardarse para tener con que comprar tales libros. ...

Los que quieran ofrecer regalos valiosos a sus hijos, nietos o sobrinos, pueden proporcionarles los libros mencionados arriba, que se destinan a los niños. Para los jóvenes, la *Vida de José Bates* es un tesoro; también lo son los tres tomos de *El Espíritu de Profecía*.[†] Estos tomos debieran estar en cada hogar del país. Dios está dando luz del cielo, y ni una sola familia debiera quedar privada de ella. Sean los regalos que ofrezcáis de tal índole que derramen rayos de luz sobre la senda que conduce al cielo.[4]

No debe olvidarse a Jesús—Hermanos y hermanas, mientras estáis pensando en los regalos que queréis ofreceros unos a otros, quisiera haceros acordar de nuestro Amigo celestial, no sea que olvidéis lo que él nos pide. ¿No le agradará nuestra demostración de que no le hemos olvidado? Jesús, el Príncipe de vida, lo dió todo para poner la salvación a nuestro alcance. ... Hasta sufrió la muerte, [437]
para poder darnos la vida eterna.

Mediante Cristo es como recibimos toda bendición. ... ¿No compartirá nuestro Benefactor celestial las pruebas de nuestra gratitud y amor? Venid, hermanos y hermanas, con vuestros hijos, aun con los niños de brazos, y traed vuestras ofrendas a Dios de acuerdo con lo que podáis dar. Hónrenle vuestros corazones con melodías y alabadle con vuestros labios.[5]

Es tiempo para honrar a Dios—El mundo dedica las fiestas a la frivolidad, el despilfarro, la glotonería y la ostentación. ... En ocasión de las próximas fiestas de Navidad y Año Nuevo se desperdiciarán miles de dólares en placeres inútiles; pero es privilegio nuestro apartarnos de las costumbres y prácticas de esta época de degeneración; y en vez de gastar recursos simplemente para satisfacer el apetito y comprar inútiles adornos o prendas de vestir, podemos

[*]Nota: El texto inglés menciona varias obras de ediciones agotadas desde hace mucho, pero debemos entender que los principios aquí presentados tienen igual aplicación en nuestros tiempos.

[†]Nota: Así se titulaban los libros de la Sra. E. G. de White que precedieron la serie que hoy comienza con "Patriarcas y Profetas" y termina con "El Conflicto de los Siglos."

hacer de las próximas fiestas una ocasión de honrar y glorificar a Dios.[6]

Cristo debe ser el objeto supremo; pero en la forma en que se ha estado observando la Navidad, la gloria se desvía de él hacia el hombre mortal, cuyo carácter pecaminoso y defectuoso hizo necesario que el Salvador viniese a nuestro mundo. Jesús, la Majestad del cielo, el Rey del cielo, depuso su realeza, dejó su trono de gloria, su alta investidura, y vino a nuestro mundo para traer auxilio divino al hombre caído, debilitado en su fuerza moral y corrompido por el pecado. ...

Los padres debieran recordar estas cosas a sus hijos e instruirlos, renglón tras renglón, precepto tras precepto, en su obligación para con Dios, no en la que creen tener uno hacia otro, de honrarse y glorificarse mutuamente con regalos.

Encaucemos sus pensamientos—Son muchas las cosas que pueden idearse con buen gusto y a un costo mucho menor que el de los regalos innecesarios que con tanta frecuencia se ofrecen a los niños y a los parientes. Así se manifestará cortesía en el hogar y
[438] habrá felicidad en él.

Podéis enseñar una lección a vuestros hijos al explicarles vuestros motivos por hacer cambios con respecto al valor de sus regalos y decirles que os convencisteis de que solíais considerar su placer antes que la gloria de Dios. Decidles que pensabais más en vuestro propio placer y en la satisfacción de ellos que en el progreso de la causa de Dios, a la cual descuidabais para manteneros en armonía con las costumbres y las tradiciones del mundo, haciendo regalos a quienes no los necesitaban. Como los antiguos magos, podéis ofrecer a Dios vuestros mejores regalos y demostrarle por vuestras ofrendas que apreciáis el don que hizo a un mundo pecaminoso. Encauzad los pensamientos de vuestros hijos en una nueva dirección, que los haga altruístas al incitarlos a presentar ofrendas a Dios por el don de su Hijo unigénito.[8]

"¿Tendremos árbol de Navidad?"—Agradaría mucho a Dios que cada iglesia tuviese un árbol de Navidad del cual colgasen ofrendas, grandes y pequeñas, para esas casas de culto.[*] Nos han

[*]Nota: En el articulo se aludía a ciertos proyectos de construcción entonces en ejecución. Las referencias se insertan aquí porque los principios presentados tienen aplicación para el día de hoy.

llegado cartas en las cuales se preguntaba: ¿Tendremos un árbol de Navidad? ¿No seremos en tal caso como el mundo? Contestamos: Podéis obrar como lo hace el mundo, si estáis dispuestos a ello, o actuar en forma tan diferente como sea posible de la seguida por el mundo. El elegir un árbol fragante y colocarlo en nuestras iglesias no entraña pecado, sino que éste estriba en el motivo que hace obrar y en el uso que se dé a los regalos puestos en el árbol.

El árbol puede ser tan alto y sus ramas tan extensas como convenga a la ocasión, con tal que sus ramas estén cargadas con los frutos de oro y plata de vuestra beneficencia y los ofrezcáis a Dios como regalo de Navidad. Sean vuestros donativos santificados por la oración.[9]

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo pueden y deben celebrarse [439] en favor de los desamparados. Dios es glorificado cuando damos para ayudar a los que han de sustentar familias numerosas.[10]

No es un pecado—No adopten los padres la conclusión de que un árbol de Navidad puesto en la iglesia para distraer a los alumnos de la escuela sabática es un pecado, porque es posible hacer de él una gran bendición. Dirigid la atención de esos alumnos hacia fines benévolos. En ningún caso debe ser la simple distracción el objeto de esas reuniones. Aunque algunos truequen estas ocasiones en momentos de negligente liviandad y no reciban la impresión divina, para otras mentes y caracteres dichas ocasiones resultan altamente benéficas. Estoy bien convencida de que pueden idearse substitutos inocentes para muchas reuniones desmoralizadoras.[11]

Diversiones inocentes—¿No os levantaréis, mis hermanas y hermanos cristianos, y no habréis de ceñiros para cumplir vuestro deber en el temor de Dios, y no ordenaréis este asunto de modo que, en vez de carecer de interés, rebose de placer inocente y lleve la señal del cielo? Sé que la clase más pobre responderá a esta sugestión. Los más ricos también debieran manifestar interés y dar regalos y ofrendas proporcionales a los recursos que Dios les confió. ¡Ojalá que en los libros del cielo se hagan acerca de la Navidad anotaciones cual nunca se las vió, por causa de los donativos que se ofrezcan para sostener la obra de Dios y el fortalecimiento de su reino![12] [440]

[1]The Review and Herald, 9 de diciembre de 1884.
[2]Ibid.
[3]The Review and Herald, 26 de diciembre de 1882.
[4]The Review and Herald, 11 de diciembre de 1879.
[5]The Review and Herald, 26 de diciembre de 1882.
[6]The Review and Herald, 11 de diciembre de 1879.
The Review and Herald de 9 de diciembre, 1884.
[8]The Review and Herald, 13 de noviembre de 1894.
[9]The Review and Herald, 11 de diciembre de 1879.
[10]Manuscrito 13, 1896.
[11]The Review and Herald, 9 de diciembre de 1884.
[12]Ibid.

Capítulo 78—La familia como centro misionero

Dirijan correctamente los padres a sus hijos—A nosotros, como padres cristianos, nos toca dar a nuestros hijos la debida dirección. Deben ser guiados con cuidado, prudencia y ternura en la senda del ministerio cristiano. Un pacto sagrado con Dios nos impone la obligación de educar a nuestros hijos para servirle. Rodearlos de una influencia que los lleve a escoger una vida de servicio, y darles la educación necesaria para ello, tal es nuestro primer deber.[1]

Pueden ser como Daniel y Ester—El propósito de Dios para con los niños que crecen en nuestros hogares es más amplio, más profundo, y más elevado de lo que ha comprendido nuestra restringida visión. En lo pasado, Dios ha llamado a personas de origen humilde a las cuales ha visto fieles, para que diesen testimonio de él en los sitios más encumbrados del mundo. Y más de un muchacho de hoy día que crezca como Daniel en su hogar de Judea, estudiando la Palabra de Dios y sus obras y aprendiendo lecciones de servicio fiel, se hallará aún ante asambleas legislativas, en tribunales de justicia, o en cortes reales, como testigo del Rey de reyes. Multitudes serán llamadas a un ministerio más amplio. El mundo entero se abre al Evangelio. ... De toda región del mundo, llega el clamor de corazones heridos por el pecado que ansían conocer al Dios de amor. ... A los que hemos recibido este conocimiento, junto con nuestros hijos a quienes podemos impartirlo, nos toca responder a su clamor. A toda [441] casa y toda escuela, a todo padre, maestro y niño sobre los cuales ha brillado la luz del Evangelio, se hace en esta crisis la pregunta hecha a Ester en aquella crisis decisiva de la historia de Israel: "¿Quién sabe si para esta hora te han hecho llegar al reino?"[2]

Maneras de testificar por Cristo—Todos no pueden ir a los campos extranjeros como misioneros, pero cada cual puede hacer trabajo misionero en su familia y en su vecindario. Los miembros de iglesia pueden comunicar el mensaje de muchas maneras a quienes los rodean. Uno de los medios más eficaces es vivir una vida cristiana útil y desinteresada. Aquellos que pelean la batalla de la vida con

grandes desventajas, pueden ser animados y fortalecidos por medio de pequeñas atenciones que no cuestan nada. Las palabras amables dichas con sencillez, junto con pequeñas atenciones, bastarán a veces para disipar las nubes de la tentación y de la duda que cubren las almas. Una simpatía cristiana, del corazón, expresada con franqueza, puede abrir la puerta de los corazones que necesitan el delicado toque del Espíritu del Señor.[3]

Un vasto campo de actividad se abre delante de las mujeres así como de los hombres. Se necesitan cocineras competentes, costureras y enfermeras. Enseñad a los pobres a cocinar los alimentos, a remendar sus ropas, a atender a los enfermos y a cuidar debidamente sus casas. Debiera acostumbrarse a los niños a hacerse útiles prestando pequeños servicios a los que son menos favorecidos que ellos.[4]

Niños y jóvenes que sirven a otros—Algunos dirán, tratando de disculparse: "Mis deberes domésticos y mis hijos exigen todo mi tiempo y todos mis recursos." Padres, vuestros hijos pueden ser para vosotros una ayuda que acreciente vuestras fuerzas y capacidades de trabajar para el Maestro. Los niños son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Deben ser inducidos a consagrarse a Dios,
[442] a quien pertenecen por derecho de creación y de redención. Se les debe enseñar que todas sus energías del espíritu, del cuerpo y del alma pertenecen al Señor. Hay que enseñarles a servir en diferentes actividades útiles y desinteresadas. No permitáis que vuestros hijos sean impedimentos. Ellos deben compartir con vosotros vuestras cargas espirituales así como las materiales. Al ayudar a otros, ellos acrecientan su propia felicidad y utilidad.[5]

Si en cada iglesia los jóvenes de uno y otro sexo se consagraran solemnemente a Dios, si practicaran la abnegación en la vida familiar, aliviando a sus madres cansadas y acongojadas, ¡qué cambio no se vería en nuestras iglesias! La madre podría hallar tiempo para hacer visitas en el vecindario. Según tuvieran oportunidad, los niños, aun en tierna edad, podrían ayudar haciendo pequeños mandados de misericordia y amor en beneficio de otras personas. Así se podría entrar en miles de hogares pobres y menesterosos que no conocen nuestra fe. En muchas familias, podrían colocarse libros referentes a salud y temperancia. Hacer circular tales libros es obra importante; porque contienen preciosos conocimientos acerca de cómo tratar las

enfermedades, conocimientos que serían de gran bendición para los que no pueden gastar en visitas de médico.[6]

Dios quiere pequeños misioneros—Dios quiere que todo niño de tierna edad sea hijo suyo, adoptado en su familia. Aun cuando sus años sean pocos, los jóvenes pueden ser miembros de la familia de la fe y gozar una experiencia preciosa.[7]

Durante sus primeros años los niños pueden ser útiles en la obra de Dios. ... El les dará su gracia y su Espíritu Santo, para que venzan la impaciencia, la irritabilidad y todo pecado. Jesús ama a los niños. Les reserva bendiciones y se deleita en verlos obedecer a sus padres. Desea que sean sus pequeños misioneros, que sacrifiquen sus propias inclinaciones y sus deseos de placer egoísta a fin de [443] servirle; y este servicio es tan aceptable para Dios como lo es el de sus hijos adultos.[8]

Por sus preceptos y su ejemplo, los padres han de enseñar a sus hijos a trabajar por los inconversos. Los niños deben ser educados de tal manera que simpaticen con los ancianos y afligidos y procuren aliviar los padecimientos de los pobres y angustiados. Se les debe enseñar a ser diligentes en la obra misionera; y desde sus primeros años debe inculcárseles que, a fin de colaborar con Dios, han de ser abnegados y hacer sacrificios para beneficiar a los demás y hacer progresar la causa de Cristo.[9]

Enseñen los padres a sus pequeñuelos la verdad tal cual es en Jesús. En su sencillez, los niños repetirán a sus compañeros lo que han aprendido.[10]

La iglesia tiene trabajo para los jóvenes—Deben los dirigentes de la iglesia idear planes para que los jóvenes de uno y otro sexo se preparen para utilizar los talentos que se les confió. Los miembros de la iglesia que tienen más edad han de procurar hacer una obra ferviente y compasiva en favor de los niños y jóvenes. Dediquen los pastores toda su habilidad a idear planes para inducir a los miembros jóvenes de la iglesia a cooperar con ellos en la obra misionera. No os imaginéis, sin embargo, que podéis despertar su interés con sólo predicar un largo sermón en la reunión misionera. Haced planes que despierten vivo interés y den a todos una parte que hacer. Preparad a los jóvenes para que hagan lo que se les asigne, y pedidles que, trayendo semana tras semana sus informes a la reunión misionera, relaten lo que experimentaron y qué éxito tuvieron por la gracia de

Cristo. Tales informes, presentados por obreros consagrados, harán que las reuniones misioneras no sean tediosas ni carezcan de concurrentes. Rebosarán, más bien, de interés.[11]

Búsquense oportunidades—Hay oportunidades al alcance de
[444] cada uno. Emprended la obra que debe ser hecha en vuestro vecindario y de la cual se os hace responsables.[*] No aguardéis a que otros os insten a avanzar. Obrad sin dilación y recordando vuestra responsabilidad individual hacia Aquel que dió su vida por vosotros. Actuad como si oyerais a Cristo invitándoos personalmente a despertar de vuestro sueño y a ejercitar toda facultad que Dios os dió para rendir lo máximo en su servicio. No os detengáis a mirar si los demás están listos para recibir la inspiración de la Palabra del Dios viviente. Si estáis cabalmente consagrados, él traerá a la verdad, por vuestro intermedio, a quienes pueda usar para transmitir la luz a muchas almas que están en tinieblas.[12]

Vayan familias cristianas a regiones sin luz—Dios invita a familias cristianas a que se trasladen en medio de las comunidades sumidas aún en las tinieblas y el error, a fin de trabajar para el Maestro con tacto y perseverancia. Se necesita renunciamiento para responder a tales llamadas. Mientras que muchos esperan que toda dificultad haya desaparecido, hay almas que mueren sin esperanza y sin Dios en el mundo. Muchas personas están dispuestas a aventurarse en regiones pestilenciales y sufrir penurias y privaciones por alguna ventaja terrenal o para adquirir conocimientos científicos. ¿Quién está dispuesto a hacer otro tanto para hablar del Salvador? ¿Dónde están los hombres y las mujeres que querrán ir a las regiones necesitadas del Evangelio para anunciar el Redentor a quienes viven en las tinieblas?[13]

Si hubiese familias dispuestas a establecerse en los lugares obscuros de la tierra, donde los habitantes están rodeados de lobreguez espiritual, y allí dejaran que la luz de la vida de Cristo resplandeciese por su intermedio, se podría realizar una gran obra. Comiencen su obra de una manera modesta y sosegada, sin gastar recursos de la
[445] asociación hasta que el interés se extienda tanto que no lo puedan atender sin ayuda pastoral.[14]

[*]Nota:Para obtener consejos detallados acerca de los métodos y la eficacia del servicio prestado con bondad en el vecindario, consúltese el libro “Welfare Ministry” (El ministerio de la beneficencia).—Los compiladores.

Los niños harán lo que otros no puedan hacer—Cuando los agentes celestiales vean que no se permite más a los hombres presentar la verdad, el Espíritu de Dios descenderá sobre los niños y ellos harán en la proclamación de la verdad una labor que los obreros de mayor edad no podrán hacer, por cuanto su camino se hallará cerrado.[15]

En las escenas finales de la historia de esta tierra, muchos de estos niños y jóvenes asombrarán a la gente por su testimonio de la verdad, que darán con sencillez, pero con espíritu y poder. Se les habrá enseñado el temor de Jehová y su corazón habrá sido enternecido por un estudio cuidadoso de la Biblia, acompañado de oración. En el cercano futuro, muchos niños serán dotados del Espíritu de Dios, y harán en la proclamación de la verdad al mundo, una obra que en aquel entonces no podrán hacer los miembros adultos.[16]

Nuestras escuelas de iglesia han sido instituídas por Dios para preparar a los niños para esta gran obra. En ellas han de ser educados los niños en las verdades especiales para este tiempo y en la obra misionera práctica. Ellos han de alistarse en el ejército de obreros para auxiliar a los enfermos y a los que sufren. Los niños pueden tomar parte en la obra médico-misionera y mediante sus jotas y tildes pueden contribuir a llevarla adelante. ... Por su intermedio se hará notorio el mensaje de Dios y su salud salvadora a todas las naciones. Por lo tanto, preocúpese la iglesia por los corderos del rebaño. Sean los niños educados y preparados para servir a Dios, pues ellos son la heredad del Señor.[17]

Aprendan trabajando—El amor y la lealtad a Cristo son las fuentes de todo servicio verdadero. En el corazón conmovido por su amor se engendra el deseo de trabajar por él. Estimúlese y diríjase debidamente este deseo. Ya sea en el hogar, el vecindario, o la escuela, la presencia del pobre, el afligido, el ignorante o el desgraciado, [446] no debería ser considerada como una desgracia, sino como el medio de proveer una preciosa oportunidad para el servicio.

En esta obra, como en cualquiera otra, se adquiere pericia en el trabajo mismo. Se obtiene eficiencia por medio de la preparación en los deberes comunes de la vida y en el ministerio a los necesitados y dolientes. Sin esto, los esfuerzos mejor intencionados son con

frecuencia inútiles y hasta perjudiciales. Los hombres aprenden a
[447] nadar en el agua, y no en tierra.[18]

[1] El Ministerio de Curación, 308.
[2] La Educación, 255, 256.
[3] Testimonios Selectos 5:146.
[4] Joyas de los Testimonios 3:302, 303.
[5] Joyas de los Testimonios 3:103.
[6] Manuscrito 119, 1901.
[7] Carta 104, 1897.
[8] The Review and Herald, 17 de noviembre de 1896.
[9] Testimonies for the Church 6:429.
[10] Manuscrito 19, 1900.
[11] Testimonies for the Church 6:435, 436.
[12] Manuscrito 128, 1901.
[13] Joyas de los Testimonios 3:300, 301.
[14] Testimonies for the Church 6:442.
[15] Joyas de los Testimonios 2:461.
[16] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 127.
[17] Joyas de los Testimonios 2:461, 462.
[18] La Educación, 260, 261.

Sección 17—Recreación y solaz

Capítulo 79—La recreación es esencial

Opiniones extremistas—Hay personas de imaginación enfermiza para quienes la religión es un tirano, que las gobierna con vara de hierro. Las tales lamentan constantemente su propia depravación, y gimen por males supuestos. No existe amor en su corazón; su rostro es siempre ceñudo. Las deja heladas la risa inocente de la juventud o de cualquiera. Consideran como pecado toda recreación o diversión, y creen que la mente debe estar constantemente dominada por pensamientos austeros. Este es un extremo. Otros piensan que la mente debe dedicarse constantemente a inventar nuevas diversiones a fin de tener salud. Aprenden a depender de la excitación, y se sienten intranquilos sin ella. Los tales no son verdaderos cristianos. Van a otro extremo. Los verdaderos principios del cristianismo abren ante nosotros una fuente de felicidad cuya altura, profundidad, longitud y anchura son inconmensurables.[1]

Refrigerio para el espíritu y el cuerpo—Es privilegio y deber de los cristianos procurar refrigerar su espíritu y vigorizar su cuerpo mediante recreaciones inocentes, con el propósito de utilizar sus facultades físicas y mentales para la gloria de Dios. Nuestras recreaciones no deben consistir en escenas de alegría sin sentido ni rebajarse a la insensatez. Podemos dirigirlas de tal manera que beneficien y eleven a aquellos con quienes nos asociamos, y nos
[448] dejen a ellos y a nosotros mismos mejor preparados para cumplir con éxito los deberes que nos incumben como cristianos.[2]

Se me mostró que, como pueblo, los observadores del sábado trabajan demasiado arduamente sin concederse cambios ni plazos de descanso. La recreación es necesaria para los que se dedican al trabajo físico y es aun más esencial para aquellos cuya labor es principalmente mental. No es esencial para nuestra salvación ni para la gloria de Dios que mantengamos nuestro intelecto trabajando de continuo y en exceso, ni aun cuando lo dedicamos a temas religiosos.[3]

Los alrededores del hogar y de la escuela tienen mucho que ver con la recreación. Deberían tenerse en cuenta estas cosas al escoger la casa para vivir o el lugar para establecer una escuela. Aquellos para quienes el bienestar físico y mental es de mayor importancia que el dinero y las exigencias o las costumbres de la sociedad, deberían buscar para sus hijos el beneficio de la enseñanza de la naturaleza y la recreación en el ambiente que ella ofrece.[4]

Esencial para hacer el mejor trabajo—El tiempo pasado en ejercicio físico no es perdido. ... Un ejercicio proporcionado de todos los órganos y facultades del cuerpo es esencial para el mejor trabajo de cada uno. Cuando el cerebro está constantemente recargado, en tanto que los demás órganos de la maquinaria viviente se hallan inactivos, hay una pérdida de fuerza física y mental. El sistema físico es despojado de su saludable tono, la mente pierde su frescura y vigor, y una excitabilidad morbosa es la consecuencia.[5]

Es necesario ejercer cuidado en lo que respecta a las horas destinadas al sueño y al trabajo. Debemos tener plazos de descanso, otros de recreación, y otros para la vida contemplativa. ... Los principios de la temperancia tienen más alcance de lo que muchos piensan.[6]

Los estudiantes necesitan descanso—Los que se dedican al estudio deben tener solaz. La mente no debe dedicarse constantemente [449]
a la reflexión detenida, porque se gastaría la delicada maquinaria mental. Tanto el cuerpo como la mente deben tener ejercicio.[7]

La atención prestada a la recreación y a la cultura física interrumpirá sin duda a veces la rutina del trabajo escolar, pero la interrupción no será un verdadero obstáculo. Con el fortalecimiento de la mente y del cuerpo, el cultivo de un espíritu abnegado, y la unión del alumno y el maestro por lazos de interés común y amistad, se recompensará cien veces el gasto de tiempo y esfuerzo. Se proveerá un uso correcto a la inquieta energía que con tanta frecuencia es una fuente de peligro para los jóvenes. Como salvaguardia contra el mal, el hecho de estar preocupada la mente con cosas buenas, es de mucho más valor que un sinnúmero de barreras, de leyes y de disciplina.[8]

Oficinistas que necesitaban recreación—Vi que son pocos los que comprenden la labor constante y agotadora de los que llevan las responsabilidades de la obra en la oficina. Están encerrados día tras día y semana tras semana, mientras que el constante recargo impuesto a sus facultades mentales mina su constitución y reduce

su asidero de la vida. Estos hermanos están en peligro de sufrir un quebranto repentino. No son inmortales y si no realizan un cambio se agotarán y la obra perderá sus servicios.

Tenemos dones preciosos en los Hnos. A, B y C. No podemos permitirles que se arruinen la salud por estar siempre encerrados y trabajando incesantemente entre cuatro paredes. ... No han tenido casi variación, con excepción de la que les han dado las fiebres y otras enfermedades. Debieran tener un cambio a menudo, dedicar con frecuencia un día completo a recrearse con sus familias, que se ven casi totalmente privadas de su compañía. Tal vez no puedan todos dejar el trabajo al mismo tiempo; pero debieran arreglarlo de
[450] tal manera que uno o dos puedan ausentarse, quedando los otros para reemplazarlos, y luego dar la misma oportunidad a estos últimos.

Vi que esos hermanos, A, B y C debieran considerar como deber religioso el cuidar la salud y la fuerza que Dios les ha dado. El Señor no requiere de ellos por el momento que sean mártires para su causa. No obtendrán recompensa alguna por hacer este sacrificio, pues Dios quiere que vivan.[9]

Recreos inocentes e instructivos—Existen modos de recrearse que son muy benéficos para la mente y el cuerpo. Un intelecto ilustrado y discernidor hallará abundantes medios de entretenimiento y diversión, en fuentes que no sólo sean inocentes, sino también instructivas. La recreación al aire libre, la contemplación de las obras de Dios en la naturaleza, serán del más alto beneficio.[10]

Creo que aun mientras estamos procurando refrigerar nuestros espíritus y vigorizar nuestros cuerpos, *Dios requiere de nosotros* que empleemos todas nuestras facultades en todos los momentos con el mejor propósito. Podemos asociarnos juntos como lo hacemos hoy,[*] y hacerlo todo para gloria de Dios. Podemos y debemos dirigir nuestras recreaciones de tal manera que nos dejen más idóneos para desempeñar con éxito los deberes que nos incumben, y para que nuestra influencia sea más benéfica sobre aquellos con quienes tratamos. Tal debiera ser especialmente el caso en una ocasión como ésta, que debiera alegrarnos a todos. Podemos volver a nuestras

[*] Nota: Extracto de una alocución dirigida a unas doscientas personas que se estaban recreando a orillas del lago Goguac, cerca de Battle Creek, Míchigan, en mayo de 1870.

casas con el espíritu animado y el cuerpo refrigerado, preparados para reanudar el trabajo con mejor esperanza y más valor.[11]

Dios invita a los jóvenes—A cada joven llega la invitación de Dios: "Hijo mío, dame tu corazón; lo conservaré puro; satisfaré sus anhelos con verdadera felicidad." Dios se deleita en hacer felices a [451] los jóvenes, y por esto quiere que entreguen su corazón a su custodia, para que todas las facultades que les dió se conserven en condición vigorosa y sana. Dios les ha confiado el don de la vida. Hace palpitar el corazón; da fuerza a toda facultad. El gozo puro no degradará uno solo de los dones de Dios.[12] [452]

[1] Joyas de los Testimonios 1:178.
[2] The Health Reformer, julio de 1871.
[3] Testimonies for the Church 1:514.
[4] La Educación, 207.
[5] La Educación, 331.
[6] Manuscrito 60, 1894.
[7] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 254.
[8] La Educación, 209.
[9] Testimonies for the Church 1:515, 516.
[10] Testimonies for the Church 4:653.
[11] Joyas de los Testimonios 1:280.
[12] The Youth's Instructor, 5 de enero de 1887.

Capítulo 80—Cómo hemos de jugar

Lo inocente en lugar de lo pecaminoso—No se puede hacer que los jóvenes sean tan calmosos y graves como los ancianos, el hijo tan sobrio como el padre. Aunque se condenan las diversiones pecaminosas, como en verdad debe hacerse, que los padres, maestros y tutores de los jóvenes provean en su lugar placeres inocentes, que no mancillen ni corrompan la moral. No sujetéis a los jóvenes bajo reglas y restricciones rígidas, que los induzcan a sentirse oprimidos, y a precipitarse en sendas de locura y destrucción. Con mano firme, bondadosa y considerada, sujetad las riendas del gobierno, guiando y vigilando sus mentes y propósitos, aunque de manera tan suave, sabia y amorosa, que ellos puedan darse cuenta de que tenéis presentes sus mejores intereses.[1]

Hay diversiones, como el baile, los naipes, el ajedrez, las damas, etc., que no podemos aprobar porque el Cielo las condena. Estas diversiones abren las puertas a un gran mal. Su tendencia no es benéfica, sino que ejercen una influencia excitante, y producen en algunos una pasión que los arrastra a los juegos de azar y a la disipación. Todos aquellos juegos deben ser condenados por los cristianos y reemplazados por algo perfectamente inofensivo.[2]

Mientras imponemos restricciones a nuestros hijos con respecto a los placeres mundanales que tienden a corromper y extraviar, debemos proveerles recreación inocente, para conducirlos por sendas agradables en las cuales no haya peligro. Ningún hijo de Dios
[453] necesita vivir triste y lamentándose. Esto lo demuestran las órdenes y las promesas divinas. Los caminos de la sabiduría “son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz.”[3]

Mientras rehuimos lo falso y artificial, y descartamos las carreras de caballos, los juegos de naipes, las loterías, los asaltos de boxeo, las bebidas alcohólicas y el consumo de tabaco, debemos proveer fuentes de placer que sean puras, nobles y elevadoras.[4]

Lugar útil del gimnasio—Los ejercicios gimnásticos son útiles en muchas escuelas, pero si no hay una vigilancia cuidadosa, son

llevados a menudo al exceso. Muchos jóvenes, por hacer despliegue de fuerza en el gimnasio, se han dañado para toda la vida.

El ejercicio en el gimnasio, por bien dirigido que sea, no puede substituir a la recreación al aire libre, para la cual deberían proveer más oportunidades nuestras escuelas.[5]

Los juegos de pelota: principios básicos—No condeno el ejercicio sencillo del juego de pelota; pero aun esto, con toda su sencillez, puede ser llevado a la exageración.

Siempre temo el casi seguro resultado que sigue a estas diversiones. Provoca un desembolso de recursos que debieran dedicarse a comunicar la luz de la verdad a las almas que están pereciendo lejos de Cristo. Las diversiones y el despilfarro de recursos para agradarse a sí mismo, que conducen paso a paso a la glorificación propia, y el adiestramiento en estos juegos por placer desarrollan una pasión por tales cosas, que no favorece el perfeccionamiento del carácter cristiano.

La manera en que se las ha dirigido en el colegio no lleva el sello del cielo. No fortalece el intelecto. No refina ni purifica el carácter. Hay actividades que llevan a costumbres y prácticas mundanales, y quienes participan en ellas quedan tan embargados e infatuados que en el cielo se los declara amadores de placeres más que de Dios. En vez de quedar con el intelecto fortalecido para ser mejores estudiantes, en vez de estar mejor preparados como cristianos para [454] cumplir sus deberes de tales, al ejercitarse en esos juegos llenan sus cerebros de pensamientos que los desvían de sus estudios....

¿Se procura sinceramente glorificar a Dios en estos juegos? Sé que no es éste el caso. Se pierde de vista el camino de Dios y su propósito. En este tiempo de gracia, la ocupación de ciertos seres inteligentes es invalidar la voluntad que Dios ha revelado, y poner en su lugar las especulaciones e inventos del agente humano, al lado del cual está Satanás para infundirle su espíritu.... El Señor Dios del cielo protesta contra la ardiente pasión que se ha cultivado por la supremacía en los juegos esclavizadores.[6]

El problema de muchos deportes—Los alumnos deben hacer ejercicio vigoroso. Pocos males deben ser más temidos que la indolencia y la falta de propósito. Sin embargo, la tendencia de la mayor parte de los deportes atléticos es causa de preocupación para los que se interesan por el bienestar de la juventud. Los maestros se sienten

turbados al considerar la influencia que tienen estos deportes, tanto sobre el progreso del estudiante en la escuela, como sobre su éxito en la vida ulterior. Los juegos que ocupan una parte tan grande de su tiempo, apartan su mente del estudio. No contribuyen a preparar a la juventud para la obra práctica y seria de la vida. Su influencia no tiende hacia el refinamiento, la generosidad, o la verdadera virilidad.

Algunas de las diversiones más populares, como el futbol y el boxeo, se han transformado en escuelas de brutalidad. Desarrollan las mismas características que desarrollaban los juegos de la antigua Roma. El amor al dominio, al orgullo de la fuerza bruta, la temeraria indiferencia hacia la vida, ejercen sobre los jóvenes un poder desmoralizador que espanta.

Otros juegos atléticos, aunque no son tan brutales, son apenas menos objetables, a causa del exceso al cual son llevados. Estimulan
[455] el amor al placer y a la excitación, fomentando la antipatía hacia el trabajo útil, la tendencia a esquivar las responsabilidades y deberes prácticos. Tienden a destruir el gusto por las serias realidades de la vida y sus gozos tranquilos. Así se abre la puerta a la disipación y a la ilegalidad, con sus terribles resultados.[7]

Cuando la vida era más sencilla—En épocas primitivas, la vida del pueblo que estaba bajo la dirección de Dios era sencilla. Vivían en contacto con el corazón de la naturaleza. Los hijos compartían el trabajo de los padres y estudiaban las bellezas y los misterios del tesoro de la naturaleza. En la quietud del campo y del bosque meditaban en las poderosas verdades transmitidas como legado sagrado de generación a generación. Esta educación producía hombres fuertes.

En esta época, la vida ha llegado a ser artificial y los hombres han degenerado. Aunque no debemos volver enteramente a los sencillos hábitos primitivos, podemos aprender de ellos lecciones que harán de nuestros momentos de recreación lo que su nombre implica: momentos de verdadera edificación para el cuerpo, la mente y el alma.[8]

Excursiones familiares—Unanse varias familias residentes en una ciudad o en un pueblo, y, dejando las ocupaciones que las han recargado física e intelectualmente, hagan una excursión al campo, a la orilla de un lindo lago, o a un hermoso bosquecillo en medio de escenas naturales de gran belleza. Deben proveerse de alimentos

sencillos e higiénicos, de las mejores frutas y cereales, y extender su mesa a la sombra de algún árbol o bajo la bóveda celeste. El viaje, el ejercicio y el panorama estimularán el apetito, y podrán disfrutar de una comida envidiable aun para los reyes.

En tales ocasiones los padres y los hijos deben sentirse libres de cuidados, trabajos y perplejidades. Los padres deben hacerse niños con sus hijos, y procurar que todo sea tan agradable como resulte posible. Dedíquese todo el día a la recreación. El ejercicio al aire libre beneficiará la salud de aquellos que han estado ocupados [456] en forma sedentaria y entre cuatro paredes. Todos los que pueden hacerlo han de considerar como un deber el obrar así. Nada se perderá con ello, sino que mucho se ganará. Podrán volver a sus ocupaciones con nueva vida y dedicarse a su trabajo con nuevo valor y celo, y estarán mejor preparados para resistir a las enfermedades.[9]

Hállese felicidad en la naturaleza—No pensemos que Dios desea que renunciemos a cosa alguna que debamos conservar para ser felices aquí. Todo lo que él requiere que dejemos es aquello que al ser retenido no contribuiría a nuestro bien ni a nuestra felicidad.

El Dios que plantó los nobles árboles y los vistió de rico follaje, que nos dió los brillantes y hermosos matices de las flores y cuya hermosa obra vemos en toda la naturaleza, no quiere vernos desdichados; ni es su propósito que no hallemos gusto ni placer en esas cosas. Quiere que disfrutemos de ellas, que seamos felices entre los encantos de la naturaleza, que él mismo creó.[10]

Reuniones sociales provechosas—Las reuniones sociales resultan provechosas e instructivas en grado máximo cuando los que se congregan en ellas tienen el amor de Dios en su corazón, cuando se reunen para sostener un intercambio de pensamientos acerca de la Palabra de Dios o para considerar los métodos de hacer progresar su obra y hacer bien a sus semejantes. Cuando el Espíritu Santo es huésped bienvenido en estas reuniones, cuando nada se dice ni se hace para hacerlo retirarse contristado, Dios resulta honrado, y los concurrentes son refrigerados y fortalecidos.[11]

Debemos conducirnos y dirigir nuestras reuniones de tal manera, que al volver a nuestros hogares podamos tener una conciencia libre de ofensa hacia Dios y los hombres; una seguridad de que no hemos herido ni perjudicado en nada a aquellos con quienes hemos estado asociados, ni hemos ejercido una influencia perjudicial sobre ellos.[12] [457]

Jesús halló placer en escenas de felicidad inocente—Jesús condenaba la complacencia propia en todas sus formas; sin embargo, era de naturaleza sociable. Aceptaba la hospitalidad de todas las clases, visitaba los hogares de los ricos y de los pobres, de los sabios y de los ignorantes, y trataba de elevar sus pensamientos de los asuntos comunes de la vida, a cosas espirituales y eternas. No autorizaba la disipación, y ni una sombra de liviandad mundanal manchó su conducta; sin embargo, hallaba placer en las escenas de felicidad inocente, y con su presencia sancionaba las reuniones sociales. Una boda entre los judíos era una ocasión impresionante, y el gozo que se manifestaba en ella no desagradaba al Hijo del hombre.... En el pensar de Cristo, la alegría de las festividades de boda simbolizaba el regocijo de aquel día en que él llevará la Esposa a la casa del Padre, y los redimidos juntamente con el Redentor se sentarán a la cena de las bodas del Cordero.[13]

Su ejemplo en la conversación y conducta—Cuando, al comenzar su obra, era invitado a alguna comida o festín por un fariseo o un publicano, aceptaba la invitación.... En tales ocasiones Cristo dirigía la conversación en la mesa y daba muchas preciosas lecciones. Los presentes le escuchaban; porque ¿no había sanado a sus enfermos, consolado a los afligidos, tomado a sus niños en los brazos para bendecirlos? Los publicanos y los pecadores eran atraídos a él, y cuando abría los labios para hablar, la atención de todos se concentraba en él.

Jesús enseñó a sus discípulos cómo debían conducirse cuando estaban en la compañía de personas que no fuesen religiosas y en la de quienes lo fuesen. Por su ejemplo les enseñó que al asistir a alguna reunión pública, no había de faltarles qué decir. Pero la conversación de él difería por completo de la que se había oído en lo pasado en tales festines. Cada palabra que pronunciaba tenía sabor
[458] de vida para sus oyentes, quienes le escuchaban con subyugada atención, como deseosos de oír con un propósito.[14]

La Sra. de White y una reunión social—Al terminar el largo viaje que me trajo del este, llegué a casa a tiempo para pasar la víspera de Año Nuevo en Healdsburg. El salón de actos del colegio había sido preparado para una reunión de la escuela sabática. Se habían ordenado con buen gusto guirnaldas de ciprés, hojas otoñales, ramas de coníferos y flores. Una gran campana formada con ramas

de pino colgaba del arco de entrada al salón. El árbol estaba bien cargado de donativos, que iban a emplearse para beneficio de los pobres y para contribuir a la compra de una campana.... En esa ocasión nada se dijo ni se hizo que hubiese de cargar la conciencia de nadie. Algunos me dijeron: "Hermana White, ¿qué piensa Vd. de esto? ¿Concuerda con nuestra fe?" Les contesto: "Concuerda con *mi* fe."[15]

Atráigase a la juventud—Dios quisiera que toda familia y toda iglesia ejerciera un poder atrayente para apartar a los niños de los placeres seductores del mundo y del trato social con aquellos cuya influencia habría de ejercer una tendencia corruptora. Procuremos ganar a los jóvenes para Jesús.[16] [459]

[1] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 255.
[2] Testimonies for the Church 1:514.
[3] The Review and Herald, 29 de enero de 1884.
[4] Special Testimony, Living by Principle, 19, 20.
[5] La Educación, 205, 206.
[6] Notebook Leaflet, tomo 1, No. 30.
[7] La Educación, 206.
[8] La Educación, 207.
[9] Testimonies for the Church 1:514, 515.
[10] The Review and Herald, 25 de mayo de 1886.
[11] The Youth's Instructor, 4 de febrero de 1897.
[12] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 256.
[13] El Deseado de Todas las Gentes, 125.
[14] Welfare Ministry, 287.
[15] The Review and Herald, 29 de enero de 1884.
[16] Ibid.

Capítulo 81—Recreación satisfactoria

Ejercicio para la mano, el intelecto y el carácter—El beneficio mayor no se obtiene del ejercicio hecho a guisa de juego o de ejercicio simplemente. Hay cierto beneficio que se deriva de estar al aire puro y también del ejercicio de los músculos; pero conságrese la misma cantidad de energía al cumplimiento de deberes provechosos y el beneficio será mayor y se experimentará un sentimiento de satisfacción; pues un ejercicio de esa naturaleza lleva consigo la sensación de lo beneficioso y la aprobación de la conciencia por el deber bien cumplido.[1]

En los niños y jóvenes se debe despertar la ambición de hacer ejercicio ejecutando algo que sea beneficioso para sí mismos y de ayuda para otros. El ejercicio que desarrolla la mente y el carácter, que enseña las manos a ser útiles y prepara a los jóvenes para llevar lo que les toca de las cargas de la vida, es el que proporciona fuerza corporal y aviva cada facultad. Y hay recompensa en la laboriosidad virtuosa y en el cultivo del hábito de vivir para hacer bien.[2]

Ninguna recreación que sea útil únicamente para ellos dará por resultado una bendición tan grande para los niños y jóvenes como aquella que los haga útiles para los demás. Los jóvenes, que por naturaleza son entusiastas e impresionables, responden rápidamente a la insinuación.[3]

El ejemplo de Jesús en su juventud—La vida de Jesús rebosaba de laboriosidad, y él hacía ejercicio al cumplir sus variadas tareas
[460] en armonía con el desarrollo de su fuerza física. Al hacer el trabajo que le era asignado, no tenía tiempo para entregarse a diversiones excitantes e inútiles. No participaba en cosas que hubieran envenenado su moralidad y rebajado su tono físico, sino que se adiestró en el trabajo útil, y esto hasta poder soportar duras pruebas.[4]

En su vida terrenal fué Cristo un ejemplo para toda la familia humana y en el hogar fué obediente y útil. Aprendió el oficio de carpintero y con sus propias manos trabajó en el pequeño taller de Nazaret....

La Biblia dice de Jesús: "Y el niño crecía, y se iba fortaleciendo en espíritu, llenándose de sabiduría: y la gracia de Dios era sobre él." A medida que trabajaba, durante su infancia y juventud, su mente y su cuerpo se desarrollaban. No empleó sin miramiento sus fuerzas físicas, sino que les proporcionó una clase de ejercicio tal como para mantenerlas en buen estado, a fin de poder hacer el trabajo mejor en cualquier dirección. No quería ser defectuoso ni aun en el manejo de las herramientas. Era perfecto como obrero y era perfecto en cuanto al carácter. Por precepto y ejemplo, Cristo ha dignificado el trabajo útil.[5]

Refrigerio por una variación de trabajo—Los jóvenes deben recordar que son responsables de todos los privilegios de que han disfrutado, del aprovechamiento de su tiempo y del debido uso de sus capacidades. Pueden preguntar: "¿No tendremos diversión o recreación?" "¿Trabajaremos y trabajaremos y trabajaremos, sin ninguna variación?"[6]

Por un tiempo puede ser muy necesario que obtengan un cambio del trabajo físico que sobrecargó sus fuerzas, a fin de que puedan reanudar sus labores y trabajar con mayor éxito. Sin embargo, puede ser que no necesiten reposo absoluto, o que éste no daría los mejores resultados en lo que a la fuerza física se refiere. Aun cuando se cansen de una clase de trabajo, no necesitan desperdiciar sus momentos preciosos. Pueden procurar entonces hacer algo que no sea tan agotador, pero que beneficiará a su madre y a sus hermanas. Al [461] aliviar las cargas de ellas asumiendo ellos mismos las más pesadas, pueden hallar la diversión proveniente de los buenos principios, que les proporcionará verdadera felicidad, y no perderán su tiempo en bagatelas o satisfacciones egoístas. Pueden aprovecharlo siempre ventajosamente y ser refrigerados constantemente por la variación, al paso que estén redimiendo el tiempo de tal modo que cada momento beneficiará a alguien.[7]

Muchos aseveran que para conservar la salud física es necesario entregarse a diversiones egoístas. Es verdad que los cambios son necesarios para el mejor desarrollo del cuerpo, porque la variación refrigera y vigoriza la mente y el cuerpo; pero ella no se obtiene participando en diversiones insensatas ni descuidando los deberes diarios cuyo cumplimiento debe requerirse de los jóvenes.[8]

Programa bendecido por Dios—Debemos enseñar a los jóvenes que ejerciten por igual las facultades mentales y físicas. El ejercicio saludable de todo el ser dará una educación amplia y abarcante.

Nos tocó hacer una obra austera en Australia para educar al respecto a los padres y a los alumnos; pero perseveramos en nuestros esfuerzos hasta que aprendieron la lección de que a fin de que los alumnos obtengan una educación completa, su tiempo debe dividirse entre la adquisición del saber por los libros y la del conocimiento de un trabajo práctico.

Se dedicaba al trabajo útil una parte de cada día, durante la cual los alumnos aprendían a desmontar el suelo, a cultivarlo y a construir casas, en vez de pasar ese tiempo jugando y procurando divertirse. Y el Señor bendijo a los alumnos que dedicaron así su tiempo a aprender lecciones de utilidad.[9]

Dios proveyó ocupaciones útiles para el desarrollo de la salud, y ellas prepararán además a los alumnos para valerse a sí mismos y
[462] para ayudar a otros.[10]

En vez de proveer diversiones que entretengan solamente, deben ordenarse ejercicios que reporten algún bien.[11]

La actividad misionera es ejercicio ideal—En nuestro mundo, hay bastantes cosas necesarias y útiles que hacer para que el ejercicio hecho por placer y diversión resulte casi completamente innecesario. El cerebro, los huesos y los músculos adquirirán fuerza y solidez al usarlos con un propósito, al dedicarlos a la reflexión útil y concentrada y a idear planes que desarrollen las facultades del intelecto y la fuerza de los órganos físicos. Así se dará uso práctico a los talentos otorgados por Dios, con los cuales se le puede glorificar.[12]

Al emplear los músculos y el cerebro que Dios les dió, los jóvenes tienen el deber de procurar siempre que hagan bien y sean útiles a otros, aliviando sus labores, consolando a los tristes, alentando a los desanimados y desesperados y desviando a los alumnos de las bromas y diversiones que con frecuencia rebajan su dignidad y los hunden en la vergüenza y deshonra. El Señor quiere que la mente se eleve y procure cauces de utilidad más elevados y nobles.[13]

La misma facultad de ejercitar el intelecto y los músculos podría sugerir métodos y medios de practicar una clase superior de ejercicio en el cumplimiento de trabajo misionero que los haga colaborar

con Dios y educarse para prestar mayor utilidad en esta vida realizando trabajo provechoso, lo cual es una actividad esencial en la educación....

¿No es ésta la obra que cada joven debiera tratar de hacer para trabajar de acuerdo con los planes de Cristo? Disponéis de su ayuda. Las ideas de los alumnos se ampliarán. Serán abarcantes y vuestras posibilidades de ser útiles, aun mientras estudiáis, aumentarán de continuo. Los brazos y las manos que Dios os dió deben emplearse para hacer el bien que llevará el sello del cielo, para que podáis oír al fin el "Bien, buen siervo y fiel."[14] [463]

Una receta para los inválidos—Se me ha indicado que cuando se anime a los enfermos a dejar sus habitaciones y pasar cierto tiempo al aire libre, cuidando flores o haciendo otro trabajo liviano y placentero, su atención se desviará de sí mismos a algo más saludable. El ejercicio al aire libre debe prescribirse como necesidad benéfica y vivificante.[15]

No podemos menos que alegrarnos mientras escuchamos la música de las felices aves y nuestros ojos reposan sobre campos y jardines florecientes. Debemos invitar nuestra mente a interesarse en todas las cosas gloriosas que Dios nos proveyó con mano generosa; y al reflexionar en estas ricas pruebas de su amor y cuidado, podremos olvidar los achaques, alegrarnos y elevar de todo corazón melodías al Señor.[16]

Durante años se me ha mostrado una y otra vez que se ha de enseñar a los enfermos que es malo suspender todo trabajo físico para recobrar la salud. Al obrar así la voluntad se adormece, la sangre circula perezosamente por el organismo y se vuelve cada vez más impura. En los casos en que el paciente corre el riesgo de imaginarse en peor condición que la real, la indolencia producirá inevitablemente los resultados más desdichados. El trabajo bien regulado da al inválido la impresión de que no es totalmente inútil en este mundo, sino que reporta por lo menos cierto beneficio. Esto le da satisfacción, valor y vigor, cosa que nunca lograrían las vanas diversiones mentales.[17]

Dios provee placeres verdaderos—Para cada uno Dios ha provisto un placer que puede ser disfrutado por ricos y pobres, a saber el que se halla al cultivar la pureza del pensamiento y el altruísmo en las acciones, el placer que dimana de hablar con simpatía y obrar

con bondad. De aquellos que prestan tal servicio resplandece la luz
[464] de Cristo para alegrar vidas obscurecidas por muchas tristezas.[18]

[465]

[1] La Educación, 331.
[2] Ibid.
[3] La Educación, 208.
[4] The Youth's Instructor, 27 de julio de 1893.
[5] La Educación, 330, 331.
[6] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 257.
[7] Testimonies for the Church 3:223.
[8] The Youth's Instructor, 27 de julio de 1893.
[9] Carta 84, 1909.
[10] The Review and Herald, 25 de octubre de 1898.
[11] Folleto, Recreation, 47.
[12] Notebook Leaflet, Education, 6:1.
[13] Notebook Leaflet, Education, 6:2.
[14] Notebook Leaflet, Education, 6:1, 2.
[15] Medical Ministry, 234.
[16] The Health Reformer, julio de 1871.
[17] Testimonies for the Church 1:555.
[18] Testimonies for the Church 9:57.

Capítulo 82—Cómo elige el cristiano sus recreaciones

Recreación cristiana y diversión mundanal—Hay una distinción entre recreación y diversión. La recreación, cuando responde a su nombre, re-creación, tiende a fortalecer y reparar. Apartándonos de nuestros cuidados y ocupaciones comunes, provee refrigerio para la mente y el cuerpo y de ese modo nos permite volver con nuevo vigor al trabajo serio de la vida. Por otra parte, se busca la diversión para experimentar placer y con frecuencia se la lleva al exceso; absorbe las energías requeridas para el trabajo útil y resulta de ese modo un obstáculo para el verdadero éxito de la vida.[1]

Un gran contraste se notará entre el trato social de los seguidores de Cristo en sus recreaciones cristianas y las reuniones de los mundanos para obtener placer y diversión. En vez de que se oigan oraciones y la mención de Cristo y de las cosas sagradas, se desprenden de los labios de los mundanos risas tontas y conversaciones triviales. Lo que procuran es una hilaridad ruidosa. Sus diversiones comienzan en la insensatez y acaban en vanidad.[2]

Hay una gran necesidad de temperancia en las diversiones, como en cualquier otra actividad. Su carácter debe ser considerado cuidadosa y cabalmente. Todo joven debe preguntarse: ¿Qué influencia tendrán estas diversiones sobre mi salud física, mental y moral? ¿Quedará mi mente tan infatuada que me olvide de Dios? ¿Dejaré de tener presente su gloria?[3] [466]

La regla de los placeres lícitos—No olvidemos jamás que Jesús es manantial de gozo. No se deleita en la miseria de los seres humanos, sino en verlos felices.

Los cristianos disponen de muchas fuentes de felicidad, y pueden decir con exactitud infalible qué placeres son lícitos y correctos. Pueden disfrutar de recreaciones que no disiparán el intelecto ni degradarán el alma. Tampoco desilusionarán ni dejarán una triste influencia ulterior que destruya el respeto propio o impida ser útil.

Si pueden llevar a Jesús consigo y conservar un espíritu de oración, están perfectamente seguros.[4]

No será peligrosa cualquier diversión a la cual podáis dedicaros y pedir con fe la bendición de Dios. Pero cualquier diversión que os descalifique para la oración secreta, para la devoción ante el altar de la oración, o para tomar parte en la reunión de oración, no sólo no es segura, sino peligrosa.[5]

Diversiones que descalifican—Pertenecemos a la clase de los que creen que es su privilegio glorificar a Dios en la tierra cada día de su vida. Creemos que no vivimos en este mundo tan sólo para divertirnos y agradarnos a nosotros mismos. Estamos aquí para beneficiar a la humanidad y a la sociedad; pero si permitimos que nuestra mente vaya por el cauce bajo que sigue la de muchos que buscan solamente la vanidad y la insensatez, ¿cómo podremos beneficiar a nuestra especie y a nuestra generación? ¿Cómo podemos ser una bendición para la sociedad que nos rodea? No podemos participar inocentemente en cualquier diversión que nos incapacitaría para el desempeño más fiel de nuestros deberes comunes.[6]

No debe ponerse en peligro el bienestar del alma por la satisfacción de un deseo egoísta, y debe rehuirse cualquier diversión que fascine de tal manera la mente que los deberes comunes de la vida parezcan carecer de interés. Al ceder a un placer tal el ánimo se endurece en la mala dirección, y Satanás pervierte de tal modo
[467] los pensamientos que lo malo llega a parecer bueno. Entonces la restricción y la sumisión a los padres, como la observada por Cristo para con los suyos, parecen insoportables.[7]

Reuniones sociales reprensibles—Existen muchas cosas que son correctas en sí, pero que, pervertidas por Satanás, resultan en una trampa para los incautos.[8]

Las fiestas, tal como se llevan a cabo por lo general, son un obstáculo para el verdadero crecimiento, ya sea de la mente o del carácter. Las compañías frívolas, los hábitos de despilfarro, el afán por los placeres y a menudo por la disipación, nacen como consecuencia, y amoldan toda la vida para el mal. En vez de tales diversiones, los padres y maestros pueden hacer mucho para proveer diversiones sanas y vivificadoras.[9]

Hay una clase de reuniones sociales, ... partidas de placer que han deshonrado nuestras instituciones y la iglesia. Estimulan el orgullo

de la indumentaria y de la apariencia, la complacencia propia, la hilaridad y el espíritu trivial. Satanás es agasajado como un huésped honrado y toma posesión de los que patrocinan estas reuniones.

Me fué mostrada una visión de una compañía tal, donde se habían congregado los que profesan creer la verdad. Uno estaba sentado frente a un instrumento de música, y se oían cantos que hacían llorar a los ángeles que todo lo observaban. Había alegría, había risa grosera, había mucho entusiasmo, y cierta clase de inspiración; pero la alegría era de la clase que sólo Satanás puede crear. Es un entusiasmo y una infatuación de los cuales se avergonzarán todos los que aman a Dios. Prepara a quienes participan en ello para los pensamientos y los actos profanos. Tengo motivos para creer que algunos de los que participaron en aquella escena, se arrepintieron de corazón de su actuación vergonzosa.

Muchas reuniones tales me han sido presentadas. He visto la alegría, la ostentación de la indumentaria, el atavío personal. Todos quieren ser considerados brillantes y se entregan a la hilaridad, a [468] las bromas insensatas, a la adulación baja y grosera y a las risas ruidosas. Los ojos chispean, las mejillas están rojas, la conciencia duerme. Comen, beben y se alegran, y hacen cuanto pueden para olvidarse de Dios. La escena de placer es su paraíso. Y el cielo mira, viéndolo y oyéndolo todo.[10]

Las reuniones destinadas a la diversión confunden la fe y hacen que el motivo sea mixto e incierto. El Señor no acepta un corazón dividido. Quiere todo el ser.[11]

Pocas diversiones populares son buenas—Muchas de las diversiones que son populares en el mundo hoy, aun entre aquellos que se llaman cristianos, tienden al mismo fin que perseguían las de los paganos. Son, en verdad, pocas las diversiones que Satanás no aprovecha para destruir las almas. Por medio de las representaciones dramáticas ha obrado durante siglos para excitar las pasiones y glorificar el vicio. La ópera con sus exhibiciones fascinadoras y su música embelesadora, las mascaradas, los bailes y los juegos de naipes, son cosas que usa Satanás para quebrantar las vallas de los principios sanos y abrir la puerta a la sensualidad. En toda reunión de placer donde se fomente el orgullo o se dé rienda suelta al apetito, donde se le induzca a uno a olvidarse de Dios y a perder de vista

los intereses eternos, allí está Satanás rodeando las almas con sus cadenas.[12]

El cristiano verdadero no deseará entrar en un lugar de diversiones o participar en pasatiempo alguno sobre el cual no pueda pedir la bendición de Dios. No se le hallará en el teatro, ni en un juego de billar o de bolos. No estará con los alegres aficionados al vals y a otros placeres hechizadores que destierran a Cristo del pensamiento.

A los que abogan por estas diversiones contestamos: No podemos participar en ellas en el nombre de Jesús de Nazaret. No se invocaría la bendición de Dios sobre la hora pasada en el teatro o
[469] en el baile. Ningún cristiano quisiera hallar la muerte en tal lugar. Nadie querrá ser encontrado allí cuando Cristo venga.[13]

El teatro es foco de inmoralidad—Entre los más peligrosos lugares de placer se cuenta el teatro. En vez de ser una escuela de moralidad y virtud, como se pretende a menudo, es el semillero de la inmoralidad. Estas diversiones fortalecen y confirman los hábitos viciosos y las propensiones pecaminosas. Los cantos viles, los ademanes, las expresiones y actitudes lascivas depravan la imaginación y degradan la moral. Todo joven que asista habitualmente a estos espectáculos, se corromperá en sus principios. No hay en nuestra tierra influencia más poderosa para envenenar la imaginación, destruir las impresiones religiosas, y embotar el gusto por los placeres tranquilos y las sobrias realidades de la vida, que las diversiones teatrales. El amor por estas escenas aumenta con cada asistencia, como el deseo de bebidas embriagantes se fortalece con su consumo. La única conducta segura consiste en huir del teatro, del circo y otros lugares dudosos de diversión.[14]

El baile es escuela de depravación—En muchas familias religiosas se hace del baile y del juego de naipes pasatiempos de sala. Se insiste en que son diversiones domésticas sosegadas, de las que se puede disfrutar con toda seguridad bajo las miradas paternas. Pero se cultiva así una afición a estos placeres excitantes y lo que se tuvo por inofensivo en la casa pronto dejará de considerarse peligroso fuera de ella. Todavía queda por ver si se puede obtener algo bueno de esas diversiones. No dan vigor al cuerpo ni descanso al intelecto. No implantan en el alma un solo sentimiento virtuoso o santo. Por el contrario, destruyen todo aprecio por los pensamientos serios y los servicios religiosos. Es verdad que hay un gran contraste entre

las mejores reuniones sociales y las promiscuas y degradadas concurrencias del salón de bailes de baja ralea. Sin embargo, todas estas cosas constituyen pasos en la senda de la disipación.[15] [470]

La danza de David no sienta precedente—El hecho de que, en su alegría reverente, David bailó delante de Dios ha sido citado por los amantes de los placeres mundanos para justificar los bailes modernos; pero este argumento no tiene fundamento. En nuestros días, el baile va asociado con insensateces y festines de medianoche. La salud y la moral se sacrifican en aras del placer. Los que frecuentan los salones de bailes no hacen de Dios el objeto de su contemplación y reverencia. La oración o los cantos de alabanza serían considerados intempestivos en esas asambleas y reuniones. Esta prueba debiera ser decisiva. Los cristianos verdaderos no han de procurar las diversiones que tienden a debilitar el amor a las cosas sagradas y a aminorar nuestro gozo en el servicio de Dios. La música y la danza de alegre alabanza a Dios mientras se transportaba el arca no se asemejaban para nada a la disipación de los bailes modernos. Las primeras tenían por objeto recordar a Dios y ensalzar su santo nombre. Los segundos son un medio que Satanás usa para hacer que los hombres se olviden de Dios y le deshonren.[16]

Los naipes son preludio del delito—Debiera prohibirse el juego de naipes. Las tendencias y las compañías relacionadas con él son peligrosas. El príncipe de las potestades tenebrosas preside en la sala de juegos y doquiera se juegue a los naipes. Los malos ángeles son huéspedes familiares en esos lugares. En tales diversiones, no hay nada que beneficie al alma o al cuerpo. Nada hay que fortalezca el intelecto o que le proporcione ideas valiosas para un empleo futuro. La conversación gira en derredor de temas triviales y degradantes.... La pericia con la baraja no tardará en provocar un deseo de aprovechar ese conocimiento y tacto para obtener un beneficio personal. Se juega por una suma pequeña, y luego por otra mayor, hasta que se adquiere la sed del juego, que conduce a la ruina inevitable. ¡Cuántos fueron arrastrados por esta diversión perniciosa a toda práctica pecaminosa, a la pobreza, a la cárcel, al homicidio y al cadalso! Y [471] sin embargo, muchos padres no ven el terrible abismo de ruina que quiere tragarse a nuestros jóvenes.[17]

El temor de singularizarse—Los cristianos profesos, pero superficiales en su carácter y experiencia religiosa, son empleados por

el tentador como lazos para entrampar. Esta clase está siempre lista para las reuniones de placer y deportes, y su influencia atrae a otros. Los jóvenes y señoritas que procuran ser cristianos de acuerdo con la Biblia son inducidos a unirse al grupo y atraídos en el círculo. No consultan con oración la norma divina, para saber lo que dijo Cristo en cuanto a los frutos que debe llevar el árbol cristiano. No disciernen que estos entretenimientos son realmente el banquete de Satanás, preparado para impedir que las almas acepten la invitación a la cena del Cordero y reciban el manto blanco del carácter, que es la justicia de Cristo. Se confunden en cuanto a lo que es correcto hacer como cristianos. No quieren que se los considere singulares, y se inclinan naturalmente a seguir el ejemplo de los demás. Así caen bajo la influencia de los que nunca han sentido el toque divino sobre su mente o corazón.[18]

Evítese el primer paso—Tal vez no veáis peligro real en dar el primer paso hacia la frivolidad y la búsqueda de placeres, y penséis que cuando deseéis cambiar vuestra conducta podréis hacer el bien tan fácilmente como antes de entregaros a hacer el mal. Pero esto es un error. Por la elección de malos compañeros, muchos han sido desviados paso a paso de la senda de la virtud a profundidades de desobediencia y disipación a las cuales consideraban una vez que les era imposible descender.[19]

Declaración de principios cristianos—Si Vd. pertenece realmente a Cristo, tendrá oportunidades de testificar por él. Será invitado a lugares de diversión, y tendrá ocasión de testificar por su Señor.
[472] Si es entonces fiel a Cristo, no tratará de formular excusas por no asistir, sino que con sencillez y modestia declarará que es hijo de Dios y que sus principios no le permiten estar siquiera una vez en un lugar al cual no podría invitar la presencia de su Señor.[20]

Es el propósito de Dios manifestar por su pueblo los principios de su reino. A fin de que en su vida y carácter se revelen estos principios, él desea separarlos de las costumbres, hábitos y prácticas del mundo....

Nos esperan escenas maravillosas; y en este tiempo debe manifestarse en la vida del profeso pueblo de Dios un testimonio vivo, a fin de que el mundo pueda ver que en estos tiempos en que el mal reina por todos lados, hay todavía un pueblo que pone a un lado su voluntad y procura hacer la de Dios, un pueblo en cuyo corazón

y vida está escrita la ley divina. Dios espera de los que llevan el nombre de Cristo, que lo representen. Sus pensamientos han de ser puros, sus palabras nobles y elevadoras. La religión de Cristo se ha de entretejer con todo lo que hagan y digan.... El desea que sus hijos demuestren por su vida la ventaja que sobre la mundanalidad tiene el cristianismo; que demuestren que están trabajando en un plano elevado y santo.[21] [473]

[1] La Educación, 203.
[2] The Review and Herald, 25 de mayo de 1886.
[3] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 254.
[4] The Review and Herald, 19 de agosto de 1884.
[5] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 257.
[6] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 256.
[7] The Youth's Instructor, 27 de julio de 1893.
[8] Carta 144, 1906.
[9] La Educación, 206, 207.
[10] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 323.
[11] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 263.
[12] Historia de los Patriarcas y Profetas, 491.
[13] The Review and Herald, 28 de febrero de 1882.
[14] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 254, 255.
[15] The Review and Herald, 28 de febrero de 1882.
[16] Historia de los Patriarcas y Profetas, 766.
[17] Testimonies for the Church 4:652.
[18] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 260.
[19] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 173.
[20] The Youth's Instructor, 4 de mayo de 1893.
[21] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 244-246.

Capítulo 83—El señuelo del placer

El corazón natural lo procura—La mente natural se inclina hacia el placer y la complacencia propia. Es política de Satanás fabricarlos en abundancia. El procura llenar la mente de los hombres con un deseo de diversión mundanal, a fin de que no tengan tiempo de hacerse la pregunta: ¿Cómo está mi alma? El amor a los placeres es infeccioso. Entregada a él, la mente vuela de un punto a otro, buscando siempre una diversión.[1]

Los placeres del mundo infatúan; y por sus goces momentáneos muchos sacrifican la amistad del Cielo, así como la paz, el amor y el gozo que ella otorga. Pero aquellos selectos objetos de deleite no tardan en resultar desagradables y nada satisfactorios.[2]

Millones buscan diversiones—En esta era del mundo existe un afán de placeres que no tiene precedente. Por doquiera prevalecen la disipación y una prodigalidad temeraria. Las muchedumbres ansían divertirse. El espíritu se vuelve trivial y frívolo porque no se acostumbró a la meditación ni se disciplinó en el estudio. Un sentimentalismo ignorante es cosa corriente. Dios requiere de toda alma que sea culta, refinada, elevada y ennoblecida; pero con demasiada frecuencia toda realización valiosa queda descuidada en favor de la ostentación de las modas y el placer superficial.[3]

Las diversiones excitantes de nuestro tiempo mantienen febriles las mentes de hombres y mujeres, pero particularmente de los jó-
[474] venes, y esto mina su vitalidad mucho más que todos sus estudios y trabajos físicos, además de tender a empequeñecer el intelecto y corromper la moralidad.[4]

La juventud es llevada por la corriente general. Los que aprenden a amar las diversiones, abren la puerta a un diluvio de tentaciones. Se entregan a los placeres sociales y a la alegría irreflexiva. Pasan de una forma de disipación a otra, hasta perder la capacidad y el deseo de vivir de una manera útil. Las aspiraciones religiosas se enfrían; la vida espiritual se debilita. Las más nobles facultades del alma, en

una palabra, todo lo que liga al hombre con el mundo espiritual, es envilecido.[5]

Amadores de los placeres en la iglesia—Muchos están participando ávidamente en diversiones mundanales desmoralizadoras que la Palabra de Dios prohibe. Cortan así su relación con Dios y se colocan en las filas de quienes aman los placeres del mundo. Los pecados que destruyeron a los antediluvianos y las ciudades de la llanura existen hoy, no sólo en tierras paganas ni únicamente entre los que profesan un cristianismo popular, sino también entre algunos de los que profesan esperar la venida del Hijo del hombre. Si Dios os presentase estos pecados como los ve, os llenaríais de vergüenza y terror.[6]

El deseo de excitación y agradable entretenimiento es una tentación y una trampa para el pueblo de Dios y especialmente para los jóvenes. Satanás está preparando constantemente seducciones que distraigan las mentes de la obra solemne de preparación para las escenas que están a punto de sobrevenir. Por medio de los agentes humanos, mantiene una excitación continua para inducir a los incautos a participar en los placeres mundanales. Hay espectáculos, conferencias y una variedad infinita de entretenimientos calculados para inducirlos a amar al mundo; y esta unión con el mundo debilita la fe.[7]

Satanás es un hábil encantador—Los jóvenes se conducen generalmente como si las preciosas horas del tiempo de gracia, [475] mientras perdura aun la misericordia, fuesen una gran fiesta y como si ellos estuviesen en este mundo simplemente para divertirse y ser halagados con un ciclo continuo de excitaciones. Satanás ha estado haciendo esfuerzos especiales para inducirlos a encontrar felicidad en las diversiones mundanales y a justificarse mediante esfuerzos por demostrar que esas diversiones son inofensivas, inocentes y hasta importantes para la salud.[8]

El [Satanás] presenta la senda de la santidad como difícil mientras que los caminos del placer mundanal están cubiertos de flores. Ante los ojos de los jóvenes, despliega el mundo y sus placeres con colores halagüeños pero falsos. Mas los placeres de la tierra terminarán pronto, y se habrá de segar lo que se sembró.[9]

El es, en todo sentido de la palabra, un engañador, un hábil encantador. Tiene muchas redes de mallas finas, que parecen inocentes,

pero que han sido preparadas hábilmente para atrapar a los jóvenes incautos.[10]

Empequeñece la educación—Los padres cometen un error cuando introducen apresuradamente a sus hijos en la sociedad en edad temprana, como si temieran que no sabrán nada a menos que asistan a fiestas y traten con los amadores del placer. Aun mientras están en la escuela, les permiten que asistan a fiestas y se rocen con la sociedad. Este es un grave error. Sus hijos aprenden así lo malo mucho más ligero que las ciencias, y su mente se atiborra de cosas inútiles, mientras que su pasión por las diversiones se desarrolla a tal punto que les resulta imposible obtener siquiera un conocimiento de los ramos comunes de la instrucción. Su atención se divide entre los estudios y el amor al placer, y como este amor predomina, el progreso intelectual de esos jóvenes es lento.[11]

Como el antiguo Israel, los amantes de los placeres comen, beben y se levantan a bailar. Hay alegría y jaranas, hilaridad y júbilo. En
[476] todo esto los jóvenes siguen el ejemplo de los autores que escribieron los libros puestos en sus manos para que los estudien. El peor mal de todo esto es el efecto permanente que estas cosas ejercen sobre el carácter.[12]

Indiferencia hacia el último mensaje—Mientras que su tiempo de gracia estaba concluyendo, los antediluvianos se entregaban a una vida agitada de diversiones y festividades. Los que poseían influencia y poder se empeñaban en distraer la atención del pueblo con alegrías y placeres para que ninguno se dejara impresionar por la última solemne advertencia. ¿No vemos repetirse lo mismo hoy? Mientras los siervos de Dios proclaman que el fin de todas las cosas se aproxima, el mundo va en pos de los placeres y las diversiones. Hay constantemente abundancia de excitaciones que causan indiferencia hacia Dios e impiden que la gente sea impresionada por las únicas verdades que podrían salvarla de la destrucción que se avecina.[13]

Los observadores del sábado probados—Los jóvenes observadores del sábado que han cedido a la influencia del mundo, tendrán que ser probados. Los peligros de los postreros días están por sobrecogernos, y espera a los jóvenes una prueba que muchos no han anticipado. Se verán envueltos en perplejidad angustiosa, y la sinceridad de su fe será probada. Profesan esperar al Hijo del hombre;

sin embargo, algunos de ellos han sido un miserable ejemplo para los incrédulos. No han estado dispuestos a renunciar al mundo, sino que se han unido a él asistiendo a picnics* y otras reuniones de placer, lisonjeándose de que participaban de diversiones inocentes. Sin embargo, son precisamente estas complacencias las que los separan de Dios, y los hacen hijos de este siglo....

Dios no reconoce como seguidor suyo al que busca el placer. [477] Únicamente los abnegados, los que viven con sobriedad, humildad y santidad, son verdaderos seguidores de Jesús. Y los tales no pueden disfrutar de la conversación frívola y vacía del que ama al mundo.[14]

La consideración suprema—Nadie empiece a creer que las diversiones son esenciales y que un negligente desprecio del Espíritu Santo durante las horas de placer egoísta se pueda considerar como asunto trivial. De Dios nadie se burla. Pregúntese cada persona joven: "¿Estaría yo preparado para que mi vida terminase hoy? ¿Tiene mi corazón el apresto que me haga idóneo para hacer la obra que el Señor me ha encargado?"[15] [478]

[1] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 257.
[2] The Review and Herald, 29 de enero de 1884.
[3] The Review and Herald, 6 de diciembre de 1881.
[4] The Health Reformer, diciembre de 1872.
[5] Joyas de los Testimonios 3:326.
[6] Testimonies for the Church 5:218.
[7] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 247.
[8] Testimonies for the Church 1:501.
[9] The Youth's Instructor, 10 de enero de 1907.
[10] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 247.
[11] The Youth's Instructor, 27 de julio de 1893.
[12] Testimonies for the Church 8:66.
[13] Historia de los Patriarcas y Profetas, 93.
[14] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 249.
[15] The Youth's Instructor, 14 de agosto de 1906.

* Nota: No se refiere esto a las sencillas reuniones que celebran al aire libre las familias o los miembros de la iglesia, sino a aquellas en que los miembros de la iglesia estaban unidos con el mundo en reuniones carnavalescas de las comunidades, como sucedía frecuentemente entonces.

Capítulo 84—Encaucemos a los jóvenes

Las normas se rebajan—Los padres están cediendo a las propensiones de sus hijos a amar al mundo. Abren la puerta a diversiones que una vez prohibían por principio.[1]

Aun entre los padres cristianos se ha sancionado demasiado el amor a las diversiones. Los padres han recibido las máximas del mundo, se han conformado a la opinión general de que era necesario que la primera parte de la vida de los niños y jóvenes se desperdiciase en la ociosidad, en diversiones egoístas e insensateces. De esta manera se ha creado el gusto por el placer excitante, y niños y jóvenes se han acostumbrado a ello de tal modo que se deleitan en representaciones excitantes y les desagradan los serios y útiles deberes de la vida. Llevan una vida que concuerda más bien con la de los brutos. No piensan en Dios ni en las realidades eternas y revolotean como las mariposas en su estación del año. No actúan como seres sensatos cuya vida es capaz de medirse con la divina, y que habrán de dar cuenta al Señor por cada hora de su tiempo.[2]

Las madres pueden idear juegos—En vez de despedir a sus hijos de su presencia, para no ser molestadas por el ruido que hacen ni por las numerosas atenciones que desean, ella considerará que el mejor empleo que pueda dar a su tiempo consiste en calmar y distraer el espíritu inquieto y activo de ellos con alguna diversión u ocupación ligera y feliz. La madre quedará ampliamente recompensada por los esfuerzos que haga y el tiempo que dedique a inventar
[479] entretenimiento para sus hijos.

Los niños pequeños anhelan compañía. Por lo general, no pueden sentir gozo estando solos; y la madre debe considerar que, en la mayoría de los casos, el lugar de sus hijos cuando están en la casa es la habitación que ella ocupe. Puede entonces ejercer su vigilancia general sobre ellos y estar lista para arreglar sus pequeñas divergencias cuando ellos apelan a su juicio, corregir sus malos hábitos o sus manifestaciones de egoísmo y de ira, y encauzar debidamente sus espíritus. Los niños piensan que lo que a ellos les gusta agrada-

rá a su madre y les resulta muy natural consultarla en los asuntos menudos que les causan perplejidad. La madre, por su parte, no debiera herir el corazón de su pequeñuelo sensible tratando el asunto con indiferencia o negándose a ser molestada por cosas de tan poca importancia. Lo que es insignificante para ella es grande para ellos, y muchas veces una palabra de dirección o cautela en el momento oportuno resultará de gran valor.[3]

No se les prive de placeres inocentes—Por falta de tiempo y reflexión, más de una madre niega a sus hijos tal o cual placer inocente, mientras que sus dedos hábiles y sus ojos cansados se empeñan con diligencia en labores destinadas solamente al adorno, que a lo sumo sólo sirven para fomentar la vanidad y la prodigalidad en sus jóvenes corazones. Al acercarse los jóvenes a la edad adulta, estas lecciones dan por fruto el orgullo y la falta de dignidad moral. La madre se queja de las faltas de sus hijos, pero no se da cuenta de que cosecha lo que ella misma sembró.

Hay madres que no tratan a sus hijos de un modo uniforme. A veces les permiten hacer o tener cosas que les perjudican, y otras veces les niegan placeres inocentes que llenarían de contento los corazones infantiles. En esto no siguen el ejemplo de Cristo, quien amaba a los niños, comprendía sus sentimientos y simpatizaba con ellos en sus placeres y sus pruebas.[4] [480]

Cómo los regía la Sra. de White—Cuando los niños ruegan que se los deje ir en cierta compañía, o asistir a tal reunión para divertirse, decidles: "Hijos, no os puedo dejar ir; sentaos aquí mismo y os diré por qué. Estoy trabajando para la eternidad y para Dios. El es quien os confió a mi cuidado. Para vosotros, ocupo el lugar de Dios, y por lo tanto debo velar sobre vosotros como quien deberá rendir cuentas en el día de Dios. ¿Quisierais que el nombre de vuestra madre se anotase en el libro del cielo como el de quien no cumplió su deber para con sus hijos y dejó que el enemigo entrase y ocupase el terreno que ella debiera haber ocupado? Niños, voy a deciros cuál es el buen camino, y luego si decidís apartaros de vuestra madre y entrar en caminos de maldad, ella estará libre de culpa, pero vosotros tendréis que sufrir por vuestro pecado."

Así solía obrar yo con mis hijos, y antes que terminara de hablar, se ponían a llorar y decían: "¿No quieres orar por nosotros?" Naturalmente, nunca rehusaba orar por ellos. Me arrodillaba a su lado

y oraba por ellos. Luego me apartaba e intercedía con Dios hasta que el sol estaba ya alto en el cielo, tal vez durante toda la noche, para que cesase el ensalmo del enemigo y yo obtuviese la victoria. Aunque me costaba una noche de trabajo, me sentía ricamente recompensada cuando mis hijos se me echaban al cuello y decían: "¡Oh, mamá, nos alegramos tanto de que no nos dejaste ir cuando te lo pedíamos! Ahora vemos que habría sido malo."

Padres, así es como debéis obrar, como quienes toman el asunto en serio. Y debéis tomarlo en serio si esperáis salvar a vuestros hijos para el reino de Dios.[5]

Problemas de la adolescencia—En el estado actual de la sociedad no es tarea fácil para los padres refrenar a sus hijos e instruirlos de acuerdo con la regla del bien que dicta la Biblia. Los niños se vuelven a menudo impacientes bajo las restricciones, y quieren cum-
[481] plir su voluntad, e ir y venir como les place. Especialmente entre los diez y los dieciocho años, se inclinan a sentir que no hay daño alguno en ir a reuniones mundanales de compañeros jóvenes. Los padres cristianos experimentados pueden ver el peligro. Se han familiarizado con los temperamentos peculiares de sus hijos, y conocen la influencia que estas cosas tienen sobre su mente; y porque desean su salvación, debieran impedirles esas diversiones excitantes.[6]

Es necesario velar después de la conversión—Cuando los niños deciden por su cuenta abandonar los placeres del mundo y hacerse discípulos de Cristo, ¡de qué preocupación se ve librado el corazón de los padres cuidadosos y fieles! Aun entonces no deben cesar las labores de los padres. Estos jóvenes tan sólo han comenzado en serio la guerra contra el pecado y contra los males del corazón natural, y necesitan en un sentido especial el consejo y el cuidado vigilante de sus padres.[7]

Cómo guardarlos del mundo—¡Cuántos padres lamentan el hecho de que no pueden retener a sus hijos en la casa, pues ellos no tienen amor por ésta. Desde temprano desean estar en compañía de extraños; y tan pronto como tienen edad para ello, rompen con lo que les parece una esclavitud y restricciones irracionales, de modo que ya no quieren escuchar las oraciones de su madre ni los consejos de su padre. Por lo general una investigación revelaría que los padres tienen la culpa de esto. No hicieron del hogar lo que debiera haber

sido: un lugar atractivo, agradable, radiante con la alegría de las palabras bondadosas, las miradas placenteras y el amor verdadero.

El secreto para salvar a vuestros hijos estriba en hacer vuestro hogar hermoso y atrayente. La indulgencia de los padres no ligará a los hijos con Dios ni con la familia, mientras que una influencia firme y piadosa dedicada a educar debidamente su espíritu, salvará de la ruina a muchos de ellos.[8]

Es deber de los padres vigilar las salidas y las entradas de sus [482] hijos. Deben estimularlos y presentarles incentivos que los atraigan al hogar y les hagan ver que sus padres se interesan en ellos. Deben hacer alegre y placentero el hogar.[9] [483]

[1] Manuscrito 119, 1899.
[2] The Youth's Instructor, 20 de julio de 1893.
[3] A Solemn Appeal, 136, 137.
[4] El Ministerio de Curación, 302, 303.
[5] Manuscrito 70.
[6] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 248.
[7] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 248, 249.
[8] The Review and Herald, 9 de diciembre de 1884.
[9] Joyas de los Testimonios 1:151.

Sección 18—Serán recompensados

Capítulo 85—Galardón actual y futuro

Una rica recompensa los aguarda—Si los padres dan la debida educación a sus hijos, experimentarán ellos mismos felicidad al ver, en el carácter cristiano de sus hijos, el fruto de su cuidadosa enseñanza. Están rindiendo a Dios el servicio más elevado al presentar al mundo familias bien ordenadas y disciplinadas, que no sólo temen al Señor, sino que le honran y glorifican por la influencia que ejercen sobre otras familias; y recibirán su recompensa.[1]

Padres creyentes, os incumbe una obra de responsabilidad para guiar los pasos de vuestros hijos aun en su experiencia religiosa. Cuando amen verdaderamente a Dios os bendecirán y reverenciarán por el cuidado que les otorgasteis y por vuestra fidelidad al restringir sus deseos y subyugar sus voluntades.[2]

Hay una recompensa cuando la semilla de verdad se siembra temprano en el corazón y se la atiende cuidadosamente.[3]

Los padres deben obrar teniendo en vista la futura cosecha. Aunque siembren con lágrimas, entre muchos desalientos, deben hacerlo con ferviente oración. Tal vez sólo vean promesas de una mies tardía y escasa, pero esto no debe impedirles que siembren. Deben hacerlo a orillas de todas las aguas, aprovechando toda oportunidad de perfeccionarse y de beneficiar a sus hijos. Una siembra tal no se hará en vano. Al tiempo de la siega muchos padres fieles volverán con
[484] regocijo trayendo sus gavillas.[4]

Dad a vuestros hijos cultura intelectual y preparación moral. Fortaleced sus mentes juveniles con principios firmes y puros. Mientras tenéis oportunidad, echad el fundamento de una noble virilidad y feminidad. Vuestra labor será recompensada mil veces.[5]

Los padres serán reverenciados—En la Palabra de Dios hallamos esta hermosa descripción de un hogar feliz y de la mujer que lo preside: “Levantáronse sus hijos, y llamáronla bienaventurada; y su marido también la alabó.” ¿Qué mayor elogio podría desear una ama de casa que el así expresado?[6]

Si ella [la esposa y madre fiel] busca en Dios su fuerza y consuelo, y guiada por su sabiduría y temiéndole procura cumplir diariamente su deber, vinculará a su esposo con su propio corazón y verá a sus hijos madurar en hombres y mujeres honorables, que tendrán vigor moral para seguir el ejemplo de su madre.[7]

Lo que ha de estimular grandemente a la madre laboriosa y sobrecargada es el hecho de que todo hijo debidamente educado y dotado del adorno interior de un espíritu manso y sosegado, tendrá idoneidad para el cielo y resplandecerá en los atrios del Señor.[8]

Los goces del cielo comienzan en el hogar—El cielo y la tierra no están más alejados hoy que cuando los pastores oyeron el canto de los ángeles. La humanidad sigue hoy siendo objeto de la solicitud celestial tanto como cuando los hombres comunes, de ocupaciones ordinarias, se encontraban con los ángeles al mediodía, y hablaban con los mensajeros celestiales en las viñas y los campos. Mientras recorremos las sendas humildes de la vida, el cielo puede estar muy cerca de nosotros. Los ángeles de los atrios celestes acompañarán los pasos de aquellos que vayan y vengan a la orden de Dios.[9]

La vida en la tierra es el comienzo de la vida en el cielo; la educación en la tierra es una iniciación en los principios del cielo; la obra de la vida aquí es una preparación para la obra de la vida allá. Lo que somos ahora en carácter y servicio santo es el símbolo seguro de lo que seremos.[10] [485]

El servicio prestado con sinceridad de corazón tiene gran recompensa. “Tu Padre que ve en secreto, te recompensará en público.” Por la vida que vivimos mediante la gracia de Cristo se forma el carácter. La belleza original empieza a ser restaurada en el alma. Los atributos del carácter de Cristo son impartidos, y la imagen del Ser divino empieza a resplandecer. Los rostros de los hombres y mujeres que andan y trabajan con Dios expresan la paz del cielo. Están rodeados por la atmósfera celestial. Para esas almas, el reino de Dios empezó ya. Tienen el gozo de Cristo, el gozo de beneficiar a la humanidad. Tienen la honra de ser aceptados para servir al Maestro; se les ha confiado el cargo de hacer su obra en su nombre.[11]

Preparados para el cielo—Dios desea que se cumpla el plan del cielo y que en cada familia, cada iglesia e institución prevalezcan como en el cielo la armonía y el orden divinos. Si este amor leudara la sociedad, veríamos la manifestación de nobles principios

en caridad, cortesía y refinamiento cristianos hacia los que fueron comprados por la sangre de Cristo. En todas nuestras familias, instituciones e iglesias se vería una transformación espiritual. Cuando ésta se produzca aquellas agrupaciones llegarán a ser instrumentos por los cuales Dios comunicará la luz del cielo al mundo y así, mediante la disciplina y preparación divinas, alistará a hombres y mujeres para la sociedad del cielo.[12]

Galardón del postrer gran día—Al trabajar por vuestros hijos, valeos del gran poder de Dios. Confiad vuestros hijos al Señor en oración. Obrad por ellos fervorosa e incansablemente. Dios oirá vuestras oraciones y los atraerá a sí mismo. Luego, en el último gran día, podréis presentarlos a Dios diciendo: "He aquí, yo y los hijos que me dió Jehová."[13]

[486] Cuando Samuel reciba la corona de gloria, la mecerá delante del trono para rendir honor, y reconocerá con gozo que las lecciones que su madre le dió fielmente por los méritos de Cristo le coronaron de gloria inmortal.[14]

Nunca apreciará el mundo la obra de los padres prudentes, pero cuando sesione el juicio y se abran los libros, esa obra se verá como Dios la ve y será recompensada delante de hombres y ángeles. Se verá que un hijo criado fielmente fué una luz en el mundo. Velar sobre la formación del carácter de ese hijo costó lágrimas, ansiedad y noches de insomnio, pero la obra se hizo sabiamente, y los padres oyen al Maestro decir: "Bien, buen siervo y fiel."[15]

La admisión en el palacio real—Enséñese a los jóvenes y niños a escoger para sí la vestidura real tejida en el telar del cielo, el "lino fino blanco, ... y puro" que usarán todos los santos de la tierra. Se ofrece gratuitamente a todo ser humano esta vestidura, el carácter inmaculado de Cristo. Pero todos los que la reciban la han de recibir y usar aquí.

Enséñese a los niños que, al abrir su mente a los pensamientos de pureza y amor, y ejecutar acciones útiles y amables, se visten con la hermosa vestidura del carácter de Cristo. Este traje los hará hermosos y amados aquí, y más adelante será su título de admisión al palacio del Rey. Su promesa es: "Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos."[16]

La bienvenida divina—Vi gran número de ángeles que de la ciudad traían brillantes coronas, una para cada santo, y cuyo nombre

estaba inscrito en ella. Cuando Jesús preguntó por las coronas, los ángeles se las presentaron, y con su propia mano derecha ciñólas en la cabeza de los santos. Y de la misma manera trajeron los ángeles arpas, y se las presentó a los santos. Los ángeles caudillos preludiaban la nota del cántico entonado por todas las voces en agradecida y dichosa alabanza. Todas las manos pulsaron hábilmente las cuerdas del arpa, dejando oír melodiosa música en fuertes y perfectos acordes. [487]

Después vi que Jesús conducía a los redimidos a la puerta de la ciudad; y al llegar a ella, la hizo girar sobre sus goznes, y mandó que entraran cuantas gentes hubiesen guardado la verdad. Dentro de la ciudad había todo lo que puede agradar a la vista. Los redimidos contemplaban abundante gloria por doquiera. Después miró Jesús a sus redimidos santos, cuyo aspecto irradiaba esplendor, y fijando en ellos sus cariñosos ojos, dijo con su armoniosa y celeste voz: "Contemplo el trabajo de mi alma, y estoy satisfecho. Vuestra es esta excelsa gloria para disfrutarla eternamente. Terminaron vuestras tristezas. No habrá más muerte ni llanto ni clamor ni dolor." Vi que la hueste de los redimidos se postraba y arrojaba sus brillantes coronas a los pies de Jesús; y cuando su bondadosa mano los alzó del suelo, pulsaron sus áureas arpas y llenaron el cielo con su deleitosa música y cánticos al Cordero....

Las palabras son demasiado pobres para intentar una descripción del cielo. Siempre que se vuelve a presentar ante mi vista, el espectáculo me anonada de admiración. Transportada por el insuperable esplendor y la excelsa gloria, dejo caer la pluma, exclamando: "¡Oh! ¡qué amor, qué maravilloso amor!" El más enfático lenguaje sería incapaz de describir la gloria del cielo ni las incomparables profundidades del amor del Salvador.[17] [488]

[1] The Review and Herald, 17 de noviembre de 1896.
[2] Joyas de los Testimonios 1:153.
[3] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 110.
[4] The Review and Herald, 30 de agosto de 1881.
[5] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 100.
[6] The Health Reformer, diciembre de 1877.
[7] The Signs of the Times, 29 de noviembre de 1877.
[8] Testimonies for the Church 3:566.
[9] El Deseado de Todas las Gentes, 32.

[10]La Educación, 297.
[11]El Deseado de Todas las Gentes, 279.
[12]Testimonies for the Church 8:140.
[13]Manuscrito 114, 1903.
[14]Good Health, marzo de 1880.
[15]The Signs of the Times, 13 de julio de 1888.
[16]La Educación, 243.
[17]Testimonios Selectos 2:239, 240.

Capítulo 86—La vida en el hogar edénico

El Edén será restaurado—El huerto del Edén permaneció en la tierra mucho tiempo después que el hombre fuera expulsado de sus agradables senderos. Durante mucho tiempo después, se le permitió a la raza caída contemplar de lejos el hogar de la inocencia, cuya entrada estaba vedada por los vigilantes ángeles. En la puerta del paraíso, custodiada por querubines, se revelaba la gloria divina. Allí iban Adán y sus hijos a adorar a Dios. Allí renovaban sus votos de obediencia a aquella ley cuya transgresión los había arrojado del Edén. Cuando la ola de iniquidad cubrió al mundo, y la maldad de los hombres trajo su destrucción por medio del diluvio, la mano que había plantado el Edén lo quitó de la tierra. Pero en la final restitución, cuando haya "un cielo nuevo, y una tierra nueva," ha de ser restaurado más gloriosamente embellecido que al principio.

Entonces los que hayan guardado los mandamientos de Dios respirarán llenos de inmortal vigor bajo el árbol de la vida; y al través de las edades sin fin los habitantes de los mundos sin pecado contemplarán en aquel huerto de delicias un modelo de la perfecta obra de la creación de Dios, incólume de la maldición del pecado, una muestra de lo que toda la tierra hubiera llegado a ser si el hombre hubiera cumplido el glorioso plan de Dios.[1]

El gran plan de la redención dará por resultado el completo restablecimiento del favor de Dios para el mundo. Será restaurado todo lo que se perdió a causa del pecado. No sólo el hombre, sino [489]
también la tierra, será redimida, para que sea la morada eterna de los obedientes. Durante seis mil años, Satanás luchó por mantener la posesión de la tierra. Pero se cumplirá el propósito original de Dios al crearla. "Tomarán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos."[2]

"La redención de la posesión adquirida"—El propósito que Dios tenía originalmente al crear la tierra se cumplirá cuando llegue a ser la morada eterna de los redimidos. "Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella." Habrá llegado el tiempo hacia el

cual los santos miraban con anhelo desde que la espada flamígera echó del Edén a la primera pareja, el tiempo de "la redención de la posesión adquirida." La tierra originalmente dada al hombre como reino suyo, entregada alevosamente por él a las manos de Satanás, y durante tanto tiempo dominada por el poderoso enemigo, será recobrada por el gran plan de redención.[3]

Todo lo que perdió el primer Adán será restaurado por el segundo. Dice el profeta: "Oh torre del rebaño, la fortaleza de la hija de Sión vendrá hasta ti: y el señorío primero." Y Pablo señala hacia delante, a "la redención de la posesión adquirida."

Dios creó la tierra para que fuese morada de seres santos y felices. Ese propósito se cumplirá cuando, renovada por el poder de Dios y liberada del pecado y de la tristeza, llegue a ser la patria eterna de los redimidos.[4]

Adán devuelto al Edén—Después de su expulsión del Edén, la vida de Adán en la tierra estuvo llena de pesar. Cada hoja marchita, cada víctima ofrecida en sacrificio, cada ajamiento en el hermoso aspecto de la naturaleza, cada mancha en la pureza del hombre, le volvían a recordar su pecado. Terrible fué la agonía del remordimiento cuando notó que aumentaba la iniquidad, y que en contestación a sus advertencias, se le tachaba de ser él mismo causa del pecado.
[490] Con paciencia y humildad soportó, por cerca de mil años, el castigo de su transgresión. Se arrepintió sinceramente de su pecado y confió en los méritos del Salvador prometido, y murió en la esperanza de la resurrección. El Hijo de Dios reparó la culpa y caída del hombre, y ahora, merced a la obra de propiciación, Adán es restablecido a su primitiva soberanía.

Transportado de dicha, contempla los árboles que hicieron una vez su delicia—los mismos árboles cuyos frutos recogiera en los días de su inocencia y dicha. Ve las vides que sus propias manos cultivaron, las mismas flores que se gozaba en cuidar en otros tiempos. Su espíritu abarca toda la escena; comprende que éste es en verdad el Edén restaurado y que es mucho más hermoso ahora que cuando él fué expulsado. El Salvador le lleva al árbol de la vida, toma su fruto glorioso y se lo ofrece para comer. Adán mira en torno suyo y nota una multitud de los redimidos de su familia que se encuentra en el paraíso de Dios. Entonces arroja su brillante corona a los pies de Jesús, y, cayendo sobre su pecho, abraza al Redentor. Toca luego

el arpa de oro, y por las bóvedas del cielo repercute el canto triunfal: "¡Digno, digno, digno es el Cordero, que fué inmolado y volvió a vivir!" La familia de Adán repite los acordes y arroja sus coronas a los pies del Salvador, inclinándose ante él en adoración.

Presencian esta reunión los ángeles que lloraron por la caída de Adán y se regocijaron cuando Jesús, una vez resucitado, ascendió al cielo después de haber abierto el sepulcro para todos aquellos que creyesen en su nombre. Ahora contemplan el cumplimiento de la obra de redención y unen sus voces al cántico de alabanza.[5]

Mansiones para los peregrinos de la tierra—El temor de hacer aparecer la futura herencia de los santos demasiado material ha inducido a muchos a espiritualizar aquellas verdades que nos hacen considerar la tierra como nuestra morada. Cristo aseguró a sus discípulos que iba a preparar mansiones para ellos en la casa de su Padre. [491] Los que aceptan las enseñanzas de la Palabra de Dios no ignorarán por completo lo que se refiere a la patria celestial.... El lenguaje humano no alcanza a describir la recompensa de los justos. Sólo la conocerán quienes la contemplen. Ninguna inteligencia limitada puede comprender la gloria del paraíso de Dios.

En la Biblia se llama la herencia de los bienaventurados una patria. Allí conduce el divino Pastor a su rebaño a los manantiales de aguas vivas. El árbol de vida da su fruto cada mes, y las hojas del árbol son para el servicio de las naciones. Allí hay corrientes que manan eternamente, claras como el cristal, al lado de las cuales se mecen árboles que echan su sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las vastas llanuras alternan con bellísimas colinas y las montañas de Dios elevan sus majestuosas cumbres. En aquellas pacíficas llanuras, al borde de aquellas corrientes vivas, es donde el pueblo de Dios que por tanto tiempo anduvo peregrino y errante, encontrará un hogar.[6]

Hay mansiones para los peregrinos de la tierra. Hay vestiduras, coronas de gloria y palmas de victoria para los justos. Todo lo que nos dejó perplejos en las providencias de Dios quedará aclarado en el mundo venidero. Las cosas difíciles de entender hallarán entonces su explicación. Los misterios de la gracia nos serán revelados. Donde nuestras mentes finitas discernían solamente confusión y promesas quebrantadas, veremos la más perfecta y hermosa armonía. Sabremos que el amor infinito ordenó los incidentes que nos

parecieron más penosos. A medida que comprendamos el tierno cuidado de Aquel que hace que todas las cosas obren conjuntamente para nuestro bien, nos regocijaremos con gozo inefable y rebosante de gloria....

Vamos hacia la patria. El que nos amó al punto de morir por nosotros, nos ha edificado una ciudad. La Nueva Jerusalén es nuestro
[492] lugar de descanso. No habrá tristeza en la ciudad de Dios. Nunca más se oirá el llanto ni la endecha de las esperanzas destrozadas y de los afectos tronchados. Pronto las vestiduras de pesar se trocarán por el manto de bodas. Pronto presenciaremos la coronación de nuestro Rey. Aquellos cuya vida quedó escondida con Cristo, aquellos que en esta tierra pelearon la buena batalla de la fe, resplandecerán con la gloria del Redentor en el reino de Dios.[7]

Privilegios de los redimidos—El cielo es un lugar agradable. Yo anhelo estar allí y contemplar a mi hermoso Jesús que por mí dió la vida, y ser transmutada en su gloriosa imagen. ¡Oh, quién me diera palabras para expresar la gloria del brillante mundo venidero! Estoy sedienta de las vivas corrientes que alegran la ciudad de nuestro Dios.

El Señor me mostró en visión otros mundos. Me fueron dadas alas, y un ángel me acompañó desde la ciudad a un brillante y glorioso lugar. La hierba era de un verde vivo y las aves gorjeaban un dulce canto. Los moradores de aquel lugar eran de todas estaturas, nobles, majestuosos y hermosos. Llevaban la manifiesta imagen de Jesús, y su semblante refulgía de santo júbilo, como expresión de la libertad y dicha que en aquel lugar disfrutaban. Le pregunté a uno de ellos por qué eran mucho más bellos que los habitantes de la tierra, y me respondió: “Hemos vivido en estricta obediencia a los mandamientos de Dios, y no incurrimos en desobediencia como los habitantes de la tierra.” ... Supliqué a mi ángel acompañante que me dejara permanecer en aquel sitio. No podía sufrir el pensamiento de volver de nuevo a este tenebroso mundo. El ángel me dijo entonces: “Debes volver, y si eres fiel, tendrás, con los ciento cuarenta y cuatro mil, el privilegio de visitar todos los mundos y ver la obra de las manos de Dios.”[8]

La familia unida del cielo y de la tierra—Allí los redimidos conocerán como son conocidos. Los sentimientos de amor y simpatía
[493] que el mismo Dios implantó en el alma, se desahogarán del modo

más completo y más dulce. El trato puro con seres santos, la vida social y armoniosa con los ángeles bienaventurados y con los fieles de todas las edades que lavaron sus vestiduras y las emblanquecieron en la sangre del Cordero, los lazos sagrados que unen a "toda la familia en los cielos, y en la tierra"—todo eso constituye la dicha de los redimidos.[9]

Las naciones de los salvos no conocerán otra ley que la del cielo. Todos constituirán una familia feliz y unida, ataviada con las vestiduras de alabanza y agradecimiento. Al presenciar la escena, las estrellas de la mañana cantarán juntas, y los hijos de los hombres aclamarán de gozo, mientras Dios y Cristo se unirán para proclamar: No habrá más pecado ni muerte.[10]

Desde aquella escena de gozo celestial [la ascensión de Cristo], nos llega a la tierra el eco de las palabras admirables de Cristo: "Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." La familia del cielo y la familia de la tierra son una. Nuestro Señor ascendió para nuestro bien y para nuestro bien vive. "Por lo cual puede también salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos."[11]

Aunque se demore, la promesa es segura—Largo tiempo hemos esperado el retorno del Salvador, pero ello no quita seguridad a su promesa. Pronto estaremos en la patria prometida. Allí Jesús nos conducirá junto al vivo caudal que fluye del trono de Dios y nos explicará las obscuras providencias por las cuales nos hizo pasar en esta tierra para perfeccionar nuestro carácter. Allí contemplaremos con límpida visión las bellezas del Edén restaurado. Arrojando a los pies del Redentor las coronas que puso sobre nuestras cabezas y tocando nuestras arpas de oro, llenaremos todo el cielo con las alabanzas del que está sentado en su trono.[12]

Todo lo hermoso de nuestra patria terrenal ha de recor darnos el [494]
río de cristal y los campos verdes, los árboles ondeantes y las fuentes de aguas vivas, la ciudad resplandeciente y los cantores vestidos de blanco de nuestra patria celestial, el mundo de una belleza que ningún pintor puede reproducir y que ninguna lengua humana puede describir. "Cosas que ojo no vió, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman."[13] [495]

[1]Historia de los Patriarcas y Profetas, 46, 47.
[2]Historia de los Patriarcas y Profetas, 355.
[3]The Signs of the Times, 29 de diciembre de 1909.
[4]The Review and Herald, 22 de octubre de 1908.
[5]El Conflicto de los Siglos, 705, 706.
[6]El Conflicto de los Siglos, 733, 734.
[7]Joyas de los Testimonios 3:433, 434.
[8]Testimonios Selectos 1:95-97.
[9]El Conflicto de los Siglos, 735, 736.
[10]La Historia de Profetas y Reyes, 541.
[11]El Deseado de Todas las Gentes, 774.
[12]Testimonies for the Church 8:254.
[13]The Review and Herald, 11 de julio de 1882.

Capítulo 87—Cuadros de la tierra nueva

Visiones de la gloria futura—Con Jesús al frente, descendimos todos de la ciudad a la tierra, y nos posamos sobre una ingente montaña que, incapaz de sostener a Jesús, se partió en dos, de modo que quedó hecha una vasta llanura. Miramos entonces hacia arriba y vimos la gran ciudad con doce cimientos y doce puertas, tres en cada uno de sus cuatro lados, y un ángel en cada puerta. Todos exclamamos: "¡La ciudad, la ciudad, ya baja, ya baja de Dios, del cielo!" Descendió, pues, la ciudad, y se asentó en el lugar donde nosotros estábamos. Después miramos las espléndidas afueras de la ciudad. Vi bellísimas casas que parecían de plata, sostenidas por cuatro columnas engastadas de preciosas perlas muy admirables a la vista. Estaban destinadas a ser residencia de los santos. En cada una había un anaquel de oro. Vi muchos santos que entraban en las casas, y, desciñéndose sus resplandecientes coronas, las colocaban sobre el anaquel. Después salían al campo contiguo a las casas para hacer algo con la tierra, aunque no en modo alguno como para cultivarla como hacemos ahora. Un glorioso nimbo circundaba sus cabezas, y estaban continuamente alabando a Dios.

Vi otro campo lleno de toda clase de flores, y al cogerlas exclamé: "No se marchitarán." Después vi un campo de crecida hierba, cuyo hermosísimo aspecto causaba admiración. Era de color verde vivo, y tenía reflejos de plata y oro al ondular gallardamente para gloria del Rey Jesús. Luego entramos en un campo lleno de toda clase de animales: el león, el cordero, el leopardo y el lobo, todos vivían [496]
allí juntos en perfecta unión. Pasamos por en medio de ellos, y nos siguieron mansamente.

De allí fuimos a un bosque, no sombrío como los de la tierra actual, sino esplendente y glorioso en todo. Las ramas de los árboles ondulaban de uno a otro lado, y nosotros exclamamos todos: "Moraremos seguros en el párramo y dormiremos en los bosques."[1]

Progresos futuros—¿Os parece que no aprenderemos nada allí? No tenemos la menor idea de lo que se abrirá entonces delante de

nosotros. Con Cristo andaremos al lado de las aguas vivas. Nos revelará la hermosura y gloria de la naturaleza. Nos revelará lo que él es para nosotros, y lo que somos para él. Conoceremos entonces la verdad que no podemos conocer ahora, por causa de nuestras limitaciones finitas.[2]

La familia cristiana ha de ser una escuela de la cual los niños se gradúen para pasar a otra superior en las mansiones de Dios.[3]

El cielo es una escuela; su campo de estudio, el universo; su maestro, el Ser infinito. En el Edén fué establecida una dependencia de esta escuela y, una vez consumado el plan de redención, se reanudará la educación en la escuela del Edén....

Entre la escuela establecida al principio en el Edén y la escuela futura, se extiende todo el período de la historia de este mundo, historia de la transgresión y del sufrimiento humano, del sacrificio divino, y de la victoria sobre la muerte y el pecado.... Restaurado a la presencia de Dios, el hombre volverá a ser enseñado por él, como en el principio: "Conocerá mi pueblo la virtud de mi Nombre: ... en aquel día conocerán que yo soy aquel que dice: ¡Heme aquí!" ...

¡Qué campo se abrirá allí a nuestro estudio cuando se quite el velo que obscurece nuestra vista y nuestros ojos contemplen ese
[497] mundo de belleza del cual ahora tenemos vislumbres por medio del microscopio; cuando contemplemos las glorias de los cielos estudiados ahora por medio del telescopio; cuando, borrada la mancha del pecado, toda la tierra aparezca en "la hermosura de Jehová nuestro Dios!"[4]

El conocimiento celestial será progresivo—Todos los tesoros del universo se ofrecerán al estudio de los redimidos de Dios. Libres de las cadenas de la mortalidad, se lanzan en incansable vuelo hacia los lejanos mundos—mundos a los cuales el espectáculo de las miserias humanas causaba estremecimientos de dolor, y que entonaban cantos de alegría al tener noticia de un alma redimida. Con indescriptible dicha los hijos de la tierra participan del gozo y de la sabiduría de los seres que no cayeron. Comparten los tesoros de conocimientos e inteligencia adquiridos durante siglos y siglos en la contemplación de las obras de Dios. Con visión clara consideran la magnificencia de la creación—soles y estrellas y sistemas planetarios que en el orden a ellos asignado circuyen el trono de la Divinidad. El nombre del Creador se encuentra escrito en todas

las cosas, desde las más pequeñas hasta las más grandes, y en todas ellas se ostenta la riqueza de su poder.

Y a medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, tanto más admirarán su carácter.[5]

La vida social—Allí conoceremos como somos conocidos. Allí hallarán aplicación más dulce y verdadera el amor y las simpatías que Dios ha implantado en el alma. La comunión pura con seres celestiales, la armoniosa vida social con los ángeles bienaventurados y los fieles de todas las épocas, el sagrado compañerismo que une "toda la familia en los cielos, y en la tierra," se cuentan entre los incidentes del más allá.[6]

Ocupaciones en la tierra nueva—En la tierra renovada, los [498] redimidos participarán en las ocupaciones y los placeres que daban felicidad a Adán y Eva en el principio. Se vivirá la existencia del Edén, en huertos y campos. "Y edificarán casas, y morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán, y otro morará; no plantarán y otro comerá: porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos perpetuarán las obras de sus manos."[7]

Allí se desarrollará toda facultad y toda aptitud aumentará. Se llevarán adelante las mayores empresas, se lograrán las más elevadas aspiraciones y se realizarán las mayores ambiciones. Y aún se levantarán nuevas alturas a las cuales llegar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que despertarán las facultades del cuerpo, la mente y el alma.[8]

A punto de suceder—Estamos viviendo en un momento solemnísimo de la historia de esta tierra. Nunca es tiempo oportuno para pecar; es siempre peligroso continuar en la transgresión; pero esto es actualmente cierto en un sentido especial. Nos hallamos en los mismos lindes del mundo eterno y nos vemos, frente al tiempo y a la eternidad, en una situación más solemne que nunca antes. Cada persona escudriñe ahora su corazón y suplique que los brillantes rayos del Sol de justicia disipen todas las tinieblas espirituales y eliminen toda contaminación.[9]

A nosotros que estamos a punto de ver su cumplimiento, ¡de cuánto significado, de cuán vivo interés, son estos delineamientos de las cosas por venir, acontecimientos por los cuales, desde que nuestros primeros padres dieron la espalda al Edén, los hijos de Dios han estado velando y aguardando, anhelando y orando!

Compañeros de peregrinación, estamos todavía entre las sombras y la agitación de las actividades terrenales; pero pronto aparecerá
[499] nuestro Salvador para traer liberación y descanso. Contemplemos por la fe el bienaventurado más allá, tal como lo describió la mano de Dios.[10]

Un llamamiento a prepararse—Os ruego que os preparéis para la venida de Cristo en las nubes de los cielos. Día tras día, desechad de vuestro corazón el amor al mundo. Comprended por experiencia lo que significa tener comunión con Cristo. Preparaos para el juicio, para que cuando Cristo venga para ser admirado por todos los que creen, podáis estar entre aquellos que le recibirán en paz. En aquel día los redimidos resplandecerán en la gloria del Padre y del Hijo. Tocando sus arpas de oro, los ángeles darán la bienvenida al Rey y a los trofeos de su victoria: los que fueron lavados y emblanquecidos en la sangre del Cordero. Se elevará un canto de triunfo que llenará todo el cielo. Cristo habrá vencido. Entrará en los atrios celestiales acompañado por sus redimidos, testimonios de que su misión de sufrimiento y sacrificio no fué en vano.[11]

---

[1] Testimonios Selectos 1:61, 62.
[2] Consejos para los Maestros Padres y Alumnos, 125.
[3] The Review and Herald, 30 de marzo de 1897.
[4] La Educación, 291-293.
[5] El Conflicto de los Siglos, 736, 737.
[6] La Educación, 296.
[7] La Historia de Profetas y Reyes, 540.
[8] La Educación, 296.
[9] Testimonies to Ministers and Gospel Workers, 147.
[10] La Historia de Profetas y Reyes, 540.
[11] Joyas de los Testimonios 3:432.